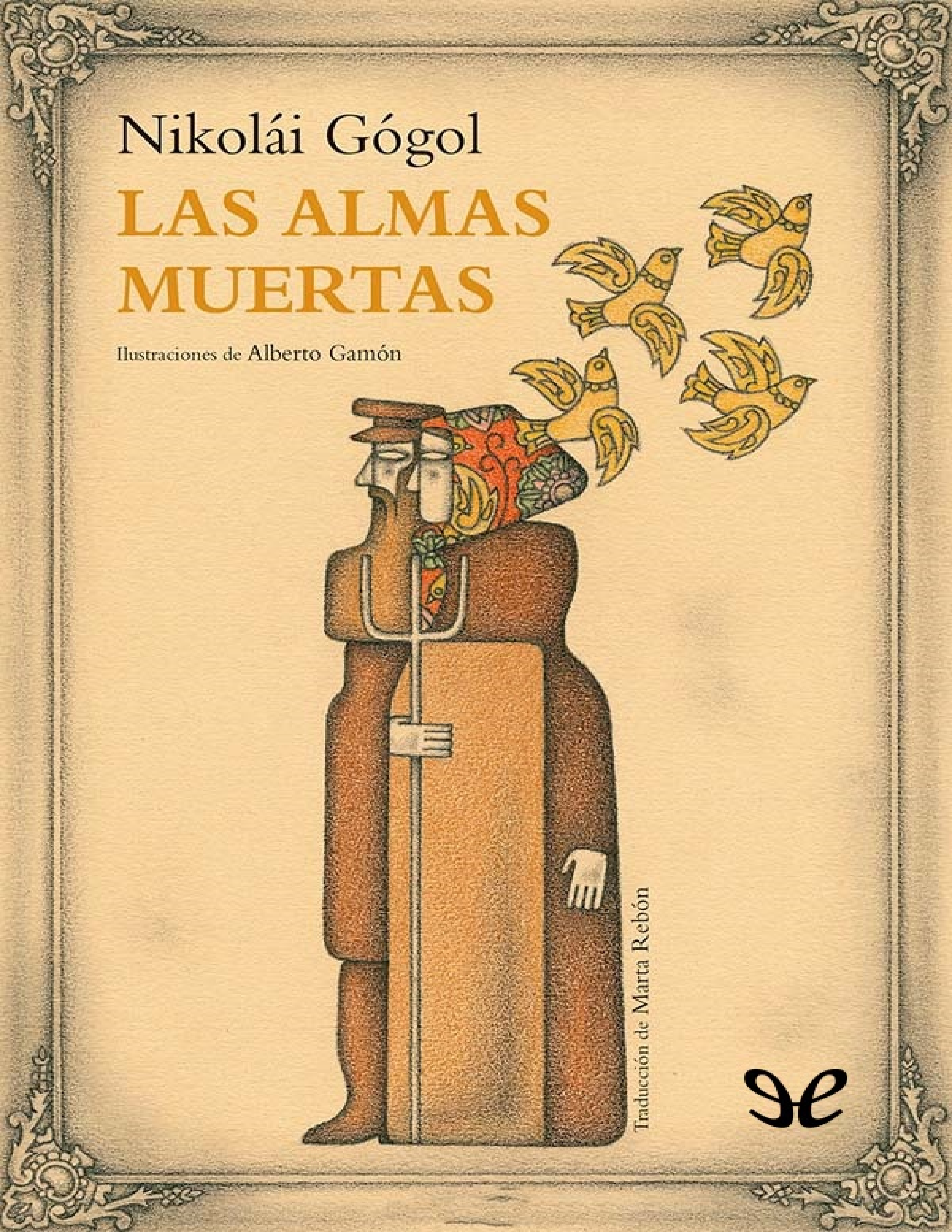

Nikolái Gógol
LAS ALMAS MUERTAS
Ilustraciones de Alberto Gamón
Traducción de Marta Rebón

Un pequeño terrateniente, Pável Ivánovich Chíchikov, se dedica a comprar campesinos muertos para registrarlos como vivos y conseguir así las tierras que se concedían a aquellos que poseyeran un cierto número de siervos. Gógol utiliza este argumento como pretexto para ofrecer la versión más cruda y detestable del ser humano, logrando que esta obra, publicada por primera vez en 1842, sea un clásico con una vigencia formidable en nuestro mundo actual.



Nikolái Gógol

Las almas muertas

ePub r1.0
Titivillus 05.02.18

Título original: *Мёртвые души*
Nikolái Gógol, 1842
Traducción: Marta Rebón
Ilustraciones: Alberto Gamón

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Las almas muertas

POEMA

PRIMERA PARTE[1]

Capítulo primero

Por el portón de una posada de la ciudad de N.[2], capital de provincia[3], entró una pequeña calesa de ballestas, bastante bonita, una de esas *britzkas*[4] en las que suelen desplazarse los solterones: tenientes coroneles retirados, capitanes asistentes[5] y terratenientes poseedores de un centenar de almas de campesinos[6]; en pocas palabras, todos ésos a los que se conoce como señores de medio pelo. En la calesa viajaba un señor que, sin ser guapo, no tenía mal aspecto, ni demasiado gordo ni demasiado flaco; no podía afirmarse que fuera viejo, pero tampoco era lo que se dice joven. Su entrada en la ciudad no levantó el más mínimo revuelo ni vino acompañada de nada en particular; sólo dos campesinos rusos, apostados junto a la entrada de la taberna frente a la posada, hicieron algunos comentarios relativos, por otra parte, más al carruaje que a su ocupante.

—¡Mira! —dijo el primero—. ¡Fíjate qué rueda! ¿Qué te parece? ¿Llegaría una rueda así a Moscú, si se diera el caso, o no?

—Llegaría —respondió el otro.

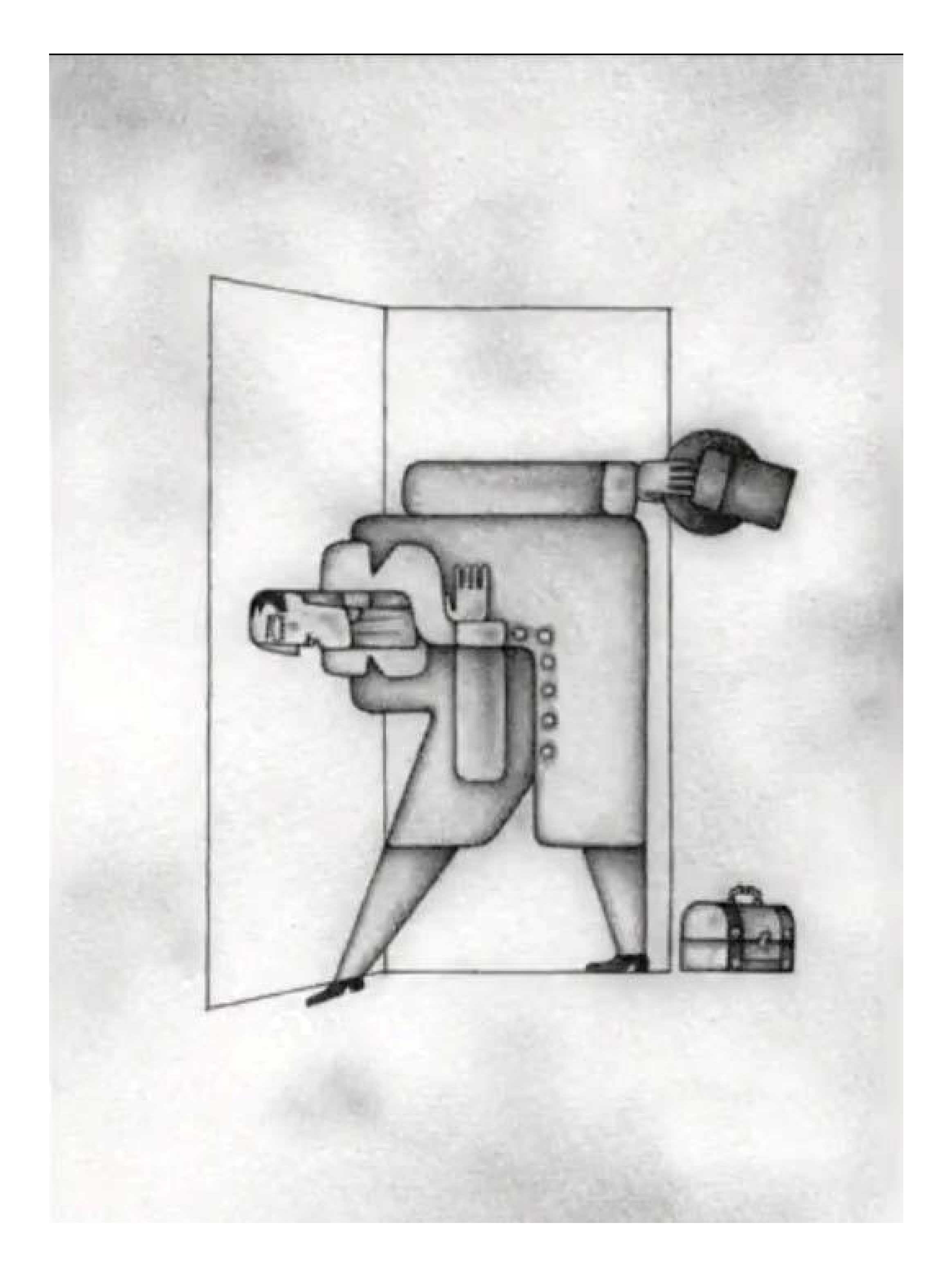
—Pero ¿y a Kazán? A mí me da que no…

—No, a Kazán no.

Y la conversación terminó ahí. Cabe añadir que, al llegar a la posada, la calesa se cruzó con un joven que vestía pantalones blancos de fustán muy ajustados y cortos, así como un frac pretendidamente a la moda del que asomaba una pechera cerrada con un alfiler de bronce de Tula en forma de

pistola. El joven se volvió, miró el carruaje, se sujetó con la mano el gorro, que el viento había estado a punto de arrebatarle, y prosiguió su camino.

Cuando el coche entró en el patio, el señor fue recibido por un criado o *mozo*, como se los llama en este tipo de establecimientos en Rusia, un hombre hasta tal punto vivaracho e inquieto que incluso resultaba imposible verle la cara. Presto y solícito, acudió servilleta en mano, todo él larguirucho en una levita de *demi-coton* cuya parte trasera le llegaba casi hasta la misma nuca. Se sacudió la melena y condujo con agilidad al señor hacia arriba, a lo largo de toda la galería de madera, a fin de mostrarle el aposento que Dios le concedía. El aposento era de los que ya se sabe, pues la posada era también de las que ya se sabe; es decir, ni más ni menos como las que se suelen encontrar en las capitales de provincia, donde, por dos rublos al día, al viajero se le brinda una apacible habitación con cucarachas que, como ciruelas pasas, emergen de todos los rincones, y con una puerta que da a la habitación contigua, siempre atrancada con una cómoda, donde se aloja un vecino, por lo demás tranquilo y taciturno, aunque extraordinariamente curioso e interesado en conocer todos los detalles del recién llegado. La fachada de la posada se correspondía con su interior: era muy larga, de dos plantas. La inferior no estaba enyesada y, en sus muros de obra vista, se distinguían pequeños ladrillos de color rojo oscuro, más ennegrecidos si cabe por los bruscos cambios de tiempo, aunque ya de por sí bastante sucios. La superior, en cambio, estaba recubierta de la sempiterna pintura amarilla. Abajo había unas tiendas donde vendían colleras, sogas y roscas de pan. En uno de estos negocios o, mejor dicho, en la ventana de la esquina, estaba apostado un vendedor de *sbiten*[7] con su samovar de cobre rojo y una cara tan colorada como el mismo samovar, de modo que, a lo lejos, se habría podido pensar que, en la ventana, había dos samovares, de no ser porque uno de ellos lucía una barba negra como el betún.



Mientras el honorable forastero inspeccionaba su habitación, le entregaron sus bártulos y, antes que nada, una maleta de cuero blanco, algo desgastada, prueba de que no era la primera vez que la ponían a recorrer mundo. La maleta la llevaron entre el cochero Selifán, un hombre bajito con

una zamarra raquítica, y el lacayo Petrushka, un tipo de unos treinta años, de nariz y labios gruesos, apariencia un poco hosca, con una holgada levita toda raída que, en otro tiempo, a todas luces, había pertenecido a su señor. Siguieron a la maleta un cofrecillo de caoba, adornado con marquetería de abedul de Carelia, unas hormas para las botas y, envuelta en papel azul, una pularda asada. Una vez introdujeron todo esto en la habitación, el cochero Selifán se dirigió a la cuadra para cuidar de los caballos, mientras que el lacayo Petrushka se instalaba en una pequeña antesala, un cuchitril muy oscuro adonde se había apresurado a llevar su capote y, junto con él, su particular olor que también impregnaba el saco que contenía su parafernalia de criado. Allí, arrimó a la pared un estrecho camastro de tres patas que cubrió con algo semejante a un pequeño jergón, aplastado y fino como una tortita y, sin duda, tan grasiento como la tortita que había obtenido del amo de la posada a base de ruegos.

Mientras los criados trajinaban, yendo de aquí para allá, poniendo las cosas en orden, el señor se dirigió a la sala común. Cualquier viajero sabe a la perfección cómo son estas salas: las mismas paredes recubiertas de pintura al óleo, oscurecidas cerca del techo, a causa del humo de las pipas, y pringosas abajo por el roce de las espaldas de numerosos viajeros, sobre todo de los comerciantes locales, pues en los días de feria acudían en grupos de seis o siete a degustar su famoso té servido en doble tetera[8]; el mismo techo tiznado; la misma lámpara de araña cubierta de hollín y adornada con un sinfín de colgantes de cristal, que bailan y tintinean cada vez que el criado corre por el gastado suelo de linóleo, moviendo con brío la bandeja con una cantidad tan enorme de tazas de té como pájaros se posan a la orilla del mar; los mismos cuadros por toda la pared, pintados al óleo; en pocas palabras, lo mismo que hay en cualquier parte; la única diferencia es que aquí uno de los cuadros representaba a una ninfa de pechos opulentos, como el lector probablemente nunca haya visto. Esta clase de caprichos de la naturaleza, por lo demás, suelen encontrarse en diversos lienzos históricos que nos llegaron a Rusia Dios sabe cuándo, de dónde y por medio de quién, a veces incluso por obra y gracia de nuestros altos dignatarios, aficionados al arte, que los adquirían en Italia por consejo de sus guías. El señor se quitó la gorra de visera y se desenrolló del cuello

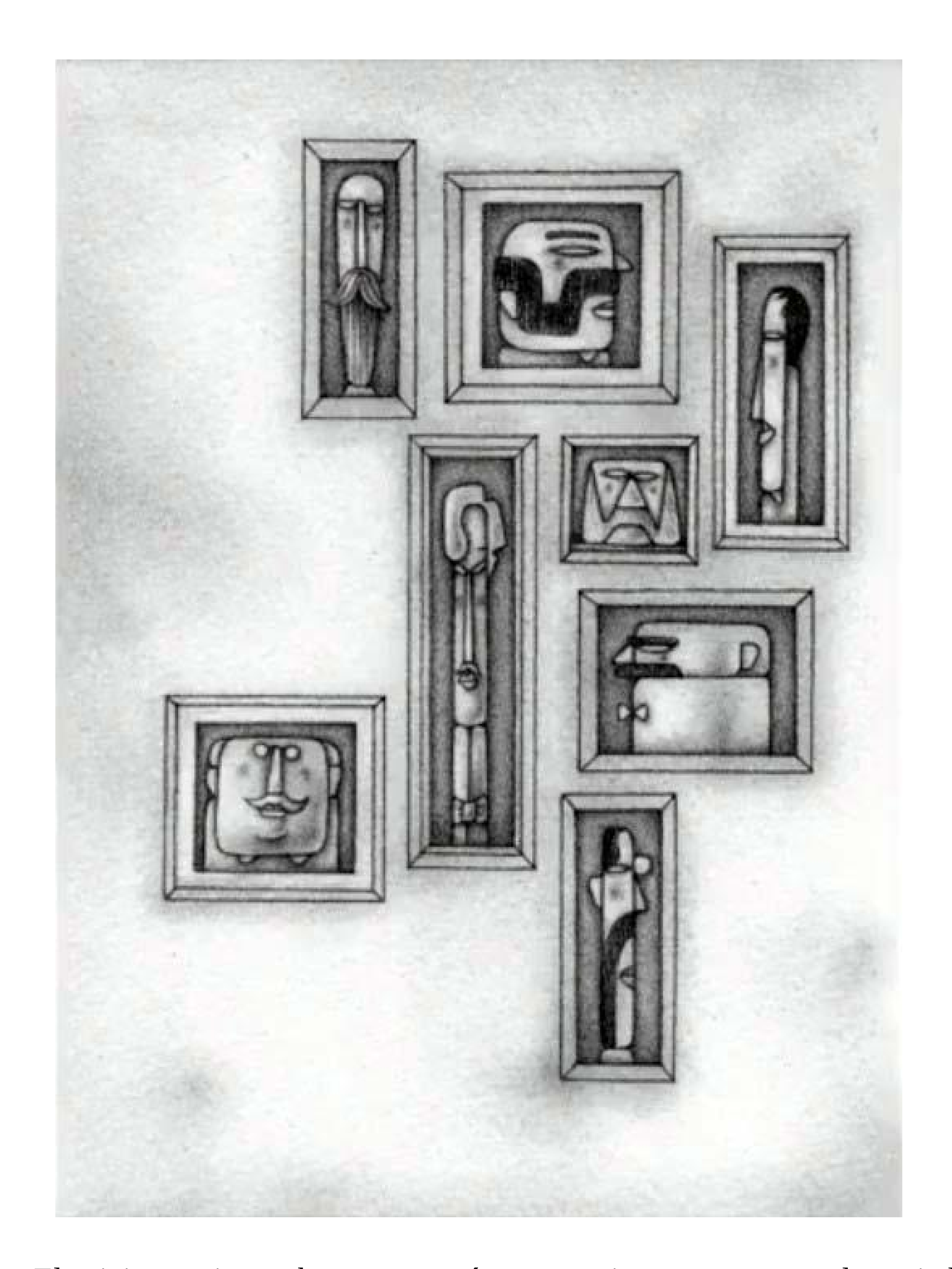
una de esas bufandas de lana con todos los colores del arcoíris, de esas que las mujeres tejen para sus maridos, no sin prodigarles las instrucciones correctas acerca de cómo deben atárselas; mientras que a los solteros no sabría decir quién se las hace, pues yo nunca he llevado una. Liberado de la bufanda, el señor pidió que le dieran la comida. Entretanto, le fueron sirviendo los diferentes platos que se suelen ofrecer en las tabernas de las posadas, a saber: sopa de col con empanadillas de carne, guardadas expresamente para los viajeros durante semanas, sesos con guisantes, salchichas con col, pularda asada, pepinillos salados y la consabida tarta dulce de hojaldre, siempre a disposición del comensal. Mientras le ponían en la mesa, pues, todo esto, recalentado o simplemente frío, obligaba al criado, o mozo, a que le contara todo tipo de sandeces acerca de quién regentaba antes la taberna y quién en la actualidad, si daba muchos beneficios o si su dueño era un sinvergüenza, a lo que el mozo respondía, por costumbre: «¡Oh, un granuja de los grandes, señor!». Pues hoy en día en Rusia es igual que en la Europa ilustrada: abunda la gente respetable que no puede probar bocado en una taberna sin entablar conversación con el criado; a veces, incluso burlándose gustosamente a sus expensas. Por otra parte, no todas las preguntas que formulaba el forastero eran triviales; con extraordinaria minuciosidad preguntó por los funcionarios de la ciudad: quién era el gobernador de la provincia, quién el presidente de la Cámara, quién el procurador[9]… En pocas palabras, no se le pasó por alto ningún funcionario de postín; pero, aún con mayor esmero, mostrando incluso un vivo interés, preguntó por la flor y nata de los terratenientes: cuántas almas de campesinos poseía cada uno de ellos, qué carácter tenían, a qué distancia quedaban sus tierras de la ciudad y con qué frecuencia la visitaban. Sometió al mozo a un interrogatorio exhaustivo sobre el estado de la provincia: ¿había epidemias, fiebres letales, viruelas u otras enfermedades por el estilo? Y todo ello con tanto detalle y tanta precisión que se advertía algo más que mera curiosidad. El señor imponía por sus maneras y, al sonarse, provocaba un ruido atronador. No se sabe cómo lo hacía, pero su nariz trompeteaba. Esta cualidad, a primera vista de lo más inocente, le granjeó, sin embargo, un gran respeto por parte del criado de la posada, quien, cada vez que oía ese sonido, se sacudía la melena, se erguía con más reverencia

si cabe e, inclinando la cabeza desde lo alto, le preguntaba: «¿Se le ofrece algo al señor?». Después de la comida, el señor tomó una taza de café y se arrellanó en el sofá, con la espalda contra uno de esos cojines que, en las tabernas rusas, en lugar de con lana mullida, rellenan con algo que se parece extraordinariamente al ladrillo y al adoquín. En ese instante se puso a bostezar y ordenó que lo condujeran a su habitación, donde se acostó y durmió un par de horas. Ya descansado, escribió en un trozo de papel, a petición del criado, su rango, así como su nombre y apellido, para que lo comunicara donde es debido, en la Policía. Mientras bajaba las escaleras, el mozo leyó del papel, sílaba a sílaba, lo siguiente: «Asesor colegiado[10] Pável Ivánovich Chíchikov[11], terrateniente, en viaje por asuntos propios». Aún estaba el mozo descifrando la nota cuando Pável Ivánovich Chíchikov salió a visitar la ciudad, con la que, al parecer, se sintió satisfecho, pues encontró que de ningún modo era inferior a otras capitales de provincia: el deslumbrante amarillo de las casas de piedra contrastaba con el gris humilde de las de madera. Había construcciones de planta baja, de una sola planta o de planta y media, con las sempiternas buhardillas tan favorecedoras a juicio de los arquitectos locales. Aquí y allá, las casas parecían extraviadas entre las calles inmensas como campos y las interminables empalizadas de madera; en otras partes, se hacinaban sin ton ni son, y era allí donde se apreciaba más movimiento de gente y animación. Saltaban a la vista letreros casi borrados por la lluvia, con dibujos de panecillos y botas o, en otro sitio, de unos pantalones azules y la firma de cierto sastre de Arsovia[12]; en otra parte, una tienda de gorras y sombreros con la inscripción: «Vasili Fiódorov, extranjero[13]»; más allá, se veía la imagen de un billar con dos jugadores en frac, como los que llevan en nuestros teatros los invitados que aparecen en escena en el último acto. Los jugadores estaban representados apuntando con los tacos, los brazos ligeramente echados hacia atrás y las piernas dobladas como si acabasen de ejecutar un *entrechat*[14]. Debajo de todo esto se leía: «Aquí está el establecimiento». En algunas partes, directamente en la calle, se veían mostradores con nueces, jabón y unos melindres que también parecían jabón; se veía asimismo una fonda con el dibujo de un pez atravesado por un tenedor. Lo que más destacaba, sin embargo, eran las ennegrecidas

águilas bicéfalas imperiales[15], que en la actualidad se han sustituido con el lacónico letrero: «Casa de bebidas». En todas partes el adoquinado se hallaba en un estado deplorable. Echó un rápido vistazo al jardín municipal, compuesto por unos árboles escuálidos, mal arraigados, mantenidos en pie con unos soportes triangulares y recubiertos llamativamente con una pintura verde lustrosa. Por otra parte, aunque esos arbolitos no fueran más altos que unas cañas, en los periódicos se había dicho al describir la iluminación festiva: «Gracias al desvelo de las autoridades municipales, nuestra ciudad se ha embellecido con un jardín compuesto de árboles frondosos que serán un remanso de sombra y frescor en los días de bochorno», y añadían que «era muy enternecedor ver cómo palpitaban los corazones de nuestros conciudadanos, rebosantes de agradecimiento, y cómo derramaban ríos de lágrimas en señal de gratitud al señor alcalde». Después de preguntar en detalle a un centinela, apostado en una garita, cuál era el camino más corto para ir, en caso de que fuera necesario, a la catedral, las oficinas municipales y la residencia del gobernador, el forastero se dirigió a contemplar el río que cruzaba la ciudad; por el camino arrancó un cartel clavado en un poste para leerlo con calma cuando llegara a la posada. Miró fijamente a una dama de presencia agradable mientras ésta paseaba por la acera de madera, seguida de un muchacho en librea militar que llevaba un paquete en la mano; luego, después de abarcarlo de nuevo todo con la mirada, como si quisiera grabar en la memoria la disposición del lugar, se dirigió de inmediato a su habitación, a la que subió por la escalera apoyándose ligeramente en el criado de la posada. Después de tomar té hasta saciarse, se sentó a la mesa, hizo que le trajeran una vela, sacó el cartel del bolsillo y se sumió en la lectura, guiñando ligeramente el ojo derecho. En el cartel, por lo demás, no había nada destacable: se representaba un drama del señor Kotzebue[16] en el que Don Popliovin interpretaba el papel de Rolla, y la señorita Ziáblova, el de Cora; daban vida a los demás personajes figuras aún de menor categoría; aun así, leyó todo el reparto, incluso el precio de las butacas de platea, y supo que el cartel se había impreso en la tipografía del Gobierno provincial; después le dio la vuelta para comprobar si en el reverso había algo más, pero, al no encontrar nada, se frotó los ojos y lo enrolló con cuidado antes de depositarlo en su

cofrecito, donde solía guardar todo cuanto caía en sus manos. Sirvieron de colofón a este día, parece ser, una ración de ternera fría, una botella de *kvas* espumoso[17] y un sueño atronador en el que roncó como una bomba de succión a toda potencia, como se dice en algunas partes de nuestro vasto imperio.

Todo el día siguiente lo destinó a hacer visitas: el forastero pasó a saludar a todos los dignatarios de la ciudad. Fue a presentar sus respetos al gobernador que, todo sea dicho, al igual que Chíchikov, no era ni gordo ni flaco, llevaba colgada al cuello la Cruz de Santa Ana y se rumoreaba incluso que lo habían propuesto para una estrella[18]. Por lo demás, era un bonachón que a veces incluso se entretenía haciendo bordados en tul[19]. Luego, nuestro viajero fue a ver al vicegobernador, al procurador, al presidente de la Cámara, al jefe de Policía, al contratista[20], al director de las fábricas imperiales… ¡Ay!, es difícil recordar a todos los poderosos de este mundo; baste con decir que el forastero desplegó una insólita actividad en materia de visitas: fue incluso a presentar sus respetos al inspector de Sanidad y al arquitecto municipal. Después, aún siguió un buen rato dando vueltas con la calesa, pensando a quién más podía visitar, pero en la ciudad ya no había más altos funcionarios. Al conversar con estos señores importantes, supo lisonjear a cada uno de ellos con gran habilidad. Al gobernador, de pasada, le insinuó que entraba en su provincia como quien se aventura en el paraíso, que los caminos en todas partes eran de terciopelo y que los Gobiernos que designan a mandatarios sabios son merecedores de gran elogio. Al jefe de Policía lo obsequió con palabras de alabanza sobre los centinelas; y, al conversar con el vicegobernador y el presidente de la Cámara, que aún no eran más que consejeros del Estado, se le escapó por error, en dos ocasiones, un «Su Excelencia[21]», lo cual resultó sumamente agradable para los aludidos. De ahí que el gobernador lo invitara a una velada que ofrecía aquel mismo día en su casa; los demás funcionarios, cada uno por su parte, también lo invitaron bien a comer, bien a jugar a las cartas, bien a tomar el té.



El viajero, sin embargo, parecía que evitara mostrarse demasiado locuaz; si hablaba de sí mismo, recurría a lugares comunes, haciendo gala de una notable modestia, y, en estos casos, su conversación adoptaba un cariz libresco: él no era más que un insignificante gusano en este mundo,

indigno de ser objeto de demasiados desvelos, había soportado muchas pruebas en la vida, sufrido en su carrera por su rectitud y hecho muchos enemigos que incluso llegaron a atentar contra su vida. Ahora sólo aspiraba a reponerse, anhelaba encontrar al fin un lugar donde echar raíces y, al llegar a aquella ciudad, había juzgado un deber indispensable presentar sus respetos a los principales dignatarios. Esto es todo lo que supieron en la ciudad sobre este nuevo personaje que, poco después, no dejó pasar la ocasión de exhibirse en la velada del gobernador. Los preparativos para esta velada le llevaron más de dos horas, y nuestro forastero puso un esmero en acicalarse que pocas veces se ve. Después de una breve siesta tras la comida, ordenó que le trajeran lo necesario para hacer sus abluciones, se enjabonó y frotó largo rato las mejillas, abombándolas desde dentro con la lengua. Luego, tomando la toalla del hombro del criado, se secó hasta el último rincón de su cara regordeta, empezando por detrás de las orejas, no sin antes resoplar dos veces en la cara misma del criado. A continuación, delante del espejo, se puso la pechera, se arrancó dos pelitos que le asomaban de la nariz y enseguida se encontró metido en un frac moteado color frambuesa. De esta guisa rodó en su carruaje por calles infinitamente anchas, apenas iluminadas por la luz de algunas ventanas que iban dejando atrás. La casa del gobernador, en cambio, estaba iluminada como para un baile. Una calesa provista de faros; dos gendarmes delante de la entrada; gritos de postillones a lo lejos… En una palabra, todo como es menester. Al entrar en el salón, Chíchikov tuvo que cerrar un minuto los ojos, tal era el brillo de las velas, de las lámparas y de los vestidos de las damas. Todo estaba inundado de luz. Los fracs negros fulguraban y revoloteaban, por separado y en grupos, aquí y allá, como aletean las moscas, en la canícula de julio, sobre un blanco y resplandeciente bloque de azúcar refinado que la vieja ama de llaves parte y divide en terrones relumbrantes, delante de la ventana abierta. Apiñados a su alrededor, todos los niños miran, siguiendo con curiosidad los movimientos de sus manos ásperas que blanden el martillo, mientras que los escuadrones aéreos de moscas, movidos por la brisa ligera, entran volando con audacia, como dueños de pleno derecho, y, aprovechándose de la vista corta de la vieja y de que el sol la deslumbra, se abalanzan sobre los deliciosos terrones, ya sea por separado o en enjambre.

Saciadas por el opulento verano que a cada paso les ofrece deliciosos manjares, las moscas irrumpen no para comer, sino únicamente para dejarse ver y merodear por el montón de azúcar, frotarse las patitas de atrás o las de delante una contra otra, rascarse con ellas debajo de las alitas o, extendiendo las dos patitas delanteras, rascarse con ellas sobre la cabeza, darse la vuelta y otra vez despegar para volver a la carga con nuevos e inoportunos escuadrones. No había tenido tiempo Chíchikov de abarcar con su mirada el salón cuando ya lo cogía por el brazo el gobernador, que al instante le presentó a su esposa. También en esta ocasión, el forastero estuvo a la altura de las circunstancias: lanzó cierto cumplido de lo más decoroso para un hombre de mediana edad con un rango ni demasiado elevado ni demasiado bajo. Cuando las parejas dispuestas para el baile los apretujaron a todos contra la pared, él, con los brazos hacia atrás, las contempló con gran atención un par de minutos. Muchas damas iban bien vestidas, a la moda; otras se habían puesto de tiros largos con lo que Dios se había dignado enviar a una capital de provincia. Aquí, como en todas partes, los hombres eran de dos tipos: los primeros, delgados, se dedicaban a hacer la corte a las damas; algunos de éstos apenas se distinguían de los petersburgueses, tenían en gran estima las patillas y las llevaban peinadas con buen gusto o simplemente arregladas, o bien lucían el óvalo de la cara perfectamente rasurado; también se sentaban con desenvoltura junto a las damas, les hablaban en francés y las hacían reír de la misma manera que en San Petersburgo. La otra clase de hombres la componían los gordos o los que, como Chíchikov, no es que estuvieran demasiado gordos, pero tampoco flacos. Éstos, por el contrario, miraban de reojo a las damas y se limitaban a observar a los lados para comprobar si el criado del gobernador había tenido a bien poner la mesa con el tapete verde para jugar al *whist*. Tenían las caras redondas y mofletudas, algunas de ellas estaban cubiertas incluso de verrugas o picadas de viruela. No llevaban peinados, nada de tupés o rizos, ni se arreglaban el pelo *à la diable m’emporte*, como dicen los franceses; lo tenían muy corto o liso; por lo que respecta a sus facciones, eran, por lo general, redondeadas y duras. Estos hombres eran los funcionarios honorables de la ciudad. ¡Ay! En este mundo, los gordos saben manejar sus asuntos mejor que los flacos. A estos últimos a menudo les

encargan misiones especiales o se dedican únicamente a figurar y revolotear de aquí para allá; su existencia es en cierto modo ligera, vaporosa y del todo precaria. Los gordos desconocen los rodeos, van siempre en línea recta, y, si ocupan un puesto, se aferran a él con firmeza y solidez, de modo que por mucho que cruja su butaca y se combe bajo su peso no la abandonarán. No quieren brillar; sus fracs no están tan bien cortados como los de los flacos, pero en sus cofrecitos atesoran un paraíso divino. Al cabo de tres años, al flaco no le queda ni un alma sin llevar a la casa de empeños; en cambio, el gordo, ni corto ni perezoso, de pronto compra, a nombre de su mujer, una casa en un extremo de la ciudad; luego, una segunda en la otra punta; después, un pueblecito modesto en los alrededores; más tarde, una aldea y todas sus tierras. Finalmente, el gordo, después de haber servido un tiempo a Dios y al zar y haberse ganado el respeto general, dejará el servicio y se mudará para desempeñar el papel de terrateniente y prestigioso *barin*[22] ruso que a todos ofrece hospitalidad: irá viviendo, y vivirá muy bien. Y después de él, como es costumbre en Rusia, sus lánguidos herederos dilapidarán el patrimonio al buen tuntún. No podemos ocultar que esta suerte de cavilaciones, más o menos, ocupaba a Chíchikov mientras contemplaba aquella reunión; y la consecuencia de ello fue que acabó por unirse a los gordos, en cuya compañía encontró caras que le resultaron, casi todas, conocidas: el procurador de cejas muy negras y tupidas y con un leve tic en el ojo izquierdo, como si dijera: «Vamos a la otra habitación, hermano, y allí te contaré algo», aunque era un hombre, por lo demás, serio y taciturno; el jefe de Correos, un hombre bajito pero ocurrente y filósofo; el presidente de la Cámara, de lo más juicioso y afable. Todos recibieron a Chíchikov como a un viejo conocido, a lo que él respondió prodigando saludos, un poco inclinado de través, pero no sin encanto. No tardó en conocer al muy afable y cortés terrateniente Manílov, así como a Sobakévich[23], de aspecto un poco torpón y que nada más verlo le propinó un pisotón, después de lo cual dijo: «Le ruego me disculpe». Inmediatamente le invitaron a jugar al *whist*, que él aceptó con la misma reverencia amable, y se sentaron a la mesa de juego, que no abandonaron hasta la cena. Todas las conversaciones cesaron, como siempre pasa cuando uno se entrega a un quehacer práctico. Aunque el jefe de Correos era muy

locuaz, también él mudó el semblante una vez tuvo las cartas en la mano, y adquirió un aspecto pensativo, cubriendo su labio inferior con el superior, y mantuvo el rictus inalterable durante toda la partida. Al sacar una carta, descargaba un manotazo sobre la mesa sin dejar de añadir, si era una dama: «¡Fuera, vieja mujer del pope!»; y si era un rey: «¡Largo de aquí, campesino de Tambov!». El presidente de la Cámara, por su parte, decía: «¡Lo voy a coger por los bigotes, a éste! ¡La voy a coger por los bigotes, a ésta!». A veces, cuando los jugadores tiraban sus cartas sobre la mesa, se entremezclaban otras expresiones: «¡Ah, pase lo que pase, yo tiraré diamantes!». O bien otras exclamaciones: «¡Corazón!», «¡Corazonada!» o «¡Picaza!», «¡Picacho!», «¡Picarón!» o simplemente «¡Picaflor!», nombres con los que habían bautizado, en su círculo, a los palos de la baraja. Cuando terminaron la partida, subieron el tono de voz, como es habitual. Nuestro viajero también discutió, pero con maestría consumada, de manera que su agradable cortesía no pasó desapercibida para nadie. Nunca decía: «Usted tiró la carta de salida», sino: «Usted tuvo la bondad de tirar la carta de salida…»; «Tuve el honor de matar su dos», y expresiones por el estilo. Para ganarse a sus adversarios, les ofrecía una y otra vez su tabaquera en plata nielada, en cuyo fondo había dos violetas depositadas allí para perfumar el tabaco. Los terratenientes Manílov y Sobakévich, ya mencionados con anterioridad, atrajeron muy en particular la atención del forastero. Al instante pidió informes sobre ellos, llevándose con este fin un poco aparte al presidente y al jefe de Correos. Las preguntas formuladas revelaron no sólo curiosidad, sino que era un hombre dotado de buen juicio. Pues antes que nada quiso saber cuántas almas de campesinos tenía cada uno de ellos y cuál era el estado de sus propiedades, y sólo después se interesó en conocer sus nombres y patronímicos. En un santiamén logró cautivarlos. El terrateniente Manílov, un hombre aún en absoluto viejo y cuyos ojos, dulces como el azúcar, entrecerraba cada vez que se reía, se mostraba entusiasmado con él. Le estrechó la mano durante largo rato, pidiéndole de una forma convincente que le hiciera el honor de visitar su aldea que, según él, sólo se encontraba a quince verstas[24] de las puertas de la ciudad, a lo que Chíchikov, con una inclinación de cabeza de lo más cortés y un sincero apretón de manos, respondió que no sólo aceptaba con

mucho gusto, sino que incluso lo consideraba un deber sagrado. Sobakévich, por su parte, dijo, lacónico: «Está usted también invitado a la mía», a la vez que hizo entrechocar los tacones de sus botas, cuyo tamaño era tan gigantesco que sería impensable encontrar para ellas pies apropiados, sobre todo en los tiempos que corren, cuando incluso en Rusia los *bogatires*[25] están en vías de extinción.

Al día siguiente, Chíchikov fue a comer y a pasar la tarde a casa del jefe de Policía donde, desde las tres de la tarde hasta las dos de la madrugada, jugaron al *whist*. Allí, entre otras cosas, conoció al terrateniente Nozdriov[26], un tipo alegre de unos treinta años que, después de intercambiar con él tres o cuatro palabras, pasó a tutearlo. Nozdriov también hablaba de tú al jefe de Policía y al procurador, y se dirigía a ellos de manera amistosa; sin embargo, cuando se sentaron a echar una partida de verdad, los dos últimos observaron sus bazas con extraordinaria atención, ojo avizor a casi cada carta que el otro jugaba. Al día siguiente, Chíchikov pasó la tarde en casa del presidente de la Cámara, quien recibió a sus invitados, entre ellos cierto par de damas, vestido con una bata un tanto grasienta. Después se celebró una velada en la residencia del vicegobernador, una gran comida en casa del contratista; luego, una pequeña comida, que, por cierto, valía por una cena, en casa del procurador; y, por fin, después de la misa, unos entremeses en casa del principal comerciante de la ciudad, que también valieron por una comida. En pocas palabras, nuestro forastero no tuvo oportunidad de quedarse ni una sola hora en su alojamiento, adonde sólo volvía para dormir. Siempre sabía encontrar el tono conveniente y se mostraba como un experimentado hombre de mundo. Fuera cual fuese el tema de conversación, siempre era capaz de seguirla. ¿Se hablaba de la cría de caballos? Él tenía su opinión al respecto. ¿De perros de raza? Él añadía observaciones muy pertinentes. ¿Se discutía de una instrucción a cargo del tribunal de cuentas? Él demostraba que no le resultaban ajenos los tejemanejes judiciales. ¿Se opinaba sobre el billar? Tampoco erraba el tiro. ¿De la virtud? Decía al respecto cosas muy acertadas y las lágrimas incluso le anegaban los ojos. ¿Sobre la elaboración del ponche? De eso también entendía. ¿Sobre los funcionarios y los aduaneros? Hacía unas consideraciones tales que se le habría podido tomar

por uno de ellos. Pero lo más destacable es que envolvía todo esto de un halo de seriedad y sabía comportarse bien. No hablaba ni fuerte ni bajo, sino como es debido. En pocas palabras, se mirara por donde se mirase era un hombre de lo más decoroso. Todos los funcionarios estaban satisfechos con la llegada de este nuevo personaje. El gobernador declaró que era un hombre con buenas intenciones; el procurador lo juzgó un tipo curtido; el coronel de la gendarmería lo consideró un sabio; el presidente de la Cámara, alguien instruido y distinguido; el jefe de Policía lo tuvo por honesto y cortés; la esposa del jefe de Policía, por el más insigne y amable de los hombres. Incluso Sobakévich, poco inclinado a calificar favorablemente a nadie, cuando llegó a su casa muy tarde desde la ciudad, no pudo evitar decir, ya desvestido y acostado en la cama al lado de su esmirriada mujer: «Almita mía, he estado en la velada del gobernador, he comido donde el jefe de Policía y he conocido al asesor colegiado Pável Ivánovich Chíchikov: ¡un hombre agradabilísimo!». A lo que la esposa respondió con un «¡Hummm!» y lo empujó con el pie.

Esta opinión, de lo más halagadora para nuestro viajero, fue la que se formó sobre él en la ciudad y perduró hasta que una extraña cualidad del forastero, una empresa o, como dicen en las provincias, un *passage* del que no tardará en enterarse el lector, sumiese a casi toda la ciudad en la más completa perplejidad.

Capítulo segundo

Hacía ya más de una semana que el forastero vivía en la ciudad, yendo de veladas a comidas, y pasando de este modo el tiempo, como se suele decir, muy gratamente. Al final se decidió a ampliar sus visitas más allá de la ciudad y pasar a ver a los hacendados Manílov y Sobakévich, a quienes se lo había prometido. Tal vez lo empujara a ello otro motivo de más peso, un asunto más serio y más próximo a su corazón… Pero de todo esto se irá enterando el lector poco a poco y a su debido tiempo, siempre que tenga la paciencia de leer el presente relato, muy largo, el cual se extenderá y ampliará a medida que se acerque al final, que corona toda la obra. Al cochero Selifán se le dio la orden de tener enganchados, por la mañana temprano, los caballos a la calesa que ya conocemos. A Petrushka se le mandó quedarse en casa para vigilar su aposento y el equipaje. Para el lector, no estará de más conocer a los dos siervos de nuestro protagonista. Aunque no son personajes demasiado notables, huelga decirlo, sino que son más bien de esos que se califican *de segunda fila* o incluso *de tercera*, y, a pesar de que ni la marcha de los acontecimientos ni los resortes de este poema se apoyan en ellos y sólo se les alude y roza aquí y allá ligeramente…, no obstante, el autor siente un extraordinario apego por los detalles hasta en sus más mínimos aspectos y, en relación con esto, si bien es ruso, quiere ser meticuloso como un alemán. Por otra parte, no ocupará ni mucho tiempo ni mucho espacio, pues no hay gran cosa que añadir a lo que el lector ya sabe; es decir, que Petrushka llevaba una levita marrón un poco ancha heredada de su señor y que tenía, como es costumbre entre la gente de su condición, la nariz y los labios gruesos. De natural era más taciturno que locuaz e incluso manifestaba una noble inclinación a la

cultura, esto es, a la lectura de libros cuyo contenido le resultaba indiferente. Se tratara de las tribulaciones de un personaje enamorado, de un simple silabario o de un libro de oraciones, a él le daba lo mismo: todo lo leía con idéntica atención; de haberle dado un manual de química, tampoco lo habría rechazado. Le gustaba no aquello sobre lo que leía, sino más bien la lectura misma o, mejor dicho, el proceso de leer, el hecho de que siempre, entre las letras, surge alguna palabra que, en ocasiones, sólo el diablo sabe qué quiere decir. A la lectura se entregaba las más de las veces en posición supina, en la antesala, sobre la cama cuyo jergón, debido a esta circunstancia, se había quedado aplastado y fino como una tortita. Además de la pasión por la lectura, Petrushka tenía otras dos costumbres que constituían dos de sus rasgos característicos: se acostaba sin desvestirse, tal como iba, con la misma levita, y emanaba persistentemente ese olor suyo tan peculiar, un tufillo que sólo le pertenecía a él, que evocaba en cierto sentido el de un cuarto habitado, de modo que bastaba con que colocara su cama en algún lugar, aunque fuera en una habitación hasta entonces desocupada, y trasladara allí su capote y sus enseres, para que ya pareciera que en esa habitación vivía gente desde hacía una década por lo menos. Hombre de lo más delicado, incluso aprensivo en ciertos casos, Chíchikov, al llenar los pulmones de buena mañana con la nariz fresca, se limitaba a fruncir el ceño y sacudía la cabeza, a la vez que decía: «El diablo sabrá qué pasa contigo, hermano. ¿Sudas o qué? Lo mejor sería que fueras a una casa de baños». A lo que Petrushka no replicaba nada y al instante se afanaba en ocuparse con cualquier otro quehacer: bien se acercaba, cepillo en mano, al frac colgado de su señor, bien se ponía a ordenar algo. ¿En qué pensaba, en aquellos momentos, cuando se sumía en el mutismo? Quizá dijese para sus adentros: «Pues anda que tú estás bueno… ¿No te aburres de repetir cuarenta veces, una y otra vez, lo mismo?». Sólo Dios lo sabe, es difícil comprender lo que piensa un siervo cuando su señor lo sermonea. Así pues, esto es todo cuanto podemos decir, por el momento, de Petrushka. Selifán, el cochero, era un hombre completamente diferente… Pero al autor le abochorna su propio empeño en distraer a los lectores tanto rato con gente de baja estofa, sabiendo por experiencia cuánto aborrecen tratar con sus inferiores. El ruso es así: arde en deseos de relacionarse con cualquiera que

pertenezca a una categoría más alta que la suya, aunque sea sólo un grado, y prefiere conocer superficialmente a un conde o a un príncipe a entablar una estrecha amistad cualquiera. El autor incluso abriga algún que otro temor con respecto a su héroe, un simple asesor colegiado. Tal vez los consejeros de la Corte accedan a conocerlo, pero los que ostenten ya el rango de general, ¿quién sabe?, quizá le lancen una de esas miradas de desdén que dirigen con altanería a todo cuanto se arrastra a sus pies o, tanto peor, quizá pasen de largo con una indiferencia mortífera para el autor. Pero, por doloroso que sea lo uno y lo otro, tendremos que volver, no obstante, a nuestro protagonista. Así pues, después de dar las órdenes oportunas la noche anterior, se despertó muy temprano, se lavó y se frotó de la cabeza a los pies con una esponja húmeda, ritual que reservaba para los domingos, y aquel día resultó que lo era; luego se afeitó de tal modo que las mejillas, por su suavidad y tersura, se tornaron pura seda; se puso su frac moteado color frambuesa y su gabán forrado de abundante piel de oso, bajó por la escalera sostenido —ahora por la derecha, ahora por la izquierda— por el criado de la posada, y se montó en el carruaje. El coche cruzó con gran estruendo el portón de la posada y salió a la calle. Un pope que pasaba por allí se quitó el sombrero; algunos pilluelos con las camisas sucias alargaron las manos, diciendo: «¡Una limosnita, señor, para este pobre huérfano!». Percatándose el cochero de que uno de ellos parecía muy aficionado a saltar a la parte trasera de los carruajes, le arreó un latigazo, y el coche prosiguió su camino, dando brincos por el empedrado. No sin alegría vislumbraron a lo lejos la barrera rayada que marcaba el límite de la ciudad, señal de que el empedrado, como cualquier otro suplicio, pronto llegaría a su fin; y aún tuvo tiempo Chíchikov de darse algunos cabezazos bastante fuertes contra el techo de la calesa antes de que ésta comenzara a deslizarse, por fin, sobre terreno blando. Apenas dejó atrás la ciudad, empezaron a dibujarse, como es costumbre en nuestro país, las cosas más peregrinas y absurdas a ambos lados del camino: pequeños montículos, abetales, bosquecillos bajos y enclenques de jóvenes pinos, ennegrecidos troncos de árboles viejos, brezo salvaje y otras majaderías por el estilo. Encontraron pueblos tirados a cordel con casas similares a viejos almacenes de leña, cubiertas con techos grises ribeteados con adornos tallados en madera que parecían servilletas bordadas

tendidas a secar. Algunos campesinos, según la costumbre, bostezaban sentados en bancos enfrente de las puertas, enfundados en sus zamarras de piel de oveja. Mujeres mofletudas, con vestidos ceñidos a la altura del pecho, observaban desde las ventanas superiores, mientras que en las de abajo un ternero miraba o un cerdo asomaba su hocico ciego. En pocas palabras, unas estampas de lo más familiar. Al pasar por delante del poste que señalaba quince verstas, recordó que el pueblo de Manílov, según este último, debía encontrarse por aquellos parajes, pero dejó atrás también la decimosexta versta sin que ningún pueblo apareciera en el horizonte y, de no haber sido por dos campesinos que salieron al encuentro, es poco probable que hubiesen dado con el camino. A la pregunta de si estaba lejos de allí el pueblo de Zamanílovka, los campesinos se quitaron los sombreros, y uno de ellos, con la barba puntiaguda y un poco más listo que el otro, respondió:

—¿No será Manílovka lo que buscas, en lugar de Zamanílovka[27]?

—Pues sí, Manílovka.

—¿Manílovka? Sigue adelante una versta más y allí la tienes. O sea, recto a la derecha.

—¿A la derecha? —repitió el cochero.

—A la derecha —dijo el campesino—. Ése es el camino para Manílovka, porque no hay ningún Zamanílovka. Es así como se llama, es decir, su nombre es ése, Manílovka, porque no hay tal Zamanílovka. Allí, sobre una colina, verás una casa de dos plantas, de piedra; es la hacienda del señor, esto es, donde vive. Ahí es donde está Manílovka, porque por aquí no hay ningún Zamanílovka, ni nunca lo ha habido.

Partieron a la búsqueda de Manílovka. Pasadas dos verstas, encontraron el camino vecinal que doblaba a la derecha, pero recorrieron dos, tres, cuatro verstas, si no me equivoco, y la casa de piedra de dos plantas seguía sin aparecer. Chíchikov se acordó entonces de que cuando un conocido te invita a visitarlo a una aldea a quince verstas de distancia conviene contar treinta. El lugar donde estaba situado Manílovka podía seducir a alguna que otra alma cándida. La casa señorial se alzaba, solitaria, en la colina o, mejor dicho, en una elevación expuesta a todos los vientos que tuvieran a bien soplar. La ladera estaba cubierta de césped recortado, con dos o tres

parterres de estilo inglés en que se distinguían arbustos de lilas y acacias amarillas. Aquí y allá, pequeños grupos de cinco o seis abedules alzaban al cielo las hojas diminutas de sus raquíticas copas. Debajo de dos de ellos se veía un cenador con una chata cúpula verde, columnas azules de madera y el letrero: «templo de meditación solitaria». Más abajo, se divisaba un estanque invadido de verdín, lo cual, doy fe, nada tiene de extraordinario en los jardines ingleses de los hacendados rusos. Al pie de este altozano y en parte de la ladera negreaban, a lo largo y a lo ancho, varias cabañas de troncos grises, que nuestro protagonista, por razones que ignoramos, se puso a contar: eran más de doscientas. Entre ellas no había ni un árbol ni la menor brizna de hierba. Lo único que se veía por todas partes eran troncos. El paisaje estaba animado por dos mujeres que, con las faldas pintorescamente recogidas y arremangadas, avanzaban con el agua hasta las rodillas dentro del estanque, arrastrando con dos palos de madera una red rota en la que estaban atrapados dos cangrejos y resplandecía un gobio que se había dejado pescar. Las mujeres parecían estar en mitad de una riña y se insultaban por algo. Un poco a lo lejos se distinguía un bosque de pinos de un monótono azul oscuro. Incluso el tiempo armonizaba muy oportunamente con el paisaje: no era un día ni despejado ni lúgubre, sino de ese gris claro que sólo se ve en los viejos uniformes de los soldados de guarnición, tropas por lo demás pacíficas, aunque parcialmente ebrias los días de fiesta. Para completar el cuadro no faltaba uno de esos gallos anunciadores de inclemencias que, si bien tenía la cabeza con los sesos al aire por los picotazos que le habían propinado otros gallos a causa de los consabidos galanteos, gritaba a pleno pulmón e incluso batía sus alas deshilachadas como viejas esteras. Al acercarse al patio, Chíchikov vio apostado en el zaguán al propio dueño; vestido con una levita verde de lana, se había llevado la mano a la frente, a modo de paraguas sobre los ojos, tratando de distinguir mejor el coche que se aproximaba. A medida que el carruaje se acercaba al porche, sus ojos se tornaron más alegres y su sonrisa cada vez más amplia.

—¡Pável Ivánovich! —gritó finalmente, cuando Chíchikov se apeó del coche—. ¡Después de todo, se dignó acordarse de nosotros!

Los dos amigos se besaron efusivamente, y Manílov condujo a su invitado al interior de la casa. Aunque el tiempo que los dos precisarán para cruzar el vestíbulo, la antesala y el comedor será más bien poco, aun así, trataremos de aprovecharlo para decir algunas palabras sobre el señor de la casa. En este punto del relato, sin embargo, el autor debe confesar que semejante empresa es sumamente ardua. Se prestan mucho más al retrato los hombres de gran carácter. Basta con lanzar a manos llenas los colores sobre el lienzo: negros ojos ardientes, cejas tupidas, la frente surcada por una arruga, echada sobre el hombro una capa negra o roja como el fuego, y el retrato ya está listo. Pero estos señores, y hay muchos de ellos en este mundo, que se parecen entre sí y que, sin embargo, cuando uno los mira con atención, distingue un sinfín de rasgos de lo más imperceptibles… Estos señores son terriblemente difíciles de retratar. En estos casos hay que tensar al máximo la atención hasta conseguir que emerjan los rasgos más sutiles, casi invisibles y, en general, debe penetrar muy hondo la mirada harto ejercitada en la ciencia de la observación.

Sólo Dios, acaso, podría decir cuál era el carácter de Manílov. Hay una suerte de personas a las que se conoce con los apelativos de *ni fu ni fa, ni carne ni pescado, ni chicha ni limonada,* como reza la expresión popular. Quizá habría que inscribir a Manílov en este grupo. A primera vista, era un hombre resultón: sus facciones no estaban privadas de encanto, pero ese encanto suyo parecía demasiado almibarado; con sus maneras y palabras buscaba granjearse los buenos sentimientos y la amistad de los otros. Rubio y de ojos azules, sonreía de una manera seductora. En cuanto se entablaba una conversación con él, no se podía evitar exclamar: «¡Qué hombre tan bueno y agradable!». Un instante después, uno ya no decía nada y, a los tres minutos, pensaba: «¿Qué demonios es esto?», y se apresuraba a alejarse, pues, si no, le invadía un hastío mortal. De su boca no escaparía una palabra viva, ni tan sólo arrogante, como suelta prácticamente cualquiera cuando se toca su tema favorito. Cada uno, en efecto, tiene su afición predilecta: a uno le entusiasman los galgos; otro es un gran apasionado de la música y cree sentirla en toda su profundidad; el tercero es un auténtico maestro en el arte culinario; el cuarto aspira a desempeñar un papel aunque sea sólo un palmo más alto del que le ha asignado el destino; el quinto, más limitado en sus

ambiciones, duerme y sueña con pasearse en compañía de un edecán, pavoneándose delante de sus amigos, conocidos e incluso desconocidos; el sexto está dotado de una mano que siente un deseo sobrenatural de marcar algún as o el dos de diamantes; mientras que la mano de un séptimo siente el impulso de imponer el orden acercándose más a la fisonomía de un maestro de postas o de un cochero. En resumen, todo el mundo tiene su afición predilecta, pero Manílov no tenía ninguna. En casa se mostraba poco locuaz, se pasaba la mayor parte del tiempo perdido en sus pensamientos y reflexiones, aunque en qué pensaba sólo Dios podía saberlo. No se puede afirmar que se ocupara de la hacienda, ni siquiera ponía un pie en el campo; su hacienda, por así decirlo, marchaba por sí sola. Cuando su intendente le sugería: «Señor, estaría bien hacer esto y aquello», él solía responder: «Sí, no estaría mal», sin dejar de fumar la pipa, fiel a la costumbre que había adquirido cuando servía en el Ejército, donde lo tenían por el más modesto, delicado y cultivado de los oficiales. «Sí, no estaría nada mal», repetía. Si uno de los campesinos se acercaba a verlo y, mientras se rascaba el cogote, le decía: «Señor, deje que me vaya fuera a trabajar, así le pagaré el impuesto», él respondía, sin dejar de fumar: «Ve», y ni siquiera se le pasaba por la cabeza que el campesino se iba a empinar el codo. A veces, cuando miraba desde el zaguán al patio y al estanque, se decía que estaría bien construir un paso subterráneo desde la casa o tender sobre el estanque un puente de piedra con tiendas a uno y otro lado, donde se instalaran los mercaderes y vendieran toda suerte de artículos útiles para los campesinos. Entonces, sus ojos se tornaban increíblemente dulces y su cara adquiría una expresión de lo más satisfecha. Estos bellos proyectos, por lo demás, no pasaban de las meras palabras. En su despacho, siempre había un libro marcado con un señalador en la página catorce, que llevaba dos años leyendo. En su casa siempre faltaba algo: los muebles del salón eran espléndidos, tapizados con una elegante seda que, por cierto, debía de haberle costado un ojo de la cara; pero no había alcanzado para revestir dos butacas, que estaban cubiertas aún con una simple arpillera; por lo demás, el dueño de la casa llevaba años advirtiendo a sus invitados con estas palabras: «No os sentéis en esas butacas, aún no están terminadas». Otra habitación tampoco estaba amueblada, aunque ya en los primeros días de su

vida conyugal había comentado: «Querida mía, a partir de mañana mismo habrá que ocuparse de amueblar, aunque sea provisionalmente, esta estancia». Al caer la noche, ponían sobre la mesa un fino candelabro de bronce oscuro, ornado con las Tres Gracias de la Antigüedad y provisto de una pantalla de nácar, también muy fina; y, junto a éste, un inválido de cobre, una palmatoria coja y torcida hacia un lado, toda pringada de sebo, lo que ni el amo, ni su esposa, ni los criados, parecían advertir. Su esposa era… Bah, bastará con precisar que estaban hechos el uno para el otro. A pesar de que ya acumulaban a sus espaldas más de ocho años de vida en común, seguían haciéndose pequeños obsequios, ahora un trocito de manzana, ahora un bombón, ahora una pequeña nuez, diciéndose con una voz conmovedoramente tierna, que ponía de manifiesto su perfecto amor: «Abre la boquita, amor mío, que tengo algo para ti». Huelga decir que la boquita se abría con mucha gracia. Para sus cumpleaños se preparaban sorpresas: por ejemplo, un pequeño estuche para mondadientes adornado con abalorios. Muy a menudo, sentados en el sofá, de pronto, no se sabe por qué, uno abandonaba su pipa y la otra su labor, si es que ella tenía una entre las manos en ese instante, y se fundían en un beso tan lánguido y prolongado que daba tiempo de sobra para fumarse un cigarrillo. En fin, eran, como se suele decir, felices. Se podría objetar, por supuesto, que en una casa hay muchas más ocupaciones que los besos prolongados o las sorpresas, y se podrían formular diversas preguntas. ¿Por qué en la cocina, por ejemplo, se preparaba la comida tan a lo loco y sin sentido? ¿Por qué la despensa estaba casi vacía? ¿Por qué el ama de llaves era una ladrona? ¿Y los criados, unos inmundos borrachos? ¿Por qué la servidumbre dormía sin la menor impudicia y se dedicaba a hacer calaveradas el resto del tiempo? Pero éstas son cuestiones mezquinas, y la señora Manílova había recibido una educación excelente. Y una buena educación se recibe, como es de todos sabido, en los pensionados, donde, como también sabemos, se imparten tres asignaturas principales que constituyen la base de las virtudes humanas: la lengua francesa, indispensable para la felicidad familiar; el piano, que procura tantos instantes felices al esposo; y, por último, las tareas propiamente domésticas, como la confección de portamonedas y otras sorpresas. Por lo demás, en los tiempos que corren se han introducido

diversos perfeccionamientos y modificaciones en los métodos; todo depende del sentido común y de las capacidades de las tutoras del pensionado. En unos, el piano es lo primero, luego el francés y después las tareas domésticas; en otros, las tareas domésticas, es decir, la confección de sorpresas tricotadas, ocupa el primer lugar, luego viene el francés y, por último, el piano. Los métodos varían, lo que no debe impedirnos observar que la señora Manílova… Pero lo confieso: temo hablar de las damas, amén de que ya es hora de volver a nuestros personajes, quienes ya llevan varios minutos plantados delante de la puerta del salón, cediéndose el paso el uno al otro.

—Se lo ruego, no se tome tantas molestias por mí. Pasaré después de usted —decía Chíchikov.

—No, Pável Ivánovich, bajo ningún concepto, usted es mi invitado —replicaba Manílov, señalándole la puerta.

—De ninguna manera, por favor, de ninguna manera. Pase, tenga la bondad —decía Chíchikov.

—No, discúlpeme, no permitiré que un invitado tan distinguido pase detrás de mí.

—¿Distinguido?… Por favor, pase.

—No, no, le ruego que pase usted.

— Pero ¿por qué?

—¡Pues porque sí! —replicó Manílov con una encantadora sonrisa.

Finalmente, los dos amigos entraron a la vez, de lado, chocando entre sí.

—Permítame que le presente a mi esposa —dijo Manílov—. ¡Querida, aquí está Pável Ivánovich!

Chíchikov vio entonces a una dama en quien no había reparado mientras se deshacía en reverencias en la puerta con Manílov. Bastante bonita, vestía de un modo favorecedor. Llevaba puesta una bata de seda de color pálido que le quedaba muy bien. Su pequeña y fina mano lanzó a toda prisa algo sobre la mesa y apretó un pañuelo de batista con las puntas bordadas. Ella se levantó del diván y, no sin placer, Chíchikov le besó la manita. La señora Manílova le aseguró, con un ligero tartajeo, que su visita les procuraba una gran alegría y que no había día en que su esposo no hablara de él.

—En efecto —añadió Manílov—. Ella no dejaba de preguntarme: «¿Cómo es que no viene tu amigo a vernos?», y yo le decía: «Ten paciencia, querida, que ya vendrá». ¡Y ahora, por fin, nos honra con su presencia! ¡Sí, qué deleite nos ha proporcionado! ¡Un día de mayo…! ¡Una fiesta para el corazón!

Al oír que se aludía incluso al corazón, Chíchikov, un poco confuso, repuso con modestia que no tenía un nombre ilustre ni tampoco un rango elevado.

—Usted lo tiene todo —lo interrumpió Manílov, con la misma amable sonrisa—, usted lo tiene todo e incluso más.

—¿Qué le ha parecido nuestra ciudad? —preguntó Manílova—. ¿Se ha divertido?

—Es una ciudad excelente, maravillosa —contestó Chíchikov—. Lo he pasado muy bien: la gente es de lo más amable.

—¿Y qué le parece nuestro gobernador? —dijo Manílova.

—¿No es el más respetable y afectuoso de los hombres? —agregó Manílov.

—Sin duda —dijo Chíchikov—, es un hombre respetabilísimo. ¡Y cómo se entrega a sus obligaciones! ¡Qué competente es! Ojalá hubiera muchos más como él.

—Y con qué acierto recibe a todos, ¿sabe? Qué delicadeza en sus maneras… —agregó Manílov, todo él sonrisa, con los ojos entornados de satisfacción, como un gato al que le hacen cosquillas suavemente con un dedo detrás de las orejas.

—Un hombre afable y encantador —prosiguió Chíchikov—. ¡Y tan hábil! ¡Nunca habría imaginado que pudiera bordar así de bien tantos motivos! Me enseñó una de sus labores, un monedero. ¡Pocas mujeres sabrían tejerlo con tanta maestría!

—Y el vicegobernador, ¿verdad que es atento? —dijo Manílov, entrecerrando de nuevo ligeramente los ojos.

—Un hombre muy, pero que muy estimable —respondió Chíchikov.

—Y bueno, dígame, ¿qué opina de nuestro jefe de Policía? ¿No le parece muy agradable?

—Extraordinariamente agradable. ¡Y tan inteligente, tan cultivado! Estuvimos jugando al *whist*, en su casa, hasta que nos dieron las tantas, con el procurador y el presidente de la Cámara. Un hombre muy, muy encomiable.

—¿Y qué opinión le merece su esposa? —añadió Manílova—. ¿No la encuentra una mujer amabilísima?

—¡Oh, una de las mujeres más dignas que conozco! —respondió Chíchikov.

Después no se les pasó mencionar al presidente de la Cámara ni al jefe de Correos, y así pasaron revista a casi todos los funcionarios de la ciudad, que resultaron ser todos dignísimos.

—¿Pasan todo el tiempo en el campo? —preguntó Chíchikov por fin, cuando le tocó el turno.

—La mayor parte sí —respondió Manílov—. Pero a veces vamos a la ciudad con el fin de encontrarnos con gente cultivada. Uno se vuelve salvaje, ya lo ve, viviendo siempre en reclusión.

—Cierto, cierto —dijo Chíchikov.

—Naturalmente —siguió diciendo Manílov— sería diferente si dispusiéramos de buenos vecinos, de alguien, por ejemplo, con quien pudiéramos hablar de cuestiones agradables, en buen tono, o dedicarnos a alguna ciencia, capaz, por así decirlo, de conmover nuestra alma, de, como quien dice, elevarla…

Llegados a este punto, quiso añadir algo, pero, comprendiendo que se enredaba, se limitó a agitar una mano en el aire antes de proseguir:

—En ese caso, desde luego, nuestro retiro en el campo sería muy agradable. Pero no hay nadie en absoluto… Sólo de vez en cuando hojeamos el *Sin Otéchestva*[28].

Chíchikov se mostró completamente de acuerdo. Declaró que, en efecto, nada podía ser más agradable que vivir en soledad, deleitándose con el espectáculo de la naturaleza y leyendo de vez en cuando un libro…

—Pero ¿sabe?… —añadió Manílov—. Sin un amigo con quien compartirlo…

—¡Oh, tiene razón, toda la razón! —le interrumpió Chíchikov—. ¿Qué son todos los tesoros del mundo? «Más valen amigos en la plaza que

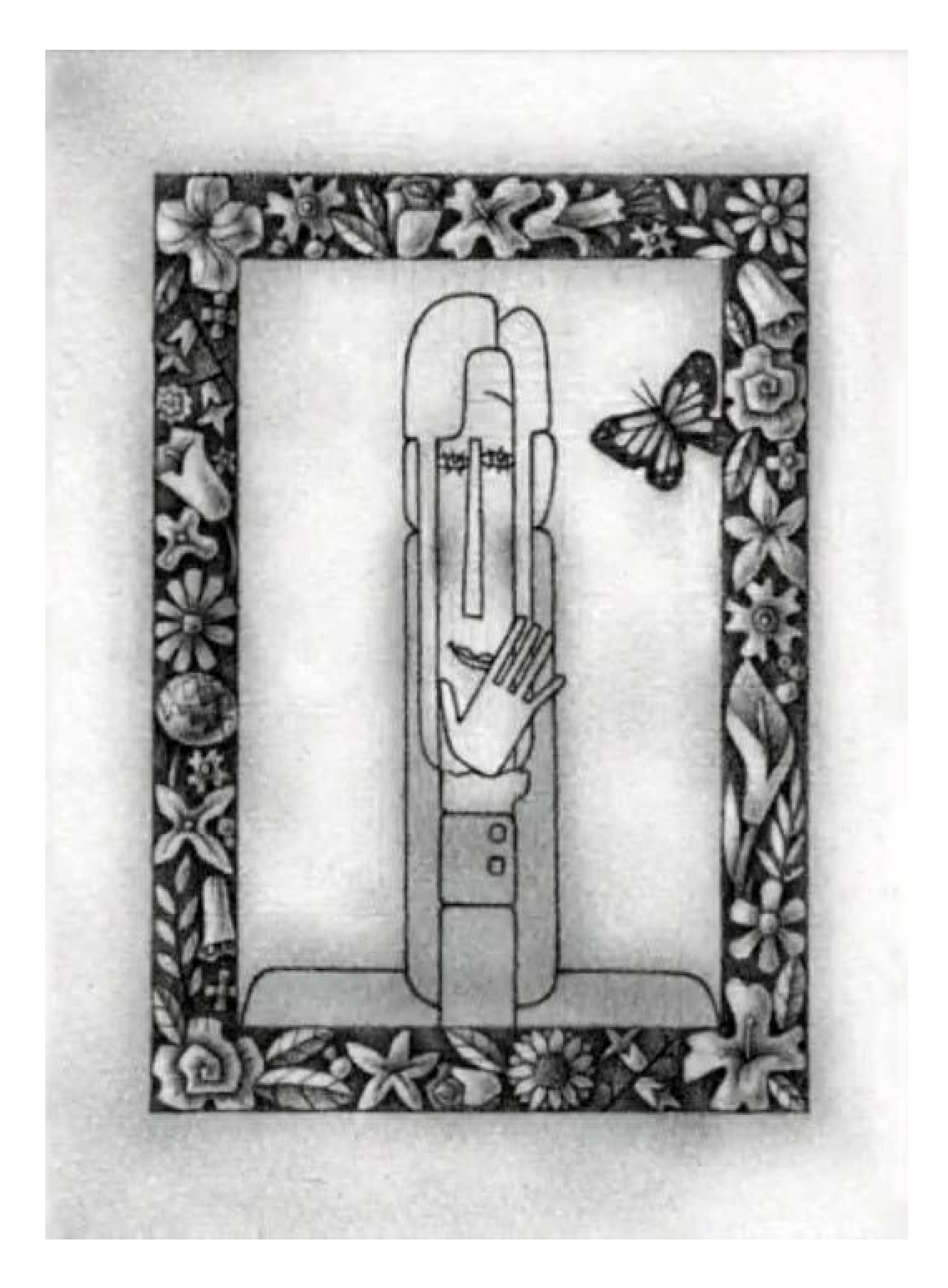
dineros en el arca», dijo un sabio.

—Y ¿sabe, Pável Ivánovich? —dijo Manílov, pintando en su rostro una expresión no sólo dulce, sino incluso empalagosa, como esos jarabes que el hábil doctor de la alta sociedad edulcora sin misericordia, imaginando que complace así a su paciente—. Entonces se experimenta, en cierto sentido, un deleite espiritual… Exactamente como en este instante en el que la suerte me ha deparado la dicha, por así decirlo, única y ejemplar, de hablar con usted y disfrutar de su agradable conversación…

—¡Por favor! ¿Qué agradable conversación? No soy más que un hombre insignificante —respondió Chíchikov.

—¡Oh, Pável Ivánovich! Permítame que le sea sincero. Daría con placer la mitad de mi fortuna por tener ni que fuera una parte de sus méritos.

—Al contrario, soy yo quien consideraría un inmenso…



Dios sabe hasta dónde habrían llegado los dos amigos en su efusión mutua si el criado no se hubiese asomado para anunciar que la comida estaba servida.

—Se lo pido humildemente —dijo Manílov—. Disculpe que no le ofrezcamos una de esas comidas de postín que se dan en las capitales; sólo tenemos, como es costumbre en Rusia, sopa de col, pero se la ofrecemos de todo corazón. Se lo pido humildemente…

De nuevo se enzarzaron en una discusión por ver quién debía pasar primero y finalmente Chíchikov se aventuró a entrar de lado en el comedor.

Allí se encontraban ya dos niños, los hijos de Manílov, que tenían edad suficiente para ser admitidos a la mesa, aunque todavía en sillas altas. A su lado estaba el preceptor, que saludó, cortés y sonriente, con una inclinación. La señora de la casa tomó asiento detrás de la sopera, al invitado lo sentaron entre sus anfitriones, el criado anudó una servilleta al cuello de los niños.

—¡Qué niños tan encantadores! —dijo Chíchikov, tras echarles un vistazo—. ¿Cuántos años tienen?

—El mayor va para ocho, el pequeño ayer cumplió seis —dijo Manílova.

—¡Temístoclus! —gritó Manílov, dirigiéndose al mayor, que se esforzaba en liberar su barbilla aprisionada en la servilleta por el criado.

Chíchikov arqueó ligeramente una ceja al escuchar ese nombre en parte griego al que Manílov, Dios sabe por qué, añadía la terminación *-us*. Pero se esforzó en cambiar el semblante de inmediato y adquirir su aspecto habitual.

—Dime, Temístoclus, ¿cuál es la ciudad más bella de Francia?

El preceptor, en este instante, concentró toda su atención en Temístoclus y dio la impresión de que quería saltarle a los ojos, pero finalmente recuperó la calma y asintió, cuando Temístoclus respondió:

—París.

—¿Y de Rusia? —volvió a preguntar Manílov.

El preceptor se tensó de nuevo.

—San Petersburgo —dijo Temístoclus.

—¿Y cuál más?

—Moscú.

—¡Bravo, criatura! —exclamó Chíchikov—. Pero… —siguió diciendo, al tiempo que se volvía hacia los Manílov con una expresión rayana en la

estupefacción—. ¡Tantos conocimientos, a su edad! Debo decirles que este niño tiene mucho talento.

—¡Oh, y eso que aún no lo conoce! —replicó Manílov—. Es extraordinariamente perspicaz. El pequeño, Alcides, no es tan espabilado, pero éste… Encuentra cualquier cosa, un insecto o un bicho, y se le desorbitan los ojos. Se pone enseguida a correr detrás de él, lo examina con atención. Quiero que haga carrera diplomática. Temístoclus —añadió, volviéndose hacia su hijo—, ¿quieres ser embajador?

—Sí —contestó Temístoclus, sin dejar de masticar pan y meneando la cabeza de derecha a izquierda.

En ese instante el criado, plantado detrás de la silla, limpió la nariz del embajador, e hizo muy bien, pues de lo contrario habría caído en la sopa una gota enorme de repugnante consistencia. La conversación que entablaron sentados a la mesa versó sobre el placer de una vida tranquila, en que la anfitriona entrometía observaciones sobre el teatro municipal y los actores. El preceptor miraba con suma atención a los que hablaban y, en cuanto advertía que estaban a punto de reír, abría al instante la boca y se desternillaba. Era, a todas luces, un hombre agradecido, ansioso de corresponder al señor de la casa por el buen trato recibido. Es justo decir, por lo demás, que en una ocasión adoptó una expresión severa y dio varios golpes secos contra la mesa, con los ojos clavados en los niños sentados enfrente de él. Lo hizo en el momento oportuno, porque Temístoclus acababa de morder la oreja de Alcides, y este último, con los ojos cerrados y la boca abierta, se disponía a prorrumpir en sollozos de la forma más lamentable. Sintiendo, no obstante, que se arriesgaba a quedarse sin algún plato, forzó a su boca a retomar su posición habitual y, con los ojos llenos de lágrimas, se puso a roer un hueso de cordero que le dejó ambos carrillos relucientes de grasa.

La anfitriona se dirigía a menudo a Chíchikov con estas palabras:

—No come usted nada. Se ha servido muy poco.

A lo que Chíchikov siempre respondía:

—Se lo agradezco muchísimo, estoy saciado. No hay mejor manjar que una conversación agradable.

Se levantaron de la mesa. Manílov estaba hondamente satisfecho y, cogiendo por el hombro a su invitado, se preparaba de esta guisa a conducirlo hasta el salón, cuando éste declaró de pronto, otorgando con su expresión mayor peso a sus palabras, que deseaba hablarle de un asunto muy urgente.

—En ese caso, permítame que le pida que vayamos a mi despacho —respondió Manílov y lo condujo a un cuarto pequeño cuya ventana daba al bosque azulado—. He aquí mi modesto rincón —añadió.

—Encantadora estancia —dijo Chíchikov, después de recorrer el despacho con la mirada.

En efecto, la habitación tenía su encanto. Las paredes estaban pintadas en un tono azul tirando a grisáceo; cuatro sillas, una butaca y una mesa sobre la que reposaba el libro con el señalador que ya tuvimos ocasión de mencionar; algunos papeles garabateados, y sobre todo mucho tabaco, en todas sus formas: en paquetes y en tabaqueras, e incluso esparcido sobre la mesa. En los alféizares de las ventanas se alzaban también pequeñas montañas de ceniza, residuos de pipa, dispuestos, no sin esmero, en hermosas hileras. Era evidente que, a veces, era un pasatiempo para el señor de la casa.

—Permítame que le pida que se acomode en esta butaca —dijo Manílov—. Aquí estará más tranquilo.

—Permítame que me siente en la silla.

—Permítame que no se lo permita —dijo Manílov con una sonrisa—. Es que esta butaca, en mi casa, está reservada a los huéspedes: de grado o por fuerza tendrá que sentarse en ella.

Chíchikov se sentó.

—Permítame que le ofrezca una pipa.

—No gracias, no fumo —respondió Chíchikov con voz afectuosa, como si lo lamentara.

—¿Cómo es eso? —le preguntó Manílov con la misma voz afectuosa y también como si lo lamentara.

—No tengo la costumbre. Además, me despierta algún que otro temor: dicen que la pipa adelgaza.

—Permítame que le diga que se trata de un prejuicio. Creo incluso que es mucho más sano fumar tabaco que aspirarlo. En nuestro regimiento había un teniente, el mejor y el más cultivado de los hombres, que no se sacaba la pipa de la boca, ya fuera en la mesa e incluso, con permiso sea dicho, en otros sitios. Pues bien, hoy tiene más de cuarenta y, gracias a Dios, su salud es inmejorable.

Chíchikov admitió que esas cosas pasaban y que la naturaleza encerraba muchos misterios, incluso para inteligencias preclaras.

—Pero permítame, antes que nada, una pregunta… —comenzó a decir con una voz en la que resonaba una entonación extraña, o casi extraña. Acto seguido, por alguna razón, miró hacia atrás—: ¿hace cuánto que remitió la hoja del censo[29]?

—¡Oh, hace mucho! Mejor dicho, ni me acuerdo —contestó Manílov.

—Y, desde entonces, ¿se le han muerto muchos campesinos?

—No lo sé. Supongo que debería preguntárselo al intendente. ¡Eh, muchacho! Llama al intendente. Hoy le toca estar por aquí.

El intendente apareció. Era un hombre casi en la cuarentena, que se afeitaba la barba, vestía una levita y, a todas luces, llevaba una vida muy apacible, pues su cara reflejaba una plenitud rechoncha, mientras que su tez amarillenta y sus diminutos ojos indicaban que conocía bien los colchones de plumas y los edredones. Se comprendía enseguida que había sabido establecerse, siguiendo así el camino de todos los intendentes. Primero, simple chico de los recados en la casa, aunque sabía leer y escribir; luego se casó con una tal Agashka, el ama de llaves de la hacienda y favorita de la señora, y él mismo se convirtió en amo de llaves y luego en intendente. Y ya en ese puesto empezó a comportarse, claro está, como todo intendente, relacionándose y compadreando con los más ricos del pueblo y aumentando los tributos de los más pobres; se despertaba cada día hacia las nueve y esperaba a que el samovar estuviera listo para tomar tranquilamente el té.

—¡Dime, querido! ¿Cuántos campesinos murieron desde el último censo?

—¿Cuántos? Muchos, desde entonces —respondió el intendente, que dio un hipido y se llevó la mano vagamente a la boca, a modo de escudo.

—Sí, me lo suponía, eso mismo pensaba yo —replicó Manílov—. ¡Han muerto muchos, así es! —Y en ese instante se volvió hacia Chíchikov y añadió—: Exacto, muchísimos.

—Y, en número, ¿cuántos son? —preguntó Chíchikov.

—Sí, eso, ¿cuántos? —repitió Manílov.

—¿En número? ¿Cómo voy a saberlo? No sabemos cuántos han muerto: nadie los ha contado.

—Sí, es lo que me figuraba —dijo Manílov, dirigiéndose a Chíchikov—. Una mortalidad elevada: no se sabe a cuánto asciende el número de difuntos.

—Haz la cuenta, por favor —dijo Chíchikov al intendente—, y una lista detallada, con los nombres de todos.

—Sí, con los nombres de todos —repitió Manílov.

El intendente dijo: «¡A sus órdenes!» y se marchó.

—¿Y por qué motivo la necesita? —preguntó Manílov, una vez hubo salido el otro.

Esta pregunta pareció turbar al invitado: a su cara asomó cierta tensión, que incluso le hizo ruborizarse, como si quisiera expresar algo que no se dejaba someter a las palabras. Y, en efecto, Manílov oyó por fin la revelación de cosas tan extrañas e insólitas que nunca habían llegado a oídos humanos.

—¿Me pregunta el motivo? Pues bien, el motivo es el siguiente: me gustaría comprar unos campesinos… —dijo Chíchikov, vacilante, y sin llegar a completar la frase.

—Permítame que le haga algunas preguntas —dijo Manílov—. ¿Cómo querría comprarlos? ¿Con la tierra o simplemente para llevárselos, es decir, sin tierra?

—No, no quiero exactamente campesinos —dijo Chíchikov—. Quiero comprar los muertos…

—¿Cómo dice, muy señor mío? Disculpe… Soy un poco duro de oído y me ha parecido oír una curiosa formulación…

—Me propongo adquirir los muertos que, por lo demás, aún figuren en el censo como vivos —explicó Chíchikov.

Manílov dejó caer al suelo el chibuquí con la pipa, boquiabierto del estupor, y así se quedó algunos minutos. Los dos amigos que, poco antes, habían conversado sobre las bondades de la vida fraternal, estaban inmóviles, mirándose a los ojos de hito en hito, como esos retratos que antaño colgaban frente a frente, a ambos lados del espejo. Al final, Manílov cogió la pipa y el chibuquí, a la vez que echaba un vistazo a su interlocutor desde abajo, como para comprobar que no hubiera en sus labios el atisbo de una sonrisa maliciosa y que no estuviera bromeando; pero no distinguió nada semejante. Al contrario, su semblante parecía incluso más grave que de costumbre. Mirando con horror a su invitado, pensó enseguida si éste no habría perdido de repente la cabeza; sin embargo, los ojos del invitado se veían completamente serenos, sin esa llama inquieta y salvaje que corre en la mirada de los locos. Todo parecía correcto y en orden. Por más que reflexionó Manílov sobre cómo comportarse y qué hacer, no se le ocurrió otra cosa que exhalar por la boca, en forma de hilo fino, el humo que retenía.

—Quisiera saber, pues, si podría darme o cederme, como usted prefiera, esas almas no vivas, en realidad, pero que legalmente sí lo están.

Manílov, sin embargo, estaba tan desconcertado y confuso que se limitó a mirarle.

—Tengo la impresión de que esto le pone en una situación embarazosa —observó Chíchikov.

—¿A mí…? No, de ninguna manera —dijo Manílov—. Es sólo que no alcanzo a comprender… Perdone… Por supuesto, no recibí la brillante formación que se transparenta, por así decirlo, en cada uno de sus gestos, y no sé expresarme con un arte tan consumado… No será quizá… que en lo que acaba de exponer… se encierre otro sentido… ¿No lo habrá dicho de esta manera por una cuestión de estilo, para embellecer su discurso?

—No —replicó Chíchikov—. No, me refiero a las cosas tal y como son. Es decir, a las almas que efectivamente ya han muerto.

Manílov se azoró por completo. Sentía que debía hacer algo, formular una pregunta, pero ¿cuál? ¡El diablo lo sabría! Acabó por exhalar de nuevo humo, pero no por la boca esta vez, sino por los orificios de la nariz.

—Bien, si no tiene nada que objetar, podríamos, con la ayuda de Dios, proceder a la redacción de la escritura de compraventa.

—¿Cómo? ¿Una escritura de compraventa de las almas muertas?

—¡Ah, no! —repuso Chíchikov—. Escrituraremos las que están vivas, tal como figuran en el censo. Tengo por costumbre respetar la ley a pie juntillas, aunque por ello se haya resentido mi carrera. Pero, discúlpeme, el deber es para mí algo sagrado; ante la ley, me inclino sin chistar.

Estas últimas palabras gustaron mucho a Manílov, aunque seguía sin llegar a entender nada del asunto; así que, a modo de respuesta, se puso a chupar el chibuquí y lo hizo con tanta fuerza que éste empezó a roncar como un fagot. Daba la impresión de que quisiera arrancarle una opinión sobre esta historia inaudita, pero el chibuquí roncaba y nada más.

—¿Es que alberga usted alguna duda?

—¡Oh, por favor, ni la más mínima! No digo eso, no tengo ningún prejuicio negativo respecto a usted. Pero permítame que me informe: ¿esta empresa o, mejor dicho, este negocio no violará, en cierto modo, las leyes y los futuros intereses de Rusia?

En este punto, Manílov hizo un movimiento particular con la cabeza y dirigió a Chíchikov una mirada muy elocuente, confiriendo a todos los rasgos de su rostro y a sus labios fruncidos una expresión de una profundidad jamás observada, sin duda, en una cara humana, a excepción, quizá, de la de un ministro sumamente inteligente en el momento de enfrentarse al problema más intrincado.

Chíchikov, sin embargo, respondió sencillamente que semejante empresa o negocio de ninguna manera violaría las leyes ni los futuros intereses de Rusia, añadiendo, un instante después, que el erario incluso resultaría beneficiado, pues cobraría los derechos de registro.

—¿Así lo cree?

—Creo que será algo bueno.

—En ese caso, nada tengo que objetar —concluyó Manílov, ya del todo tranquilo.

—Ahora sólo queda convenir el precio.

—¿El precio? —repitió Manílov, que se quedó de una pieza—. ¿Acaso cree que aceptaré dinero por unas almas cuya existencia, en cierto sentido,

ha llegado a su fin? Si de veras éste es su, por así decirlo, fantástico deseo, yo se las cedo desinteresadamente y me hago cargo incluso de la escritura de compraventa.

Se podría hacer algún reproche al cronista de estos acontecimientos si pasara por alto el placer que se apoderó del invitado cuando oyó pronunciar esas palabras a Manílov. A pesar de que era un hombre pausado y sensato, estuvo a punto de ponerse a saltar como un cabrito, lo cual sólo ocurre, como se sabe, en los momentos de la alegría más intensa. Se removió con tanto ímpetu en la butaca que desgarró la tela de lana que cubría el cojín, y el propio Manílov lo miró no sin cierta perplejidad. Movido por la gratitud, vertió sobre Manílov tal profusión de elogios que éste se turbó, se sonrojó, negó con la cabeza y, por último, declaró que aquello no tenía ninguna importancia, que le gustaría, a decir verdad, demostrar de una manera más adecuada su afectuosa inclinación, ese magnetismo del alma, pues las almas muertas no eran sino una miseria carente de valor.

—En absoluto son una miseria —dijo Chíchikov, estrechándole la mano.

En este punto soltó un suspiro muy hondo y pareció dispuesto a hacerle confidencias. No sin sentimiento y expresividad dijo finalmente las siguientes palabras:

—¡Si supiera el servicio que presta con esa supuesta miseria a un hombre sin familia ni hogar! Sí, en efecto, ¿qué no habré sufrido yo, barquita entre olas enfurecidas? ¿Cuántos hostigamientos y persecuciones no he soportado, qué penas no he sufrido? Y todo ¿por qué? ¡Todo por ser fiel a la verdad, por tener la conciencia tranquila, por tender la mano a la indefensa viuda y al desdichado huérfano!

En ese instante, se enjugó incluso con el pañuelo una lágrima que corría ya por su mejilla.

Manílov estaba abrumado de la emoción. Sin decir una palabra, ambos amigos se estrecharon largo rato la mano mientras se miraban a los ojos, anegados en lágrimas. Manílov se negaba obstinadamente a soltar la mano de nuestro protagonista y continuó apretándosela con tanto ardor que éste no sabía cómo recuperarla. Por fin, zafándose poco a poco, dijo que no estaría mal formalizar la escritura cuanto antes y que, para ello, sería

conveniente que el propio Manílov se dirigiera en persona a la ciudad; después tomó el sombrero y se puso a saludar varias veces, para despedirse.

—¿Cómo? ¿Quiere irse ya? —preguntó Manílov, después de volver en sí y casi espantado.

En ese momento entró en el despacho Manílova.

—Lízanka —dijo Manílov, con aire un tanto compungido—, ¡Pável Ivánovich nos deja!

—Es que hemos fatigado a Pável Ivánovich —respondió Manílova.

—Aquí, señora… —dijo Chíchikov—. Aquí, mire, aquí. —Se llevó la mano al corazón—. ¡Sí, aquí perdurará el entrañable recuerdo del tiempo pasado juntos! Créame, no habría felicidad mayor para mí que vivir con ustedes, si no en la misma casa, por lo menos en la más próxima vecindad.

—¿Sabe usted, Pável Ivánovich? —dijo Manílov, a quien esa idea le había encantado—. Sería realmente maravilloso vivir bajo el mismo techo o a la sombra de un olmo, filosofar un poco, ¡profundizar!

—¡Oh, sería el paraíso! —respondió Chíchikov, suspirando—. ¡Adiós, señora! —siguió diciendo y se inclinó sobre la mano de Manílova—. ¡Adiós, mi queridísimo amigo! ¡No olvide mi petición!

—¡Oh, estese tranquilo! —respondió Manílov—. Le veré antes de un par de días.

Todos pasaron al comedor.

—¡Adiós, mis queridos chiquillos! —dijo Chíchikov al ver a Alcides y Temístoclus, que jugaban con un húsar de madera sin brazos ni nariz—. Adiós, pequeñuelos. Perdonad que no os trajera golosinas, no sabía, lo confieso, de vuestra existencia. En mi próxima visita, os traeré algo sin falta. A ti te traeré un sable. ¿Te gustaría, un sable?

—Sí —respondió Temístoclus.

—Y a ti, un tambor. ¿Verdad que quieres un tambor? —siguió diciendo, a la vez que se inclinaba hacia Alcides.

—T-t-tam-p-por —balbuceó en voz baja Alcides, con la mirada gacha.

—Entendido, tendrás un tambor. ¡Un bonito tambor! Que haga: ran, rataplán, tantarán, tantarantán… ¡Adiós, querido mío! ¡Adiós!

En ese instante le dio un beso en la cabeza y se volvió hacia Manílov y su esposa, con esa risilla que se acostumbra a dirigir a los padres para

subrayar la inocencia de los deseos de sus hijos.

—¡De verdad, Pável Ivánovich, quédese! —le pidió Manílov cuando todos se encontraban ya en el zaguán—. Mire qué nubarrones…

—Son sólo unas nubecillas —replicó Chíchikov.

—¿Sabe ya qué camino debe tomar para ir a casa de Sobakévich?

—Se lo quería preguntar.

—Permítame que se lo indique a su cochero.

Y Manílov, con gran cortesía, le indicó el camino al cochero, a quien incluso lo llamó en una ocasión de usted.

Al enterarse de que tenía que dejar atrás dos caminos y no girar hasta el tercero, el cochero dijo: «Lo encontraremos, Su Excelencia». Y Chíchikov se marchó, acompañado largo rato por las reverencias de sus anfitriones que, de puntillas, agitaban sus pañuelos.

Manílov se quedó un buen rato en el zaguán, siguiendo con la mirada el carruaje que se alejaba. Cuando ya hubo desaparecido del todo, él aún seguía allí, fumando su pipa. Al final entró, se sentó en una silla y se entregó a sus cavilaciones, sinceramente contento de haber procurado un placer, aunque modesto, a su invitado. Luego sus pensamientos se desviaron a otros temas y, por último, se extraviaron. Pensó en las bondades de la amistad, se dijo que estaría bien vivir con un amigo a la orilla de algún río. Enseguida sobre este río construyó un puente, luego levantó una casa gigantesca provista de un alto mirador, desde el cual se podía divisar incluso Moscú; por la tarde, tomarían el té al aire libre, charlando de cosas agradables. Y luego Chíchikov y él llegarían a una reunión en un hermoso carruaje, donde cautivarían a todos con la exquisitez de su trato; hasta el Emperador, al enterarse de tal amistad, los ascendería a generales; y así siguió fantaseando, hasta el punto de que ya no entendía nada. La extraña petición de Chíchikov interrumpió su ensoñación. No, no le entraba en la cabeza: por más vueltas que le diera, no lo entendía, y continuó fumando su pipa allí sentado, hasta la hora de la cena.

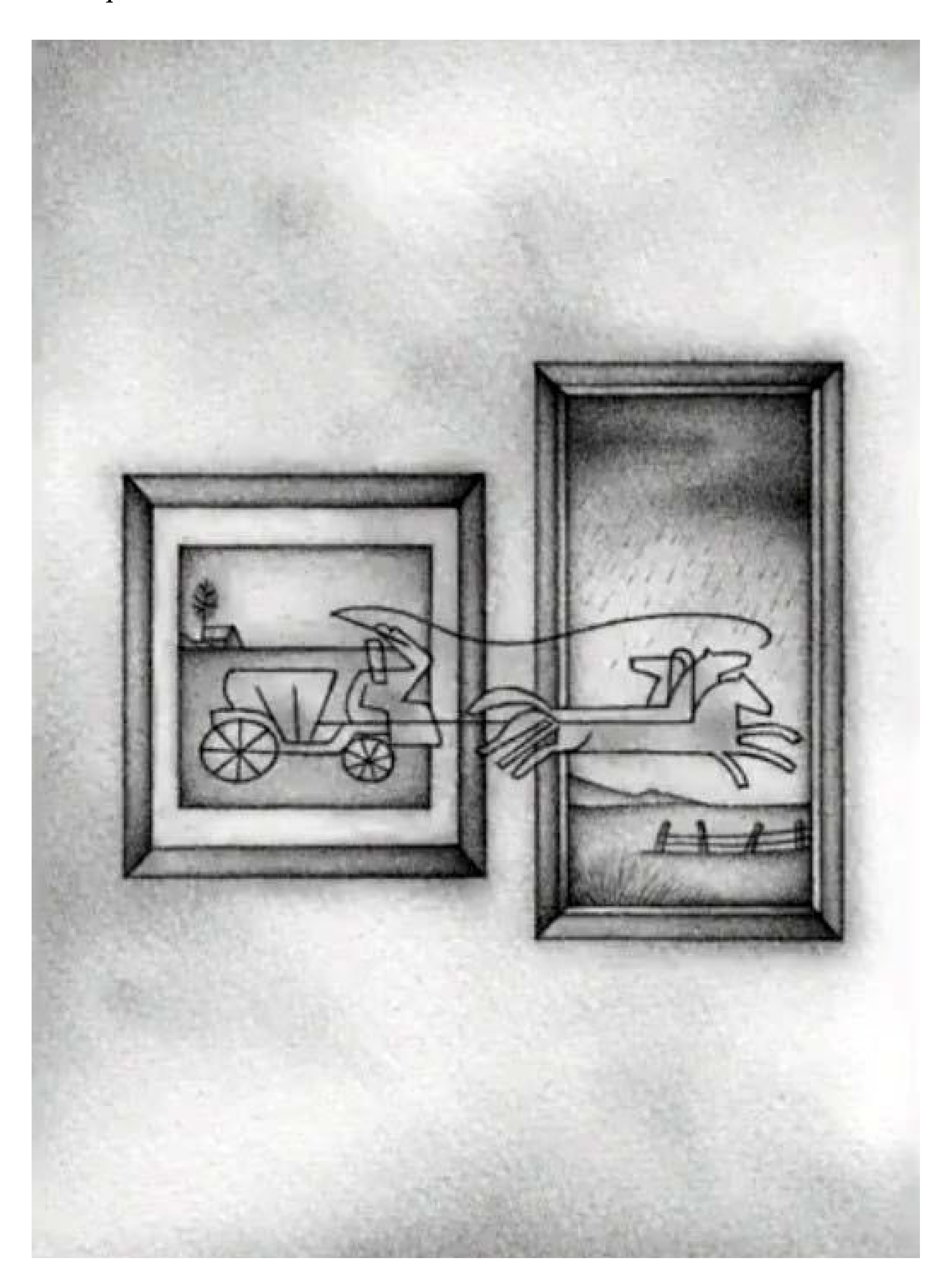
Capítulo tercero

Entretanto, Chíchikov, de muy buen humor, viajaba desde hacía rato en su carruaje por el camino real. En el capítulo precedente ya se reveló en qué consistía el objeto principal de sus gustos e inclinaciones, por lo que no es de extrañar que enseguida se entregara a él en cuerpo y alma. Las conjeturas, suposiciones y deducciones que vagaban por su rostro eran sin duda muy agradables, pues dejaban tras de sí a cada instante las huellas de una sonrisa satisfecha. Ocupado de este modo, no prestaba atención alguna a su cochero que, contento con la acogida dispensada por el servicio de Manílov, hacía unas observaciones muy sensatas al caballo de refuerzo moteado, que iba enganchado en la parte derecha. Este caballo moteado era muy astuto y únicamente fingía tirar del coche, mientras que el caballo de varas, un alazán de cola y crin negras, y el otro bayo de refuerzo —este último respondía al nombre de *Asesor* porque había sido adquirido a un funcionario que ejercía esa función— se esforzaban poniendo toda el alma, hasta el punto de que se podía apreciar en sus ojos el placer que esto les procuraba[30]. «¡Sigue con tus triquiñuelas, sigue, que ya te enseñaré yo lo que es bueno!», decía Selifán, incorporándose para fustigar al caballo perezoso. «¡Aprende cuál es tu deber, pantalonero alemán! El alazán sí que es un caballo respetable, cumple con su deber. De buena gana le daré una ración más de pienso, porque es un caballo honesto, y Asesor también es un buen animal… ¡Eh, eh! ¿Por qué sacudes las orejas? ¡Escucha, necio, cuando te hablan! No te enseñaré nada malo, ignorante. ¡Eh!, ¿adónde vas? —Aquí volvió a arrearle un latigazo, a la vez que decía—: ¡Eh, bárbaro! ¡Maldito Bonaparte! —Luego gritó a los tres—: ¡Vamos, queridos!», y a los tres los azotó con el látigo, pero no como castigo, sino para demostrar que

estaba satisfecho con ellos. Después de proporcionarles este placer, volvió a dirigirse al moteado: «¿Te crees que me engañas? No, compórtate con honradez, si quieres que te respeten. Ya ves, en la casa del terrateniente donde hemos estado había gente de bien. Para mí es un placer conversar en buena compañía; siempre soy amigo de una persona buena, sensible, y estoy dispuesto a tomar el té o un bocado en su compañía. A las personas bondadosas todo el mundo las respeta. Por ejemplo, a nuestro amo todos lo reverencian; porque, óyelo bien, sirvió al emperador, es asesor colegiado…».

Razonando de esta manera, Selifán se adentró finalmente en las más remotas abstracciones. Si Chíchikov lo hubiese escuchado, se habría enterado de muchos detalles relativos a su persona; pero tenía el pensamiento tan ocupado que sólo el fuerte estallido de un trueno lo obligó a volver en sí y a mirar a su alrededor: el cielo estaba completamente cubierto de nubes, y las gotas de lluvia salpicaban el polvoriento camino. Por último, el trueno retumbó otra vez, más fuerte y más cercano, y se puso a diluviar. Al principio, la lluvia, que caía en una dirección oblicua, azotaba uno de los laterales del coche, luego el otro, y después, cuando cambió su ángulo y se volvió del todo perpendicular, tamborileó directamente sobre el techo; las salpicaduras acabaron por volar hasta la cara de Chíchikov. Se vio obligado, pues, a correr las cortinas de cuero de las dos ventanillas redondas, diseñadas para disfrutar de las vistas del camino, y a ordenar a Selifán que fuera más deprisa. Éste, interrumpido en mitad de su discurso, cayó en la cuenta de que, efectivamente, no era momento de remolonear; sacó de debajo del pescante un abrigo de paño gris hecho un andrajo, metió los brazos por las mangas, empuñó las riendas y dio unos gritos a la troika, que a duras penas movían las patas, pues sentían la agradable relajación que ejercían sobre ellos los discursos aleccionadores. Selifán, sin embargo, era incapaz de recordar si había dejado atrás dos o tres cruces. Después de refrescar su memoria y recordar un poco el trayecto hecho, intuyó que habían pasado muchos de largo. Y puesto que en los instantes decisivos el hombre ruso sabe qué debe hacer sin entregarse a más cavilaciones, Selifán giró a la derecha en el primer cruce y gritó: «¡Adelante, respetables

amigos!». Y se lanzó al galope sin pensar demasiado adónde lo conduciría el camino que había tomado.



La lluvia parecía ir para largo. El polvo que yacía en el camino no tardó en transformarse en un lodazal, y los caballos cada vez tiraban del coche

con más dificultades. Chíchikov, por su parte, empezaba a intranquilizarse gravemente, al no ver aparecer por ningún lado la aldea de Sobakévich. Según sus cálculos, ya hacía tiempo que deberían haber llegado. Miraba sin cesar a los lados, pero la oscuridad era tal que no se veía un burro a dos pasos.

—¡Selifán! —dijo por fin, asomando la cabeza por el coche.

—¿Sí, señor? —respondió el otro.

—Mira bien, ¿no se ve el pueblo?

—¡No, señor, no se ve por ninguna parte!

Dicho esto, Selifán blandió el látigo y entonó una canción que no era canción, sino una suerte de letanía que no tenía fin. En ella cabía todo: los gritos de aprobación o de apremio con los que se agasaja a los caballos a lo largo y ancho de Rusia; adjetivos de todo tipo que empleaba sin ton ni son, según le venían a la punta de la lengua. Así, llegó al extremo de tratar a sus caballos de *secretarios*.

Chíchikov, entretanto, empezó a darse cuenta de que el carruaje se zarandeaba de un lado a otro, sometiéndolo a unas sacudidas fortísimas; esto le hizo sospechar que habían dejado el camino y que rodaban campo a través. Selifán, al parecer, también se había dado cuenta, pero no dijo ni pío.

—Eh, granuja, ¿por qué camino vas? —preguntó Chíchikov.

—¿Qué quiere que haga, señor, a esta hora? ¡Está tan oscuro que no veo ni el látigo! —Dicho esto, ladeó tanto el carruaje que Chíchikov se vio obligado a agarrarse bien con ambas manos. Sólo entonces se dio cuenta de que Selifán había empinado un poco el codo.

—¡Cuidado, cuidado, que volcamos! —le gritó.

—No, señor, ¡cómo voy a volcar! —dijo Selifán—. Sé que no está nada bien eso de volcar; de ninguna manera volcaré. —Acto seguido, empezó a girar ligeramente el coche, lo viró un poco más y al final lo volcó por completo de lado. Chíchikov cayó de manos y pies sobre el barro. Selifán, no obstante, detuvo los caballos que, de todos modos, también se habrían detenido, porque estaban extenuados. Este incidente imprevisto lo dejó atónito. Bajó del pescante y, brazos en jarras, se plantó delante del coche y, mientras el amo se revolcaba en el fango haciendo esfuerzos por salir de allí, dijo después de una breve reflexión:

—¡Hay que ver, pues sí, hemos volcado!

—¡Vas borracho como una cuba! —exclamó Chíchikov.

—No, señor, ¿cómo podría estar borracho? Sé que no está nada bien estar borracho. Hablé con un amigo, porque con una buena persona se puede hablar, no tiene nada de malo; y tomamos un bocado. Comer no tiene nada de ofensivo; se puede comer con una persona de bien.

—¿Qué te dije la última vez que te embriagaste, eh? ¿Lo has olvidado?

—No, Su Excelencia, ¿cómo habría podido olvidarlo? Conozco mi deber. Sé que es malo estar borracho. Estuve hablando con una buena persona porque…

—¡Te daré una buena azotaina y entonces sabrás cómo se debe hablar con una buena persona!

—Como mejor convenga a su misericordia —respondió Selifán, conforme con todo—. Si me ha de azotar, azóteme; no me opongo para nada. ¿Por qué no se ha de azotar, si hay motivo? Para eso manda el señor. Hay que azotar cuando el campesino se desmanda, se tiene que respetar el orden. Si hay motivo, azote; ¿por qué no habría de azotar?

Ante este razonamiento, el señor no supo en absoluto qué responder. En ese mismo instante, sin embargo, pareció que el destino había decidido apiadarse de él. A lo lejos se oyó el ladrido de un perro. Exultante de alegría, Chíchikov ordenó que espoleara a los caballos. El cochero ruso tiene intuición en lugar de ojos; eso hace que, entrecerrándolos, galope hasta perder el aliento y siempre llegue a alguna parte. Selifán, aunque sin ver ni pizca, dirigió los caballos tan directos hacia el pueblo que no se detuvo hasta que el pértigo del coche chocó contra una valla y, decididamente, ya no había por donde avanzar. A través de la espesa cortina de lluvia, Chíchikov sólo distinguió algo parecido a un tejado. Envió a Selifán a buscar la puerta, lo que sin duda le habría llevado un buen rato si en Rusia no hubiera perros furiosos en lugar de conserjes, y estos perros anunciaron tan estentóreamente dónde estaba la puerta que el cochero tuvo que llevarse los dedos a los oídos. Destelló una luz en una ventanita y llegó en forma de chorro turbio a la valla, indicando de esta manera la puerta a nuestros viajeros. Selifán empezó a llamar y enseguida se abrió la puerta

por la que se asomó una figura cubierta con un tabardo; el amo y el criado oyeron una voz ronca de mujer:

—¿Quién llama? ¿A qué viene este jaleo?

—Somos viajeros, madre, déjenos pasar la noche —profirió Chíchikov.

—¡Buen viajero estás hecho! —dijo la vieja—. ¡Llegar a estas horas! Esto no es una posada, aquí vive una propietaria.

—¿Y qué podemos hacer, madre? ¡Nos equivocamos de camino! Con el tiempo que hace no podemos pasar la noche al raso.

—Sí, está muy oscuro, hace mal tiempo —añadió Selifán.

—¡Calla, cretino! —dijo Chíchikov.

—Pero ¿quién es usted? —preguntó la vieja.

—Un noble, madre.

La palabra *noble*, al parecer, hizo reflexionar un poco a la vieja.

—Espere, se lo diré a la señora —anunció y, al cabo de un par de minutos, regresó con una lámpara. La puerta se abrió. Centelleó una luz en otra ventana. Después de entrar en el patio, el carruaje se detuvo delante de una casita que, a causa de la oscuridad, apenas se veía. La luz de las ventanas sólo iluminaba la mitad; delante de la casa se veía también un charco, bañado por esa misma luz. La lluvia golpeaba con gran estruendo el tejado de madera y manaba en chorros rumorosos hacia el barril colocado allí a tal efecto. Entretanto, los perros gruñían con todos los tonos de ladridos posibles: uno de ellos alzaba bien arriba la cabeza y emitía un aullido tan prolongado y con tanta energía como si lo hiciera a cambio de Dios sabe qué sueldo; otro ladraba deprisa con la maña de un sacristán; entre los dos repiqueteaba, como una campanilla de un coche de correos, un infatigable soprano, probablemente un joven cachorro; y todo esto, por último, quedaba cubierto por un tono de bajo, quizá un perro viejo, dotado de una robusta naturaleza canina, pues roncaba como lo hace un contrabajo cuando el concierto llega al momento culminante: el tenor se pone de puntillas por el intenso deseo de emitir una nota alta, y todo el conjunto se eleva echando la cabeza hacia atrás, mientras que él hunde su mentón hirsuto dentro de la corbata, se agacha y desciende casi hasta el suelo y desde allí lanza su nota, que hace temblar y tintinear los cristales. Sólo por los ladridos de los perros, que componían semejante coro, se podía imaginar

que el pueblecito era de cierta envergadura; nuestro protagonista, sin embargo, empapado y aterido de frío, no pensaba en otra cosa que no fuera la cama. En cuanto se detuvo el coche, saltó al porche, se tambaleó y por poco cayó. Salió a recibirlo una mujer un poco más joven que la anterior, pero que se le parecía mucho. Lo acompañó a la habitación. Chíchikov echó uno o dos vistazos de pasada: la estancia estaba empapelada con un viejo papel rayado; había cuadros de pájaros; entre las ventanas, pequeños espejos antiguos dentro de unos marcos oscurecidos con forma de hojas abarquilladas; detrás de cada espejo, alguien había puesto una carta, una baraja vieja o una media; en la pared, un reloj con flores pintadas en la esfera… Ya no pudo ver nada más. Sentía que los ojos se le pegaban, como si se los hubieran untado con miel. Al cabo de un minuto llegó la señora, una mujer entrada en años, con una suerte de cofia de dormir puesta a toda prisa y una bufanda de franela al cuello; era una de esas mujeres, pequeñas propietarias, que lloriquean cuando hay malas cosechas, cuando hay pérdidas, que van con la cabeza ligeramente ladeada y que al mismo tiempo guardan su buen dinerito en saquitos de paño burdo repartidos por los cajones de las cómodas. En un saquito ponen todas las monedas de un rublo, en otro las de cincuenta kopeks y en otro las de veinticinco; sin embargo, a primera vista, parece que en la cómoda no haya más que ropa blanca, camisones y ovillos de hilo, además de un abrigo descosido, que luego podían convertirse en vestidos si los viejos se quemaban al hornear galletas y otros pasteles en los días de fiesta, o bien si se desgastaban por el uso. Pero el vestido no se quema ni se desgasta por sí solo: la vieja es ahorradora y el abrigo yacería mucho tiempo allí, descosido, hasta que finalmente fuera legado a una sobrina nieta, junto con toda suerte de bártulos.

Chíchikov se disculpó por las molestias ocasionadas con su llegada imprevista.

—No es nada, no es nada —dijo la señora—. ¡Y con qué tiempo lo ha mandado la Providencia! ¡Qué estruendo y qué vendaval…! Después del viaje que ha tenido, debería comer algo, pero es de noche y no se puede cocinar.

Las palabras de la señora quedaron interrumpidas por un extraño silbido, y el huésped se atemorizó: parecía que toda la habitación se hubiera llenado de serpientes; pero miró hacia arriba y se tranquilizó; comprendió que el reloj de pared había tenido la ocurrencia de dar la hora. El silbido fue seguido de un ronquido y, por fin, con un esfuerzo supremo, el reloj dio las dos con un sonido similar al de un bastón que golpeara un orinal resquebrajado; a continuación, el reloj retomó su tranquilo vaivén a derecha e izquierda, acompañado de su tictac.

Chíchikov dio las gracias a la señora y le dijo que no necesitaba nada y que no debía preocuparse en absoluto, que sólo pedía una cama y mostró curiosidad por saber a qué lugar habían ido a parar y si estaban lejos del camino que llevaba a la hacienda de Sobakévich, a lo que la vieja respondió que nunca había oído ese nombre y que no había ningún terrateniente llamado así.

—¿Conoce al menos a Manílov?

—¿Manílov? ¿Quién es ése?

—Un terrateniente, madre.

—No, nunca oí hablar de él, no hay tal terrateniente.

—¿Quiénes hay por aquí, entonces?

—Bobrov, Svinin, Kanapátiev, Jarpakin, Trépakin, Pleshákov[31].

—¿Son ricos?

—No, señor, no demasiado. Uno tiene veinte almas, otro treinta, pero ninguno más de cien.

Chíchikov se dio cuenta de que había ido a parar a un lugar remotísimo.

—Bueno, dígame, ¿estamos lejos de la ciudad?

—A unas sesenta verstas. Cómo siento no poder ofrecerle nada de comer… ¿No desearía tomar un té, señor?

—Se lo agradezco, madre, sólo necesito una cama.

—Es verdad, después de un viaje así hay que descansar. Instálese aquí, señor, en este diván. Eh, Fetinia, trae un edredón, almohadas y una sábana. Qué tiempo nos ha mandado la Providencia… Tronaba tan fuerte que toda la noche he tenido una vela encendida delante del icono. ¡Oh, señor mío, pero si tiene la espalda y el flanco mugrientos, como un cochino! ¿Dónde se ensució de esa manera?

—Y gracias a Dios que sólo me he ensuciado, puedo estar contento de no haberme roto las costillas.

—¡Santo Dios, qué horror! ¿No necesitaría unas friegas en la espalda?

—Gracias, gracias. No se moleste, sólo ordene a su muchacha que seque y limpie mi ropa.

—¡Ya lo oyes, Fetinia! —dijo la dueña de la casa, dirigiéndose a la mujer que antes había salido al porche con la vela; ésta ya había tenido tiempo de traer el edredón y, sacudiéndolo por ambos lados con las manos, había provocado un auténtico diluvio de plumas en toda la habitación—. Toma su abrigo y la ropa interior y ponlos a secar al fuego, como hacíamos con la ropa del difunto señor, y después frótalos y sacúdelos bien.

—¡Sí, señora! —dijo Fetinia mientras extendía la sábana sobre el edredón y colocaba las almohadas.

—Bueno, ya tienes lista la cama —dijo la señora—. Adiós, amigo, te deseo buenas noches. ¿No necesitas nada más? ¿No tendrás la costumbre, querido, de que te rasquen las plantas de los pies antes de dormir? Mi difunto marido no cogía el sueño si no se las rascaban.

Pero el huésped declinó también el rascado de pies. La señora se fue y él se desvistió a toda prisa, dio a Fetinia toda la ropa que se acababa de sacar, tanto la de arriba como la de abajo, y la chica, después de desearle por su parte buenas noches, se llevó toda esta indumentaria empapada. Al quedarse solo, Chíchikov contempló, no sin placer, su cama, que se elevaba casi hasta el techo. Fetinia, por lo visto, era una maestra en el arte de ahuecar edredones. Cuando, después de acercarse una silla, se subió a la cama, ésta se hundió debajo de él casi hasta el suelo, y las plumas expulsadas por las costuras se esparcieron volando por todos los rincones. Apagó la vela, se cubrió con la colcha de percal y, acurrucado, se quedó dormido al instante. Cuando se despertó al día siguiente, la mañana ya estaba bastante avanzada. El sol que entraba por la ventana le daba directamente en los ojos, y las moscas, que la noche anterior dormían plácidamente en las paredes y en el techo, se le echaron todas encima: una se le posó en el labio, otra en la oreja y una tercera se esforzaba a toda costa en acomodarse sobre su ojo; era la misma que había cometido la imprudencia de apostarse cerca de una fosa nasal y que él había aspirado

dentro de su nariz, lo que le hizo estornudar con fuerza, circunstancia que causó que se despertara. Recorriendo con la mirada la habitación, se dio cuenta de que no todos los cuadros eran de pájaros; entre éstos, colgaba un retrato de Kutúzov[32] y otro de un viejo, pintado al óleo, que vestía un uniforme de bocamangas rojas, como los que se estilaban en tiempos del zar Pablo I. El reloj empezó a silbar de nuevo y dio las diez. Por la puerta se asomó un rostro de mujer para desaparecer de inmediato, pues Chíchikov, con el fin de dormir mejor, se había despojado de toda la ropa. El rostro le pareció vagamente familiar. Intentó hacer memoria: ¿quién podía ser? Y acabó por recordar que era la dueña de la casa. Se puso la camisa. Su traje, seco y limpio, descansaba allí, a su lado. Una vez vestido, se acercó al espejo y volvió a estornudar tan fuerte que un pavo que pasaba en ese momento por delante de la ventana, situada a ras de suelo, le contestó, con un súbito y apresurado parloteo en su extraño lenguaje, algo así como «¡Que se mejore!», a lo que Chíchikov respondió tildándole de «estúpido». Se acercó a la ventana y contempló el paisaje: la ventana daba prácticamente a un gallinero; al menos, el estrecho patio que veía ante él estaba repleto de aves de corral y toda clase de criaturas domésticas. Había un sinfín de pavas y gallinas. Entre ellas, iba de aquí para allá un gallo con pasos rítmicos, sacudiendo la cresta y ladeando la cabeza, como si aguzara el oído. Allí mismo, también se encontraba una cerda con sus crías y, mientras hurgaba en un montón de basura, se zampó de pasada un pollo sin darse cuenta, pues siguió devorando cortezas de sandía como si nada. El patio, o gallinero, estaba cercado con una valla de madera, detrás de la cual se extendían amplios huertos con coles, cebollas, patatas, remolachas y otras hortalizas. Dispersos por el huerto estaban manzanos y otros árboles frutales cubiertos con unas redes que los protegían de urracas y gorriones; estos últimos volaban de un lugar a otro en nubes oblicuas. Con este mismo fin defensivo, se habían montado unos cuantos espantapájaros, con los brazos en cruz, sobre altas estacas; uno de ellos estaba tocado con una cofia de la propia anfitriona. Detrás de los huertos, se veían las isbas de los campesinos que, aunque construidas a lo largo de las calles sin orden ni concierto y sin alinear como es debido, según observó Chíchikov, mostraban que sus habitantes vivían con cierto desahogo, pues se veían bien

conservadas: en los tejados, las tablas vetustas se habían sustituido por otras nuevas, ninguna puerta estaba fuera de sus goznes y, en los cobertizos que veía, Chíchikov advirtió la presencia de un carro de recambio casi nuevo, cuando no había dos. «Pues vaya, no es ningún pueblucho», dijo y se decidió a entablar conversación y a acortar distancias con la propietaria. Echó un vistazo por la rendija de la puerta, por donde la mujer había asomado la nariz, y, al verla tomando el té, se acercó a ella con el semblante risueño y cariñoso.

—Buenos días, muy señor mío. ¿Qué tal ha dormido? —preguntó la señora, incorporándose un poco. Iba mejor vestida que la noche anterior, llevaba un vestido oscuro y se había despojado de su cofia de dormir; pero seguía llevando algo alrededor del cuello.

—Bien, bien —dijo Chíchikov, sentándose en un sillón—. ¿Y usted, querida señora?

—Mal, querido.

—¿Cómo es eso?

—Tengo insomnio. Me duelen los riñones, mire; y la pierna, por encima del tobillo, me duele como si se fuera a romper.

—Se le pasará, buena mujer, se le pasará. No le preste atención.

—Dios quiera que así sea. Me he dado friegas con grasa de cerdo y aceite de trementina. ¿Con qué quiere acompañar el té? Tengo licor de frutas.

—Bien, querida señora, que sea con licor de frutas.

Supongo que el lector ya habrá observado que Chíchikov, a pesar de su aire afable, se permitía hablar con mayor libertad que en casa de Manílov y no se andaba con ceremonias. Porque en Rusia, aunque existan aspectos en los que no hayamos alcanzado a los extranjeros, en lo tocante al trato los hemos dejado muy atrás. Sería imposible enumerar todos los matices y sutilezas de nuestras maneras. El francés o el alemán tardarían más de un siglo en captar y comprender nuestras particularidades y diferencias. Esa gente emplea la misma voz y el mismo lenguaje para hablar tanto con un millonario como con un pequeño comerciante de tabaco, aunque en el fondo de su alma se sientan inferiores al primero. Entre nosotros no es así: tenemos, en efecto, a esos pozos de sabiduría que se dirigen a un propietario

de doscientas almas de un modo completamente diferente que a uno de trescientas; y con el que tiene trescientas no hablan de la misma manera que con quien posee quinientas; pero con quien atesora quinientas tampoco hablan del mismo modo que con el de ochocientas; en otras palabras, aunque se llegara al millón seguiríamos encontrando matices. Tomemos, por ejemplo, una cancillería, no de aquí, sino de un reino muy lejano, y supongamos que esa cancillería tiene su jefe. Admirémoslo, por favor, mientras se halla entre sus subordinados. ¡De puro miedo te quedas sin habla! Orgullo, nobleza… ¿Qué no refleja su cara? No queda sino tomar el pincel y ponerse a dibujar… ¡Es Prometeo! ¡Su vivo retrato! ¡Mirada de águila, andares pausados, majestuosos! Pues bien, esa misma águila, en cuanto sale de su oficina para ir al despacho del jefe, con los papeles bajo el brazo, anda con pasito de perdiz y pierde todo su poderío. En sociedad o en una velada, si todos son de categoría inferior, Prometeo sigue siendo Prometeo, pero si alguno de los invitados lo sobrepasa un poco, experimenta una metamorfosis que ni el propio Ovidio sería capaz de imaginar: ¡una mosca o menos que una mosca! ¡Queda reducido a un granito de arena! «Pero si éste no es Iván Petróvich», dices al mirarlo. «Iván Petróvich es más alto, y éste es bajo y delgaducho. Aquél habla alto, con voz de bajo y nunca se ríe; éste no se parece a nada: pía como un pájaro y no deja de reírse». Pero cuando te acercas y lo miras con más detenimiento: ¡en efecto, es Iván Petróvich! «Ajaaá», piensas… En fin, volvamos a nuestros personajes. Chíchikov, como ya hemos visto, decidió no andarse con cumplidos y, después de tomar la taza de té y servirse licor de frutas, entabló este discurso:

—Tiene usted, querida señora, un pueblo muy bonito. ¿De cuántas almas?

—Tendré unas ochenta, padre —dijo la anfitriona—. Por desgracia, son malos tiempos. El año pasado, por ejemplo, tuvimos una cosecha tan mala que… ¡Dios nos libre de otra igual!

—Sin embargo, sus campesinos se ven robustos, y las isbas son sólidas. Pero permítame preguntarle cuál es su nombre. ¡Qué distraído estoy…! Llegar así, en plena noche…

—Koróbochka[33], viuda de un secretario colegiado.

—Se lo agradezco enormemente. ¿Y su nombre y patronímico?

—Nastasia Petrovna.

—¿Nastasia Petrovna? Bonito nombre: Nastasia Petrovna. Una tía mía, la hermana de mi madre, se llama Nastasia Petrovna.

—¿Y usted cómo se llama? —preguntó la propietaria—. ¿No será asesor?

—No, querida señora, no soy asesor —respondió Chíchikov, sonriendo—, estoy de viaje por asuntos propios.

—¡Ah, es usted comprador! ¡Oh, qué lástima que les haya vendido la miel por tan poco a unos comerciantes! Seguro que tú, amigo mío, me la habrías comprado[34].

—Pues creo que no.

—¿Qué compras, entonces? ¿Cáñamo? Aunque ahora me queda muy poco. No más de medio *pud*[35].

—No, querida señora, compro otro tipo de producto. Dígame, ¿se le han muerto campesinos?

—¡Ay, padre, dieciocho! —respondió la vieja con un suspiro—. Se me murieron los mejores, gente trabajadora. Después, es cierto, han nacido otros, ¿pero qué beneficio obtengo? Nada, son chiquillos. Y vino el asesor diciendo que hay que pagar el tributo por cada alma. La gente muere, pero hay que pagar por ella como si estuviera viva. La semana pasada se quemó mi herrero. Con lo buen herrero que era, y también buen cerrajero.

—¿Es que hubo un incendio, querida señora?

—¡Dios nos libre de semejante desgracia! Un incendio habría sido peor. No, querido, él mismo se quemó. Bebió en exceso y parecía que le salía una llamita azul del cuerpo. Se consumió todo, se consumió y se ennegreció como el carbón. ¡Y era un herrero tan hábil! Ahora ya no podré ir a ninguna parte, no tengo a nadie que me hierre los caballos.

—¡Es la voluntad de Dios, querida señora! —dijo Chíchikov con un suspiro—; no se puede ir en contra de la sabiduría divina… ¿Me los cedería, Nastasia Petrovna?

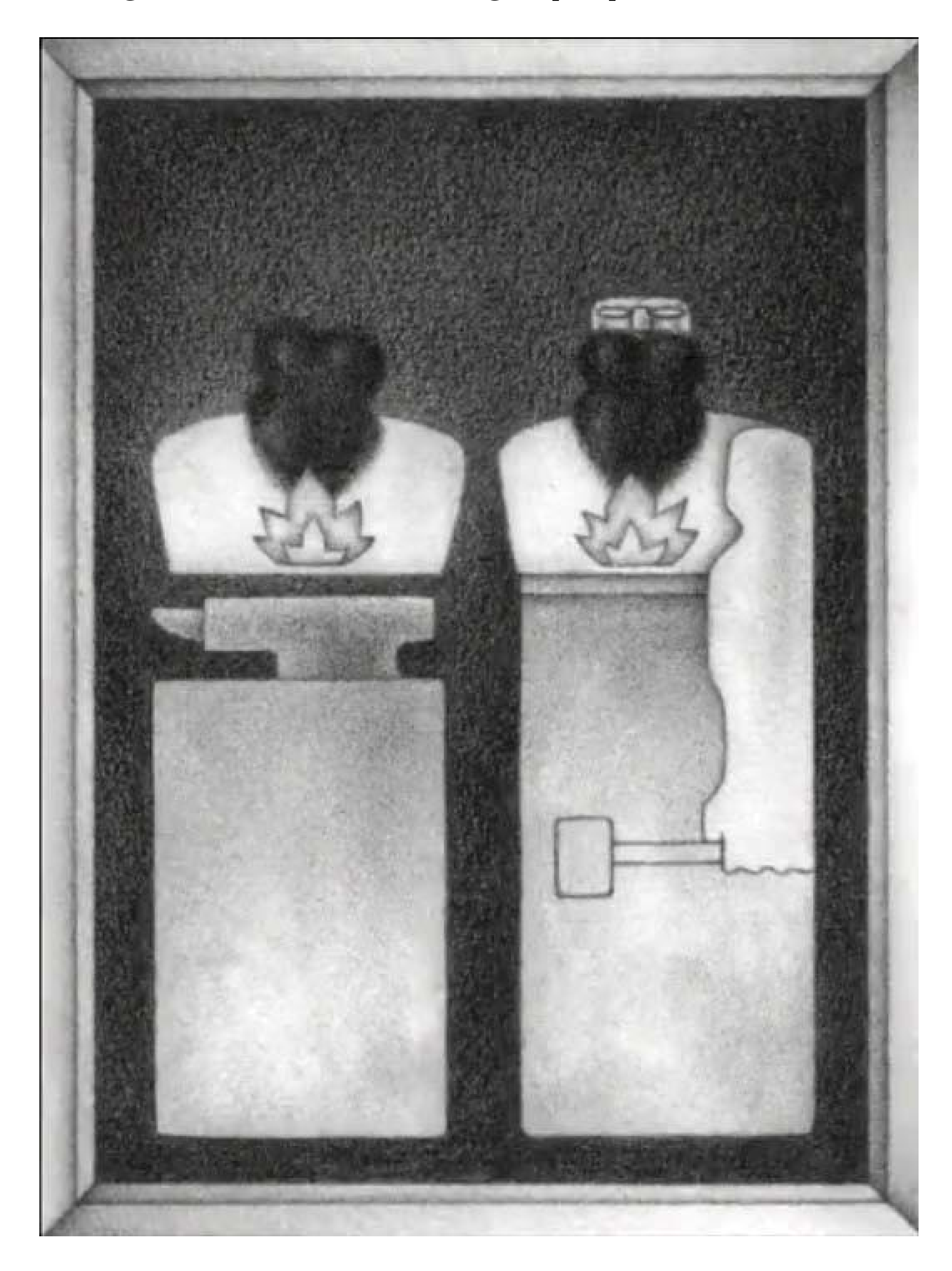
—¿A quiénes, padre?

—A todos los que murieron.

—¿Y cómo se los voy a ceder?

—Pues tal cual. O si lo prefiere, véndamelos. Le pagaré.

—Pero ¿cómo? No entiendo nada. ¿Es que quieres desenterrarlos?



Chíchikov vio que la vieja estaba confusa y que era necesario explicarle de qué iba el asunto. En pocas palabras, le aclaró que la cesión o compra se

efectuaría sólo sobre el papel, y que las almas se escriturarían como si estuvieran vivas.

—¿Y para qué te hacen falta? —preguntó la vieja, desorbitando los ojos.

—Eso es asunto mío.

—¡Pero si están muertas!

—¿Y quién pretende lo contrario? Precisamente por eso representan una pérdida para usted, por el hecho de que están muertas. Usted tiene que pagar por ellas; pues bien, yo la libraré de preocupaciones y gastos. ¿Entiende? Y, por si fuera poco, además le daré quince rublos. ¿Está claro ahora?

—La verdad, no lo sé —dijo la anfitriona pronunciando muy despacio las palabras—. Es que nunca he vendido almas muertas.

—¡Pues claro! Habría sido un milagro que hubiese encontrado un comprador. ¿O es que cree que son de algún provecho?

—No, no lo creo. ¿Qué provecho podría sacar? ¡Absolutamente ninguno! Lo que me preocupa es que estén muertas.

«¡Está claro que esta mujer es dura de mollera!», pensó Chíchikov.

—Escuche, querida señora. Piénselo bien: se está arruinando, pues paga por ellas como si estuvieran vivas…

—¡Ay, padre, no me hable de eso! —lo interrumpió la hacendada—. Hace apenas tres semanas tuve que desembolsar ciento cincuenta rublos; y, además, unté al asesor.

—¡Ya ve, querida señora! Ahora tenga en cuenta que ya no deberá untar al asesor, pues yo pagaré por ellos, y no usted. Me haré cargo de todos los impuestos. Incluso el acta de venta correrá por mi cuenta, ¿entiende?

La vieja se sumió en sus pensamientos. Se daba cuenta de que el asunto era lucrativo, pero se trataba de algo demasiado novedoso e insólito y, por eso, empezó a temer que aquel comprador quisiera embaucarla. Sin mencionar que había llegado caído del cielo y, además, en plena noche.

—Entonces qué, querida señora, ¿cerramos el trato? —dijo Chíchikov.

—De verdad, querido, nunca tuve ocasión de vender difuntos. He traspasado vivos, eso sí, hace tres años vendí al protopope[36] dos mozas a

razón de cien rublos cada una y quedó enormemente agradecido, pues resultaron buenas trabajadoras: incluso tejen servilletas.

—Sí, pero no hablamos de vivos. Queden con Dios. Yo le pregunto por los muertos.

—Es que… Temo salir perdiendo por ser la primera vez. ¿Y si trataras de engañarme, amigo? Quizá valgan más…

—Escuche, querida señora… ¡Hay que ver cómo es usted! ¿Qué valor pueden tener? Abra los ojos: son ceniza, ¿entiende? Sólo son ceniza. Tome cualquier cosa, la más inservible, por ejemplo, un simple trapo. ¡Pues bien, hasta un trapo tiene su precio! La fábrica de papel, por lo menos, se lo compraría. Dígame, ¿de qué pueden servir?

—Pues sí, tiene razón, en efecto. No servirán para nada. Lo que me frena, simplemente, es que están muertas.

«¡Ah, menuda cabeza de chorlito! —pensó Chíchikov, que ya empezaba a perder la paciencia—. ¡A ver quién se pone de acuerdo con ella! ¡Lo hace a uno sudar, la maldita vieja!». (Sacó del bolsillo un pañuelo y se enjugó el sudor que, en efecto, le cubría la frente). Chíchikov, por lo demás, se equivocaba en enfadarse: muchos hombres respetables, incluso algún hombre de Estado, se comportan como auténticas Koróbochkas. Cuando se les mete algo entre ceja y ceja, no hay modo de hacerles cambiar de opinión. Ya puede uno formular argumentos tan claros como la luz del día que rebotarán sobre ellos como pelotas de goma contra la pared. Cuando se secó el sudor, Chíchikov decidió intentar llevar a buen puerto el asunto yendo por otros derroteros.

—Usted, querida señora —empezó a decir—, no quiere entender mis palabras, o bien habla por hablar… Yo le doy dinero: quince rublos en papel moneda, ¿entiende? ¡Es dinero, al fin y al cabo! Eso no se encuentra en la calle. A ver, confiese, ¿por cuánto vendió la miel?

—Por doce rublos el *pud*.

—No vaya a tener cargo de conciencia, querida señora, no la vendió por doce.

—¡Dios es testigo de que así fue!

—Bueno, aunque así sea, era miel. Le costó, quizá, cerca de un año recogerla, con grandes desvelos, esfuerzos y quehaceres. Un año entero

yendo de acá para allá, ahumando las abejas y alimentándolas en el sótano durante todo el invierno. Las almas muertas, en cambio, no son cosa ya de este mundo. No necesitan ningún esfuerzo por su parte: Dios quiso que abandonaran este mundo, causando perjuicio a su economía. Por un lado, cobró doce rublos a cambio de su trabajo, de su esfuerzo; por otro, se embolsará, sin más ni más, sin hacer nada, no doce rublos, sino quince; y no en plata, sino en un bonito papel moneda azul[37].

Después de esgrimir tan sólidos argumentos, Chíchikov casi no dudaba de que la vieja acabaría por rendirse.

—La verdad —contestó la propietaria—, no soy más que una pobre viuda sin experiencia. Será mejor que espere un poco; si pasan otros comerciantes, podré informarme mejor de los precios.

—¡Qué vergüenza, querida señora! ¡Qué vergüenza! ¿Se da cuenta de lo que está diciendo? ¡Piénselo! ¿Quién se las va a comprar? ¿Qué uso podría hacer de ellas?

—Vaya a saber, quizá sirvan para algo en una hacienda… —objetó la vieja, pero no acabó la frase y, boquiabierta, miró a Chíchikov casi con espanto, deseosa de saber cuál sería su reacción.

—¿Muertos? ¿En una hacienda? ¡Lo que faltaba! ¿Para espantar a los gorriones por la noche en su huerto?

—¡Que Dios nos ayude! ¿Qué cosas tan terribles dices? —dijo la vieja, persignándose.

—¿Para qué, si no, pueden servirle? Por cierto: tenga en cuenta que los huesos y las tumbas se los quedará usted. La transferencia se efectuará únicamente sobre el papel. ¿Y entonces? ¿Qué le parece? ¡Responda, por lo menos!

La vieja se sumió de nuevo en sus pensamientos.

—¿En qué piensa, Nastasia Petrovna?

—La verdad, no acabo de decidirme. Prefiero venderle cáñamo.

—Pero ¿de qué cáñamo habla? ¡Disculpe, le pido una cosa completamente diferente y usted quiere endilgarme su cáñamo! Ya se lo compraré la próxima vez. ¿Entonces qué, Nastasia Petrovna?

—¡Ay, Dios! ¡Es una mercancía tan extraña, tan insólita…!

En este punto, Chíchikov perdió por completo la paciencia y, furioso, tiró la silla contra el suelo y mandó a la vieja al diablo. La mención del diablo aterrorizó a la propietaria de un modo extraordinario.

—¡Oh, no miente el nombre del diablo! ¡El Señor le ampare! —gritó, palideciendo—. Anteayer soñé toda la noche con el maldito. Se me ocurrió echar las cartas después de la plegaria y es evidente que Dios me castigó por ello. Se me apareció de un modo tan repugnante… Tenía los cuernos más largos que un toro.

—Me sorprende que no se le aparezcan por docenas. Obré por caridad cristiana, pues veo que es usted una pobre viuda que se mata a trabajar… ¡Por mí pueden morirse e irse al infierno, usted y su pueblo!

—¡Ay, qué maldiciones echa por la boca! —dijo la vieja, mirándolo con pavor.

—¡Es que no hay manera de hablar con usted! La verdad, es como si usted fuera, por no usar una mala palabra, un perro en un pesebre: ni come el heno ni lo deja comer. Y yo que quería comprarle diversos productos de su hacienda… Me encargo de las compras oficiales del Estado…

En este punto, la mentira llegó demasiado lejos, pero la lanzó como de pasada, sin un motivo particular, aunque con un éxito inesperado. Los contratos gubernamentales causaron una fuerte impresión en Nastasia Petrovna; por lo menos, dijo en ese momento con una voz casi suplicante:

—Pero ¿por qué te enfadas tanto? De haber sabido que eras tan colérico, no te habría llevado la contraria.

—¿Colérico? ¿Por qué? ¡Todo este asunto me importa un comino! ¿Por qué me iba a enfadar?

—¡Bueno, está bien, estoy dispuesta a cedértelas por quince rublos en papel moneda! Pero, tenme en cuenta, padre, en cuanto a las compras: si hay que comprar harina de centeno o de alforfón, trigo o ganado, acuérdese de mí, por favor.

—Descuide, querida señora —dijo, mientras se secaba con la mano los tres chorros de sudor que le corrían por la cara. Además, quiso saber si tenía, en la ciudad, algún apoderado o conocido en quien pudiera delegar la formalización de la venta y todo lo siguiente.

—¡Cómo no! ¡El protopope, el padre Kiril! Su hijo trabaja en la Cámara —dijo Koróbochka, y Chíchikov le pidió que le escribiera una carta de autorización y, para evitarle molestias superfluas, él mismo la redactó.

«Qué bien estaría —pensó Koróbochka— que me comprara harina y ganado para el Gobierno. Tengo que ganármelo. Queda un poco de masa de ayer, así que iré a decirle a Fetinia que prepare unas tortitas. Tampoco estaría de más que preparara una empanada de huevo. En mi casa las hacen muy buenas y estarán listas en un santiamén». La propietaria salió con el propósito de ejecutar su proyecto de empanada y de complementarla, cabe suponer, con otras elaboraciones culinarias y de repostería casera. Por lo que respecta a Chíchikov, se dirigió al salón donde había pasado la noche para sacar de su cofrecito los papeles que necesitaba. La habitación hacía tiempo que estaba recogida, se habían llevado el imponente edredón y, delante del diván, estaba una mesa cubierta con un mantel. Chíchikov puso encima el cofrecito y se concedió un descanso: se sentía bañado en sudor, como si se hubiera caído a un río; todo lo que llevaba, de la camisa a los pies, estaba empapado. «Ah, me ha dejado rendido, la maldita vieja», dijo después de descansar un poco y abrió el cofrecito. El autor está convencido de que hay lectores lo suficientemente curiosos como para desear conocer el diseño y la disposición interna del cofrecito. Pues muy bien, ¿por qué no satisfacerlos? He aquí la disposición interna: en el centro, la jabonera, y detrás, seis o siete estrechos compartimentos para las navajas de afeitar; luego, dos casillas para la salvadera y el tintero, con una cavidad alargada entre ellos para las plumas, las barras de lacre y otros objetos; después, toda suerte de compartimentos, con y sin tapa, para los objetos más cortos, llenos de tarjetas de visita, esquelas mortuorias, entradas de teatro, guardados allí a modo de recuerdos. El cajón superior se podía sacar por entero, compartimentos incluidos, y quedaba al descubierto un espacio ocupado por varios pliegos de papel; seguía un cajón secreto para el dinero que se abría disimuladamente por un lado del cofrecito. Su propietario lo abría y cerraba siempre tan deprisa que sería imposible decir cuánto dinero había. Chíchikov se puso sin más dilación manos a la obra y, después de afilar una pluma, empezó a escribir. En ese instante entró la señora de la casa.

—Qué bonita caja tienes, padre… —dijo, sentándose a su lado—. Supongo que la compraste en Moscú, ¿no?

—En efecto, en Moscú —respondió Chíchikov, sin dejar de escribir.

—Lo sabía: allí todo lo hacen bien. Hace un par de años, mi hermana trajo de allí unas botas de abrigo para los niños: una mercancía tan recia que todavía las llevan. ¡Oh, cuánto papel sellado[38] tienes! —dijo sin quitar el ojo de encima al cofre.

Era verdad que disponía de una gran cantidad.

—¡Podrías regalarme una hoja! Siempre me faltan. Si tuviera que presentar una instancia en el juzgado, no tendría en qué escribirla.

Chíchikov le explicó que ese papel era de otra clase, que servía para actas de venta y no para instancias. De todos modos, para calmarla, le dio una hoja por valor de un rublo. Redactada la carta, se la dio a firmar y le pidió una pequeña lista de sus campesinos. Resultó que la propietaria no llevaba registros ni listas, pero se los sabía casi todos de memoria. Acto seguido, hizo que le dictara sus apellidos. Algunos le sorprendieron un poco, sobre todo los apodos, de modo que, cada vez que los escuchaba, hacía una pausa antes de escribirlos. Le sorprendió especialmente un tal Piotr Savéliev, *Arruina-cubos*; tanto que no pudo evitar decir: «¡Qué nombre tan largo!». Otro llevaba *Ladrillo de Vaca* enganchado a su nombre. Y otro resultó que simplemente se llamaba Iván *la Rueda*. Cuando acabó de escribir, Chíchikov pudo aspirar una bocanada de aire y reparó en un atrayente olor a algo freído en mantequilla.

—Le ruego que acepte tomar un bocado —dijo el ama.

Chíchikov se giró y descubrió sobre la mesa champiñones, empanadillas, pastelillos, buñuelos, tortitas y galletas con toda clase de rellenos: de cebollita, de semillas de amapola, de requesón, de pescado y de todo cuanto se pueda imaginar.

—¡Empanada de huevo! —anunció la dueña.

Chíchikov se acercó a la empanada y, tras devorar algo más de la mitad, la elogió. La empanada, en efecto, muy sabrosa ya de por sí, parecía aún más suculenta después de todas las dificultades soportadas en el trato con la vieja.

—¿Y las tortitas? —preguntó el ama.

A modo de respuesta, Chíchikov enrolló tres a la vez y, untándolas con mantequilla derretida, se las llevó a la boca, y se secó los dedos y los labios con la servilleta. Después de repetir esta operación unas tres veces, pidió al ama que mandara enganchar su carruaje. Nastasia Petrovna envió enseguida a Fetinia a ejecutar la orden, no sin antes pedirle que trajera más tortitas calientes.

—Sus tortitas, querida señora, son muy sabrosas —dijo Chíchikov, atacando las que acababan de traer.

—Sí, mis chicas saben hacerlas muy bien —dijo la señora—. Lo malo es que la cosecha fue escasa, y la harina no es muy buena. Pero, querido, ¿a qué vienen esas prisas? —exclamó al ver que Chíchikov tomaba su gorra—. Su carruaje aún no está enganchado.



—Lo estará, querida señora, lo estará. Los míos lo tendrán listo enseguida.

—Como quiera, pero no se olvide de los contratos.

—Descuide, no me olvidaré —dijo Chíchikov mientras salía al vestíbulo.

—Y manteca de cerdo, ¿no le interesa? —preguntó la dueña, siguiéndolo.

—¿Por qué no? Claro que sí, pero en otra ocasión.

—Por Todos los Santos también tendré tocino.

—Compraremos, sí. Compraremos de todo. Tanto tocino como manteca.

—Quizá necesite plumón. Tendré para San Felipe.

—Bien, bien —decía Chíchikov.

—¿Ves, padre? Tu carruaje aún no está preparado —dijo el ama cuando salieron a la puerta.

—Pronto estará listo. Sólo explíqueme cómo llegar al camino real.

—¿Y cómo lo voy a hacer? —dijo la propietaria—. Es complicado, hay muchas curvas. ¿Y si te presto a una niña para que te acompañe? Tienes lugar en el pescante para que ella se siente, ¿no?

—Cómo no.

—Entonces te la prestaré. Conoce muy bien el camino. ¡Pero, ojo, no me la robes! Unos comerciantes ya se me llevaron a una.

Chíchikov le aseguró que no se la llevaría, y Koróbochka, tranquilizada, empezó a supervisar todo lo que había en el patio. Clavó la mirada en el ama de llaves, que sacaba un recipiente de madera con miel de la despensa, en el campesino que acababa de aparecer en la puerta y, poco a poco, se retiró a su vida doméstica. Pero ¿para qué vamos a demorarnos tanto tiempo con Koróbochka? Sea Koróbochka o Manílova, manejen bien la vida doméstica o no, ¡pasemos de largo! En este mundo, todo está maravillosamente organizado. Lo alegre puede tornarse triste en un instante si uno se detiene demasiado rato a contemplarlo, y entonces Dios sabe qué cosas se nos pasan por la cabeza. Quizá incluso uno comience a pensar: ¿de veras Koróbochka ocupa un lugar tan bajo en la infinita escalera que conduce a la humanidad hacia la perfección? Acaso no sea tan grande el abismo que la separa de su hermana, inalcanzable detrás de los muros de una casa aristocrática, con perfumadas escaleras de hierro fundido, con cobres, caobas y tapices resplandecientes, que bosteza detrás de un libro que no acaba de leer, mientras espera un visitante ocurrente de la alta

sociedad que le ofrezca la ocasión de brillar con su inteligencia y de formular ideas aprendidas de memoria, ideas que, conforme a las leyes de la moda, entretendrán a la ciudad toda una semana, unas ideas que nada tienen que ver con lo que pasa en su casa ni en sus haciendas, enredadas y desorganizadas debido a su ignorancia en materia económica, sino que están relacionadas con la revuelta política que se cuece en Francia y con el cariz que está adoptando el catolicismo moderno. Pasemos de largo, ¡sí, pasemos de largo! ¿Para qué hablar de estas cosas? ¿Por qué, sin embargo, en medio de momentos de alegre despreocupación e inconsciencia, se abre camino otro sentimiento extraño? La risa aún no ha tenido tiempo de borrarse por completo de la cara, y uno ya es otro en medio de las mismas personas, y también se le ilumina la cara de otra manera…

—¡Ah, aquí tenemos el coche! ¡Aquí tenemos el coche! —exclamó Chíchikov, al ver que por fin se acercaba el carruaje—. ¿Por qué tardaste tanto, estúpido? Se ve que todavía no se te pasó la borrachera de ayer.

Selifán no respondió.

—¡Adiós, señora! ¿Y qué, dónde está su niña?

—¡Eh, Pelagueia! —gritó la terrateniente a una niña delante del porche, de unos once años, que llevaba un vestido de tela burda y los pies descalzos, que de lejos se podían tomar por botas de lo sucios que estaban de barro fresco—. Ve a enseñarle el camino al señor.

Selifán ayudó a la niña a subirse al pescante. Ésta puso el pie en el estribo del señor, lo manchó de barro y luego trepó a la parte alta y se instaló al lado del cochero. Detrás de ella, Chíchikov también puso el pie en el estribo e hizo que el coche se inclinara hacia el lado derecho, ya que el hombre pesaba bastante, y finalmente se arrellanó en el interior, a la vez que decía:

—¡Ah! ¡Ahora ya sí que está todo! ¡Adiós, señora!

Los caballos se pusieron en marcha.

Selifán se mostró severo durante todo el camino y, al mismo tiempo, muy atento a su trabajo, lo que le pasaba siempre que había cometido una falta o se había emborrachado. Los caballos estaban sorprendentemente limpios. La collera de uno de ellos, que hasta entonces casi siempre estaba rota, de modo que la estopa asomaba por debajo de la piel, había sido

hábilmente cosida. Todo el camino estuvo callado, sólo hacía restallar el látigo, y no dirigía ningún discurso aleccionador a los caballos, aunque al moteado le habría gustado, naturalmente, escuchar algún sermón, ya que en esos momentos las riendas permanecían, perezosas, en las manos del locuaz cochero, y el látigo sólo se paseaba sobre sus lomos para guardar las formas. Pero esta vez de sus lúgubres labios sólo salían exclamaciones monótonas y desagradables. «¡Anda, cuervo! ¡Bosteza! ¡Bosteza!», y nada más. Incluso el alazán y Asesor estaban descontentos de no oír ni una vez que los llamaran *queridos* o *respetables*. El moteado sentía unos golpes desagradabilísimos en sus partes más llenas y anchas. «¡Hay que ver cómo se le va la mano! —pensaba el moteado, enderezando un poco las orejas—. Sabe dónde tiene que pegar. No azota directamente en la espalda, sino que escoge zonas más sensibles: te engancha las orejas o te azota debajo del vientre».

—¿A la derecha, pues? —Con esta desabrida pregunta se dirigió Selifán a la niña, que iba sentada a su lado, y señaló con el látigo un camino ennegrecido por la lluvia, entre campos refrescados de un vivo color verde.

—No, no, ya se lo diré —respondió la niña.

—¿Por dónde? —preguntó Selifán cuando se acercaron más.

—Hacia allí —contestó la niña, señalando con la mano.

—¡Oh, hay que ver cómo eres! —exclamó Selifán—. ¡Pero si eso está a la derecha! No sabe dónde está la derecha ni dónde está la izquierda.

Aunque hacía muy buen día, la tierra estaba hecha un lodazal, hasta el punto de que las ruedas del coche, al hundirse en el barro, quedaban cubiertas como de fieltro, lo que hacía considerablemente más pesado el vehículo. Por si fuera poco, el suelo era arcilloso y extraordinariamente resbaladizo. Tanto lo uno como lo otro determinó que no pudieran salir del camino vecinal antes del mediodía. Sin la niña habría sido difícil conseguirlo, porque por todos lados se extendían caminos como una captura de cangrejos cuando se tira al suelo desde el saco, y Selifán habría tenido que ir de un lado a otro, y no por culpa suya. Enseguida, la niña señaló una construcción, que era como una mancha negra a lo lejos, y dijo:

—¡Ése es el camino real!

—¿Y esa construcción? —preguntó Selifán.

—Una fonda —dijo la niña.

—Bueno, ya llegaremos solos —dijo Selifán—, vete a casa.

Se detuvo y la ayudó a bajar, murmurando entre dientes: «Venga, vete, pies negros».

Chíchikov le dio una moneda de cobre, y la niña echó a andar a casa, contenta de haber ido sentada en el pescante.

Capítulo cuarto

Al acercarse a la fonda, Chíchikov ordenó hacer un alto por dos motivos. Por una parte, para dejar descansar a los caballos y, por otra, para tomar un bocado y reponer fuerzas. El autor debe confesar que envidia sobremanera el apetito y el estómago de este tipo de gente. Para el autor, no significan nada en absoluto todos esos señores de alto copete de San Petersburgo o Moscú, que se pasan el tiempo cavilando qué almorzarán al día siguiente o qué comerán al cabo de dos días, y que no acometen estas comidas sin antes tragarse una pastilla; engullen ostras, arañas de mar y otras maravillas, y luego se dirigen a Karlsbad o al Cáucaso[39]. No, estos señores nunca han despertado su envidia. Pero los señores de medio pelo, que en una parada piden jamón, en la siguiente cochinillo y, en una tercera, una loncha de esturión o cualquier embutido con cebolla, y que luego, como si tal cosa, se sientan a la mesa a la hora que sea y dan cuenta de una sopa de pescado con lota y mollejas, que chisporrotea y burbujea entre sus dientes, y manjares envueltos en masa o empanadas de cola de siluro, deglutidos de una manera que abre el apetito; ¡estos señores sí que gozan de un envidiable don del cielo! Más de uno de esos grandes señores sacrificaría al instante la mitad de sus almas y la mitad de su hacienda, hipotecada o no, con todas sus reformas ejecutadas a la moda rusa o extranjera, sólo por poseer un estómago como el de los señores de medio pelo. Por desgracia, ni con dinero ni con fincas, reformadas o por reformar, se puede adquirir un estómago como el de los señores de medio pelo.

La ennegrecida fonda de madera acogió a Chíchikov bajo su hospitalario y estrecho tejado, sostenido por columnas talladas en madera que parecían antiguos candelabros de iglesias. Era una suerte de isba rusa,

aunque algo más grande. Las cornisas de madera nueva, labradas con motivos alrededor de las ventanas y debajo del techo, contrastaban vivamente con las oscurecidas paredes; en los postigos estaban pintados unos jarrones con flores.

Después de subir por una angosta escalera de madera, Chíchikov entró en un amplio vestíbulo donde se encontró con una puerta, que se abrió con un chirrido, y con una vieja gorda que llevaba un abigarrado vestido de percal. «Por aquí, por favor», le dijo la vieja. En la sala halló todos esos viejos elementos conocidos que cualquiera encuentra en las pequeñas fondas de madera que tanto abundan en los caminos. Esto es: un samovar recubierto de una pátina que parecía de escarcha; paredes de pino lisamente cepilladas; un armario rinconero con tazas y teteras; pequeños huevos dorados de porcelana delante de los iconos colgados de cintas azules y rojas; una gata que acababa de parir; un espejo que refleja a quien se mire en él con cuatro ojos en lugar de dos y con una suerte de oblea en lugar de cara; y, finalmente, junto a los iconos, unos clavos y hierbas aromáticas atados en manojos y tan resecos que a quien se le ocurriera olerlos no haría más que estornudar.

—¿Hay cochinillo?

Ésta fue la pregunta que Chíchikov le hizo a la mujer que se erguía ante él.

—Sí.

—¿Con rábano y crema agria?

—Sí.

—¡Tráigamelo!

La vieja se fue, trajinó aquí y allá y volvió con un plato y una servilleta tan almidonada que se abarquillaba como corteza reseca; además, trajo un cuchillo con el mango de hueso amarillento y la hoja fina como un cortaplumas, un tenedor de dos dientes y un salero que ni a la de tres se aguantaba de pie sobre la mesa.

Nuestro protagonista, como de su costumbre, entabló conversación con la mujer y le preguntó si ella misma regentaba la fonda o si tenía un patrón, qué beneficios procuraba, si sus hijos vivían con ella, si el mayor estaba soltero o casado, qué tal era su esposa, si había aportado una dote

sustanciosa o no, si el suegro estaba contento, si no se había enfadado por recibir pocos regalos de boda; en pocas palabras, no pasó ningún detalle por alto. Como es natural, sintió curiosidad por saber qué clase de terratenientes vivía en los alrededores y se enteró de que los había de toda condición: Blojin, Pochitáiev, Milnoi, el coronel Cheprákov, Sobakévich[40]. «¡Ah! ¿Conoce a Sobakévich?», preguntó y al instante se enteró de que la vieja no sólo conocía a Sobakévich, sino también a Manílov, y que Manílov era un poco más refinado que Sobakévich, pues el primero ordenaba que le cocieran de inmediato una gallina y pedía también ternera; si había hígado de carnero, también pedía hígado de carnero, y todo esto sólo lo probaba; Sobakévich, por el contrario, se limitaba a pedir cualquier cosa, pero, eso sí, no dejaba ni una miga en el plato e incluso exigía repetir por el mismo precio.

Mientras Chíchikov conversaba de tal guisa y daba buena cuenta del cochinillo, del cual no quedaba ya más que el último trozo, se oyó el traqueteo de las ruedas de un coche que se acercaba. Se asomó por la ventana y vio que un coche ligero, tirado por tres buenos caballos, se detenía delante de la fonda. Dos hombres se apearon. Uno era rubio y de gran estatura; el otro, un poco más bajo, era moreno. El rubio llevaba una chaqueta húngara azul oscuro, con cordones cosidos transversalmente a la altura del pecho; el moreno vestía un sencillo caftán de rayas. A lo lejos, además, se veía una vetusta carretela, vacía, arrastrada por un tiro de cuatro caballos de crines largas con las colleras hechas jirones y cuerdas a modo de arreos. El rubio subió de inmediato por las escaleras; mientras tanto, el moreno se quedó abajo rebuscando algo en el coche, entretenido en hablar con el criado y haciendo señas a la carretela que los seguía. A Chíchikov esa voz se le antojó familiar. Mientras examinaba al moreno, el rubio ya había tenido tiempo de llegar a la puerta y abrirla. Era un tipo alto, de cara delgada, o, como se suele decir, *demacrada*, con un bigotillo pelirrojo. A juzgar por su rostro atezado, aquel hombre sabía bien qué era el humo, si no el de la pólvora, por lo menos sí el del tabaco. Saludó con una inclinación cortés a Chíchikov, quien respondió de idéntica manera. Sin duda, habrían podido entablar una larga conversación y llegado a conocerse bien, pues el primer paso ya estaba dado: casi a la vez, los dos expresaron su satisfacción

por que la lluvia del día anterior había limpiado el camino de polvo y el viaje ahora era más fresco y agradable. Pero, en ese instante, entró en la sala su compañero, el moreno, que tiró su gorra sobre la mesa y despeinó con ademán intrépido su cabellera negra y tupida. Era un mocetón de mediana estatura, bastante bien formado, mejillas rojas y gruesas, dientes blancos como la nieve y patillas negras como el alquitrán. Fresco y colorado como una manzana, su rostro parecía rebosar salud.

—¡Vaya, vaya, vaya! —gritó de repente, abriendo los brazos al ver a Chíchikov—. ¿Qué buen viento te trae por aquí?

Chíchikov reconoció a Nozdriov, aquel terrateniente con el que había comido en casa del procurador y que, a los pocos minutos, se tomó tantas confianzas con él que empezó a tutearlo, aunque Chíchikov, por su parte, no le había dado motivo alguno para ello.

—¿De dónde vienes? —dijo Nozdriov, que, sin esperar respuesta, siguió hablando—: Yo vengo de la feria, hermano. Felicítame: ¡me han desplumado! Lo creas o no, nunca había perdido tanto. ¡Fíjate, vengo con caballos de alquiler! ¡Mira, asómate a la ventana! —Y torció la cabeza de Chíchikov con tanto ímpetu que poco faltó para que éste se golpeara contra el marco—. ¿Ves qué porquería de animales? A duras penas pudieron arrastrarme hasta aquí, los malditos, así que me pasé al coche de éste. —Dicho esto, Nozdriov señaló a su compañero—. ¿Aún no os conocéis? ¡Es mi cuñado, Mizhúev! Nos hemos pasado toda la mañana hablando de ti. «Me extrañaría mucho —le decía— que no nos encontráramos a Chíchikov». ¡Ay, hermano, si supieras cuánto me han birlado! Lo creas o no, no sólo perdí mis cuatro caballos, sino que me lo quitaron todo. Ya lo ves, no llevo cadena ni reloj… —Chíchikov echó un vistazo y vio que, en efecto, Nozdriov no tenía ni lo uno ni lo otro. Incluso le pareció que una de sus patillas se veía más corta y menos tupida que la otra.

—Si hubiera tenido aunque sólo fuera veinte rublos en el bolsillo —siguió diciendo Nozdriov—, no más de veinte rublos, exactamente veinte, lo habría recuperado todo. Es decir, ahora tendría en mi haber treinta mil rublos en la cartera, palabra de honor.

—Pero allí también lo decías —replicó el rubio— y cuando te di cincuenta rublos los perdiste al instante.

—¡No los habría perdido! ¡Por Dios que no los habría perdido! Si no hubiera cometido esa estupidez, de verdad que no los habría perdido. Si no hubiera doblado la apuesta a ese maldito siete, habría hecho saltar toda la banca.

—Pero no la hiciste saltar —dijo el rubio.

—No la hice saltar porque subí la apuesta en el momento más inoportuno. ¿Acaso crees que jugaba bien ese mayor?

—Bien o mal, el caso es que te ganó.

—¡Pues vaya mérito el suyo! —dijo Nozdriov—. De esa manera también ganaría yo. No, no, que intente doblar las apuestas, ¡entonces ya veré qué clase de jugador es! En cambio, hermano Chíchikov, ¡qué juerga tan fenomenal nos corrimos los primeros días! La verdad, la feria era magnífica. Los propios comerciantes decían que nunca habían visto una concurrencia tan nutrida. Todo lo que traje de mis tierras lo vendí al precio más ventajoso. ¡Ay, hermanito, qué juerga! Ahora sólo con recordarla… ¡Que el diablo me lleve! Es decir, qué lástima que no asistieras… Figúratelo, a tres verstas de la ciudad había un regimiento de dragones. Lo creas o no, los oficiales, tantos como había, unos cuarenta o así, estaban en la ciudad. ¡Así que nos pusimos a beber, hermanito! ¡El oficial de caballería Potselúiev[41] era un tipo estupendo! ¡Con unos bigotes así, hermanito! Al burdeos lo llamaba simplemente *aguachirle*. «¡Trae aguachirle, hermano!», decía. El teniente Kuvshínnikov[42]… Ay, hermanito, qué hombre tan amable… Un juerguista de la cabeza a los pies, se puede decir. Íbamos siempre juntos. ¡Y qué vino nos ofreció Ponomariov[43]! Tienes que saber que es un estafador, a su tienda no se puede ir en busca de nada: mezcla el vino con cualquier basura, sándalo, corcho quemado, incluso echa saúco, el muy canalla. Pero si saca del cuartito trasero una botellita que él llama especial, entonces, hermano, te elevas al séptimo cielo. Teníamos un champán magnífico; a su lado, el del gobernador era poco más que *kvas*. Figúratelo, no era Clicquot, sino un clicquot-matradura[44], que significa dos veces Clicquot. Y todavía conseguí una botellita de vino francés que se llamaba Bon-bon. ¿El aroma? A rosas, todo lo que quieras. ¡Ay, qué juerga! Detrás de nosotros, llegó no sé qué príncipe y mandó a buscar champán a la tienda, pero no quedaba ni una sola botella en toda la ciudad, se las habían

pimplado los oficiales. ¿Puedes creerte que en una comida me aticé diecisiete botellas de champán?

—¡Hala! Diecisiete botellas no serías capaz de bebértelas —observó el rubio.

—Palabra de honor que sí lo hice —respondió Nozdriov.

—Puedes decir lo que quieras, pero yo te digo que no te beberías ni diez.

—¿Quieres apostar a que sí?

—¿Para qué apostar?

—¡Venga! Apuesta la escopeta que te compraste en la ciudad.

—No quiero.

—Apuesta, hombre, inténtalo.

—No quiero.

—Te quedarías sin escopeta como te quedaste sin gorro. ¡Ah, Chíchikov, hermano, qué mal me sabe que no hayas estado! Sé que no te habrías separado del teniente Kuvshínnikov. ¡Qué buenas migas habríais hecho! No es como el procurador y todos esos funcionarios roñosos de la provincia que se echan a temblar por cada kopek gastado. Éste, hermanito, juega al faraón, a la banca y a lo que quieras. ¡Ah, Chíchikov! ¿Qué te habría costado venir? De verdad, ¡qué cochino eres, criador de ganado! ¡Bésame, alma mía, te quiero a morir! Fíjate, Mizhúev, el destino nos ha unido: ¿qué era él para mí y qué era yo para él? Llegó caído de Dios sabe dónde, yo también vivo aquí… Y qué cantidad de coches había, hermano, todo *en gros*. Jugué a la ruleta: gané dos potes de pomada, una taza de porcelana y una guitarra; seguí dándole a la rueda, lo perdí todo y encima los muy canallas me sacaron aún más de seis rublos. ¡Ah, qué seductor era Kuvshínnikov, si lo conocieras! Él y yo fuimos a casi todos los bailes. Había una dama muy emperifollada, con faralaes y farfalaes, el diablo sabrá qué no llevaba puesto… Yo sólo pensaba: «¡Que el diablo me lleve!». Pero Kuvshínnikov, esa bestia, se sentó a su lado y empezó a lanzarle piropos en francés… ¿Te lo puedes creer? Ni a las simples campesinas las desdeñaba por desaboridas. A eso lo llama *probar fresas silvestres*. Trajeron unos pescados y unos lomos de esturión ahumado soberbios. Me llevé uno, suerte

que se me ocurrió comprarlo cuando aún me quedaba dinero. ¿Y adónde vas, ahora?

—A visitar a alguien —dijo Chíchikov.

—Bueno, ¿qué importa ese alguien?, ¡déjalo en paz! ¡Ven a mi casa!

—No, no puedo, tengo que cerrar un trato.

—¡Bah, ahora me sale con un trato! ¡Invéntate algo mejor! ¡Ah, Nitrato[45] Ivánovich Aguafiestas!

—De verdad, se trata de un negocio, además inaplazable.

—¡Me juego lo que quieras a que es mentira! A ver, dime, ¿a quién vas a visitar?

—Bueno, a Sobakévich.

Oído eso, Nozdriov soltó una carcajada tan estentórea como la que sólo puede soltar un hombre lozano y saludable, que enseña hasta el último diente de una dentadura blanca como el azúcar, le tiemblan y bailan las mejillas, mientras dos puertas más allá el vecino se despierta, desorbita los ojos y dice: «¡Así revientes!».

—¿Qué tiene de gracioso? —preguntó Chíchikov, disgustado en parte por esa risotada.

Nozdriov, sin embargo, continuaba desternillándose de risa, casi sin aliento, y decía:

—¡Ay, ten compasión, de verdad, que me parto de risa!

—No tiene nada de gracioso: le di mi palabra —dijo Chíchikov.

—Te arrepentirás si vas a su casa, ¡no es más que un roñoso! Mira, conozco tu carácter, te quedarás atrozmente decepcionado si piensas que allí encontrarás una mesa de juego y una buena botella de cualquier Bon-bon. Escucha, hermanito: ¡manda al diablo a Sobakévich y ven a mi casa! ¡Ya verás qué lomo de esturión te ofreceré! El bestia de Ponomariov, con sus reverencias, no dejaba de decir: «Es sólo para usted, rebusque por toda la feria y no encontrará uno igual». Es un pícaro terrible, sin embargo. Se lo dije a la cara: «¡Usted y nuestro contratista son los más estafadores del mundo!». Y el muy bestia se reía, acariciándose la barba. Cada día, Kuvshínnikov y yo almorzábamos en su tienda. Ah, hermano, me olvidaba de decírtelo, ya sé que a partir de ahora no me dejarás tranquilo, pero no te lo venderé ni por diez mil rublos, te lo digo de antemano. ¡Eh, Porfiri! —

gritó, acercándose a la ventana y dirigiéndose a su criado, que llevaba un cuchillo en una mano y, en la otra, una corteza de pan con una loncha de esturión que se las había ingeniado para cortar de pasada cuando sacaba algo del coche—. ¡Eh, Porfiri! —gritó Nozdriov—. ¡Trae al cachorro! ¡Ya verás qué cachorro! —siguió diciendo, dirigiéndose a Chíchikov—. Es robado, su amo no lo habría dado ni a cambio de su propia persona. Le prometí la yegua de color canela que, como recordarás, cambié con Jvostiriov[46]… —Chíchikov, por lo demás, nunca había visto la yegua color canela ni a Jvostiriov.

—¡Señor! ¿No quiere comer algo? —preguntó en ese momento la vieja, mientras se acercaba a Nozdriov.

—Nada. ¡Ay, hermano, qué juerga nos corrimos! Bueno, tráeme una copita de vodka. ¿Cuál tienes?

—Uno de anís —respondió la vieja.

—Bien, sírveme el de anís —dijo Nozdriov.

—¡Tráeme a mí también una copita! —pidió el rubio.

—¡En el teatro había una actriz que cantaba como un canario, la puñetera! Kuvshínnikov, que se sentaba a mi lado, decía: «¿Ves, amigo? ¡Podríamos *probar esa fresa silvestre*!». Sólo teatros de feria creo que habría unos cincuenta. Fenardi[47] estuvo cuatro horas dando vueltas como un molino. —En este punto, Nozdriov tomó la copita de manos de la vieja, que le hizo una profunda reverencia—. ¡Eh, tráelo aquí! —gritó al ver a Porfiri, que entraba con el cachorro. Porfiri vestía igual que su amo, con una suerte de caftán acolchado, pero un poco más mugriento.

—¡Tráelo, déjalo aquí, en el suelo!

Porfiri dejó al cachorro en el suelo. El animal, después de estirarse sobre las cuatro patas, se puso a olfatear el suelo.

—¡Mira qué cachorro! —exclamó Nozdriov, cogiéndolo por el cuello y levantándolo. El perrito emitió un aullido bastante lastimero.

—Pero no has hecho lo que te mandé —dijo Nozdriov a Porfiri y examinó con cuidado el vientre del cachorro—. ¿No se te ha ocurrido cepillarlo?

—Sí, ya lo cepillé.

—¿Y por qué tiene pulgas?

—No lo sé. Quizá las haya pescado en el coche.

—Mientes, mientes, no se te ha ocurrido cepillarlo; necio, creo que incluso le pegaste las tuyas. Mira, Chíchikov, mira qué orejas, ¡anda, tócaselas!

—No hace falta, ya lo veo: ¡es de buena raza! —respondió Chíchikov.

—No, hombre, cógelo, ¡pálpale las orejas!

Para satisfacerlo, Chíchikov palpó las orejas del perro y sentenció:

—Sí, será un buen perro.

—Y la nariz, ¿notas lo fría que está? Tócasela.

Para no ofenderlo, Chíchikov también cogió la nariz del animal y dijo:

—Buen olfato.

—Un auténtico perro de caza —prosiguió Nozdriov—. Confieso que tenía los dientes largos hacía tiempo en cuanto a hacerme con este tipo de perro. Eh, Porfiri, ¡llévatelo!

Porfiri cogió al cachorro por debajo del vientre y se lo llevó al coche.

—Escúchame, Chíchikov, tienes que venir sin falta ahora a mi casa, queda a unas cinco verstas de aquí, llegaremos en un suspiro y, una vez allí, si quieres, puedes irte a casa de Sobakévich.

«¿Por qué no? —se dijo Chíchikov—. Pasaré por casa de Nozdriov. ¿Qué tiene peor él que los otros? Es un hombre como otro cualquiera y, además, ha perdido en el juego. Por lo que se ve, sirve igual para un roto que para un descosido; por tanto, quizá pueda sacarle algo de balde».

—Si quieres, vamos —dijo—; pero no me entretengas demasiado; para mí, el tiempo es oro.

—¡Muy bien, querido, que así sea! Está bien, te besaré por esto. —Nozdriov y Chíchikov se besaron—. Magnífico: ¡iremos los tres juntos!

—No, por favor, a mí déjame marcharme —dijo el rubio—. Necesito ir a casa.

—Sandeces, hermano, sandeces, no te dejo.

—De verdad, que mi mujer se enfadará. Ahora ya puedes irte en el coche del señor.

—¡No, no, no! Ni lo pienses.

El rubio era de esas personas que, a primera vista, muestran cierta obstinación en su carácter. Aún no has abierto la boca y ya están dispuestas

a discutir y parece que jamás admitirán lo que es claramente contrario a su manera de pensar, que nunca llamarán inteligente al estúpido y que, sobre todo, no aceptarán bailar al son que les toquen; pero siempre acaban por manifestar un temperamento de lo más maleable, darán por bueno precisamente lo que rechazaban, al estúpido lo llamarán inteligente y después se esmerarán en bailar al son que otros le toquen; en definitiva, empiezan bien y acaban mal.

—¡Tonterías! —dijo Nozdriov en respuesta a las argumentaciones del rubio; le encasquetó el gorro en la cabeza, y el rubio los siguió.

—No ha pagado el vodka, señor… —dijo la vieja.

—Ah, muy bien, buena señora. ¡Escucha, cuñadito! Haz el favor de pagar. No llevo ni un kopek en el bolsillo.

—¿Cuánto te debo? —preguntó el cuñadito.

—Pues no mucho, muy señor mío, dos monedas de diez kopeks —contestó la vieja.

—Mientes, mientes. Dale la mitad, con eso ya es suficiente.

—Es poco, señor —dijo la vieja. Sin embargo, cogió el dinero con agradecimiento y aun corrió a abrirles la puerta. No salía perdiendo, pues les había pedido cuatro veces más de lo que costaba el vodka.

Los viajeros subieron a los coches. El carruaje de Chíchikov iba al lado del otro, donde viajaban Nozdriov y su cuñado, de modo que los tres pudieron conversar con desenvoltura durante todo el trayecto. Los seguía, rezagándose continuamente, el coche de Nozdriov, tirado por los esmirriados caballos de alquiler. En él viajaban Porfiri y el cachorro.

Dado que la conversación de los viajeros no resultará de demasiado interés para el lector, será mejor que digamos algunas palabras sobre el propio Nozdriov, que quizá haya de desempeñar un papel en absoluto baladí en este poema nuestro.

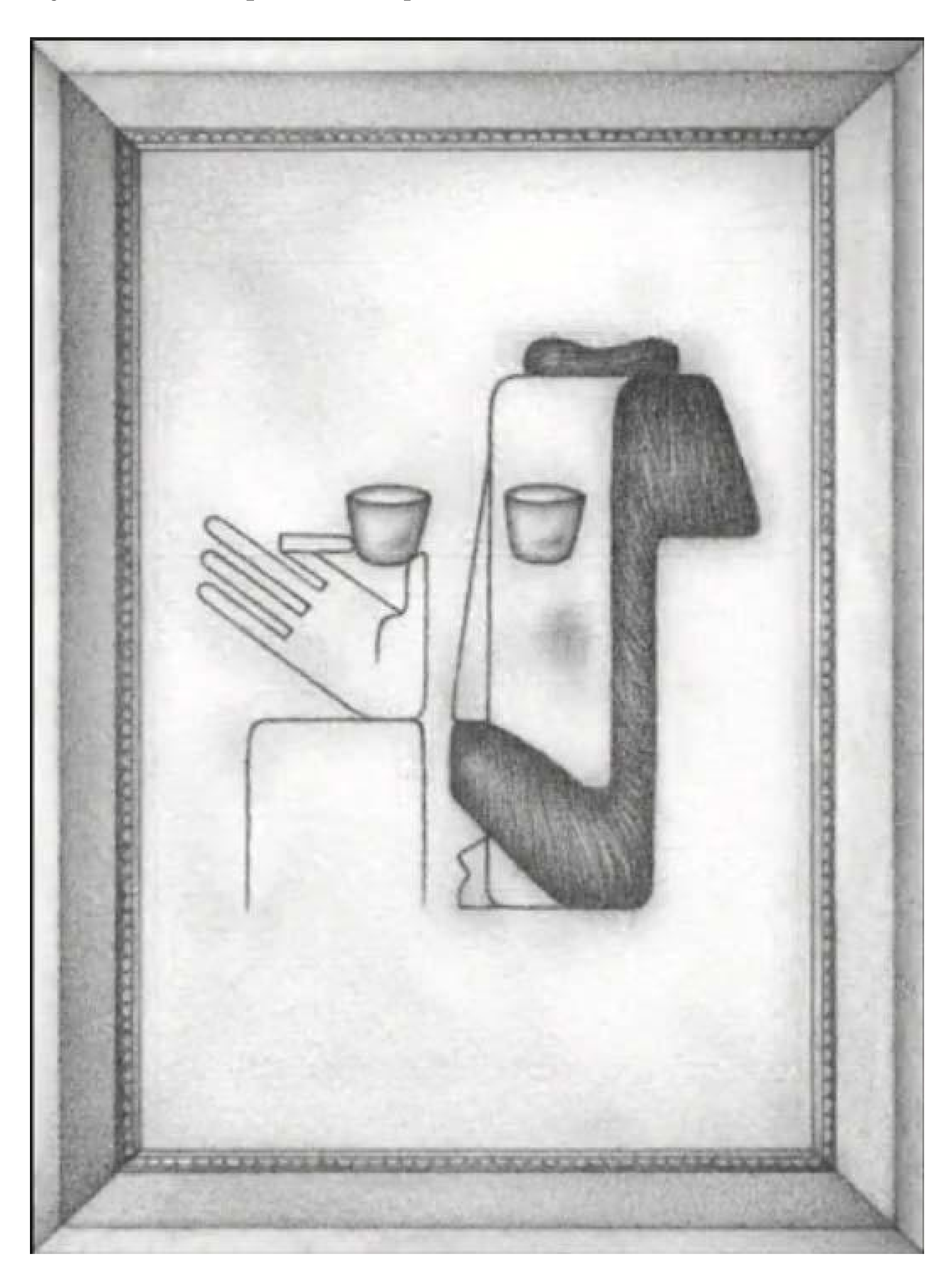
Seguramente, el semblante de Nozdriov resultará algo familiar para el lector. Abundan los tipos como él, y todo el mundo tiene ocasión de encontrárselos por ahí. Se les llama *muchachos avispados*, pasan por buenos compañeros desde la infancia y en la escuela, lo que no los libra de recibir buenas zurras. En su rostro siempre aflora un matiz de franqueza, de rectitud, de osadía. Entablan amistad con los otros rápidamente y antes de

que te des cuenta ya te están hablando de tú. Parece que los vínculos de amistad que traban serán para siempre, pero suele darse el caso de que los nuevos amigos riñen esa misma tarde en una francachela cordial. Son siempre habladores, tarambanas, intrépidos; en una palabra, gente llamativa. A los treinta y cinco años, Nozdriov era exactamente igual que a los dieciocho y a los veinte: un amante de las fiestas. Su matrimonio no lo cambió para nada, ya que su mujer pronto se fue al otro mundo, dejándole dos chicuelos que decididamente no le hacían falta alguna. Los niños, sin embargo, estaban a cargo de una bella nodriza. En casa, Nozdriov no podía pasarse más de un día. Su fina nariz olía a unas diez verstas dónde había una feria, con todas sus reuniones y bailes; en un abrir y cerrar de ojos se plantaba allí, para discutir y armar alboroto alrededor de la mesa de juego, pues, al igual que los tipos que son como él, sentía pasión por las cartas. A las cartas, como vimos en el primer capítulo, no jugaba en absoluto de forma inocente ni pulcra, pues conocía numerosos trucos y otras sutilezas y, por eso, el juego acababa muy a menudo con otro juego: o le propinaban puntapiés o le estiraban de sus pobladas y formidables patillas, de modo que a veces regresaba a casa con una sola y bastante menoscabada. Pero sus mejillas saludables y carnosas estaban tan bien formadas y contenían tanta fuerza creadora que las patillas no tardaban en crecer de nuevo e incluso más recias que las anteriores. Y lo más extraño de todo, algo que sólo puede pasar en Rusia, es que al cabo de poco tiempo volvía a encontrarse con los amigos que le habían propinado la paliza como si nada hubiera pasado. Y los otros también echaban pelillos a la mar.

En cierto sentido, Nozdriov era un personaje legendario. No asistía a ninguna reunión que no culminara en algún escándalo. Siempre ocurría algo: bien los gendarmes se lo llevaban cogido del brazo, bien sus propios amigos se veían forzados a expulsarlo. Si no pasaba una de estas cosas, no obstante, siempre ocurría algo que nunca sucedería con otras personas; o se emborrachaba en el bufé de manera que no dejaba de reír, o mentía con el mayor de los descaros hasta el punto de que al final él mismo se avergonzaba. Y mentía sin necesidad alguna, de repente se ponía a contar que tenía un caballo de color azul o rosa, o algún disparate parecido, de modo que quienes lo escuchaban acababan por apartarse, diciendo: «Bueno,

hermano, parece que ya empiezas a desvariar». Hay gente que tiene la manía de perjudicar al prójimo, a veces sin ningún tipo de motivo. Hay, por ejemplo, señores de alto rango, de aspecto noble y medallas en el pecho, que os estrechan la mano y hablan de temas profundos que invitan a la reflexión, y luego, si te fijas, ves que allí mismo despotrican contra ti. ¡Y despotrican como simples chupatintas y no como hombres que llevan una condecoración prendida en el pecho, que hablan de temas profundos de los que invitan a la reflexión, de manera que te quedas pasmado, encogiéndote de hombros, y ya está! Nozdriov también compartía esa extraña pasión. Cuanta más amistad hacías con él, más pronto te jugaba una mala pasada: propagaba las patrañas más estúpidas, deshacía una boda, una transacción comercial, y eso sin considerarte en absoluto un enemigo; al contrario, si el azar lo llevaba a encontrarse de nuevo contigo, te trataba otra vez amistosamente e incluso decía: «¡Eres tan canalla que nunca vienes a visitarme!». En muchos aspectos, Nozdriov era un hombre polifacético, es decir, que servía igual para un roto que para un descosido. Al instante te proponía ir adonde fuera, incluso hasta al fin del mundo, para participar en cualquier empresa o para trocar lo que fuese por alguna otra cosa. Escopeta, perro, caballo, para él todo era objeto de trueque, pero no con el propósito de obtener un beneficio, sino debido a la inquieta viveza y animación de su carácter. Si en una feria tenía la suerte de desplumar a un simplón, compraba todo cuanto le cayera ante los ojos en las tiendas: colleras, velas aromáticas, pañuelos para la niñera, un potro, pasas, un lavamanos de plata, tela de Holanda, flor de harina, tabaco, pistolas, arenques, cuadros, piedras de afilar, ollas, botas, vajillas de porcelana, hasta que se le acababa el dinero. Por otra parte, estos objetos en contadas ocasiones llegaban a casa; prácticamente el mismo día todo iba a parar a manos de un jugador más afortunado, a veces, incluso, acompañado de su propia pipa, la petaca, y la boquilla, y otras, con los cuatro caballos y todo lo demás —coche y cochero—, de modo que el amo, con su levita corta o su caftán, iba en busca de algún amigo cuyo coche pudiera utilizar. ¡Así era Nozdriov! Quizá digan que es un carácter vulgar o que hoy en día ya no existen tipos como Nozdriov. ¡Ay! Serán injustos los que hablen en estos términos. Pues los tipos como Nozdriov todavía tardarán mucho en desaparecer de la faz de la

tierra. Están en todas partes, entre nosotros, quizá sólo hayan mudado de caftán; y a la gente frívola y poco perspicaz el hombre vestido con otro caftán ya les da la impresión de que es otro hombre.



Entretanto, los tres coches se acercaban ya al porche de la casa de Nozdriov. En la casa no se había hecho ningún preparativo para recibirlos. En medio del comedor, subidos a unos caballetes de madera, estaban dos mozos blanqueando las paredes y cantando una canción interminable. Todo el suelo estaba salpicado de yeso. Nozdriov mandó de inmediato que se fueran los mozos y sus caballetes y corrió a la habitación de al lado a dar órdenes. Los invitados oyeron cómo pedía la comida al cocinero. Al darse cuenta de esto, Chíchikov, que ya empezaba a tener apetito, entendió que no se sentarían a la mesa antes de las cinco. Nozdriov volvió y condujo a sus huéspedes a visitar todo lo que había en su pueblo; a lo largo de dos horas y pico les enseñó decididamente todo, de manera que ya no quedaba nada más por mostrar. Primero visitaron la caballeriza, donde vieron dos yeguas, una gris con manchas y otra de color canela, y después un potro bayo de aspecto poco agraciado, pero por el cual Nozdriov juraba y perjuraba haber pagado diez mil rublos.

—No pagaste diez mil rublos por él —observó el cuñado—. No vale ni mil.

—Por Dios que pagué diez mil —afirmó Nozdriov.

—Puedes jurar tanto como se te antoje —respondió el cuñado.

—Está bien, si quieres, hagamos una apuesta —dijo Nozdriov.

El cuñado no quiso apostar.

Después Nozdriov les enseñó unos establos vacíos donde antes también había muy buenos caballos. En la caballeriza repararon en un macho cabrío que, por una antigua creencia, se estimaba indispensable tener cerca de los caballos y con los que, al parecer, se avenía bien, pues paseaba por debajo de sus vientres con familiaridad y soltura. Después, Nozdriov los llevó a ver un lobato que tenía encadenado.

—¡Aquí tenéis el lobato! —dijo—. Lo alimento expresamente a base de carne cruda. ¡Me gustaría que llegara a ser una auténtica fiera!

Se acercaron a contemplar el estanque en el que, según Nozdriov, se criaban unos peces tan grandes que dos hombres a duras penas podían arrastrar un ejemplar, afirmación que su pariente tampoco dejó pasar la oportunidad de poner en tela de juicio.

—Ahora, Chíchikov, te enseñaré —dijo Nozdriov— una soberbia pareja de perros: la fortaleza de los músculos de sus cuartos traseros te dejarán simplemente atónito. ¡Y su hocico es afilado como una aguja!

Y los condujo a una casita muy bonita rodeada de un espacioso patio con su cerca. Al entrar en el patio vieron toda clase de perros, peludos y de pelo corto, de todos colores y pelajes: marrón oscuro con hocicos negros, negros con motas blancas, blancos con manchas amarillas, amarillos con manchas negras, amarillos con manchas rojas, de orejas negras, de orejas grises… Todos tenían apodos, muchos de ellos en modo imperativo: *Dispara, Injuria, Revolotea, Fuego, Insolente, Tacha, Hornea, Calienta, Impaciente, Golondrina, Premio, Tutora*. Entre ellos, Nozdriov era como un padre en medio de su numerosa prole. Todos con los rabos erguidos, fieles a sus normas caninas, volaron a saludar a los invitados. Una decena de perros posaron sus patas sobre los hombros de Nozdriov. *Injuria* ofreció las mismas muestras de amistad a Chíchikov y, levantándose sobre las patas traseras, le obsequió con un lengüetazo en los labios; Chíchikov tuvo que escupir al instante. Examinaron luego a los perros, que causaban asombro por la fortaleza de sus músculos: eran unos animales muy buenos. Después atrajo su interés una perra de Crimea que ya estaba ciega y que, según Nozdriov, pronto moriría, pero que dos años antes había sido una buena perra. Chíchikov la observó. La miraron y, en efecto, estaba ciega. Luego fueron a ver el molino de agua, al que le faltaba parte de la tolva donde se encaja la muela superior que «revolotea», según la maravillosa expresión del campesino ruso, sobre el palahierro.

—¡Y ahora enseguida llegaremos a la herrería! —dijo Nozdriov.

Caminaron un poco y vieron, en efecto, la herrería, que también visitaron.

—En este campo —dijo Nozdriov mientras lo señalaba— hay tantas liebres que no se ve la tierra; yo mismo atrapé una por las patas traseras con mis propias manos.

—¡Hala! ¡Una liebre nunca se atrapa con las manos! —observó el cuñado.

—¡Pues yo la atrapé, te juro que la atrapé! —rebatió Nozdriov—. Ahora —prosiguió dirigiéndose a Chíchikov— te llevaré a ver el límite donde se

acaban mis tierras.

Nozdriov guió a sus invitados por un campo en el que en muchos sitios no se veía más que terrones. Los invitados tuvieron que abrirse paso entre barbechos y terrenos rastrillados. Chíchikov empezaba a sentirse cansado. En muchos lugares, los pies chapoteaban, tal era la cantidad de agua que rezumaban aquellos campos bajos. Al principio avanzaban con cautela y se afanaban en colocar los pies con precaución, pero luego, al ver que no servía de nada, caminaron despacio en línea recta, sin preocuparse de dónde había menos barro. Después de recorrer un trecho considerable, vieron efectivamente el límite, que consistía en un poste de madera y en una estrecha zanja.

—¡Éste es el límite! —exclamó Nozdriov—. Todo lo que se ve por esta parte es de mi propiedad e incluso también por la otra, todo ese bosque que azulea allí, y todo lo que hay detrás del bosque, todo es mío.

—¿Y cuándo adquiriste el bosque? —preguntó el cuñado—. ¿Lo compraste hace poco? Porque tuyo no era.

—Sí, lo compré hace poco —contestó Nozdriov.

—Pero ¿cuándo pudiste comprarlo?

—Pues, mira, fue anteayer, y bien caro que me salió, que me lleve el diablo.

—¡Pero si esos días estabas en la feria!

—¡¿Cómo eres tan palurdo?! ¿Acaso no se puede estar en la feria y al mismo tiempo comprar un terreno? Bueno, estaba en la feria, pero mi encargado lo compró en mi ausencia.

—¡¡Sí, debió de ser el encargado!! —dijo el cuñado, pero también lo puso en duda y meneó la cabeza.

Los invitados volvieron a casa por el mismo camino infame. Nozdriov los llevó a su despacho donde, por cierto, no había ni rastro de todo lo que suele haber en los despachos, es decir, libros o papeles; sólo colgaban de la pared unos sables y dos escopetas, una de trescientos rublos y otra de ochocientos. El cuñado, después de examinarlas, se limitó a sacudir la cabeza. Después les fueron mostrados unos puñales turcos; en uno de ellos, por error, habían grabado: «Maestro Saveli Sibiriákov[48]». A continuación, enseñó a los huéspedes un organillo. Nozdriov no tardó en tocarles algo. El

sonido del organillo no dejaba de ser agradable, pero en el interior del instrumento parecía que algo anduviera mal: la mazurca acabó con la canción *Mambrú se fue a la guerra*, y esta melodía, a su vez, terminó inesperadamente con un antiguo y conocido vals. Cuando ya hacía rato que Nozdriov no giraba el manubrio, el organillo aún emitía el sonido de una flauta tan animada que no había modo de hacerla callar, y estuvo un largo rato silbando ella sola. Luego les enseñó pipas de madera, de arcilla, de espuma, ennegrecidas y sin ennegrecer, cubiertas de gamuza y sin cubrir, un chibuquí con boquilla de ámbar que había ganado hacía poco, y una bolsa para tabaco bordada por una condesa que en una parada de postas se había enamorado de él hasta las orejas y que tenía unas manos, en palabras de Nozdriov, del más fino «*superflú*», palabra que seguramente significaba para él el culmen de la perfección. Después de picar unos lomos de esturión, se sentaron a la mesa en torno a las cinco de la tarde. La comida, por lo visto, no constituía para Nozdriov lo esencial en la vida; los platos no destacaban por su presentación: algunos estaban chamuscados; otros, crudos. Seguramente, el cocinero se dejaba guiar por una suerte de inspiración y arrojaba a la cazuela lo primero que encontraba a mano: si tenía cerca la pimienta, ponía pimienta, si tenía col, echaba col, y luego lo atiborraba de leche, jamón, guisantes; en una palabra, mejunje sobre mejunje, mientras esté caliente siempre tendrá algún sabor. En cambio, Nozdriov daba gran importancia al vino: aún no habían servido la sopa y ya servía a los invitados un vaso grande de Oporto y otro de Haut Sauterne[49], y eso que en las capitales de provincia o de distrito no se encuentra un simple Sauterne. Después, Nozdriov mandó que le trajeran una botella de Madeira que ni el propio mariscal de campo había probado una mejor. Efectivamente, el Madeira quemaba en la boca, pues los mercaderes, que conocían de sobra los gustos de los terratenientes amantes del buen Madeira, lo aliñaban implacablemente con ron, y a veces añadían incluso aguardiente, convencidos de que los estómagos rusos lo resisten todo. Luego Nozdriov todavía ordenó que trajeran cierta botella especial que, según decía, era borgoña y champán a la vez. Rellenaba muy asiduamente ambos vasos, a derecha e izquierda, al cuñado y a Chíchikov; pero este último observó, un poco de reojo, que el anfitrión no se servía mucho en su

vaso. Esto lo obligó a ser cauto y, en cuanto Nozdriov se iba por las ramas o servía vino al cuñado, Chíchikov vaciaba su vaso en el plato. Al cabo de poco, se llevó a la mesa un aguardiente de serbal que, según Nozdriov, sabía a ciruelas, pero que, para sorpresa de todos, dejaba un regusto de matarratas en toda su intensidad. Luego ingirieron una suerte de bálsamo que tenía un nombre tan raro que incluso era difícil de recordar, y el propio anfitrión lo llamó otra vez con un nombre distinto. Ya hacía rato que se había acabado la comida y habían probado los vinos repetidas veces, pero los comensales seguían sentados a la mesa. Chíchikov no quería, bajo ningún concepto, hablar en presencia del cuñado sobre el tema que más le interesaba. Después de todo, el cuñado era un extraño y el tema exigía una conversación solitaria y amistosa. Por otra parte, el cuñado difícilmente habría podido resultar peligroso, pues iba, al parecer, bastante ebrio y, sentado a la silla, daba cabezadas a cada instante. Él mismo se dio cuenta de que no estaba demasiado fino y finalmente empezó a pedir que lo dejasen volver a casa, pero con una voz tan blanda e indolente como si, según la expresión rusa, «le estuviesen arrancando las palabras de la boca con unas tenazas al rojo vivo».

—¡No, no! ¡No te dejo marchar! —dijo Nozdriov.

—No me ofendas, amigo mío, de verdad, me voy —dijo el cuñado—. Me estoy sintiendo ultrajado.

—¡Tonterías, tonterías! Ahora mismo montaremos la mesa de juego.

—No, móntala tú, hermano, yo no puedo, mi mujer estará muy disgustada, de verdad, y tengo que contarle cómo fue la feria. Es necesario, hermano, tengo que darle esa alegría. ¡No, no me retengas!

—Pero, bueno, ¡tu mujer que se vaya al…! ¡Pues sí que tenéis que hacer cosas importantes los dos juntos!

—¡No, hermano! Ella es tan respetuosa y fiel… Me presta tantos servicios… ¿Lo puedes creer? Se me llenan los ojos de lágrimas. No, no me retengas; palabra de honor que me voy. Te lo aseguro en conciencia.

—Que se vaya, ¿de qué nos sirve? —dijo con voz queda Chíchikov a Nozdriov.

—¡Es verdad! —dijo éste—. ¡Odio a muerte a estos pelmazos! —Y añadió en voz alta—: ¡Bueno, vete al diablo, anda, vete a hacerte el

bragazas con tu mujer, mamón[50]!

—No, hermano, no me insultes llamándome así —replicó el cuñado—. Le debo la vida. Es tan buena, tan amable, me da unas caricias… Me hará preguntas llorando sobre qué hice en la feria, tendré que contárselo todo, de verdad, es tan amable…

—Bueno, vete y cuéntale tus disparatadas mentiras. Aquí tienes tu gorra.

—No, hermano, no debes tener esa opinión de ella; así, se podría decir que me ofendes a mí también, es tan amable…

—¡Pues, hala, vete deprisa a verla!

—Sí, hermano, me voy, perdona que no pueda quedarme. Lo siento en el alma, pero no puedo.

El cuñado estuvo aún un buen rato reiterando sus disculpas, sin darse cuenta de que ya hacía tiempo que había salido por la puerta, que estaba sentado en el coche y que enfrente de él sólo había campos desiertos. Cabe pensar que la mujer no se enteraría de demasiados detalles sobre la feria.

—¡Qué canalla! —decía Nozdriov, plantado delante de la ventana mientras miraba el coche que se alejaba—. ¡Mira cómo corre! El caballito de refuerzo no está nada mal, hace tiempo que le eché el ojo. Pero es que con él no hay modo de llegar a un acuerdo. ¡Es un mamón, un auténtico mamón!

Después entraron en la sala. Porfiri llevó las velas, y Chíchikov observó que en las manos del amo había un juego de cartas salido quién sabe de dónde.

—¿Qué hacemos, hermano? —dijo Nozdriov, apretando los lados de las cartas con los dedos y arqueándolos de tal manera que crujió y saltó una carta—. Bueno, para pasar el tiempo, ¡abro la banca con trescientos rublos!

Chíchikov, no obstante, fingió no oírlo y, como si de repente se hubiera acordado de algo, dijo:

—¡Ah! Antes de que me olvide: tengo que pedirte algo.

—¿Qué?

—Primero dame tu palabra de que me lo concederás.

—Pero ¿cuál es tu petición?

—Bueno, pero dame tu palabra.

—De acuerdo.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—He aquí la petición: tú tienes, supongo, muchos campesinos muertos que aún no han sido dados de baja del censo, ¿verdad?

—Sí, ¿y bien?

—Traspásamelos, a mi nombre.

—¿Para qué los quieres?

—Bueno, los necesito.

—Pero ¿para qué?

—Bueno, pues eso, los necesito… Es asunto mío, en pocas palabras, los necesito.

—Sí, pero algo te llevas entre manos. Confiesa, ¿de qué se trata?

—¿Qué quieres que me lleve entre manos? Con una nadería así nada se puede llevar entre manos.

—Entonces, ¿para qué los quieres?

—Ah, ¡qué curioso eres! ¡Este hombre, cualquier sandez la querría palpar e incluso oler!

—Pero ¿por qué no me lo quieres decir?

—¿Y qué beneficio sacarás con saberlo? Pues sencillamente nada, se me ha antojado esta fantasía.

—Pues, mira, ¡hasta que no me lo digas, no lo haré!

—¿Sabes? No es honesto por tu parte: ya me habías dado tu palabra y ahora te echas para atrás.

—Como quieras, pero no lo haré mientras no me digas para qué.

«¿Y qué le diré a éste, ahora?», pensó Chíchikov y, después de pensarlo un instante, declaró que las almas muertas las necesitaba para ganar peso en sociedad, pues no tenía grandes propiedades y así, de momento, tendría alguna que otra almita.

—¡Mientes, mientes! —dijo Nozdriov sin dejarlo terminar—. ¡Mientes, hermano!

El propio Chíchikov se percató de que no había elaborado una historia con demasiada pericia y que el motivo era bastante flojo.

—Bueno, pues te lo diré con franqueza —dijo, rectificando—, pero, por favor, no se lo digas a nadie. Tengo intención de casarme, pero debes saber que el padre y la madre de la novia son unas personas muy ambiciosas. Ésta es la cuestión: no les basta con que esté metido hasta el cuello, de todos modos quieren que el novio posea no menos de trescientas almas y puesto que a mí me faltan casi ciento cincuenta…

—¡Hala, mientes, mientes! —gritó otra vez Nozdriov.

—Pues esta vez no he mentido ni así —dijo Chíchikov. Y mostró con el pulgar una parte ínfima del dedo meñique.

—¡Me jugaría la cabeza a que mientes!

—¡Eso es una ofensa en toda regla! ¿Por quién me has tomado, en realidad? ¿Por qué forzosamente tengo que mentir?

—Pues porque ya te conozco: eres un gran estafador, permíteme que te lo diga, ya que somos amigos: si fuera tu superior, te colgaría del primer árbol que encontrase.

Chíchikov se sintió zaherido por esta observación. Le desagradaba cualquier expresión un poco grosera o carente de decoro. Tampoco le gustaba permitir, bajo ningún concepto, que lo trataran con familiaridad, excepto cuando la otra persona ostentaba un título muy elevado. Por eso, ahora estaba ofendido a rabiar.

—¡Por Dios que mandaría colgarte! Te lo digo sinceramente, no para ofenderte, sino de manera amistosa.

—Todo tiene sus límites —dijo Chíchikov con un sentimiento de dignidad—. Si quieres pavonearte con semejantes discursos, vete a un cuartel. —Y después añadió—: Si no me las quieres dar, véndemelas.

—¡Vender! Te conozco, sabandija, no pagarías mucho, ¿verdad?

—¡Anda! ¡Buena pieza estás también tú hecho! ¡Mira que…! ¿Acaso están tallados en diamantes tus campesinos?

—Ya me lo imaginaba. Te conozco.

—Por favor, hermano, ¿qué impulsos de judío gastas[51]? Deberías dármelas sin más.

—Bueno, escucha, para demostrarte que no soy ningún roñoso, no te cobraré nada. Cómprame el garañón y, además, te las daré.

—Por favor, ¿y para qué lo quiero yo, ese garañón? —dijo Chíchikov, realmente sorprendido por aquella proposición.

—¿Cómo que para qué? Pagué por él diez mil rublos y te lo cedo por cuatro mil.

—¿Para qué lo quiero? Yo no crío caballos.

—Escucha, no me entiendes. De hecho, ahora sólo me pagas tres mil, y los otros mil ya me los darás más adelante.

—Pero es que no necesito ningún garañón, ¡que vaya con Dios!

—Bueno, pues cómprame la yegua canela.

—Tampoco la necesito.

—Por la yegua y el caballo gris que has visto en mi establo sólo te cobraré dos mil.

—Pero es que no necesito caballos.

—Pues véndelos, en la primera feria que se celebre te darán por ellos tres veces más.

—Si es así, mejor véndelos tú mismo, ya que estás tan seguro de que te llevarás el triple.

—Sé que lo ganaría, pero a mí me gustaría que tú también sacaras provecho.

Chíchikov le agradeció su buena disposición y declinó rotundamente quedarse tanto con el caballo gris como con la yegua canela.

—Bueno, pues cómprame los perros. Te venderé una pareja tan magnífica que incluso sentirás que un escalofrío te recorre el espinazo. Robustos, con bigotes, lana alta y dura como cerdas. Una curvatura de costillas increíble y unas patas tan peludas que no tocan el suelo.

—¿Y qué voy a hacer yo, con los perros? No soy cazador.

—Pues a mí me complacería que tuvieras perros. Oye, si tampoco quieres perros, cómprame el organillo, es maravilloso. A mí, ¡palabra!, me costó mil quinientos rublos. Es tuyo por novecientos.

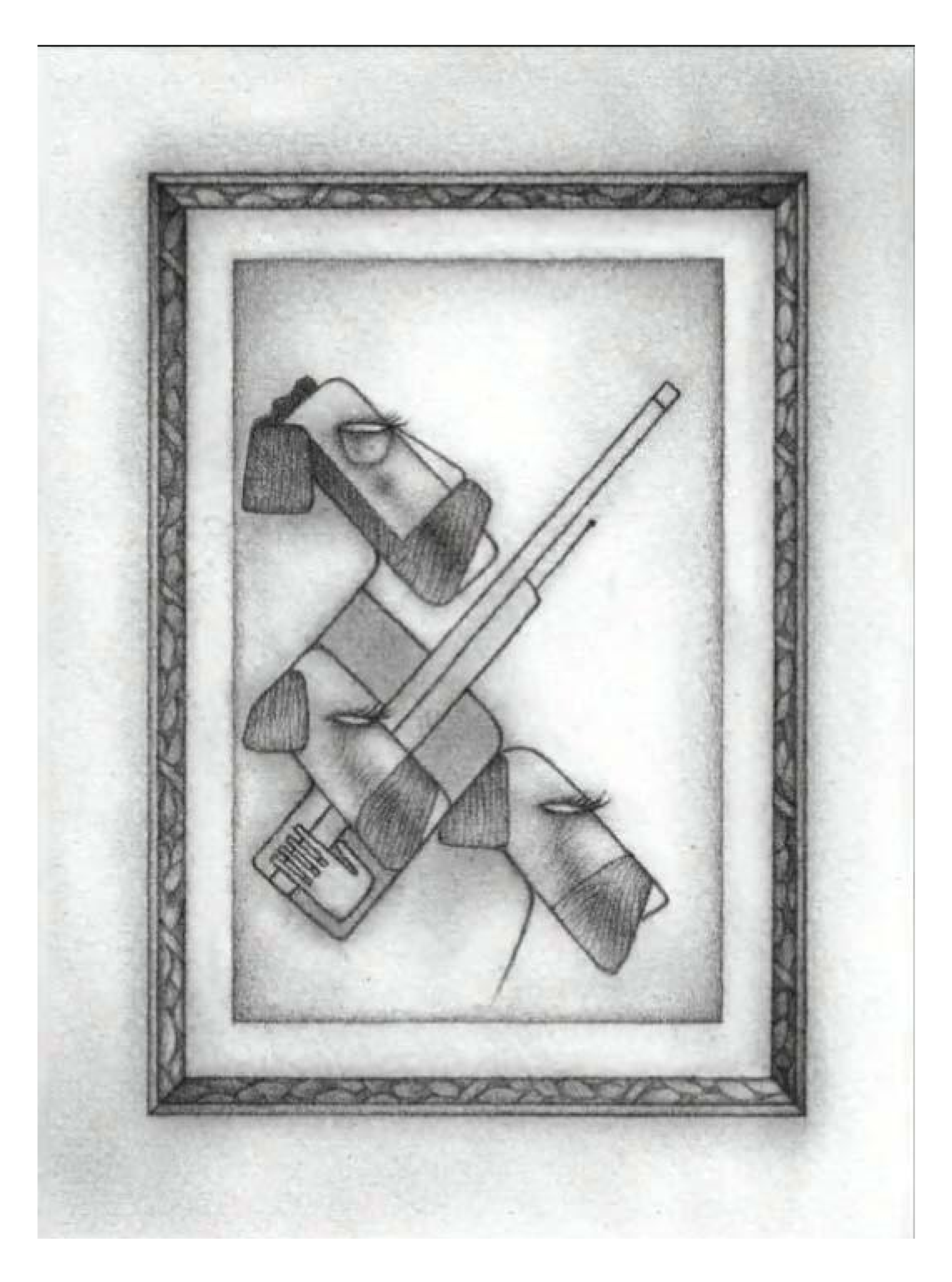
—¿Y para qué quiero yo un organillo? No soy un alemán para ir arrastrándome por los caminos pidiendo dinero.

—Pero si este organillo no es como los que llevan los alemanes. Es un auténtico órgano, míralo bien: es de caoba. ¡Te lo enseñaré otra vez! —Y Nozdriov cogió a Chíchikov del brazo y comenzó a arrastrarlo hacia la otra

habitación. Por más que éste apuntalara las piernas en el suelo y por mucho que le asegurara que ya sabía a qué organillo se refería, tuvo que oír una vez más de qué manera Mambrú se fue a la guerra—. Si no quieres darme dinero, escucha bien lo siguiente: te daré el organillo y todas las almas muertas que tenga, y tú me das tu carruaje y añades trescientos rublos.

—¡No sabes lo que dices! ¿Y con qué viajaré?

—Te daré otro coche. Vamos al cobertizo y te lo enseño. Sólo tendrás que darle una mano de pintura y será una maravilla de carruaje.



«¡Ay, lo ha poseído un demonio inquieto!», pensó Chíchikov, decidido a rechazar tajantemente cualquier coche, organillo o perro, por muy increíble que fuera la curvatura de sus costillas y la lanosidad de sus patas.

—¡Pero si te doy coche, organillo y almas muertas, todo junto!

—No quiero —dijo una vez más Chíchikov.

— ¿Y por qué no quieres?

—Pues simplemente porque no quiero, y basta.

—¡Hay que ver cómo eres! Ya veo que contigo no se puede disfrutar de la amistad ni del compañerismo, no sé cómo puedes ser así, de verdad… ¡Ahora se ve claramente que eres un hombre con dos caras!

—Pero ¿qué te crees, que soy un necio? Juzga por ti mismo: ¿por qué tengo que adquirir algo que decididamente no necesito?

—Está bien, por favor, no hables más. Ahora te conozco muy bien. ¡Un villano, eso es lo que eres, de verdad! Bueno, escucha, si quieres juguémonoslo a las cartas. Pondré todos los muertos sobre una carta y también el organillo.

—Pero, bueno, jugárselo a las cartas significa someterse a la incertidumbre —dijo Chíchikov, y al mismo tiempo miró de reojo las cartas que el otro llevaba en las manos. Los dibujos le parecieron retocados y las manchas del dorso tenían un aspecto de lo más sospechoso.

—¿Por qué, incertidumbre? —dijo Nozdriov—. No hay ninguna incertidumbre: si tienes la suerte de tu lado, puedes ganar endiabladamente mucho. ¡Mira! ¡Qué suerte! —dijo y comenzó a tirar las cartas para despertar el ardor del juego—. ¡Qué suerte! ¡Qué suerte! ¡Ésta me hizo la puñeta! ¡Este maldito nueve, al cual lo aposté todo! Presentía que me iba a traicionar; pero, entrecerrando los ojos, pensé: «¡Al diablo contigo, traicióname, maldito!».

Mientras Nozdriov decía estas cosas, Porfiri trajo una botella. Chíchikov, no obstante, se negó en redondo tanto a jugar como a beber.

—¿Por qué no quieres jugar? —preguntó Nozdriov.

—Pues porque no tengo ganas. Para ser sincero, no soy nada aficionado al juego.

—¿Y por qué no?

Chíchikov se encogió de hombros y dijo:

—Pues porque no lo soy.

—¡Eres un rufián!

—¿Qué le voy a hacer? Así me hizo Dios.

—¡Eres sencillamente un mamón! Antes pensaba que eras, en cierta manera, un tipo decente, pero tú no entiendes ningún tipo de trato social. Contigo no se puede hablar como con un amigo íntimo… No tienes rectitud, ni sinceridad. ¡Eres un Sobakévich de los pies a la cabeza, igual de canalla!

—Pero ¿por qué me insultas? ¿Soy culpable únicamente por no querer jugar? Véndeme sólo las almas, ya que tanto valor das a estas tonterías.

—¡Un diablo calvo te voy a dar! ¡Te las habría dado gratis, pero ahora no te las cederé! Ni aunque me dieras tres reinos las tendrías. ¡Eres un roñoso, un intrigante vil! A partir de ahora no quiero trato alguno contigo. Porfiri, corre, ve y di al mozo que no dé avena a sus caballos, que coman paja.

Este desenlace Chíchikov no se lo esperaba.

—¡Ojalá nunca te hubieras presentado delante de mí! —dijo Nozdriov.

A pesar de esta discrepancia, invitado y anfitrión cenaron juntos, si bien esta vez sobre la mesa no hubo ningún vino de nombre rimbombante. Apareció únicamente con un caldo de Chipre, de esos que reciben el nombre de vino peleón en todos los sentidos. Después de la cena, Nozdriov condujo a Chíchikov a la habitación lateral, donde le habían preparado la cama:

—¡Aquí tienes tu cama! No quiero ni desearte buenas noches.

Nozdriov salió, y Chíchikov se quedó en un estado de ánimo de lo más desagradable. Estaba interiormente enojado consigo mismo, se culpaba por haber ido a aquella casa y haber perdido inútilmente el tiempo. Pero todavía se culpaba más por haberle hablado del negocio y haber obrado con imprudencia, como un niño o un imbécil, pues su negocio no era de los que se pueden confiar a un Nozdriov… Nozdriov era un tipo de mala calaña, podía mentir, exagerar y propagar el diablo sabe qué cosas, y de ahí saldrían habladurías… No estaba bien, no estaba bien… «Simplemente soy un necio», se decía a sí mismo. Pasó una mala noche. Unos pequeños parásitos muy guerreros lo picaban causándole un dolor insoportable, de modo que el hombre se rascaba con los cinco dedos la parte herida y decía: «¡Al diablo con vosotros, malditos, y también con Nozdriov!». Se despertó al despuntar el día. Lo primero que hizo fue ponerse una bata y las botas, atravesó el

patio hacia los establos para ordenar a Selifán que enganchara inmediatamente el carruaje. Cuando volvía a través del patio, se encontró con Nozdriov, que iba también con bata y con la pipa entre los dientes.

Nozdriov lo saludó amigablemente y le preguntó cómo había pasado la noche.

—Así, así —respondió Chíchikov muy seco.

—Pues yo, hermano —dijo Nozdriov—, me he sentido tan mal toda la noche que hasta me da asco contarlo. Después de lo de ayer parecía que todo un escuadrón se hubiese acantonado en mi boca por la noche. Imagínatelo, he soñado que me azotaban, ¡sí, sí! ¿Y te imaginas quién? Nunca lo adivinarías: nada menos que el capitán Potselúiev y Kuvshínnikov.

«Sí —pensó Chíchikov—, no habría estado mal que te hubiesen despellejado de verdad».

—¡Por Dios! ¡Y cómo dolía! Me desperté, al diablo conmigo, y, en efecto, algo me picaba: seguramente, las brujas de las pulgas. Bueno, ahora ve a vestirte, que enseguida pasaré a verte. Vuelvo en un periquete. Sólo tengo que ir a echarle una bronca al canalla del encargado.

Chíchikov se fue a la habitación a vestirse y a lavarse. Cuando, después, entró en el comedor, ya había sobre la mesa un servicio de té con una botella de ron. En la habitación aún había restos de la comida y de la cena del día anterior. Al parecer, la escoba del criado no había hecho acto de presencia en absoluto. El suelo estaba sembrado de migas de pan y se veía ceniza de tabaco incluso encima del mantel. El amo, que no tardó en entrar, no llevaba nada debajo de la bata, a excepción del pecho descubierto donde le crecía una suerte de barba. Con el chibuquí en la mano, tomándose una taza de té, parecía un modelo idóneo para un pintor que no sintiera particular afecto por los señores peripuestos y de pelo ensortijado como los de los letreros de las barberías, o bien pelados al cero.

—Bueno, entonces, ¿qué te parece? —dijo Nozdriov después de una pausa—. ¿Quieres que nos juguemos las almas?

—Ya te dije, hermano, que no juego. Comprar, si me lo permites, compraré.

—No quiero venderlas, no estaría bien entre amigos. No quiero sacar cuatro chavos del demonio sabe qué. Si nos las jugamos, ya es otra cosa. ¡Echemos al menos una partida!

—Ya he dicho que no.

—¿Y no quieres hacer un intercambio?

—No, no quiero.

—Bien, escucha, jugaremos a las damas; si ganas, son todas tuyas. Porque yo tengo muchas almas que hay que dar de baja del censo. Eh, Porfiri, trae aquí el tablero.

—No te tomes la molestia, no jugaré.

—Pero si aquí no puede haber ningún tipo de suerte o de trampa: gana el que sabe jugar. Y te advierto que yo no soy buen jugador, quizá tengas que darme alguna ventaja.

«¡Quizá sí —pensó Chíchikov—, quizá podría jugar con él a las damas! Antes yo no jugaba mal, y le será difícil hacer trampas».

—Si te parece bien, entonces hecho, jugaré a las damas.

—¡Cien rublos contra las almas!

—¿Por qué? Con cincuenta ya basta.

—No, ¿qué representan cincuenta rublos? Prefiero sumar a la apuesta algún cachorro no demasiado bueno, o bien un sello de oro para el reloj.

—¡Bien, como quieras! —aceptó Chíchikov.

—¿Qué piezas me das de ventaja? —preguntó Nozdriov.

—¿Qué ocurrencia? Ninguna, naturalmente.

—Por lo menos permíteme que comience con dos jugadas seguidas.

—De eso nada, yo también juego mal.

—¡Sabremos de sobra si juega mal o no! —dijo Nozdriov, moviendo una pieza.

—¡Hace tiempo que no veía un tablero! —dijo Chíchikov y movió también una pieza.

—¡Sabremos de sobra si juega mal o no! —repitió Nozdriov, moviendo otra pieza.

—¡Hace tiempo que no veía un tablero! —repitió Chíchikov, moviendo también una pieza.

—¡Sabremos de sobra si juega mal o no! —repitió Nozdriov, moviendo una pieza, y al mismo tiempo avanzó otra con la manga de su bata.

—Hace tiempo que no veía… ¡Eh, eh! ¿Qué haces, hermano? ¡Déjala en su sitio! —dijo Chíchikov.

—¿Qué?

—La pieza, hombre —explicó Chíchikov y, al mismo tiempo, vio otra pieza casi delante de su nariz a punto de comerse su reina; sólo Dios sabía de dónde había salido—. No —dijo Chíchikov, levantándose de detrás de la mesa—, no hay modo de jugar contigo. ¡No se juega de esta manera, con tres piezas a la vez!

—¿Qué dices, con tres a la vez? Ha sido por error. Una ha avanzado sin querer; si quieres, ahora mismo la devolveré a su sitio.

—¿Y la otra, de dónde ha salido?

—¿Qué otra?

—¡Ésta, la que va a coronar!

—¡Ésta sí que es buena! Como si no te acordaras…

—No, hermano, he contado todas las jugadas y me acuerdo muy bien de todo; la acabas de poner: ¡su lugar es éste!

—¿Cómo que es éste? —contestó Nozdriov, ruborizado—. ¡Veo que te lo inventas todo, hermano!

—No, hermano, eres tú quien se lo inventa todo, pero sin éxito.

—¿Por quién me has tomado? —dijo Nozdriov—, ¿crees que ahora me pondré a hacer trampas?

—No te he tomado por nadie, pero a partir de ahora no volveré a jugar nunca contigo.

—No, no puedes negarte —dijo Nozdriov, acalorado—. ¡El juego ya ha empezado!

—Tengo derecho a negarme, porque no juegas como un hombre honesto.

—¡No, mientes! Eso no me lo puedes decir.

—¡No, hermano, eres tú el que miente!

—Yo no he hecho trampas, y tú no puedes retirarte, tienes que acabar la partida.

—No puedes obligarme a hacerlo —dijo Chíchikov fríamente. Se acercó al tablero y mezcló las piezas. Nozdriov se enardeció y se acercó tanto a Chíchikov que éste retrocedió dos pasos.

—¡Te obligaré a jugar! No importa que hayas mezclado las piezas, recuerdo todas las jugadas. Volveremos a ponerlas donde estaban.

—No, hermano, se acabó. No jugaré contigo.

—¿Así que no quieres jugar?

—Ya ves tú mismo que es imposible jugar contigo.

—Vamos, dime sinceramente que no quieres jugar —preguntó Nozdriov, acercándose cada vez más.

—¡No quiero! —replicó Chíchikov y se cubrió el rostro con las manos por lo que pudiera pasar, ya que el asunto empezaba a subir de tono.

Esta precaución fue muy acertada, pues Nozdriov levantó el brazo… y poco faltó para que una de las hermosas y regordetas mejillas de nuestro héroe se cubriera de una imborrable deshonra; sin embargo, esquivó felizmente el golpe y sujetó las dos arrebatadas manos de Nozdriov entre las suyas.

—¡Porfiri, Pávlushka! —gritó Nozdriov rabioso, tratando de zafarse.

Al oír estas palabras, Chíchikov dejó libres las manos de Nozdriov para que los criados no fueran testigos de tan cautivadora escena y también porque intuyó que de nada serviría retenerlas. Acto seguido, entraron Porfiri y Pávlushka, un joven fornido con quien no sería nada halagüeño encararse.

—¿Así que no quieres acabar la partida? —dijo Nozdriov—. ¡Contesta sinceramente!

—No hay posibilidad ninguna de acabarla —dijo Chíchikov y miró por la ventana. Su coche aguardaba ya preparado y Selifán parecía esperar sólo una señal para ponerse en marcha. Sin embargo, era de todo punto imposible escapar de la habitación: en la puerta tenía a dos siervos robustos y estúpidos.

—¿Así que no quieres acabar la partida? —repitió Nozdriov con el rostro que le ardía como el fuego.

—Si hubieras jugado como corresponde a una persona honesta… Pero ahora no puedo.

—¡Así que no puedes, vil! ¡Ahora que has visto que no ganarías me sales con que no puedes jugar! ¡Azotadlo! —gritó como un energúmeno a Porfiri y a Pávlushka, mientras empuñaba su pipa turca de cerezo. Chíchikov empalideció como una sábana. Quiso decir algo, pero se dio cuenta de que los labios se le movían sin emitir ningún sonido.

—¡Azotadlo! —ordenó Nozdriov, dando un paso adelante y esgrimiendo su chibuquí, acalorado y sudoroso, como quien asalta una fortaleza inexpugnable—. ¡Azotadlo! —gritó con la misma voz con la que, en el asalto definitivo, arenga a sus tropas un frenético teniente, «¡Adelante, muchachos!», cuya fama es ya tan notoria que hay que dar orden de contenerlo, cogiéndolo por los brazos, en las acciones fogosas. Sin embargo, el teniente ya está dominado por el ardor de la batalla y es incapaz de entender lo que le dicen. Cree estar delante del mismísimo Suvórov[52] y se lanza a la gran causa. «¡Adelante, muchachos!», grita, abriéndose paso, sin pararse a pensar que su acción echa por tierra el elaborado plan de asalto, que millones de cañones de fusil asoman por las aspilleras infranqueables de los muros de la fortaleza, que se alzan hasta las nubes, que su impotente pelotón saldrá volando por los aires como una pluma y que ya silba la mortífera bala dispuesta a segar su garganta chillona. Pero si Nozdriov se parecía al exaltado teniente que ha perdido todo dominio de sí, la fortaleza que asaltaba no tenía nada de inexpugnable. Al contrario, la fortaleza sentía un pánico tan grande que tenía el alma en los talones. La silla con la que tenía intención de defenderse ya le había sido arrebatada de las manos, y ahora, con los ojos cerrados, más muerto que vivo, se disponía a probar los golpes de la pipa circasiana del dueño de la casa. Sólo Dios sabe qué habría sido de él. El destino, sin embargo, tuvo a bien salvar los costados, la espalda y todas las dignas partes de nuestro héroe. De pronto, de manera inesperada, se oyeron, como caídos de las nubes, los tintineos de una campanilla y resonó con claridad el traqueteo de un coche que se aproximaba rápidamente al porche; se oyó incluso en la misma habitación el profundo resoplido y el pesado jadeo de los acalorados caballos de la troika que acababa de detenerse. Todos miraron instintivamente por la ventana: cierto señor bigotudo, con una levita de corte militar, bajó del coche. Después de informarse en el zaguán, entró cuando Chíchikov

todavía no se había repuesto del susto y se encontraba en la más deplorable situación en que puede encontrarse un mortal.

—Permítanme saber quién de aquí es el señor Nozdriov —preguntó el desconocido antes de mirar con pasmo a Nozdriov, que empuñaba el chibuquí, y a Chíchikov, que a duras penas se recobraba del mal trago.

—Permítame saber antes con quién tengo el honor de hablar —dijo Nozdriov, acercándose al recién llegado.

—Capitán de la policía del distrito[53].

—¿Qué se le ofrece?

—Vine a comunicarle que queda usted a disposición de la justicia hasta que se vea su causa en el tribunal.

—¿Qué disparate es éste? ¿De qué causa se trata? —preguntó Nozdriov.

—Está involucrado en la afrenta infligida al terrateniente Maksímov, a quien, en estado de embriaguez, azotó con una vara.

—¡Miente! ¡En mi vida he visto al tal Maksímov!

—Muy señor mío, permítame informarle de que soy un oficial. ¡Reserve ese lenguaje para sus criados, a mí hábleme con otro tono!

Sin aguardar la respuesta de Nozdriov, Chíchikov se apresuró a coger su gorra y se escabulló por detrás del capitán de la policía del distrito hasta el portal, subió al coche y ordenó a Selifán que lanzara los caballos a todo galope.

Capítulo quinto

Nuestro héroe, sin embargo, se había llevado un susto considerable. Aunque la calesa corría a toda velocidad y hacía rato que el pueblo de Nozdriov había desaparecido de la vista, oculto entre campos, pendientes y colinas, él seguía mirando atrás con miedo, como si esperase que de un momento a otro fueran a darle alcance unos perseguidores. Respiraba trabajosamente y, cuando se llevó la mano al corazón, sintió que le brincaba en el pecho como una codorniz enjaulada. «¡Menudo vapuleo me ha dado! ¡Vaya con el tipejo!». Aquí se abatieron sobre Nozdriov toda suerte de impetuosos y virulentos deseos; incluso también se oyeron palabras malsonantes. ¿Qué se le va a hacer? Así es el ruso, más aun cuando está fuera de sí. Además, el asunto no era para tomar a broma. «Se diga lo que se diga —pensaba—, ¡si el capitán de la policía del distrito no hubiese llegado a tiempo, quizá no habría vuelto a ver este mundo de Dios! ¡Habría desaparecido como una burbuja en el agua, sin dejar rastro alguno, sin tener descendencia ni legar a mi futura prole un patrimonio o un nombre honrado!». Nuestro héroe se preocupaba ostensiblemente de su progenie.

«¡Qué señor tan mezquino! —se decía Selifán—. ¡En mi vida vi uno parecido! ¡Le lanzaría un salivazo en la cara! No des de comer a las personas, pero a un caballo lo tienes que alimentar sí o sí, porque al caballo le gusta la avena. Es su alimento, el del caballo, así como nosotros tomamos el pan que nos ganamos».

También los animales, al parecer, se habían formado una mala opinión de Nozdriov: no sólo el alazán y Asesor, sino incluso el moteado estaba de un pésimo humor. Aunque a él le tocaba la peor ración de avena y Selifán no se la echaba al pesebre sin antes decirle: «¡Toma, canalla!»; aun así, de

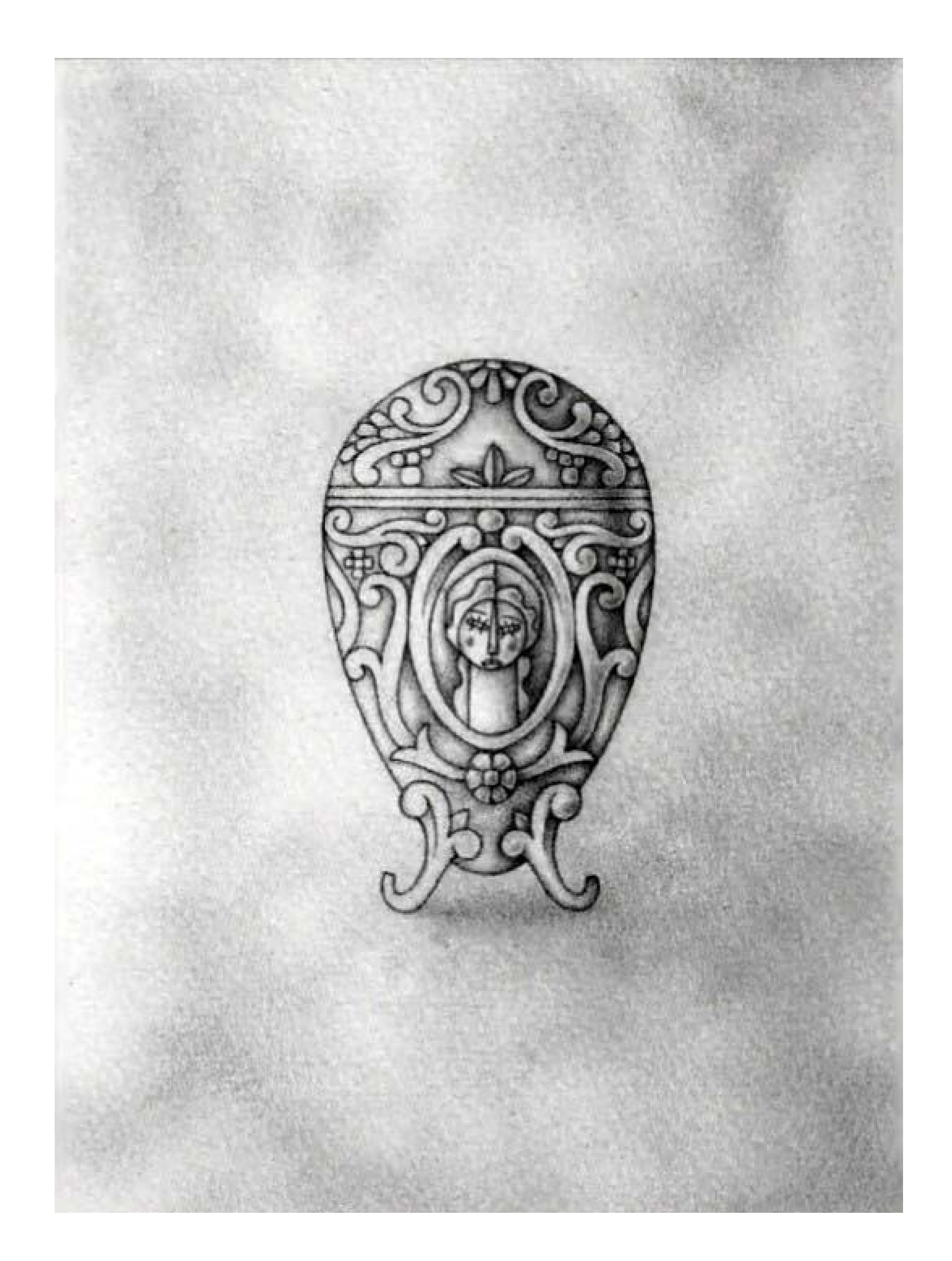
todos modos, era avena lo que le daba y no simple paja. La masticaba con fruición y a menudo metía su largo hocico en el pesebre de sus compañeros, para averiguar qué clase de alimento les ponían a ellos, especialmente cuando Selifán se ausentaba de la cuadra; y ahora, no obstante, paja a secas… No estaba bien, todos se sentían desolados.

Pero los desolados no tardaron en verse interrumpidos en mitad de sus reflexiones de la manera más súbita e inesperada. Todos, incluido el propio cochero, se despertaron y volvieron en sí sólo cuando se les vino encima un coche tirado por seis caballos y resonaron, casi por encima de sus cabezas, los gritos de las damas que viajaban en ese vehículo y los insultos y amenazas del otro cochero: «Ah, maldito engañabobos, ¿no oíste que te grité que giraras a la derecha, pájaro de mal agüero? ¿Estás borracho o qué?». Selifán era consciente de su error, pero, como buen ruso, no le gustaba reconocer su culpa ante los demás, así que replicó al instante con petulancia: «¿Y tú adónde ibas a galope tendido? ¿Es que te dejaste los ojos en la taberna?». Acto seguido, empezó a hacer retroceder su coche, para liberarse de los arreos del otro, pero no era tarea fácil, pues todo estaba enredado de mala manera. El moteado olfateaba con curiosidad a sus nuevos amigos, que tenía a ambos lados. En el carruaje, las damas contemplaban la escena con el miedo pintado en el rostro. Había una vieja y otra jovencita, de dieciséis años, cuyos cabellos de oro estaban peinados hábil y graciosamente en su pequeña cabecita. El bonito óvalo de su cara se redondeaba como un huevito fresco, tenía además la blancura traslúcida de cuando éste acaba de ser puesto y las manos morenas del ama de llaves lo sostienen a contraluz para examinarlo, dejando pasar a través de él los rayos del radiante sol. Las delicadas orejitas de la chica, también diáfanas, se coloreaban por la cálida luz que las atravesaba. El espanto, además, se manifestaba en su boca entreabierta y paralizada, y las lágrimas en sus ojos formaban, junto con todo lo demás, un espectáculo tan delicioso que nuestro protagonista la contempló algunos instantes, sin prestar la más mínima atención al alboroto de caballos y cocheros. «¡Échate para atrás, cuervo de Nizhni Nóvgorod!»[54], gritó el otro cochero. Selifán tiró de las riendas, el otro cochero hizo lo propio; los caballos retrocedieron un poco y luego se volvieron a enredar, pisoteando los arreos. Además, al moteado le

gustaban tanto sus nuevos conocidos que de ninguna manera quería salir del lugar adonde lo había arrojado el imprevisible destino, y con el hocico en el cuello de su nuevo amigo parecía cuchichearle algo al oído, probablemente unas estupideces espantosas, pues el otro no dejaba de sacudir las orejas.

En torno a aquel tumulto ya se habían congregado los campesinos del pueblo que, por suerte, no quedaba demasiado lejos. Dado que semejante espectáculo es, para nuestros campesinos, un deleite tan grande como para el alemán lo son los periódicos o el club, enseguida se apiñó una muchedumbre alrededor de los coches, y en el pueblo no quedaron más que las viejas y los niños. Aflojaron las riendas; algunos manotazos en el hocico del moteado lo obligaron finalmente a retroceder. En pocas palabras, los separaron y alejaron. Pero, bien por el despecho de tener que dejar a sus nuevos amigos, bien por pura necedad, el caso es que, por mucho que el otro cochero fustigara a sus caballos, éstos no se movían: continuaban allí como clavados al suelo. La participación de los campesinos creció hasta adquirir unas dimensiones inverosímiles. Cada uno de ellos, interrumpiéndose entre sí, daba su consejo. «Eh, Andriushka, coge de las riendas al caballo de tiro, el de la derecha, y que tío Mitiái se monte en el de varas. ¡Sube, tío Mitiái!». Tío Mitiái, un tipo enjuto y larguirucho de barba rojiza, se montó en el caballo de varas a horcajadas de manera que, acto seguido, pasó a asemejarse al campanario del pueblo o, mejor dicho, al gancho con el que se saca agua de los pozos. El cochero azotó a los caballos, pero de nada sirvió, al igual que los esfuerzos de Mitiái, que fueron en balde. «¡Espera, espera! —gritaban los campesinos—. ¡Súbete al caballo de refuerzo, tío Mitiái, y en el de varas que se monte tío Miniái!». Ancho de espaldas, barba negra como el carbón, un vientre parecido al gigantesco samovar en el que se calienta hidromiel para todo un mercado transido de frío, el tío Miniái se montó de buena gana sobre el caballo de varas, que a punto estuvo de desmoronarse bajo su peso. «¡Ahora sí que irá bien! —gritaban los campesinos—. ¡Dale, dale! ¡Arréale con el látigo a ése que se retuerce como un *koramora*!»[55]. Al ver, sin embargo, que nada iba bien y que los azotes eran inútiles, tío Mitiái y tío Miniái se montaron en el caballo de varas, y Andriushka se montó en el de refuerzo. Al final, el cochero perdió la paciencia y echó tanto a tío Mitiái como a tío Miniái, e

hizo bien, porque los caballos emanaban tanto vapor como si hubieran llegado a una estación de posta de una galopada. Los dejó descansar un minuto y después ellos mismos echaron a andar. Durante todo el rato que duró esta bufonada, Chíchikov miró fijamente a la joven desconocida. Intentó varias veces hablar con ella, pero no se presentó la ocasión. Entretanto, las damas se fueron, y la encantadora cabecita, la cara de rasgos delicados y el cuerpo esbelto se desvanecieron como una suerte de visión, y de nuevo sólo quedaron el camino, la calesa, los tres caballos que ya conoce el lector, Selifán, Chíchikov y la inmensa desnudez de los campos. Dondequiera que haya vida, ya sea entre las insensibles, ásperas y pobres capas bajas que se enmohecen en la mugre, ya sea entre los estamentos superiores, monótonamente fríos y de una aburrida pulcritud extrema, en todas partes, digo, en el camino de todo hombre se cruza, aunque sea sólo una vez en la vida, un fenómeno que no se parece a nada que haya tenido ocasión de presenciar hasta el momento y que despierta en él, aunque sea una única vez, un sentimiento diferente de los que le ha tocado sentir a lo largo de toda su vida. En todas partes, en medio de cualquiera de las tristezas que entretejen nuestras vidas, fulgura de pronto una luminosa alegría como la deslumbrante carroza con arneses de oro, caballos de magnífica estampa y el centelleante brillo de sus cristales que a veces atraviesa de improviso una aldea pobre y perdida que nunca ha visto sino carretas de campesinos. Entonces, boquiabiertos, los aldeanos se quedan largo rato allí parados, gorro en mano, aun después de que el maravilloso carruaje haya pasado de largo y desaparecido de su vista. Del mismo modo, la preciosa rubita ha cruzado nuestro relato para desaparecer al instante, de la manera más imprevista. Si en aquel momento, en lugar de Chíchikov, hubiese habido algún joven de veinte años, un húsar, un estudiante o simplemente algún otro que estuviera dando sus primeros pasos en la vida… ¡Dios sabe lo que se habría despertado, removido y manifestado en su interior! Se habría quedado inerte en el mismo lugar donde se encontraba, los ojos absurdamente clavados en la lejanía, olvidado de todo, del camino que debía recorrer, de todas las reprimendas y sermones que su tardanza le acarrearía, olvidado de sí, del servicio, del mundo y de todo cuanto en él existe.



Pero nuestro héroe era ya un hombre de mediana edad y tenía un carácter frío y circunspecto. También se quedó meditabundo y se puso a cavilar, pero de una forma más positiva: sus pensamientos no eran tan insensatos e incluso en parte estaban muy fundados. «¡Formidable mujercita! —dijo mientras abría la tabaquera y aspiraba un poco de rapé—.

Pero, en realidad, ¿qué es sobre todo lo que la hace tan encantadora? El hecho de que, a todas luces, acaba de salir de un pensionado o de un instituto, que carece todavía, como se suele decir, de todo lo que es femenino; es decir, precisamente esas cosas que vuelven a las mujeres desagradables. Ahora es como una niña en su perfecta sencillez, capaz de decir lo que se le pase por la cabeza y de reír cuando le venga en gana. Todo es aún posible, puede llegar a ser una maravilla o la peor de las birrias. Y eso es lo que será: ¡una birria! Basta que madres y tías la acojan a su cuidado. En un año la atiborrarán de tanta feminidad que ni su padre la conocerá. De no se sabe dónde brotarán arrogancia y afectación, empezará a moverse según las normas aprendidas de memoria, se romperá la cabeza pensando con quién, cómo y cuánto tiempo tiene que hablar, a quién ha de mirar y de qué manera, y cada minuto estará aterrorizada por si habla más de lo debido, al final se embrollará y acabará por mentir durante el resto de sus días y por convertirse en el diablo sabe qué. —En este momento, Chíchikov hizo una pausa y luego añadió—: Sería interesante saber algo de su familia. ¿Quién será su padre? ¿Se tratará de un rico y respetable terrateniente o un juicioso funcionario al servicio del Estado que ha acumulado un cuantioso capital? Porque si, supongamos, a esta chica se le diera una buena dote de doscientos mil rublitos, se convertiría en un bocado de lo más suculento. Podría encarnar, por así decirlo, la felicidad de un hombre decente». Esos doscientos mil rublitos se dibujaron de una manera tan atractiva en su cabeza que se sintió afligido en lo hondo de su alma por no haber aprovechado el barullo en torno a los carruajes para averiguar, por medio del postillón o del cochero, quiénes eran aquellas viajeras. Pronto, sin embargo, se vislumbró la aldea de Sobakévich, lo que disipó sus pensamientos y lo obligó a volver a su tema predilecto.

La aldea le pareció bastante grande; dos bosques, uno de abedules, otro de pinos, se extendían a derecha e izquierda como dos alas, una más oscura y otra más clara; en medio se veía una casa de madera con buhardilla, tejado rojo y paredes gris oscuro o, mejor dicho, desnudas; en definitiva, una de esas casas que se construyen en nuestra Rusia en los poblados militares y entre los colonos alemanes[56]. Se notaba que, durante la construcción, el arquitecto había librado una lucha incesante contra el gusto

del propietario. El arquitecto era un pedante que buscaba la simetría; el propietario, en cambio, iba en pos de la comodidad y, en consecuencia, había tapiado todas las ventanas de un lado y mandado hacer en su lugar una suerte de tragaluz, probablemente necesario para iluminar la oscura despensa. El frontón tampoco quedaba en medio de la casa, pues, a pesar de los esfuerzos del arquitecto, el amo había ordenado que quitaran una de las columnas laterales, de modo que ahora ya no se erguían allí cuatro columnas, según el diseño original, sino sólo tres. El patio estaba rodeado por una valla de madera muy sólida y desmesuradamente gruesa. El propietario, al parecer, apreciaba mucho la solidez. Para los establos, cobertizos y cocinas, se habían empleado troncos macizos capaces de desafiar el paso de los siglos. Las isbas de los campesinos también estaban construidas de una forma sorprendente: los muros eran de tosca madera, sin alisar, sin filigranas labradas ni otras fantasías, pero todo se veía ejecutado con solidez y como es debido. Incluso el pozo estaba construido con uno de esos robles fuertes que sólo se utilizan para fabricar molinos y barcos. En una palabra, dondequiera que mirara, todo era resistente, recio y burdo, nada se tambaleaba. Al acercarse al porche, Chíchikov observó que se asomaban por la ventana, casi al mismo tiempo, dos caras: una de mujer, tocada con una cofia, estrecha y larga como un pepino, y otra de hombre, redonda y ancha como una calabaza de Moldavia, las denominadas *gorlianki*, con las que en nuestra bella Rusia se fabrican balalaicas de dos cuerdas, las más ligeras, ornamento y diversión de jóvenes espabilados de veinte años que, insolentes y coquetos, guiñan el ojo y silban a las chicas de pecho y cuello blancos, que se agolpan para escuchar el suave rasgueo del instrumento. Tras echar un vistazo, ambas caras se escondieron. En la entrada apareció un criado con una chaqueta gris de cuello azul celeste que guió a Chíchikov al vestíbulo, donde lo recibió el señor de la casa. Al ver al invitado, dijo en tono brusco: «Haga el favor», y lo condujo al interior de la vivienda.

Cuando Chíchikov miró a Sobakévich de reojo, tuvo la impresión, esta vez, de estar al lado de un oso de tamaño mediano. Para completar el parecido, el frac que llevaba su anfitrión era de un color completamente osuno, con las mangas y los pantalones muy largos; ponía las plantas de los

pies a tontas y a locas, obsequiando con incesantes pisotones a los demás. El color de su cara era como el del hierro candente o el de una moneda de cobre de cinco kopeks. Como es de todos sabido, en el mundo hay muchas caras que la naturaleza ha hecho sin pararse a pensar demasiado; desechando instrumentos de precisión como limas, punzones u otros, se limita a desbastarlas a hachazos. Toma impulso y ¡zas!: una nariz. Da un segundo golpe y emergen los labios. Un enorme taladro le perfora dos agujeros a modo de ojos. Y así, sin pulir su obra, la lanza al mundo, diciendo: «¡Vive!». Sobakévich tenía esta misma fisonomía impactante y asombrosamente cosida. Mantenía la cabeza más gacha que erguida, no giraba jamás el cuello, y esta rigidez hacía que muy pocas veces mirase a la persona con quien hablaba, clavando los ojos por lo general en la esquina de la estufa o en la puerta. Chíchikov lo miró otra vez con el rabillo del ojo cuando entraban en el comedor: ¡un oso!, ¡un auténtico oso! Para colmo, se llamaba Mijaíl Semiónovich[57]. Al tanto de su costumbre de pisar los pies ajenos, Chíchikov movía los suyos con precaución y lo dejaba pasar adelante. El dueño de la casa, al parecer, se dio cuenta de esto, pues se apresuró en preguntar: «¿No le habré causado alguna molestia?». Pero Chíchikov le dio las gracias y le aseguró que no le había molestado en absoluto.

Al entrar en la sala, Sobakévich señaló una butaca y dijo otra vez: «Haga el favor». Ya sentado, Chíchikov miró las paredes y los cuadros que estaban colgados. Todos representaban hombres valientes, caudillos griegos pintados de cuerpo entero: Mavrokordatos en uniforme y pantalones rojos y con gafas sujetas a la nariz, Miaoulis y Kanaris[58]. Todos tenían unos muslos tan gruesos y unos bigotes tan inauditos que daban escalofríos. Entre los robustos helenos, no se sabe por qué y para qué, habían colocado a Bagratión[59], frágil, delgaducho, con pequeñas banderas y cañones a sus pies. Después seguía la heroína griega Bobelina[60], una pierna de la cual parecía más rolliza que todo el cuerpo de un petimetre de esos que proliferan en los salones hoy en día. Como el dueño de la casa era un hombre fuerte y sano, había querido, al parecer, que también fuera gente fuerte y sana la que adornara su sala. Al lado de Bobelina, junto a la ventana, colgaba una jaula desde la cual miraba un zorzal oscuro y moteado

de blanco, muy parecido también a Sobakévich. El anfitrión y su visitante no llevaban allí, silenciosos, más de dos minutos cuando la puerta de la sala se abrió para dar paso a la anfitriona, dama de muy elevada estatura, con una cofia adornada de cintas teñidas en casa. Entró con andares acompasados, manteniendo la cabeza erguida como una palmera.

—¡He aquí mi Teodulia Ivánovna! —dijo Sobakévich.

Chíchikov se inclinó sobre la manita de Teodulia Ivánovna, que ésta casi le embutió entre los labios, de manera que tuvo ocasión de percatarse de que se lavaba las manos con salmuera de pepinillos.

—¡Alma mía! —dijo Sobakévich—, te presento a Pável Ivánovich Chíchikov. Tuve el honor de conocerlo en casa del gobernador y del director de Correos.

Teodulia Ivánovna lo invitó a sentarse, diciendo también: «¡Haga el favor!», con un movimiento de cabeza como el de las actrices que interpretan el papel de reinas. Luego se sentó en el sofá, se cubrió con un pañuelo de lana de oveja y ya no movió ni los ojos ni las cejas.

Chíchikov alzó los ojos una vez más y de nuevo vio a Kanaris, el de los muslos gordos y los bigotes interminables, a Bobelina y al zorzal enjaulado.

Durante casi cinco minutos todos guardaron silencio; sólo se oía el repiqueteo producido por el pico del zorzal contra la madera de la jaula, en el fondo de la cual había unos granitos de trigo. Una vez más, Chíchikov recorrió con la mirada la habitación: todo cuanto veía en ella era sólido y chabacano en grado superlativo y presentaba una extraña similitud con el dueño de la casa. En un rincón de la sala había un escritorio panzudo de nogal sobre cuatro patas de lo más excéntricas. Un auténtico oso. Mesa, butaca, sillas, todo tenía la misma pesadez inquieta; en una palabra, cada objeto, cada silla, parecía decir: «¡Yo también soy Sobakévich!». O: «¡Yo también me parezco mucho a Sobakévich!».

—Hablamos de usted en casa del presidente de la Cámara, Iván Grigórievich —dijo finalmente Chíchikov, al ver que nadie se disponía a entablar conversación—. Fue el pasado jueves. Pasamos un rato muy agradable.

—Sí, no estuve en casa del presidente ese día —dijo Sobakévich.

—¡Un hombre encantador!

—¿Quién? —preguntó Sobakévich, con la mirada fija en la esquina de la estufa.

—El presidente.

—Bueno, quizá se lo haya parecido. Por muy masón que sea, es el mayor imbécil que ha conocido el mundo.

Chíchikov se quedó un tanto desconcertado ante esta definición tan tajante, pero se repuso y continuó diciendo:

—Por supuesto, toda persona tiene sus debilidades. En cambio, el gobernador, ¡qué hombre tan excepcional!

—¿Un hombre excepcional, el gobernador?

—Sí, ¿no le parece?

—¡Es el peor bandido del mundo!

—¡¿Cómo?! ¿El gobernador, un bandido? —exclamó Chíchikov, incapaz de concebir cómo un gobernador podía figurar en la categoría de bandido—. Confieso que nunca lo habría pensado —prosiguió—. Permítame observar, no obstante, que sus maneras no lo revelan en absoluto. Al contrario, se distingue por su bondad.

Aquí aportó como prueba las bolsitas que él mismo bordaba y elogió la afectuosa expresión de su rostro.

—¡La cara también la tiene de bandido! —dijo Sobakévich—. Dele sólo un cuchillo y suéltelo por los caminos, ¡degollará a quien se le cruce por un solo kopek! Él y el vicegobernador son Gog y Magog.

«No, se ve que no tienen buena relación —pensó Chíchikov—. Le hablaré del jefe de Policía. Me parece que es amigo suyo».

—Lo que es yo —dijo—, confieso que quien más me gusta es el jefe de Policía. Qué carácter el suyo, tan franco y abierto. Por su cara se ve que es un hombre sincero.

—¡Un bribón! —afirmó Sobakévich con frialdad—. ¡Te vende, te engaña y, aun así, come contigo! Los conozco a todos: ¡son unos granujas! Toda la ciudad es así: una horda de malandrines que rivalizan en pillería. Son todos unos judas. Sólo hay un hombre decente: el procurador. Pero, a decir verdad, también él es un cerdo.

Después de tan loables, aunque escuetas, biografías, Chíchikov comprendió que no era necesario mencionar a los demás funcionarios y

recordó que a Sobakévich no le gustaba hablar bien de nadie.

—Bueno, amor mío, vamos a comer —propuso la señora Sobakévich a su marido.

—¡Haga el favor! —dijo Sobakévich.

Enseguida, después de acercarse a la mesa donde estaban preparados los entremeses, el anfitrión y su invitado tomaron, como es costumbre, una copita de vodka acompañada de deliciosos abrebocas, como es costumbre en la inmensa Rusia, ya sea en ciudades o pueblos; es decir, toda clase de salazones y otros manjares que despiertan el apetito. Después pasaron al comedor; a la cabeza, como una oca majestuosa, iba la señora de la casa. Una pequeña mesa estaba puesta con cuatro cubiertos. El cuarto sitio fue ocupado enseguida por una dama o una doncella, pariente, gobernanta o simplemente alguien que habitaba en la casa, lo cual era difícil de establecer. Era una mujer de unos treinta años, sin cofia, con un pañuelo de colores vistosos en la cabeza[61]. En este mundo hay personas que no existen como un ente en sí, sino como manchas o motitas sobre un objeto. Siempre están colocadas en el mismo lugar y mantienen erguida la cabeza de idéntica manera. Casi se las toma por muebles, en la convicción de que jamás saldrá palabra alguna de sus labios. Pero si las vierais en el cuarto de las sirvientas o en la despensa, ¡ay, ay, ay!

—¡Almita mía, la sopa de coles hoy está exquisita! —dijo Sobakévich después de meterse la sopa entre pecho y espalda, mientras se servía de la bandeja en el plato un enorme trozo de *ñaña*, célebre especialidad culinaria que acompaña las sopas de col y que consiste en estómago de cordero relleno de gachas de alforfón, sesos y patas—. Una *ñaña* como ésta —continuó dirigiéndose a Chíchikov— no la probará en la ciudad, ¡allí el diablo sabe lo que le darán!

—En casa del gobernador, aun así, no se come nada mal —opinó Chíchikov.

—¿Sabe con qué cocinan allí? Si lo supiera, no se atrevería a tragar nada.

—No lo sé, en efecto; por tanto, no puedo juzgar. Pero las chuletas de cerdo y el pescado al vapor eran sublimes.

—Eso creyó usted. Sé muy bien lo que compran en el mercado. El bellaco de su cocinero, que aprendió a guisar con un francés, compra un gato, lo despelleja y lo sirve a la mesa como si fuera liebre.

—¡Puaj, qué cosas más desagradables dices! —exclamó la señora de Sobakévich.

—¿Y qué voy a hacer yo, almita mía? No es mi culpa si practican esas costumbres. Todo lo que no vale nada, todo lo que nuestra Akulka tira al cubo de la basura, perdonad la expresión, ellos lo echan a la sopa. ¡Sí, a la sopa! ¡Dentro!

—¡Siempre hablas de estas cosas cuando estamos en la mesa! —objetó de nuevo la mujer de Sobakévich.

—Corazón mío, de verdad, no es culpa mía —dijo Sobakévich—, si lo hiciera yo, todavía; pero te advierto que nunca consumiré esas porquerías. Lo que es yo, jamás me meteré una rana en la boca, aunque la rebocen de azúcar; y ostras tampoco comeré: sé de sobra a qué se parecen, las ostras. Sírvase cordero —prosiguió dirigiéndose a Chíchikov—. ¡Es costilla de cordero con gachas! No es el fricasé que preparan en las casas señoriales a base de cordero que hace más de cuatro días que se pasea por el mercado. Todo eso son inventos de doctores alemanes y franceses; ¡si por mí fuera, mandaría que los ahorcaran! Han inventado la dieta, ¡curar con hambre! ¡Como tienen una escuchimizada naturaleza alemana, se piensan que así arreglarán los estómagos rusos! No, nada de eso, son sólo elucubraciones, son… —Sobakévich sacudió la cabeza, irritado—. Predican la Ilustración, la Ilustración, pero esa Ilustración es… ¡Puaj! Habría dicho otra palabra, pero no es correcto, ahora que estamos en la mesa. En mi casa no es así. Aquí, cuando hay cerdo, el animal entero se pone en la mesa; si hay cordero, todo el cordero; ¡si es ganso, el ganso completo! Prefiero comer dos platos, pero quedar bien saciado, lo que el alma pida. —Sobakévich confirmó lo dicho con el hecho: volcó la mitad del costillar del cordero en su plato, lo devoró sin dejar nada, chupando y royendo hasta el último huesecillo.

«Sí —pensó Chíchikov— tiene buen diente».

—Nada de eso, en mi casa —dijo Sobakévich, y se secó las manos con la servilleta—, aquí no es como en la hacienda de Pliushkin[62], que tiene

ochocientas almas, pero vive y come peor que mi pastor.

—¿Quién es ese Pliushkin? —preguntó Chíchikov.

—Un desuellacaras. Un tacaño de baja ralea. En la cárcel, los presidiarios viven mejor que él. Mata de hambre a toda su gente.

—¿Es posible? —preguntó Chíchikov con gran interés—. ¿Y dice que en su casa la gente muere a porrillo?

—Caen como moscas.

—¿Como moscas? Permítame que le pregunte si reside muy lejos de aquí.

—A cinco verstas.

—¡A cinco verstas! —exclamó Chíchikov e incluso sintió un pequeño vuelco en el corazón—. Al salir de su portal, ¿queda a la derecha o a la izquierda?

—¡Le aconsejo que no quiera ni saber el camino que lleva a la guarida de ese perro! —dijo Sobakévich—. Sería más excusable frecuentar un burdel.

—No se lo preguntaba por nada, sino únicamente porque me interesa conocer toda clase de sitios —respondió Chíchikov. Después del costillar de cordero sirvieron *vatrushki*[63], cada uno de ellos más grande que un plato, luego un pavo enorme como una ternera y relleno con toda suerte de delicias: huevos, arroz, hígados y Dios sabe qué más, que iba cayendo como una bola en el estómago. Con esto, la comida se acabó, pero, al levantarse de la mesa, Chíchikov sintió que pesaba como mínimo quince quilos más. Fueron al salón, donde les aguardaba un platillo de confitura que no era ni de pera, ni de ciruela, ni de ninguna baya conocida y que, por otra parte, no tocaron el amo ni el invitado. La señora salió con la intención de ponerla en otros platillos. Aprovechando su ausencia, Chíchikov se dirigió a Sobakévich, que, estirado en la butaca, no hacía más que gimotear después de tan copiosa comida y de emitir unos sonidos inarticulados, al mismo tiempo que se santiguaba y se cubría a cada instante la boca con la mano[64]. Chíchikov se dirigió a él con estas palabras:

—Quisiera hablar con usted de un pequeño negocio.

—¡Aquí hay más confitura! —dijo la señora, que volvía con un platillo —. ¡Rábano confitado con miel!

—Luego la tomaremos —dijo Sobakévich—. Ahora vete a tu habitación, que Pável Ivánovich y yo nos quitaremos el frac y descansaremos un poco.

La mujer se disponía ya a ordenar que trajeran almohadas y edredones, pero el esposo sentenció:

—No hace falta, descansaremos en las butacas.

Y la señora se retiró.

Sobakévich inclinó ligeramente la cabeza, preparándose para escuchar de qué negocio se trataba.

Chíchikov comenzó su relato desde muy lejos, evocando en general el Imperio ruso y elogió su inmensidad, dijo que ni tan sólo el antiguo Imperio romano había sido tan grande y que los extranjeros se asombraban con toda razón… Sobakévich se limitaba a escuchar, la cabeza inclinada. Chíchikov dijo que, según las leyes vigentes en este Estado, cuya gloria no tiene parangón, las almas censadas que han agotado su camino vital continúan figurando como vivas hasta el nuevo empadronamiento, para no recargar así las oficinas estatales con un sinfín de enmiendas pormenorizadas tan numerosas como inútiles y no aumentar la complejidad del mecanismo estatal, ya de por sí tan complejo… Sobakévich iba escuchando, con la cabeza inclinada. Añadió que, a pesar de la completa justicia de esta medida, en parte se revelaba onerosa para muchos propietarios, obligados a pagar gravámenes como si estuvieran vivos, y que él, Chíchikov, que sentía un respeto personal por Sobakévich, estaba dispuesto a asumir parte de esta carga realmente pesada. En cuanto al tema principal, Chíchikov se expresó con suma cautela: en ningún momento habló de almas muertas, sino que las calificó de *inexistentes*.

Sobakévich lo escuchaba con la cabeza ladeada como antes, sin que a su rostro asomara algo que pudiera asemejarse lo más mínimo a una expresión. Parecía como si aquel cuerpo careciese de alma, o bien que la tuviera, pero no en el lugar donde tenía que estar, sino, como la de Koschéi el Inmortal[65], en algún lugar más allá de las montañas, cubierta con un caparazón tan grueso que todo cuanto se removiera en su interior, fuera lo que fuera, no tendría decididamente ninguna incidencia en la superficie.

—¿Y entonces? —preguntó Chíchikov, esperando no sin inquietud la respuesta.

—¿Necesita almas muertas? —preguntó Sobakévich con mucha sencillez, sin la más mínima sorpresa, como si hablaran de trigo.

—Sí —respondió Chíchikov y otra vez endulzó la expresión añadiendo —: Inexistentes.

—Las encontraremos, por qué no… —dijo Sobakévich.

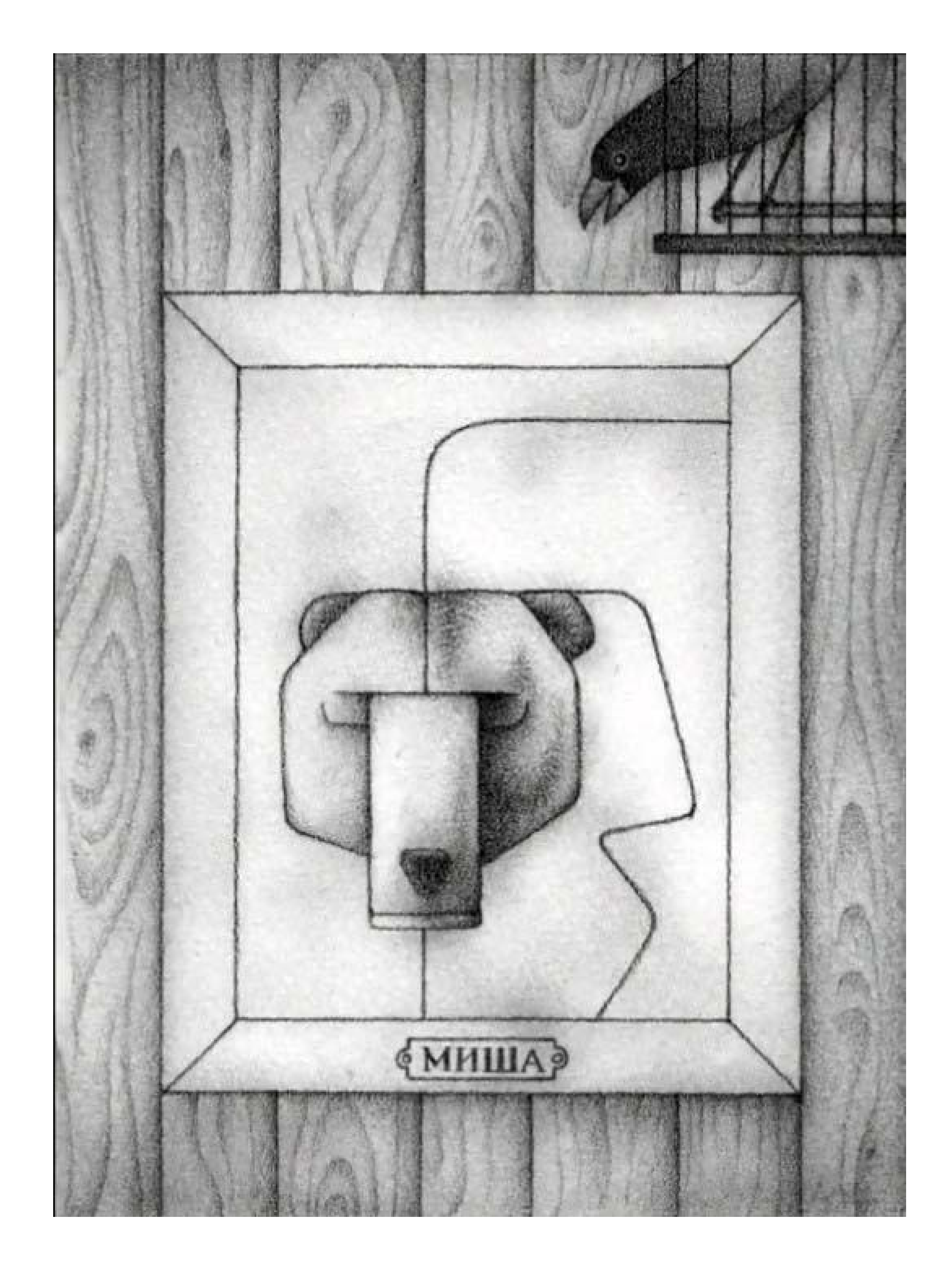
—Y si las hay, a usted, sin duda… Le gustaría librarse de ellas, ¿no?

—Que así sea, estoy dispuesto a venderlas —anunció Sobakévich, que ya comenzaba a levantar la cabeza e intuía que el comprador debía de sacar algún provecho con la operación.

«¡Demonios! —pensó Chíchikov—. ¡Éste ya me las vende antes de que yo haya abierto la boca!». Y dijo en voz alta:

—Pero, por ejemplo, ¿a qué precio? Por otra parte, desde luego, es una clase de artículo… Que incluso se hace extraño hablar de precios…

—Para no pediros más de la cuenta, ¡a cien rublos la unidad!



—¡Cien! —exclamó Chíchikov boquiabierto y lo miró a los ojos sin saber si lo había oído mal o si la lengua de Sobakévich, de por sí torpe, no había girado como es debido y había soltado una palabra en lugar de otra.

—¿Acaso le parece caro? —preguntó Sobakévich y luego añadió—: ¿Cuál es, pues, su precio?

—¡Mi precio! Seguramente nos hemos equivocado en algo o no nos hemos entendido, o quizá hayamos olvidado de qué artículo se trata. Por mi parte, le digo con el corazón en la mano: ochenta kopeks por alma me parecería el precio más justo.

—¡Qué dice! ¡Ochenta kopeks!

—A mi juicio, no cuestan más.

—Es que yo no vendo alpargatas.

—Pero estará de acuerdo en que tampoco se trata de personas.

—¿Es que piensa que encontrará algún imbécil que le venda por ochenta kopeks un alma censada?

—Pero, permítame, ¿por qué las llama almas censadas, si hace tiempo que murieron y de ellas no queda más que un sonido inapreciable para los sentidos? Por otra parte, para no alargar la conversación, se las pagaré a rublo y medio, más no puedo.

—¡No le da vergüenza mencionar esa suma! Está regateando. Fije un precio razonable.

—No puedo, Mijaíl Semiónovich, tenga fe en mi conciencia, no puedo. Y lo que no se puede hacer no se puede hacer —replicó Chíchikov que, aun así, añadió cincuenta kopeks por cabeza.

—¿Por qué es tan rematadamente tacaño? —dijo Sobakévich—. ¡Se las cedo muy baratas! Otro que fuera un granuja le engañaría y le vendería porquería en lugar de almas; las mías son de primera calidad, a cuál mejor: la que no es de artesano es de un campesino robusto. ¡Fíjese por ejemplo en el carretero Mijéiev! Sólo fabricaba coches de ballestas. Y no como los que hacen en Moscú, que le dejan tirado a uno en menos de una hora. No, una solidez a prueba de bombas. ¡Y él mismo los barnizaba y tapizaba!

Chíchikov abrió la boca para observar que Mijéiev, a pesar de todo, ya hacía tiempo que no estaba en este mundo; pero Sobakévich se había entregado, como se suele decir, a una arrebatada oratoria, de donde extraía la viveza y el don de la palabra.

—¿Y Stepán Tapón, el carpintero? Apuesto la cabeza a que en ninguna parte encontrará un hombre igual. ¡Qué fuerza la suya! Si hubiera servido

en la Guardia, ¡Dios sabe hasta dónde habría podido llegar! ¡El tipo medía más de dos metros!

Chíchikov quiso de nuevo observar que Tapón ya no estaba en este mundo, pero Sobakévich, al parecer, se había embalado: manaba de él una elocuencia tan torrencial que no quedaba más remedio que prestarle oídos.

—¡Y Milushkin, el ladrillero! Podía construir una estufa en cualquier casa. O Maksim Teliátnikov[66], el zapatero: en cuanto tocaba la lezna, ya le salía un par de botas; y qué botas, además sin probar ni una gota de alcohol. ¿Y Yereméi Sorokopliojin[67]? Éste valía lo que todos los demás juntos. Cuando se iba a vender a Moscú, traía quinientos rublos sólo de tributo[68]. ¡Fíjese bien en qué tipo de gente era! Esto no es lo que le vendería un Pliushkin cualquiera.

—Pero permítame —dijo finalmente Chíchikov, maravillado ante tal torrente de palabras que parecía no tener fin—. ¿Por qué enumera todas sus cualidades? ¿No ve que ahora no se puede sacar provecho de ellos, que están todos criando malvas? Hombre muerto no hace guerra, dice el proverbio.

—Sí, claro, están muertos —admitió Sobakévich como si volviera en sí y recordara que, en efecto, así era. Luego añadió—: Por lo demás, ¿qué se puede decir de los que todavía están vivos? ¿Qué clase de gente es? Son moscas, no personas.

—Pero ellos, por lo menos, existen, no son un sueño.

—¿Un sueño? ¡Claro que no! Le diré cómo era Mijéiev, no encontrará hombres como él. Un mastodonte que no cabría por esta puerta. ¡No, no es un sueño! Y tenía tanta fuerza en la espalda como un caballo. ¡Me gustaría saber dónde encontraría usted un sueño parecido!

Estas últimas palabras las pronunció dirigiéndose a los retratos de Bagratión y Kolokotrónis[69], como suele pasar en una conversación cuando uno de los dos interlocutores ya no se dirige al otro, sino a un tercero que acaba de llegar casualmente, a alguien incluso desconocido del todo, y de quien sabe que no tiene que esperar respuesta, opinión ni confirmación algunas, pero sobre quien, no obstante, clava la mirada como si lo instara a hacer de intermediario, y el desconocido, un poco desconcertado al principio, no sabe si opinar sobre aquel asunto del que nunca oyó hablar, o

por si ha de quedarse allí plantado, observar la debida corrección y huir después muy lejos.

—No, no puedo pagar más de dos rublos —dijo Chíchikov.

—Permítame, para que no me reproche que le pido un precio alto y que no quiero hacerle ninguna rebaja, tenga la bondad de pagármelas a setenta y cinco rublos el alma, en billetes, eso sí. Sólo porque somos amigos.

«¿Qué debe de pasarle? —pensó Chíchikov—, ¿me toma por un imbécil?», y añadió en voz alta:

—De verdad que lo encuentro extraño. Parece que entre nosotros tenga lugar alguna representación teatral o una comedia, de lo contrario no me lo explico… Usted parece una persona bastante inteligente e instruida. Y el artículo sobre el que negociamos no es nada. ¿Qué cuesta? ¿Quién lo necesita?

—Usted es el comprador. Cabe pensar que le serán de utilidad.

Chíchikov se mordió los labios y no supo qué objetar. Empezó a hablar de unas circunstancias familiares; pero Sobakévich replicó sin más:

—No necesito saber cuáles son sus circunstancias. No me meto en sus asuntos de familia, eso es cosa suya. Usted necesita almas, y yo se las vendo, y no se arrepentirá de haberlas comprado.

—Dos rublitos —repitió Chíchikov.

—Sigue usted en sus trece. Se le ha metido en la cabeza que han de ser dos y no cede ni a la de tres. ¡Dígame un precio razonable!

«Ah, al diablo con él —pensó Chíchikov—. Le añadiré medio rublo al muy perro, para que se quede contento».

—Permítame, añadiré medio rublo más.

—Bien, permítame que le diga mi última palabra: ¡cincuenta rublos! De verdad, salgo perdiendo, ¡en ninguna parte encontrará gente así de buena tan barata!

«¡Maldito roñoso!», se dijo Chíchikov, y luego dijo en voz alta, un tanto irritado:

—Pero, a ver… Cualquiera diría que estamos tratando un negocio serio; en otro lugar, las encontraré gratis. Todo el mundo me las cederá con mucho gusto para desprenderse cuanto antes de esa carga. Sólo los necios las querrían conservar y pagar los impuestos correspondientes.

—¿Sabe? Esta clase de adquisiciones, lo digo entre nosotros porque somos amigos, no siempre son lícitas. Imagine que yo u otro lo difundiéramos… El comprador no merecería ningún tipo de confianza en cualquier otro contrato u obligación ventajosa.

«¡Vaya, con éstas me sale, el miserable!», pensó Chíchikov y, acto seguido, pronunció con el semblante más frío del mundo:

—Como quiera, yo no las compro por necesidad, como usted se cree, sino porque sí, por mera fantasía. Si no las quiere vender a dos rublos y medio, ¡adiós!

«¡Es duro, no da su brazo a torcer!», pensó Sobakévich.

—Bueno, vaya con Dios: ¡treinta rublos por cabeza y son suyas!

—No, ya veo que no las quiere vender. ¡Adiós muy buenas!

—¡Permítame, permítame! —dijo Sobakévich, cogiéndolo del brazo y dándole un pisotón, pues nuestro héroe se había olvidado de las precauciones debidas y, como castigo, tuvo que chillar y saltar a la pata coja —. ¡Perdone! Parece que lo he lastimado. Siéntese aquí. ¡Haga el favor! —Lo hizo sentarse en una butaca con cierta agilidad, como la del oso que ha sido amaestrado y sabe hacer figuritas y números variopintos cuando se lo piden: «A ver, Misha, enséñanos cómo se bañan las mujeres», o bien: «¿Qué hacen, Misha, los niños cuando roban guisantes?».

—De verdad, estoy perdiendo el tiempo inútilmente, tengo prisa.

—Siéntese un minuto y enseguida le diré unas palabras muy agradables. —Sobakévich se sentó más cerca y le dijo en voz baja, al oído, como si fuera un secreto—: ¿Un cuarto de cien le parece bien?

—O sea, ¿a veinticinco rublos? No, no, no. Ni siquiera un cuarto de cuarto. No añadiré ni un kopek.

Sobakévich enmudeció. Chíchikov también. El silencio se prolongó unos dos minutos. Desde la pared, Bagratión, la nariz aguileña, contemplaba con extraordinaria atención aquella puja.

—¿Cuál es su último precio? —preguntó por fin Sobakévich.

—Dos rublos y medio.

—¡Para usted un alma cuesta lo mismo que un rábano hervido! Deme por lo menos tres rublos.

—No puedo.

—Bueno, con usted no hay nada que hacer, permítame que se lo diga. Salgo perdiendo, pero, qué le voy a hacer, mi naturaleza es perruna: no puedo dejar de complacer al prójimo. Imagino que habrá que firmar un contrato para que todo esté en regla, ¿no?

—Por supuesto.

—Es lo que me pensaba, habrá que ir a la ciudad.

De esta manera se cerró el negocio. Decidieron ir al día siguiente a la ciudad para formalizar el acta de compra. Chíchikov le pidió una lista de campesinos. Sobakévich aceptó de buen grado, se acercó a su escritorio y empezó a escribir el nombre de todos, a cuyo lado añadía una explicación en que hacía constar sus encomiables cualidades.

Chíchikov, a falta de otra ocupación y porque estaba detrás de él, se dedicó a observar la voluminosa mole que era aquel hombre. Cuando miró su espalda, ancha como la grupa de los caballos achaparrados de Viatka, y sus piernas, que parecían guardacantones de hierro fundido, de esos que se ponen en las aceras, no pudo dejar de exclamar en su fuero interno: «¡Dios sí que te ha dotado de una buena complexión! Es exactamente tal como se suele decir: ¡mal cortado, pero bien cosido! ¿Naciste oso o te volvieron oso la vida en este lugar perdido, el trabajo en el campo y el trato con los campesinos? ¿Es por todo esto que te has convertido en lo que se dice un avaricioso? Pero no, no me cabe la menor duda de que serías exactamente igual, aunque te hubieran educado a la moda y arrojado al mundo, aunque hubieses vivido en San Petersburgo y no en este agujero de la Rusia profunda. Toda la diferencia consiste en que ahora te zampas media espalda de cordero con gachas y picoteas un pastel grande como un plato, y entonces habrías dado buena cuenta de unas cuantas costillitas con trufas. Ahora tienes campesinos a tu cargo, vives en armonía con ellos y naturalmente no los ofendes, porque son tuyos y saldrías perdiendo; de lo contrario, habrías tenido funcionarios a los que habrías estrujado, sabiendo que no eran siervos tuyos, o te habrías dedicado a expoliar el erario. ¡No, un puño cerrado nunca se convertirá en una mano abierta! Y si le aflojas uno o dos dedos, será todavía peor. Y si estudia aunque sea superficialmente alguna ciencia, lo mostrará sin tapujos más tarde cuando ocupe un cargo más visible a todos los que en realidad sí que dominan ese saber. Y quizá

después aún diga: “¡Ahora veréis de lo que soy capaz!”. Y se le ocurrirán unas decisiones tan sabias que muchos se llevarán las manos a la cabeza… ¡Ay, si todos estos roñosos…!».

—¡La lista está preparada! —dijo Sobakévich, volviéndose hacia él.

—¿Sí? ¡Démela, por favor!

Chíchikov la examinó y se quedó maravillado de la precisión y el detalle con que la había redactado: no sólo figuraban pormenorizadamente el oficio, el nombre, la edad y la situación familiar de cada uno de ellos, sino que incluso en los márgenes constaban observaciones especiales sobre su conducta y su grado de sobriedad; en pocas palabras, ¡una delicia para los ojos!

—Sólo falta que me conceda un pequeño anticipo —dijo Sobakévich.

—¿Para qué lo quiere? En la ciudad, recibirá la suma acordada de una sola vez.

—Es que, ya sabe, es la costumbre —objetó Sobakévich.

—No sé cómo podría dárselo, no llevo dinero encima. ¡Sí, mire, aquí tengo diez rublos!

—¡Diez rublos! ¡Deme al menos cincuenta!

Chíchikov aseguró que no los tenía, pero Sobakévich afirmó con tanto aplomo que sí los tenía que nuestro héroe se vio forzado a sacar otro billete, diciendo:

—Está bien, aquí tiene quince más. En total, suman veinticinco. Pero haga el favor de firmarme un recibo.

—¿Para qué necesita un recibo?

—Es lo más prudente, mire usted… Nunca se sabe, puede pasar cualquier cosa.

—Bien, deme el dinero.

—¿El dinero? Aquí lo tengo, en la mano. En cuanto firme el recibo, se lo entregaré de inmediato.

—Pero, permítame, ¿cómo voy a firmar un recibo sin haber visto antes el dinero?

Chíchikov acabó por dejar los billetes a Sobakévich, que se acercó a la mesa, cubrió los billetes con los dedos de la mano izquierda y escribió con la otra, en un trozo de papel, que había recibido en total una paga y señal de

veinticinco rublos en billetes por la venta de almas censadas. Después de redactar el recibo, examinó los billetes una vez más.

—¡El papel está maltrecho! —dijo, revisando un billete a trasluz—. Un poco roto, también. Pero, bueno, entre amigos no se miran estas cosas.

«¡Tacaño, tacaño! —pensó Chíchikov—. ¡Y un bestia, por si fuera poco!».

—¿Y no querrá también de mujeres?

—No, gracias.

—Se las dejaría a buen precio. Por ser usted, un rublito por cabeza.

—No, de mujeres no me hacen falta.

—Bien, pues si no las necesita, no se hable más. Sobre gustos no puede haber discusión: como dice el proverbio, a unos les gusta el pope y a otros la mujer del pope.

—Quisiera pedirle también que esta transacción quede entre nosotros —dijo Chíchikov cuando ya se despedía.

—Faltaría más. No hay por qué entrometer a un tercero. Lo que ocurre entre amigos íntimos tiene que quedar en los límites de esa amistad. ¡Adiós! Le agradezco la visita. Le pido que en adelante no me olvide: cuando disponga de una horita libre, venga a comer, a pasar un rato. Quizá vuelva a presentarse la ocasión de hacernos un favor el uno al otro.

«¡Sí, en eso mismo estoy pensando! —se dijo Chíchikov cuando se montaba ya en el coche—. ¡Se ha embolsado dos rublos y medio por alma muerta, rácano del demonio!».

Estaba disgustado por la conducta de Sobakévich. Después de todo, se conocían, se habían visto en la casa del gobernador y en la del jefe de Policía, pero el otro se había comportado como si fueran dos completos extraños, ¡le había cobrado un dineral por algo que no tenía valor alguno! Cuando el coche salió del patio, Chíchikov miró atrás y vio que Sobakévich continuaba plantado en la entrada. Le pareció que se esforzaba en saber cuál sería el próximo destino de su invitado.

—¡Miserable, aún no se ha movido de ahí! —masculló y ordenó a Selifán, quien había girado hacia las isbas de los campesinos, que se alejara de modo que fuera imposible ver el coche desde el patio señorial. Tenía la intención de pasar a ver a Pliushkin, cuyos siervos, según Sobakévich,

morían como moscas, pero no quería que Sobakévich lo supiera. Cuando la calesa se encontraba ya en un extremo del pueblo, llamó al primer campesino con quien se topó; éste, como una infatigable hormiga, iba a su casa cargando sobre la espalda un tronco imponente que se había encontrado en el camino.

—¡Eh, tú, barbudo! ¿Cómo se va a casa de Pliushkin sin pasar por delante de la casa del amo?

La pregunta pareció contrariar al hombre.

—¿Qué pasa? ¿No lo sabes?

—No, señor, no lo sé.

—¡Buena pieza estás tú hecho! ¡Y eso que ya peinas canas! ¿No conoces al avaro Pliushkin, el que mata a su gente de hambre?

—¡Ah! ¡El Remendado, el Remendado! —exclamó el campesino.

A la palabra *remendado* añadió un sustantivo muy acertado, pero cuyo uso no es apropiado en una conversación mundana, así que lo dejaremos en el tintero. Por lo demás, podemos suponer que el barbudo había puesto el dedo en la llaga, porque cuando ya hacía rato que éste había desaparecido de la vista de Chíchikov, y la calesa ya había recorrido un buen trecho, nuestro héroe aún soltaba una risilla maliciosa. ¡Es que el pueblo ruso gasta expresiones muy fuertes! Y si a alguien le endilgan un sobrenombre, no cabe duda de que su linaje y descendencia heredarán ese apodo, lo arrastrarán al trabajo e incluso a la jubilación, a San Petersburgo y hasta el fin del mundo. Y por mucho que se las ingenien para ennoblecer su nombre, por más que paguen a escritorzuelos para que los hagan descendientes de un linaje antiguo y principesco, de nada servirá: su apodo graznará como un cuervo a pleno pulmón y quedará claro de dónde alzó el vuelo el pajarraco. A semejanza de lo que está escrito, las palabras dichas con puntería no se borran ni a hachazos. Y siempre es acertado lo que sale de las entrañas de Rusia, donde no hay alemanes, ni finlandeses, ni ninguna otra tribu extranjera, sino el talento innato ruso, vivo y descarado, que no rebusca sus palabras en el bolsillo ni las incuba como hace la gallina clueca con sus pollitos, sino que las asesta de golpe, como un pasaporte vitalicio en el que no hace falta añadir detalles sobre la nariz o los labios: ¡de un trazo, quedas retratado de los pies a la cabeza!

De la misma manera que nuestra santa y piadosa Rusia rebosa de iglesias y monasterios, con sus cúpulas, bóvedas y cruces, una multitud de razas, generaciones y pueblos pululan, abigarrados e inquietos, sobre la faz de la Tierra. Cada pueblo lleva en sí una carga de energía, cada pueblo está dotado de un alma creadora, de una viva peculiaridad o de otros dones divinos; cada pueblo se distingue de una forma singular por su lenguaje que, al expresar cualquier objeto, refleja de ese modo una parte de su propio carácter. En la palabra británica resonará el conocimiento del corazón humano y la sabiduría de la vida; con ligera elegancia fulgura y se desvanece la efímera palabra del francés; la palabra alemana no tiene parangón en cuanto a inventiva alambicada, y sus logros expresivos, de una inteligencia descarnada, no están al alcance de cualquiera; pero no hay palabra tan intrépida y vivaz, que estalla del mismísimo corazón, que hierva y palpite con tanta vitalidad como una palabra rusa bien dicha.

Capítulo sexto

Antes, hace ya tiempo, en la época de mi juventud, en la época irrecuperable de mi efímera infancia, la felicidad me invadía cuando llegaba por primera vez a un lugar desconocido, lo mismo daba si se trataba de una aldea o de una pequeña y pobre ciudad de distrito, de un pueblo grande o de un arrabal, pues la inquisidora mirada infantil descubría un sinfín de curiosidades. Ante cualquier edificio, ante todo cuanto llevara la marca de una peculiaridad notable, me detenía mudo de asombro: un edificio oficial de piedra, de conocida arquitectura y con la mitad de ventanas de trampantojo, que emergía solitario en medio de un montón de casitas de troncos de una sola planta pertenecientes a modestos burgueses; una cúpula redonda y correcta, revestida de planchas blancas y construida sobre una iglesia nueva de una blancura nívea; un mercado; un petimetre provinciano aparecido en medio de la ciudad… Nada escapaba a mi joven y sutil atención. Cuando, al asomar la nariz desde mi carromato, contemplaba el corte nunca visto de una levita, cajas de madera con clavos, azufre (cuyo color amarillo se distinguía a lo lejos), pasas y jabón, vislumbradas por entre la puerta de alguna tienda de comestibles, junto con tarros de caramelos resecos de Moscú, me fijaba también en el oficial de infantería que, llegado Dios sabe de qué provincia, languidecía en el hastío de una capital de distrito, y en el mercader con su caftán corto que pasaba, fugaz visión, en su carruaje ligero, y los seguía mentalmente en sus miserables vidas. Si me cruzaba con un funcionario de distrito, al instante me entregaba a mis cavilaciones: ¿iría a alguna velada en casa de uno de sus colegas, o bien directamente a la suya, para sentarse a descansar media hora en el zaguán, hasta que se hiciera de noche del todo, y luego cenaría en

compañía de su anciana madre, de su mujer, de la hermana de su mujer y de la familia al completo? ¿De qué trataría su conversación cuando la joven sirvienta con un collar de bisutería, o bien el pequeño sirviente con su burda chaquetilla, después de la sopa llevara una vela de sebo en el antiguo candelabro de la casa? Al llegar a la aldea de cualquier terrateniente, miraba con curiosidad el estrecho y alto campanario de madera o la vieja y amplia iglesia ennegrecida de troncos. A lo lejos, por entre el follaje de los árboles, captaba los seductores destellos del tejado rojo y las blancas chimeneas de la casa señorial y esperaba con impaciencia a que los jardines que la tapaban se abrieran a ambos lados del camino, para que se me mostrase toda entera, cuya apariencia en esos días —¡ay!— no se me antojaba en absoluto vulgar. Por su aspecto, trataba de adivinar cómo sería su propietario: ¿estaría gordo, tendría hijos o media docena de hijas de risa sonora y juvenil, con sus juegos y la ineludible belleza de la benjamina? ¿Tendrían ellas los ojos negros, sería su progenitor un tipo jovial o más lúgubre que septiembre en sus días postreros? ¿Sería de esos que se abisman en la contemplación del calendario[70] y aburren a los jóvenes hablando de trigo y centeno?

Ahora llego con indiferencia a cualquier pueblecito y miro con apatía su aspecto insulso. Enfriada, mi mirada ya no encuentra placer, ya no se divierte, y lo que antes hacía aflorar una expresión vivaz a mi rostro y suscitaba en mí la risa y la locuacidad ahora pasa por delante de mí, y mis labios inmóviles guardan un impasible silencio. ¡Oh, mi juventud! ¡Oh, mi fresco vigor!

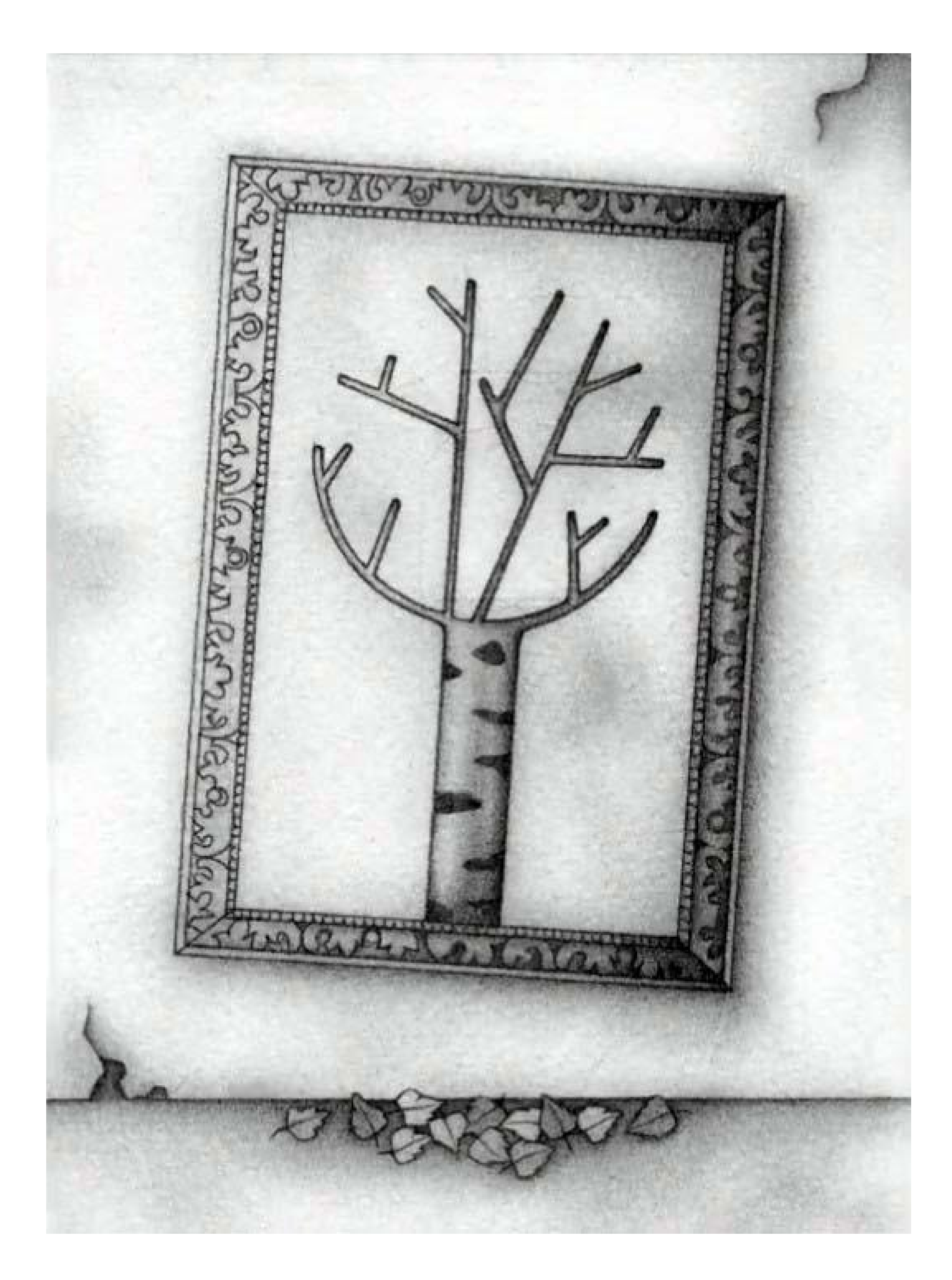
Mientras Chíchikov pensaba y se reía para sus adentros del mote que los campesinos le habían endilgado a Pliushkin, entró sin darse cuenta en medio de un espacioso pueblo con multitud de calles e isbas. Sin embargo, no tardó en hacérselo saber una formidable sacudida ocasionada por la calzada de madera, al lado de la cual el pavimento de piedra de la ciudad era gloria bendita. Como teclas de un piano, los troncos se movían arriba y abajo, así que el viajero desprevenido se ganaba un chichón en el cogote o un moretón en la frente, o incluso se daba el caso de que con sus propios dientes se mordiera dolorosamente la puntita de la lengua. Chíchikov observó una especial decrepitud en todas las construcciones del pueblo: las

vigas de las isbas estaban ennegrecidas y viejas; muchos tejados se veían agujereados como un colador; algunas sólo conservaban el remate y las vigas laterales que parecían las costillas de un esqueleto. Daba la impresión de que los propios dueños hubiesen arrancado los tablones, tanto los pequeños como los grandes, pensando con toda justicia que, si llovía, tampoco protegerían la isba y que, cuando caían chuzos de punta, no tenían por qué pasar allí el rato, habiendo sitio de sobra en la taberna, en el camino real o, en definitiva, donde a uno le placiera. Las ventanas de esas pequeñas isbas no tenían cristales, algunas de ellas estaban cubiertas con trapos y paños burdos; los pequeños balcones con barandilla, que no se sabe por qué motivo se construyen en ciertas isbas rusas, estaban torcidos y negruzcos, y mostraban un aspecto que distaba mucho de ser pintoresco. Por detrás de las isbas, en muchos puntos, se extendían enormes montones de trigo que, a juzgar por su aspecto, llevaban allí pudriéndose largo tiempo: su color recordaba el de los ladrillos viejos mal cocidos, en lo alto sobresalía toda suerte de porquerías y, por los lados, incluso habían echado raíces algunos arbustos. A todas luces, era el trigo del amo. Más allá de los montones de cereal y de los tejados vetustos se elevaban y aparecían, fugaces, a derecha e izquierda, a medida que giraba la calesa, dos iglesias de pueblo, una al lado de otra: la primera estaba abandonada y era de madera; la otra, de piedra, tenía las paredes amarillentas, sucias y agrietadas. La casa señorial iba apareciendo por partes y finalmente emergió entera en el lugar donde se interrumpía la cadena de isbas, dando paso a un campo abierto con huertos de hortalizas y de coles, rodeado de una empalizada baja y rota en algunos puntos. Aquel extraño castillo, excesivamente largo, parecía un decrépito inválido. A trechos era de una sola planta o de dos; sobre su oscura techumbre, que no protegía escrupulosamente su vejez en todas partes, despuntaban dos miradores, uno frente a otro; los dos se tambaleaban y les faltaba la pintura que en otro tiempo los recubría. Las paredes de la casa dejaban ver, por entre sus grietas, la trama metálica del enlucido y se veía que habían sufrido mucho a causa de las inclemencias del tiempo, lluvias, ráfagas de viento y fluctuaciones otoñales. Sólo había dos ventanas abiertas, las demás tenían los postigos cerrados o incluso las habían condenado con tablas. Esas dos ventanas, por lo demás, tampoco dejaban entrar demasiada

luz, pues habían pegado en ellas un triángulo de papel azul oscuro, del que se utiliza para envolver azúcar.

El viejo y espacioso jardín, que se extendía detrás de la casa, salía del pueblo y se perdía en los campos, lleno de hierbajos y abandonado, parecía ser la única cosa que avivaba el anchuroso pueblo y resultaba totalmente pintoresco en su particular abandono. Los árboles que crecían en libertad se recortaban en el horizonte celeste con sus copas unidas como nubes verdes y cúpulas irregulares de hojas temblorosas. El colosal tronco de un abedul, decapitado por una tormenta o por un vendaval, prorrumpía de entre esta espesura verde y se elevaba, redondo y blanco, como una columna de mármol regular y deslumbrante; ese desgarrón oblicuo y puntiagudo, que remataba el tronco a modo de capitel, se destacaba, oscuro, entre la blancura nívea, como un sombrero o un pájaro azabache. El lúpulo que sofocaba abajo las matas de saúco, de serbal y de avellano silvestre, y que recorría después hasta la cima toda la empalizada, trepaba finalmente y se enredaba hasta la mitad del abedul quebrado. Allí, desde la mitad del tronco, caía y se aferraba a las cimas de otros árboles o bien quedaba suspendido en el aire, enroscando en forma de anillo sus zarcillos finos y tenaces que mecía una brisa ligera. A trechos, se abría el follaje verde, inundado de sol, y se revelaban cavidades sin luz, abiertas como unas fauces tenebrosas; todo estaba envuelto en sombras y apenas se entreveía en sus oscuras profundidades un estrecho sendero que se perdía en su interior, barandillas derribadas, una glorieta desvencijada, un hueco y decrépito tronco de sauce, por detrás del cual asomaba un matorral canoso, con sus tupidas cerdas asfixiadas entre tan espesa vegetación, una maraña y una confusión de hojas y de pequeñas ramas y, finalmente, una joven rama de arce que alargaba hacia un lado sus verdes hojas a modo de patas, una de las cuales se tornaba de repente por el sol, llegado allí Dios sabe cómo, en transparente e ígnea, prodigiosamente radiante en aquella densa oscuridad. A un lado, en el extremo mismo del jardín, algunos álamos larguiruchos, que descollaban sobre otros, alzaban unos enormes nidos de cuervos sobre sus trémulas copas. De algunos colgaban ramas de hojas resecas, casi desprendidas del tronco, que colgaban junto con las hojas secas. En pocas palabras, todo era bello de un modo que no habría podido concebir ni la

naturaleza ni el arte, sino sólo como ocurre cuando ambos se unen, cuando por la acumulación, a menudo sin sentido, del trabajo del hombre, la naturaleza da los golpes de cincel definitivos, aligera las masas pesadas, anula la tosca regularidad y las míseras lagunas por las que asoma el manifiesto y desnudo plan, y otorga una maravillosa calidez a todo lo que ha sido creado en la frigidez de una mesurada pureza y pulcritud.



Después de dar una o dos vueltas, nuestro héroe se encontró, finalmente, justo enfrente de la casa, que ahora parecía aún más triste. El verde moho cubría la decrépita madera de la cerca y de la puerta. Una multitud de construcciones —viviendas, graneros, sótanos— visiblemente

vetustas atestaba el patio; cerca de éstas, a derecha e izquierda, se veían unas puertas que daban a otros patios. Todo testimoniaba que allí, en otros tiempos, la hacienda funcionaba a pleno rendimiento, pero ahora todo parecía sombrío. No se veía nada que animara el cuadro: ¡ni puertas que se abrieran, ni personas que salieran de alguna parte, ni rastro del estrepitoso trajín de la vida ni de quehaceres domésticos! Sólo la puerta principal estaba abierta de par en par, y esto porque un campesino entraba con un carro cargado, cubierto con una estera, que parecía puesto allí expresamente para animar aquel lugar muerto: un momento antes estaba cerrada con llave, pues un candado gigante colgaba de un anillo de hierro. Chíchikov no tardó en entrever, junto a una de estas construcciones, cierta figura que discutía con el campesino del carro. Estuvo un buen rato sin lograr discernir a qué sexo pertenecía la figura en cuestión, si era mujer u hombre. Llevaba un vestido totalmente indeterminado, muy parecido a una bata femenina, y una suerte de caperuza, como las que llevan las criadas de pueblo, pero su voz le pareció un poco ronca, para ser de una mujer. «¡Ah, es una mujer! —pensó, pero al instante rectificó—: ¡Oh, no!». «¡Pues claro que es una mujer!», concluyó después de observarla con mayor detenimiento. La figura, por su parte, también lo miraba de hito en hito. Parecía que una visita fuera para ella algo insólito, pues no sólo lo escudriñaba a él, sino también a Selifán y a los caballos, desde la cola hasta el hocico. Por el manojo de llaves que le colgaba del cinturón y por la manera en que cubría de zahirientes improperios al campesino, Chíchikov determinó que se trataba de la mayordoma.

—Dime, buena mujer —dijo mientras se apeaba de la calesa—. ¿Es que tu señor…?

—No está en casa —lo interrumpió la mayordoma, sin esperar a que terminara la pregunta; luego, al cabo de un minuto, añadió—: ¿Qué se le ofrece?

—Tengo que tratar un asunto con él.

—¡Entre! —dijo la mujer, volviéndose y obsequiándole con la visión de su espalda manchada de harina, que además lucía un gran desgarrón en la parte de abajo.

Chíchikov entró en un espacioso vestíbulo oscuro del que soplaba un aire frío como el de una bodega. De ahí pasó a una estancia, también oscura, iluminada apenas por la luz que salía de una amplia rendija de debajo de la puerta. Abierta ésta, se encontró finalmente rodeado de luz y se quedó sorprendido por el desorden que allí imperaba. Daba la impresión de que estuvieran fregando los suelos y hubiesen amontonado temporalmente todo el mobiliario. Sobre una mesa había incluso una silla rota, y a su lado un reloj con el péndulo parado al cual una araña había enganchado ya su tela. Allí mismo, apoyado de lado contra la pared, estaba también un armario con piezas antiguas de plata, pequeñas garrafas y porcelana china. Encima de un escritorio, revestido de un mosaico de nácar cuyas piezas se habían desprendido en algunos sitios, dejando tras de sí unas cavidades amarillentas llenas de cola, reposaba un sinfín de objetos de toda clase: un montón de papelitos llenos de una caligrafía menuda debajo de un pisapapeles de mármol verdoso rematado por una pieza en forma de huevo; un libro antiguo con encuadernación de piel y cantos rojos; un limón seco no más grande que una avellana; el brazo roto de una butaca; una copa con cierto líquido y tres moscas, tapada con un papel; un trocito de lacre; un jirón de trapo recogido quién sabe de dónde; dos plumas manchadas de tinta, secas como tísicas; un mondadientes completamente amarillento, con la ayuda del cual el propietario quizá se hurgara los dientes antes incluso de la invasión francesa de Moscú[71].

En las paredes colgaban, muy juntos y sin ton ni son, varios cuadros. Un grabado largo y amarillento que representaba alguna batalla, con enormes tambores, soldados vociferantes con sombreros de tres picos y caballos que se ahogaban; desprovisto de cristal, estaba enmarcado en caoba con unas sutiles orlas de bronce y unos circulitos, también de bronce, en las esquinas. Al lado, ocupaba media pared un enorme cuadro ennegrecido, pintado al óleo, que representaba flores, frutas, una sandía cortada, un morro de jabalí y un pato que colgaba con la cabeza hacia abajo. En medio del techo, pendía una lámpara envuelta en un saco de tela que el polvo hacía que se asemejara a un capullo de seda con una crisálida en su interior. En un rincón de la estancia, en el suelo, se acumulaba todo lo que habría sido vulgar e indigno poner en la mesa. Sería difícil determinar qué había precisamente

en aquel montón, pues estaba cubierto de tal cantidad de polvo que las manos de quien lo hubiese tocado habrían parecido guantes. Se distinguía sobre todo el mango roto de una pala y una vieja suela de zapato. No se habría podido afirmar que en aquella estancia habitara un ser humano, de no ser porque anunciaba su presencia un gorro viejo y usado sobre la mesa. Mientras observaba aquella rara disposición de bártulos, se abrió una puerta lateral y entró la misma mayordoma que lo había recibido en el patio. Chíchikov se dio cuenta entonces de que era más bien *un* mayordomo, pues *una* mayordoma, cuando menos, no se afeitaría la barba, y éste, al contrario, se rasuraba, porque todo su mentón y la parte inferior de sus mejillas se asemejaban a esos cepillos de alambre que se utilizan para limpiar a las caballerizas en los establos. Confiriendo a su rostro una expresión interrogativa, Chíchikov esperaba con impaciencia qué le diría el mayordomo. Este último, por su parte, también esperaba qué iba a comunicarle Chíchikov. Finalmente, nuestro héroe, asombrado ante tan extraño desconcierto, se decidió a preguntar:

—¿Y el señor? ¿Está en casa?

—El dueño de la casa está aquí mismo —dijo el mayordomo.

—¿Dónde está, pues?

—¿Qué le pasa, señor mío? ¿Acaso está ciego? —preguntó el mayordomo—. ¡Bah! ¡Soy yo el dueño de la casa!

En eso, nuestro héroe no pudo evitar dar un paso atrás y lo miró fijamente. Había tenido ocasión, a lo largo de su vida, de ver a mucha gente de lo más variopinta, incluso sujetos que quizá ni al lector ni a mí nos toque ver nunca. Pero jamás se había cruzado con un individuo semejante. Su rostro no tenía nada particular; era más o menos como el de muchos viejos enjutos, sólo que la barbilla le sobresalía mucho hacia delante, así que constantemente tenía que cubrírsela con un pañuelo para no escupirse encima. Los diminutos ojillos, lejos de verse apagados, se le movían debajo de las altas y tupidas cejas como ratones que asoman sus afilados hocicos por las oscuras madrigueras, enderezan las orejas y mueven los bigotes, mientras vigilan que no esté el gato escondido en algún sitio, o un niño travieso, y olfatean el aire con recelo. Mucho más notable era su vestimenta; ningún medio o esfuerzo habría permitido averiguar con qué

estaba confeccionada su bata; las mangas y las solapas estaban tan grasientas y lustrosas que parecían el cuero que se utiliza para confeccionar botas; detrás, en la parte inferior, en lugar de dos faldones, colgaban cuatro, deshilachados, de los que se desprendía guata. Al cuello llevaba también anudado algo que no había modo de distinguir qué era; quizá una media, una venda o una faja, pero bajo ningún concepto una corbata. En fin, si Chíchikov se lo hubiera encontrado vestido de esa guisa en la puerta de alguna iglesia, no habría dejado de darle una monedita de cobre. Pues, en honor a nuestro héroe, hay que decir que tenía el corazón compasivo y que no podía reprimirse de dar limosna a los pobres. No obstante, ante sí no había un mendigo, sino un terrateniente. Y uno, además, que poseía más de mil almas, y, por mucho que se buscara, no se encontraría a ningún otro con tanto trigo, ya fuera en grano, en harina o en gavillas, ni que tuviera los graneros, los cobertizos y los secadores atestados con tal cantidad de telas, trapos, pieles de cordero, bien curtidas o en bruto, pescado seco, toda suerte de hortalizas y de otros manjares con los que relamerse. Si alguien hubiese echado un vistazo a su patio, donde tenía una gran provisión de todo tipo de madera y de utensilios nunca utilizados, le habría parecido que había ido a parar al famoso mercado de artesanía en madera de Moscú, adonde cada día acudían las hacendosas matriarcas, con sus cocineras detrás, para completar sus reservas domésticas, y donde se ve montañas de madera en todas sus formas posibles, labrada, torneada, perforada y trenzada: barriles, cubetas, tinas, barreños, jarras con y sin pico, jofainas, canastos y canastillas donde las campesinas meten fardos de hilo, cáñamo y otras minucias por el estilo, cajitas abombadas de fina madera de álamo, cestas de corteza de tilo y, en fin, toda suerte de utensilios que tanto pobres como ricos utilizan en toda Rusia. ¿Para qué necesitaría Pliushkin semejante avalancha de artículos de todo tipo? En toda su vida no podría utilizarlos, ni siquiera en dos haciendas como la suya. No obstante, a él le parecían pocos. Y como no tenía suficiente, recorría cada día las calles de su pueblo, miraba debajo de las pasarelas, de los travesaños, y se llevaba a casa todo cuanto caía en sus manos —suelas de zapatos viejos, trapillos de mujer, un clavo de hierro, cascos de arcilla— para depositarlo en el montón que Chíchikov había observado en un rincón de la habitación. «¡Mirad, ahí va el pescador a

lanzar su red!», decían los labriegos cuando lo veían salir en busca de su botín. Y, en efecto, después de que pasara él, no hacía falta ya barrer la calle: si un oficial perdía una espuela, la espuela iba a parar al instante a la consabida pila de cachivaches; si una mujer se despistaba al lado del pozo y se olvidaba el cubo, cubo que desaparecía. Por otro lado, si un campesino, ojo avizor, lo descubría con la mano en el saco, él devolvía sin discutir el objeto usurpado; pero, si iba a parar al montón, ya no había nada que hacer: juraba y perjuraba que era suyo, que lo había comprado tal día a tal persona o que lo había heredado de su abuelo. En su habitación recogía todo lo que veía en el suelo: un trozo de lacre, un recorte de papel, una plumilla, y lo colocaba sobre el escritorio o en la repisa de la ventana.

¡Y pensar que hubo un tiempo en que ese hombre sabía cuidar con esmero de su hacienda! Casado y padre de familia, el vecino iba a su casa a comer, a escucharlo, a aprender de él la buena gestión y la sabia mesura. Allí todo era un hervidero de vida y se realizaba a un ritmo regular: rodaban los molinos y los batanes, funcionaban las fábricas de paño, los talleres de carpintería, las hilanderías; por todas partes, sobre todas las cosas, pasaba la mirada penetrante del propietario que, como una araña laboriosa, corría expeditiva, de cabo a rabo, por la tela de sus dominios. Los rasgos de su rostro no reflejaban sentimientos demasiado intensos, pero la inteligencia se leía en sus ojos; sus palabras estaban impregnadas de experiencia y de conocimiento de mundo, y al invitado le complacía escucharlo. La dueña de la casa, afable y locuaz, era conocida por su hospitalidad. Acogían a los invitados sus dos encantadoras hijitas, rubias y frescas como dos rosas. Acudía corriendo también el hijo, un chico vivaracho que besaba a todo el mundo, sin preocuparse de si eso era del agrado de la gente. Todas las ventanas de la casa estaban abiertas, en el entresuelo se encontraban los aposentos del preceptor francés, impecablemente afeitado y gran amante de la caza: siempre traía para la cena algún gallo o pato salvaje, y a veces huevos de gorrión con los que mandaba que hicieran una tortilla para él, pues en casa nadie más los probaba. En el entresuelo también se alojaba una compatriota suya, la institutriz de las dos señoritas. El señor se presentaba a la mesa vestido con una levita que, aunque un poco raída, resultaba correcta. Los codos se veían en buen estado, sin remendados ni zurcidos.

Pero la buena señora murió. Una parte de las llaves y, con ellas, las pequeñas preocupaciones domésticas, pasaron a manos de Pliushkin, cuyo carácter se tornó más ansioso. Como todos los viudos, se fue haciendo más suspicaz y avaro. No podía confiar sin reservas en su hija mayor, Aleksandra Stepánovna, y con toda razón, pues la doncella no tardó en fugarse con un oficial de caballería —sabe Dios de qué regimiento— y se casó con él a salto de mata en una iglesia de pueblo, sabedora de que su padre detestaba a los militares, pues por un extraño prejuicio los tenía por jugadores empedernidos y manirrotos. El padre la maldijo, pero no se dignó perseguirla. La casa quedó aún más vacía, y el propietario empezó a dar muestras cada vez más evidentes de su avaricia. En su hirsuta cabellera argentaban las canas, fieles compañeras, contribuyendo a que se incrementara su ruindad. El preceptor francés fue despedido, con el pretexto de que el hijo tenía ya edad de servir. *Madame* fue expulsada, porque no estaba exenta de culpa en la cuestión del rapto de Aleksandra Stepánovna. El hijo, enviado a la capital de distrito para que aprendiera en el tribunal lo que era en esencia el servicio, prefirió alistarse en el Ejército y, consumado el hecho, escribió al padre, pidiéndole dinero para el equipamiento. Como es natural, a modo de respuesta no recibió sino lo que el pueblo llano denomina una *higa*. Por último, la otra hija que había permanecido a su lado murió, y el viejo se quedó como único dueño y guardián de sus riquezas. La vida solitaria alimentó su voraz avaricia que, de todos es sabido, tiene un hambre canina: cuanto más devora, menos se sacia. Los sentimientos humanos, ya de por sí poco arraigados en él, mermaban a ojos vistas, y cada día algo se degradaba en aquella completa ruina. Como para confirmar su opinión de los militares, su hijo perdió una suma considerable jugando a las cartas. Pliushkin, de todo corazón, le envió su maldición y, a partir de ese día, no quiso saber si su hijo seguía en este mundo o no. Conforme pasaban los años, se iban cerrando las ventanas de su casa; no quedaron abiertas más que dos, de las cuales una, como ya ha visto el lector, estaba cubierta de papel. De año en año perdía de vista las principales actividades de su hacienda, y su mezquina mirada no se posaba más que en papeluchos y plumillas que acopiaba en su habitación. Cada día se mostraba más implacable con los compradores que iban a adquirir sus productos: ellos

regateaban con insistencia y finalmente desistían en su empeño diciendo que era un demonio y no un hombre. La paja y el trigo se le pudrían, los almiares y las fajinas se transformaban en puro estiércol, hasta el punto de que habría podido servir como inmejorable abono para los campos de coles. Su harina, en los silos, se endurecía como la piedra y para partirla era menester asestarle un hachazo; daba miedo acercarse a los paños, las telas y otros tejidos domésticos, pues con sólo rozarlos quedaban reducidos a polvo. Él mismo había olvidado lo que poseía y en qué cantidad, sólo recordaba en qué lugar del armario estaba la garrafita con los restos de cierto licor, en la que había hecho una marca a fin de que nadie bebiera a hurtadillas, o el sitio donde había guardado tal plumilla o tal reliquia de lacre. La hacienda, entretanto, daba los mismos beneficios que antes: los campesinos continuaban pagando sus tributos, las mujeres aportaban la misma cantidad de nueces, las tejedoras entregaban idéntico número de telas. Todo se iba acumulando en los almacenes y mudaba en podredumbre y andrajos, hasta que finalmente el propio dueño se volvió una auténtica piltrafa. Un par de veces, Aleksandra Stepánovna fue con su hijo pequeño, con la expectativa de sacarle algo. A todas luces, la vida de cuartel con el capitán no era tan atractiva como se le había antojado antes de la boda. Pliushkin le concedió su perdón e incluso dejó que su nietecito jugara con un botón que estaba sobre la mesa, pero a ella no le soltó ni un chavo. La segunda vez Aleksandra Stepánovna se presentó con dos pequeñuelos y le llevó un pan dulce para el té y una bata nueva, pues la que vestía su padre no sólo daba vergüenza verla, sino que era un auténtico ultraje. Pliushkin acarició a sus dos nietos, los sentó en su regazo, a uno sobre la rodilla derecha, a otro sobre la izquierda, los hizo trotar como si fueran a caballo, aceptó la bata y el pan dulce, pero a su hija no le dio nada de nada. Y, de esa guisa, con las manos vacías, se marchó Aleksandra Stepánovna.

¡Así era el terrateniente que ahora estaba plantado delante de Chíchikov! Hay que admitir que semejante fenómeno rara vez se produce en Rusia, donde todo tiende más a la expansión que al retraimiento, y resulta más asombroso si cabe cuando, en su más estrecha cercanía, vive un hidalgo que se esparce con la ostentación y el arrojo propios del señor ruso, quemando, como se suele decir, la vida de cabo a rabo. El viajero inexperto

se quedará estupefacto al ver sus dominios y se preguntará, perplejo, qué clase de potentado tuvo el antojo de instalarse entre insignificantes y palurdos propietarios. Su blanca morada de piedra parece un palacio, con sus incontables chimeneas, miradores y veletas, rodeados por un enjambre de alas y pabellones para los invitados. ¿Qué no habrá allí? Teatros, bailes; el jardín brilla durante toda la noche, engalanado con luces y farolillos, y retumba el estruendo de la música. Media provincia, luciendo sus mejores galas y radiante de alegría, pasea debajo de los árboles, y nadie percibe como extraño o amenazante que bajo esa iluminación forzada prorrumpa teatralmente, de entre la frondosidad de madera, iluminada con la luz artificial, una rama desprovista de su vivo verdor, mientras que arriba, más oscuro y severo, y veinte veces más amenazante, emerge el cielo nocturno, a la vez que las hojas palpitan en la lejanía de las cimas, extraviadas profundamente en las tinieblas impenetrables, y muestran su indignación las severas copas de los árboles ante el brillo de oropel que ilumina abajo sus raíces.

Ya hacía unos cuantos minutos que Pliushkin estaba allí inmóvil, sin decir palabra, y Chíchikov, distraído por el aspecto del amo del lugar y el batiburrillo de la estancia, no estaba en condiciones de entablar una charla. Durante mucho rato fue incapaz de encontrar las palabras para explicar el motivo de su visita. Estuvo tentado de decirle de manera ampulosa que había oído hablar de las virtudes y de las insólitas cualidades del alma de su huésped, por lo que había considerado un deber tributarle personalmente su respeto, pero cayó en la cuenta y se percató a las claras de que eso sería ir demasiado lejos. Mirando una vez más con el rabillo del ojo todo lo que había en la habitación, advirtió que las palabras *virtud* y *raras cualidades del alma* bien podía sustituirlas por *economía* y *orden*; y, por eso, modificando así su discurso, dijo que había oído hablar de su economía y de la insólita gestión de sus dominios, por lo que había considerado un deber conocerlo y presentarle en persona sus respetos. Habría podido, sin duda, alegar un pretexto mejor, pero no se le ocurrió nada.

Al oírlo, Pliushkin balbució algo a modo de respuesta entre labios, ya que dientes no tenía. No se sabe qué dijo, pero es muy probable que el sentido fuera éste: «¡Al diablo contigo y con tus respetos!». Aun así, como

la hospitalidad es tan corriente entre nosotros que ni el avaro se atreve a quebrantar sus leyes, añadió de una manera un poco más inteligible:

—¡Le ruego que tome asiento! Hace mucho que no recibo visitas —dijo —. Debo confesarle que no les veo utilidad alguna. Han instaurado la indecentísima costumbre de visitarse unos a otros y, entretanto, las haciendas se van a pique… ¡Además, hay que dar heno a los caballos de los invitados! Por lo que a mí respecta, hace rato que he comido, mi cocina es pequeña y de lo más lamentable, la chimenea se ha derrumbado del todo, basta con calentar el horno para que se declare un incendio.

«¡Diantre! —se dijo Chíchikov—, menos mal que en casa de Sobakévich tomé pasteles de sobra y un trozo de paletilla de cordero».

—¡Y la broma pesada es que no hay ni un puñado de heno en toda la hacienda! —siguió diciendo Pliushkin—. Por lo demás, ¿de dónde lo iba a sacar? La tierra es escasa; el campesino, holgazán, no quiere trabajar, sólo piensa en ir a la taberna… Verá que, cuando sea viejo, me tocará ir por los caminos a implorar limosna.

—Sin embargo, me han dicho —observó modestamente Chíchikov— que posee usted más de mil almas.

—¿Quién le dijo eso? ¡Amigo mío, debería escupir en la cara de quien le vino con esos cuentos! Debe de ser un farsante de tomo y lomo, está claro que quiso tomarle el pelo. ¡Anda, mil almas dice! ¡Pues venga usted a contarlas, que ya verá las que quedan! En estos últimos tres años las malditas fiebres me han matado campesinos a montones.

—¡Qué me dice! ¿Ha perdido a muchos? —exclamó Chíchikov, compasivo.

—Sí, he perdido un buen número de ellos.

—Permítame saber: ¿a cuánto asciende el número?

—Ochenta almas.

—¡No!

—¿Por qué iba a mentirle, señor mío?

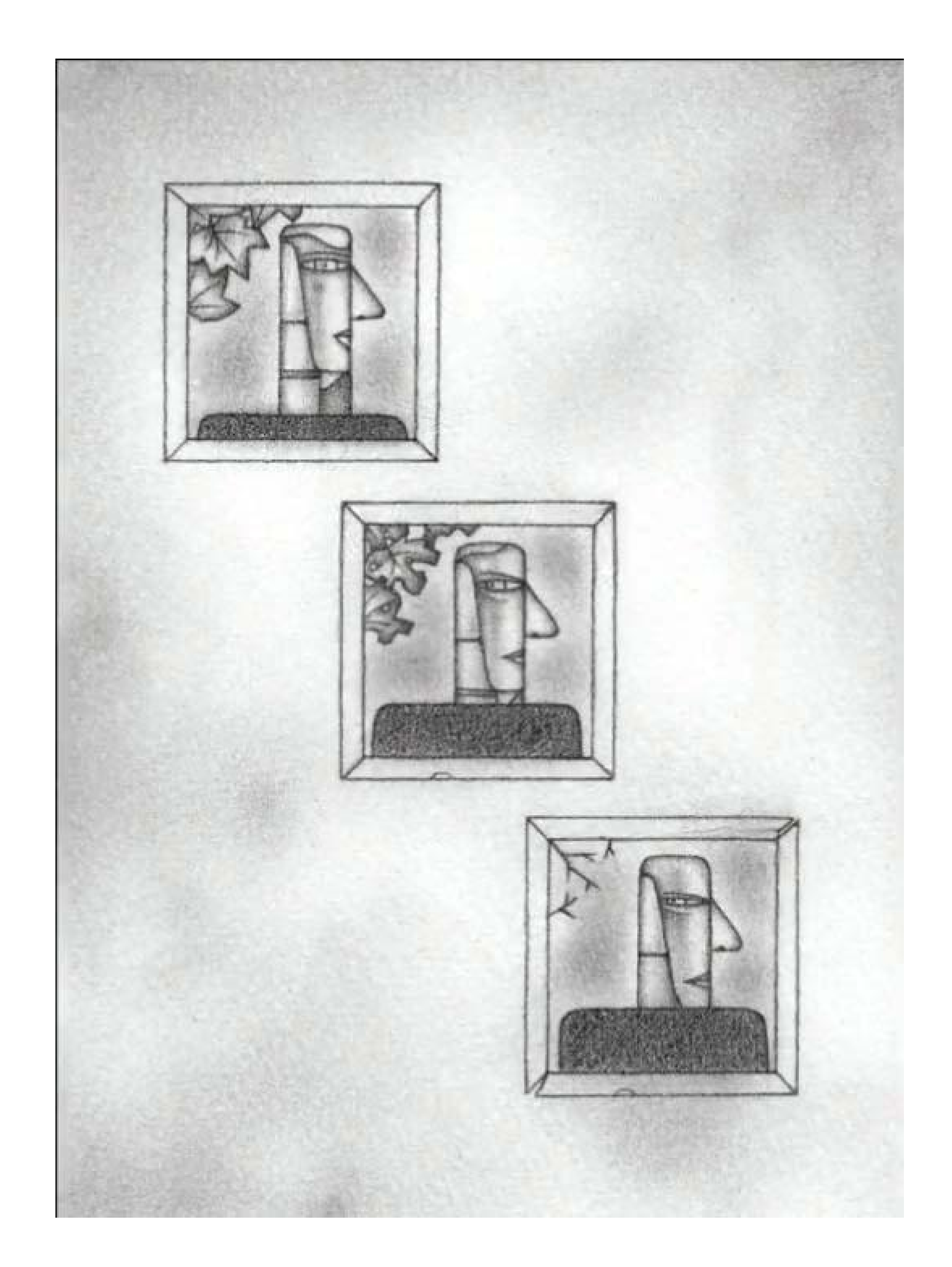
—Permítame otra pregunta: esas almas, supongo, las cuenta desde el último censo, ¿no?

—Si fuera así, aun daría gracias —dijo Pliushkin—, pero lo malo es que, si cuento desde entonces, ascienden a ciento veinte.

—¿De verdad? ¡Ciento veinte! —gritó Chíchikov, incluso casi boquiabierto del estupor.

—Estoy muy viejo para ir con embustes: soy ya septuagenario —replicó Pliushkin. Parecía ofendido por aquella exclamación casi de alegría. Chíchikov advirtió que, en efecto, era indecoroso mostrar tal indiferencia ante la desgracia ajena; por eso, suspiró y dijo al instante que lo acompañaba en el sentimiento.

—Sí, pero el sentimiento no puedes llevártelo al bolsillo —dijo Pliushkin—. Cerca de aquí vive un capitán, el demonio sabrá de dónde ha salido, dice que es pariente mío. «¡Tío, tío!», me llama, besándome la mano. Y cuando empieza a compadecerme, lanza unos aullidos tan agudos que he de taparme los oídos. Tiene la cara colorada, parece ser que se ha dado mortalmente a la bebida. Seguro que se gastó su dinero cuando era oficial o bien lo desplumó alguna actriz de teatro. ¡Y ahora viene a compadecerse!



Chíchikov se esforzó en explicar que su compasión era de otra naturaleza, que no se trataba de palabras huecas y que estaba dispuesto a demostrárselo con hechos, y sin aplazar por más tiempo el asunto ni hacer ningún tipo de circunloquio, expresó inmediatamente su disposición a

aceptar la obligación de pagar el impuesto por todos los campesinos muertos en tan tristes circunstancias. La proposición pareció sorprender extraordinariamente a Pliushkin. Con los ojos desorbitados, lo miró de hito en hito y acabó por preguntarle:

—Dígame, señor mío, ¿no habrá servido en el Ejército?

—No —respondió Chíchikov con bastante astucia—. He sido funcionario civil.

—¿Civil? —repitió Pliushkin, que se puso a mover los labios, como si masticara algo—. Pero ¿cómo es posible? ¿No ve que sería un perjuicio para usted?

—Con tal de complacerlo, estoy dispuesto a aceptarlo.

—¡Ah, amigo del alma! ¡Ay, benefactor mío! —gritó Pliushkin sin darse cuenta, en medio de su regocijo, de que le salía tabaco de la nariz de la manera más repulsiva, en forma de café espeso, y que los faldones de la bata se le habían abierto, dejando a la vista un vestido no demasiado decoroso para su contemplación—. ¡Qué consuelo ha traído a este viejo! ¡Ay, Dios mío! ¡Por todos los santos…!

Pliushkin no pudo decir más. Sin embargo, antes de un minuto, ese júbilo que había surgido de manera tan repentina en su cara de madera desapareció con idéntica inmediatez, como si nunca hubiera existido, y su rostro volvió a adoptar un aire de preocupación. Se secó con el pañuelo y, después de envolverlo hasta hacer con él una bola, empezó a pasárselo por el labio superior.

—Con su permiso y sin ánimo de ofender, ¿cómo lo hará? ¿Se compromete a pagar cada año el tributo y me dará el dinero a mí, o se lo dará al tesoro público?

—Procederemos así: redactaremos un acta de venta, como si estuviesen vivas y usted me las vendiera.

—Un acta de venta… —repitió Pliushkin, que se sumergió en sus pensamientos y volvió a comer con los labios—. Pero con un acta de venta todo serán gastos, ¡nuestros funcionarios no tienen vergüenza! Hubo un tiempo en que bastaba con una moneda de cincuenta kopeks y un saquito de harina, pero ahora hay que enviarles una carretada de grano y aun añadir un billete rojo bajo mano, ansían hacerse de oro. No sé por qué los sacerdotes

no prestan más atención a esto. No estaría mal que hicieran alguna alusión en sus sermones. Digan lo que digan, nadie se resiste a la palabra de Dios.

«¡Tú sí, ya lo creo!», pensó Chíchikov y dijo en voz alta que por el respeto que le merecía estaba dispuesto a hacerse cargo incluso de los gastos de registro.

Pliushkin concluyó acto seguido que su huésped era un perfecto imbécil y que mentía cuando decía que había sido funcionario civil; sin duda, era uno de esos oficiales que se dedicaba a perseguir actrices. Con todo, no pudo disimular su alegría y deseó toda clase de felicidades no sólo a Chíchikov, sino a toda su descendencia, sin dignarse averiguar si tenía o no. Pliushkin se acercó a la ventana, golpeó el cristal con los dedos y gritó:

—¡Eh, Proshka!

Al cabo de un instante se oyó que alguien corría deprisa por el vestíbulo y que se entretenía allí un buen rato haciendo taconear las botas. Al final, se abrió la puerta y entró Proshka, un niño de unos trece años, calzado con unas botas tan grandes que casi las perdía al andar. Podemos saber de inmediato por qué Proshka llevaba unas botas tan grandes: en casa de Pliushkin sólo había un par de botas para todo el servicio, con independencia de cuántos fueran los criados, y estas botas siempre tenían que estar en el vestíbulo. Cualquier criado que fuera llamado a los aposentos del señor siempre bailoteaba descalzo a través de todo el patio, pero, una vez en casa, se calzaba las botas antes de presentarse en la habitación. Al salir, volvía a dejar las botas en el vestíbulo y regresaba de nuevo sin más suelas que las de sus propios pies. Cualquiera que, en tiempo otoñal, mirase por la ventanilla, sobre todo durante las primeras heladas, observaría que todos los criados ejecutaban unos saltos que difícilmente igualaría el más ágil de los bailarines.

—¡Fíjese bien en esta jeta, señor mío! —dijo Pliushkin a Chíchikov, señalando el rostro de Proshka—. Es tonto de capirote, pero que no se le ocurra dejarse algo por ahí tirado, ¡pues en un instante se lo robará! Bueno, ¿por qué has venido, bobalicón? Dime, ¿por qué? —Aquí hizo una breve pausa, a la que Proshka también respondió con un silencio—. Prepara el samovar, ¿me oyes? Y ten la llave y dásela a Mavra, para que vaya a la despensa. En la estantería queda un corrusco del pan dulce que Aleksandra

Petrovna trajo; ¡que lo sirva con el té! ¡Eh!, ¿adónde vas? ¡Mentecato! ¡Qué mentecato eres! ¿Adónde vas tan aprisa? ¿Se te ha metido el diablo en el cuerpo o qué? Primero escucha lo que te digo: la parte de arriba del pan se habrá puesto mala, que la rasque primero con un cuchillo, pero que no tire las migas, que las lleve al gallinero. Y tú, amigo, ¡cuidado con entrar en la despensa, o ya sabes lo que te espera! ¡Te daré una tunda con la escoba de abedul, ya verás qué gusto te da! ¡Si ahora ya tienes buena hambre, aún te la despertará más! ¡Intenta colarte en la despensa! Estaré en la ventana y no te quitaré el ojo de encima. No puedes fiarte de ellos —añadió, dirigiéndose a Chíchikov, en cuanto Proshka desapareció con sus botas. Acto seguido, empezó a mirar también a su huésped con suspicacia. Semejante alarde de generosidad lo dejaba incrédulo y se dijo en su fuero interno: «El diablo sabrá quién es este tipo, quizá se trate de un simple fanfarrón, como todos esos que se dedican a derrochar: mentirá sin cesar con tal de hablar un rato, hartarse de beber té, ¡y después cogerá la puerta!». Por esto, por precaución y al mismo tiempo con el deseo de ponerlo un poco a prueba, declaró que no estaría mal concluir la venta cuanto antes mejor, pues, después de todo, uno no podía fiarse de los hombres: hoy están vivos y mañana Dios sabe.

Chíchikov se mostró dispuesto a formalizar el trato en ese mismo instante, sin más exigencia que un inventario de los campesinos.

Esto tranquilizó a Pliushkin. Pareció entonces acordarse de algo y, tomando las llaves, fue directo al armario, abrió una puertecita, rebuscó durante un buen rato entre vasos y tazas, antes de decir al fin:

—Ahora no lo encontraré, pero tenía un licorcito excelente, eso si no se lo atizaron ya. ¡Los de mi servicio son tan ladrones…! Ah, ¿no será éste? —Chíchikov vio en sus manos una garrafita cubierta de una capa de polvo, como si llevara una camiseta—. Lo elaboró mi difunta —prosiguió Pliushkin—. ¡La farsanta de mi ama de llaves me la dejó toda abandonada y ni siquiera la tapó, la bribona! Se habían metido dentro toda suerte de bichos y porquería, pero yo lo saqué todo, y aquí está bien limpia. Le serviré una copita.

Chíchikov, sin embargo, se apresuró a rechazar aquel licorcito diciendo que ya había comido y bebido.

—¡Que ya ha comido y bebido! —exclamó Pliushkin—. Sí, al hombre de buena sociedad se le distingue enseguida: no come, está saciado; en cambio, cualquiera de estos ladronzuelos, por mucha comida que les des… Mire, cuando el capitán viene, me dice: «¡Tío, deme algo de comer!». Y yo soy tan tío suyo como él mi abuelo. En su casa no debe de tener nada que llevarse a la boca, ¡por eso pendonea…! Pero usted necesitaba un inventario de todos mis parásitos, ¿no? Pues yo, como si lo hubiera adivinado, tengo un papelito especial en el que los voy apuntando, para darlos de baja en la primera revisión del censo.

Pliushkin se puso las gafas y empezó a rebuscar entre los papeles. Al desatar toda clase de legajos agasajó a su invitado con tal cantidad de polvo que éste estornudó. Al fin sacó un papel totalmente garabateado. Los nombres de los campesinos pululaban allí apretujados como moscas. Los había de toda clase: Paramónov, Pímenov, Panteleimónov e incluso había un tal Grigori Piedra-Movediza-Nunca-Moho-la-Cobija. En total, había más de ciento veinte. Al ver tal multitud de nombres, afloró una sonrisa en los labios de Chíchikov. Se guardó la lista en el bolsillo y observó a Pliushkin que tendría que ir a la ciudad para registrar el acta.

—¿A la ciudad? ¿Y cómo es eso? ¡No puedo dejar sola la casa! Aquí quien no es ladrón es truhan. En un día me desvalijarán hasta el punto de que no tendré ni con qué colgar el caftán.

—Y, en la ciudad, ¿no tendrá algún conocido?

—¿Qué voy a tener? Todos mis conocidos han muerto o han dejado de serlo. ¡Ay, señor mío, claro que tengo uno! —exclamó—. El presidente en persona, hace tiempo incluso venía a visitarme, ¡cómo no lo voy a conocer! Compartíamos pupitre en clase. ¡Juntos nos subíamos a las empalizadas! ¡Lo conozco, claro que lo conozco! ¿Y si le escribo?

—Por supuesto, escríbale.

—¡Vaya si lo conozco! Éramos compañeros de escuela.

De repente, en aquel rostro de madera, se deslizó cierto rayo de calidez que expresó no una emoción, sino una suerte de pálido reflejo de emoción, un fenómeno similar al inesperado surgimiento a la superficie de alguien que se ahoga, lo que provoca un grito de alegría entre la muchedumbre agolpada en la orilla. Pero en vano se alegran hermanos y hermanas, que le

tiran una cuerda y esperan la fugaz visión de su espalda o de sus brazos extenuados por el forcejeo, pues aquélla fue su aparición postrera. Todo se aquieta, y la superficie apaciguada del insensible elemento se torna más terrible y más desierta todavía. Del mismo modo, el rostro de Pliushkin, después de ese desliz momentáneo de emoción, se hizo aún más impasible y vulgar.

—Tenía sobre la mesa una hojita de papel en blanco —dijo—. No sé dónde habrá ido a parar. ¡Mis criados no valen un comino! —Se puso entonces a mirar por debajo y encima de la mesa, rebuscó por todas partes y al final gritó—: ¡Mavra! ¡Mavra!

Acudió a su llamada una mujer con un plato en las manos y el famoso corrusco de pan que el lector ya conoce. Luego señor y criada entablaron el siguiente diálogo:

—¿Dónde metiste mi papel, bribona?

—Por Dios, señor, no sé dónde está, sólo vi el trocito que utiliza para tapar su copa.

—Por tus ojos ya veo que te lo has agenciado.

—¿Para qué iba a hacer yo eso? No sé de qué me serviría, pues no sé leer ni escribir.

—¡Mientes! Se lo llevaste al hijo del sacristán. Siempre está garabateando algo, y a él se lo diste.

—Qué ocurrencia, el hijo del sacristán tiene todo el papel que quiere y más. ¿Para qué querría él su pedacito?

—Tú espera: ¡el día del Juicio Final, los demonios te asarán con sus horcas de hierro! ¡Ya verás cómo te tuestan!

—¿Y por qué tendrían que asarme, si no he tocado su papelucho? Debilidades femeninas sí que tengo, pero jamás podrán reprocharme que soy una ladrona.

—¡Pues los demonios te asarán! Dirán: «¡Hala, aquí tienes, por haber engañado a tu señor!». ¡Sentirás en tus carnes sus horcas ardientes!

—Y les responderé que no tienen razón, ya que yo no lo cogí… Mire, su papelucho está sobre la mesa. ¡Siempre me hace reproches en balde!

Pliushkin, en efecto, distinguió su papel y se quedó un minuto mordisqueándose los labios, antes de añadir:

—¡Vaya, qué contestación tan insolente! ¡Qué manera de subírseme a las barbas! ¡Le dices una palabra, y ella te suelta diez! Anda, trae fuego para sellar la carta. Espera, que te conozco. Vas a coger una vela de sebo. Y el sebo es muy delicado: arde en un soplo y se pierde sin más. ¡Tráeme una astilla encendida!

Mavra se fue, y Pliushkin, sentado en el sillón, tomó una pluma y se pasó un buen rato dándole vueltas al papel en todos los sentidos, pensando en la manera de recuperar un pedacito. Pero se convenció finalmente de que era imposible, mojó la pluma en un tintero que contenía un líquido enmohecido y multitud de moscas en el fondo, luego se puso a escribir alineando las letras como notas de música, reprimiendo a cada instante su mano que saltaba sobre el papel, esculpiendo avariciosamente línea a línea, pensando, no sin lástima, que aún quedaban muchos espacios en blanco.

¡A qué insignificancias, mezquindades y bajezas puede llegar el hombre! ¡Hasta tal punto puede cambiar! ¿Acaso es todo esto verosímil? Sí, lo es, el hombre es capaz de cualquier cosa. El joven fogoso de hoy retrocedería con horror si le enseñaran el retrato de su vejez. Cuando dejéis atrás los dulces años de juventud para entrar en el duro y tosco camino de la madurez, llevad con vosotros todos los impulsos humanos, no los abandonéis por el camino, pues no los volveréis a ver. ¡Espantosa y terrible es la vejez que se cierne, no os restituirá nada de lo que haya tomado! La tumba es más misericordiosa, pues en ella puede grabarse: «Aquí yace un hombre», mientras que en los rasgos insensibles y fríos de la inhumana vejez es imposible descifrar nada.

—¿No tendrá usted un amigo —preguntó Pliushkin, doblando la carta— que necesite almas fugitivas?

—¿De ésas tiene, también? —preguntó rápidamente Chíchikov, volviendo en sí.

—Por desgracia, así es. Mi yerno se informó y dice que huyeron sin dejar rastro, que no hay manera de encontrarlas. Lo cierto es que es militar y lo que a él de veras se le da bien es hacer ruido con las espuelas, pero cuando se trata de entenderse con los jueces…

—¿Cuántas son en total?

—Bueno, bien podrían sumar siete decenas.

—¿Qué me dice?

—¡Por Dios, así es! De hecho, no pasa año sin que se fuguen algunos. Mi gente es glotona, a fuerza de estar ociosa se ha acostumbrado a llenarse la panza, mientras que yo apenas tengo algo que llevarme a la boca… Me contentaría con lo que me ofrecieran. Recomiéndeselo, pues, a algún amigo suyo: sólo con que encuentre a una decena, ya habrá hecho un buen negocio. Un alma censada no cuesta menos de quinientos rublos.

«No, no permitiremos que ningún amigo meta las narices en esto», se dijo Chíchikov. Luego explicó que no encontraría a nadie, que los gastos ocasionados no superarían los beneficios y que, además, por lo que respecta a los tribunales, más valía no caer en sus garras y poner pies en polvorosa, aun a riesgo de dejarse por el camino los faldones del caftán; pero que, si de verdad le pesaban tanto, él estaba dispuesto, movido por la simpatía, a ofrecerle… Aunque, bien pensado, era una miseria tan grande que ni siquiera valía la pena comentarlo.

—¿Cuánto? —preguntó Pliushkin, adoptando maneras de judío[72], las manos más temblorosas que el mercurio.

—Digamos que veinticinco kopeks por alma.

—¿Y cómo las compraría? ¿Al contado?

—Ahora mismo le daría el dinero.

—Al menos, amigo mío, dada la miseria en la que me hallo sumido, ¿no podría pagármelas a cuarenta?

—Mi muy respetable amigo —dijo Chíchikov—. ¡No sólo le pagaría cuarenta kopeks, sino quinientos rublos por cabeza! Y lo haría con sumo agrado, pues veo que es usted un respetable anciano que sufre por la bondad de su alma.

—¡Por Dios que así es! ¡Es la pura verdad! —exclamó Pliushkin, inclinando la cabeza y sacudiéndola con pesar—. La bondad es la fuente de todos mis males.

—¡Ya ve hasta qué punto he comprendido su carácter! ¡Ah, por qué no darle quinientos rublos por cabeza! Pero… Carezco de los medios, amigo mío. De todos modos, estoy dispuesto a añadir cinco kopeks por alma, así le saldría cada una por treinta.

—Como usted quiera, señor mío, pero añada al menos dos kopeks más.

—Pues así será, todo con tal de complacerlo. ¿Cuántas tiene? Me parece que dijo setenta, ¿no?

—No, en total ascienden a setenta y ocho.

—Setenta y ocho… Setenta y ocho, a razón de treinta kopeks por alma, nos da… —Aquí, nuestro héroe reflexionó un segundo, no más, y dijo—: ¡Suman veinticuatro rublos con noventa y seis kopeks! —Chíchikov estaba muy fuerte en aritmética. Acto seguido, pidió a Pliushkin que le extendiera un recibo y le entregó el dinero, que éste tomó con las dos manos y lo llevó al escritorio con la misma precaución que si se tratara de un líquido y temiera derramarlo. Ya allí, examinó el dinero una vez más y lo depositó, con extraordinaria cautela, en uno de los cajones donde, sin duda, estaba condenado a quedar enterrado hasta que los padres Karp y Polikarp, los dos sacerdotes del pueblo, le dieran sepultura, para indescriptible alegría del yerno y de la hija, y tal vez también de ese capitán que se atribuía un vínculo de parentesco con él. Una vez escondido el dinero, Pliushkin se sentó en su butaca y pareció que ya no tenía más tema de conversación.

—¿Cómo, se marcha ya? —preguntó al observar un pequeño movimiento que hizo Chíchikov con la intención de sacar el pañuelo del bolsillo.

Esta pregunta le recordó que, en efecto, no había por qué demorarse más.

—¡Sí, ya es hora! —respondió, cogiendo el sombrero.

—¿Y el té?

—No, el té ya lo tomaré en otra ocasión.

—¿Cómo es eso? ¡Y yo que había pedido el samovar! Para serle franco, no soy muy aficionado al té: es una bebida cara, eso sin mencionar que el precio del azúcar ha subido escandalosamente. ¡Proshka, no hace falta el samovar! Llévale el corrusco de pan a Mavra, ¿me oyes? Que lo devuelva a su sitio. O no, tráemelo aquí, ya lo llevaré yo. Adiós, amigo mío, que Dios le bendiga, dele la carta al presidente. ¡Que la lea! Somos viejos conocidos. ¡Si nos sentábamos en el mismo pupitre!

Acto seguido, aquel extraño fenómeno, aquel viejecito anquilosado, acompañó a nuestro héroe hasta que éste dejó el patio y enseguida ordenó que cerraran la puerta con llave. Vigiló luego que todos los guardias

ocuparan sus puestos; apostados en todos los rincones, éstos se daban la voz de alarma golpeando los toneles vacíos con palas de madera, en vez de utilizar la consabida chapa de hierro[73]; después echó un vistazo a la cocina donde, con el pretexto de comprobar si su gente comía bien, se dio una panzada de sopa de coles y gachas; a continuación, después de tildarlos a todos y cada uno de ellos de ladrones y maleducados, volvió a su habitación. Una vez se quedó a solas, se puso a pensar de qué forma podía agradecer a su visitante aquella generosidad del todo inaudita. «Le regalaré el reloj de bolsillo —se dijo—. Es un buen mecanismo, de plata, nada que ver con esas baratijas de latón o de bronce. Está un poco estropeado, pero ya se las apañará para llevarlo a arreglar. Es joven todavía, necesita un reloj de bolsillo para agradar a su prometida. No, será mejor que se lo legue en mi testamento, así no me olvidará después de mi muerte».

Nuestro héroe, incluso sin reloj, ya estaba exultante de alegría. Aquella inesperada adquisición era un auténtico regalo. En efecto, muertas o fugitivas, las almas ascendían a más de doscientas. Es cierto, al llegar al pueblo de Pliushkin ya había presentido que de ahí sacaría una buena tajada, pero jamás habría imaginado que le caería esa breva. Durante todo el camino no cupo en sí de gozo: silbaba, se llevaba el puño a la boca y fruncía los labios, como si tocara la trompeta; por último, entonó una canción tan asombrosa que Selifán, después de escucharla un buen rato, meneó ligeramente la cabeza y dijo: «Caramba, ¡qué bien canta el amo!». Ya era noche cerrada cuando llegaron a la ciudad. Sombras y luces se confundían, y los objetos también parecían entremezclarse. La barrera abigarrada que señalaba la entrada a la ciudad tenía un color indeterminado, daba la impresión de que el centinela tuviera los bigotes en la frente, muy por encima de los ojos, y parecía desnarigado. El estruendo y las sacudidas le dieron a entender que la calesa circulaba por la calzada. Las farolas aún no estaban encendidas, las ventanas de las casas empezaban a iluminarse aquí y allí, en las callejuelas y los rincones oscuros tenían lugar escenas y conversaciones indisociables de esa hora del día, en todas las ciudades llenas de soldados, cocheros, trabajadores y esa suerte particular de criaturas, en forma de mujeres con chales rojos y zapatos sin medias que, como murciélagos, revolotean en los cruces. Chíchikov no se percataba de

su presencia, ni tampoco advertía a los numerosos funcionarios delgaduchos que, empuñando su bastón, volvían a casa después de un paseo por el campo. De vez en cuando llegaban a sus oídos algunas exclamaciones notoriamente femeninas: «¡Mientes, borracho, a él nunca le permití semejante grosería!». O bien: «No me pegues, necio. ¡En la comisaría verás si llevo razón o no!». En una palabra, esas expresiones que, como un chaparrón, sorprenden al veinteañero soñador que vuelve del teatro, en su cabeza flota una calle española, la noche y la imagen de una maravillosa mujer con guitarra y formidables rizos. ¿Qué sueños no rondarán en su cabeza? Está en las nubes, acaba de pasar un rato con Schiller y de pronto resuenan sobre él, como un trueno, palabras fatales. Ve que de nuevo se encuentra en la tierra, más exactamente en la plaza Sennaia[74], y, más concretamente aún, al lado de la taberna, donde la vida cotidiana se despliega ante él.

Después de una violenta sacudida, la calesa se hundió por fin, como en una fosa, dentro del patio de la posada, donde Chíchikov fue acogido por Petrushka, que con una mano se sujetaba los faldones de la levita, pues no le gustaba que se abrieran y, con la otra, ayudaba a su señor a bajar del carruaje. El mozo, vela en mano y servilleta al hombro, también acudió corriendo. ¿Se alegraba Petrushka del regreso de su amo? No sabríamos decirlo, pero al menos intercambió un guiño con Selifán, y su aspecto severo por una vez pareció atenuarse.

—Ha dado un paseo muy largo —dijo el mozo, iluminando la escalera a Chíchikov.

—Sí —dijo nuestro héroe mientras subía los peldaños—. ¿Y tú, qué tal?

—Bien, gracias a Dios —contestó el mozo, con una inclinación—. Ayer llegó un teniente, un militar, se aloja en la habitación dieciséis.

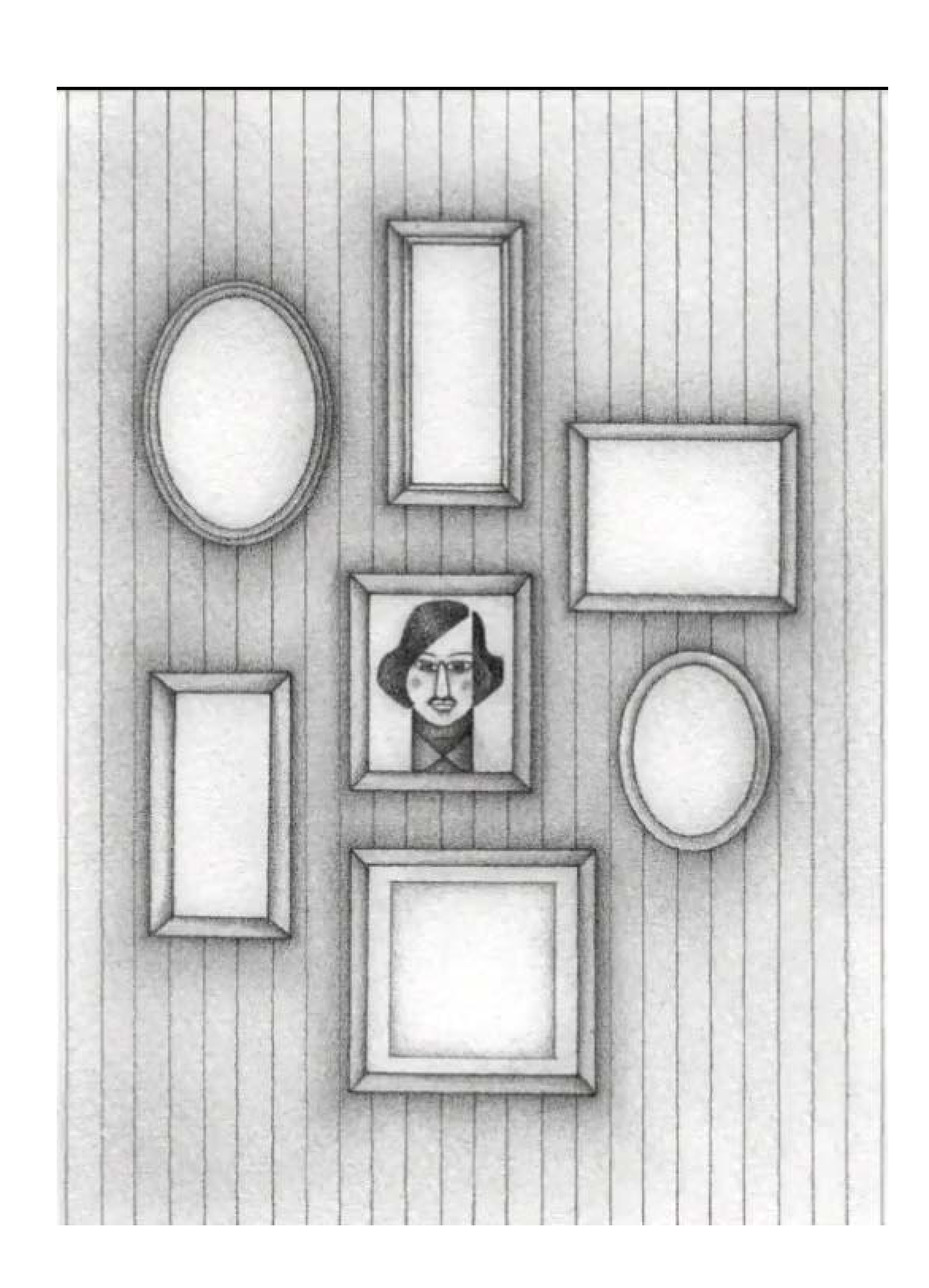
—¿Un teniente?

—No sé de quién se trata. Viene de Riazán, con unos caballos alazanes.

—¡Estupendo, estupendo, sigue trabajando así de bien! —dijo Chíchikov y entró en su habitación. Al cruzar la antesala, frunció la nariz y dijo a Petrushka—. ¡Al menos habrías podido abrir las ventanas!

—Pero si ya las abrí —replicó el otro, aunque mentía.

El señor, aun sabiéndolo, no quiso objetar nada. Sentía, después del viaje, una profunda fatiga. Pidió una cena de lo más frugal, consistente sólo en un lechoncito, se desvistió enseguida y, después de deslizarse debajo de la manta, durmió como un tronco, a pierna suelta, como sólo duermen esos bienaventurados felices que ignoran lo que son las hemorroides, las pulgas y el exceso de facultades intelectuales.



Capítulo séptimo

Dichoso el viajero que, después de un largo y fastidioso camino en el que ha soportado frío, lluvias, lodazales, a jefes de posta malhumorados por la falta de sueño, el tintineo de campanillas, reparaciones de coche, riñas acaloradas, a cocheros, a herreros y a toda suerte de malandrines que uno se encuentra en la carretera, contempla por fin el tejado familiar, las luces que corren a su encuentro, y se halla frente a conocidas estancias, los gritos alegres de quienes salen a recibirle, el ruido y el correteo de los niños, así como las tranquilizadoras y suaves palabras de su esposa interrumpidas constantemente por ardientes besos, capaces de borrar de la memoria todas las tristezas. ¡Feliz el cabeza de familia que dispone de semejante cobijo, y desdichado el soltero!

Dichoso el escritor que, rehusando los personajes tediosos, repulsivos y abrumadores en su triste realidad, se acerca a figuras que encarnan las más dignas virtudes humanas; dichoso el que, de entre el gran remolino de imágenes que giran cada día, escoge unas pocas excepciones; el que ni una sola vez ha traicionado el tono elevado de su lira ni descendido desde las alturas hasta sus pobres e insignificantes hermanos; y el que, sin tocar la vulgar tierra, se entrega por entero a sus imágenes excelsas, tan alejadas de ella. Su magnífica suerte es doblemente envidiable: en medio de ellas se siente en familia y, entretanto, por todas partes, se difunde clamorosamente su fama. Sabe velar los ojos de los hombres con embriagador incienso; los lisonjea de maravilla, escondiendo las tristezas de la vida y mostrando la belleza del hombre. Todos lo persiguen mientras le aplauden, corren detrás de su carro triunfal. Le otorgan el título de gran poeta universal que planea muy por encima de los otros genios de la tierra, como planea el águila sobre

otros pájaros de altos vuelos. Basta la mención de su nombre para que palpiten los jóvenes corazones ardientes y lágrimas de respuesta brillen en todos los ojos… En cuanto a fuerza, no tiene igual, ¡es Dios! Pero no conoce la misma suerte —pues muy diferente es su destino— el escritor que se atreve a sacar a la luz lo que a cada instante tenemos ante los ojos y no advierten las miradas poco atentas —todo el terrible e impactante fango de minucias que enloda nuestra vida, la insondable profundidad de las naturalezas frías, vulgares y mezquinas que pululan por nuestro camino terrenal, a menudo amargo y pesado— y que, con la sólida fuerza del implacable cincel, tiene la audacia de presentarlos con relieve y viveza a ojos de todo el mundo. No cosechará los aplausos del pueblo, no vislumbrará lágrimas de reconocimiento ni el unánime éxtasis de las almas que agita; no correrá a su encuentro una chica de dieciséis años con la cabeza obnubilada y movida por un heroico entusiasmo; no se abismará en el dulce encanto de los sonidos que él mismo ha emitido; no podrá evitar, en fin, el hipócrita e insensible veredicto de sus contemporáneos[75], que juzgarán viles y nulas sus mimadas creaciones y le asignarán un despreciable rincón entre las filas de los escritores que han insultado a la humanidad, le atribuirán las cualidades de los héroes que ha descrito, le negarán el corazón, el alma y la divina llama de su talento. Pues el veredicto de los contemporáneos no admite que es igual de admirable la lente para mirar el sol que la que permite observar el movimiento de insectos invisibles a simple vista; no reconoce que se necesita mucha profundidad espiritual para iluminar un cuadro extraído de una vida despreciable y elevarlo a la categoría de perla de la creación; niega que la risa entusiasta y sonora sea digna de figurar al lado de la excelsa emoción lírica y que hay todo un abismo entre esa risa y las muecas de un payaso de feria. El veredicto de los contemporáneos nada de esto reconoce y todo lo convierte en reproche y calumnia para el escritor subestimado, quien, sin respuesta, sin compasión y sin simpatía, se quedará solitario en mitad del camino como un viajero sin familia. Severa es su liza, amarga siente su soledad.

Y, por largo tiempo aún, estoy destinado, por la voluntad de un divino poder, a ir de la mano de mis extraños héroes, a extender la mirada sobre la

presurosa vida en toda su enormidad, en medio de las risas que el mundo ve y a través de las lágrimas que le son invisibles e ignotas. Lejano está todavía el tiempo en que, brotando de otro manantial, la temible tormenta de la inspiración se alce sobre mi cabeza, envuelta en un sagrado horror y en un halo de luz, y los hombres, palpitantes de emoción, sientan el estruendo majestuoso de otros discursos…

¡En camino, pongámonos en camino! ¡Fuera la arruga que surca la frente, fuera el sombrío rictus de la cara! Zambullámonos de un salto en la vida, con todo su ajetreo y repiqueteo huecos, y veamos qué hace Chíchikov.

Éste se despertó, estiró brazos y piernas y sintió que había dormido bien. Se quedó echado uno o dos minutos boca arriba, chasqueó los dedos y recordó, con la cara radiante, que ahora era propietario de casi cuatrocientas almas. Saltó de la cama sin echar un vistazo a su rostro, por el que sentía un sincero afecto y cuyo elemento más atractivo era, al parecer, la barbilla, pues solía presumir de ella ante algunos de sus amigos, sobre todo en los momentos en que se afeitaba: «Mira —solía decir, mientras se la acariciaba —, fíjate en la barbilla que tengo: ¡una redondez perfecta!». Ahora, sin embargo, ni siquiera se miró la barbilla ni la cara, y enseguida, tal como estaba, se calzó unas botas de tafilete con ornamentos tallados e incrustados de diversos colores, de ésas con las que en la ciudad de Torzhok[76] se hace un comercio fecundo, gracias a las inclinaciones hogareñas del temperamento ruso, y, como un escocés, vestido con una camisa corta, olvidando la seriedad y el decoro de la edad madura, ejecutó un par de piruetas por la habitación, entrechocando con suma habilidad los talones. Acto seguido, se puso a trabajar sin más dilación. Delante del cofrecito se frotó las manos con el mismo placer que un incorruptible juez de un *zemstvo*[77], que ha viajado para instruir un caso y está a punto de disfrutar de una buena comida, y de inmediato sacó los papeles. Con el deseo de acabar lo más pronto posible y de no dejar que se alargara demasiado la cosa, decidió redactar él mismo las escrituras de compraventa, tanto la original como la copia, para no tener que pagar nada a los escribientes. Sabiendo todo lo que hay que saber de las fórmulas administrativas, escribió con brío en mayúsculas: «Año mil ochocientos y tantos», y

después, en minúsculas: «Yo, el terrateniente Tal», y el resto de lo que convenía. Dos horas más tarde, todo estaba listo. Luego, cuando echó un vistazo a las hojitas, a esos campesinos que en otro tiempo fueron hombres de carne y hueso, que habían trabajado, labrado, que se habían emborrachado, que habían conducido coches, engañado al señor o que quizá simplemente fueran unos buenazos, un extraño sentimiento, que ni él mismo supo entender, se apoderó de él. Cada una de las listas parecía tener un carácter peculiar, que se reflejaba en los individuos que las integraban. Los campesinos que habían pertenecido a Koróbochka iban acompañados casi todos de notas y sobrenombres. La lista de Pliushkin se distinguía por la brevedad de su estilo: a menudo no se indicaban más que las iniciales de los nombres y el patronímico, seguidos de dos puntos. El registro de Sobakévich sorprendía por su precisión y exhaustividad, ni una de las cualidades de los campesinos se había omitido; de uno escribía: «buen carpintero», de otro decía: «sabe lo que se hace, no prueba ni una gota de alcohol». Mencionaba también quiénes habían sido el padre y la madre, y cómo se comportaban ambos; junto a un tal Fedótov figuraba lo siguiente: «se ignora quién es el padre, lo trajo al mundo la sierva Kapitolina, pero tiene buenos modales y no es ladrón». Todos estos detalles aportaban una especial nota de frescor, como si los campesinos aún estuviesen vivos el día anterior. Mientras contemplaba largo rato sus nombres, Chíchikov se enterneció y dijo, suspirando: «Señor mío, ¡cuántos estáis aquí, amontonados! ¿Qué no habréis hecho en vida, queridos? ¿Cómo os las arreglabais?». Y sus ojos, sin querer, se detuvieron en un nombre: el de nuestro conocido Piotr Savéliev Arruina-cubos, que había pertenecido a Koróbochka. Una vez más, no pudo evitar decir: «¡Ah, qué nombre tan largo, ocupa una línea entera! ¿Eras artesano o un simple labriego, y qué muerte te tocó en gracia? ¿Estabas en la taberna o un torpe carro te pasó por encima en mitad de un camino donde caíste traspuesto? Stepán Tapón, carpintero, de una sobriedad ejemplar. ¡Ah, he aquí Stepán Tapón, ese gigante que habría podido servir en la Guardia! Es posible que, hacha en el cinto y botas a la espalda, hayas recorrido todas las provincias y comido medio kopek de pan y uno de pescado seco, mientras en la bolsa trajeras cada vez, en dinero contante y sonante, un centenar de monedas de rublos

de plata y, quizá, algún billete del banco del Estado cosido en el pantalón de lienzo o escondido en las botas. ¿Dónde te sorprendió el fin de tus días? Quizá para obtener más ganancias, te encaramaste a la cúpula de una iglesia, o quién sabe si no llegaste hasta la cruz y, resbalando desde el travesaño, te dieras de bruces contra el suelo, con un tío Mijéi cualquiera como único testigo que, después de rascarse la nuca, exclamaría: “¡Ay, Vania, qué mala suerte la tuya!”, antes de atarse una cuerda y de subir a ocupar tu sitio. Maksim Teliátnikov, zapatero. ¡Zapatero, ja! “Borracho como un zapatero”, dice un refrán ruso. Te conozco, te conozco, pichoncito; si quieres, cuento ahora mismo de pe a pa toda tu vida: aprendiste el oficio de un alemán que os alimentaba a todos de la misma cazuela, por cualquier descuido os atizaba con la correa en la espalda y no os dejaba parrandear por las calles. Tú no eras un zapatero sin más, eras un milagro divino, y el alemán no podía dejar de elogiarte al hablar con su mujer o con su *kamerad*. ¿Y qué pasó cuando tu aprendizaje llegó a su fin? Te dijiste: “Ahora me montaré un pequeño negocio, pero no como el alemán, que es pobre como una rata. Quién sabe, quizá llegue a ser rico”. Y así, después de pagar un considerable tributo a tu señor, abriste tu tallercito, aceptaste un montón de encargos y te pusiste a trabajar. Quién sabe dónde te procuraste, tres veces más barato, un cuero podrido y así ganaste, en efecto, el doble por cada bota; pero al cabo de dos semanas tus botas se hacían trizas, y los clientes te pusieron de vuelta y media. Y he aquí que tu tallercito se quedó vacío y tú te diste a la bebida y al callejeo, sin dejar de repetir: “¡Este mundo es una birria! ¡Al ruso no le dejan ganarse la vida, los alemanes nos ponen trabas para todo!”. Pero ¿qué clase de siervo es éste? ¿Yelizavet Gorrión? ¡Caray, y un cuerno! ¡Pero si es una mujer! ¿Cómo vino a parar aquí? ¡El crápula de Sobakévich, también en esto me tomó el pelo!». Chíchikov tenía razón: en efecto, era una mujer. Ignoraba cómo había podido colarse allí, pero estaba inscrita tan hábilmente que de lejos se la podía tomar por un varón; su nombre incluso acababa en *t*, en lugar de con una *a*: Yelizavet, y no Yelizaveta. Sin embargo, no la tomó en consideración y la tachó sin más. «¡Grigori Piedra-Movediza-Nunca-Moho-la-Cobija! Y tú, ¿qué clase de hombre eras? ¿Te ganabas la vida como carretero y, agenciándote un tiro de tres caballos y un carruaje cubierto, dejaste para siempre tu casa, la guarida

que te vio nacer, para trasladar a los mercaderes de feria en feria? ¿Entregaste a Dios tu alma en el camino, o bien te hicieron desaparecer tus propios amigos a causa de la mujer de un soldado, entrada en carnes y de mejillas coloradas? ¿O quizá algún vagabundo del bosque se encaprichara de tus manoplas de cuero y de tu troika de caballos, achaparrados pero fuertes? ¿O bien, tumbado en tu yacija, te dio por ponerte a pensar y, después de pasar por la taberna, acabaste hundiéndote en un agujero en el hielo, y si te he visto no me acuerdo? ¡Ah, el pueblo ruso! ¡No le gusta morir de muerte natural! ¿Y vosotros qué, palomitos? —siguió diciendo mientras deslizaba sus ojos por el papel donde figuraban los siervos fugitivos de Pliushkin—. Aunque estéis vivos, ¿qué provecho se puede sacar de vosotros? No valéis más que los difuntos. ¿Adónde os llevan ahora vuestros pies, raudos y veloces? ¿Estabais mal en casa de Pliushkin, o simplemente, por gusto, os paseáis por los bosques y asaltáis a los viajeros? ¿Os han metido en la cárcel u os habéis juntado a otros amos cuyas tierras labráis? Yereméi Kariakin, Nikita Volokita[78], su hijo Antón Volokita. Éstos, a juzgar por sus nombres, son buenos en salir por piernas. Popov, criado, debía de saber leer y escribir: para mí que el cuchillo no lo empuñó, sino que era un ladrón de guante blanco. Pero he aquí que te encuentra sin pasaporte[79] el capitán de policía. Tú afrontas, valiente, el interrogatorio. “¿De quién eres?”, dice el capitán de la policía del distrito, aprovechando tan propicia ocasión para soltarte alguna palabra fuerte. “Soy de tal terrateniente”, le respondes con viveza. “¿Y qué estás haciendo aquí?”. Contestas sin un balbuceo: “Me han dado permiso para ganar el tributo que he de pagar a mi señor”. “¿Dónde está tu pasaporte?”. “En casa del amo, el artesano Pímenov”. “¡Llamad a Pímenov!”. “¿Eres Pímenov?”. “Soy yo”. “¿Te ha dado su pasaporte?”. “No, no me lo dio”. “¿Por qué mientes?”, pregunta el capitán de la policía del distrito, añadiendo otra palabra fuerte. “Sí, es verdad —respondes con presteza—, no se lo entregué porque llegué a casa tarde, se lo di a Antip Prójorov, el campanero”. “¡Llamad al campanero! ¿Te dio el pasaporte?”. “No, yo no recibí ninguno”. “¿Por qué mientes otra vez?”, dice el capitán de la policía del distrito, reforzando su pregunta con una palabra fuerte. “¿Dónde está tu pasaporte?”. “Lo tenía —dices, expeditivo—, pero creo que lo perdí por el camino”. “¿Y el capote de

soldado? —dice el jefe de la policía del distrito, y te vuelve a obsequiar con una palabra fuerte—, ¿por qué lo has robado? ¿Y por qué robaste, también, un baúl con monedas de cobre al cura?”. “Jamás en la vida —objetas sin pestañear—, en asuntos de robo nunca me he visto implicado”. “¿Y cómo es que tenías tú el capote?”. “No lo sé, alguien lo llevaría hasta allí”. “¡Ah, bestia, bestia! —exclama el capitán de policía, brazos en jarras, moviendo la cabeza—. Ponedle los grilletes en los pies y llevadlo a la cárcel”. “¡Como quiera! Con mucho gusto”, respondes tú. Y he aquí que, sacando la tabaquera de tu bolsillo, agasajas a los dos veteranos que te fijan los hierros en los tobillos, y les preguntas si hace tiempo que se jubilaron y a qué guerras fueron. Y ahora ya estás en la cárcel, esperando que el tribunal examine tu causa. Y la corte establece que te transfieran de Tsarevo-Kokshaisk a la prisión de otra ciudad, pongamos que a la de Vesiegonsk, y vas pasando de prisión en prisión, y dices, observando tu nueva morada: “Sin duda, era más limpia la de Vesiegonsk: allí incluso jugábamos a las tabas y había más vida social”. ¡Abakum Fírov! ¿Y tú, hermano, qué haces? ¿Dónde estás, por qué sitios vagabundeas? ¿Acaso te llevó el destino al Volga, te enamoraste de la vida libre y te pusiste a trabajar de sirgador?». Aquí Chíchikov se detuvo y meditó un poco. ¿En qué pensaba? ¿Pensaba en la suerte de Abakum Fírov, o pensaba en sí mismo, como piensan todos los rusos, tengan la edad que tengan, sean cualesquiera sus rangos y condiciones, cuando reflexionan sobre una vida sin freno ni ataduras? Y, en efecto, ¿dónde estaba ahora Fírov? ¿Se lo pasaba bien, ruidosa y alegremente, en el embarcadero de trigo, después de haberse puesto de acuerdo con los comerciantes? Flores y cintas en el sombrero, está exultante de alegría la cuadrilla de sirgadores; se despiden de amantes y de esposas, mujeres altas, esbeltas, con collares y cintas; toda la plaza bulle de cantos y corros, mientras los porteadores, en medio de gritos, insultos y apremios, se cargan, con ayuda de sus ganchos, nueve *puds* a la espalda, ruidosamente vierten guisantes y trigo en las profundas barcazas, apilan costales de avena y de cereal, y de lejos se ven, por toda la plaza, montañas de sacos, puestos en forma de pirámide, como balas de cañón, formidable arsenal de grano, hasta que todo sea engullido por las entrañas de las barcas, y la interminable flotilla surque el río, junto con el hielo primaveral, en fila india, como una

bandada de gansos salvajes. ¡Allí sí que os hartaréis de trabajar, sirgadores! Y codo con codo, como antes os divertíais y armabais jaleo, afrontaréis la fatiga y el sudor, tirando de la sirga al son de una única canción, infinita como Rusia.

—¡Ay, ay, ay! ¡Ya es mediodía! —dijo al fin Chíchikov, después de mirar el reloj—. ¿Por qué me entretuve tanto? Si aún hubiera hecho algo de provecho, pero no hice nada en absoluto, me puse a hablar a tontas y a locas y luego a fantasear. ¡Qué clase de cretino soy, en realidad! —Dicho esto, se cambió el traje escocés por uno europeo, se ciñó el cinturón sobre el vientre abultado, se roció con agua de colonia, cogió una gorra de abrigo y, con los papeles bajo el brazo, se dirigió al tribunal civil a legalizar las actas de compraventa. Se apresuró no porque tuviera miedo de llegar tarde, pues el presidente era amigo suyo y podía alargar o acortar a su antojo el horario de apertura, al igual que el antiguo Zeus de Homero, que prolongaba los días y ordenaba que las noches transcurrieran veloces cuando había que interrumpir las batallas de sus héroes predilectos o darles medios para combatir; no, Chíchikov sentía por sí mismo el deseo imperioso de ultimar aquel asunto cuanto antes mejor; de momento todo le parecía angustioso y mal hecho; le asaltaba el pensamiento de que las almas no eran en modo alguno auténticas y que, en semejantes casos, era mejor quitarse cuanto antes el peso de encima. Aún no había tenido tiempo de salir a la calle, acompañado de todas estas reflexiones y con la pelliza de oso echada a los hombros revestida de paño marrón, cuando, al doblar la esquina, tropezó con un señor, también él con una pelliza de oso revestida de paño marrón y con una gorra de invierno provista de orejeras. El señor lanzó un grito: era Manílov. Acto seguido, ambos se fundieron en un abrazo y se quedaron cinco minutos en la calle en esta posición. Los besos fueron tan efusivos por ambas partes que a los dos luego les dolieron los dientes incisivos durante casi todo el día. En la cara de Manílov, que no cabía en sí de gozo, no se veían más que nariz y labios: sus ojos habían desaparecido por completo. Durante un cuarto de hora mantuvo la mano de Chíchikov entre las suyas y se la calentó de un modo terrible. Con las expresiones más refinadas y agradables, contó cómo había volado a abrazar a Pável Ivánovich; concluyó su discurso con uno de esos cumplidos que quizás sólo

habría sido conveniente decir si se hubiera tratado de una chica a la que se saca a bailar. Chíchikov abrió la boca sin saber de qué manera expresar su gratitud cuando de repente Manílov sacó de debajo de su pelliza un papel enrollado en forma de tubo, atado con una cinta rosa, y se lo tendió muy ágilmente cogiéndolo con dos dedos.

—¿Qué es esto?

—Los campesinos.

—¡Ah! —Chíchikov lo desenrolló al instante, lo recorrió con la mirada y se maravilló ante la pulcritud y la belleza de la escritura—. Hermoso trabajo. No habrá ni que volver a copiarlo. Y, además, adornado con una orla. ¿Quién la hizo con tanto arte?

—Pero, bueno, no me lo pregunte —dijo Manílov.

—¿Usted?

—Mi esposa.

—¡Ay, Dios mío! De verdad, me sabe mal causarle tantas molestias.

—Si es para Pável Ivánovich, no es molestia ninguna.

Chíchikov se inclinó con reconocimiento. Al saber que nuestro héroe se dirigía al tribunal para legalizar las actas, Manílov se ofreció a acompañarlo. Los dos amigos se tomaron del brazo y juntos se pusieron en camino. En cada pequeña elevación del terreno, en cada cuestita o peldañito, Manílov sostenía a Chíchikov y casi lo levantaba del suelo, a la vez que añadía con una agradable sonrisa que de ningún modo permitiría que Pável Ivánovich se magullara los piececitos. Chíchikov, sin saber cómo darle las gracias, se avergonzaba, ya que era consciente de ser bastante pesado. Entre favores recíprocos, llegaron por fin a la plaza, donde se encontraban las oficinas públicas: era un gran edificio de piedra de dos plantas, blanco como la tiza, probablemente para reflejar la pureza del alma de los funcionarios que allí trabajaban; los otros edificios de la plaza no se correspondían con la imponencia de la casa de piedra. Había una garita de centinela, donde estaba apostado un soldado con un fusil, dos o tres paradas de coches de punto y, por último, unas largas empalizadas, adornadas con las típicas inscripciones y dibujos, hechos con carbón o con tiza; ya no se veía nada más en aquella plaza solitaria o, como se dice en nuestro país, *encantadora*. Por las ventanas de los pisos primero y segundo, asomaban

las incorruptibles cabezas de los sacerdotes de Temis, para eclipsarse al instante, seguramente porque un superior acababa de entrar en el despacho. Los dos amigos no subieron por la escalera, sino que literalmente volaron, pues Chíchikov, con el afán de librarse del sostén de Manílov, apretó el paso, y éste, por su parte, imitó a su compañero abalanzándose hacia delante y desplegando todo su esfuerzo para evitar que Chíchikov se cansara, razón por la cual ambos jadeaban bastante fuerte cuando entraron en el pasillo oscuro. En los pasillos y en los despachos la limpieza brillaba por su ausencia. Entonces nadie se preocupaba todavía de esas cosas, y lo que estaba sucio continuaba sucio y no cobraba un aspecto atractivo. Temis recibía a sus visitantes con sencillez, tal como estaba, en *négligé* y con bata. Convendría describir las salas de oficina que atravesaron nuestros héroes, pero el autor siente una acusada timidez hacia todos los lugares en los que se administra justicia. Cuando le ha tocado recorrerlos, por brillante y ennoblecido que fuera su aspecto, por barnizados que estuvieran los suelos y las mesas, procuraba ir lo más deprisa posible, con la cabeza sumisamente gacha y los ojos clavados hacia abajo, y por eso ignora cómo prospera y florece todo allí dentro. Nuestros héroes vieron muchos papeles, tanto en borrador como en blanco, cabezas inclinadas, nucas anchas, fracs, levitas de sastre provinciano, e incluso una sencilla chaqueta gris claro que contrastaba decididamente con todo lo demás, cuyo portador, con la cabeza torcida hasta tocar casi el papel, escribía expeditivamente y con trazo amplio alguna acta de expropiación de tierra o el inventario de una finca usurpada por algún apacible propietario que consumía tranquilamente sus días entre juicio y juicio, gracias a los cuales había ganado lo suficiente para sí mismo, para sus hijos y para sus nietos, y se oían también de vez en cuando expresiones sucintas, pronunciadas por una voz ronca: «Fedoséi Fedoséievich, páseme el expediente n.º 3681». «¡No sé adónde se lleva siempre el tapón del tintero!». A veces la voz era más majestuosa, sin duda la de uno de los superiores, y resonaba con autoridad: «¡Ten, cópialo! Si no, te confiscaremos las botas y te pasarás seis días en ayunas». Al deslizarse por el papel, las plumas hacían el mismo ruido que varios carros cargados de ramas secas al atravesar un bosque cubierto de hojarasca.

Chíchikov y Manílov se acercaron a la primera mesa, donde estaban dos funcionarios aún jóvenes, y preguntaron:

—¿Tendrían la bondad de decirnos dónde se tramitan los asuntos de servidumbre?

—¿Qué se les ofrece? —preguntaron los dos funcionarios, volviéndose a la vez.

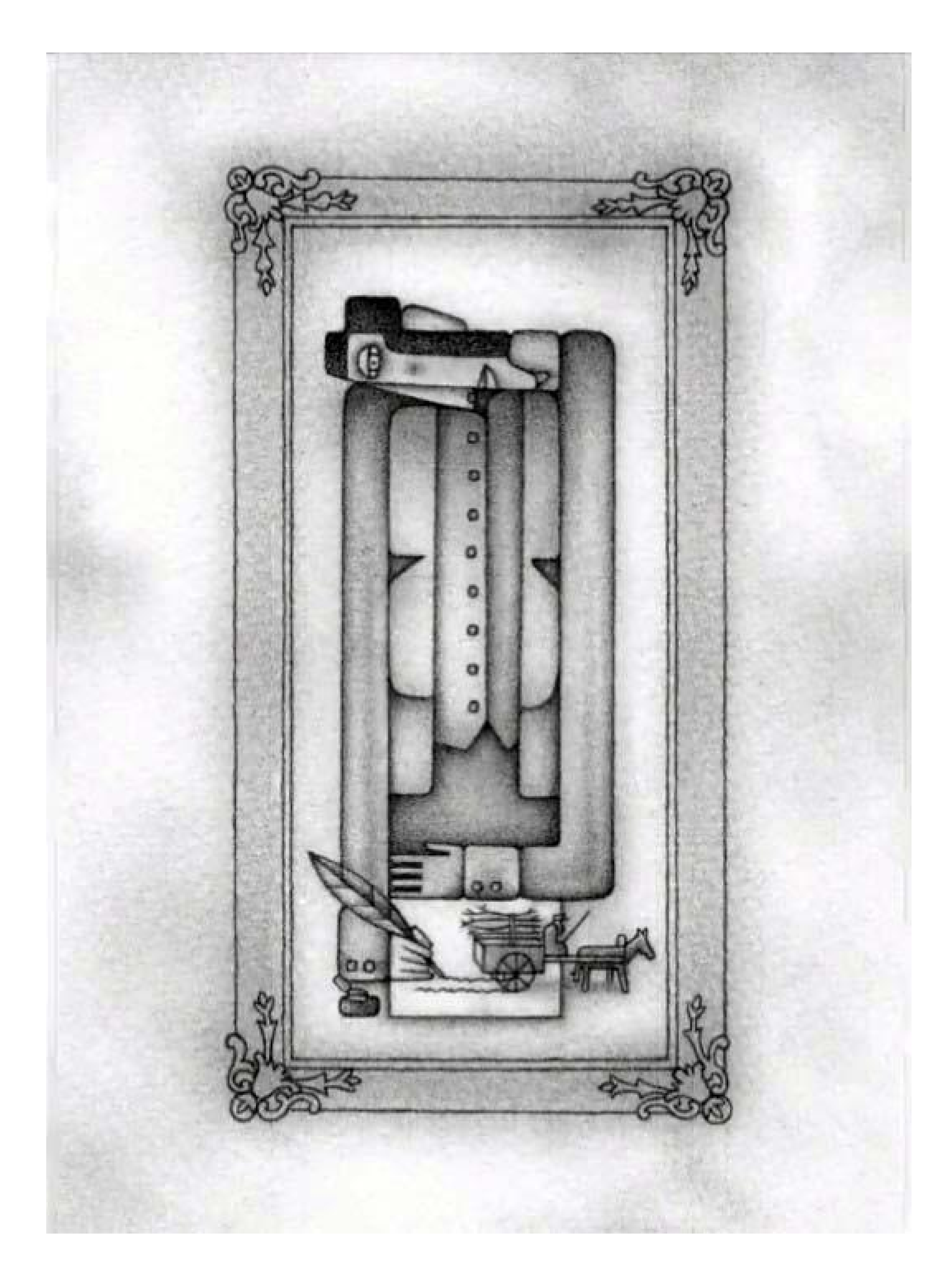
—Tengo que presentar una instancia.

—¿Qué compró?

—Antes que nada, quisiera saber si el despacho donde se tramitan los asuntos de siervos está aquí o en otra parte.

—Díganos antes qué compró y a qué precio, y entonces le diremos adónde ha de ir; de lo contrario, no podemos saberlo.

Chíchikov entendió enseguida que los funcionarios eran simplemente unos entrometidos, como todos los funcionarios jóvenes, y que querían atribuirse más importancia y valor, tanto a sí mismos como a sus quehaceres, que los que tenían en realidad.



—Escuchen, queridos —dijo—, sé muy bien que todos los asuntos relativos a los siervos, sea cual sea el precio de la operación, se tramitan en el mismo sitio, y por eso les ruego que me lo indiquen, y si no saben dónde se hace, se lo preguntaremos a otros.

Los funcionarios no respondieron; uno de ellos se limitó a señalar con el dedo hacia un rincón de la sala donde un viejo, ocupado en timbrar unos papeles, estaba detrás de una mesa. Chíchikov y Manílov se dirigieron directamente hacia allí, sorteando los escritorios. El viejo parecía ensimismado en su trabajo.

—¿Tendría la bondad de decirnos —preguntó Chíchikov con una inclinación— si aquí se tramitan los expedientes de siervos?

El viejo alzó los ojos y replicó pronunciando separadamente cada sílaba:

—No, aquí no se tramitan los expedientes de siervos.

—Y entonces, ¿dónde?

—En la sección de siervos.

—¿Y dónde está la sección de siervos?

—Diríjase a Iván Antónovich.

—¿Y dónde está Iván Antónovich?

El viejo señaló otro rincón de la sala. Chíchikov y Manílov se dirigieron hacia la mesa de Iván Antónovich, quien, al verlos acercarse, les echó un vistazo con el rabillo del ojo para entregarse de inmediato a su trabajo con más atención si cabe.

—¿Tendría la bondad de decirnos —preguntó Chíchikov con una reverencia— si es aquí la sección de siervos?

Iván Antónovich, como si no lo hubiera oído, se abismó del todo en sus papeles y no respondió nada. Saltaba a la vista que se trataba de un hombre que había alcanzado la edad de la prudencia, no era un joven charlatán y alocado. A juzgar por su aspecto, había rebasado la cuarentena; tenía el cabello negro y tupido; toda la parte central de la cara sobresalía y se le convertía en nariz; en pocas palabras, era una de esas caras que es moneda corriente llamar *cara de jarro*.

—¿Tendría la bondad de decirnos si es aquí la sección de siervos?

—Es aquí —dijo Iván Antónovich, volviendo hacia el otro lado su cara de jarro y se aplicó con celo en lo que estaba escribiendo.

—Pues verá usted, el asunto que me trae aquí es el siguiente: he comprado, a diferentes propietarios de este distrito, unos siervos que deseo trasladar; tengo las actas de venta, sólo hay que registrarlas.

—¿Los vendedores están presentes?

—Algunos sí; los otros me han dado poderes.

—¿Trae la instancia?

—Sí, la he traído. Me gustaría…, tengo bastante prisa… ¿No sería posible, por ejemplo, zanjar el asunto hoy mismo?

—¡Anda! ¡Hoy, dice! Hoy es imposible —dijo Iván Antónovich—. Hay que hacer comprobaciones, asegurarse de que no haya ningún impedimento…

—Por otra parte, en cuanto a acelerar los trámites, resulta que Iván Grigórievich, el presidente, es un gran amigo mío…

—Sí, pero Iván Grigórievich no es el único que está aquí, también hay otros —dijo con acritud Iván Antónovich.

Chíchikov entendió la reticencia que manifestaba Iván Antónovich, y dijo:

—Tampoco los otros se quejarán, yo también he servido, sé cómo se trabaja…

—Vaya a ver a Iván Grigórievich —dijo Iván Antónovich, con una voz un poco más afectuosa—. Que dé las instrucciones a quien corresponda y nosotros no le retendremos demasiado tiempo.

Chíchikov sacó del bolsillo un billete y lo depositó delante de Iván Antónovich. Éste no se percató de él en absoluto y lo tapó enseguida con un libro. Nuestro héroe quería indicárselo, pero Iván Antónovich, con un movimiento de cabeza, le dio a entender que era inútil.

—¡Él los acompañará a su despacho! —exclamó Iván Antónovich, haciendo una señal con la cabeza, y uno de los sagrados oficiantes de Temis, tan aplicado que tenía los codos de la levita completamente rotos y dejaban asomar el forro, lo que le había valido en su tiempo un ascenso a registrador colegiado, sirvió de guía a nuestros amigos, como antaño Virgilio hizo con Dante, y los condujo al despacho del superior donde no había más que una amplia butaca, y en ella, detrás del escritorio sobre el que reposaban un *zertsalo*[80] y dos tomos gruesos, se sentaba el presidente, solo como el astro rey. En este lugar, el nuevo Virgilio sintió tanta veneración que no se atrevió a poner un pie y dio media vuelta, mostrando la espalda, gastada como una estera, con una pluma de gallina enganchada.

Al entrar en la sala, descubrieron que el presidente no estaba solo, pues a su lado estaba Sobakévich, completamente oculto por el *zertsalo*. Su llegada suscitó exclamaciones, la butaca presidencial reculó con estruendo. Sobakévich también se levantó de su asiento y se hizo visible desde todos lados, con sus mangas largas. El presidente acogió a Chíchikov con un abrazo, y el despacho se inundó de besos sonoros; se preguntaron mutuamente por su estado de salud; resultó que los dos padecían de los riñones, lo que enseguida atribuyeron a la vida sedentaria. El presidente, al parecer, ya había sido informado por Sobakévich de sus compras, pues lo colmó de felicitaciones que, al principio, turbaron a nuestro héroe, sobre todo cuando se dio cuenta de que Sobakévich y Manílov, ambos vendedores con los que había negociado a puerta cerrada, ahora estaban juntos cara a cara. No obstante, dio las gracias al presidente y, dirigiéndose de inmediato a Sobakévich, preguntó:

—Y su salud, ¿cómo va?

—No me puedo quejar, gracias a Dios —manifestó Sobakévich.

Y, en efecto, no tenía motivo para quejarse: antes se constiparía y tosería el hierro que ese terrateniente de tan prodigiosa complexión.

—Sí, usted siempre ha gozado de buena salud —dijo el presidente—, y su difunto padre también era un hombre fuerte.

—Sí, iba solo a cazar osos —respondió Sobakévich.

—Me parece —dijo el presidente— que usted también abatiría a un oso, si quisiera.

—No, no lo abatiría —contestó Sobakévich—. El difunto era más fuerte que yo. —Y, después de un suspiro, siguió diciendo—: No, ya no hay hombres como él. Por lo demás, fíjense en mi vida. ¿Qué clase de existencia es? Se va tirando…

—¿Qué tiene de poco atractiva su vida? —preguntó el presidente.

—No es buena, no es buena —dijo Sobakévich, moviendo la cabeza—. Juzgue usted mismo, Iván Grigórievich: ya he rebasado la cuarentena y nunca he estado enfermo. Si al menos hubiese tenido un dolor de garganta, me hubiera salido un absceso o un forúnculo… ¡No, no es buena señal! Antes o después estas cosas se pagan. —En eso, Sobakévich se sumió en la melancolía.

«¡Menudo tipo! —pensaron Chíchikov y el presidente al mismo tiempo —. ¿De qué cosa se le ocurre quejarse?».

—Tengo una cartita para usted —dijo Chíchikov y sacó del bolsillo la carta de Pliushkin.

—¿De quién? —preguntó el presidente y, una vez abierta, exclamó—: ¡Ah, de Pliushkin! ¿Aún vegeta en este mundo? ¡Qué destino, el suyo! Y pensar que era un hombre inteligentísimo, riquísimo, y ahora…

—Es un perro —dijo Sobakévich—, un rácano que deja morir a su gente de hambre.

—Con mucho gusto, con mucho gusto —dijo el presidente, después de haber leído la carta—. Estoy dispuesto a representarlo. ¿Cuándo desea registrar las actas? ¿Ahora o después?

—Ahora —dijo Chíchikov—. Incluso le rogaría que, si es posible, se haga hoy, pues mañana me gustaría irme de la ciudad. He traído las actas de compraventa y la instancia.

—¡Perfecto! Pero, le guste o no, no le permitiremos que se marche tan pronto. Los contratos se legalizarán hoy; aun así, quédese una temporadita con nosotros. Ahora mismo daré la orden —dijo el presidente y abrió la puerta que daba a la oficina, llena de funcionarios que parecían laboriosas abejas diseminadas en sus panales, si es que los panales pueden compararse a los expedientes burocráticos—: ¿Está Iván Antónovich?

—Sí —respondió una voz desde dentro.

—¡Que venga!

Iván Antónovich, el Cara de Jarro que ya conocen los lectores, compareció en la sala de audiencias y se inclinó respetuosamente.

—Tenga, Iván Antónovich, tome todas estas actas del señor…

—No olvide usted, Iván Grigórievich —dijo Sobakévich— que se necesitarán testigos, dos al menos por cada parte. Mande buscar al procurador ahora mismo, es un hombre ocioso y seguramente esté en casa, todo el trabajo se lo hace el pasante Zolotuja, el mayor ladronzuelo del mundo. El inspector de Sanidad también es un holgazán y debe de estar en casa, si no ha ido a jugar a las cartas a algún sitio, y hay muchos otros de esa ralea por aquí: Trujachevski, Begushkin, ¡gente que es un inútil lastre para este mundo!

—Así es, así es —aprobó el presidente, que mandó enseguida a un ujier que fuera a buscarlos.

—Le pediría, además —dijo Chíchikov—, que mandara llamar al apoderado de una propietaria con quien también hice negocios: es el hijo del padre Kiril, el protopope; trabaja aquí mismo.

—¡Claro, por supuesto! También lo llamaremos —anunció el presidente—. Todo se hará, pero se lo ruego: no pague nada a los funcionarios. Mis amigos no tienen por qué pagar.

Dicho esto, dio a Iván Antónovich alguna orden que, a todas luces, le desagradó. Las actas, al parecer, causaron una buena impresión al presidente, sobre todo cuando descubrió que todas las compras ascendían casi a cien mil rublos. Durante algunos minutos miró a Chíchikov a los ojos con gran satisfacción y, finalmente, dijo:

—¡Bueno, pues ya está! ¡Así son las cosas, Pável Ivánovich! ¡Ya son suyas!

—Sí, en efecto —dijo Chíchikov.

—¡Excelente negocio, de veras, excelente negocio!

—Así es, yo mismo me doy cuenta de que no habría podido emprender mejor negocio. Se diga lo que se diga, el hombre no encuentra su camino hasta que no pisa con paso firme un terreno sólido y no renuncia a las quimeras de juventud.

En este punto, pronunció una diatriba contra todos los jóvenes por su liberalismo, y bien merecido que lo tenían. Pero se percibía que en su voz había una nota de inseguridad, como si se dijera a sí mismo: «¡Ay, hermano, qué mentiras más grandes sueltas!». Ni siquiera miró a Manílov ni a Sobakévich, por temor a leer algo en sus caras. Pero sus temores eran infundados: el rostro de Sobakévich no se alteró, y Manílov, seducido por su discurso, se limitaba a mover la cabeza con gesto aprobador, igual que el que adopta un melómano cuando la soprano con su voz se sobrepone incluso al violín, en su esfuerzo por alcanzar una nota tan aguda y estridente que queda fuera del alcance del canto de cualquier pájaro.

—¿Por qué no explica a Iván Grigórievich —dijo Sobakévich— qué ha comprado realmente? Y usted, Iván Grigórievich, ¿por qué no le pregunta

qué compras ha hecho? ¡Oh, hay que ver de qué gente se trata! ¡Son puro oro! De hecho, hasta le he vendido a mi carretero Mijéiev.

—¡Cómo! ¿Ha vendido a Mijéiev? —replicó el presidente—. Conozco a su carretero, es un artesano de primera, me reparó un carruaje. Pero, permítame un momento… ¿Cómo es posible?… ¿No me dijo que había muerto…?

—¿Mijéiev? ¿Muerto? —dijo Sobakévich sin turbarse lo más mínimo—. Quien murió fue su hermano, pero él está vivito y coleando y más sano que antes. Hace unos días me montó una calesa que ni en Moscú las hacen así. En realidad, sólo debería trabajar para el zar.

—Sí, es un artesano fuera de serie —repitió el presidente—. Me sorprende que se desprenda de él.

—¡Y si sólo fuera Mijéiev! He vendido también a Stepán Tapón, el carpintero, y a Milushkin, el ladrillero, y a Maksim Teliátinov, el zapatero… ¡Están todos ahí, los he vendido a todos!

Cuando el presidente le preguntó por qué se había desprendido de ellos si tan indispensables eran para el funcionamiento de su casa y de sus talleres, Sobakévich respondió haciendo un gesto de desdén con la mano:

—¡Bah!, me dio ese capricho: «Venga, los voy a vender», me dije, y los vendí, sin pararme a pensarlo. —Bajó la cabeza, como si se arrepintiera del negocio, y añadió—: Peino ya canas, pero aún no tengo buen juicio.

—Permítame, Pável Ivánovich —preguntó el presidente—, ¿cómo es que compra campesinos si no tiene tierras? ¿Es que piensa llevárselos?

—Sí, me los llevaré.

—Bueno, si se los lleva, ya es otra cosa. ¿A qué lugar?

—A… la provincia de Jersón[81].

—¡Oh, allí hay unas tierras magníficas! —exclamó el presidente, que por encima de todo elogió la hierba tan alta que crecía en aquellos parajes—. ¿Y dispone de una parcela lo suficientemente grande?

—Sí, así es; la necesaria para los campesinos que he comprado.

—¿Río o estanque?

—Hay un río… Aunque también hay un estanque.

Dicho esto, Chíchikov miró como por descuido a Sobakévich; aunque seguía impertérrito como antes, le pareció que llevaba escrito en la cara:

«¡Oh, mientes! ¡Dudo que haya tal río, tal estanque y toda esa tierra!».

Aún se prolongaba la conversación cuando empezaron a presentarse, poco a poco, los testigos: el procurador de ojo parpadeante al que ya conocen nuestros lectores; el inspector de Sanidad, Trujachevski, Begushkin y los otros que, según Sobakévich, representaban un lastre para el mundo. A muchos de ellos Chíchikov no los conocía de nada. A los que faltaban y a los de reserva los reclutaron allí mismo, entre los funcionarios de la Cámara. Además, no mandaron llamar sólo al hijo del protopope Kiril, sino también al protopope en persona. Cada testigo se inscribió en las actas con todos sus méritos y rangos, quién con los caracteres al revés, quién en zigzag, quién casi con las letras patas arriba, con unos signos nunca vistos en el alfabeto ruso. Nuestro conocido Iván Antónovich tramitó todo con gran habilidad: las actas de compraventa fueron registradas, timbradas, inscritas en el registro y en todas partes donde convenía; además, se efectuó la retención de medio punto porcentual para la publicación en la *Gaceta*[82]; Chíchikov tuvo que pagar en total una cantidad irrisoria. El presidente, incluso, mandó que sólo le cobraran la mitad del impuesto; la otra mitad, no se sabe por qué procedimiento, se la cargaron a otro solicitante.

—Así pues —dijo el presidente cuando todo hubo acabado—, ahora sólo queda regar la compra.

—Por mí, de acuerdo —dijo Chíchikov—. De ustedes depende sólo decidir cuándo. Sería un pecado, por mi parte, si con una compañía tan agradable como ésta no descorchara dos o tres botellas de espumoso.

—¡No, no lo ha entendido bien! El espumoso lo ponemos nosotros —dijo el presidente—. ¡Es nuestra obligación, nuestro deber! Usted es nuestro invitado: nosotros tenemos que agasajarle. ¿Saben qué, señores? He aquí lo que haremos: dirijámonos todos ahora mismo a casa del jefe de Policía; él es nuestro taumaturgo: basta con que guiñe el ojo al pasar junto al puesto de pescado o una cantina, y ya verán qué atracón nos daremos. Y una ocasión como ésta también la aprovecharemos para jugar una partida de *whist*.

Nadie pudo rechazar una proposición semejante. La sola mención del puesto de pescado abrió el apetito de los testigos. Acto seguido, todos cogieron sus gorras y sombreros; la jornada de trabajo había acabado.

Cuando pasaron por las oficinas, Iván Antónovich, Cara de Jarro, se inclinó cortésmente y dijo a Chíchikov en voz baja:

—Ha comprado usted campesinos por valor de cien mil rublos, pero por nuestros esfuerzos no nos ha pagado más que un mísero billete de veinticinco[83].

—Pero ¿de qué campesinos habla? —murmuró Chíchikov, a modo de respuesta—. Son delincuentes y gente de lo más insignificante, no cuestan ni la mitad. —Iván Antónovich entendió que el visitante era un hombre de carácter firme y que no aflojaría nada más.

—¿Cuánto pagó por las almas de Pliushkin? —le susurró Sobakévich al otro oído.

—¿Qué hacía la Gorrión en la lista? —replicó este último.

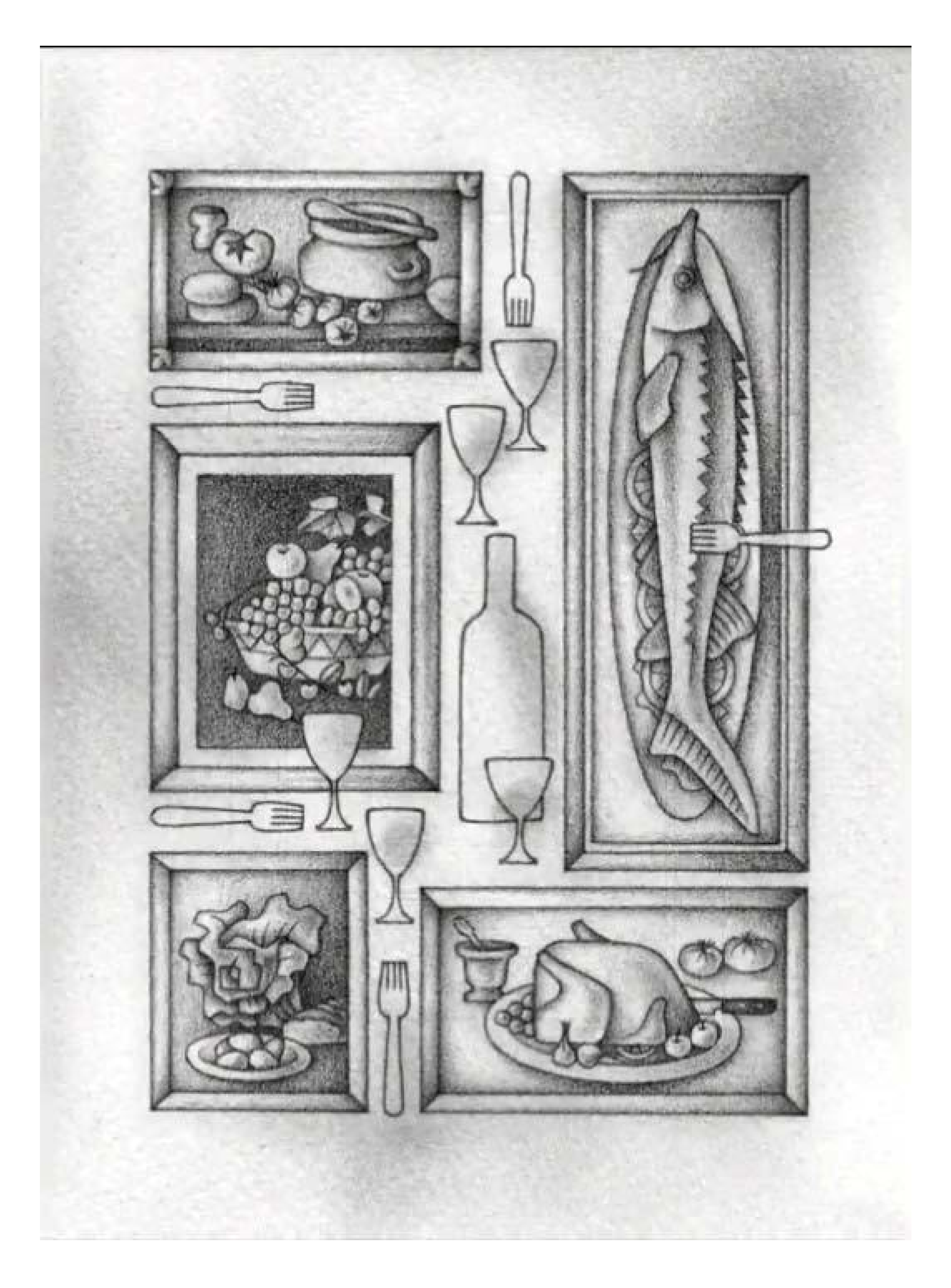
—¿Qué Gorrión? —dijo Sobakévich.

—Esa mujer, Yelizavet Gorrión; además, suprimió del nombre la letra *a* final.

—No, no inscribí a ninguna Gorrión —contestó Sobakévich, que se unió al resto del grupo a toda prisa.

Los invitados llegaron finalmente en tropel a casa del jefe de Policía. Este hombre, en efecto, obraba milagros. En cuanto supo de qué se trataba, llamó a un oficial de policía del barrio, un joven despierto con botas altas de charol. Pareció que le susurraba al oído sólo dos palabras y añadió: «¿Entendido?». Y, mientras los invitados jugaban al *whist*, vieron aparecer, en la mesa de al lado, beluga, esturión, salmón, caviar prensado, caviar recién salado, arenques, esturión estrellado, quesos, lenguas ahumadas y lomos de esturión curado; todo procedente de los puestos de pescado. Luego hubo aportaciones del anfitrión, productos de la cocina: una empanada de cabeza de pescado, acompañada de los cartílagos y las mejillas de un esturión que pesaba por lo menos nueve *puds*, otra empanada de setas, pastelillos, buñuelos y compota de fruta con miel. El jefe de Policía era, en cierto modo, el padre y benefactor de la ciudad. Entre los ciudadanos se sentía como en familia e iba y venía a las tiendas y al mercado como a su propia despensa. En general, estaba, como se suele decir, en su elemento y entendía a la perfección cuál era su deber. Incluso sería difícil decir si había sido creado para el cargo o el cargo se había

creado para él. Manejaba los asuntos con tanta inteligencia que se sacaba un sueldo el doble de cuantioso al de todos sus predecesores y, al mismo tiempo, se había granjeado el afecto de toda la ciudad. Los comerciantes más importantes lo apreciaban precisamente porque no era orgulloso; en efecto, protegía a sus hijos, compadreaba con ellos y, aunque a veces los despellejaba vivos, lo hacía con una habilidad extraordinaria: daba palmaditas a la espalda, estallaba en una risotada, ofrecía un té y prometía ir a jugar una partida de damas, se interesaba por todo, cómo iban los negocios, de esto y aquello… Si sabía que alguien tenía un hijo enfermo, le aconsejaba algún remedio; ¡en pocas palabras, un hombre excepcional! Cuando pasaba en coche, de inspección, tenía una palabra para todos y cada uno de ellos: «¡Eh, Mijéi! ¡A ver cuándo acabamos de echar la partida!». «Sí, Alekséi Ivánovich, a ver cuándo la acabamos», respondía el otro, quitándose el sombrero. «Eh, hermano, Iliá Paramónich, ven a verme a casa y te enseño mi trotón: lo haré correr con el tuyo, a ver cuál es más veloz; hagamos la prueba». El comerciante, que estaba loco por su caballo, al oír estas palabras se echaba a reír, como se suele decir, alborozadamente y, acariciándose la barba, decía: «Lo haremos, Alekséi Ivánovich». Incluso todos los tenderos, gorro en mano, se cruzaban miradas de simpatía, como si dijeran: «¡Qué hombre tan bueno es nuestro Alekséi Ivánovich!». En resumen, había conquistado una enorme popularidad, y la opinión de los mercaderes era que Alekséi Ivánovich «si bien toma para sí lo ajeno, no te deja en la estacada».



Al observar que la mesa ya estaba puesta, el jefe de Policía propuso a los invitados acabar la partida de *whist* después del almuerzo, y todos pasaron a la otra sala de donde salían unos aromas que desde hacía rato cosquilleaban las narices de los invitados y a cuya puerta Sobakévich

echaba ojeadas furtivas, pues desde lejos había distinguido un esturión que, apartado, reposaba sobre una gran bandeja. Los invitados, después de atizarse una copa de vodka de un oscuro color aceituna, de esa tonalidad que sólo se aprecia en las piedras transparentes de Siberia que en Rusia se utilizan para hacer sellos de lacre, tomaron al asalto la mesa por todos los flancos, tenedor en mano, y cada uno manifestó, como se suele decir, su carácter e inclinaciones, atacando quién el caviar, quién el salmón, quién el queso. Sin prestar atención a esas menudencias, Sobakévich se plantó delante del esturión y, mientras todos bebían, hablaban y comían, en apenas un cuarto de hora lo devoró entero, de modo que cuando el jefe de Policía se acordó del esturión y dijo: «¿Y qué me dicen, señores, de esta obra de arte de la naturaleza?», mientras avanzaba, tenedor en mano, junto con todos los demás, vio que de aquella obra de arte de la naturaleza no quedaba más que la cola; Sobakévich, se hizo el distraído, como si la cosa no fuera con él, se acercó a un plato en el otro extremo de la mesa y clavó el tenedor en un pececillo seco. Después de haber dado buena cuenta del esturión, Sobakévich se sentó en una butaca y ya no comió ni bebió más, se limitó a entrecerrar los ojos y a parpadear. Al jefe de Policía, a todas luces, no le gustaba escatimar vino: los brindis no tenían fin. El primero se hizo, como los lectores habrán adivinado, a la salud del nuevo terrateniente de Jersón; luego se brindó por la prosperidad de los campesinos y por su feliz traslado, más tarde por la salud de la futura esposa, una belleza, lo cual hizo aflorar una agradable sonrisa a los labios de nuestro héroe. Lo cercaron por todos lados y comenzaron a suplicarle de una forma convincente que se quedara al menos un par de semanas en la ciudad:

—¡No, Pável Ivánovich! ¡Haga lo que quiera, pero esto es como abrir la puerta de una isba sólo para dejar que entre el frío! ¡Asoma la nariz y ya nos da la espalda! ¡No, quédese una temporada con nosotros! Ya verá, lo casaremos: ¿no es verdad, Iván Grigórievich, que lo casaremos?

—¡Lo casaremos, lo casaremos! —secundó el presidente—. ¡Por mucho que se defienda con brazos y piernas, lo casaremos! ¡No, amigo, usted vino a parar aquí, así que ahora no se queje! No nos gusta bromear.

—¿Por qué tendría que defenderme con brazos y piernas? —respondió Chíchikov, esbozando una sonrisita—. El matrimonio no es algo que…

Pero falta la novia.

—Habrá novia, ¡cómo no! ¡Tendrá todo lo que quiera!

—En ese caso…

—¡Bravo, se queda! —gritaron todos—. ¡Viva, hurra, Pável Ivánovich! ¡Hurra!

Todos quisieron brindar con él y se acercaron a Chíchikov, copa en mano. Chíchikov entrechocó su copa con la de todos. «¡Otro, otro!», decían los más temerarios, y brindaron de nuevo; hubo un tercer brindis y, en un abrir y cerrar de ojos, todos se sintieron extraordinariamente alegres. El presidente, un hombre de lo más encantador cuando se achispaba, abrazó varias veces a Chíchikov y exclamó, en un momento de efusión sincera: «¡Alma mía! ¡Mamita mía!», e incluso, chasqueando los dedos, se puso a bailar a su alrededor, canturreando la conocida canción: «Un paso aquí, un paso allá, así se baila la *kamárinskaia*[84]». Después del champán, descorcharon un vino de Hungría que enardeció aún más los ánimos y deleitó a la concurrencia. Se olvidaron definitivamente de la partida de *whist*; discutieron, gritaron, hablaron de todo: de política, de arte militar, e incluso formularon pensamientos libres por los cuales, en otro momento, habrían azotado a sus propios hijos. Resolvieron al instante un sinfín de cuestiones de lo más complejas. Chíchikov nunca se había sentido tan alegre, se imaginaba convertido ya en un auténtico terrateniente de Jersón, hablaba de varias mejoras, de un sistema de rotación de cultivos en tres campos, de la felicidad y de la beatitud de dos almas unidas y se puso a recitar a Sobakévich la carta en verso de Werther a Charlotte[85], mientras que el otro respondió parpadeando sentado en la butaca, ya que después del esturión le habían entrado muchas ganas de dormir. Chíchikov entendió que comenzaba a desenfrenarse más de la cuenta, pidió un coche y utilizó el carruaje del procurador. El cochero, según se constató durante el trayecto, era un mozo curtido, pues conducía con una sola mano y, con la otra, tendida hacia atrás, aguantaba al señor. De esta guisa, Chíchikov llegó a la posada donde, suelto de lengua, estuvo largo rato profiriendo toda suerte de tonterías: una novia rubia con las mejillas sonrosadas y un hoyuelo en la derecha, los pueblos de Jersón, la inversión de capitales. Selifán incluso recibió la orden de congregar a todos los campesinos recién reasentados

para pasar lista en persona. Selifán, en silencio, lo escuchó un buen rato y luego salió de la habitación, después de decirle a Petrushka: «Muévete, desviste al señor». Petrushka se puso a tirarle de las botas y faltó poco para que, junto con ellas, arrastrara al suelo al propio señor. Cuando por fin estuvo descalzo, el señor se desvistió como es debido y, después de revolverse un rato en la cama, que chirriaba implacablemente, se durmió como un auténtico terrateniente de Jersón. Entretanto, Petrushka sacó al pasillo los pantalones y el frac moteado color frambuesa y, después de colgarlo en una percha de madera, se puso a sacudirlo y cepillarlo, lo que levantó una nube de polvo que llenó todo el pasillo. Cuando se disponía ya a descolgarlo, lanzó una mirada abajo desde la galería y vio a Selifán que volvía del establo. Sus miradas se cruzaron, y se entendieron sin hablar: «El señor duerme como un tronco, podríamos dejarnos caer por determinado sitio». Al instante, devueltos ya a su sitio el frac y los pantalones, Petrushka bajó, y los dos hombres, sin decir nada del propósito del viaje, bromearon por el camino de otras cosas. El paseo no fue largo: se limitaron a atravesar la calle en dirección al edificio que se encontraba enfrente de la posada y entraron por una puerta baja, acristalada y ennegrecida, que conducía a una suerte de semisótano donde, detrás de unas mesas de madera, se sentaba gente de lo más variopinta: con las barbas afeitadas y sin afeitar, con pellizas de oveja o simplemente en mangas de camisa, alguno incluso llevaba un capote de franela[86]. Sólo Dios sabe qué hicieron allí Petrushka y Selifán, pero salieron de allí al cabo de una hora cogidos del brazo, guardando un silencio absoluto, prestándose mucha atención y previniéndose mutuamente de tropezar en cualquier rincón. Mano con mano, sin separarse el uno del otro, les llevó un cuarto de hora subir la escalera hasta que finalmente llegaron arriba y entraron. Petrushka se detuvo un momento delante de su bajo camastro, preguntándose cuál era la forma más decorosa de acostarse y acabó por echarse totalmente de través, de modo que sus pies tocaban el suelo. Selifán se acostó en la misma cama, con la cabeza apoyada sobre la panza de Petrushka, olvidándose de que bajo ningún concepto debía dormir allí, sino en las estancias de la servidumbre, o en el establo cerca de los caballos. Los dos se durmieron al instante, levantando un ronquido de densidad inaudita, que era contestado por el

señor, desde la otra habitación, con un silbido sutil y nasal. Pronto, detrás de ellos, todo se calmó, y la posada se sumió en un sueño profundo; sólo una luz brillaba todavía en una ventanita, allí donde se alojaba el teniente llegado de Riazán, gran amante de las botas de caña alta, porque ya había encargado cuatro pares y se probaba una y otra vez el quinto. Se acercó varias veces a la cama con el fin de quitárselas y tumbarse, pero no podía hacerlo de ninguna de las maneras: las botas, es verdad, estaban cosidas magníficamente y aún estuvo un buen rato con la pierna levantada en el aire, examinando, infatigable, el tacón confeccionado de maravilla.

Capítulo octavo

Las compras de Chíchikov se convirtieron en motivo de comentario general. En la ciudad corrieron rumores, opiniones y especulaciones acerca de si era ventajoso comprar campesinos para trasladarlos a otras tierras. Por los dimes y diretes se veía que abundaban los expertos en la materia. «Desde luego que es así —afirmaban unos—, eso no admite discusión: las tierras de las provincias del sur son buenas y fértiles. Pero, sin agua, ¿qué será de los campesinos de Chíchikov? Porque allí no hay río, ¿verdad?». «Eso es lo de menos, Stepán Dmítrievich, que no haya agua es lo de menos. El traslado sí que son palabras mayores. ¡Bien sabemos cómo es el campesino! Lejos de su terruño, sin isba ni corral, con la tarea de labrar una tierra virgen… Huirá como que dos más dos son cuatro, pondrá pies en polvorosa y nunca más volverán a verle el pelo». «Permítame, permítame, Alekséi Ivánovich, no estoy de acuerdo con lo que dice. ¿Por qué tendrían que huir los campesinos de Chíchikov? El ruso es capaz de todo y se adapta a cualquier clima. Envíalo incluso a Kamchatka, dándole, eso sí, unas manoplas de invierno, y ya verá: dará un par de palmadas y, hacha en mano, se construirá una isba nueva». «Pero, Iván Grigórievich, pasaste por alto un punto esencial: ¿qué clase de campesinos son esos que ha adquirido Chíchikov? Un terrateniente jamás se deshace de un buen hombre. Me juego la cabeza a que, entre los campesinos de Chíchikov, quien no sea ladrón o un borracho empedernido será un holgazán o un pendenciero». «Sí, sí, estoy de acuerdo, es verdad: nadie vende a sus mejores hombres, y los de Chíchikov serán unos borrachines en toda regla; pero hay que valorar el aspecto moral. Eso también cuenta: el aspecto moral. Con un traslado a nuevas tierras, los bribones de hoy pueden transformarse en excelentes

súbditos. No escasean los ejemplos en este sentido: no sólo en la vida cotidiana, sino también a lo largo de la historia». «Nunca, nunca —objetaba el director de las fábricas estatales—, créame: eso es imposible. Pues los campesinos de Chíchikov tendrán que hacer frente a dos poderosos enemigos. El primero es la proximidad de las provincias de la Pequeña Rusia[87], donde, como se sabe, la venta de alcohol es libre. Al cabo de dos semanas, se lo aseguro, estarán borrachos como una cuba y no habrá modo de que se pongan en pie. El otro enemigo es la costumbre que adquirirán, a consecuencia del traslado, de una vida vagabunda. Sería, pues, necesario que Chíchikov los vigilara siempre muy de cerca y que los tratara con mano de hierro, que no les dejara pasar ni una y que, sin delegar en nadie, se ocupara en persona de dar puñetazos en los dientes y pescozones donde y cuando hiciera falta». «A ver, ¿por qué debería encargarse Chíchikov de este quehacer? Bien puede tener un intendente». «Sí, claro, vaya y encuéntrelo. ¡Son todos unos rastreros!». «Si son rastreros es porque los señores no se ocupan de su hacienda». «Es verdad —corroboraban muchos —. Si el terrateniente entiende algo de cómo hay que gestionar una hacienda, también sabrá distinguir a la gente y tendrá un intendente como es debido». A lo que el director replicó que, por menos de cinco mil rublos, era imposible dar con semejante pájaro. Pero el presidente aseguró que se podía tener un buen intendente incluso por tres mil. «¿Y de dónde lo sacará? —preguntó el director—. ¿De sus narices, quizás?». «No, de mis narices, no —respondió el presidente—. De nuestro propio distrito y, más concretamente, en la persona de Piotr Petróvich Samóilov. ¡Ése es el intendente que hace falta para los campesinos de Chíchikov!». Muchos se ponían en el pellejo de nuestro héroe, y las dificultades que entrañaba el traslado de una cantidad tan enorme de campesinos les horrorizaba. Les asaltó el temor incluso de que se produjera un motín en el seno de la tumultuosa chusma que conformaban los campesinos de Chíchikov. En ese punto, el jefe de Policía declaró que ese temor era infundado, que para prevenir cualquier revuelta estaba la autoridad del capitán de la policía del distrito, cuya gorra bastaba —sin necesidad de que su dueño se personara— para empujar a los campesinos, como ovejas de un rebaño, hasta su lugar de residencia. Muchos tenían su propia opinión sobre cómo se debía erradicar

el espíritu de sedición que poseía a los campesinos de Chíchikov. Había opiniones para todos los gustos: unas impregnadas de una severidad y de un rigor militar, casi excesivas; otras, por el contrario, destilaban indolencia. El jefe de Correos observó que Chíchikov tenía de ahora en adelante un deber sagrado, que podía convertirse —según su expresión— en una especie de padre para sus campesinos, a quienes podía iniciar incluso en los beneficios de la instrucción. De paso, elogió el sistema educativo de Lancaster, que predicaba la enseñanza mutua[88].

De este modo se razonaba y se hablaba en la ciudad, y fueron muchos los que, movidos por la simpatía, comunicaron personalmente a Chíchikov algunos de sus consejos, llegando incluso a ofrecerle escolta para garantizar el traslado de los campesinos. Nuestro héroe agradeció los consejos, afirmando que, en caso de que fuera necesario, no dudaría en recurrir a ellos, pero rechazó en redondo la escolta, declarando que no la necesitaba para nada, pues los campesinos que había adquirido se distinguían por su carácter extraordinariamente dócil, que estaban muy predispuestos al traslado y que una revuelta quedaba categóricamente excluida.

Todas estas conversaciones y otras reflexiones tuvieron, sin embargo, las consecuencias más favorables que Chíchikov pudiera esperar: corrió el rumor de que era, ni más ni menos, millonario. Los habitantes de la ciudad que, ya sin esto, tal como vimos en el primer capítulo, le profesaban un afecto sincero, después de semejantes cotilleos pasaron a quererlo aún más. A decir verdad, eran buena gente que vivía en armonía, entre ellos entablaban relaciones totalmente amistosas y sus conversaciones estaban marcadas por la sencillez y la intimidad: «¡Querido amigo Iliá Ilich!». «¡Escucha, hermano, Antipátor Zajárevich!». «¡Iván Grigórievich, madre mía, eso que dices es puro cuento!». Por lo que respecta a Iván Andrévich, cuando se dirigían a él, añadían siempre sin falta: «*Sprechen Sie Deitsch, IvánAndréich*?»[89]. En una palabra, reinaba una atmósfera muy familiar. No pocos de ellos gozaban de cultura: el presidente de la Cámara se sabía de memoria *Liudmila*, de Zhukovski[90], por aquel entonces casi una novedad, y recitaba de maravilla muchos pasajes, en especial: «Duerme el pinar, se aletarga el valle», y pronunciaba la interjección «¡chis!» de tal modo que, en efecto, se veía el valle dormido; para mayor verosimilitud, en

el momento en que declamaba incluso entrecerraba los ojos. El jefe de Correos se entregaba más a la filosofía y leía con ardor, incluso hasta entrada la noche, *Las noches*, de Young, y *De las fuerzas mágicas de la naturaleza*, de Eckartshausen[91], de las que solía apuntar largos pasajes, aunque nadie sabía cuáles eran. Era un hombre ocurrente, de lenguaje ampuloso, a quien le gustaba, como él mismo decía, *engalanar* sus discursos. Y los engalanaba, en efecto, con un sinfín de partículas variadas, como: «Muy señor mío, un tal y un cual, sabe usted, ya me entiende, figúreselo, en cierto modo, por lo que respecta a, por así decirlo, en cierto modo», y otros adornos del mismo tipo que volcaba a carretadas; adornaba, además, sus frases, con bastante acierto, de guiños y pestañeos de un ojo, lo que confería una causticidad de lo más peculiar a sus numerosas alusiones satíricas. Los otros eran más o menos ilustrados: alguno había leído a Karamzín[92], otro *Las noticias de Moscú*[93], y había quien no leía nada en absoluto. Algunos eran lo que llamamos unos *remolones*, a los que había que levantar de un puntapié para que se dignaran hacer algo; había quien sencillamente era un *marmota*, que se pasaba el día tumbado, como se suele decir, a la bartola y al que ni siquiera valía la pena hacer que se pusiera en pie: no movería un dedo ni por todo el oro del mundo. En cuanto a su respetabilidad, todos eran de fiar y entre ellos jamás había habido algún tísico. Todos eran de esa clase de hombres a los que sus mujeres, en el momento de las tiernas confidencias, llamaban: *barrigón, regordete, repolludo, morenazo, kikí, joujou*, etc. Pero, en conjunto, eran buena gente y de lo más hospitalaria, y quien hubiese compartido con ellos el pan y la sal[94] o pasado una tarde entera jugando al *whist* en su mesa se convertía en un amigo cercano; y, con más razón, Chíchikov, con sus cualidades y maneras encantadoras y su dominio del gran secreto de agradar a los demás. Se encapricharon tanto de él que no veía la manera de escabullirse de la ciudad. No oía decir más que: «¡Quédese una semanita más con nosotros, Pável Ivánovich!». En una palabra, como se suele decir, lo llevaban en palmitas. Pero era incomparablemente más notable el efecto (¡inaudito por completo!) que Chíchikov causaba en las damas. Para explicarlo en cierta medida, convendría hablar largo y tendido sobre las propias damas, sobre su sociedad, pintar con vivos colores, según la expresión en boga, las

cualidades de su alma. La tarea, sin embargo, se le antoja ardua al autor. Por una parte, le frena el infinito respeto que le inspiran las esposas de los dignatarios; por otra parte… Bueno, por otra parte, es simplemente difícil. Las damas de la ciudad de N. eran… No, de verdad, no puedo: me invade la timidez. Las damas de la ciudad de N., lo que tenían de sorprendente era que… Esto sí que es extraño: la pluma, inmovible, se me resiste, ¡como si fuera de plomo! No, está claro que, para transmitir su carácter, es mejor ceder el turno a aquéllos cuya paleta sea más viva y más dotada; tendremos que conformarnos con decir dos palabras sobre su apariencia, cuidándonos muy mucho de ir demasiado lejos. Las damas de N. eran lo que se califica de *presentables*. Por su manera de comportarse, por su buen tono, etiqueta, numerosas conveniencias en todas sus sutilezas y, en especial, por su seguimiento de la moda hasta en los más nimios detalles, superaban incluso a las damas de San Petersburgo y de Moscú. Vestían con mucho gusto, se paseaban por la ciudad en calesa, como dictaba la última moda, y detrás andaba bamboleándose un lacayo con librea y galones dorados. Sus tarjetas de visita, aunque estuvieran escritas en un dos de trébol o en un as de picas, eran para ellas lo más sagrado. Estas cartas estuvieron en el origen de la riña definitiva que tuvieron dos grandes amigas, e incluso parientes, pues una de ellas no devolvió una visita a la otra. Por mucho que se esforzaron luego maridos y familiares para reconciliarlas, resultó que todo se podía hacer en el mundo, salvo reconciliar a dos damas enfadadas por un incumplimiento de etiqueta. Las dos quedaron, según la expresión de la buena sociedad local, *en malquerencia mutua*. La cuestión de quién tenía preferencia también suscitaba un sinfín de escenas de lo más violentas, obligando a veces a los maridos, tan magnánimos como caballerescos, a intervenir. Nunca, desde luego, se batían en duelo, pues todos eran funcionarios civiles, pero los agravios arreciaban, lo que a menudo, como se sabe, es más penoso que cualquier duelo. En cuanto a las costumbres, las damas de la ciudad de N. se mostraban implacables, vibrando de noble indignación contra todo lo que se les antojaba vicio o tentación, castigando sin piedad la menor debilidad. Pero si alguna de ellas se permitía embarcarse en lo que se llama un devaneo, lo llevaba en el más riguroso secreto y de tal modo que nada trascendiera; las apariencias estaban a salvo,

y el marido estaba dispuesto, en caso de ser testigo del devaneo o de que lo pusieran al corriente, a responder con este breve y sabio proverbio: «Oír, ver y callar, recias cosas son de obrar». Hay que decir que las damas de la ciudad de N., a semejanza de muchas damas de San Petersburgo, se distinguían por la vigilancia y la corrección extremas en las palabras y expresiones que empleaban. Nunca decían: «Me soné la nariz», «sudé», «escupí», sino «me alivié la nariz», «tuve que recurrir a mi pañuelo». En ningún caso, convenía decir: «este vaso o este plato despide mal olor» ni nada que pudiera hacer alusión a ello; se limitaban a constatar: «Este vaso no se comporta bien» o algo por el estilo. Con el fin de ennoblecer aún más la lengua rusa, casi la mitad de su vocabulario se veía proscrito de las conversaciones, de ahí su necesidad tan asidua de recurrir al francés. En cambio, en la lengua francesa, era muy diferente: ahí se permitían el uso de palabras mucho más brutales que las que trataban de evitar en ruso a toda costa. He aquí, pues, lo que se puede decir de las damas de la ciudad de N., cuidándose muy mucho de ir demasiado lejos. Pero una observación más profunda nos permitiría descubrir muchas otras cosas. Sin embargo, es muy arriesgado sumergirse en los corazones de las damas; así que seguiremos ciñéndonos a lo superficial. Hasta entonces, éstas habían hablado poco de Chíchikov, aunque reconociendo, con toda justicia, sus buenas maneras. Pero, desde que había corrido el rumor de que era millonario, repararon también en otras cualidades. Por lo demás, no es que las damas fueran interesadas; la culpa de todo la tenía precisamente la palabra *millonario*, pues, sacos de monedas aparte, la mera sonoridad del vocablo encierra algo que actúa a la vez sobre los tunantes y la gente honesta; en una palabra, en todos por igual. El millonario tiene la ventaja de poder ver la ruindad en estado puro, desinteresada, desnuda, no sustentada en cálculo alguno: muchos son los que saben a la perfección que nada pueden recibir de él y que no tienen derecho a recibir nada, lo que no les impide volar a su encuentro, multiplicar las risas, quitarse el sombrero, conseguir aunque sea con ruegos hacerse invitar a la cena a la que asistirá el millonario. No se puede decir que las damas tuvieran esa tierna inclinación a la bajeza. Sin embargo, en los salones empezaron a decir que, si bien Chíchikov no era el hombre más apuesto del mundo, era tal como debe ser un hombre, de modo

que bastaría con que fuera un poco más grueso o corpulento para que ya no se viera bien. De paso, pusieron de vuelta y media a los hombres delgados, diciendo que no eran hombres, sino mondadientes. En los atuendos de las damas se añadieron muchos y variados complementos. Las galerías comerciales eran un hervidero de gente, incluso se formaban tumultos; parecía que era día de paseo, tal era la afluencia de carruajes por las calles. Para gran asombro de los comerciantes, éstos veían que lotes de telas traídos de la feria, y que no se habían vendido en su momento debido a su precio elevado, ahora, de repente, causaban furor y se los arrancaban de las manos. Una dama fue a misa con un vestido abombado cuyo aro en la parte inferior de la falda ocupaba la mitad de la iglesia, hasta el punto de que el comisario allí presente dio orden a la concurrencia de fieles para que retrocedieran hasta el atrio, a fin de que el ropaje de Su Excelencia no se arrugara. Ni siquiera a Chíchikov le pasó desapercibida del todo la atención extraordinaria de la que era objeto. Un día, al volver a sus aposentos, encontró una carta sobre la mesa. Fue imposible averiguar de dónde procedía y quién la había traído: el mozo de la posada declaró que alguien la había dejado, persuadiéndole de que guardara silencio. La carta empezaba con mucha decisión, precisamente así: «¡No, tengo que escribirte!». Luego afirmaba que existía una secreta afinidad entre sus almas, verdad sellada con varios puntos suspensivos que ocupaban casi medio renglón. Se sucedían algunos pensamientos de tan admirable sapiencia que estimamos casi imprescindible citarlos a continuación: «¿Qué es nuestra vida? Un valle de lágrimas. ¿El mundo? Una multitud de gente insensible». En la misiva se precisaba que empapaba las líneas escritas con las lágrimas vertidas en recuerdo de su tierna madre cuyo paso por este mundo había concluido veinticinco años antes. Invitaba a Chíchikov a seguirla hasta el desierto a fin de abandonar para siempre la ciudad, donde la gente, prisionera entre muros sofocantes, se ahoga. El final de la carta rozaba el colmo de la desesperación y concluía con los siguientes versos:

Dos tórtolas te llevarán
hasta mis gélidas cenizas,
y, entre arrullos, te dirán

que morí bañada en lágrimas.

El último verso no seguía la métrica, pero, qué más da, se ceñía al gusto de la época[95]. Ninguna firma figuraba al pie de la nota: ni nombre ni apellido, también se omitían el día y el mes. En un *post scriptum* se señalaba sin más que el corazón de Chíchikov sabría desvelarle quién era la autora y que al día siguiente estaría presente en carne y hueso en el baile del gobernador.

Se quedó enormemente intrigado. El mensaje anónimo era tan cautivador y despertaba tanto su curiosidad que lo releyó por segunda y tercera vez, y acabó por decirse: «¡Me gustaría saber, no obstante, qué aspecto tiene quien lo escribió!». En una palabra, no era cosa de tomar a broma. Se pasó más de una hora reflexionando en ello y, por último, la cabeza gacha y los brazos abiertos en un gesto de impotencia, concluyó: «¡Es una carta escrita con un estilo florido, muy florido!». Luego, huelga decirlo, la carta fue doblada y depositada en el cofrecillo, en compañía del cartel de teatro y de una invitación de boda que llevaba siete años guardada en el mismo lugar y en la misma posición. Poco después, le llevaron, en efecto, una invitación para el baile del gobernador, acontecimiento de lo más habitual en las ciudades de provincia: quien dice *gobernador* dice *baile*, pues no hay otro modo de granjearse el afecto y el respeto de la nobleza.

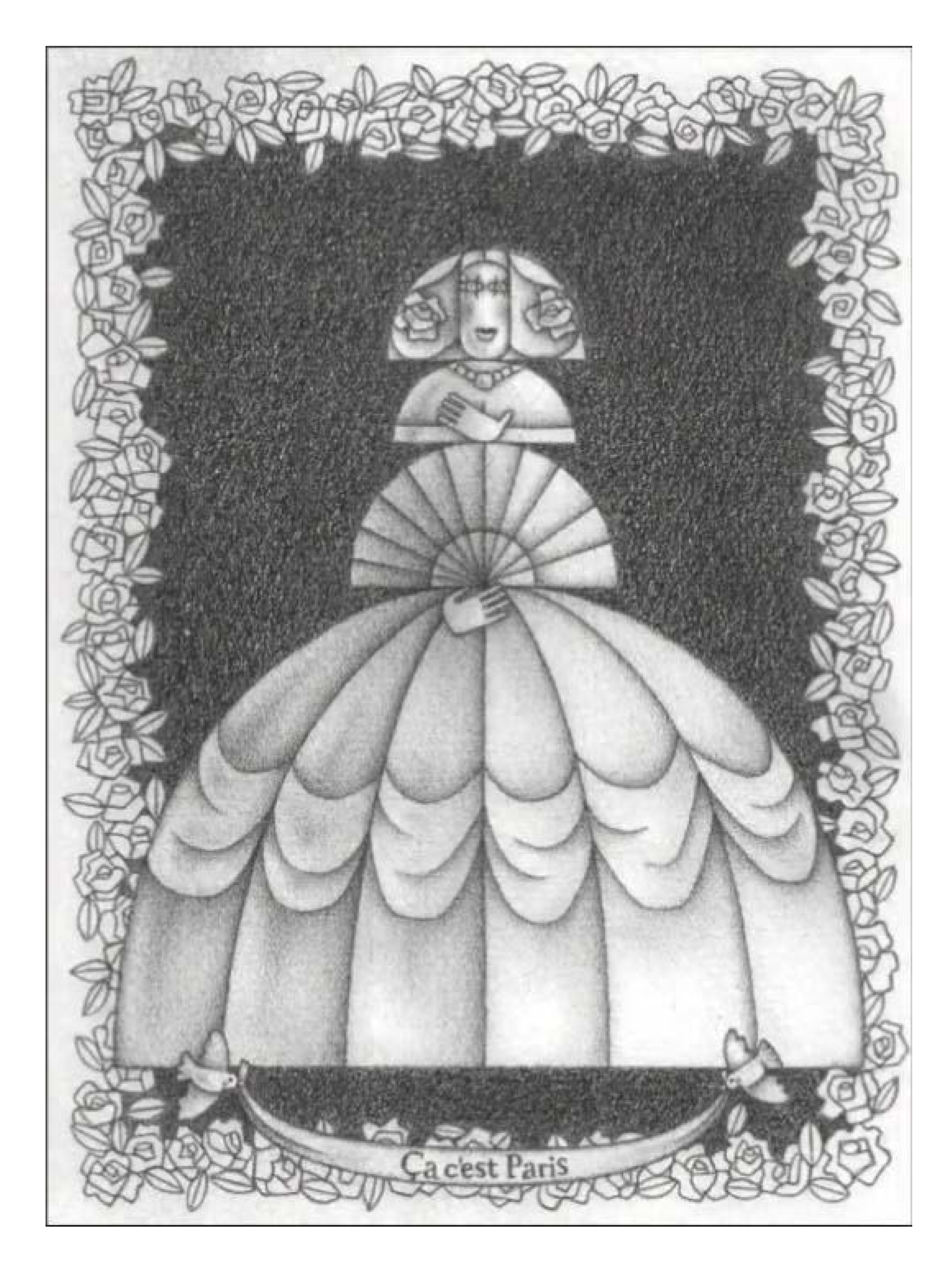
Al momento todo fue dejado y aplazado para más tarde, pues los preparativos para el baile acapararon toda la atención. Chíchikov, a decir verdad, tenía más de un motivo que lo aguijaban y lo incitaban a ello. Es posible que, desde que el mundo es mundo, nadie haya dedicado tanto tiempo a acicalarse. Dedicó toda una hora a inspeccionar su rostro delante del espejo. Ensayó un sinfín de expresiones diferentes: grave y seria, respetuosa acompañada de una ligera sonrisa o respetuosa sin sonrisa; dirigió al espejo numerosas reverencias acompañadas de sonidos indistintos, que parecían en parte franceses, si bien ni siquiera conocía los rudimentos de esa lengua. Hizo incluso muchos gestos de agradable sorpresa, arqueando las cejas y frunciendo los labios, permitiéndose incluso algunos mohines con la lengua. En fin, ¿qué no se hace en soledad, cuando

uno siente, además, que está de buen ver, sobre todo cuando está seguro de que ningún ojo acecha en la rendija de la puerta? Por último, se palmoteó ligeramente la barbilla y se dijo: «¡Ah, he aquí una cara como Dios manda!» y empezó a vestirse. Entretanto, lo acompañaba un estado de ánimo excelente: al ajustarse los tirantes y anudarse la corbata, saludó y se inclinó de un modo de lo más grácil y, aunque no era en absoluto danzarín, ejecutó un *entrechat*, cuya consecuencia —por lo demás, inocente— fue hacer que temblara la cómoda y que cayera un cepillo de la mesa.

En el baile, la llegada de Chíchikov causó sensación. Todos los presentes se dirigieron a su encuentro: alguno con las cartas en las manos todavía, en medio de una partida; otro, que manifestaba en el momento culminante de la conversación: «A esto el tribunal de primera instancia responde… —Dejó plantado allí al tribunal y se precipitó a saludar a nuestro héroe—: ¡Pável Ivánovich! ¡Ay, Dios mío, Pável Ivánovich! ¡Estimado Pável Ivánovich! ¡Respetabilísimo Pável Ivánovich! ¡Querido amigo, Pável Ivánovich! ¡Así que aquí está usted, Pável Ivánovich! ¡He aquí nuestro Pável Ivánovich! ¡Permítale que le abrace, Pável Ivánovich! ¡Venga por aquí, que le doy un beso, mi querido Pável Ivánovich!». Chíchikov se sintió apretujado entre diferentes brazos. Apenas se liberó del achuchón del presidente, cuando sufrió el del jefe de Policía, quien lo cedió al inspector de Sanidad, este último al arrendatario de servicios públicos, quien lo pasó al contratista y éste al arquitecto… El gobernador, entretanto, se encontraba junto a las damas, sosteniendo en una mano un envoltorio de bombón y, en la otra, un perrito de lanas. Al ver a nuestro héroe, dejó en el suelo tanto el envoltorio como el perrito; sólo el segundo soltó un quejumbroso gañido. En una palabra, la llegada de Chíchikov fue motivo de alegría y de un alborozo inusitado. No había un rostro en el que no se leyera el deleite o, por lo menos, el reflejo de una satisfacción general, como se ve en las caras de los funcionarios cuando un jefe viene a pasar inspección: pasado el primer momento de susto, notan que muchas cosas le gustan, y él mismo se permite hacer una broma, es decir, que pronuncia algunas palabras con una risilla afable. Enseguida, el círculo de sus más cercanos subordinados se ríe el doble; los que no lo han oído bien ríen a carcajadas; por último, obedeciendo a las invariables leyes del reflejo, los que se

encuentran cerca de la puerta —un policía, por ejemplo, que nunca se ha reído en su vida y que un instante antes enseñaba el puño a la muchedumbre — esbozan una sonrisa que, a decir verdad, se asemeja más a la mueca del hombre que estornuda después de aspirar una pulgarada de tabaco fuerte. Nuestro héroe se sentía particularmente inspirado y respondía a todos y cada uno de ellos: saludó a izquierda y derecha, un poco inclinado, según su costumbre, pero con soltura, de manera que cautivó a todos. Las damas formaron a su alrededor una esplendorosa guirnalda envolviéndolo en una nube de deliciosos perfumes: una olía a rosas, otra a primavera y a violetas, y una tercera estaba impregnada de aroma a reseda, y Chíchikov no hacía más que levantar la nariz para aspirar esas fragancias. Sus vestidos rivalizaban a porfía en cuanto a exquisitez: muselinas, rasos, tafetán en los colores de moda, esas tonalidades pastel cuyo nombre no se sabría encontrar, hasta tal punto llegaba el refinamiento en el gusto. Lazos de cintas y ramilletes de flores revoloteaban por todas partes sobre los vestidos en el desorden más pintoresco, aunque para conseguirlo había tenido que esforzarse de lo lindo una cabeza ordenada. El ligero tocado apenas posado sobre una oreja parecía decir: «¡Eh, que echo a volar! ¡Lástima no poder levantar el vuelo junto con esta belleza y llevármela conmigo!». Los talles, bien ceñidos, y sus formas de lo más firmes y agradables eran un regalo para la vista (hay que precisar que las damas de la ciudad de N. eran más bien llenitas, pero se encorsetaban con tanto arte y tenían un trato tan agradable que era imposible ver su grosor). Ellas lo habían pensado y previsto todo, haciendo gala de una prudencia fuera de lo común; llevaban los hombros y el cuello descubiertos justo hasta donde era estrictamente necesario y no más allá. Cada una revelaba sus encantos hasta que sentía, por convicción propia, que eran susceptibles de causar la perdición de un hombre; el resto se ocultaba con un gusto extraordinario: aquí, una corbatita ligera hecha con una cinta o un chal más etéreo que el pastelillo conocido con el nombre de *beso* rodeaban sutilmente un cuello; allí, una de esas franjas de encaje con el borde dentado de fina batista, comúnmente llamadas *modestias*, caía por los hombros, fijada debajo del vestido. Esas *modestias* escondían, por delante y por detrás, aquello que no podía causar la perdición de un hombre, dejando a la imaginación lo que sí llevaba al

frenesí. Los largos guantes no alcanzaban del todo hasta las mangas, sino que permitían ver intencionadamente la parte del brazo más provocativa, apenas por encima del codo, que, en muchas de las damas, eran de una envidiable redondez. Algunas, por querer estirar demasiado los guantes, los habían desgarrado. Todo, en suma, parecía anunciar: «¡No, esto no es la provincia, es la capital, el mismísimo París!». Sin embargo, asomaban, aquí y allá, una cofia como nunca antes se haya contemplado en el mundo o una suerte de pluma de pavo real, contrarias a todas las modas, que delataban un gusto de lo más personal. Pero ¿qué se le va a hacer? Ésta es una cualidad inevitable de las ciudades de provincia: siempre aparece la nota discordante. Plantado ante las damas, Chíchikov se preguntaba: «¿Quién será la autora de la carta?». Y empinó la nariz para aspirar mejor. Pero contra esa nariz se restregaron toda clase de codos, puños, mangas, extremos de cintas, blusas y vestidos perfumados. Un *galop* desenfrenado cruzó toda la sala: la mujer del jefe de Correos, el capitán de la policía del distrito, la dama de la pluma azul, la dama de la pluma blanca, el príncipe georgiano Chipjaijilidzev, un funcionario de San Petersburgo, un funcionario de Moscú, el francés Monsieur Coucou, Perjunovski, Berebendovski[96]… Todos se levantaron y se dejaron llevar.



«¡Vaya! ¡Cómo se desboca la provincia!», masculló Chíchikov y retrocedió unos pasos. En cuanto las damas volvieron a su sitio, de nuevo empezó a observarlas: ¿no podría, por la expresión de su rostro o de una mirada, desenmascarar a la enigmática remitente? Pero ni los rostros ni las

miradas fueron de ayuda. En todas partes se percibía una sensación apenas manifestada, ¡un no sé qué tenue y sutil…! «No —se dijo Chíchikov—, las mujeres, definitivamente… —Y, en este punto, incluso hizo un gesto de desdén—: Venga, intenta decir o transmitir todo lo que corre por sus rostros, cuando no son más que insinuaciones y reticencias. Cualquier esfuerzo será en vano. Sus solos ojos son un imperio infinito y quien se aventure dentro de ellos desaparecerá sin dejar rastro, ni un gancho podrá sacarlo de allí. Prueba, por ejemplo, a describir aunque sólo sea su brillo: húmedo, aterciopelado, azucarado. ¡Dios sabe qué más todavía! Dura, suave e incluso lánguida o, como se dice a veces, voluptuosa, o no voluptuosa, pero que se te engancha al corazón y te hace vibrar el alma como el arco de un violín. No, no se encuentran palabras: es la mitad *galante* del género humano, ¡eso es todo!».

¡Pido disculpas! Parece que de los labios de nuestro héroe ha alzado el vuelo una de esas palabritas que corren por la calle. ¿Qué se le va a hacer? ¡En nuestra Rusia, ésta es la suerte del escritor! Por lo demás, si una palabra de la calle acaba en un libro, la culpa no es achacable al escritor, sino a los lectores y, sobre todo, a los lectores de la alta sociedad: ellos son los primeros a los que nunca oiréis pronunciar una sola palabra rusa decente. ¡Ah, no, pero, en cambio, os soltarán, en la cantidad que gustéis, palabras en francés, en alemán, en inglés, respetando todas las pronunciaciones habidas y por haber! En francés, nasalizan y pronuncian la erre gutural, mientras que en inglés gorjean como un pájaro, confiriendo a su fisonomía aspecto de avecilla e incluso se ríen de quienes no son capaces de hacerlo. Pero, en cuanto al ruso, nada de nada, a no ser que se hagan construir en el campo, quizá por patriotismo, una isba al estilo tradicional. Así es el lector de alta condición y, en pos de ellos, así actúan todos los que pretenden formar parte de ella. ¡Y al mismo tiempo se muestran puntillosos! Exigen que todo esté escrito en la lengua más pulida, depurada y noble; en una palabra, reclaman que el idioma ruso les caiga del cielo, elaborado como es debido, y que se deposite directamente en su lengua, de manera que sólo tengan que abrir la boca para desembucharlo. Desde luego, la parte femenina del género humano es complicada; pero los honorables lectores, hay que admitirlo, lo son todavía más.

Chíchikov, entretanto, se desesperaba en su intento de averiguar cuál de las damas presentes era la autora de la carta. Tras esforzarse en aguzar la mirada, advirtió que las damas, por su parte, manifestaban algo que insuflaba esperanza y que dejaba presagiar dulces tormentos para el corazón de un pobre mortal, de modo que acabó por decir: «¡No, es imposible adivinarlo!». Esto, sin embargo, no afectó un ápice a su jubiloso estado de ánimo. Ágil y desenvuelto, intercambiaba palabras agradables con algunas damas, se acercaba a una o a otra con paso corto y apresurado o iba, como se suele decir, a paso de gallina, a semejanza de esos viejos garbosos, encaramados a unos tacones altos, a los que se suele llamar *ratas zalameras* y a los que nadie hace sombra en cuanto a rondar a las damas. A trote cochinero, con unas vueltas muy graciosas a derecha e izquierda, Chíchikov arrastraba el piececito y trazaba en el suelo algo que parecía un rabito o una coma. Las damas estaban muy contentas y no sólo le encontraron un raudal de amables cualidades, sino que incluso creyeron distinguir en su rostro una expresión majestuosa, ese aire militar y marcial que, de todos es sabido, tanto gusta a las mujeres. Incluso empezaron a reñir un poco por él: al notar que se detenía con frecuencia cerca de la puerta, algunas se empecinaban a toda prisa en ocupar una silla cuanto más cerca de la puerta mejor y, cuando una de ellas tuvo la suerte de adelantarse a las otras, por poco no se produjo un incidente desagradabilísimo, ya que muchas de las que deseaban hacer lo mismo juzgaron semejante insolencia extremadamente impúdica.

Chíchikov se dejó absorber tanto por sus conversaciones con las damas —o, mejor dicho, las mujeres lo ocuparon y marearon tanto con sus chácharas, vertiéndole carretadas de alegorías de lo más sutiles y alambicadas que se debían descifrar, lo que hacía que se le empapara la frente de sudor— que el hombre se olvidó de cumplir con el deber que impone la buena educación, es decir, acercarse antes que nada a saludar a la señora de la casa. No se acordó hasta que oyó la voz de la esposa del gobernador, plantada delante de él desde hacía algunos instantes. Con un tono afectuoso e incluso un poco socarrona, asintiendo con un agradable movimiento de cabeza, ella le dijo: «¡Ah, Pável Ivánovich, cómo es usted…!». No puedo transmitir con exactitud sus palabras, pero dijo algo con gran amabilidad, al estilo de las damas y de los caballeros que pueblan

los relatos de nuestros escritores de sociedad, a los que les encanta describir salones y jactarse de conocer las sutilezas del buen tono; dijo algo así como: «¿Es posible que hayan conquistado su corazón hasta el punto de que no quede lugar, ni el más mínimo rinconcito, para las que ha olvidado sin piedad?». Nuestro héroe se giró enseguida hacia la esposa del gobernador, dispuesto a ofrecerle una respuesta en absoluto peor que las de Zvonski, Linski, Lidin o Griomin[97] y otros ingeniosos militares, cuando, al levantar de improviso los ojos, se detuvo en seco, como fulminado por un rayo.

La esposa del gobernador no estaba sola: llevaba del brazo a una jovencita de dieciséis años, rubia y fresca como una rosa, de rasgos finos y bien formados, con la barbilla afilada, cuya cara formaba un encantador óvalo tan perfecto que habría podido servir de modelo para el retrato de una Madona, lo que en muy contadas ocasiones se encuentra en Rusia, donde todo tiende a mostrarse en tamaño grande: montañas, bosques, estepas, rostros, labios y pies; era la misma rubia que se había encontrado por el camino cuando salía de casa de Nozdriov, cuando, por estupidez del cochero o de los caballos, los carruajes chocaron de manera tan extraña que sus arreos se enredaron, y tío Mitiái y tío Miniái tuvieron que afanarse en poner orden. Chíchikov se quedó tan turbado que no pudo articular ni una sola palabra con tino y musitó el diablo sabe qué, algo que bajo ningún concepto habrían dicho ni Griomin, ni Zvonski, ni Lidin.

—¿No conoce a mi hija? —preguntó la mujer del gobernador—. Acaba de terminar sus estudios.

Él respondió que había tenido el gusto de conocerla por casualidad. Trató de añadir algo más, pero no le salió nada. La mujer del gobernador, después de decir dos o tres palabras más, se fue finalmente con su hija al otro extremo de la sala, con otros invitados, mientras que Chíchikov se quedó petrificado en el mismo sitio, como el hombre que sale alegremente a pasear con los ojos predispuestos a contemplarlo todo y de golpe se queda inmóvil al recordar que ha olvidado algo. Y, entonces, no puede haber algo más estúpido que ese individuo: en un instante, la expresión de despreocupación desaparece volando de su rostro; el hombre trata de recordar lo que ha olvidado: ¿será el pañuelo? Pero está en su bolsillo. ¿Será el dinero? Pero ahí está, también junto al pañuelo. Parece que lo lleva

todo encima y, sin embargo, algún espíritu desconocido le susurra al oído que ha olvidado algo. Y ahí está, desorientado y confuso, contemplando a la muchedumbre animada delante de él, los carruajes que pasan volando, los morriones y los fusiles de un regimiento que desfila, un letrero, y no hay nada que distinga bien. De la misma manera, Chíchikov se sintió súbitamente ajeno a todo cuanto acontecía a su alrededor. Mientras tanto, los labios perfumados de las damas le dirigían un raudal de alusiones y preguntas, impregnadas de gran refinamiento y amabilidad: «¿Nos es permitido a nosotras, pobres criaturas terrenales, tener la audacia de preguntarle en qué piensa?»; «¿Dónde se encuentran esos lugares maravillosos por los que revolotea su pensamiento?»; «¿Podemos saber el nombre de la mujer que lo ha sumido en ese dulce valle de ensueño?». Pero a todas respondió con una resuelta desatención, y las frases amables desaparecieron como arrojadas al mar. Su descortesía llegó hasta el punto de que se separó enseguida de ellas, deseoso de ver adónde había ido la mujer del gobernador con su hija. Las damas, al parecer, no querían dejar que se marchara tan pronto; cada una de ellas decidió en su fuero interno utilizar toda clase de armas, tan peligrosas para nuestros corazones, y poner en juego sus mejores recursos. Cabe señalar que algunas damas —y digo algunas, no todas— tienen una pequeña debilidad: si observan que tienen algo particularmente bonito, ya sea la frente, la boca o las manos, se persuaden de que esa mejor parte de ellas es lo primero que salta a la vista y que todos dirán al unísono: «¡Mirad, mirad qué magnífica nariz griega tiene!», o: «¡Qué frente tan correcta y encantadora!». Y la que tiene los hombros bonitos está convencida de antemano de que todos los jóvenes se quedarán extasiados y repetirán, cuando pase por delante de ellos: «¡Ah, qué hombros tan maravillosos tiene!», sin fijarse en la cara, el cabello, la nariz o la frente, y si reparan en ellos será juzgándolos secundarios. Así piensan ciertas damas. Cada una se había prometido a sí misma mostrarse, en el baile, lo más encantadora posible y exhibir con todo su esplendor la superioridad de todo lo que tenía superior. La mujer del jefe de Correos, al bailar el vals, inclinaba con tanta languidez la cabeza que daba la impresión de ser realmente una criatura etérea. Una mujer simpatiquísima, que no había ido para bailar, ya que se le había presentado una pequeña

incommodité en forma de guisante en el pie derecho y que la había obligado incluso a ponerse botas de terciopelo, no se pudo reprimir, pese a todo, y dio algunas vueltas, con sus botas de terciopelo, con el único fin de que a la esposa del jefe de Correos no se le subieran demasiado los humos.

Nada de esto, sin embargo, causó la impresión prevista en Chíchikov. Ni siquiera miraba las vueltas que daban las damas; sin cesar se ponía de puntillas y buscaba por encima de las cabezas dónde podía haberse metido la encantadora rubia; se agachaba también y miraba entre espaldas y hombros, hasta que por fin sus esfuerzos se vieron recompensados: la vio, sentada junto a su madre, por encima de la cual oscilaba majestuosamente un turbante oriental de plumas. Se habría podido pensar que las quería tomar al asalto. Bien porque el estado de ánimo primaveral le influyera, bien porque le empujaran por detrás, el caso es que se abrió paso muy decidido, a pesar de todos los obstáculos; el contratista recibió un empujón tan fuerte que se tambaleó y mantuvo el equilibrio sobre un pie; de no ser así, por supuesto, habría hecho que toda una hilera de invitados se cayera; el jefe de Correos también retrocedió y miró a Chíchikov con una fascinación mezclada con una ironía bastante fina, pero nuestro héroe no los miró; sólo veía a lo lejos a la rubita, que se estaba poniendo un guante largo, y, sin duda, ardía en deseos de lanzarse a volar por el entarimado. A un lado, cuatro parejas estaban formando la mazurca[98]; los tacones golpeaban contra el suelo, y un capitán asistente del Ejército se afanaba en cuerpo y alma, con brazos y piernas, improvisando unos pasos que nadie se atrevería a soñar. Chíchikov se deslizó por el lado de la mazurca, casi rozando los talones, y fue directamente hacia el lugar donde estaba sentada la mujer del gobernador con su hija. No obstante, se acercó con mucha timidez, sin dar esos pasitos animados y coquetos, incluso un poco desconcertado, y en todos sus movimientos se hizo visible cierta torpeza.

No se puede afirmar con seguridad que en nuestro héroe se hubiera despertado el sentimiento del amor, incluso es dudoso que un señor de esa clase, es decir, de los que no son gordos pero tampoco flacos, fuese capaz de amar; aun así, experimentaba un fenómeno extraño, que ni él mismo se habría podido explicar; le parecía, como confesó después, que todo el baile, con todo el ruido y el susurro de conversaciones, había quedado unos

instantes relegado a lo lejos: los violines y las trompetas vibraban en lontananza, detrás de las montañas, todo estaba envuelto en una niebla parecida al paisaje de un cuadro mal ejecutado. Y de ese paisaje brumoso y abandonado emergían, nítidos y perfectamente acabados, los delicados rasgos de la encantadora rubita: su carita redondeada como un óvalo, su talle fino, finísimo, como el de las colegialas durante los primeros meses después de acabar los estudios, su vestidito blanco, casi sencillo, que le ceñía ligera y acertadamente los miembros armoniosos de su joven cuerpo marcados por unas líneas puras. Parecía una suerte de juguete, esmeradamente cincelado en marfil; ella era la única que destacaba como una mancha blanca y se tornaba transparente y luminosa en medio de aquella turba confusa y opaca.

Al parecer, así ocurre en este mundo; por lo visto, también los Chíchikov, en algunos momentos de su vida, se vuelven poetas, si bien la palabra *poeta* quizá sea mucho decir. En cualquier caso, nuestro héroe sintió su alma como la de un joven, poco menos que la de un húsar. Al ver que al lado de ellas había una silla vacía la ocupó de inmediato. Al principio, la conversación no acababa de arrancar; luego, sin embargo, tiró adelante, y Chíchikov incluso se volvió arrogante, pero… aquí, con grandísima aflicción, cabe señalar que los hombres serios que ocupan cargos importantes resultan, en cierta medida, un poco pesados cuando conversan con las damas; en este quehacer, los expertos son los señores tenientes y nadie más que rebase el rango de capitán. Dios sabe cómo se las apañan; según parece, no dicen cosas demasiado profundas, pero las señoritas se balancean de la risa en la silla; en cambio, un consejero del Estado habla de Dios sabe qué: o da un discurso acerca de que Rusia es un país muy grande, o suelta un cumplido que, desde luego, no se le ocurre sin aplicar el ingenio, pero que despide un terrible tufo a libro; y, si cuenta alguna cosa divertida, siempre se ríe incomparablemente más que aquella que lo escucha. Si, en este punto, hacemos esta observación es con la intención de que los lectores vean por qué la rubita empezó a bostezar durante los relatos de nuestro héroe. Éste, sin embargo, no se dio cuenta en absoluto, y contó un sinfín de cosas agradables que ya había tenido ocasión de explicar en situaciones parecidas y en diferentes lugares; a saber: en la provincia de Simbirsk, en

casa de Sofrón Ivánovich Bespechni, donde entonces estaba su hija, Adelaida Sofrónovna, y tres cuñadas, María Gavrílovna, Aleksandra Gavrílovna y Adelaida Gavrílovna; en casa de Fiódor Fiódorovich Perekróiev, en la provincia de Riazán; en casa de Frol Vasílievich Pobedonosni, en la provincia de Penza, y en la casa del hermano de éste, Piotr Vasílievich, donde estaban su cuñada Katerina Mijáilovna y las primas segundas de ésta, Rosa Fiódorovna y Emilia Fiódorovna; en la provincia de Viatka, en casa de Piotr Varsonófevich, donde se encontraba la hermana de la nuera de este último, Pelagueia Yegórovna, con su sobrina Sofia Rostislavna y sus hermanastras Sofia Aleksándrovna y Maklatura Aleksándrovna[99].

A ninguna de las damas les gustó en absoluto esa conducta de Chíchikov. Una de ellas pasó adrede por su lado para hacerse notar e incluso rozó descuidadamente a la rubita con el pesado volante de su vestido y se las ingenió para arrearle en la cara con la punta de su chal, que revoloteaba alrededor de su espalda; al mismo tiempo, detrás de él, unos labios femeninos despidieron, junto con la fragancia a violeta, una observación cáustica y mordaz. Pero, o bien Chíchikov no la oyó en realidad, o bien hizo ver que no la había oído, lo que en cualquier caso estaba mal, pues hay que tener en cuenta la opinión de las damas; se arrepintió de ello, pero eso fue después, es decir, cuando ya era tarde.

Una indignación, justa en todos los sentidos, comenzó a dibujarse en muchos rostros. Por grande que fuera el peso de Chíchikov en aquella sociedad, por muy millonario que fuera y por mucho que su cara reflejara majestuosidad e incluso algo marcial y militar, hay cosas que las damas no perdonan a nadie, sea quien sea. ¡Y ya puede darse uno por perdido! Hay casos en que la mujer, por débil y frágil que sea su carácter en comparación con el del hombre, se vuelve de pronto más fuerte no sólo que los hombres, sino que cualquier otra cosa que pueda haber en este mundo. El desprecio mostrado por Chíchikov, aun sin ser intencionado, restableció incluso cierta avenencia entre las damas, una armonía que había estado a punto de echarse a perder con motivo de la insolente lucha que habían librado por ver quién de ellas ocupaba la silla. En las palabras secas e inocuas que Chíchikov pronunció sin prestar atención encontraron alusiones corrosivas. Para colmo

de todos los males, uno de los jóvenes compuso allí mismo unos versos satíricos sobre la sociedad presente en el baile y, como ya se sabe, de estas poesías no hay baile de provincia que se salve. Estos versos se atribuyeron inmediatamente a Chíchikov. La indignación fue en aumento, y las damas empezaron a hablar de él, en diferentes rincones de la sala, de la manera más desfavorable; la pobre muchacha que acababa de terminar sus estudios fue aniquilada sin contemplación, y su sentencia estaba ya firmada.

Entretanto, para nuestro héroe, se gestaba una sorpresa de lo más desagradable: mientras la rubita bostezaba, y él le iba contando historias ocurridas en diferentes épocas, e incluso mencionaba de pasada al filósofo griego Diógenes, entró Nozdriov por la habitación del fondo. No se sabe si se escapaba del bufet o del pequeño salón verde, donde se jugaban partidas con apuestas más altas que en el habitual *whist*, no se sabe si por propia voluntad o porque lo sacaban a empujones, pero el caso es que se presentó alegre, jovial, del brazo del procurador, de quien ya tiraba hacía un rato, pues el pobre hombre movía por todos lados sus tupidas cejas, como si ideara la manera de librarse de aquel amistoso viaje forzado. En efecto, la situación era insoportable. Nozdriov, armado con el valor que le habían infundido las dos tazas de té que se acababa de tomar, naturalmente no sin ron, mentía como un bellaco. Al verlo de lejos, Chíchikov decidió incluso sacrificarse, es decir, abandonar su envidiable posición y huir cuanto antes mejor: aquel encuentro no prometía nada halagüeño. Pero quiso la mala suerte que, en aquel instante, se presentara el gobernador manifestando su alegría insólita por encontrarse con Pável Ivánovich. Lo detuvo y le pidió que mediara en una discusión que mantenía con dos damas acerca de si el amor femenino era duradero o no. En ese momento, Nozdriov ya lo había visto y fue directamente a su encuentro.

—¡Ah, el terrateniente de Jersón, el terrateniente de Jersón! —gritó mientras se acercaba y reía a carcajadas de un modo que hizo que le temblaran sus mejillas frescas y rojas como una rosa primaveral—. ¿Qué, has comprado muchos muertos? ¡Usted no lo sabe, Excelencia! —gritó a voz en cuello, dirigiéndose al gobernador—. ¡Negocia con almas muertas! ¡Lo juro! ¡Escucha, Chíchikov! ¡Te hablo como amigo, porque aquí todos

somos amigos tuyos, porque aquí está Su Excelencia, pero yo te ahorcaría, por Dios que te ahorcaría!

Chíchikov ya no sabía ni dónde estaba.

—Créame, Su Excelencia —continuó Nozdriov—, cuando me dijo: «Véndeme almas muertas», me morí de la risa. Llego aquí, y me dicen que ha invertido tres millones en la compra de campesinos para colonizar nuevas tierras. ¿Qué va a colonizar? ¡Pero si a mí me quería comprar muertos! Escucha, Chíchikov, eres un bestia. Por Dios que eres un bestia. Y aquí está Su Excelencia, ¿no es verdad, procurador?

Pero el procurador, Chíchikov y el propio gobernador se sintieron tan confusos que enmudecieron; al mismo tiempo, Nozdriov, que no les prestaba la más mínima atención, prosiguió su discurso de borrachuzo:

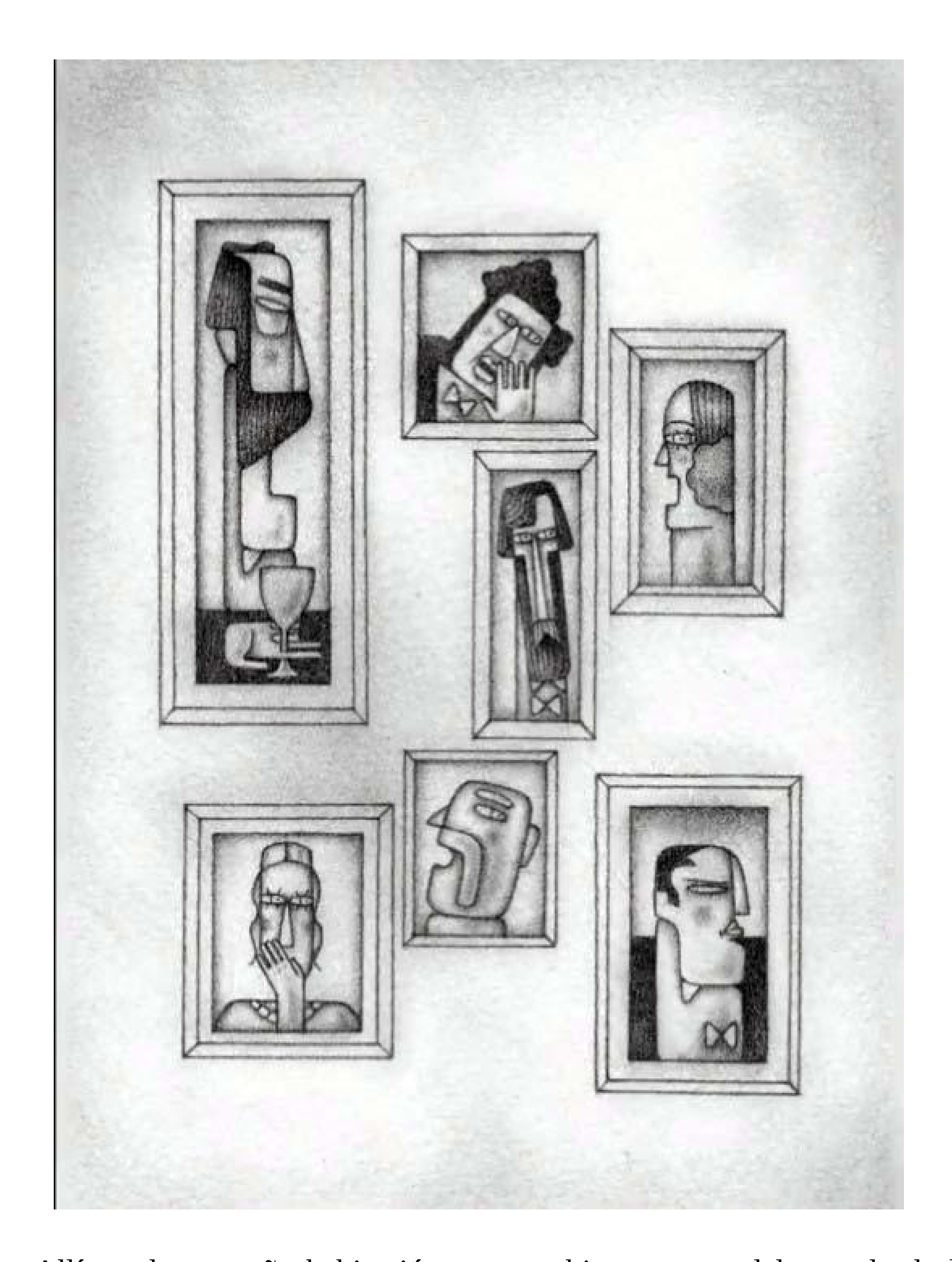
—Mira que tú, hermano, tú… No me apartaré de ti hasta que no sepa por qué compraste almas muertas. Escucha, Chíchikov, sabes muy bien, de verdad, que debería darte vergüenza, sabes perfectamente que no tienes un amigo mejor que yo. Ya ve, Su Excelencia está aquí, ¿no es verdad, procurador? No se creería, Su Excelencia, lo mucho que nos queremos, es decir que, sencillamente, si usted me dijera: «Eh, aquí estoy» y me preguntara: «¡A ver, Nozdriov! Dime, ¿a quién quieres más, a tu padre o a Chíchikov?», yo respondería: «¡A Chíchikov!». ¡Por Dios…! Permíteme, amigo mío, que te estampe un *petit baiser*. Permítame, Su Excelencia, que le bese. Sí, Chíchikov, no te resistas, ¡déjame que te plante un besito en esa mejilla tan blanquita tuya!

Nozdriov y su *petit baiser* recibieron un empujón tan fuerte que el hombre estuvo a punto de salir volando hacia el suelo: todos se apartaron de él y dejaron de escucharlo; pero sus palabras sobre la adquisición de almas muertas habían sido pronunciadas a voz en cuello y fueron acompañadas de una risa tan estentórea que habían atraído la atención incluso de las personas que se encontraban en los rincones más alejados del salón. Esta noticia pareció tan extraña que todos se quedaron plantados con una suerte de expresión petrificada, interrogativa y estúpida. Chíchikov observó que muchas damas se guiñaban el ojo con una especie de risilla maligna y cáustica, y que el rictus de muchas caras parecía un tanto ambiguo, lo que aumentó aún más su turbación. Que Nozdriov era un mentiroso

empedernido era algo que todos sabían, y no era nada extraño oírle decir el disparate más grande; resulta, sin embargo, difícil imaginar cómo está estructurado un mortal: por ruin que sea una noticia, con tal de que sea noticia, el mortal la comunica infaliblemente a otro mortal, aunque sólo sea por decir: «¡Fíjate qué mentira cuentan!», y el otro mortal aguza el oído con placer, aunque luego piense: «¡Sí, es una mentira bien ruin que no merece la menor atención!». Y enseguida buscan a un tercer mortal para contársela y poder exclamar juntos, con noble indignación: «¡Qué mentira más ruin!». Y, sin falta, dará la vuelta a la ciudad, y todos los mortales, tantos como haya, hablarán por los codos hasta saciarse, y después admitirán que eso no merece atención ni vale la pena que se hable de ello.

Este incidente, en apariencia absurdo, alteró notablemente a nuestro héroe. Por estúpidas que sean las palabras de un necio, a veces son suficientes para perturbar a un hombre juicioso. Chíchikov empezó a sentirse incómodo y a disgusto: igual que si, con unas botas bien lustrosas, hubiera pisado de repente un charco fangoso y pestilente; en una palabra, ¡la cosa no pintaba bien, nada bien! Procuró no pensar en ello, trató de distraerse, de divertirse, se sentó a la mesa del *whist*, pero todo iba como sobre una rueda torcida: dos veces jugó al color del adversario y, olvidándose de que el tres no se puede matar, hizo un movimiento amplio con la mano y, como un tonto rematado, se comió su propia carta. El presidente no lograba entender que Pável Ivánovich, tan ducho en el juego, que lo entendía de una manera refinada y profunda, ahora pudiera cometer semejantes errores y sacrificara un rey de picas en el que confiaba, según su propia expresión, como en un Dios. Por supuesto, el jefe de Correos y el presidente, e incluso el jefe de Policía, bromearon, como es normal, y se burlaron de nuestro héroe diciendo si no estaría enamorado, que ya sabían que a Pável Ivánovich le cojeaba el corazoncito, y que sabían también desde qué arco se había disparado la flecha; todo esto, sin embargo, no consoló a Chíchikov, por mucho que tratara de sonreír y de seguirles la broma. Durante la cena tampoco se encontró en condiciones de ponerse a tono, aunque los comensales eran muy agradables y a Nozdriov ya lo habían expulsado hacía rato, porque las damas acabaron por darse cuenta de que su conducta era sumamente escandalosa. En medio del cotillón, se había

sentado en el suelo y había comenzado a estirar por las faldas a las mujeres que bailaban, cosa nunca vista, según las damas. La cena fue muy alegre, todas las caras que se veían entre los candelabros de tres brazos, entre las flores, los bombones y las botellas, estaban iluminadas por la satisfacción más despreocupada. Oficiales, damas, fracs… Todo se volvía amable hasta el empalago. Los hombres saltaban de las sillas y corrían a coger las bandejas de las manos de los criados para ofrecérselas a las damas con una agilidad extraordinaria. Un coronel presentó a una dama un plato con salsa sobre la punta de la espada desenvainada. Los hombres de edad respetable, entre los cuales estaba sentado Chíchikov, discutían en voz alta, acompañando sus serias consideraciones con un bocado de pescado o de ternera untado despiadadamente de mostaza; discutían temas sobre los que Chíchikov siempre solía opinar; ahora, sin embargo, parecía un hombre rendido o destrozado por un largo camino y a quien nada le llega a la mente ni está en condiciones de entender nada. Ni siquiera esperó a que concluyera la cena, se fue a casa mucho más temprano de lo que tenía por costumbre.



Allí, en la pequeña habitación que tan bien conoce el lector, la de la puerta atrancada con una cómoda y las cucarachas que asomaban a veces por los rincones, sus pensamientos y su estado de ánimo se hallaban tan inquietos como inestable era la butaca donde se sentaba. Invadía su corazón una sensación desagradable y turbia, una suerte de vacío abrumador que no

lo abandonaba. «¡Al diablo con los que hayan inventado estos bailes! —pensó, fuera de sí—. No sé de qué se alegran esos necios. En la provincia la cosecha ha sido mala, la vida se encarece, y ellos, ¡venga a bailar! Lo que hay que ver: ¡cómo recargan sus vestidos las mujeres! ¡Es inaudito, alguna llevaba encima más de mil rublos! Y, de hecho, todo corre a cuenta de los impuestos sobre los campesinos o, aún peor, a cargo de su propia conciencia. Porque ya sabemos por qué se aceptan los sobornos y las dádivas: para procurarle a la mujer un chal, diferentes miriñaques, o como diablos se llamen. ¿Y todo para qué? Para que cualquier Sidórovna[100] chismosa no diga que la mujer del jefe de Policía iba mejor vestida que ella; sí, es por eso que se da al traste con mil rublos. Gritan: "¡El baile, el baile es alegría!", y es simplemente una basura, no se ajusta al carácter ruso, el diablo sabrá qué es un baile. Un hombre hecho y derecho da un salto en el aire, vestido de negro, desgreñado, tieso como un diablillo y ¡venga a mover las piernas! Otros, incluso, hablan de cosas importantes mientras saltan como cabritos, un golpe a la derecha, un golpe a la izquierda… ¡Todo esto no es más que un juego de monos, simiesca imitación[101]! ¡Con el pretexto de que el francés en la cuarentena es tan niño como a los quince años, queremos hacer lo propio! No, la verdad… Después de cada baile es como si hubiera cometido un pecado; se me quitan incluso las ganas de pensar en ello. En la cabeza, sencillamente, no tengo nada, como después de una conversación con una persona de la alta sociedad: habla de todo, todo lo toca de forma superficial, dice todo lo que ha sacado de los libros, abigarrada y elocuentemente, pero no consigue meterme nada en la cabeza; después te das cuenta de que incluso la conversación con un simple mercader, que conoce su negocio, pero que lo conoce con solidez y con experiencia, es mucho mejor que toda esa birria. ¿Qué se puede sacar, sin embargo, de este baile? Supongamos que algún escritor tuviera la ocurrencia de describir toda la escena tal cual. Bien, pues en el libro resultaría tan absurda como al natural. ¿Cómo es: moral o inmoral? Sencillamente: ¡el diablo sabrá! Lo despreciarías y después cerrarías el libro». Ésta era la opinión desfavorable que Chíchikov tenía sobre los bailes en general; parece, no obstante, que se mezclaba otro motivo de indignación. El disgusto más grande no era por el baile en sí, sino porque

había mordido el polvo, porque había aparecido Dios sabe de qué manera ante los ojos de todos y había tenido una actitud tan extraña como ambigua. Es cierto que, vistas las cosas con los ojos de una persona razonable, era fácil constatar que todo aquello era absurdo, que las palabras estúpidas carecían de importancia, sobre todo ahora que ya había conseguido su objetivo. Pero el hombre es extraño: se sentía amargado por la fuerte animadversión de unas personas a las que no respetaba y sobre las que opinaba con dureza, censurando su vanidad y sus atavíos. Y estaba todavía más molesto porque, después de examinar claramente las cosas, vio que en parte la culpa era suya. De todos modos, no se enfadó consigo mismo y, en eso, desde luego, tenía razón. Todos tenemos la pequeña debilidad de ser un poco indulgentes con nosotros mismos y preferimos buscar a otro con quien vengar nuestro enojo, por ejemplo, ya sea un criado o un subalterno al que tengamos a mano, la mujer o, por último, una silla que arrojamos con violencia en dirección a la puerta, dejándola sin brazos ni respaldo: he aquí lo que nos pasa cuando estamos fuera de sí. De la misma manera, Chíchikov enseguida encontró a otro que cargara sobre sus espaldas todo lo que su disgusto pudiera inspirarle. Este otro era Nozdriov, y huelga decir que le sacudió por todos los lados, como quizá sólo sepa hacer un encargado sagaz o un postillón, un capitán curtido en viajes o, a veces, un general que, aparte de muchas expresiones convertidas ya en clásicas, añade otras ignotas cuya invención es de su plena autoría. Toda la parentela de Nozdriov fue nombrada y muchos de los miembros de su familia en sentido ascendente recibieron lo suyo.

Pero en ese preciso instante, mientras estaba sentado en la dura butaca, inquieto por sus pensamientos y torturado por el insomnio, despotricando contra Nozdriov y toda su parentela, mientras se consumía ante él la vela de sebo, ahora cubierta de un casquete negro y requemado, que amenazaba a cada instante con apagarse, mientras la noche ciega y oscura lo miraba por la ventana a punto de azulearse con el alba que se acercaba, mientras los gallos cantaban a lo lejos y por la ciudad totalmente dormida se arrastraba algún capote de tela burda, un desgraciado de dudosa condición y rango, que no conocía (¡ay!) más que el camino ruso trillado en exceso por el pueblo disoluto, en ese momento, en el otro extremo de la ciudad, tenía

lugar un acontecimiento destinado a agravar la situación ya de por sí desagradable de nuestro héroe. Por alejados callejones y calles, corría tintineando un carruaje extraño que provocaba desconcierto en cuanto a determinar cuál era su nombre. No se asemejaba a un tarantás[102], una calesa o una *britzka*, sino que más bien parecía una sandía hinchada, de mejillas carnosas, sobre cuatro ruedas. Las mejillas de esta sandía —es decir, las puertas, que tenían rastros de pintura amarilla— no cerraban bien a causa del mal estado de pomos y pasadores, atados con cordel de cualquier modo. La sandía estaba llena de cojines de percal de todas formas y tamaños —saquitos, cilindros o simples almohadas— e iba cargada de sacos de pan, bollos, rosquillas, pastelillos improvisados y roscones de masa bomba. Encima de todo esto asomaban incluso una empanada de pollo y otra con encurtidos y picadillo de huevo. Al pescante posterior iba encaramado un sujeto de la clase de los lacayos, con una chaquetilla de paño casero y una barba crecida surcada de hilos argentados; en definitiva, uno de esos personajes que se conocen con el nombre de *pilluelos*. El ruido y el chirrido de los goznes y de los ejes oxidados despertaron, en el otro extremo de la ciudad, al vigilante nocturno, que levantó su alabarda y gritó, medio dormido, tan fuerte como pudo: «¿Quién anda ahí?». Al ver, sin embargo, que no pasaba nadie y que sólo se oía un tintineo a lo lejos, atrapó cierto animalillo en el cuello de su uniforme, se acercó a una farola y al instante lo ejecutó sumariamente con la uña. Después, dejó la alabarda y volvió a dormirse enseguida, conforme al reglamento de su orden de caballería. Los caballos caían una y otra vez sobre las patas delanteras, porque no iban herrados y, además, era evidente, no estaban acostumbrados al apacible adoquinado de la ciudad. El carricoche dio unas cuantas vueltas más por varias calles y dobló finalmente por una callejuela oscura al lado de la pequeña iglesia parroquial de San Nicolás, en Nedotichki[103], y se detuvo delante de la puerta de la casa de la mujer del protopope. Bajó del coche una muchacha, con un pañuelo en la cabeza y chaquetón guateado, que aporreó la puerta con los dos puños y con tanta fuerza como si fuera un hombre (al pilluelo de chaquetilla de paño casero tuvieron que arrastrarlo luego por los pies, pues dormía como un muerto). Los perros se pusieron a ladrar y las puertas se abrieron al fin y engulleron, si bien con dificultad,

aquella torpe obra del arte carrocero. El coche entró en un patio estrecho lleno de leña, gallineros y toda clase de jaulas. Una señora se apeó del coche: era una terrateniente, la viuda del secretario colegiado Koróbochka. Poco después de la partida de nuestro héroe, la anciana se inquietó tanto respecto a que la pudieran haber engañado que, después de no pegar ojo durante tres noches seguidas, decidió irse a la ciudad, aunque no tenía los caballos herrados, a fin de averiguar allí cuánto costaban en realidad las almas muertas y cerciorarse de que (¡Dios no lo quisiera!) no las hubiese vendido a un precio tres veces inferior. En cuanto a las consecuencias que tuvo esta llegada, el lector las podrá conocer por una conversación que mantuvieron dos damas. Esta conversación…, pero será mejor que esta conversación la dejemos para el siguiente capítulo.

Capítulo noveno

Por la mañana, mucho antes de la hora admitida para las visitas en la ciudad de N., una dama vestida con una coqueta esclavina de cuadros —acompañada de un lacayo enfundado en un capote de varios cuellos y tocado con un sombrero redondo acharolado y galoneado de oro— salió revoloteando por las puertas de una casa de madera naranja, con buhardilla y columnas color azul cielo. Con una prisa fuera de lo común, la dama subió dando saltitos al estribo levadizo de una calesa que la esperaba en la entrada. El lacayo, acto seguido, cerró la portezuela, hizo desaparecer el estribo y, aferrándose a la correa posterior del vehículo, gritó al cochero: «¡En marcha!». La dama acababa de enterarse de una noticia y sentía el impulso irrefrenable de comunicarla cuanto antes. Miraba a cada instante por la ventanilla y constataba, con un disgusto indescriptible, que aún quedaba medio camino por recorrer. Todas y cada una de las casas le parecían más largas de lo habitual; el hospicio blanco de piedra, con estrechas ventanitas, se estiró interminablemente, de modo que la dama no pudo evitar exclamar: «¡Maldito edificio, nunca se acaba!». En dos ocasiones el cochero ya había recibido la misma orden: «¡Más deprisa, Andriushka, más deprisa! ¡Hoy tardas de un modo insoportable!». Finalmente, llegaron a su destino. La calesa se detuvo ante otra casa de madera, baja, gris oscuro, adornada de pequeños bajorrelieves blancos sobre las ventanas, enrejadas con altas celosías; enfrente, en un jardincito estrecho, se erguían unos arbolitos raquíticos, emblanquecidos por el polvo de la ciudad. Detrás de los cristales, se veían macetas de flores, un loro que se balanceaba en su jaula, colgado de una anilla por el pico, y dos perritos que dormían al sol. Allí vivía una amiga sincera de la dama recién llegada.

El autor encuentra harto difícil nombrar a las dos damas de manera que no vuelvan a enfadarse con él como ya lo hicieron en el pasado. Llamarlas con un nombre ficticio es peligroso. Sea cual sea el nombre que se invente, por fuerza se encontrará en algún rincón de nuestro Estado, habida cuenta de lo grande que es, alguien que lo lleve, y éste necesariamente se enfadará a muerte, y empezará a decir que el autor ha ido en secreto a espiarlo, a averiguar quién es, con qué ridícula pelliza se abriga, a qué Agrafena Ivánovna frecuenta y qué le gusta comer. En cuanto a optar por referirse a alguien por los rangos, ¡Dios nos libre! El peligro es aún mayor. En los tiempos que corren, tanto rangos como títulos están tan irritados que, todos sin excepción, ven alusiones personales en cualquier libro impreso: por lo visto, tal es la sensación que flota en el aire. Basta con decir que en una ciudad hay una persona estúpida para que salte un señor de aspecto respetable y se ponga a gritar: «¡Yo también soy una persona!; ¡por tanto, también soy estúpido!». En una palabra, enseguida ata cabos. Por tanto, para evitar estos contratiempos, nos referiremos a la dama que recibía visita tal como la llamaban casi unánimemente en la ciudad de N., esto es, *la dama agradable en todos los sentidos*. Este nombre se lo había ganado a pulso, ya que no escatimaba esfuerzos en mostrarse amable en grado superlativo. Si bien, es verdad, a través de la gentileza se deslizaba, ¡ay, ay, ay!, toda la vivacidad del carácter femenino, y también, a veces, de cada una de sus palabras agradables emergía, ¡ay, ay, ay!, cada aguja… Dios nos libre, por lo demás, de entrever lo que hervía en su corazón contra cualquiera que, de algún modo o por los medios que fuera, tuviese la tentación de disputarle el primer puesto. Pero todo ello se envolvía del más delicado refinamiento social que se pueda encontrar en una ciudad de provincia. Ejecutaba cada movimiento con elegancia, incluso sentía inclinación por la poesía y sabía mantener a veces la cabeza en una postura soñadora, y todos se mostraban de acuerdo en que era, en efecto, una dama agradable en todos los sentidos. La otra, su visitante, no tenía un carácter tan polifacético y, por eso, la llamaremos, a secas, *la dama sencillamente agradable*. La llegada de la visitante despertó a los perritos que dormían al sol: la peluda Adèle, que se enredaba sin cesar con sus propias lanas, y el faldero Pot-Pourri, de finas patitas. Una y otro, ladrando, fueron a menear la

cola al vestíbulo, donde la visitante se desembarazaba ya de su esclavina y dejaba al descubierto un vestido con estampado y de color a la moda, con largas colas de piel alrededor del cuello, mientras el perfume de jazmín invadía toda la habitación. En cuanto la dama agradable en todos los sentidos se enteró de la llegada de la dama sencillamente agradable, corrió al vestíbulo. Las damas se cogieron de las manos, se besaron y lanzaron los mismos gritos que dos colegialas que se encuentran poco después de haber acabado los estudios y a quienes sus queridas mamás aún no han tenido tiempo de explicar que uno de sus padres es menos rico que el otro y ostenta un rango inferior. El beso tuvo que ser sonoro, pues los perritos reanudaron sus ladridos, lo que les valió un pequeño azote con el pañuelo; ambas damas se encaminaron al salón, azul como es natural, con un sofá, una mesita ovalada e incluso unos pequeños biombos cubiertos de hiedra; detrás de ellas corrieron, sin dejar de gruñir, la peluda Adèle y el alto Pot-pourri sobre sus finas patitas. «¡Por aquí, por aquí, en este rinconcito! —decía la anfitriona, haciendo que su invitada tomara asiento en un rincón del sofá—. ¡Muy bien, así! ¡Aquí tiene este cojín!». Dicho esto, le encajó un cojín detrás de la espalda, en el que figuraba, bordado en lana, un caballero parecido a todos los caballeros de tapicería: la nariz en escalera y los labios en rectángulo. «Qué feliz estoy de que usted… Al oír que alguien llegaba, he pensado: ¿quién podrá llegar tan pronto? Parasha me anuncia: “La esposa del vicegobernador”. Y yo le digo: “Ya vuelve otra vez esa boba a fastidiarme”, y ya quería que le dijera que no estaba en casa…».

La visitante ardía en deseos de entrar en materia y de comunicarle la noticia. Sin embargo, la exclamación que lanzó en ese instante la dama agradable en todos los sentidos hizo que la conversación tomara otros derroteros.

—¡Qué tela de algodón tan alegre! —exclamó la dama agradable en todos los sentidos, mirando el vestido de la dama simplemente agradable.

—Es alegre, ¿verdad? Pero Praskovia Fiódorovna cree que aún sería mejor si los cuadritos fuesen más pequeños y los lunares azules, no marrones. ¡Si viera la tela que le enviaron a su hermana! Es una delicia, no se puede expresar con palabras; imagínese: unas rayitas finas, las más finas que pueda concebir la imaginación, un fondo azul y, entre las rayitas, ojitos

y patitas, ojitos y patitas, ojitos y patitas… En una palabra, ¡incomparable! Se puede afirmar sin lugar a dudas que nunca se ha visto nada parecido en este mundo.

—Querida, debe de ser terriblemente chillona.

—¡Oh, no, nada chillona!

—¡Ay, sí, chillona!

Cabe señalar que la dama agradable en todos los sentidos sentía cierta inclinación por el materialismo, por la negación y por la duda, y rechazaba muchas cosas de la vida.

La dama sencillamente agradable objetó que no era abigarrada en absoluto y exclamó:

—¡Por cierto, la felicito, los volantes ya no se llevan!

—¿Cómo? ¿Que no se llevan?

—No, ahora en su lugar se ponen pequeños festones.

—¡Ay, no son bonitos los festones pequeños!

—Festones, por todas partes festones: pelerinas con festones, pequeños festones en las mangas, *épaulettes* de festones, los bajos de los vestidos festoneados, por todas partes festones.

—¡No está nada bien, Sofia Ivánovna, que todo lleve festones!

—Al contrario, es increíblemente bonito, Anna Grigórievna; se cose con dos costuritas: sisas amplias y por arriba… ¿Sabe? Se quedará de una pieza, entonces sí que me dirá que… Bueno, pues sorpréndase: imagíneselo, ahora los corsés son más largos y acabados en punta por delante, y la primera varilla excede todo límite; la falda se frunce toda alrededor, como hace tiempo los miriñaques, e incluso detrás se rellena un poco, al estilo *belle femme*.

—¡Bueno, eso, lo confieso, es simple y llanamente…! —se limitó a decir la dama agradable en todos los sentidos, que hizo un movimiento muy digno con la cabeza.

—Así es, yo también lo confieso —respondió la dama simplemente agradable.

—Usted haga lo que quiera, pero yo por nada del mundo me lo pondré.

—Y yo tampoco… La verdad, cuando una piensa hasta dónde llega a veces la moda… ¡Esto no se parece a nada!… Sólo para reírme, le pedí un

patrón a mi hermana. Mi Melania ya ha empezado a coserlo.

—¿Tiene ese patrón? —exclamó la dama agradable en todos los sentidos, a quien, era evidente, le había dado un vuelco el corazón.

—Sí, me lo trajo mi hermana.

—Querida, por lo más sagrado, déjemelo.

—¡Ay, ya se lo prometí a Praskovia Fiódorovna…! Después de ella, si le parece…

—¡Muy bien! ¿Después de Praskovia Fiódorovna? Cualquiera diría que prefiere los extraños a los amigos.

—¡Pero si ella es tía segunda mía!

—Su tía, dice, sabe Dios de qué tipo: por parte de marido… No, Sofia Ivánovna, ¡no quiero ni oírla hablar! Está claro que quiere ofenderme… Ya veo que mi amistad la fastidia. Es evidente que quiere romperla…

La pobre Sofia Ivánovna no sabía qué hacer. Sentía que ella misma se había puesto entre la espada y la pared. Se lo tenía bien merecido, por vanidosa. De buena gana se habría dado punzadas con un alfiler en aquella estúpida lengua.

—Bueno, ¿y qué hace nuestro seductor caballero? —dijo, después de una pausa, la dama agradable en todos los sentidos.

—¡Ay, Dios mío! Pero ¡qué hago aquí sentada, delante de usted, sin decir ni media palabra! ¡Buena pieza estoy hecha! ¿Sabe lo que me trajo hasta aquí, Anna Grigórievna?

—En este punto, a la visitante se le cortó la respiración, las palabras, como gavilanes, estaban a punto de salir una detrás de otra de su boca; había que ser inhumana, hasta el grado en que lo era la amiga sincera, para decidirse a interrumpirla.

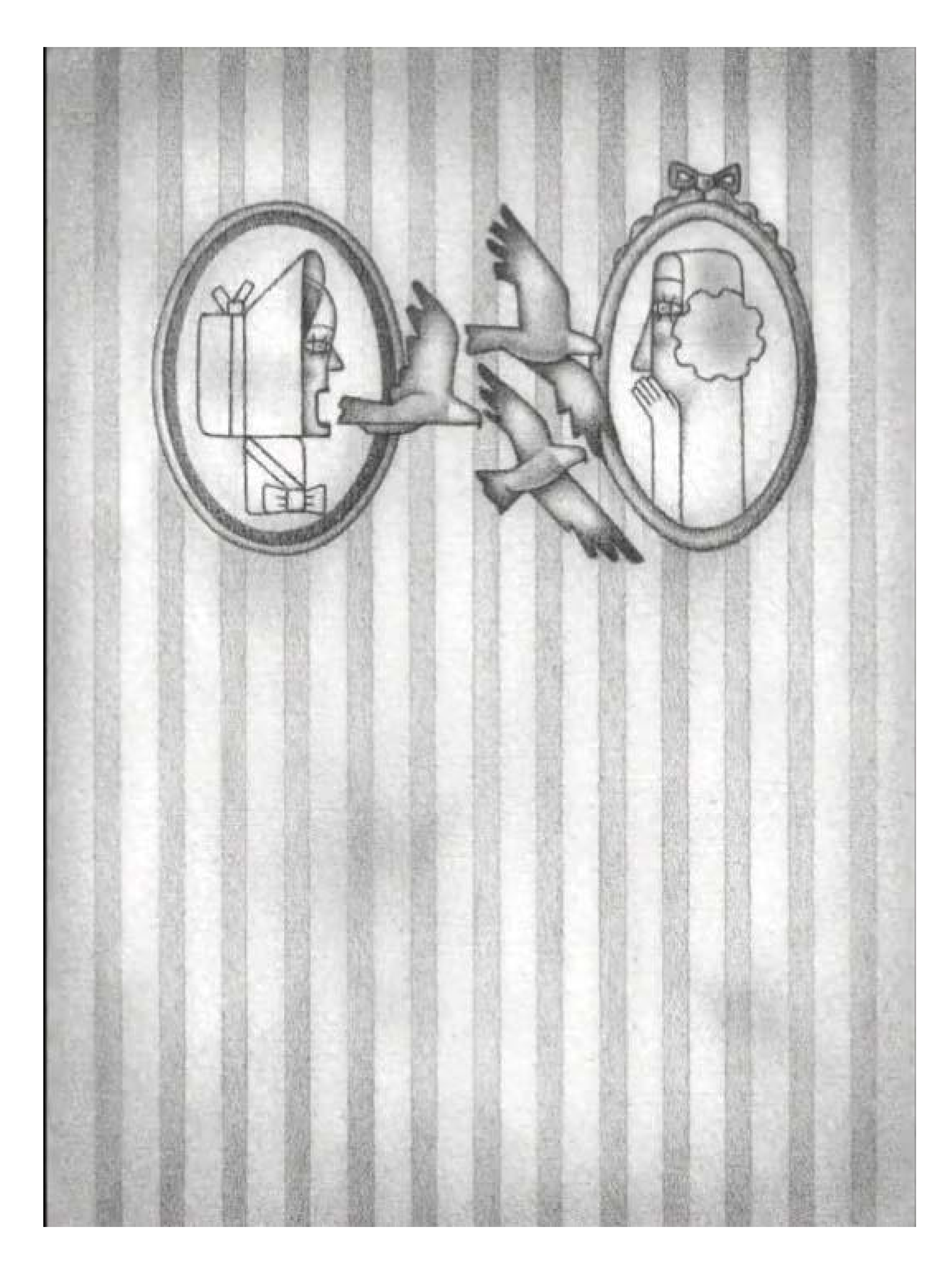
—Por mucho que me lo elogie y lo ponga por las nubes —declaró con más vitalidad de lo habitual—, le diré con toda franqueza, y también se lo diré a él a la cara, que ese hombre es un bellaco, un bellaco, bellaco y bellaco.

—Pero escuche lo que le quiero contar…

—Han extendido rumores de que es apuesto, pero no es verdad. ¡Ni de lejos! Con esa nariz que tiene… La más desagradable que se pueda imaginar.

—Permítame…, permítame que le cuente…, querida mía, Anna Grigórievna…, ¡permítame hablar! Se trata de una historia, ¿entiende? Una historia, *c'qu'on appelle «histoire»* —exclamó desesperada, con voz suplicante.

No estará de más observar que en la conversación entre las dos damas se mezclaban muchas palabras extranjeras y alguna que otra frase larga en francés. Pero, por mucho que reverencie este autor la ayuda salvífica que presta la lengua francesa en Rusia, por hondo que sea su respeto por la estimable costumbre de nuestra clase alta de comunicarse en ese idioma a todas las horas del día, tiene, no obstante, un profundo amor a su patria y, por ello, decididamente no puede introducir en este poema ruso ni una sola frase extranjera. Sigamos, pues, en la lengua nacional.



—¿De qué historia habla?

—¡Ay, Anna Grigórievna, mi queridísima amiga! ¡Si pudiera imaginarse la situación en la que me encuentro! Figúrese que la mujer del protopope, la

esposa del padre Kiril, ha venido a verme y ¿qué piensa? Cómo cree que es en verdad nuestro virtuoso forastero, ¿eh?

—¿Qué? ¿Acaso ha cortejado a la mujer del protopope?

—¡Ay, Anna Grigórievna, eso sería lo de menos! Escuche lo que me ha contado la mujer del protopope: ha recibido la visita de la terrateniente Koróbochka, asustada y pálida como la muerte, y menuda historia le ha contado. Preste atención, es toda una novela: de pronto, bien entrada la noche, cuando ya todos dormían, sonó un golpe en la puerta, el más espantoso que se pueda imaginar. Gritaban: «¡Abrid, abrid, o derribaremos la puerta!». ¿Qué le parece? ¿Qué me dice, después de esto, de nuestro seductor?

—Bueno, ¿y cómo es la tal Koróbochka? ¿Joven y guapa?

—En absoluto, es una anciana.

—¡Ah, qué maravilla! ¡Así que persigue a las viejas! ¿Qué se puede decir del gusto de nuestras damas? Pues sí que han encontrado de quién encapricharse.

—No es eso, Anna Grigórievna, no es lo que imagina. Figúrese que se presenta armado de pies a cabeza, al estilo de Rinaldo Rinaldini[104], y exige: «¡Véndame todas las almas muertas que tenga!». Koróbochka le respondió, con muy buen juicio: «No se las puedo vender, porque están muertas». «No, no están muertas, es cosa mía saber si están muertas o no. ¡No están muertas, no están muertas!», gritaba. En una palabra, armó un escándalo espantoso: todo el pueblo acude corriendo, los niños lloran, todos lanzan gritos, nadie entiende nada, *l'horreur, l'horreur, l'horreur*. No se imagina, Anna Grigórievna, cómo me ha trastornado oír contar todo esto. «Estimada señora —me dijo Mashka—, mírese en el espejo, está pálida». «No estoy para espejos —le dije—, tengo que ir a contárselo a Anna Grigórievna». Al instante, he dado orden de que engancharan la calesa: Andriushka, mi cochero, me ha preguntado a dónde íbamos, y yo no sabía qué responderle, lo miraba fijamente a los ojos como una tonta; creo que debe de haber pensado que estoy loca. ¡Ay, Anna Grigórievna, si sólo pudiera imaginarse hasta qué punto estoy trastornada!

—Pero es, cuando menos, extraño —declaró la dama agradable en todos los sentidos—. ¿Qué pueden significar esas «almas muertas»? Reconozco

que no entiendo absolutamente nada. Ya es la segunda vez que oigo hablar de estas almas muertas. Pero mi marido dice que Nozdriov miente, aunque seguro que hay un fondo de verdad.

—¡Pues imagínese, Anna Grigórievna, qué situación la mía cuando me enteré! «Ahora —dice Koróbochka— no sé qué hacer. Me obligó a firmar no sé qué documento falso, me tiró quince rublos en billetes; yo soy una mujer inexperta, una viuda indefensa, yo no sé nada…». ¡Ya ve qué aventura! ¡Si pudiera imaginarse, aunque sólo fuera un poco, lo trastornada que estoy!

—Permítame que se lo diga, aquí no se trata de almas muertas, aquí se encierra un misterio…

—Es lo que pienso yo también —pronunció, no sin asombro, la dama simplemente agradable, y sintió al instante el intenso deseo de averiguar qué misterio se podía encerrar ahí. Y pronunció marcando bien las sílabas —: ¿Qué cree usted que se esconde?

—Y, usted, ¿qué piensa?

—¿Que qué pienso…? Lo confieso, estoy muy desconcertada.

—Me gustaría saber, aun así, por dónde cree que van los tiros.

Pero la dama simplemente agradable no supo qué decir. Ella sólo sabía sobresaltarse, no era capaz de formular una suposición audaz, por lo que tenía, más que nadie, una gran necesidad de amistad y de consejos.

—Bueno, escuche, le diré lo que son las almas muertas —dijo la dama agradable en todos los sentidos y, al oír eso, la visitante se convirtió, toda ella, en oídos: sus orejas se levantaron por sí solas, se incorporó hasta quedar casi suspendida encima del sofá y, a pesar de que era de una constitución más bien pesada, de repente enflaqueció y se volvió ligera como una pluma, a punto de echar a volar al primer soplo de viento.

Era como el gran señor ruso, amante de los perros y de la caza, cuando llega al bosque de donde saldrá de un momento a otro la liebre a la que han hecho salir de su guarida los ojeadores; a lomos de su caballo, con el látigo levantado, se convierte por un instante en pólvora a la que no queda más que calarle fuego. Atraviesa literalmente con la mirada el aire nublado, ya atrapa al animal, ya lo abate, a pesar de que la abrumadora estepa nevada se

yerga contra él y le lance estrellas de plata a los labios, a los bigotes, a los ojos, a las cejas y al gorro de castor.

—Las almas muertas… —dijo la dama agradable en todos los sentidos.

—¿Qué, qué? —la apremió la visitante, embargada por la emoción.

—¡Las almas muertas…!

—¡Ay, hable, por Dios!

—Son sólo una tapadera. La realidad es otra: quiere raptar a la hija del gobernador.

Esta conclusión, en efecto, resultaba inesperada y extraordinaria en todos los sentidos. La dama agradable, al oírlo, se quedó petrificada, empalideció, se puso lívida como la muerte y, ahora sí, se turbó, y de qué manera.

—¡Ay, Dios mío! —gritó, llevándose las manos a la cabeza—. Nunca me lo habría imaginado.

—Pues yo, se lo confieso, en cuanto usted abrió la boca, ya comprendí de qué se trataba —respondió la dama agradable en todos los sentidos.

—¿Cómo queda, después de esto, la educación en los pensionados, Anna Grigórievna? ¡Ya ve qué inocencia!

—¿Inocencia? Pero si le he oído decir unas cosas que, lo admito, no tendría el valor de repetir.

—¿Sabe, Anna Grigórievna? Se me desgarra el corazón al ver hasta dónde ha llegado, finalmente, la inmoralidad.

—Los hombres se vuelven locos por ella. Lo que soy yo, lo confieso, no le encuentro nada… Es insoportablemente afectada.

—¡Ay, vida mía, Anna Grigórievna! Es una estatua, si por lo menos tuviera algo de expresión en la cara.

—Ah, ¡qué afectada es, pero qué afectada! ¡Afectada hasta tal punto, Dios mío! No sé quién se lo habrá enseñado, pero nunca vi a una mujer hacer tantos mohines.

—¡Amiga mía! Es una estatua, y pálida como la muerte.

—Ah, no me diga eso, Sofia Ivánovna: se pintarrajea impúdicamente.

—Oh, pero qué dice, Anna Grigórievna: es tiza, tiza, pura tiza.

—¡Querida mía! Estuve sentada a su lado: llevaba un dedo de grueso de colorete que se le caía a trozos como estuco. Su madre se lo ha enseñado, es

una coqueta, pero la hija aún lo será más.

—Bueno, permítame, usted jure lo que quiera, pero yo estoy dispuesta ahora mismo a perder a mi marido, a mis hijos y todo mi patrimonio si esta chica lleva, aunque sea, una gotita, una partícula, una sombra de cualquier colorete.

—Oh, pero ¡qué dice, Sofia Ivánovna! —dijo la dama agradable en todos los sentidos, juntando las manos.

—¡Oh! ¡Cómo es usted, Anna Grigórievna! ¡La miro y no salgo de mi asombro! —dijo la dama simplemente agradable, juntando también las manos.

Que no le parezca extraño al lector ver a dos damas en desacuerdo sobre algo que ambas han visto casi al mismo tiempo. En este mundo hay, desde luego, muchas cosas que tienen esta particularidad: si las mira una dama resultan completamente blancas; si las mira otra, son rojas como una fresa.

—Bueno, le daré otra prueba de su palidez —prosiguió la dama simplemente agradable—. Recuerdo como si fuera ahora mismo que yo estaba sentada al lado de Manílov y que le dije: «¡Fíjese en lo pálida que está!». De verdad, hay que ser estúpido, hasta el punto en que lo son nuestros hombres, para entusiasmarse por ella. En cuanto a nuestro seductor… ¡Ah, qué asqueroso me pareció! No se lo puede imaginar, Anna Grigórievna, hasta qué punto se me antojó repugnante.

—Sí, no obstante, había algunas damas que no se sentían indiferentes hacia él…

—¿Yo, Anna Grigórievna? Nunca podrá decir una cosa así, ¡nunca, nunca!

—No hablo de usted, como si no hubiera nadie más en el mundo.

—¡Nunca, nunca, Anna Grigórievna! Permítame que le diga que me conozco muy bien. Por lo menos, yo no soy de esas que juegan a hacerse las inalcanzables.

—¡Le pido disculpas, Sofia Ivánovna! Y permítame que le diga que yo nunca he armado semejantes escándalos. Otras quizá sí, pero lo que soy yo… Permítame que se lo haga notar.

—¿Por qué se ofende? De hecho, allí había también otras damas, hubo incluso algunas que se abalanzaron sobre la silla junto a la puerta, para estar

más cerca de él.

Bueno, después de estas palabras, pronunciadas por la dama agradable, inevitablemente tenía que desencadenarse una tormenta, pero, por muy sorprendente que parezca, las dos damas se calmaron de repente y no pasó nada en absoluto. La dama agradable en todos los sentidos recordó que aún no tenía el patrón del vestido de moda, y la dama simplemente agradable comprendió que todavía no había conseguido averiguar ningún detalle del descubrimiento efectuado por su sincera amiga; y, por eso, la paz no tardó en restablecerse. Por otra parte, no se puede decir que las damas tuvieran, por naturaleza, la necesidad de darse disgustos; en general, no había en sus caracteres nada perverso, sino que, porque sí, sin más ni más, la conversación hacía surgir en ellas el pequeño deseo de pincharse la una a la otra; simplemente, para darse una pequeña satisfacción, cada una introducía, cuando venía al caso, una palabrita mordaz en la conversación: «¡Anda, toma! ¡Cómete ésta!». Qué se le va a hacer, el corazón de las damas —como el de los hombres, por lo demás— tiene toda suerte de necesidades.

—Lo único que no comprendo, sin embargo —dijo la dama simplemente agradable—, es cómo puede ser que Chíchikov, siendo un forastero, se haya arriesgado a un *passage* tan atrevido. No puede ser que no tenga cómplices.

—¿Cree que no los tiene?

—¿Quién supone que podría ayudarlo?

—Bueno, pues Nozdriov.

—¿Nozdriov?

—¿Por qué no? Es muy capaz. Ya sabe que estaría dispuesto a vender a su propio padre o, aún mejor, a jugárselo a las cartas.

—¡Ay, Dios mío! ¡De qué cosas más interesantes me entero gracias a usted! ¡Nunca habría imaginado que Nozdriov también estuviera enredado en esta historia!

—Pues yo siempre lo sospeché.

—Realmente, cuando una cavila en las cosas que llegan a pasar en este mundo… ¿Quién iba a suponer cuando, recuérdelo, Chíchikov acababa de llegar a nuestra ciudad, que daría este extraño espectáculo en sociedad? ¡Ay,

Anna Grigórievna, si supiera lo trastornada que estoy! Si no fuera por su benevolencia y su amistad…, me encontraría ya al borde de la perdición… ¿Cómo, si no? Mi Mashka, al verme pálida como la muerte, me dijo: «Querida señora, está pálida como la muerte». «Mashka —le dije—, ahora no estoy para estas cosas». ¡Qué caso, de verdad! Así que Nozdriov también anda metido en este asunto, ¡madre mía!

La dama simplemente agradable se moría de ganas de averiguar aún más pormenores del rapto, la hora, por ejemplo, y todo lo demás; de hecho, ardía en deseos de saber muchas cosas. La dama agradable en todos los sentidos confesó que lo ignoraba. No sabía mentir: aventurar conjeturas era diferente, siempre que la conjetura se basara en una convicción íntima; en ese caso, sabía defenderla, y que intentara algún abogado astuto, conocido por su poder de persuasión, competir en este terreno…, ¡se habría enterado entonces de qué significa tener una convicción íntima!

Que nuestras dos damas acabaran por convencerse de lo que antes habían presentado únicamente como una suposición no tiene nada de extraordinario. Nuestro pueblo, inteligente, como nos gusta considerarnos, actúa casi de la misma manera. Como prueba tenemos nuestros razonamientos científicos. El hombre de ciencia se revela como el más redomado crápula; comienza, timorato y comedido, planteando la más humilde de las cuestiones: «¿No vendrá eso de allí? ¿No será este rincón de tierra el que ha dado nombre al país?». O bien: «Este documento, ¿no pertenecerá a una época más tardía?». O también: «¿No deberíamos entender, bajo el nombre de este pueblo, aquel otro?». Y cita enseguida a algunos escritores antiguos y al instante vislumbra en ellos alguna alusión, real o imaginaria, y ya arranca al trote, y se anima, habla de tú a tú con los escritores antiguos, les formula preguntas que responde él mismo, olvidando por completo que ha empezado con una tímida suposición; ahora ya le parece que lo ve, que está claro, y el razonamiento se cierra con las palabras: «Fue así, ya ven a qué pueblo nos referimos, ¡ya ven desde qué punto de vista hay que examinar el tema!». Luego, desde lo alto de su tribuna, proclama a los cuatro vientos esta verdad recién descubierta, que pronto saca a pasear por todo el mundo, conquistando discípulos y admiradores.

Mientras nuestras dos damas acababan de resolver con tanto acierto e ingenio esta circunstancia tan embrollada, entró el procurador al salón con su imperturbable fisonomía, sus cejas tupidas y su ojo parpadeante. Nuestras dos damas rivalizaron en comunicarle todos los acontecimientos, le contaron la compra de las almas muertas, la intención de raptar a la hija del gobernador. Lo desconcertaron tanto que, si bien continuaba allí plantado parpadeando el ojo izquierdo y sacudiéndose la barba con un pañuelo para quitarse las briznas de tabaco, definitivamente no llegó a entender nada. Y de esa guisa lo dejaron las dos damas, que se fueron, cada una por su lado, a sublevar la ciudad. Esta empresa lograron llevarla a cabo en poco más de media hora. La ciudad estaba innegablemente revolucionada; todo entró en efervescencia y la lástima era que no hubiera al menos alguien que pudiera entender algo. Las damas supieron embrollar tan bien a todo el mundo que la población, sobre todo los funcionarios, se quedaron un buen rato aturdidos. Estos últimos se vieron en una situación parecida a la del colegial adormecido a quien sus compañeros, despiertos antes que él, le han metido un *húsar* en la nariz, es decir, un papel lleno de tabaco. Al aspirar la totalidad del tabaco, a la vez que se despierta, con toda la aplicación de un durmiente, vuelve en sí, salta y, como un idiota con los ojos desorbitados, mira hacia los lados sin saber dónde está ni qué le ha pasado. Después empieza a distinguir las paredes iluminadas por un rayo de sol oblicuo, las risas de los compañeros que se esconden por los rincones y el alba que mira por la ventana desde el bosque recién despierto, donde resuenan miles de cantos de pájaros; también ve el iluminado río que, aquí y allá, se pierde en brillantes serpenteos, entre finos juncos, salpicado de niños desnudos que invitan al baño. Más tarde, por fin, se da cuenta de que tiene un *húsar* en la nariz. Tal fue, en los primeros momentos, la situación de los habitantes y de los funcionarios de la ciudad. Todos, como carneros, se quedaron paralizados del estupor, con los ojos muy abiertos. Las almas muertas, la hija del gobernador y Chíchikov se mezclaron y se confundieron en sus cabezas de una manera excepcionalmente extraña. Después, pasado el primer aturdimiento, parece ser que pudieron verlos por separado y distinguirlos, exigieron explicaciones y se enfadaron al ver que el asunto de ninguna manera tenía visos de aclararse. «¿Qué parábola era aquélla, en

realidad? ¿Qué era esa parábola sobre las almas muertas? No tenía ninguna lógica, ¿para qué servía comprar almas muertas? ¿Qué imbécil se arriesgaría a ello? ¿Quién iba a tirar así el dinero? ¿Con qué finalidad, para qué objetivo? ¿Y qué pintaba en esa historia la hija del gobernador? Si quería raptarla, ¿qué necesidad tenía de comprar almas muertas? Y si quería almas muertas, ¿qué necesidad tenía de raptar a la hija del gobernador? ¿Acaso tenía intención de regalárselas? ¿Qué clase de disparate era ese que se había esparcido por toda la ciudad? Era una locura: ¡no podías dar ni un paso sin que te soltaran una historia desprovista de todo sentido…! Aun así, habían difundido aquella historia; pero ¿había algún motivo para ello? Bah, ¿qué motivo podía haber en unas almas muertas? ¡No había ninguno! La cosa era sencilla: todo aquello no era más que hablar por hablar, ¡galimatías, absurdos y estupideces! Era… ¡el diablo sabrá qué era!». En una palabra, corrían rumores y más rumores, y toda la ciudad hablaba de las almas muertas y de la hija del gobernador, de Chíchikov y de las almas muertas, de la hija del gobernador y de Chíchikov, de modo que toda clase de cosas emergía a la superficie. La ciudad, que hasta entonces parecía dormida, se levantó como un torbellino. Salieron de sus guaridas marmotas y lirones que, desde hacía años, andaban en bata, echándole la culpa de su indolencia al zapatero, que les había cosido las botas demasiado pequeñas, o al sastre, o al borracho de su cochero; todos los que, desde hacía tiempo, no frecuentaban a sus amistades y sólo trataban con los terratenientes Zavalishin y Polezhaev (esos nombres tan bien conocidos derivados de los verbos *apoltronarse* y *repantigarse*, muy en boga en Rusia, igual que la frase: *hacer una visita a Sopikov* —don Resuello— *y a Jrapovitski* —don Ronquido—, que designa toda suerte de sueños profundos, de lado, boca arriba y en todas las posiciones, con resoplidos, silbidos nasales y otros complementos similares); todos ésos a los que no era posible sacar de casa ni con el reclamo de una sopa de pescado de quinientos rublos[105], acompañada de un esturión de dos *arshini*[106] y de toda clase de empanadas que se funden en la boca. En fin, resultó que la ciudad era grande y estaba debidamente poblada. Aparecieron un tal Sisói Pafnútievich y un Macdonald Kárlovich[107], de los que nunca se había oído hablar; se hizo asiduo de los salones un tipo larguirucho, largo como un día sin pan, como

jamás se había visto otro, herido en el brazo por una bala. Las calles se llenaron de coches cubiertos ligeros y de tintineantes carruajes abiertos, de carros que emitían silbidos, cuya existencia se desconocía… Reinaba el caos más absoluto. En otros tiempos y en otras circunstancias, estos rumores quizá no habrían atraído ninguna atención; la ciudad de N., sin embargo, hacía tiempo que estaba hambrienta de noticias. Durante los últimos tres meses ni siquiera había habido nada parecido a eso que, en las capitales, se conoce con el nombre de *commérages* y que, para una ciudad, como ya se sabe, es tan necesario como la llegada a tiempo de un convoy de víveres. En las discusiones de la ciudad se perfilaron dos opiniones radicalmente contrarias; se constituyeron dos partes irreconciliables: la de los hombres y la de las mujeres. El bando de los hombres, el más sensato, se concentró en las almas muertas. El bando de las mujeres, por su parte, se ocupó exclusivamente del rapto de la hija del gobernador. En este último, dicho sea en honor de las damas, reinaba incomparablemente más el orden y la circunspección. Las mujeres, a todas luces, tienen vocación de buenas amas de casa y de buenas administradoras. En sus manos, todo adquirió enseguida un aspecto vivo y definido, adquirió formas claras y nítidas, todo se explicó, se despejó; en una palabra, surgió como un cuadro acabado: Chíchikov estaba enamorado desde hacía tiempo, se encontraba con su amada en el jardín, a la luz de la luna, y, dado que era rico como un judío, el gobernador incluso le habría concedido la mano de su hija, de no ser porque estaba de por medio su mujer, a la que había abandonado (nadie podía decir de dónde habían sacado que Chíchikov estaba casado); la esposa de Chíchikov, que sufría por un amor sin esperanzas, había escrito al gobernador una carta de lo más conmovedora. Al ver que ni el padre ni la madre de su amada nunca darían su consentimiento, Chíchikov había decidido raptarla. En otras casas daban versiones un tanto diferentes: nuestro héroe no tenía mujer, pero, como tipo astuto que obra sobre seguro, había decidido, para obtener la mano de la hija, empezar a galantear a la madre, con quien había mantenido una relación amorosa secreta, y después había hecho la petición de mano de la hija. La madre, sin embargo, asustada al creer que se iba a cometer un crimen contrario a la religión y con el alma carcomida por los remordimientos, se opuso en redondo, por lo que

Chíchikov resolvió secuestrar a la hija. A todo esto, se añadían numerosas enmiendas y explicaciones, a medida que los rumores acababan penetrando en los callejones más perdidos. En Rusia, a las capas sociales inferiores les encanta hablar de chismes relativos a la alta sociedad, motivo por el cual se empezó a hablar de esta historia en casas donde a Chíchikov ni se le había visto ni se le conocía; y se fueron sumando detalles y explicaciones. El tema se volvía a cada momento más fascinante, adoptaba cada día contornos más definidos y, de esta forma, en su versión más acabada, fue llevado por fin hasta los oídos de la mujer del gobernador. Ésta, como madre de familia, como primera dama de la ciudad y, finalmente, como dama que no sospechaba nada semejante, se sintió ultrajada en grado sumo por tales historias y dio rienda suelta a una indignación justa en todos los sentidos. La pobre rubita tuvo que soportar el más desagradable *tête-à-tête* que nunca se haya infligido a una chica de dieciséis años. Volcaron sobre ella un torrente de preguntas, inquisiciones, reprimendas, amenazas, reproches y exhortaciones, de modo que la chica, hecha un mar de lágrimas, prorrumpió en sollozos sin comprender ni una sola palabra de lo que le decían. Se dio al portero la estrictísima orden de no recibir a Chíchikov bajo ningún pretexto ni a ninguna hora.

Una vez efectuado su trabajo con la mujer del gobernador, las damas presionaron al bando masculino, intentando que se uniera a su causa, con la afirmación de que las almas muertas eran una invención utilizada con el único objetivo de disipar toda sospecha y así favorecer el éxito del rapto. Hubo hombres, y en gran número, que se dejaron seducir y se unieron al bando opuesto, a pesar de los virulentos reproches de sus compañeros, que los tildaron de amanerados y mujercitas, apelativos que, como bien sabemos, resultan de lo más ofensivos para el sexo masculino.

Los hombres, no obstante, por mucho que se armaran y opusieran resistencia, no gozaban en su bando, ni mucho menos, del orden que reinaba en el femenino. Todo en ellos, se podría afirmar, parecía rígido, tosco, incoherente, inútil, discordante y malo. ¿Y en sus cabezas? Alboroto, barullo, confusión, pensamientos en desorden. En una palabra, la naturaleza masculina se manifestó en toda su vacuidad, grosera, pesada, incompetente tanto para la administración doméstica como para el ardor de las

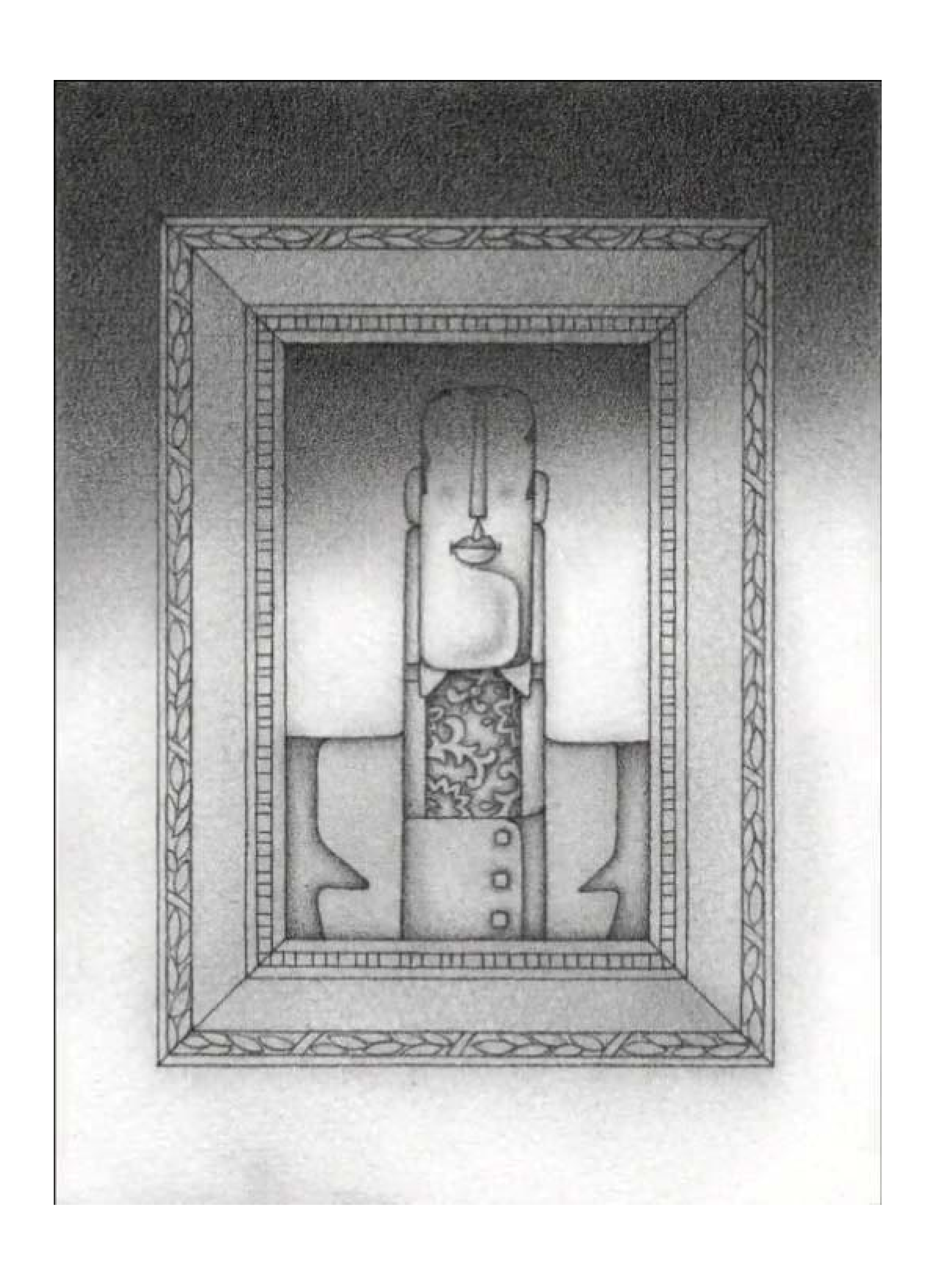
convicciones, mudable, perezosa, colmada de dudas incesantes y de miedos eternos. Decían que todo eso era absurdo, que raptar a la hija de un gobernador era más propio de un húsar que de un civil, que Chíchikov no sería capaz de hacer eso, que las mujeres, mentirosas, eran como sacos que acarrean todo lo que se meta dentro; que el tema principal, al que se debía prestar toda la atención, era las almas muertas, las cuales, por lo demás, sólo el diablo sabría qué significaban, pero que, en ellas, no obstante, se encerraba algo de lo más despreciable y ruin. Por qué a los hombres les pareció que se encerraba en ellas algo despreciable y ruin lo sabremos a continuación: en la provincia se acababa de nombrar un nuevo gobernador general, acontecimiento que, como se sabe, hunde a los funcionarios en un estado de inquietud: se llevarían a cabo reorganizaciones, amonestaciones y reprimendas, y todas esas cosas indigestas con las que los superiores agasajan a sus subordinados. «Vaya —pensaban los funcionarios—, si se entera de que por la ciudad corren estos rumores tan estúpidos, nos va a despellejar vivos». El inspector de Sanidad palideció de repente, imaginándose Dios sabe qué; a saber: que esas famosas *almas muertas* se referían, en realidad, a todos los que la epidemia había matado en gran cantidad en las enfermerías y en otros lugares; que no se habían tomado todas las medidas necesarias y que Chíchikov, sin duda, era un emisario del gobernador general, designado para llevar a cabo una investigación secreta. El inspector se lo comunicó al presidente. Éste replicó que era absurdo y, acto seguido, palideció él también, haciéndose la siguiente pregunta: ¿y si las almas adquiridas por Chíchikov estaban, en realidad, muertas? ¿Y si el gobernador general se enteraba de que él, el presidente, había ratificado las actas de compraventa y había actuado como apoderado de Pliushkin? Confió sus temores a alguien que, a su vez, también palideció: el miedo es peor que la peste y se extiende más rápido. Todos descubrieron en su haber muchos pecados, incluso los que no habían cometido. La expresión *almas muertas* sonaba tan ambigua que incluso llegaron a sospechar que no fuera una posible alusión a los cuerpos enterrados a toda prisa, después de dos incidentes recientes. El primero concernía a algunos comerciantes de Solvichegodsk que, llegados a la ciudad para asistir a la feria, habían organizado después de hacer sus negocios una fiesta para sus amigos, los

comerciantes de Ustísolsk; fue una celebración al estilo ruso, pero con fantasías acordes a la moda extranjera: horchata, ponche, licores y otros brebajes. La fiesta, como es de rigor, acabó en una pelea campal. Los de Solvichegodsk sacudieron de lo lindo a los de Ustísolsk, si bien los primeros recibieron lo suyo en los costados, en las costillas y bajo el vientre, lo que da cuenta de los inconmensurables puños de los que estaban dotados los difuntos. A uno de los vencedores incluso le rompieron la *bomba de aire*, según la expresión de los combatientes; es decir, le aplastaron la nariz de modo que no sobresalía de su cara más de medio dedo. En el tribunal, los comerciantes reconocieron su culpa y explicaron que habían hecho un poco el tonto. Corrieron rumores de que los culpables habían aflojado, cada uno, cuatro billetes del banco del Estado. En una palabra, el asunto era bastante turbio. Indicios e investigaciones permitieron concluir que los chicos de Ustísolsk habían muerto de embriaguez y, con este dictamen, fueron enterrados. El segundo incidente acontecido hacía poco era el siguiente: los siervos estatales[108] del pueblo Vshívaia-spes[109], uniendo sus fuerzas con los siervos de la misma categoría de la aldea de Borovka, conocida por algunos como *Zadiraílovo*[110], habían borrado, al parecer, de la faz de la tierra a la Policía Local, en la persona del asesor, un tal Drobiakhkin; la Policía Local, es decir, el asesor Drobiakhkin, tenía por costumbre, según decían, visitar con demasiada asiduidad su pueblo, lo que a veces es peor que una epidemia, y el motivo, al parecer, era que el susodicho tenía ciertas debilidades amorosas, pues se fijaba demasiado en las mujeres y las jóvenes del lugar. ¿Quién podía saberlo a ciencia cierta? De todos modos, en sus declaraciones, los campesinos no se habían ido por las ramas: el policía local era libidinoso como un gato, incluso le habían llamado la atención más de una vez y, un día, lo habían expulsado, con el culo al aire, de una isba donde se había emboscado. Por supuesto, el policía local merecía ser castigado por sus debilidades amorosas. Por otro lado, no se podía absolver a los campesinos de Vshívaia-spes, como tampoco a los de Zadiraílovo, por haberse tomado la justicia por su mano, si es que realmente habían participado en el asesinato. El caso, sin embargo, era turbio: habían encontrado al policía local en medio del camino, con el uniforme o la guerrera hechos jirones y con la fisonomía en un estado tan

lamentable que no hubo modo de identificarlo. El caso se paseó por todas las instancias y acabó por llegar al tribunal donde, a puerta cerrada, se estableció lo que sigue: dado que se ignora qué campesinos están implicados y puesto que son numerosos, habida cuenta de que Drobiakhkin es ya hombre muerto, pocos eran los beneficios que podía obtener, aun ganando el juicio; los campesinos, en cambio, sí que estaban vivos; en consecuencia, para ellos, sí que era muy importante que se fallara a su favor. El veredicto final fue el siguiente: el asesor Drobiakhkin había sido el culpable de todo, pues perseguía injustamente a los campesinos de Vshívaia-spes y de Zadiraílovo, y había muerto, mientras volvía en trineo, de un ataque de apoplejía. El asunto, al parecer, se había resuelto impecablemente bien. Los funcionarios, sin embargo, no se sabe por qué, pensaron enseguida que ahora se trataba justo de esas almas. Como hecho expresamente, en un momento en que los señores funcionarios ya se encontraban de por sí en una situación muy delicada, dos documentos llegaron de pronto al gobernador. Uno indicaba que, según ciertas informaciones y denuncias de las que habían puesto al corriente a su autor, la provincia cobijaba a un falsificador de billetes del banco estatal, cuya identidad ocultaba bajo distintos nombres, y que había que emprender sin demora una investigación de lo más rigurosa. El otro era un comunicado del gobernador de la provincia vecina en el que informaba de que un bandido estaba huido de la ley y pedía que, si algún individuo sospechoso se presentaba en la provincia sin poder mostrar sus credenciales o su pasaporte, era preciso que lo arrestaran de inmediato. Estos dos documentos dejaron a todo el mundo perplejo. Las conclusiones y conjeturas precedentes se revelaron ineficaces. Nada permitía suponer, desde luego, que algo de eso tuviera que ver con Chíchikov; todos, sin embargo, después de haber reflexionado cada uno por su parte, recordaron que, en realidad, aún no sabían quién era Chíchikov, que siempre hablaba de un modo vago de su persona; decía que en su carrera había sufrido por su rectitud, pero lo expresaba de una manera confusa. Y cuando se acordaron de haberle oído afirmar que había hecho muchos enemigos, quienes incluso habían intentado atentar contra su vida, se quedaron todavía más pensativos: sin duda, su vida corría peligro, sin duda lo perseguían, sin duda había

cometido algún… ¿Quién era, en realidad? Por supuesto, no se podía pensar ni por un instante que él fabricase billetes falsos y aún menos catalogarlo como un bandido, pues tenía un aspecto noble. A pesar de todo, ¿quién era, al fin y al cabo? Y he aquí que los señores funcionarios se formularon una cuestión que deberían haberse formulado al principio, es decir, en el primer capítulo de nuestro poema. Se decidió efectuar algunos interrogatorios a quienes habían comprado almas, aunque sólo fuera para esclarecer qué tipo de adquisiciones eran y qué había que entender por *almas muertas*; quién sabe, quizá, por descuido, Chíchikov hubiese explicado a alguien, aunque fuera de pasada, cuáles eran sus verdaderas intenciones, así como quién era en realidad. Antes que nada, se dirigieron a Koróbochka, pero no le sacaron gran cosa: se las había adquirido por quince rublos, también estaba interesado en plumón y le había prometido que le compraría muchas más cosas, pues se ocupaba de los suministros de manteca para el Estado; de ahí que seguramente se tratara de un pícaro, pues ya se había dado el caso, antes que él, de otro que se ocupaba de los suministros del Estado de plumón y de manteca, y que había embaucado a todo el mundo, soplándole a la mujer del protopope más de cien rublos. Luego se limitó a repetir lo mismo, y todo lo que los funcionarios descubrieron fue que Koróbochka era, sin lugar a dudas, una vieja estúpida. Manílov, por su parte, manifestó su disponibilidad a responder por Pável Ivánovich como si se tratara de sí mismo. Afirmó que sacrificaría de buena gana todo su patrimonio con tal de poseer una centésima parte de las cualidades de Pável Ivánovich. En definitiva, habló de nuestro héroe en los términos más elogiosos, añadiendo, con los ojos entornados, algunas ideas de su cosecha acerca de la amistad. Éstas brindaban, desde luego, una explicación satisfactoria de los tiernos sentimientos de su corazón, pero no permitieron a los funcionarios averiguar el meollo de la cuestión. Sobakévich declaró que Chíchikov, en su opinión, era una buena persona y que él mismo le había vendido campesinos selectos y vivos en todos los sentidos. Como es natural, no podía garantizar lo que pasaría en adelante: si los campesinos caían muertos como moscas durante las dificultades del traslado, no sería culpa suya, pues los caminos del Señor eran inescrutables, las enfermedades mortales estaban a la orden del día y no faltaban ejemplos de pueblos diezmados por

las epidemias. Los señores funcionarios recurrieron a un ardid no muy noble pero que a veces se emplea; en otras palabras, escogieron una vía indirecta, es decir, interrogar a la servidumbre, así que preguntaron a la gente de Chíchikov, posiblemente informada de ciertos detalles y circunstancias de la vida de su señor. Pero lo que obtuvieron, no obstante, fue muy poco. De Petrushka todo lo que sacaron fue el olor a habitación cerrada, y de Selifán que su señor «había servido al Estado, por un tiempo, en las aduanas», y nada más. Este tipo de gente tiene una costumbre de lo más extraña. Si les preguntas directamente algo, nunca lo recuerdan, se les va todo de la cabeza y se limitan a responder que no lo saben, mientras que, si se les pregunta algo distinto, enseguida lo relacionan y lo cuentan todo con un lujo de detalles que uno no desea conocer. Todas las pesquisas efectuadas por nuestros funcionarios los llevaron a descubrir que no sabían definitivamente nada acerca de lo que era Chíchikov, pero éste tenía que ser por fuerza algo. Por fin, decidieron acometer de una vez por todas este tema y determinar, por lo menos, qué medidas adoptar en relación con Chíchikov: si era un hombre al que había que detener y encarcelar por sospechoso, o si bien, por el contrario, era un hombre que podía arrestarlos y encarcelarlos a todos ellos por sospechosos. A tal efecto, convinieron reunirse con urgencia en casa del jefe de Policía, padre y benefactor de la ciudad, ya familiar para el lector.



Capítulo décimo

Reunidos en casa del jefe de Policía, padre y benefactor de la ciudad, ya familiar para el lector, los funcionarios pudieron constatar que todos aquellos desvelos y zozobras les habían hecho enflaquecer. En efecto, el nombramiento del nuevo gobernador general y aquellos documentos recibidos con un contenido tan serio, a los que se añadían Dios sabe qué rumores, habían dejado huellas visibles en sus rostros, y a muchos de ellos los trajes ahora les iban holgados. Todos habían perdido peso: el presidente estaba más delgado, el inspector de Sanidad también, así como el procurador e incluso un tal Semión Ivánovich a quien nunca llamaban por su apellido y que lucía en el índice de la mano derecha un anillo que solía enseñar a las damas. Hubo, como siempre en todas partes, algunos individuos intrépidos que mantuvieron la sangre fría, pero fueron muy pocos. A decir verdad, sólo el jefe de Correos. Fue el único que supo mantener la serenidad; en casos por el estilo, siempre decía: «¡Bah, ya conocemos a esos gobernadores generales! Ya he visto pasar a tres o cuatro, mientras que yo, caballeros, hace treinta años que ostento el mismo cargo». A lo que los otros funcionarios solían responder: «A ti te va bien, *sprechen Sie Deutsch* Iván Andréich, tu trabajo consiste en despachar correo, sin más. Pocas ventajas puedes arañar: cerrar la oficina una hora antes de lo previsto, aceptar un regalito de un comerciante que quiere enviar una carta fuera de horario o admitir un paquete que deberías rechazar. Así, por supuesto, cualquiera es un santo. Pero ya nos gustaría verte si todos los días el diablo se las ingeniara para untarte la mano y, aunque tú no quisieras tomar nada, te lo metieran en el bolsillo. Además, no debes hacer frente a demasiadas preocupaciones, ¡sólo tienes un hijo! Pero si Dios hubiese

tocado a tu esposa con su gracia como a mi Praskovia Fiódorovna, que no pasa un año sin que dé a luz a una pequeña Praskovia o a un pequeño Petrushka, otra canción cantarías». Así hablaban los funcionarios, y uno se puede preguntar, en efecto, si es realmente posible resistirse a las tentaciones del demonio. No obstante, el autor no es quién para juzgarlo. En cuanto a la reunión de ese día, brillaba por su ausencia eso tan indispensable que el pueblo llano llama *buen juicio*. Por lo demás, los rusos no estamos hechos para las asambleas representativas. En todas nuestras asambleas, desde las juntas campesinas hasta toda suerte de comisiones de eruditos y de los que no lo son, se observa una confusión considerable, a no ser que haya alguien al mando que lo dirija todo. Es difícil explicar por qué esto es así. Al parecer, nuestro pueblo ruso está constituido de tal manera que no pueden prosperar más que las reuniones que se convocan para organizar fiestas y banquetes, y otros *vauxhall* a la moda extranjera[111], lo que no nos impide estar dispuestos a emprender cualquier cosa. Según como sople el viento, creamos sociedades benéficas, filantrópicas y Dios sabe qué más. Nuestros propósitos son nobles, pero nada resulta de ello. Quizá sea porque nos contentamos desde el principio, creyendo que todo está hecho. Por ejemplo, después de fundar una sociedad benéfica para el amparo de los pobres y de recolectar una suma nada desdeñable, antes que nada empezamos por celebrar sin dilación tan loable acción invitando a cenar a la plana mayor de la ciudad, lo que engulle, por supuesto, la mitad de los fondos; con el dinero restante se alquila, a nombre del comité, una casa magnífica, con calefacción y conserjes, con lo que, al final, la suma destinada a los pobres queda mermada a cinco rublos con cincuenta. Para colmo, los miembros del comité no consiguen ponerse de acuerdo en cuanto al reparto de este importe, pues cada uno de ellos reclama que se adjudique a un compinche suyo. La reunión que se mantenía ese día, por lo demás, era de una índole completamente distinta: se había convocado por necesidad. El orden del día no eran los pobres ni gente ajena. El asunto concernía a todos y cada uno de los funcionarios, el debate trataba sobre un peligro que los amenazaba a todos por igual; por tanto, mal que los pesara, tendrían que actuar codo con codo y en armonía. Pero, con todo, el diablo sabe qué resultó. Sin hablar de las discrepancias de opinión inherentes a todas las

reuniones, la asamblea hizo gala de una incompresible indecisión: uno decía que Chíchikov era un falsificador de billetes del Estado y luego añadía: «O quizá no»; otro afirmaba que era un funcionario al servicio del gobernador general, antes de precisar: «Aunque… vayan a saber, ¡no lo lleva escrito en la frente!». Todos se soliviantaron ante la presunción de que pudiera ser un bandido disfrazado: consideraron que, aparte de su aspecto, de por sí bastante respetable, nada había en su conversación que lo delatara como un hombre de carácter violento. De pronto, a consecuencia de una inspiración repentina, el jefe de Correos, que se había quedado algunos instantes sumido en una suerte de cavilación, exclamó:

—¿Saben quién es, señores?

En la entonación con que pronunció estas palabras vibraba algo tan sorprendente que todos gritaron al unísono:

—¿Quién?

—¡Nada menos que el capitán Kopeikin, caballeros!

Y cuando todos, a coro, preguntaron: «¿Y quién es el capitán Kopeikin?», el jefe de Correos dijo:

—¿Cómo? ¿No saben ustedes quién es?

Todos admitieron que no tenían la menor idea de quién podía ser.

—El capitán Kopeikin —dijo el jefe de Correos, abriendo su tabaquera sólo hasta la mitad, por miedo a que alguno de sus vecinos metiera allí los dedos, cuya limpieza le inspiraba poca confianza, pues incluso tenía la costumbre de decir: «Sabemos, amigo mío, que mete los dedos vaya a saber dónde, y el tabaco es una cosa que requiere pulcritud»—. El capitán Kopeikin… —repitió después de haber aspirado una pulgarada—, ah, si os lo cuento, saldrá una suerte de poema interesantísimo para cualquier escritor.

Todos los presentes expresaron su deseo de conocer esa historia o, mejor dicho, por citar al jefe de Correos, esa «suerte de poema interesantísimo para cualquier escritor». Y el orador empezó como sigue:

La historia del capitán Kopeikin[112]

Después de la campaña del año 12[113], muy señor mío… —comenzó diciendo el jefe de Correos, a pesar de que en la habitación no había un solo señor, sino seis—, después de la campaña del año 12, el capitán fue evacuado en un convoy de heridos. En Krasnoi, o quizá en Leipzig[114], había perdido en combate, figúreselo, un brazo y una pierna. En esa época, ya se sabe, aún no se había dictado ninguna disposición con respecto a los heridos; esa especie de pensión de invalidez hoy reconocida no se instauró, como ya imaginará, hasta mucho más tarde. El capitán Kopeikin se hizo cargo de que debería trabajar para ganarse el pan, pero sólo tenía un brazo, ¿entiende?, el izquierdo. Fue a casa de su padre, que le dijo: «No puedo alimentarte, apenas tengo algo —figúreselo— que llevarme a la boca». Y así, mi capitán Kopeikin decidió partir, señor mío, a San Petersburgo, a fin de rogar al Soberano si no podría, de una manera u otra, concederle algún favor imperial: «Así están las cosas, que si esto y que si lo otro, en cierto sentido, por así decirlo, he sacrificado mi vida, vertido mi sangre…». Pues bien, consiguió, de una manera u otra, en trenes de mercancía o furgones estatales, ¿entiende?, llegar arrastrándose, por así decirlo, a San Petersburgo. Se lo pueden imaginar: ¡un don nadie como ése, esto es, el capitán Kopeikin, y de repente se halla en una capital que, como se suele decir, no tiene parangón en el mundo entero! De pronto tenía ante sí el mundo, por así decirlo, cierta esfera de la vida, la fabulosa Sherezade. De repente, un cualquiera como ése, figúreselo, estaba en la avenida Nevski, o allí, ya me entiende, en una calle como la Gorójovaia, ¡qué demonios!, o en una del tipo de Litéinaia[115], por poner un ejemplo; allí hay una aguja que, por así decirlo, se yergue en el aire, puentes que cuelgan como por obra del diablo, figúreselo, sin ningún contacto con la tierra; en una palabra, ¡Semíramis[116], señor mío, y ya está! Se afanó en alquilar un piso, pero todo eso costaba un riñón: cortinas, estores y el demonio sabe qué más, alfombras… Como si fuera Persia; es, por así decirlo, como si al andar pisaras dinero. Basta con que vayas por la calle para que tu nariz sienta el cosquilleo del olor que despiden miles de rublos; pero mi capitán Kopeikin, todos los billetes que tenía, ¿entiende?, eran unos pocos de color azul[117]. Bueno, de un modo u otro, se alojó en la posada Revel[118], por un rublo al día; para cenar: sopa de col y un trozo de carne de vaca… Lo vio claro: aquí

no llegaré a viejo. Preguntó adónde debía dirigirse. Le comentaron que, al parecer, había una comisión superior, una suerte de oficina gubernamental, ya sabe, una de ésas, y que el presidente era el general en jefe tal. Pero el zar, debo decirles, no había vuelto a la capital; las tropas, ya se lo puede imaginar, continuaban en París, todos estaban en el extranjero[119]. Mi Kopeikin, que se había levantado temprano, se afeitó la barba con la mano izquierda, pues pagar a un barbero por ese servicio suponía, en cierto modo, un dispendio, se enfundó su uniforme raído y, con su pata de palo, imagínese la estampa, se dirigió a ver al presidente, al mandamás. Preguntó su dirección. «Ahí —le dijeron, señalando una casa del Malecón del Palacio—». Una bonita isba pequeña, ya entiende, como la de los campesinos: cristales en las ventanas, figúreselo, espejos de poco más de un metro, de modo que los jarrones y todo lo que hay en las estancias parece que estén fuera…, como si, de alguna manera, se pudieran tocar con la mano desde la calle; mármoles preciosos en las paredes, adornos metálicos, los tiradores de las puertas eran de ese tipo, ya sabe, de los que te envían directo a la tienda de la esquina para comprar medio kopek de jabón y luego te pasas dos horas lavándote las manos antes de atreverte siquiera a tocarlos. En una palabra, todo estaba tan reluciente que uno se sentía aturdido. Incluso el portero parecía un mariscal de campo: bastón dorado, fisonomía de conde, como un pequeño bulldog francés bien cebado; cuello de batista, ¡el muy canalla! Mi Kopeikin subió a duras penas, con su pata de palo, hasta la sala de recepción y se arrimó a un rincón para no tirar con el codo, figúreselo, uno de esos jarrones de porcelana dorada, ya sabe, traídos de la India o de América. Se entiende que la espera fue larga, porque, ya se imaginará, llegó a esa hora en que el general, en cierto modo, se acababa de levantar de la cama, y su ayuda de cámara, quizá, le llevaba una pequeña jofaina de plata para las distintas abluciones, como comprenderá. Mi Kopeikin esperó unas cuatro horas hasta que finalmente hizo acto de presencia un edecán u otro funcionario de guardia. «El general —dijo— saldrá en breve a la sala de recepción». Y en la sala de recepción había tanta gente como habas en un plato. Y no eran semejantes nuestros, pobre pueblo llano, sino personajes de cuarta y quinta clase[120], coroneles e incluso algún general, a juzgar por los gruesos canelones que brillaban en sus charreteras (un distintivo del

generalato, como se sabe). De pronto, en la habitación, ya sabe, todo se agitó levemente, como si una suave brisa cruzara la habitación. Aquí y allá se oyó: «Chis, chis», y finalmente se hizo un silencio aterrador. Entró el dignatario. Bueno, ya se lo imagina: ¡un hombre de Estado! Y el rostro, cómo decirlo… Bueno, conforme a su título, ya me entiende… Dado su alto rango… Y la expresión acorde, ya sabe. Todos los que estaban en la sala, como es natural, en ese instante estaban tensos como cuerdas de arcos, temblaban y esperaban que, en cierto sentido, se decidiera su suerte. El ministro o dignatario se acercaba a uno, luego a otro, preguntando: «¿Por qué está usted aquí? Y usted, ¿por qué está aquí? ¿Qué se le ofrece? ¿Qué le trae por aquí?». Finalmente, señor mío, se acercó a Kopeikin. Éste, armándose de valor, le dijo: «Que si esto, que si lo otro, Su Excelencia: he vertido mi sangre, he perdido, de algún modo, brazo y pierna, no puedo trabajar, así que me atrevo a suplicar la merced del monarca». El ministro lo vio: el hombre tenía una pata de palo y la manga derecha vacía prendida al uniforme: «Está bien —dijo—, vuelva dentro de unos días». Mi Kopeikin salió de allí al borde del éxtasis: por un lado, había conseguido que le concedieran una audiencia, por así decirlo, con el más alto dignatario; por otro, ahora se decidiría por fin, de algún modo, el asunto de su pensión. Tal era su estado de ánimo, como entenderán, que daba saltos por la acera. Entró en la fonda Palkin[121] a beber un vaso de vodka, comió, señor mío, en el London[122], donde pidió que le sirvieran una chuleta con alcaparras, capón asado acompañado de todo tipo de guarniciones; pidió una botella de vino y, por la tarde, se fue al teatro; en una palabra, como entenderá, estuvo de parranda. Vio que por la acera iba una inglesa esbelta como un cisne, se puede imaginar de qué tipo. Mi Kopeikin, con la sangre fluyéndole rauda y veloz por las venas, ya me entiende, empezó a correr detrás de ella con su pata de palo, *tap, tap, tap*… «Pero no —pensó—, mejor será que espere a conseguir la pensión, ya he despilfarrado demasiado». Y he aquí, señor mío, que al cabo de tres o cuatro días Kopeikin apareció de repente donde el ministro y aguardó hasta el momento en que salió. «Que si esto, que si lo otro —dijo—, he venido a escuchar lo que ha decretado Su Excelencia acerca de los enfermos y de los heridos…», y cosas parecidas, ya me entiende, con el debido estilo. El dignatario, como se imaginará, enseguida

lo reconoció: «Ah —dijo—, muy bien, pero esta vez no puedo decirle nada más, excepto que tendrá que esperar la llegada del Soberano; entonces, sin lugar a dudas, se darán instrucciones con respecto a los heridos, pero sin la voluntad del monarca, por así decirlo, no puedo hacer nada». Una inclinación a modo de saludo, como ya entenderá, y adiós muy buenas. A Kopeikin, figúreselo, le embargó una incertidumbre total. Se había imaginado que iban a darle dinero al día siguiente: «Para ti, querido, bebe y diviértete»; pero, en lugar de eso, le habían indicado que esperase y ni siquiera le habían dicho cuándo debía volver. Y ahí iba, bajando las escaleras, miserable como el perro, ya sabe, al que el cocinero ha echado un cubo de agua: con el rabo entre las piernas y las orejas gachas. «Pero no —pensó para sus adentros—, volveré y le explicaré que me estoy comiendo mi último pedazo de pan… Que si no me ayudan, me moriré de hambre, en cierto modo». En una palabra, señor mío, llega de nuevo al Malecón del Palacio, y le dicen: «Imposible, ya no recibe, vuelva mañana». Y, al día siguiente, lo mismo; el portero ni siquiera se dignó mirarlo. Entretanto, de todos los billetes azules que tenía, ya me entiende, ahora sólo le quedaba uno en el bolsillo. Hasta el momento comía su sopa de col y un trozo de carne de vaca, pero ahora iba a la tienda a comprar un arenque o un pepino en salazón, además de dos kopeks de pan; en una palabra, el pobre se moría de hambre; para colmo, tenía un apetito de lobo. Si pasaba por delante de un restaurante elegante, de ésos en que el cocinero, como ya se imaginará, es extranjero, un francés o algo así, de rostro ancho, con ropa de hilo de Holanda, con un delantal blanco como la nieve, preparando algo a las *fines herbes*, chuletas con trufas…, manjares y *delicatessen* tales que uno sería capaz de comerse a sí mismo del apetito. Si pasaba por delante de las tiendas de Miliutin[123], allí, desde el escaparate, veía un salmón enorme que lo miraba fijamente, por así decirlo, y unas cerezas, a cinco rublos la pieza, una sandía-monstruo, del tamaño de un carruaje, que asomaba desde el escaparate y, como quien dice, buscaba al idiota que pagase cien rublos por ella; en pocas palabras, a cada paso surgía una tentación tal que a uno se le hacía la boca agua, y él, entretanto, todo lo que oía era: «Mañana». Pueden imaginarse cuál era su situación: por una parte, como si dijéramos, el salmón y la sandía; por otra, siempre le servían el mismo plato:

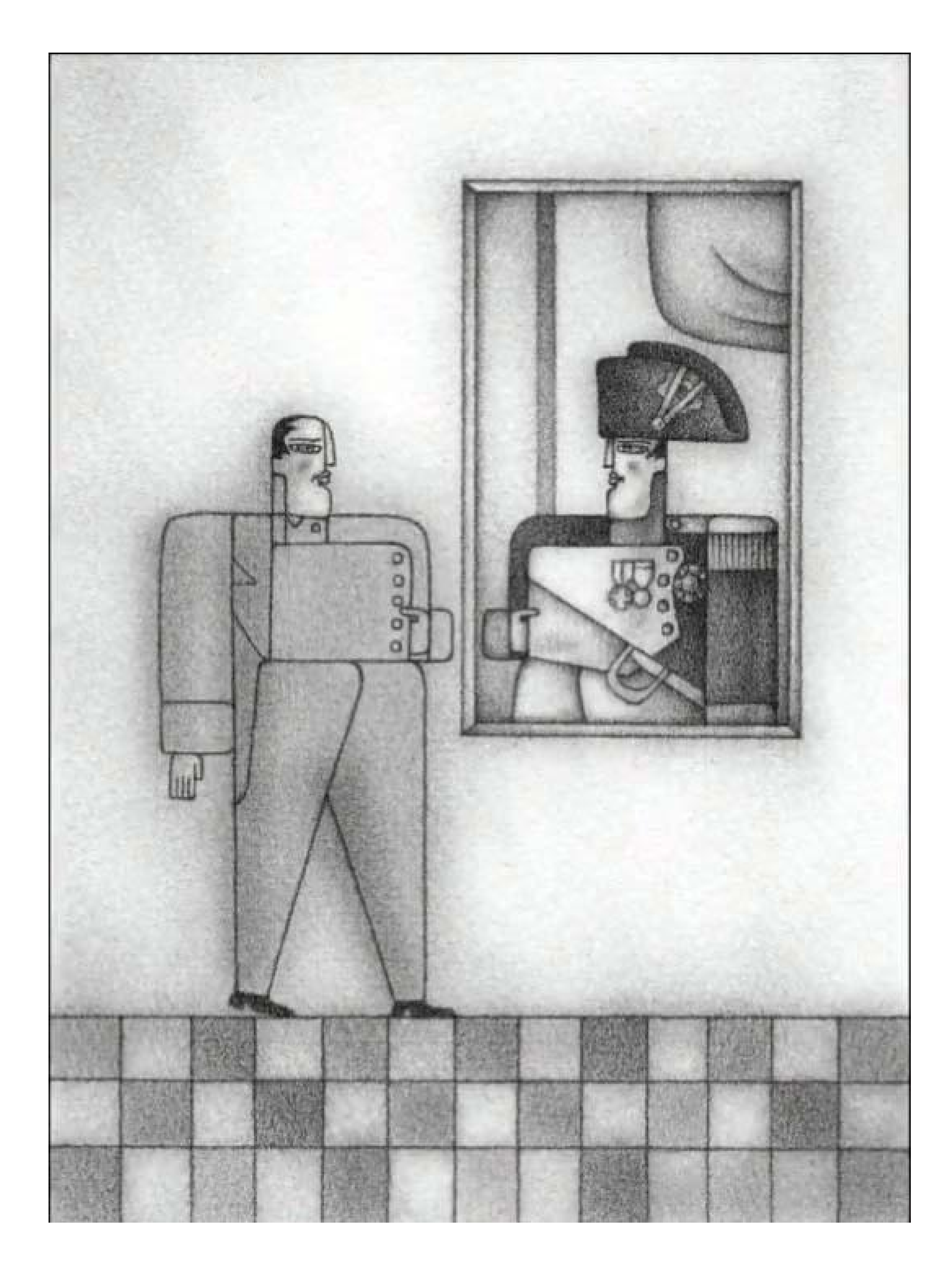
«Mañana». Finalmente, el pobre, en cierto modo, no pudo soportarlo más y decidió que entraría como fuera, al asalto. Esperó en la entrada hasta que otro solicitante apareciera y, aprovechando que había llegado cierto general, ya me entiende, se coló con su pata de palo en la sala de recepción. El dignatario, como de costumbre, salió: «¿Por qué está usted aquí? Y usted, ¿por qué está aquí? ¡Ah! —dijo, al ver a Kopeikin—, ya le expliqué que debía esperar una decisión». «Apiádese de mí, Su Excelencia, no tengo, por así decirlo, ni un mendrugo de pan…». «¿Qué quiere que haga? No puedo hacer nada por usted; de momento, esfuércese en arreglárselas por sí solo, búsquese un sustento». «Pero, Su Excelencia, en cierto modo, usted mismo puede juzgar, ¿qué sustento puedo buscar si me falta un brazo y una pierna?». «Pero —dijo el dignatario— estará de acuerdo en que no puedo mantenerle, como quien dice, a mi costa; abundan los heridos y todos tienen el mismo derecho… Ármese de paciencia. Cuando venga Su Majestad, le doy mi palabra de honor que la merced del monarca no le será negada». «Pero, Su Excelencia, no puedo esperar», dijo Kopeikin, y lo expresó, en cierto sentido, de una manera grosera. Al dignatario, como entenderá, la situación se le hacía ya enojosa. Y con razón: allí, por todas partes, había generales que esperaban decisiones, órdenes, asuntos, como quien dice, cruciales, de Estado, que exigían una rápida solución —cada minuto perdido podía ser irremediable—, y allí tenía pegado al lado a aquel diablillo inoportuno. «Disculpe —dijo—, no tengo tiempo… Me esperan asuntos más importantes que el suyo». Le recuerda de un modo, por así decirlo, sutil que ya es hora de que se marche. Y a mi Kopeikin, ya sabe, es el hambre lo que le espolea: «Como quiera, Su Excelencia —dijo—, no me iré de aquí hasta que no me dé una solución». Bueno…, ya se imagina: responder de ese modo a un dignatario de quien basta con una palabra suya para que uno salga volando por los aires, de modo que ni el mismísimo diablo lograría encontrarlo… Aquí, si un funcionario de categoría inferior, aunque sólo sea por un rango, le dice algo así a un superior, se considera una impertinencia en toda regla. Pero, en este caso, la diferencia, la desproporción era tal…: ¡un general en jefe y un capitán Kopeikin del montón! ¡Noventa rublos y un cero a la izquierda! El general, como entenderá, a modo de respuesta se limitó a mirarlo, pero su mirada era peor

que cualquier arma de fuego: suficiente para asustar hasta al más aguerrido. Pero mi Kopeikin, figúreselo, no se movió lo más mínimo, se quedó allí clavado. «¿Cómo se atreve?», dijo el general y, como se suele decir, le dio un tirón de orejas. Aunque, a decir verdad, lo trató con bastante conmiseración; otro, en su lugar, lo habría aterrorizado hasta tal punto que la calle le habría estado dando vueltas en la cabeza, patas arriba, durante los siguientes tres días, pero dijo, sin más: «Está bien, si a usted le resulta caro vivir aquí y no puede esperar tranquilamente en la capital a que se decida su suerte, lo enviaré a otra parte por cuenta del Estado. ¡Llamen al correo! ¡Que lo despachen a su lugar de residencia!». El correo, como entenderá, apareció al instante: un hombre de unos dos metros, con unas manazas, figúrese, que parecían creadas para llevar las riendas; en una palabra, uno de esos que te dejan sin muelas… Y he aquí que agarraron a ese siervo de Dios, señor mío, y al carro con él, junto con el correo. «Bueno —pensó Kopeikin—, al menos no tengo que pagar los gastos del viaje, aún debo estar agradecido». Y he aquí, señor mío, que mientras iba en compañía del correo, en cierto modo, por así decirlo, reflexionó lo siguiente: «Si dice el general que me busque un sustento para valerme por mí mismo, que así sea: ¡lo encontraré!». Bueno, no se sabe cómo y a dónde lo llevaron. Así que, ya entenderá, los rumores sobre el capitán Kopeikin se hundieron en el río del olvido, en un Leteo de ésos, como lo denominan los poetas. Pero permítanme, señores, es aquí donde empieza, por así decirlo, el hilo, el nudo de la novela. Por tanto, se ignora qué se hizo de Kopeikin; pero, figúrenselo, no habían pasado ni dos meses, cuando en los bosques de Riazán apareció una pandilla de bandoleros, y el atamán de esta banda, muy señor mío, no era otro que…

—Permíteme, Iván Andréievich —dijo de pronto, interrumpiéndolo, el jefe de Policía—, tú mismo dijiste que al capitán Kopeikin le falta un brazo y una pierna, mientras que a Chíchikov…

En ese instante, el jefe de Correos lanzó un grito, se dio una palmada en la frente con gran ímpetu y se llamó *cabeza de chorlito* delante de todos. No alcanzaba a comprender cómo se le había pasado por alto semejante detalle al comienzo mismo de su relato y reconoció cuánta verdad había en el proverbio «el ruso sólo demuestra su sabiduría cuando ya es demasiado

tarde». Sin embargo, un instante después, echó mano de artimañas y, para resolver la papeleta, dijo que, por lo demás, en Inglaterra se había perfeccionado mucho la mecánica y que, al parecer, según se leía en los periódicos, alguien había inventado unas piernas de madera provistas de un resorte oculto de tal modo que, al accionarlo, las piernas llevaban a su dueño hasta Dios sabe dónde, de tal modo que nadie volvía a verle el pelo.



Pero todos albergaron serias dudas acerca de que Chíchikov fuese el capitán Kopeikin y consideraron que el jefe de Correos había ido ya demasiado lejos. Por lo demás, ellos tampoco se quedaron cortos e, inspirados por la ingeniosa conjetura del jefe de Correos, fueron aún más

allá. De entre el gran número de suposiciones a cuál más ocurrente, hubo finalmente una que incluso resulta extraña de contar: que quizá Chíchikov era Napoleón disfrazado, que los ingleses hacía mucho que envidiaban a Rusia, país grande y anchuroso, hasta el punto de que incluso a veces se habían publicado caricaturas en las que se representaba a un ruso dialogando con un inglés; este último sujetaba de la correa a un perro, que se suponía que era Napoleón, y parecía decir algo así: «¡Cuidado, si te pasas de la raya, te echaré este perro!». Y ahora tal vez lo hubiesen dejado salir de la isla de Santa Elena y se dirigiera a Rusia, como si fuera Chíchikov, aunque en realidad no lo era.

Por supuesto, los funcionarios no dieron crédito alguno a esto, pero, puestos a pensar y considerando cada uno de ellos el asunto en su fuero interno, encontraron que el rostro de Chíchikov, si éste se giraba y se ponía de perfil, se asemejaba mucho a la efigie de Napoleón. El jefe de Policía, que había servido en la campaña del año 12 y visto a Napoleón en persona, no pudo evitar reconocer que, en cuanto a estatura, no era de ningún modo más alto que Chíchikov y que, por lo que respecta a la constitución de su figura, tampoco se podía decir que Napoleón fuera ni demasiado gordo ni demasiado flaco. Quizá algunos lectores califiquen todo esto de inverosímil; el autor también, por deferencia, está dispuesto a calificarlo en los mismos términos; pero, mal que nos pese, todo aconteció precisamente como se cuenta y, lo que es más sorprendente, la ciudad no estaba en un lugar perdido, sino, por el contrario, bastante cerca de ambas capitales[124]. Por lo demás, hay que tener presente que todo esto ocurrió inmediatamente después de la gloriosa expulsión de los franceses. En aquella época todos nuestros terratenientes, funcionarios, comerciantes, dependientes y cualquiera que supiera leer y escribir, al igual que los que no, se convirtieron, por lo menos durante ocho años, en unos políticos redomados. El *Moskóvskie Viédomosti* y el *Sin Otéchestva*[125] se devoraban con avidez y al último lector le llegaban rotos, sin que fueran útiles ya para nada. En lugar de las preguntas habituales como: «¿A cuánto vendiste la avena, viejo? ¿Aprovechaste las primeras nieves que cayeron ayer?», decían: «¿Qué noticias traen los periódicos? ¿No habrán dejado escapar a Napoleón de la isla otra vez?». A los comerciantes, esto les daba mucho miedo, pues

creían ciegamente en el vaticinio de cierto profeta, que llevaba tres años en la cárcel; este profeta, procedente de quién sabe dónde, con unos zuecos de corteza y una zamarra de piel sin curtir que despedía un terrible hedor a pescado podrido, había proclamado que Napoleón era el Anticristo y que estaba sujeto con una cadena de piedra, detrás de seis muros y siete mares, pero que rompería las cadenas y se apoderaría del mundo entero. Por esta profecía, el profeta fue a dar con los huesos en la cárcel, como correspondía, pero, no obstante, hecho ya su trabajo, dejó completamente desconcertados a los comerciantes. Durante mucho tiempo, incluso cuando se acordaban los tratos más ventajosos, al dirigirse a la posada para resarcirse tomando un té, sus conversaciones versaban sobre el Anticristo. Muchos de los funcionarios y de los miembros de la alta nobleza también pensaban involuntariamente en esto y, contagiados por el misticismo que, como de todos es sabido, estaba entonces muy en boga, veían en cada letra que componía la palabra *Napoleón* cierto significado particular; muchos incluso descubrieron en ella los números apocalípticos[126]. Así pues, no era de extrañar que los funcionarios se pusieran sin querer a darle vueltas a este punto. Pronto, sin embargo, volvieron en sí, tras caer en la cuenta de que su fantasía se había desbocado en exceso y el tema se les había ido de las manos. Pensaban y volvían a pensar, discutían y volvían a discutir hasta que por fin decidieron que no sería mala idea interrogar como es debido a Nozdriov. Dado que éste había sido el primero en sacar a la luz la historia de las almas muertas y que era, como se suele decir, uña y carne con Chíchikov, sin duda estaría al corriente de ciertas circunstancias de su vida; por tanto, habría que ver qué tenía que decir al respecto.

Los funcionarios son gente estrafalaria, así como también lo son todo el resto: al fin y al cabo, sabían muy bien que Nozdriov era un mentiroso de quien no se podía creer ni media palabra, ni siquiera en los asuntos más banales; y, no obstante, recurrían precisamente a él. ¡Intenta, después de eso, entender algo de los hombres! No creen en Dios, pero están convencidos de que, si les pica la nariz, es una señal de que se van a morir. Desdeñan una obra poética, radiante como el día, impregnada de armonía y de sabia simplicidad, pero se abalanzan sobre el libro de un sabelotodo que enmaraña, embauca, destroza y retuerce la naturaleza. Se deleitan, al tiempo

que gritan: «¡He aquí un auténtico experto en los misterios del corazón!». Se pasarán la vida despotricando contra los médicos y acabarán por dirigirse a una curandera que sana por medio de conjuros susurrados y escupitajos mágicos o, mejor aún, se inventarán algún brebaje de Dios sabe qué porquería, que, por algún motivo, les parecerá el remedio para todos sus males. Hasta cierto punto, por supuesto, se puede disculpar a los señores funcionarios, habida cuenta de la delicada situación en la que se encontraban. *Quien se ahoga*, como se suele decir, *se agarra a una astilla* y, nubladas las entendederas, no entiende que una astilla soportará como mucho una mosca, mientras que él pesa unos cuatro o cinco *puds*; no, nada de eso le acude a la mente, y él se agarra a esa astilla. Del mismo modo, nuestros funcionarios se agarraron, por último, a Nozdriov. Sin perder un instante, el jefe de Policía escribió una nota convocándolo aquella misma tarde, y el oficial de policía, con botas de montar y un encantador rubor en las mejillas, salió corriendo al momento, con la mano en la espada temblorosa, dando pequeños brincos, hacia la casa de Nozdriov. Este último estaba ocupado con un asunto de suma importancia; hacía ya cuatro días que no salía de su habitación, no recibía a nadie y mandaba que le sirvieran la comida por una ventanita: en una palabra, había adelgazado y palidecido. Su ocupación requería una gran atención: consistía en elegir, entre varias decenas de docenas de cartas, una baraja más fácil de manipular, en la que se pudiera confiar como en el amigo más fiel. Le quedaba trabajo para al menos dos semanas; durante este tiempo, Porfiri estuvo encargado de limpiar el ombligo del cachorro con ayuda de un pequeño cepillo especial y de lavarlo tres veces al día con jabón. Nozdriov se enfadó mucho porque lo molestaran en su retiro. Comenzó por enviar a paseo al inspector del barrio, pero, cuando supo por la nota del jefe de Policía que podía obtener algún beneficio, pues en la velada habría algún novato a quien desplumar, se ablandó de inmediato, cerró con llave la habitación a toda prisa, se vistió de cualquier manera y se dirigió a donde estaban nuestros funcionarios. Su testimonio, sus conjeturas y declaraciones presentaban un contraste tan brusco respecto a los de los señores funcionarios que desmontaron las suposiciones de estos últimos. Nozdriov era de esos hombres que decididamente ignoraban lo que era la duda. Cuanto más tímidos e

indecisos se mostraban los funcionarios, más firme y seguro de sí mismo se revelaba él. Respondió a todo, sin el menor titubeo, y declaró que Chíchikov había adquirido almas muertas por valor de varios miles de rublos y que él mismo también se las había vendido, pues no veía motivo para no hacerlo. A la pregunta de si nuestro héroe era un espía que se afanaba en descubrir algo, respondió que en la escuela, a la que habían ido juntos, lo tildaban de chivato y que sus camaradas, entre los cuales él mismo se encontraba, le habían dado una buena tunda, por lo que habían tenido que aplicarle, solamente en las sienes, doscientas cuarenta sanguijuelas. En realidad, quería decir cuarenta, pero las otras doscientas habían acudido por sí solas. A la pregunta de si Chíchikov era un falsificador de billetes de banco, respondió que sí, aludiendo incluso, por medio de una anécdota, a su habilidad en la materia: al saberse que en la casa de nuestro héroe se habían encontrado dos millones en billetes falsificados, la precintaron y apostaron a unos guardias, dos en cada puerta. Pero Chíchikov, durante la noche, cambió todos los billetes y, cuando por la mañana quitaron el precinto, tuvieron que admitir que eran auténticos. A la pregunta de si era verdad que Chíchikov tenía la intención de raptar a la hija del gobernador y de si él, Nozdriov, estaba personalmente implicado en esta empresa, Nozdriov respondió que, en efecto, le había echado una mano, pues sin él no habría llegado a ninguna parte. En este punto cayó en la cuenta de que se había equivocado al mentir y que podía crearse muchos problemas, pero era incapaz de contener su lengua. Además, era una tarea ardua, pues se le ocurrían unos detalles tan interesantes que no podía dejar de contarlos. Incluso llegó a dar el nombre del pueblo en el que se encontraba la pequeña iglesia en la que los tortolitos se habían casado: Trujmachevka. El pope, el padre Sídor, nunca hubiese aceptado bendecir aquella unión de no ser por los setenta y cinco rublos y porque Nozdriov lo había amenazado con revelar que había casado al comerciante de harina Mijaíl con su comadre[127]. Nozdriov, además, había puesto su calesa a disposición de los recién casados y los había provisto de caballos de repuesto en cada parada. La precisión llegó hasta tal punto que empezó a llamar a los postillones por sus nombres. Entonces quisieron sacar a colación a Napoleón y se arrepintieron, pues Nozdriov soltó unas sandeces

que no tenían visos de realidad y carecían de sentido, de modo que los funcionarios, suspirando, lo dejaron allí plantado. Sólo el jefe de Policía se quedó escuchándolo aún un largo rato, con la esperanza de que, al final, descubriría algo, pero, con un gesto de desdén, decretó: «¡El diablo sabrá a qué vienen semejantes majaderías!». Y todos coincidieron en un aspecto: *por mucho que aprietes a un toro no le sacarás leche*. Y los funcionarios se vieron en una situación aún peor: seguían sin saber quién era Chíchikov. En cambio, se hizo evidente qué clase de criatura es el hombre: sabio, inteligente y sensato en todo lo que atañe a otros, pero no a sí mismo. ¡Qué consejos juiciosos y sólidos no ofrece en los momentos más difíciles de la vida! «¡Qué cabeza tan despierta! —grita la multitud—. ¡Qué fuerza de carácter!». Pero que una desgracia se abata sobre esa cabeza tan despierta y que ese hombre se halle frente a frente con las dificultades de la vida, ¿adónde fue a parar esa fuerza de carácter? ¡Ni rastro de ella! No queda más que un miserable pusilánime, un pobre niño desamparado o, por citar a Nozdriov, un mamón.

Esas discusiones, opiniones y rumores afectaron más que a nadie, no se sabe por qué, al pobre procurador. Le afectaron tanto que, cuando llegó a su casa, se puso a darle vueltas y más vueltas y, de pronto, como suele decirse, sin más ni más, pasó a mejor vida. Asaltado por una brusca parálisis o por cualquier otra cosa, el caso es que cayó de espaldas de la silla. Hubo gritos y manos que se juntaban en una sonora palmada, como suele suceder en estos casos: «¡Ay, Dios mío!», y mandaron a buscar al médico para que le practicara una sangría, pero vieron que el procurador era ya un cuerpo sin vida. Fue sólo entonces con gran pesar que se percataron de que el difunto, en efecto, tenía un alma. Un alma que, por modestia, nunca había mostrado. La aparición de la muerte, entretanto, es siempre espantosa, ya sea cuando golpea a un hombre pequeño como a un gran personaje. Quien hasta ayer aún se movía, iba y venía, jugaba al *whist*, firmaba toda clase de papeles y aparecía tan a menudo entre los funcionarios, con sus espesas cejas y con su leve tic en el ojo, ahora yacía sobre la mesa. Su ojo izquierdo ya no parpadeaba, pero una de sus cejas estaba arqueada, inquisitiva. ¿Qué preguntaba el difunto? ¿Por qué había muerto o por qué había vivido? Sólo Dios lo sabe.

«Pero ¡esto es absurdo! ¡No se tiene en pie! ¡No podemos creernos que los funcionarios hayan tenido tanto miedo como para que se hayan inventado semejantes sandeces y se hayan alejado hasta tal punto de la verdad, cuando hasta un niño vería enseguida de qué va el tema!», dirán muchos lectores, reprochando al autor sus incoherencias y tildando de imbéciles a los pobres funcionarios. El hombre, en efecto, no escatima en cuanto a utilizar la palabra imbécil, dispuesto a servirse de ella veinte veces al día para referirse a su prójimo. Entre diez rasgos de carácter, basta con tener un lado idiota para ser reconocido como tal, olvidando los nueve restantes. A los lectores les resulta fácil, desde su apacible refugio, mirar desde lo alto, cuando tienen ante sus ojos todo el horizonte de cuanto acontece abajo, donde el hombre no ve más allá que los objetos a mano. Nadie duda de que no vacilarían en tachar siglos enteros de los anales de la historia mundial por juzgarlos inútiles. En el mundo se han cometido muchas equivocaciones, es verdad, en las que no incurriría un niño ahora. ¡Qué caminos sinuosos, estrechos, impracticables, desviados ha escogido la humanidad para alcanzar la verdad eterna, mientras que ante ella se abría la vía más directa, semejante a la que conduce al Templo, asignado como morada al zar! Ese camino es más ancho y suntuoso que los otros, iluminado por el sol y, por la noche, alumbrado por antorchas; los hombres, sin embargo, en sus profundas tinieblas, pasaban sin verlo. ¡Cuántas veces, no obstante, guiados por el espíritu descendido del cielo, se las arreglaron para alejarse y extraviarse! ¡Cuántas veces, en pleno día, se perdían de nuevo en lugares apartados e intransitables, velándose mutuamente los ojos con brumas! ¡Cuántas veces, fiándose de los fuegos fatuos de los pantanos, fueron conducidos al abismo, para preguntarse al instante con espanto: «¿Dónde está la salida? ¿Dónde está el camino?»! La generación actual lo ve ahora todo claro y se asombra con los extravíos de sus antepasados, se mofa de su falta de discernimiento, sin ver que los anales de la historia están escritos con fuego celestial, que en ellos grita cada letra, y que en todas partes un dedo vengador la señala, a ella, la generación actual. Pero esta última continúa riéndose y empieza, orgullosa, rebosante de engreimiento, toda una serie de nuevos equívocos de los que también se reirá la posteridad.

Chíchikov ignoraba todo lo que ocurría. Como hecho expresamente, padecía en ese momento un leve resfriado, acompañado de catarro y una pequeña inflamación en la garganta, que el clima de numerosas ciudades de provincia dispensa con increíble prodigalidad. Para no arriesgarse, Dios no lo quisiera, a terminar su vida sin descendencia, decidió hacer reposo dos o tres días en su habitación. Durante este lapso de tiempo, no dejó de hacer gárgaras con una mezcla de leche e higos, que después ingería, y mantuvo, aplicada en la mejilla, una cataplasma de camomila y alcanfor. Ávido de encontrar alguna ocupación, confeccionó varias listas nuevas y detalladas de todos los campesinos que había adquirido, releyó *La duchesse de La Vallière*, libro que había aparecido en su maleta, rehízo el inventario de su cofrecito y volvió a leer algunas notas que guardaba allí, lo que suscitó en él un formidable aburrimiento. No alcanzaba a comprender por qué ningún funcionario de la ciudad, ni siquiera una vez, había ido a interesarse por su salud, cuando no hacía mucho aún los *drozhki*[128] del director de Correos, del procurador, cuando no el del propio gobernador, se paraban a menudo delante de su posada. Se limitaba a encogerse de hombros mientras iba y venía por la habitación. Por fin se sintió mejor y se alegró enormemente al ver que podía salir a tomar el aire. Procedió de inmediato a asearse, abrió su cofrecito, vertió agua caliente en un vaso, sacó la brocha y el jabón y se dispuso a afeitarse, algo que, por lo demás, ya le tocaba hacía tiempo, pues, palpándose la barba y mirándose en el espejo, no pudo evitar exclamar: «¡Vaya, he aquí un auténtico bosque salvaje!». Sin ir tan lejos, digamos que tenía las mejillas y el mentón enmarañados. Una vez afeitado, se puso a vestirse tan raudo y veloz que faltó poco para que no se enredara con sus pantalones. Por último, se roció con colonia y, bien abrigado, salió, arropado hasta las mejillas por precaución. Como todo convaleciente, esa salida fue para él toda una fiesta. La más mínima cosa que veía adquiría un aire risueño, tanto las casas como los campesinos, todos ellos, por cierto, bastante serios, uno de ellos incluso había tenido tiempo de soltarle un sopapo a uno de sus vecinos. Chíchikov decidió hacer su primera visita al gobernador. Por el camino, toda suerte de pensamientos le pasaron por la mente: la imagen de la joven rubia le rondaba la cabeza, su imaginación empezó a hacer de las suyas e incluso se puso a burlarse y a bromear a su

cuenta. Tal era su estado de ánimo cuando llegó ante la casa del gobernador. Ya estaba a punto de quitarse el abrigo a toda prisa en la antesala cuando el portero lo dejó estupefacto con estas palabras inesperadas:

—¡Tengo instrucciones de no dejarlo pasar!

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Es que no me reconoces? ¡Mírame bien la cara! —replicó Chíchikov.

—¿Cómo no voy a reconocerlo? No es la primera vez que lo veo —dijo el portero—. Es precisamente a usted a quien tengo orden de no dejar pasar; con respecto a los demás, no tengo instrucciones.

—¡Ésta sí que es buena! ¿Por qué? ¿A qué se debe?

—Ésas son las órdenes, por tanto, debe haber alguna razón —concluyó el portero y añadió la palabra: «Sí». Después el hombre adoptó una pose desenvuelta, que nada tenía que ver con la expresión obsequiosa que se había reflejado en su cara en ocasiones pasadas, cuando se apresuraba a despojarle del abrigo. A juzgar por su aspecto, parecía estar pensando, mientras miraba a Chíchikov: «¡Bueno, bueno, si los señores te echan de su portal, no hay duda de que eres un auténtico truhan!».

«¡Es incomprensible!», se dijo Chíchikov, que enseguida partió en dirección a la casa del presidente de la Cámara, pero este último se quedó tan desconcertado al verlo que no pudo pronunciar ni dos palabras cuerdas y dijo tales majaderías que ambos se sintieron avergonzados. Mientras se marchaba, de camino, se devanó los sesos en su esfuerzo por entender lo que había querido decir el presidente y a qué hacían referencia sus palabras, pero fue en vano. Acto seguido, pasó a ver a los otros: el jefe de la Policía, el vicegobernador, el jefe de Correos. Pero o se negaron a recibirlo, o bien lo acogieron de una manera muy extraña, mantuvieron con él una conversación oscura y forzada y se mostraron tan desconcertados que resultó un auténtico disparate, hasta el punto de que llegó a dudar de su salud mental. Intentó visitar a dos o tres más con la intención de averiguar, por lo menos, el motivo de todo aquello, pero no sacó nada en claro. Como un sonámbulo, deambuló por la ciudad, incapaz de decidir si él había perdido el seso o si bien eran los funcionarios quienes se habían trastornado, si todo aquello no era más que un mal sueño o si, aunque estuviera despierto, era víctima de una suerte de sortilegio peor que una

pesadilla. Ya era tarde, casi de noche, cuando llegó a la posada de la que había salido de tan buen humor y, por aburrimiento, pidió té. Perdido en sus cavilaciones y en cierta reflexión estúpida sobre lo estrambótico de su situación, se servía una taza de té cuando la puerta de su habitación se abrió de repente y, para su asombro, apareció Nozdriov.

—Como dice el proverbio: ¡siete verstas por un amigo no son, ni mucho menos, el fin del mundo! —exclamó, quitándose la gorra—. Pasaba por aquí, vi luz en la ventana y pensé: «¡Atiza! ¡Voy a hacerle una visita, seguro que aún no duerme!». ¿Tienes té? ¡Magnífico! De buena gana tomaría una taza. Hoy, para cenar, me he atiborrado de toda clase de porquerías y siento que tengo el estómago alborotado. ¡Haz que me rellenen una pipa! ¿Dónde está la tuya?

—No tengo pipa —replicó fríamente Chíchikov.

—¡Déjalo! Como si no supiera que eres fumador… ¡Eh! ¿Cómo se llamaba tu criado? ¡Eh, Vajraméi, escucha!

—¡Petrushka, no Vajraméi!

—¿Ah, sí? ¿No tenías antes a un tal Vajraméi?

—Nunca he tenido a ningún Vajraméi.

—¡Sí, es verdad! Es Derebin quien tiene a uno llamado así. Imagínate qué suerte la suya: su tía se enemistó hasta tal punto con su hijo por haberse casado con una sierva que puso todas sus propiedades a su nombre. ¡Ah, si tuviera una tía como ésa para tener resuelto el futuro! ¿Qué tienes, amigo? ¿Por qué te has alejado de todos y no dejas que se te vea el pelo? Sé muy bien que a veces la ciencia te absorbe y que te gusta leer (admitámoslo, no sabríamos decir por qué Nozdriov había decidido que a nuestro héroe le absorbía la ciencia y le gustaba leer, y Chíchikov aún menos). ¡Ah, querido Chíchikov! Si lo hubieras visto… ¡Habría sido, sin duda, alimento para tu mente satírica! (En qué tenía Chíchikov la mente satírica, tampoco podemos decirlo). Imagínatelo, hermano, estuvimos jugando una partida de cartas en casa del comerciante Lijachov. ¡Nos partimos de risa! Perependiev, que estaba conmigo, me dijo: «¡Si Chíchikov estuviera ahora aquí, seguro que…!». (Chíchikov, por lo demás, no conocía a ningún Perependiev). Vamos, confiesa que la otra vez te portaste vilmente conmigo. ¿Te acuerdas de cuando jugamos a las damas? Yo había ganado, pero tú…, sí, hermano,

tú me timaste. Pero, bueno, ya me conoces, no soy rencoroso. Hace poco, con el presidente… Ah, por cierto, tengo que decirte que toda la ciudad está contra ti. Te toman por un falsificador de billetes. Me asediaron a preguntas, pero les planté cara: les dije que habíamos ido juntos a la escuela y que conocía a tu padre. Y luego, por supuesto, les mentí por la mitad de la barba.

—Falsificador de billetes, ¿yo? —gritó Chíchikov, levantándose de la silla.

—De todas maneras, ¿por qué los has asustado hasta tal punto? —siguió diciendo Nozdriov—. Se han vuelto locos del miedo, el diablo lo sabe. Te consideran un bandido, un espía… Y el procurador se ha muerto del susto, mañana será el entierro. ¿Piensas ir? A decir verdad, temen al nuevo gobernador general, que por tu culpa tengan problemas… En cuanto a mí, soy de la opinión de que, si el nuevo gobernador mete la nariz y empieza a darse aires de importancia, no obtendrá nada de la nobleza. La nobleza exige cordialidad, ¿verdad? Cierto, puede esconderse en su despacho, no dar ni un baile, pero ¿y luego? Con todo, Chíchikov, tú te has lanzado a una empresa arriesgada.

—¿Qué empresa? —preguntó Chíchikov, inquieto.

—Pues la de raptar a la hija del gobernador. Debo confesar que yo me lo esperaba, ¡palabra de honor! Desde que os vi juntos, en el baile, me dije: «Ah, seguro que Chíchikov no anda perdiendo el tiempo…». Por lo demás, tu elección deja mucho que desear. No encuentro en ella nada meritorio. Pero hay una, pariente de Bikusov, la hermana de su hija, que es otra historia, ¡te lo aseguro! Con ésa sí que puedes afirmar: ¡qué absoluta maravilla!

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué enredas? ¿Raptar a la hija del gobernador? ¿Estás loco? —preguntó Chíchikov, con los ojos desorbitados.

—¡Bueno, ya está bien, hermano! ¡Qué recatado eres! Confieso que vine a verte por el siguiente motivo: estoy dispuesto a ayudarte. Está decidido, seré tu padrino de boda, te prestaré la calesa y los caballos de repuesto. Con una sola condición: que me concedas un préstamo de tres mil. ¡Los necesito, hermano! ¡Es una cuestión de vida o muerte!

Durante todo el discurso de Nozdriov, Chíchikov se frotó varias veces los ojos, a fin de asegurarse de que no estaba soñando. Falsificación de billetes, rapto de la hija del gobernador, muerte del procurador, cuyo causante, al parecer, era él, la llegada del nuevo gobernador general: se sintió presa del espanto. «Si las cosas están así —pensó—, más vale no perder el tiempo, ¡hay que largarse de aquí cuanto antes!».

Se libró enseguida de Nozdriov, llamó de inmediato a Selifán y le mandó que estuviera listo al amanecer, pues tenían que abandonar la ciudad a las seis de la mañana, sin falta. Dio orden de que todo estuviera preparado, la calesa engrasada y todo lo demás. Selifán respondió: «¡Entendido, Pável Ivánovich!», pero permaneció algunos instantes junto a la puerta. El señor ordenó también a Petrushka que sacara el equipaje de debajo de la cama, a estas alturas ya cubierto de una capa de polvo. Con su ayuda, apiló en desorden medias, camisas, ropa limpia y sucia, hormas de botas, un calendario… Todo fue metido de cualquier manera, Chíchikov quería dejarlo todo preparado sin falta aquella misma tarde, para que nada lo retrasara al día siguiente. Después de estar plantado un par de minutos junto a la puerta, Selifán acabó por abandonar despacio la habitación. Despacio, inconcebiblemente despacio, bajó las escaleras, dejando en los desvencijados peldaños la huella de sus botas húmedas y sin dejar de rascarse la nuca. ¿Qué significa —y qué significa habitualmente— eso de rascarse? ¿Era rencor por no poder, según lo previsto, ver al día siguiente, en alguna taberna, a uno de esos compadres suyos vestidos con una miserable zamarra ceñida con un cinturón ancho? ¿O es que se había embarcado en una aventura amorosa, en aquel nuevo lugar, y tendría que renunciar a las citas vespertinas en el portal, donde sostenía discretamente sus delicadas manos blancas entre las suyas, en ese momento en que las tinieblas cubren la ciudad, mientras un joven fortachón en camisa roja rasga la balalaica para los siervos de la posada, y la variopinta muchedumbre, una vez finalizada la jornada, departe con tranquilidad? ¿O simplemente era la pena por abandonar su lugar caldeado junto a la estufa, en la bulliciosa cocina, debajo de su zamarra, la sopa de col y los pasteles de la ciudad que se deshacen en la boca, para ponerse de nuevo en camino, bajo la lluvia y por el barro, teniendo que hacer frente a todas las adversidades que depara

un viaje? Dios lo sabe, es imposible adivinarlo. ¡Cuando un hombre del pueblo, en Rusia, se rasca la nuca significa tantas cosas…!

Capítulo undécimo

Nada ocurrió, sin embargo, tal como había previsto Chíchikov. Para empezar, se despertó más tarde de lo que tenía pensado: ésa fue la primera contrariedad. Una vez en pie, mandó enseguida a preguntar si se había enganchado la calesa y si ya estaba todo preparado. Le informaron de que el coche no estaba enganchado y de que nada estaba listo. Ésa fue la segunda contrariedad. Fuera de sí, se dispuso a recompensar con una azotaina a nuestro amigo Selifán y tan sólo esperaba con impaciencia qué argüiría éste a modo de justificación. El otro no tardó en aparecer en la puerta, y el señor tuvo el placer de oírle decir las mismas palabras que salen de boca de los criados cuando hay prisa por partir.

—Pero si hay que herrar los caballos, Pável Ivánovich.

—¡Ah, cochino! ¡Zoquete! ¿Por qué no lo dijiste antes? ¿Acaso no tuviste tiempo?

—Sí, tiempo hubo… Pero es que también hay que ajustar la llanta de una rueda, Pável Ivánovich, porque el camino, ahora, está repleto de baches, por todas partes hay socavones… Y, además, si me lo permite: la parte delantera de la calesa va completamente suelta, así que quizá no aguante ni dos paradas.

—¡Crápula! —gritó Chíchikov, juntando las manos de la desesperación y se acercó tanto a Selifán que éste, por temor a recibir un regalo de su señor, reculó un poco y acabó por apartarse—. Te has propuesto matarme, ¿no? ¿Quieres cortarme el cuello? ¡Sí, degollarme, como el bandido que eres, maldito canalla, monstruo marino! ¿Eh, eh? Hace tres semanas que estamos aquí, ¿eh? No dijiste ni media palabra, canalla. ¡Y ahora, en el último momento, te despiertas! ¿Ahora que estamos a punto de marcharnos

y habría que subirse al coche para ponernos en camino? Ya has hecho una de las tuyas, ¿no? Tú lo sabías todo esto antes, ¿verdad? Lo sabías, ¿eh? Contesta. Lo sabías, ¿eh?

—Sí —contestó Selifán, la cabeza gacha.

—Pero ¿por qué no dijiste nada entonces, eh?

A esta cuestión Selifán no contestó, pero, con la cabeza inclinada, parecía decirse a sí mismo: «Ya ves cómo son las cosas. ¡Lo sabía, sí, y no dije nada!».

—Ve ahora mismo, trae a un herrero y que dentro de dos horas esté todo arreglado, ¿entendido? Dos horas, sin falta, si no…, te meteré en vereda, ¡ya verás!

Nuestro héroe había montado en cólera.

Selifán giró sobre sus talones en dirección a la puerta, a fin de ir a cumplir la orden, pero se detuvo y dijo:

—Hay otra cosa, señor. Se lo digo de verdad, habría que vender el caballo moteado porque es un miserable, Pável Ivánovich, un auténtico miserable. Un caballo así, Dios me libre, no es más que un estorbo.

—¡Sí, claro! ¡Ahora corro al mercado a venderlo!

—Se lo juro, Pável Ivánovich. Sólo es presentable de aspecto. De hecho, es el caballo más granuja que se pueda encontrar. ¡Nunca vi animal parecido!

—¡Cretino! Lo venderé cuando me dé la gana. ¡Y pensar que aún tengo que oír tus cavilaciones! Te voy a vigilar: si no me traes enseguida al herrero y no está listo todo dentro de dos horas, te daré tal tunda… ¡que ni tú mismo te reconocerás cuando te veas! ¡Vamos! ¡Fuera!

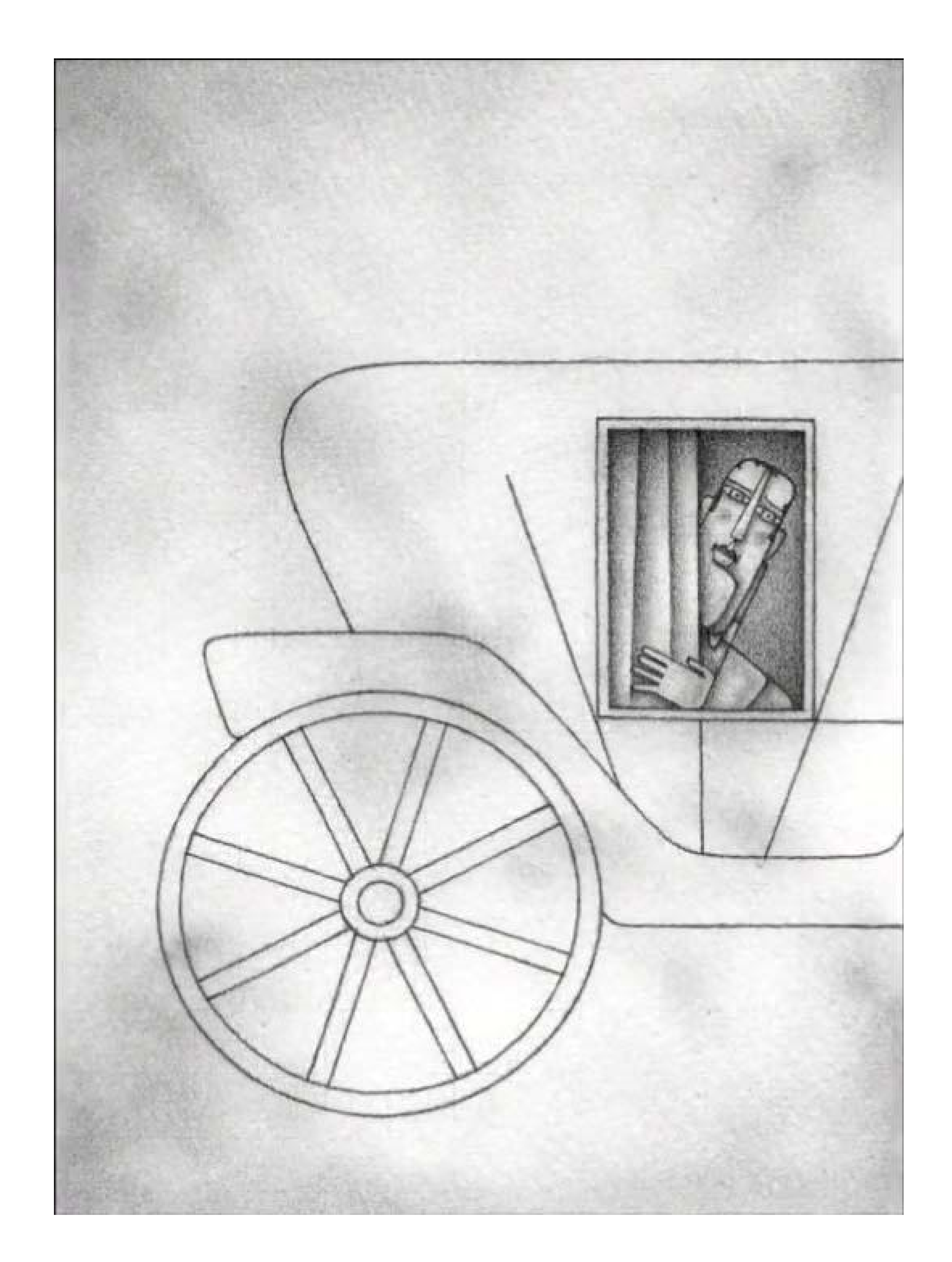
Selifán se marchó.

Chíchikov estaba tan contrariado que tiró violentamente al suelo el sable con el que siempre viajaba, a fin de inspirar el miedo necesario a quien correspondiera. Perdió más de un cuarto de hora con los herreros, el tiempo de llegar a un acuerdo, pues estos últimos, como es costumbre, eran unos canallas en toda regla y, percatándose de que se trataba de una urgencia, pidieron exactamente seis veces más de lo debido. Por más que se acalorase y los llamara estafadores, bandidos, salteadores de caminos, aludiendo incluso al Juicio Final, los herreros no se inmutaron: se

mantuvieron en sus trece. No sólo no le bajaron el precio, sino que emplearon cinco horas y media en hacer un trabajo que en realidad requería dos. Así, Chíchikov tuvo el placer de vivir esos agradables momentos tan familiares para todos los viajeros, cuando las maletas ya están hechas y en la habitación no quedan más que trozos de cuerda y de papeles, así como toda clase de basura; esos momentos en que uno no pertenece ni al camino ni al lugar del que se parte; uno ve pasar por delante de la ventana a gente que habla con calma de sus asuntos y, movidos por una estúpida curiosidad, levantan los ojos hacia él antes de retomar su camino, aumentando el desamparo del pobre viajero que aún no se ha echado a la carretera. Todo lo que hay, todo lo que ve, la tienda al otro lado de la calle, la cabeza de una vieja, inquilina de la casa de enfrente, que se acerca a la ventana de cortinas cortas… Todo le repugna, pero, aun así, no puede alejarse de su ventana. Se queda allí, ahora se olvida del mundo, ahora contempla de nuevo con la atención un poco embotada todo lo que, móvil o inmóvil, se presenta ante su mirada y, del enfado, aplasta con el dedo una mosca que en ese instante zumba y se da contra el cristal. Pero todo tiene su fin, y el momento tan anhelado llega: todo estaba ya a punto, habían reparado la parte delantera del coche como es debido y cambiado las llantas de las ruedas, los caballos estaban abrevados y los bandidos de los herreros se fueron, después de contar sus rublos y desearle un buen viaje. Finalmente, engancharon el coche, donde metieron dos pequeñas roscas calientes, recién compradas; Selifán tuvo tiempo aún de agenciarse algo, que guardó en el bolsillo junto al pescante. Por último, nuestro héroe se subió al carruaje, despedido por el mozo de la posada, que agitaba su gorro, vestido con la misma levita de *demi-coton*, rodeado de lacayos y cocheros de la posada o de otros lugares, que habían acudido para presenciar la partida del señor. Y la *britzka*, una de esas calesas en las que viajan los solteros, que tanto tiempo había estado parada en la ciudad y de la que quizá se haya cansado ya el lector, salió por fin por el portón de la posada. «¡A Dios gracias!», pensó Chíchikov y se persignó. Selifán hizo restallar el látigo, y Petrushka, después de permanecer algunos instantes en equilibrio sobre el estribo, fue a sentarse a su lado, y nuestro héroe, arrellanado sobre el tapiz georgiano, al colocarse en la espalda un cojín de piel, aplastó las dos roscas de pan, mientras el

vehículo empezó a dar tumbos y a balancearse sobre el empedrado, pues, como se sabe, ese pavimento posee una formidable capacidad de zarandeo. Chíchikov contemplaba, con un sentimiento vago, casas, muros, empalizadas y calles que, a la vez que saltaban, se alejaban despacio en el sentido contrario y que Dios sabe si le tocaría en suerte volver a ver algún día. En un recodo, tuvieron que detenerse, pues un interminable cortejo fúnebre atestaba toda la calle a lo largo. Asomando la nariz, Chíchikov ordenó preguntar a Petrushka a quién enterraban y supo que se trataba del procurador. Inundado de sensaciones desagradables, se acurrucó en el fondo del vehículo, se cubrió con una piel y cerró las cortinas. Mientras el carruaje se encontraba así inmovilizado, Selifán y Petrushka, descubriéndose piadosamente, observaron la procesión, las indumentarias, los coches, y contaron cuántos iban en vehículo y cuántos a pie. Su amo, que les había mandado no hacerse notar y no saludar a los lacayos conocidos, se puso finalmente a echar tímidos vistazos por entre las cortinillas de cuero: todos los funcionarios de la ciudad, sombrero en mano, seguían el féretro. Chíchikov temió por un instante que reconocieran su calesa, pero esos señores tenían otras cosas en que pensar. Ni siquiera intercambiaban las frases triviales que se suelen decir cuando se acompaña a un difunto. Todos sus pensamientos estaban concentrados en sí mismos, se preguntaban cómo sería el nuevo gobernador general, cómo afrontaría su cometido y qué recibimiento les dispensaría. Detrás de los funcionarios que iban a pie, marchaban vehículos en cuyo interior se veía a damas con cofias de luto. Por los movimientos de sus labios y de sus manos, se veía que estaban enfrascadas en una charla animada; quizá hablasen también del nuevo gobernador general, entregándose a conjeturas sobre los bailes que daría y preocupándose como siempre de sus pequeños festones y otros volantitos. Cerraban el cortejo algunos *drozhki* en fila india. Enseguida el camino quedó libre, y nuestro héroe pudo partir. Tras descorrer las cortinillas de cuero, Chíchikov suspiró y pronunció esta sentida reflexión fúnebre: «¡Ah, procurador! ¡Estabas vivo, vivo, y ahora estás muerto! Escribirán en los periódicos que expiró para gran pesar de sus subordinados y de la humanidad entera, un ciudadano honorable, padre de familia excepcional, marido ejemplar y toda suerte de cosas. Añadirán, tal vez, que en tu último

viaje te acompañaron los sollozos de las viudas y de los huérfanos. Pero, si miráramos más de cerca, en torno a ti no se verían sino tus cejas tupidas». En ese instante, ordenó a Selifán que fuera más aprisa, mientras pensaba: «En el fondo, está bien que nos hayamos cruzado con un entierro, pues dicen que trae buena suerte».



La calesa, entretanto, se adentró en calles desiertas. Enseguida no vieron más que largas empalizadas de madera que anunciaban la salida de la ciudad. Luego dejaron atrás el empedrado, la ciudad y su barrera, y de nuevo ya no hubo más que camino. Otra vez desfilaron, a izquierda y

derecha, postes que indicaban las verstas, jefes de posta, pozos, caravanas, aldeas grises con sus samovares, sus mujeres, sus hosteleros avispados y barbudos que acuden corriendo, provistos de avena; caminantes con zuecos gastados a lo largo de ochocientas verstas; villorrios construidos al buen tuntún y, en tiendecitas de madera, toneles de harina, zuecos de corteza de tilo, roscas de pan y otra morralla; barreras abigarradas, puentes en reparación, campos inabarcables, a ambos lados del camino; carruajes de terratenientes, un soldado a caballo que transporta una caja verde llena de municiones con la inscripción: «Batería de artillería n.º…»; franjas verdes, amarillas y negras por los recientes surcos del arado que aparecen, furtivas, en las estepas; una canción entonada a lo lejos; copas de pino en la niebla, el eco de una campana que se pierde en la lejanía, cuervos como enjambres de moscas, y el horizonte sin fin… ¡Rusia! ¡Oh, Rusia! Desde las lejanías maravillosas y sublimes en las que me encuentro, te veo[129]… Sí, te veo, pobre, desperdigada, inhóspita. En ti, ninguna maravilla audaz del arte corona las maravillas audaces de la naturaleza, deleitando al ojo humano o inspirándole miedo. En ti, ni rastro de ciudades con palacios suspendidos sobre precipicios, provistos de un sinfín de ventanas, o casas por cuyos muros trepe la hiedra y en las que, entre el estruendo y la eterna espuma de las cascadas, crezcan árboles pintorescos. Ninguna cabeza se gira para admirar, en las alturas, peñascos que se amontonan hasta el infinito. No hay ninguna hilera de arcos, tapizada de parra, hiedra y millones de escaramujos, a través de la cual se vislumbren los contornos inmutables de las resplandecientes montañas que se elevan hacia luminosos cielos de plata. En ti todo es abierto, solitario, llano. Semejantes a puntos, a pequeños signos, tus ciudades bajas apenas sobresalen en medio de tus planicies: nada que seduzca ni que encandile la vista. Sin embargo, ¿cuál es esa fuerza secreta, impenetrable, que atrae hacia ti? ¿Por qué oigo tu canción melancólica que, de mar en mar, te atraviesa a lo largo y a lo ancho, por qué resuena en mis oídos? ¿Qué hay en esa canción que llama y solloza, que te oprime el corazón? ¿Qué son esos sonidos que dolorosamente me besan, que aspiran a penetrarme el alma y se trenzan en torno a mi corazón? ¿Qué quieres de mí, Rusia? ¿Qué vínculo misterioso se oculta entre nosotros? ¿Por qué me miras así, por qué todo cuanto hay en ti se vuelve hacia mí con

los ojos llenos de esperanza…? Heme aquí, lleno de perplejidad, inmóvil, mientras una nube amenazante, grávida de una inminente lluvia, ensombrece mi cabeza y mi pensamiento enmudece ante tu inmensidad. ¿Qué presagia este espacio enorme? ¿No es aquí, en ti, donde debe nacer un pensamiento infinito, dado que tú misma no tienes fin? ¿No es éste el lugar de los héroes, donde hay tanto espacio para moverse y desplazarse? Tu poderosa e inabarcable inmensidad me sobrecoge, reflejando en mis entrañas su terrible fuerza. Un poder sobrenatural ilumina mis ojos… ¡Ah, Rusia, tus lejanías resplandecientes, prodigiosas, ignoradas por el resto del mundo! ¡Rusia…!

—¡Retén los caballos, retenlos, imbécil! —gritó Chíchikov a Selifán.

—¡Vas a probar mi sable! —gritó un correo especial con un bigote de más de medio metro que cabalgaba a su encuentro—. ¡Que el diablo te despelleje! ¿Es que no ves que es un coche del Estado? —Y, como un espectro, la troika[130] desapareció con estruendo, en una columna de polvo.

¡Cuánto encierra de extraño, seductor, arrebatador y prodigioso la palabra *camino*! ¡Qué maravilla, este camino! Un día luminoso, las hojas otoñales, el aire frío… ¡Se arrebuja uno apretando bien contra el cuerpo su abrigo de viaje, el gorro calado hasta las orejas, acurrucado íntima y acogedoramente en un rincón! Un último estremecimiento te recorre las extremidades, que enseguida es sustituido por un agradable calor. Los caballos galopan… Entonces se desliza, con qué encanto, la somnolencia, los ojos se cierran y se oye ya en el sueño: «No hay nieves blancas[131]», mezclado con los bufidos de los caballos, el traqueteo de las ruedas; y ya uno ronca, obligando a su vecino a apretujarse en el rincón. Te despiertas: cinco estaciones de posta quedaron atrás, la luna, una ciudad desconocida, iglesias con viejas cúpulas de madera cuyas agujas negrean en el cielo, oscuras casas de troncos y otras, blancas, de piedra. Aquí y allá, rayos de luna, como pañuelos de lino colgados en las paredes, a lo largo del empedrado, de las calles, que cruzan, a trechos, sombras negras como el carbón. Como un metal resplandeciente, brillan los tejados de madera, iluminados de través. Ni un alma: todos duermen. Apenas una ventanilla solitaria alumbrada por una trémula llamita: ¿cose sus botas algún menestral de la ciudad? ¿Un panadero trajina en torno al horno? ¿Quién se

preocupa de ellos? Pero… ¡la noche! ¡Las fuerzas celestiales! ¡Qué secreto nocturno tiene lugar en el firmamento! ¡Y el aire! ¡Y el cielo, allí, alto y lejano, se extiende tan inmenso y sonoro, tan diáfano, en su inaccesible profundidad! El frío aliento de la noche mece, refresca los ojos, uno se adormece, pierde el mundo de vista, ronca, y el compañero, agazapado en el rincón, se revuelve enfadado al sentir nuestro peso sobre sí. Al despertar, de nuevo, se extienden ante ti campos y estepas. Nada, ningún lugar: en derredor, desierto; la mirada se pierde. El número de una versta, en un poste, vuela hacia tus ojos; se afana la aurora; la bóveda celeste, gélida, blanquecina, se ilumina con una franja de pálido oro. El viento se hace más fresco y más vivo: ¡arropémonos mejor con nuestro abrigo…! ¡Qué frío tan formidable! ¡Y qué placentero sueño, de nuevo, nos embarga! Una sacudida: vuelves a despertarte. El sol corona el cielo. «¡Despacio! ¡Más despacio!», se oye una voz. Un carro desciende por la pendiente. Abajo, un amplio dique, un inmenso lago límpido que relumbra al sol como una tina de cobre. Un pueblo, isbas diseminadas por la colina. Aparte, la cruz de una iglesia rural brilla como una estrella. Charlas de campesinos y, en el estómago, un apetito insoportable… ¡Oh, Dios! ¡Qué júbilo supone, a veces, un largo y lejano camino! ¡Cuántas veces, moribundo, yendo a pique, me he aferrado a ti! ¡Y en cada ocasión, tú, generosamente, me sacaste a flote, me amparaste! ¡Cuántos magníficos proyectos nacieron de ti, cuántos ensueños poéticos, cuántas maravillosas impresiones me hiciste volver a sentir…! También nuestro Chíchikov, por su parte, se entregaba a sueños que nada tenían de prosaicos. Veamos lo que sentía. Al principio, nada en absoluto, se limitaba a echar vistazos atrás, a fin de cerciorarse de que había abandonado la ciudad. Pero cuando constató que ésta había desaparecido, que ya no se veían ni herrerías, ni molinos, ni nada de lo se suele encontrar alrededor de las ciudades y que las techumbres de las iglesias de piedra hacía tiempo que se las había tragado la tierra, se entregó por entero al camino, limitándose a mirar a derecha e izquierda. Y pareció que la ciudad de N. ya no ocupaba su memoria, como si hubiese pasado por ella en tiempos lejanos, en su infancia. Por último, el camino dejó de interesarle, cerró los ojos y recostó la cabeza sobre el cojín. El autor, admitámoslo, se alegra por ello, pues de esta forma encuentra la oportunidad de hablar de su

héroe, puesto que, y el lector bien ha sido testigo de ello, hasta el momento se lo han impedido Nozdriov, los bailes, las damas, los chismes de la ciudad, miles de minucias que sólo parecen tales cuando se consignan en un libro, pero que, en el mundo y en la vida, se tienen por relevantes. Pues bien, dejemos todo esto completamente al margen y ocupémonos del meollo de la cuestión.

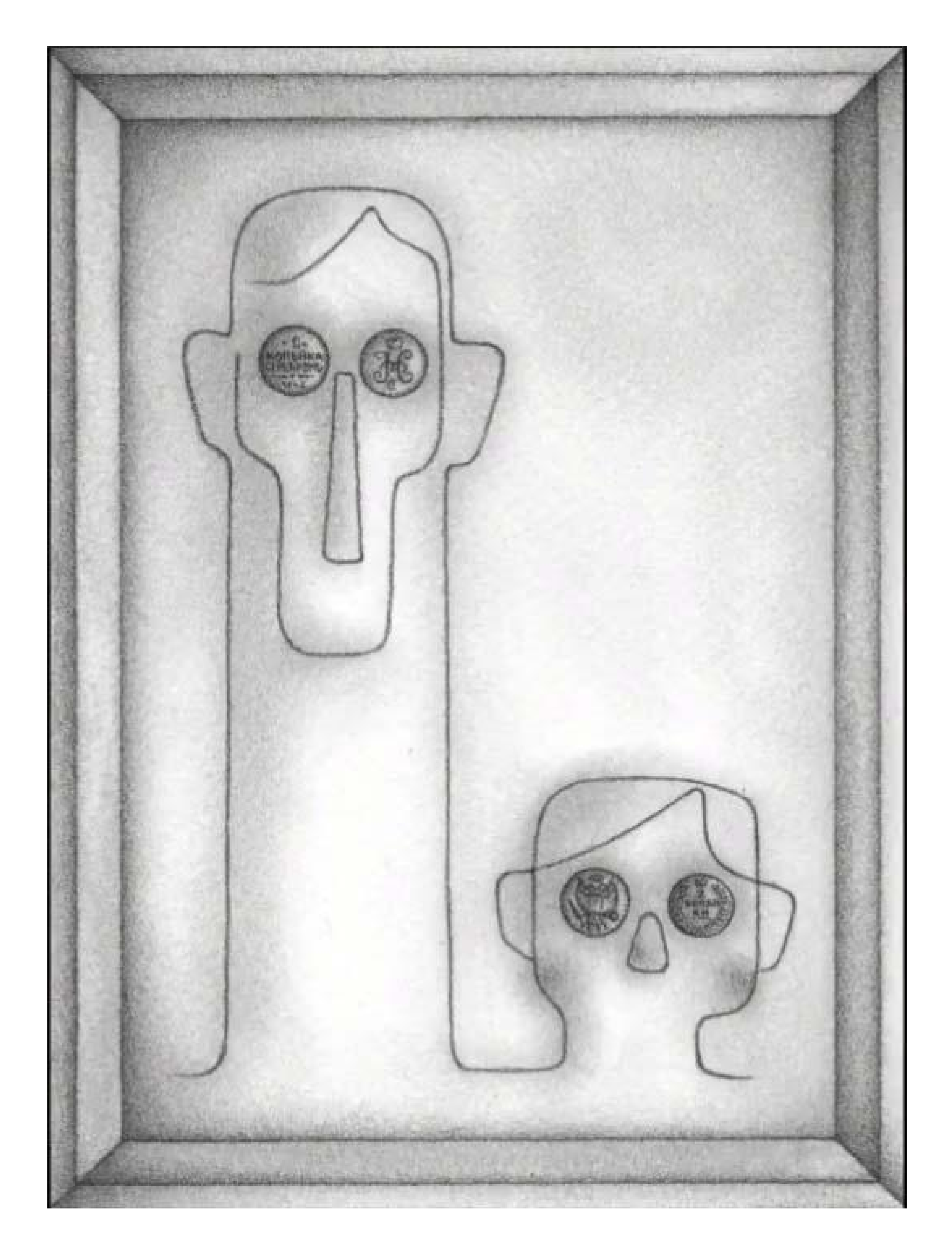
Cabe dudar de que el héroe que hemos escogido sea del agrado del lector. A las damas les disgustará, de eso se puede estar seguro, pues ellas exigen que un héroe sea la perfección personificada y ¡pobre de él si presenta la menor tara, ya sea física o espiritual! Por mucho que ahonde el autor en su alma, aunque refleje su imagen mejor que un espejo, no lo apreciarán lo más mínimo. La gordura y la edad madura de Chíchikov le perjudicarán ostensiblemente: bajo ningún concepto se le perdonará lo primero a un héroe y muchas damas dirán, dándose la vuelta: «Uf, ¡qué repugnante!». ¡Ay, todo esto lo sabe muy bien el autor, que se niega, con todo, a preferir como protagonista a un personaje virtuoso! ¿Quién sabe? Quizá otras cuerdas, nunca pulsadas hasta entonces, vibren en este mismo relato, quizá se revele la inconmensurable riqueza del alma rusa y pase por él un hombre dotado de una divina valentía o una admirable joven rusa, como no se hallará en ningún otro lugar del mundo, con el alma de una belleza deliciosa, llena de aspiraciones generosas y de gran abnegación. ¡Y es que muerta parece, en comparación, toda la gente virtuosa de otras naciones, igual que muerto parece el libro ante la palabra viva! Que se animen los rusos… y verán hasta qué punto está arraigado en la naturaleza eslava lo que sólo rozó a otros pueblos… Pero ¿para qué y por qué hablar de lo que está por venir? No conviene al autor, hombre hecho y derecho, educado por una severa vida interior y por la refrescante lucidez de la soledad, dejarse arrastrar como un jovenzuelo. ¡Hay un lugar y un tiempo para todo! Y, si no hemos tomado por héroe a un hombre virtuoso, podemos explicar el porqué: ha llegado el momento, finalmente, de dar descanso al pobre hombre virtuoso, pues esta expresión, *hombre virtuoso*, en vano circula en boca de todos; porque han hecho de él un caballo y no hay escritor que no lo haya cabalgado y arreado con el látigo o con todo aquello que tuviera al alcance de la mano; porque lo han extenuado hasta el punto

de que no queda en él ni sombra de virtud y, en lugar de cuerpo, no tiene más que costillas y pellejo; porque se le invoca hipócritamente; porque no se le respeta. ¡No, ha llegado por fin la hora de enganchar también a un canalla al carro! ¡Así pues, eso es lo que haremos!

Oscuro y modesto es el origen de nuestro héroe. Sus padres eran nobles, de alta alcurnia o de nuevo cuño, Dios sabe. Por su cara no se parecía a ninguno de los dos. Al menos, una pariente que asistió a su nacimiento, una de esas mujeres achaparradas a las que se suele llamar *poca cosa* exclamó, al coger al recién nacido en brazos: «¡No se parece en nada a como me lo había imaginado!». Habría tenido que parecerse a su abuela materna, habría sido mejor, pero ha nacido tal como dice el proverbio: *ni como su madre, ni como su padre, ha salido a uno que pasaba por allí*. Al principio, la vida le lanzó una mirada entre agria e inhóspita, como a través de una ventanita empañada y cubierta de nieve: ¡no tuvo ni un amigo ni un compañero en su infancia! Una habitación diminuta con pequeñas ventanas, cerradas tanto en invierno como en verano. Un padre enfermo vestido con una larga levita forrada de astracán, calzado con zapatos tricotados, que no dejaba de suspirar mientras recorría a zancadas la habitación y expectoraba en una escupidera con arena, colocada en un rincón. Chíchikov se había pasado horas que parecían eternas sentado en un banco, con la pluma en la mano, tinta en los dedos e incluso en los labios, y con esta máxima eternamente delante de los ojos: «No mentirás, obedecerás a tus mayores y llevarás la virtud en tu corazón»; eternamente, en los oídos, las pisadas y los taconeos de los zapatos por el entarimado de la habitación, así como la voz familiar pero siempre áspera: «¡Otra vez haciendo el tonto!», que resonaba cuando el niño, aburrido por la monotonía de su tarea, añadía una comilla o un rabo a una letra; la eterna y desagradable sensación cuando, después de aquellas palabras, la punta de su oreja era dolorosamente retorcida por las uñas de unos dedos largos que se le acercaban por detrás. Tal es la mísera estampa de su primera infancia de la que nuestro héroe no guardaba más que un pálido recuerdo. Pero, en la vida, todo cambia a paso raudo y veloz. Un buen día, con el primer sol de primavera y el desbordamiento de los ríos, su padre lo hizo subirse a un carro, tirado por una de esas pequeñas yeguas bayas, conocidas por los tratantes de caballos con el nombre de *urracas*. El

cochero era un enano jorobado, padre de la única familia de siervos que poseía el progenitor de Chíchikov y que se ocupaba de realizar casi todas las tareas de la casa. Viajaron, pues, tirados por la *urraca* durante más de día y medio, pernoctaron en el camino, cruzaron un río, comieron empanada fría y cordero asado y no llegaron a la ciudad hasta la mañana del tercer día. La inesperada majestuosidad de las calles urbanas deslumbró al chico hasta el punto de que se quedó varios minutos boquiabierto. Luego tanto *urraca* como carro cayeron rodando en un profundo hoyo, situado en el extremo de un angosto callejón en abrupta pendiente y lleno de barro. El animal chapoteó con el afán de escapar del lodazal, sin escatimar fuerzas, con las pezuñas deslizándose en el fango, azotado por el jorobado y por el propio señor, hasta que por fin los arrastró a un pequeño patio situado en una ladera, con dos manzanos en flor delante de una casucha vetusta, adornada por detrás con un jardincito compuesto únicamente por serbales y saúcos; en el fondo se ocultaba una cabañita de madera recubierta de tablillas y provista de un ventanuco estrecho y oscuro. Allí vivía una pariente suya, una viejecita ajada que todavía iba cada mañana al mercado y luego secaba sus medias junto al samovar. La vieja dio unas palmaditas al chico en la mejilla y admiró su corpulencia. En este lugar debería quedarse y asistir cada día a la escuela local. El padre, después de pasar allí la noche, al día siguiente emprendió el camino de regreso a casa. En el momento de la despedida, los ojos del padre no vertieron ni una sola lágrima; nuestro héroe recibió una moneda de cobre de cincuenta kopeks para sus gastos y golosinas y, lo que es más importante, una sabia admonición: «Ten cuidado, Pávlusha, estudia, no hagas tonterías ni calaveradas, sobre todo esfuérzate por complacer a tus profesores y a tus superiores. Si sabes complacerlos, aunque no seas muy bueno en los estudios ni Dios te haya concedido talento, harás carrera de todos modos y adelantarás a los demás. No te juntes con tus compañeros, pues nada bueno te enseñarán; pero, si tuvieras que hacerlo, relaciónate con los más ricos, por si en un momento dado pudieran serte útiles. No invites ni agasajes a nadie; por el contrario, compórtate de manera que sea a ti a quien los otros inviten y agasajen y, sobre todo, ahorra y acumula hasta el último kopek: de todas las cosas del mundo, es lo más fiable. Un compañero o un amigo te bailarán el agua y, en

la desgracia, serán los primeros en traicionarte, pero el kopek te será fiel, sea cual sea tu infortunio. Con el kopek lo harás todo en este mundo, te abrirá todas las puertas». Después de darle estas lecciones, el padre se despidió del hijo y se puso en camino hacia casa, tirado a trancas y barrancas por la *urraca*. Nuestro héroe nunca volvió a verlo, pero las palabras y los preceptos del padre enraizaron en su alma.



A partir del mismo día siguiente, Pávlusha comenzó a ir a clase. No reveló aptitudes especiales para ninguna ciencia, se distinguió sobre todo por su aplicación y su pulcritud. Sin embargo, evidenció una gran inteligencia en otro sentido: en el punto de vista práctico. Vio enseguida

cómo iban las cosas y, de cara a sus compañeros, se comportaba de tal manera que éstos lo agasajaban, y él no sólo no los invitaba nunca, sino que incluso, a veces, guardaba el obsequio recibido y luego se lo vendía a esas mismas personas. Desde niño aprendió a privarse de todo. De los cincuenta kopeks que le había dado su padre, no gastó ni uno; al contrario, ese mismo año ya incrementó su capital, haciendo gala de una habilidad casi extraordinaria: modeló un pinzón real en cera, lo pintó y lo vendió de modo muy ventajoso. Luego, durante un tiempo, se embarcó en otras aventuras especulativas, a saber: compraba comestibles en el mercado, se sentaba en clase al lado de los camaradas más ricos y, en cuanto se percataba de que alguno de ellos empezaba a marearse, señal inequívoca del hambre acuciante, enseñaba por debajo del banco, como sin querer, la punta de un melindre o de un panecillo y, después de abrirle el apetito a su compañero, le cobraba en proporción a éste. Durante dos meses, trabajó sin descanso en su habitación con un ratón, que había metido en una pequeña jaula de madera, y finalmente consiguió que se levantara sobre las patas traseras, se tumbase y se sentara a la voz de mando, luego lo vendió a muy buen precio. Cuando ahorró la suma de cinco rublos, cosió el saquito en que los guardaba y empezó a llenar otro. De cara a los superiores se comportaba aún con más astucia. Nadie sabía sentarse tan dócilmente en el pupitre como él. Cabe señalar que el maestro era un gran amante del silencio y de la buena conducta, que no podía soportar a los niños precoces y listos; sospechaba que necesariamente tenían que burlarse de él. Bastaba con que uno de esos alumnos, al que había amonestado por su agilidad de mente, hiciera el menor movimiento o incluso arqueara casualmente una ceja, para que cayera sobre él todo el embate de su ira. Lo increpaba y lo castigaba sin piedad. «¡Arrancaré de ti cualquier atisbo de arrogancia y desobediencia, amigo! —decía—. Te tengo bien calado, ni tú mismo te conoces tan bien. ¡Conmigo sabrás lo que es hincarse de rodillas, conmigo conocerás el hambre!». Y el pobre inocente, sin saber por qué, se lastimaba las rodillas y pasaba hambre durante días enteros. «¿Aptitudes y talentos? Todo eso son sandeces —añadía el maestro—, yo sólo me fijo en el comportamiento. Estoy dispuesto a poner la máxima nota en todas las asignaturas a todo aquel que, aunque no sepa ni jota, tenga una conducta meritoria; en cuanto a

aquéllos en quienes perciba una actitud rebelde o burlona, tendrán un cero, ¡aunque sepan más que Solón!»[132]. Así hablaba el maestro que sentía por Krilov[133] un odio mortal, porque había dicho eso de: «Mientras uno sepa lo que ha de saber, por mí ya puede darse a beber» y siempre contaba, con la satisfacción dibujada en el rostro y en los ojos, que en el lugar donde había trabajado antes como maestro reinaba un silencio tan sepulcral que se podía oír el aleteo de una mosca; durante todo el año ningún alumno había tosido ni se había sonado en el aula y, hasta el momento en que repiqueteaba la campana, no se podía saber si en esa clase había alguien o no. En un abrir y cerrar de ojos, Chíchikov supo entender el carácter de su maestro y qué comportamiento debía adoptar. No movía el ojo ni la ceja en toda la clase, por mucho que lo pellizcaran por detrás; en cuanto sonaba la campana, corría para dar antes que nadie el gorro con orejeras al maestro (llevaba ese tipo de gorro); salía de la clase el primero y procuraba encontrárselo dos o tres veces por el camino, descubriéndose respetuosamente la cabeza a cada ocasión. Su estrategia fue coronada por el éxito. Durante todo el tiempo que estuvo en el colegio fue considerado un alumno ejemplar y, al finalizar los estudios, obtuvo unas notas excelentes en todas las asignaturas, el título y un libro con letras doradas: «*En recompensa a su modélica aplicación y conducta irreprochable*». Cuando dejó la escuela, ya era un joven de aspecto atractivo, con una barbilla que exigía navaja de afeitar. Fue en aquella época cuando murió su padre. Su herencia consistió en cuatro chaquetas acolchadas irreparablemente usadas, dos viejas levitas forradas de astracán y una suma de dinero irrisoria. Al parecer, en materia de kopeks, el padre sólo era experto en dar consejos, pues él mismo había ahorrado pocos. Chíchikov vendió de inmediato la vetusta casucha y el insignificante terruño por mil rublos, y trasladó a la ciudad a la familia de siervos, con la intención de instalarse allí y entrar a trabajar al servicio del Estado. Por aquel entonces su pobre maestro, amante del silencio y de la buena conducta, fue expulsado de la escuela, bien por estupidez o por cualquier otra falta. Esta desventura lo empujó a la bebida; finalmente, llegó el momento en que ya no le quedó dinero ni para buscar consuelo en el alcohol. Enfermo, desvalido y sin un mendrugo de pan, fue a parar a un tugurio perdido y sin calefacción. Al enterarse de su deplorable

situación, sus antiguos alumnos —los mismos chicos precoces y avispados en quienes descubría a cada instante descaro e insubordinación— no tardaron en hacer una colecta para él, vendiendo incluso cosas que les resultaban útiles. Pávlusha Chíchikov fue el único en desentenderse alegando falta de medios y ofreció una moneda de plata de cinco kopeks, que sus camaradas le tiraron a la cara a la vez que le decían: «¡Roñoso!». Con la cara oculta tras las manos, el pobre maestro, al enterarse del gesto de sus antiguos alumnos no pudo evitar que las lágrimas manaran de sus ojos apagados, como un niño indefenso. «En mi lecho de muerte, Dios ha querido que llore —declaró con voz débil y, cuando descubrió la actitud de Chíchikov, suspiró profundamente y añadió—: ¡Ah, Pávlusha! ¡Cómo cambian los hombres! ¡Y pensar que era un chico tan virtuoso, en absoluto rebelde, suave como una seda! Me engañó, me engañó como a un bobo…».

No podemos afirmar, sin embargo, que la naturaleza de nuestro héroe fuera tan ingrata y severa, o que sus sentimientos estuviesen hasta tal punto embotados que no conociese ni la lástima ni la compasión. Por el contrario, sentía tanto lo uno como lo otro; incluso le habría gustado ayudar, siempre que no significara desembolsar una suma importante, de modo que no tuviera que tocar el capital que había apartado. En pocas palabras, las lecciones del padre en cuanto a guardar y ahorrar kopeks no habían caído en saco roto. Pero no sentía el apego del dinero por el dinero; no lo dominaban la avaricia ni la tacañería. No, no era el dinero lo que le movía: simplemente veía perfilarse el sueño de una vida con todos los anhelos colmados, con toda suerte de abundancia, coches, una casa bien acondicionada, comidas deliciosas; ésas eran las imágenes que bailaban sin cesar en su cabeza. Para poder saborear por fin, con el tiempo, todo esto, ahorraba los kopeks, que de momento se negaba a sí mismo y a los demás. Cuando pasaba delante de él a toda velocidad un ricachón en un elegante y veloz coche, tirado por trotones con espléndidos arneses, se detenía como si estuviera clavado al suelo; luego, volviendo en sí, como después de un largo sueño, decía: «¡Y pensar que una vez fue un mero oficinista que llevaba el pelo cortado a tazón!». Y todo lo que se refería a riqueza y abundancia le causaba una impresión que ni él mismo acertaba a entender. Al acabar los estudios, no quiso descansar, tan intenso era su deseo de ponerse manos a la

obra y de colocarse como funcionario. Sin embargo, a pesar de los elogiosos certificados, le costó mucho ingresar en el servicio civil, pues incluso para los puestos menos atrayentes se necesitan padrinos. El empleo que consiguió era insignificante; el salario, treinta o cuarenta rublos al año. Pero, decidido a trabajar con todo su entusiasmo, sabía que triunfaría y superaría cualquier obstáculo. Y, en efecto, demostró un espíritu de sacrificio, una paciencia y una abnegación sin precedentes. Desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la tarde, infatigable tanto física como anímicamente, el hombre se dedicaba a escribir, zambullido en los documentos oficiales, no iba a casa, dormía sobre las mesas de la oficina, a veces comía con los guardias y, aun así, sabía mantenerse aseado, vestir con decoro, conferir a su rostro una expresión agradable e incluso proyectar cierta nobleza a sus movimientos. Hay que precisar que sus colegas funcionarios se distinguían especialmente por su fealdad y su aspecto desabrido. Algunas caras parecen panes mal cocidos: una mejilla hinchada hacia un lado, una barbilla torcida hacia el otro, en el labio superior una ampolla y, por si fuera poco, reventada; en pocas palabras, un espectáculo repulsivo. Hablaban siempre con un tono abrupto, como si fueran a pegar a alguien; ofrecían frecuentes sacrificios a Baco, mostrando así que la naturaleza eslava aún conserva muchos vestigios de paganismo; a veces, incluso se presentaban en la oficina, como se suele decir, *achispados*, razón por la cual allí se estaba tan mal y el aire distaba mucho de ser bienoliente. Entre estos funcionarios, Chíchikov no podía dejar de sobresalir y destacarse, pues representaba el ejemplo contrario, tanto por su buen aspecto como por la amabilidad de su voz y su abstinencia total de cualquier bebida alcohólica. Pese a todo ello, su camino estuvo sembrado de dificultades; cayó bajo la autoridad de un jefe provecto tan insensible e impasible como una piedra: siempre lejano e inaccesible, en sus labios jamás asomaba la más mínima sombra de una sonrisa, nunca saludaba a nadie, ni siquiera para preguntar por su salud. Nadie lo había visto de otra guisa ni una sola vez, ya fuera en su casa o en la calle. Si al menos alguna vez hubiera mostrado interés por algo, si al menos se hubiera embriagado y, ya ebrio, hubiese soltado una carcajada, si al menos se hubiera entregado a la alegría salvaje y desenfrenada a la que se libra el bandido cuando empina

el codo… Pero en él simplemente no había nada: nada malévolo ni bondadoso, y esta ausencia total era en sí espantosa. Su rostro, de una dureza marmórea, sin la menor irregularidad, no sugería ningún parecido; sus rasgos tenían una estricta armonía. Sólo las abundantes marcas de viruela y los hoyuelos que le marcaban la cara lo adscribían a ese número de personas sobre las que, según la expresión popular, *el diablo acude por la noche a triturar guisantes*. Parecía que no hubiese fuerza humana capaz de acercarse a un hombre así y de granjearse su simpatía. Chíchikov, sin embargo, lo intentó. Al principio, empezó a agasajarlo con toda suerte de imperceptibles detalles: observó cuidadosamente cómo estaban afiladas las plumas que usaba, preparó algunas de la misma manera y no dejaba pasar oportunidad para ponérselas al alcance de la mano; soplaba y barría de su mesa la arena y el tabaco; adquirió un trapo nuevo para su tintero; llegó incluso a encontrar el lugar donde dejaba su gorro —el espantajo más abominable que pueda haber en el mundo— y, cada día, justo antes de acabar la jornada, se lo tendía; le cepillaba la espalda si se la había manchado con el yeso de la pared. Pero todo esto no mereció la más mínima observación, como si ninguna de estas cosas se hubiese hecho. Por último, nuestro héroe metió las narices en su vida doméstica, familiar, y se enteró de que tenía una hija ya adulta, cuyo rostro evocaba, como el del padre, a guisantes triturados con nocturnidad. Desde este flanco decidió emprender el asalto. Supo a qué iglesia acudía la joven los domingos, se plantaba en cada ocasión delante de ella, vestido con pulcritud, la pechera fuertemente almidonada, y su táctica se vio coronada por el éxito: ¡el severo anciano vaciló y lo invitó a tomar el té! Y antes de que sus colegas de oficina pudieran darse cuenta de que todo estaba bien atado, Chíchikov se mudó a casa del anciano, donde se convirtió en alguien necesario e imprescindible: se ocupaba de comprar la harina y el azúcar, trataba a la hija como a su prometida, llamaba papá al señor de la casa y le besaba la mano. En la oficina, todos suponían que, a finales de febrero, antes de la Cuaresma, se celebraría la boda[134]. El severo jefe llegó a interceder a favor de su subordinado ante los superiores y, al cabo de cierto tiempo, el propio Chíchikov fue designado jefe en un nuevo departamento. Al parecer, éste era el objetivo principal de la relación que mantenía con el anciano

jefe, pues, al día siguiente de su nombramiento, sacó a hurtadillas el baúl de su casa y se mudó a otra vivienda. Dejó de llamar papá al anciano y ya no volvió a besarle la mano; por lo que respecta a la boda, ya no se dijo ni media palabra, como si nunca hubiera pasado nada. Sin embargo, cuando se encontraba con el anciano, siempre le estrechaba con afecto la mano y lo invitaba a tomar el té, de modo que éste, a pesar de su eterna inmovilidad y de su endurecida indiferencia, no podía evitar mover la cabeza y pronunciar por debajo de la nariz: «¡Me engañó, me engañó este hijo del demonio!».

Éste fue el obstáculo más difícil que nuestro héroe tuvo que salvar. A partir de entonces, todo fue mejor y le resultó más fácil. Se convirtió en un hombre distinguido. Tenía todas las cualidades que se requerían en ese mundo: un trato y un comportamiento agradables y vivacidad para los negocios. Con estos recursos, en poco tiempo, consiguió lo que se llama una sinecura y la aprovechó de una manera excelente. Hay que decir que en esta misma época se emprendió una rigurosísima persecución contra toda suerte de sobornos. Lejos de asustarse por esa campaña, acto seguido la volvió en su beneficio, demostrando de este modo el ingenio ruso, que sólo se manifiesta en momentos de persecución. Se organizó de la siguiente manera: en cuanto acudía un solicitante y se llevaba la mano al bolsillo para sacar de ahí lo que se suele llamar las cartas de recomendación firmadas por el príncipe Jovanski[135], declaraba con una sonrisa, reteniendo esa mano: «No, no. ¿Qué se pensaba, que yo…? Es nuestro deber, nuestra obligación. Tenemos que hacerlo sin ninguna contrapartida. Estese tranquilo, mañana todo estará listo. Permítame que apunte su dirección, no tendrá que molestarse en venir personalmente, los documentos se le entregarán en su domicilio». El encantado solicitante regresaba a casa poco menos que extasiado y pensaba: «¡He aquí, por fin, un hombre como el que precisaríamos tantos, no hay duda de que es un valioso diamante!». Pero pasaban uno, dos, tres días, y al solicitante no le llevaban los documentos a casa. Iba a la oficina y el expediente ni siquiera se había abierto. Se dirigía entonces al valioso diamante. «¡Ah, perdóneme! —decía Chíchikov con mucha gentileza, tomándole las manos—. Hemos tenido mucho trabajo, pero mañana, mañana sin falta, todo estará listo, de verdad, me siento incluso avergonzado». Y todo ello acompañado de movimientos

encantadores. Y si en ese instante el faldón de su abrigo se abría en cierto modo, se apresuraba a enderezarlo y ajustarlo. Sin embargo, ni al día siguiente, ni al segundo, ni al tercero llegaba el expediente a casa del solicitante, que no podía evitar devanarse los sesos: «Ah, ya está bien, ¿qué pasa aquí?». Se informaba y le explicaban que había que untar a los escribientes.

—¿Y por qué no? Estoy dispuesto a dar veinticinco kopeks, si es preciso.

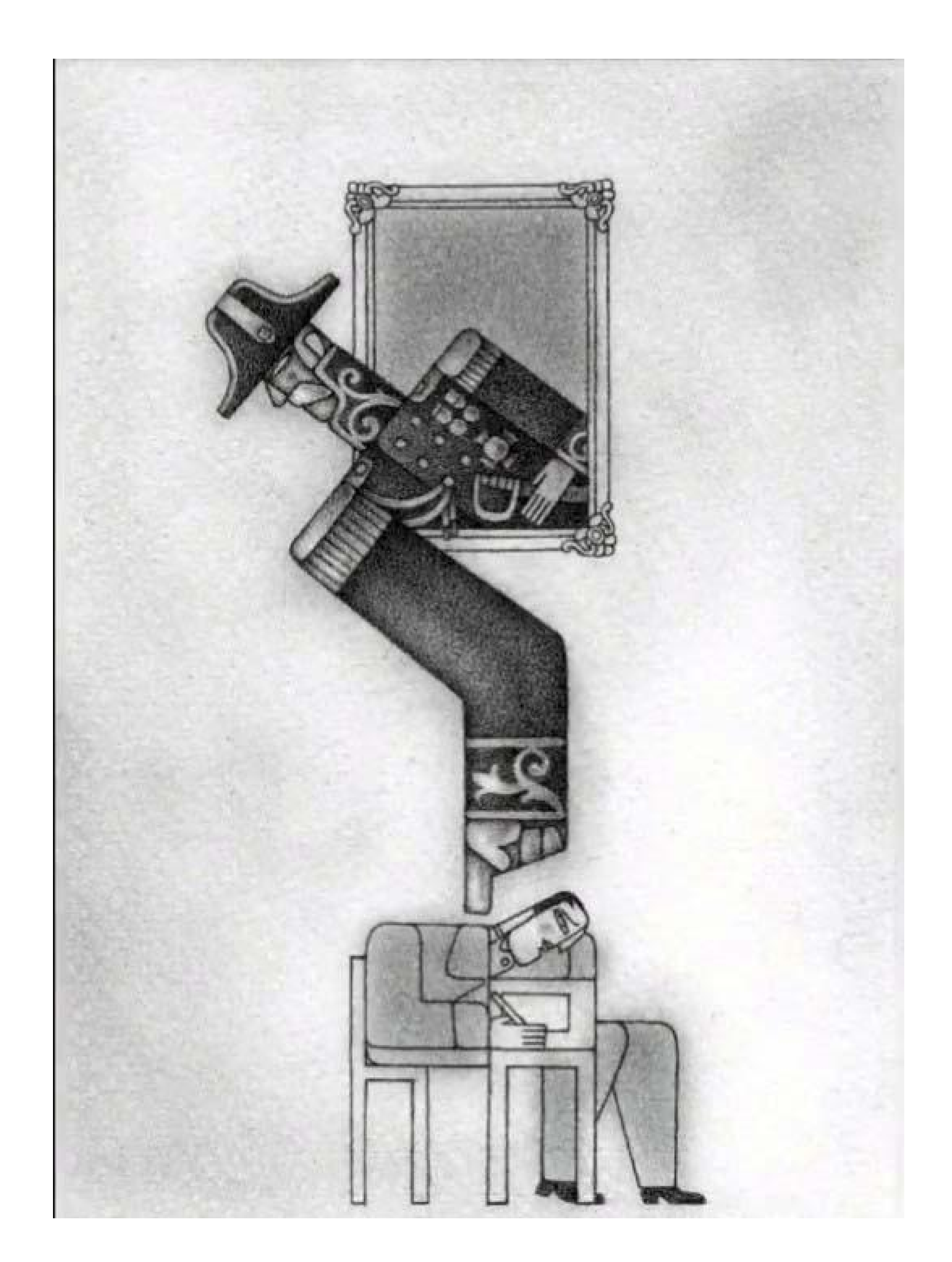
—No son veinticinco kopeks, sino veinticinco rublos.

—¡¿Veinticinco rublos a los escribientes?! —exclamaba el solicitante.

—¿Por qué se enerva tanto? —le contestaban—. Cada escribiente se llevará una cuarta parte, el resto será para los jefes.

Y nuestro poco perspicaz solicitante se dará una palmada en la frente, maldecirá contra el nuevo orden de las cosas, contra la persecución de los sobornos y contra las maneras amables y engatusadoras de los funcionarios. Antes se sabía por lo menos qué había que hacer: se daba un billete rojo al encargado del expediente y asunto zanjado. Ahora, había que desembolsar un billete blanco y, aun así, hacer gestiones durante toda una semana hasta poder enterarse de cómo iba el tema. ¡Al diablo con el desinterés y la nobleza de los funcionarios! ¡Nuestro solicitante tiene razón, desde luego! Eso no impide que, en la actualidad, no tengamos funcionarios corruptos: todos los jefes son personas leales y honestísimas, sólo los secretarios y los escribientes son unos granujas. Enseguida se le presentó a Chíchikov un campo de acción mucho más extenso: se creó una comisión para la construcción de un importantísimo edificio administrativo. Chíchikov se adscribió a esta comisión y se convirtió en uno de sus miembros más activos. En la comisión se pusieron de inmediato manos a la obra. Durante seis años trabajaron sin descanso; pero, bien por el clima, bien porque los materiales no eran los convenientes, el caso es que el edificio estatal nunca se levantó más allá de los cimientos. Entretanto, en otros puntos de la ciudad, los miembros de la comisión se encontraron en posesión de una hermosa casa de arquitectura burguesa: a todas luces, el terreno era allí de mejor calidad. Los miembros de la comisión prosperaban, fundaron familias. Entonces, y sólo entonces, empezó Chíchikov a liberarse de las

estrictas leyes de la abstinencia y de la implacable abnegación que se había autoimpuesto. Sólo entonces suavizó su largo ayuno y resultó que nunca había sido indiferente a las diversas formas de placer de las que había sabido mantenerse alejado en los años de fogosa juventud, cuando ningún hombre es capaz de dominarse por completo. Aparecieron algunos excesos: contrató a un cocinero bastante bueno, se mandó hacer camisas finas de Holanda. Compró un paño que no llevaba nadie más en toda la provincia. A partir de ese momento optó por tonos color canela y frambuesa moteados. Adquirió también un excelente par de caballos de los que tiraba personalmente con una brida para obligar al de refuerzo a describir círculos. Adoptó entonces la costumbre de lavarse con una esponja impregnada en una mezcla de agua y colonia; compraba un jabón muy caro que le proporcionaba tersura a la piel…



Pero, de repente, en sustitución del pusilánime de su jefe, fue enviado otro, un militar severo, enemigo acérrimo de los sobornos y de todo lo que se califica de mentira. Al día siguiente de su llegada, metió el miedo en el cuerpo a todos, del primero al último, pidió las cuentas, constató

irregularidades, encontrando a cada paso sumas que faltaban y, en un abrir y cerrar de ojos, se percató de las mansiones de bella arquitectura burguesa. Puso en marcha una investigación. Los funcionarios fueron destituidos, las casas burguesas acabaron confiscadas por el Estado y se transformaron en centros de beneficencia y en escuelas para hijos de soldados[136]. Todos recibieron su correctivo, y Chíchikov el primero. Su cara, a pesar del aspecto agradable que tenía, no cayó en gracia al superior. ¿Por qué? Sólo Dios lo sabe. Estas cosas pasan a veces sin motivo. El caso es que el superior sintió hacia él un odio a muerte. El implacable jefe constituía una amenaza para todos. Como era militar, es decir, un hombre que no conocía los refinamientos de las picardías civiles, al cabo de cierto tiempo, gracias al aspecto de franqueza y a la habilidad de amoldarse a todo, otros funcionarios se ganaron su favor. En consecuencia, el general enseguida se encontró en manos de granujas de la peor calaña, pero a los que él no consideraba como tales. No ocultaba su satisfacción por haber sabido escoger a personas como es debido y se jactaba no poco de su fino olfato para descubrir el talento ajeno. Los funcionarios no tardaron en comprender su espíritu y su carácter. Todos los que estaban bajo sus órdenes se transformaron en temibles perseguidores del embuste; lo rastrearon por todas partes, en todos los casos, como el pescador persigue con su arpón cualquier carnoso esturión, y fueron en pos de él con tanto éxito que, al cabo de poco tiempo, cada uno de estos subordinados se descubrió poseedor de un capital de varios miles de rublos. En esta época, volvieron a la senda de la verdad muchos de los antiguos funcionarios, que fueron readmitidos en el servicio. Chíchikov, sin embargo, de ninguna manera pudo incorporarse al trabajo, por más que se esforzó y por más que lo avalara —impulsado por las cartas de recomendación del príncipe Jovanski— el primer secretario, que hacía con el general lo que quería. Pero, en este caso, todo resultó en vano. El general era de esa suerte de hombres que, aunque se le pudiera llevar por la punta de la nariz (sin que él se diera cuenta, por supuesto), cuando se le metía cualquier idea entre ceja y ceja, se le quedaba hincada como un clavo de hierro: no había modo de arrancársela. A lo sumo, todo lo que consiguió el hábil secretario fue la destrucción de la mancillada hoja de servicios de Chíchikov y, para ello, aun tuvo que

convencer a su superior no por otro medio que el de la compasión, pintándole con vivos colores el conmovedor destino de la desgraciada familia de nuestro héroe, que, por suerte, no existía.

«Bueno —se dijo Chíchikov—. Pesqué un pez gordo, estiré, la cuerda se rompió. Son cosas que pasan, llorar no sirve de nada, hay que actuar». Así que decidió emprender una nueva carrera, armarse una vez más de paciencia, privarse otra vez de todo, por mucho placer que le hubiese procurado dar rienda suelta a sus antojos. Era preciso trasladarse a otra ciudad y allí darse a conocer. Pero nada parecía cuajar. Se vio obligado a cambiar dos o tres veces de empleo en un breve lapso de tiempo. No le proponían más que puestos de poca monta y engorrosos. Hay que decir que Chíchikov era el hombre más decoroso que haya habido en el mundo. Aunque al principio tuvo que mezclarse con una sociedad poco refinada, siempre conservó la pureza de su alma; le gustaba que en las oficinas hubiese mesas de madera lacada y que todo fuera noble. Nunca se permitió palabras inconvenientes y siempre se ofendía cuando en las palabras de los otros observaba una falta del debido respeto hacia el título o el rango. Para el lector, creo, será agradable saber que cada dos días se cambiaba de ropa interior y, en verano, en la época de mucho calor, incluso diariamente: hasta el más mínimo olor desagradable constituía para él un ultraje. Por este motivo, cada vez que Petrushka iba a desvestirlo y a sacarle las botas, se colocaba en la nariz un clavo de especias y, en muchas circunstancias, sus nervios se tornaban delicados como los de una doncella. Por eso, le resultó penoso encontrarse en un ambiente donde todo apestaba a aguardiente y a malas acciones. Por mucho que trató de fortalecerse anímicamente, durante estos años de infortunio adelgazó y su tez cobró verdor. Ya había empezado a engordarse y a adquirir esas formas redondas y respetables con las que el lector lo conoció; más de una vez, mientras se contemplaba en el espejo, se dejaba llevar por agradables ensoñaciones: una mujercita, un cuarto de niños… Y una sonrisa acompañaba esa clase de pensamientos. Ahora, sin embargo, cuando sin querer se miraba en el espejo, no podía evitar exclamar: «¡Madre mía santísima! ¡Qué repulsivo me he puesto!». Y después pasaba mucho tiempo sin querer mirarse. Nuestro héroe, no obstante, lo soportó todo, hizo gala de una paciencia y de una fuerza fuera

de lo común y, finalmente, entró a trabajar en las aduanas. Hay que precisar que este servicio hacía tiempo que era el objeto secreto de sus pensamientos. Veía qué elegantes objetos extranjeros se agenciaban los funcionarios de aduanas, qué porcelanas y batistas enviaban a sus comadres, tías y hermanas. Más de una vez había dicho suspirando: «Aquí sí que me iría bien que me trasladaran: ¡la frontera está cerca, hay gente instruida y qué finas camisas de Holanda podría procurarme!». Cabe añadir que también tenía en la cabeza una clase especial de jabón francés que transmitía a la piel una extraordinaria blancura y frescor a las mejillas. Dios sabe qué nombre tenía, pero él suponía que lo encontraría en la frontera. Así pues, ya hacía tiempo que quería ingresar en la aduana, pero se lo habían impedido momentáneamente los diferentes beneficios que obtenía de la comisión de construcción, y razonaba con justicia que la aduana, aun con todos sus méritos, no era sino *ciento volando*, mientras que la comisión era ya *pájaro en mano*. Pero ahora había decidido ingresar en la aduana a cualquier precio. E ingresó. Emprendió el trabajo con un celo extraordinario. Parecía que el mismo destino lo hubiese llamado a ser funcionario de aduanas. Una destreza, una perspicacia y una sagacidad semejantes no sólo no se habían visto nunca, sino que incluso eran inauditas. En tres o cuatro semanas se había aplicado tanto en su nuevo trabajo que éste ya no presentaba secreto alguno para él. Sin pesar ni medir una pieza, por su composición, sabía cuántos metros de tela u otro material contenía; le bastaba con coger un paquete para determinar cuál era su peso; en cuanto a los registros, tenía, como decían sus propios camaradas, un olfato canino: era imposible no maravillarse de que tuviera tanta paciencia como para palpar cada botoncito y que todo lo hiciera con una mortífera sangre fría y una cortesía que llegaba a extremos inverosímiles. Mientras que las víctimas del registro se ponían frenéticas, perdían los estribos y sentían el furioso impulso de hacer papilla su agradable fisonomía, él, sin alterarse lo más mínimo ni abandonar sus maneras cordiales, se limitaba a decir: «¿Sería tan amable de tomarse la pequeña molestia de levantarse un poco?». O bien: «¿Tendría la bondad, señora, de pasar a la otra habitación? Allí la esposa de uno de nuestros funcionarios tendrá unas palabras con usted». O bien: «Permítame que le descosa, con ayuda de este cuchillito, el

dobladillo de su abrigo» y, sin dejar de hablar, los despojaba de chales y pañuelos con el mismo aplomo que si efectuara el inventario de su propio baúl. Incluso sus jefes decían de él que era el diablo hecho hombre: rebuscaba en las ruedas, en los timones de tiro, en las orejas de los caballos y quién sabe en qué otros sitios donde a ningún escritor se le habría ocurrido meterse y donde los únicos autorizados a visitarlos son los funcionarios de aduanas. De modo que el pobre viajero que atravesaba la frontera tardaba varios minutos en volver en sí y, mientras se secaba el sudor que bañaba con gotitas menudas todo su cuerpo, no dejaba de persignarse y de repetir: «¡Oh, oh!». Su situación era muy parecida a la del alumno convocado por el director para echarle un sermón y que, en cambio, se lleva una zurra inesperada. No tardó en hacer la vida imposible a los contrabandistas. Se convirtió en el terror y la pesadilla de todos los judíos polacos. Su honradez y su incorruptibilidad eran invencibles, casi sobrenaturales. Ni siquiera se hizo un pequeño capital con las diversas mercancías confiscadas que no se transferían al Estado para evitar papeleo suplementario. Un servicio tan celosamente desinteresado no podía dejar de sumir a todos en el estupor y llegar a oídos de sus superiores. Esto le valió un ascenso y un aumento de sueldo. Acto seguido, propuso un proyecto para atrapar a todos los contrabandistas y se limitó a solicitar medios para ejecutarlo personalmente. Se le confió al instante un equipo, con derecho ilimitado para proceder a cualquier tipo de registro. Esto era lo único que deseaba. En aquella época se había formado una poderosa banda de contrabandistas muy bien organizada, una audaz empresa que hacía presagiar beneficios millonarios. Nuestro héroe llevaba tiempo al corriente de lo que se llevaban entre manos esos bandidos e incluso a los emisarios que se habían acercado a corromperle los había rechazado diciéndoles con parquedad: «Aún no es el momento». Cuando obtuvo plenos poderes, se lo hizo saber a la susodicha banda en estos términos: «Ha llegado la hora». El cálculo resultó acertado. Ahora, en un año, Chíchikov podía ganar lo que no habría conseguido ni en veinte años de diligentísima entrega al servicio. Hasta ese momento, no había querido tener ninguna relación con ese grupo porque, como simple peón, no habría percibido gran cosa. Pero ahora… Ahora la situación era muy diferente: podía establecer las condiciones que

se le antojaran oportunas. Para evitar obstáculos innecesarios, sobornó a uno de sus colegas que, a pesar de que ya peinaba canas, no supo resistirse a la tentación. Se pusieron de acuerdo, y el grupo pasó a la acción. Sus inicios fueron brillantes. El lector, sin duda, habrá oído contar la historia, tan trillada, del astuto traslado de ovejas merinas que, cruzando la frontera envueltas con zamarras dobles, pasaron encaje de Brabante por valor de un millón de rublos. Esta artimaña tuvo lugar precisamente cuando Chíchikov servía en las aduanas y, de no haber sido él partícipe de esta aventura, no habría habido judío en el mundo capaz de llevar a cabo una acción de semejante envergadura. Después de tres o cuatro pasos de carneros a través de la frontera, ambos funcionarios dispusieron, cada uno, de un capital de cuatrocientos mil rublos. Se dice incluso que el de Chíchikov excedía los quinientos mil, porque él era más avispado. Dios sabe qué cantidad astronómica habrían alcanzado esas exuberantes sumas si una fuerza maligna no se hubiera interpuesto en el camino de los dos cómplices. En pocas palabras, el diablo les nubló el entendimiento por lo que, hablando en plata, acabaron por tirarse los trastos a la cabeza a causa de cualquier tontería. Una vez, en el transcurso de una acalorada discusión, y quizá un tanto achispados, Chíchikov tildó a su colega de «hijo de pope». El otro, que en efecto era hijo de un pope, por alguna razón desconocida se ofendió de un modo atroz y respondió con palabras fuertes y excepcionalmente rudas: «¡Mientes! Yo soy consejero de Estado, no hijo de pope. ¡Hijo de pope lo serás tú!». Y después, para echar más leña al fuego, añadió: «¡Sí, eso es lo que tú eres!». Si bien de ese modo, en cuanto a insultos, había pagado con la misma moneda a Chíchikov y la fórmula «¡Eso es lo que tú eres!» era ya de por sí bastante injuriosa, no se quedó satisfecho y redactó en secreto una denuncia contra nuestro héroe. Se rumoreaba, además, que se habían convertido en rivales por una mujercita, *fresca y robusta como un jugoso rábano*, por tomar prestada la expresión de los funcionarios de aduanas; que incluso se había contratado a unos hombres para moler a palos a Chíchikov al amparo de la noche, en un oscuro callejón; pero lo cierto es que ambos oficiales se habían comportado como unos majaderos, pues el único en aprovecharse de los encantos de la mujercita había sido un tal capitán Shamshariov. Sólo Dios sabe cómo fue en realidad; será mejor que

el curioso lector complete la historia por sí mismo. Lo principal es que sus tejemanejes secretos con los contrabandistas salieron a la luz. A pesar de que le supuso buscarse su propia ruina, el consejero de Estado arrastró en su caída a Chíchikov junto con él. Los dos hombres fueron llevados ante los tribunales y sus bienes acabaron confiscados. El caso estalló de repente sobre sus cabezas cual potente trueno. Como después de una borrachera, volvieron en sí y constataron con horror lo que habían hecho. El consejero de Estado, fiel a la costumbre rusa, encontró alivio en la botella, pero el asesor colegiado se mantuvo firme. A pesar del fino olfato de las autoridades a las que enviaron para efectuar la investigación, se las ingenió para ocultar algunas de sus ganancias. Empleó hasta los más sutiles resortes de su mente, basándose en su experiencia y en su conocimiento de los hombres: unas veces empleaba una fórmula amable; otras, recurría a un discurso conmovedor; otras, se deshacía en adulaciones que, como se sabe, nunca vienen mal; otras, untaba la mano… En pocas palabras, lo hizo tan bien que por lo menos evitó el deshonor total al que se vio enfrentado su camarada y evitó los cargos criminales. Pero tuvo que decir adiós a su capital y a los diversos artículos del extranjero incautados en las aduanas: pasaron a manos de otros entusiasmados propietarios. Aun así, retuvo en su poder una decena de miles de rublos, puestos a resguardo para los malos tiempos, una o dos docenas de camisas holandesas, una de esas pequeñas calesas en las que suelen desplazarse los solterones y, por último, dos siervos: el cochero Selifán y su lacayo Petrushka; por pura bondad de alma, los funcionarios de aduanas le dejaron cinco o seis trozos de jabón para preservar el frescor de su tez. Eso es todo. ¡Tal era, pues, la situación en que nuestro héroe se halló sumido de nuevo! ¡Tal fue la avalancha de calamidades que se abatió sobre su cabeza! Era así, como a él le gustaba decir, que su carrera se había resentido «por ser fiel a la verdad». Se podría imaginar que después de semejantes tormentas, pruebas, reveses del destino y vicisitudes se retiraría con sus escasas decenas de miles de rublos a cualquier lugar apacible en una pequeña ciudad de provincia, donde vegetaría, hasta el fin de sus días, en bata de percal, junto a la ventana de una casita baja, mediando los domingos en las riñas que se sucedían ante sus ojos entre los campesinos locales, o dando un paseo, para airearse, hasta

el gallinero, a fin de palpar en persona la gallina destinada a la cazuela. Así, llevaría una vejez discreta y, sin embargo, no carente de utilidad. Pero nada de eso ocurrió. Debemos hacer justicia a su inquebrantable fuerza de carácter. Después de todo lo padecido, que, aunque no bastaba para matar a un hombre, sí al menos para enfriarlo y apaciguarlo para siempre, el inconcebible ardor que quemaba en su interior no se extinguió lo más mínimo. Despechado, resentido, furioso con el mundo entero, irritado por la injusticia del destino, indignado por la iniquidad de los hombres, no pudo resistirse a emprender nuevas tentativas. En pocas palabras, hizo gala de una paciencia al lado de la cual la del alemán, que tiende a la lentitud y a la indolencia en su flujo sanguíneo, es poca cosa. A Chíchikov, por el contrario, la sangre le bullía en las venas y se precisaba mucha voluntad y sentido común para poner freno a todo lo que quería dar rienda suelta en él. He aquí cómo razonaba, no sin justicia: «¿Por qué yo? ¿Por qué ha caído la desgracia sobre mí? En estos días, ¿qué hombre con su cargo dejaría pasar una oportunidad semejante? Todo el mundo barre para casa. No llevé la desgracia a nadie: nunca robé a una viuda ni causé la ruina del prójimo. Sólo me aproveché de lo sobrante, me llevé lo que cualquiera se habría llevado. Si yo no hubiera echado mano de ello, otros lo habrían hecho en mi lugar. ¿Por qué otros prosperan? ¿Por qué debería perecer como un gusano? ¿Qué soy ahora? ¿Qué será de mí? ¿Cómo puedo mirar ahora a la cara a cualquier respetable padre de familia? ¿Cómo no voy a sentir remordimientos de conciencia a sabiendas de que soy un estorbo inútil en la tierra? ¿Y qué dirán en el futuro mis hijos? “Nuestro padre era un canalla: ¡no nos legó nada!”».

Ya sabemos hasta qué punto se inquietaba Chíchikov por su prole. Para él, era un tema de lo más delicado. Otro hombre, quizá, no habría metido tanto la mano en la caja, de no haber sido por esa pregunta que, extrañamente, se presenta por sí sola: «¿Qué dirán mis hijos?». Y he aquí que el futuro cabeza de familia, cual gato prudente que espía con el rabillo del ojo que su amo no lo vea, arramblaba con todo lo que tenía al alcance: jabón, velas, tocino o incluso un canario. En definitiva, no dejaba que se le escapara nada. Así gemía y se lamentaba nuestro héroe, lo que no impedía a su mente, siempre tan activa, aspirar a realizar algo, y no hacía sino esperar

un proyecto para pasar a la acción. De nuevo se recogió en sí mismo, de nuevo se dispuso a llevar una vida dura, de nuevo se privó de todo, de nuevo renunció a la limpieza y a una situación conveniente y se encontró hundido en el barro y en una vida miserable. Y, a la espera de algo mejor, se vio obligado a convertirse en asesor jurídico, una profesión que, como sabemos, aún no había adquirido derecho de ciudadanía entre nosotros, que era zarandeada por todos lados, poco respetada y poco tenida en consideración tanto por los canallas funcionarios como por quienes requerían sus servicios, destinado a arrastrarse a las antesalas, expuesto a las groserías y demás. No obstante, la necesidad lo empujaba a aceptarlo todo. Entre los encargos que le confiaron hubo, sin embargo, uno especial: se trataba de gestionar una hipoteca de varios cientos de campesinos en el Consejo de Tutela. La hacienda a la que pertenecían se encontraba en un estado de total desbarajuste. La culpa era de una epizootia brutal, de los crápulas de los intendentes, de las malas cosechas, de las epidemias que habían diezmado a los mejores trabajadores y, por último, de la desidia del propio terrateniente, que se había arreglado una casa en Moscú a la última moda y había dilapidado en ello toda su fortuna, hasta el último kopek, de modo que ya no le quedaba ni para comer. No tenía más remedio, pues, que hipotecar su última propiedad. Las hipotecas eran todavía una novedad en aquellos días, un territorio en el que quien se adentraba lo hacía no libre de temor. En su calidad de asesor jurídico, Chíchikov supo ganarse el favor de todo el mundo (pues sin ganarse ese favor previamente, como de todos es sabido, es imposible obtener hasta el certificado o enmienda más sencillos, lo cual implica remojar todos y cada uno de los gaznates con una botella de Madeira) y, tras granjearse, pues, la buena disposición de todos a quienes necesitaba, explicó, con el fin de evitar complicaciones en un futuro, que la mitad de los campesinos habían muerto…

—Pero ¿están censados? —preguntó el secretario.

—En efecto —respondió Chíchikov.

—Entonces, ¿por qué se inquieta? Unos nacen, otros mueren, *no es mal oficio el que da beneficio*.

El secretario, al parecer, era dado a los refranes. Fue entonces cuando nuestro héroe tuvo la iluminación más inspirada que nunca haya tenido

mente humana. «Ay, pero si parezco el tonto del pueblo —se reprochó—. Busco los guantes y resulta que los llevo en el bolsillo. Compra esos campesinos muertos antes del próximo censo, compra un millar de ellos, por ejemplo, y el Consejo de Tutela te dará doscientos por alma: ¡con eso tendrás un capital de doscientos mil! Y ahora es un buen momento: recientemente ha habido una epidemia y, gracias a Dios, muchos pasaron a mejor vida. Los terratenientes han dilapidado su dinero en las cartas, en juergas y, como es natural, están arruinados. Todos se han ido a San Petersburgo en busca de una colocación en el Gobierno; las haciendas están abandonadas, se gestionan de cualquier manera, cada año resulta más difícil pagar los impuestos por alma. Cualquiera me las cederá de buena gana, aunque sólo sea por verse libre de gravámenes. Quizá incluso saque algún kopek por hacerles el favor. Es verdad, la tarea es ardua, el camino está repleto de dificultades y siempre se corre el riesgo de que a uno lo pillen y estalle un escándalo. Pero para algo se le dio al hombre inteligencia. Lo principal es que la idea les parecerá a todos tan asombrosa que nadie lo creerá. Está claro que sin tierra no se puede comprar ni hipotecar siervos. Pero yo los compraré para trasladarlos, para reasentarlos en otro lugar: ahora, en las provincias de Táurida y Jersón, hay tierras que se pueden obtener gratuitamente a condición de poblarlas. ¡Allí los trasladaré a todos! ¡A Jersón con ellos! ¡Que vivan allí! El traslado, por lo demás, se puede hacer legalmente, conforme a los tribunales. Si quieren certificados de inspección, con mucho gusto, no tendré ninguna objeción. Incluso presentaré uno firmado por el capitán de la policía en persona. Mi pueblo puede llamarse Chíchikovo o, según mi nombre cristiano, Pávlovskoe». Así germinó en la mente de nuestro héroe esta extraña trama, por la que ignoro si estarán agradecidos los lectores, si bien al autor le cuesta expresar la inmensidad de su gratitud. Pues, por mucho que se diga, si esta idea no se le hubiera ocurrido a Chíchikov, este poema no habría visto la luz.

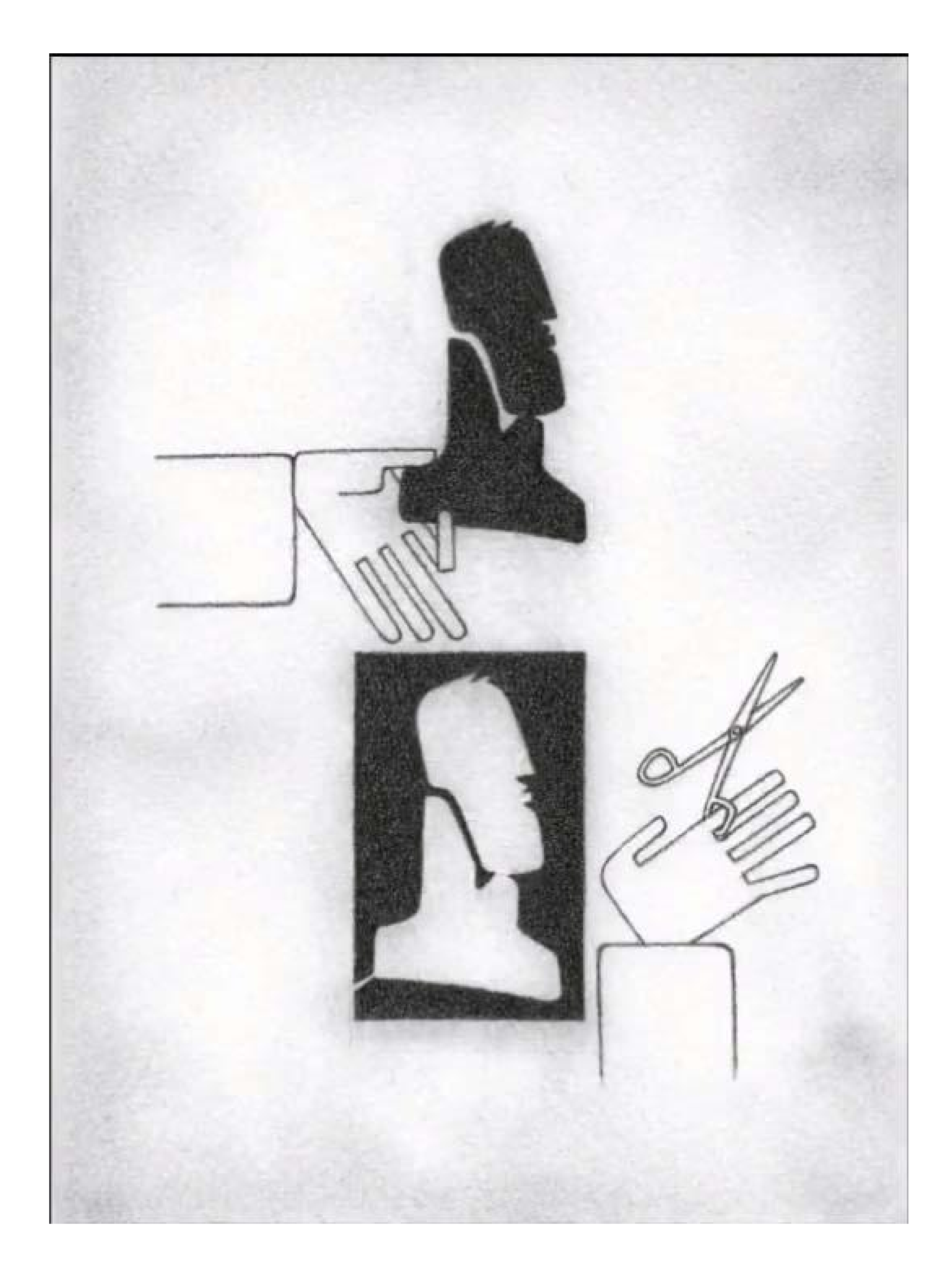
Se santiguó conforme a la costumbre rusa y se puso manos a la obra. Con el pretexto de estar buscando un lugar de residencia, visitó varios rincones de nuestro Estado, preferentemente aquellas regiones en las que se habían sufrido más calamidades, malas cosechas, mortandad, etc.; en definitiva, allí donde pudiera adquirir más fácilmente y a mejor precio a esa

gente que precisaba. No se dirigía al azar a cualquier propietario, sino que elegía a quienes eran más de su agrado o con los que podía hacer esta suerte de negocios con menos dificultades, procurando de antemano conocerlos y ganarse su favor, a fin de adquirir los campesinos, llegado el caso, más por amistad que por una operación de compra. Los lectores, por tanto, no deben indignarse con el autor si los personajes que han aparecido hasta ahora le disgustan. La culpa es toda de Chíchikov, que aquí tiene autoridad suprema, y nosotros debemos seguirle allí adonde se le antoje ir. Por lo que respecta a nosotros, si acaso se nos acusara por la palidez y la fealdad de nuestros retratos y nuestros personajes, nos limitaremos a responder que, al principio, nunca se ve toda la amplitud y el volumen de una empresa. La llegada a una ciudad, aunque se trate de una capital, siempre es trivial, en cierto modo. Al inicio, todo es gris, monótono: hileras interminables de fábricas e industrias ennegrecidas por el humo; sólo después aparecerán las formas angulares de los edificios de seis pisos, tiendas, letreros, inmensas avenidas con sus campanarios, columnas, estatuas y torres, con el esplendor, el ruido y el bullicio de todas las maravillas concebidas por el ingenio del hombre y realizadas gracias a su mano. El lector fue testigo de las primeras adquisiciones de nuestro héroe. Lo que ocurrirá después, cuáles serán sus éxitos y sus fracasos, cómo se enfrentará y superará los más arduos obstáculos, qué figuras colosales se erguirán ante él, cuáles serán los resortes secretos de este extenso relato, cómo se ensanchará aún más su horizonte y, por último, qué cauce lírico y majestuoso tomará, todo ello se verá a su debido tiempo. Aún le queda mucho camino por recorrer a este equipo compuesto por un señor de mediana edad, una de esas calesas en las que suelen desplazarse los solterones, un lacayo de nombre Petrushka, un cochero llamado Selifán y una troika de caballos que ya conocemos por sus nombres, desde Asesor hasta el infame moteado. ¡He ahí a nuestro héroe en persona, tal como es! Es posible, sin embargo, que se nos exija, a modo de conclusión, que precisemos uno de sus rasgos: ¿qué clase de hombre es, desde el punto de vista moral? Que no es un hombre repleto de cualidades y de virtudes es algo que salta a la vista. ¿Qué es, entonces? ¿Un ser mezquino? Pero ¿por qué deberíamos mostrarnos tan severos respecto a los demás? Recordemos que ya no hay, en Rusia, seres

mezquinos, que todos son bienintencionados y simpáticos. De entre los que merecerían la vergüenza general y que su fisonomía fuera abofeteada en público no se hallarán más de dos o tres especímenes, e incluso éstos ya han empezado a hablar de la virtud. Sería más correcto calificar a nuestro héroe de *propietario*, de *adquiridor*. La necesidad de adquirir es la culpable de todo, lo que ha originado prácticas que el mundo califica de *no demasiado limpias*. Es verdad, en semejante carácter hay ya un no sé qué repulsivo, y el lector que haya trabado amistad en su vida con un hombre de esa calaña, le haya dispensado una buena acogida y pasado el tiempo alegremente en su compañía, lo mirará con ojeriza en cuanto lo vea convertido en héroe de un drama o de un poema. Sabio es aquel que no desdeña a ningún personaje y que, clavando una mirada penetrante en todos, sondea la profundidad de las almas. Todo en el hombre se transforma rápidamente y, antes de que le dé tiempo a pestañear, un terrible y despótico gusano ha crecido en su interior y le ha chupado todos sus jugos vitales. Y más de una vez, no sólo una gran pasión, sino incluso una irrisoria por algo mezquino, arraiga y crece en un individuo destinado a mejores gestas, haciéndole olvidar sus grandes y sagrados deberes y, en su lugar, ve algo grande y sagrado en bagatelas insignificantes. Innumerables, como la arena del mar, son las pasiones humanas, ningunas se parecen entre sí, y todas, bajas y excelsas, son al principio dóciles al hombre y no se convierten hasta más tarde en sus dueñas imperiosas. Dichoso aquel que elige la más noble de todas, pues su felicidad, inconmensurable, no dejará de crecer y de multiplicarse por diez, hora a hora, minuto a minuto, y el hombre se adentrará cada vez más profundamente en el paraíso infinito de su alma. Pero hay pasiones que el hombre no elige. Nacieron con él cuando vino al mundo y no se le dio fuerzas suficientes para apartarse de ellas. Esas pasiones responden a designios supremos y encierran una llamada eterna que no enmudece en toda la vida. Están destinadas a desempeñar un papel crucial en la tierra: da igual cuál sea su forma, si tenebrosa o radiante, para regocijo del mundo; en igual medida, están llamadas a proporcionar un bien desconocido a los hombres. Puede que en nuestro Chíchikov la pasión que lo empuja no dependa de él y que su fría existencia lleve en sí el germen de lo que, más tarde, reduzca a polvo al hombre y lo haga hincarse de rodillas ante la

sabiduría de los Cielos. Queda el misterio de la aparición de por qué esta particular imagen ha cobrado forma en este poema que ahora ve la luz.

Pero no resulta penoso soportar que los lectores no estén satisfechos con el héroe, sino la irresistible convicción de que este mismo héroe, este mismo Chíchikov, habría podido complacer a los lectores. Si el autor no hubiera mirado más hondamente en su alma, si no hubiese revuelto en el fondo de sus entrañas todo lo que se desliza y se oculta de la luz, si no hubiera puesto al descubierto los pensamientos más secretos, los que no se confía a ningún otro hombre, sino que lo hubiera mostrado tal como les parecía a toda la ciudad, a Manílov y a los otros, todos habrían estado la mar de contentos y lo habrían tomado por una persona interesante. No era preciso que el personaje ni su figura se moviera como un ser vivo delante de nuestros ojos; en consecuencia, al acabar la lectura, habríamos podido regresar a la mesa de juego, que tanto divierte a toda Rusia, con el alma en absoluto turbada. Sí, mis queridos lectores, preferiríais no ver la miseria humana en toda su desnudez. ¿Por qué?, diréis, ¿para qué sirve? ¿Acaso no sabemos que hay mucho en el mundo que es vil y estúpido? Incluso demasiado a menudo ocurre que vemos cosas que no son en absoluto consoladoras. Ofrécenos más bien algo maravilloso, apasionante. ¡Mejor olvidémonos de todo un rato! «¿Por qué me dices, hermano, que los asuntos en la hacienda van mal? —dice el hacendado a su intendente—. Yo, hermano, lo sé mejor que tú, ¿por qué no me hablas de cualquier otra cosa? Haz que me olvide, que no lo sepa, entonces sí que estaré bien». Y entonces ese dinero que habría servido para arreglar un poco las cosas se gasta en diferentes recursos para inducir la amnesia. Así se duerme una mente que quizá habría podido descubrir una fuente de grandes ganancias; y la finca, ¡pum!, a la subasta, y el propietario se va a olvidar por el mundo, con el alma dispuesta a cometer unas bajezas que antes lo habrían horrorizado.



Y otras acusaciones llegarán al autor por parte de los denominados patriotas que, sentados tranquilamente en un rincón y entregados a asuntos completamente ajenos, amasan sus pequeñas fortunas construyendo su destino a expensas de otros; pero en cuanto acontece algo que, en su

opinión, es ofensivo para la patria, o bien aparece un determinado libro en que se dice a veces una amarga verdad, arrancan a correr desde todos los rincones, como arañas que han visto capturada en su tela una mosca y ponen el grito en el cielo: «¿Le parece bien sacar todo esto a la luz, proclamarlo a los cuatro vientos? Lo que hay aquí escrito son cosas nuestras, ¿acaso está bien hacer eso? ¿Qué dirán los extranjeros? ¿Acaso es divertido oír una mala opinión de nosotros? ¿Creerán que no nos resulta doloroso? ¿Pensarán que no somos patriotas?». A estas sabias observaciones, sobre todo las relativas a los extranjeros, confieso que no se puede responder nada. O quizá una sola cosa. En un lugar remoto de Rusia vivían dos ciudadanos. Uno era padre de familia, de nombre Kifa Mókievich, hombre de carácter afable, que vivía de manera despreocupada. De la familia no se encargaba: su existencia estaba orientada más bien hacia la contemplación y vivía absorto en el siguiente problema filosófico, como él mismo lo denominaba: «Tomemos, por ejemplo, una bestia —decía, paseando por la habitación—, la bestia nace desnuda. ¿Por qué? ¿Por qué no viene al mundo como los pájaros, por qué no sale de un cascarón? En realidad, cuanto más se conoce la naturaleza, menos se entiende algo». Así pensaba el ciudadano Kifa Mókievich. Pero esto no es lo esencial. El otro ciudadano se llamaba Moki Kífovich, su hijo[137]. Era lo que en Rusia se llama un *bogatir*[138] y, mientras el padre se ocupaba de cómo nacen las bestias, su naturaleza de veinte primaveras y de espaldas anchas tendía a desarrollarse. No sabía hacer nada con delicadeza: acababa siempre haciéndole daño a alguien en un brazo o a otro le plantificaba sobre la nariz un formidable chichón. En casa, y en todo el vecindario, todos huían al verlo: desde la niñera hasta el perro. Incluso se las arregló un día para hacer trizas su propia cama. Así era Moki Kífovich, de corazón bondadoso, por lo demás. Pero esto tampoco es lo esencial. Lo importante es lo que sigue:

—Disculpe, padre y señor Kifa Mókievich —le decían los siervos, tanto los propios como los del vecindario—, pero ¿qué pasa con ese chico suyo, el tal Moki Kífovich? ¡No nos deja en paz, es un incordio!

—Sí, es revoltoso, es revoltoso —solía responder el padre—, pero ¿qué se le va a hacer? Ya es tarde para ponerle la mano encima, además todos me acusarían de ser cruel. Tiene amor propio, basta con soltarle una reprimenda

delante de un tercero para que se calme, pero, si lo hiciera en público, toda la ciudad se enteraría y lo tildarían de perro. ¿Acaso creen que no me duele? ¿Es que no soy yo su padre? Aunque me dedique a la filosofía y a veces no tenga tiempo, eso no me convierte en menos padre. ¡Soy su padre, sí! ¡Soy el padre, al diablo con todos, el padre! ¡A Moki Kífovich lo llevo aquí, en el corazón! —Al decir estas palabras, Kifa Mókievich se golpeaba enérgicamente con el puño en el pecho y se exaltaba, fuera de sí—. Y si mi hijo es un perro, al menos que no lo sepan por mí, no seré yo quien lo denuncie. —Y, después de manifestar semejante sentimiento paternal, dejaba que Moki Kífovich continuara con sus gestas heroicas y él volvía a su tema preferido, formulándose de repente una pregunta del tipo—: Admitamos que, si los elefantes nacieran de un huevo, la cáscara, por fuerza, tendría que ser muy gruesa, no se podría perforar ni con un cañón; habría que inventar una nueva arma de fuego.

Así transcurría la vida de los dos habitantes de este apacible rinconcito, asomados de improviso, como desde una ventana, en el final de nuestro poema para responder modestamente a las acusaciones de algunos ardientes patriotas, que, hasta el momento, se ocupan de filosofar con calma o de acumular dinero a expensas de la patria que tanto aman, preocupados no tanto de no hacer el mal como de que no se sepa. Pero no, ni el patriotismo ni los instintos más básicos motivan esas acusaciones. Hay algo que se oculta detrás. ¿Por qué no llamar a las cosas por su nombre? ¿Quién, sino el autor, espera decir la santa verdad? Teméis la mirada de quien sondea las profundidades, os gusta recorrer con mirada despreocupada todas las cosas. Os reiréis incluso de todo corazón de mi Chíchikov y quizá elogiaréis al autor: «Hay que reconocer que ha sabido observar ciertas cosas, debe de ser un tipo avispado. —Y, después de estas palabras, con redoblado orgullo, reflexionaréis un instante, con una sonrisa de suficiencia en los labios, y añadiréis—: ¡Hay que admitir que en estas provincias hay gente de lo más extravagante y ridícula, y además no faltan los crápulas!». Y alguno de vosotros, lleno de humildad cristiana, no públicamente, sino en voz baja, a solas, en los momentos de aisladas conversaciones consigo mismo, ahondará en las interioridades de su alma y se hará está penosa pregunta: «¿No habrá algo de Chíchikov en mí también?». ¡Pues claro! ¿Y cómo no?

Pero si en ese momento pasa por su lado uno de sus conocidos, alguien con un rango ni demasiado elevado ni demasiado bajo, al instante dará un codazo a su vecino y le comentará, a punto de estallar en una carcajada: «¡Mira, mira, es Chíchikov, por ahí va Chíchikov! —Y después, como un niño, olvidando todo el decoro en consonancia con su rango y su edad, echará a correr detrás de él y lo provocará a sus espaldas, llamándole—: ¡Chíchikov! ¡Chíchikov! ¡Chíchikov!».

Pero nos hemos puesto a hablar en voz demasiado alta, olvidando que nuestro héroe, que ha dormido mientras relatábamos su vida, ya se ha despertado y fácilmente podría reparar en su apellido tantas veces pronunciado. En el fondo es un individuo susceptible y se disgusta cuando se refieren a él sin el debido respeto. Al lector poco le importa que Chíchikov se enfade con él, pero el autor no debe, en ningún caso, reñir con su protagonista, pues es largo el camino que aún deberán recorrer juntos del brazo. Dos grandes partes de este poema nos esperan, y no es cosa para tomar a broma.

—Eh, eh, ¿qué haces? —dijo Chíchikov a Selifán—. ¿Qué haces?

—¿Qué? —respondió Selifán con calma.

—¿Cómo que qué? ¡Pero si pareces un ganso! ¿Has visto cómo conduces? ¡Arrea al caballo!

Selifán, en efecto, ya hacía rato que conducía con los ojos entornados, limitándose, aquí y allí, en su duermevela, a sacudir las riendas sobre los flancos de los caballos, también adormecidos. Por lo que respecta a Petrushka, que ya hacía tiempo había perdido el gorro, se había reclinado hacia atrás y tenía la cabeza clavada contra la rodilla de Chíchikov, de modo que éste se vio obligado a soltarle un bofetón. Selifán volvió en sí y, después de fustigar varias veces la grupa del moteado, que arrancó al trote, y blandir su látigo sobre toda la troika, profirió con voz fina y melodiosa: «¡No tengáis miedo!». Los caballos se animaron y transportaron la ligera calesa como si fuera una pluma. Selifán se limitaba a zarandear el látigo y a gritar de vez en cuando: «¡Eh, eh, eh!», mientras rebotaba rítmicamente sobre el pescante, y la troika volaba o se hundía en los montículos y las pendientes de los que estaba repleto el camino real, que descendía de un modo imperceptible. Bamboleándose levemente sobre su cojín de piel,

Chíchikov se limitaba a sonreír, pues le gustaba correr. Por lo demás, ¿acaso no le agrada a todo ruso la velocidad? ¿Cómo podría ser de otra manera cuando su alma aspira al vértigo, al desenfreno, a decir de vez en cuando: «¡Al demonio con todo!»? ¿Cómo podría no complacerle esa carrera veloz, cuando uno se siente embargado por un no sé qué mágico y exaltante? Te da la impresión de que eres transportado sobre el ala de una fuerza ignota, y tú también vuelas, y todo vuela: vuelan las verstas, vuelan a tu encuentro los mercaderes en el pescante de sus carruajes, vuela el bosque a ambos lados con sus oscuras formaciones de abetos y pinos, con el ruido de las hachas y el graznido de los cuervos, el camino entero vuela hacia la lejanía que se pierde en el horizonte, y hay algo aterrador en ese relampagueo, pues es tan vertiginoso que los objetos se esfuman antes de poder distinguirlos… Sólo el cielo y las nubes vaporosas sobre la cabeza, al igual que la luna que se abre camino entre ellas, parecen inmóviles. Ah, troika, pájaro troika[139], ¿quién te ha inventado? Bien es cierto que sólo podías nacer en un pueblo impetuoso, en una tierra donde no gustan las medias tintas y que, lisa y regular, se extiende por medio mundo, y a ver quién es el valiente que va a contar sus verstas hasta que le hagan chiribitas los ojos. Y no parece complicado este instrumento de viaje, nada de tornillos de hierro para sujetarlo, y, en un abrir y cerrar de ojos, con hacha y martillo, te lo ha fabricado y montado el hábil campesino de Yaroslavl. No calza botas alemanas el cochero: una barba, unas manoplas y sólo el demonio sabe sobre qué va sentado; pero de pronto se incorpora, blande el látigo, entona una canción, y los caballos son ya un remolino, los radios de las ruedas se funden en un círculo liso, tiembla el camino y grita despavorido el transeúnte petrificado y, entretanto, ¡la troika vuela, vuela, vuela…! Y apenas se ve ya en lontananza algo indistinto que levanta polvo y perfora el aire.

¿No vuelas también así tú, Rusia, como una fogosa troika a la que nada puede dar alcance? El camino humea a tu paso, retumban los puentes, todo se aleja y queda atrás. Quien te contempla se detiene impresionado por ese prodigio divino: ¿no será un relámpago lanzado del cielo? ¿Qué significa esta carrera que siembra el terror? ¿Qué fuerza ignota anima estos caballos desconocidos en el resto del mundo? ¡Ah, caballos, caballos, menudos

caballos sois! ¿Acaso hay torbellinos en vuestras crines? ¿Es que un finísimo oído prende en cada fibra de vuestro ser? ¡En cuanto resuena, desde arriba, la conocida canción, todos al unísono tensan los pechos de bronce y, casi sin tocar con los cascos la tierra, se transforman en una línea alargada que se proyecta en el aire y corre bajo la inspiración divina! Rusia, ¿adónde vuelas? Responde. Pero no lo hace. Inunda el carruaje el formidable tintineo de las campanillas; el aire hecho jirones ruge y se transforma en viento; pasa de largo todo cuanto hay en la tierra y, con una mirada de soslayo, se apartan y le ceden el paso otros pueblos y Estados.

SEGUNDA PARTE[140]

(Capítulos conservados)

Redacción posterior de la segunda parte[141]

Capítulo primero

¿Para qué representar nada más que pobreza, la pobreza y la imperfección de nuestra vida, desenterrando a gente de lugares perdidos y de rincones remotos de nuestro imperio? Pero ¿qué se le va a hacer si el autor se siente inclinado a ello y, afligido por sus propias imperfecciones, ya no puede retratar nada más que pobreza, la pobreza y la imperfección de nuestra vida, desenterrando a gente de lugares perdidos y de rincones remotos de nuestro imperio? Así que de nuevo estamos en un lugar perdido; otra vez nos hallamos en un rincón remoto.

Pero ¿qué lugar perdido y qué rincón remoto?

Como un gigantesco bastión de una fortaleza infinita con sus contrafuertes y aspilleras, cadenas de montañas zigzagueantes se extendían a lo largo de mil verstas. Majestuosas, las montañas se elevaban sobre llanuras interminables, a veces con quebradas, en forma de abruptas paredes, estriadas de surcos y hoyos, de naturaleza calcárea y arcillosa; otras, con graciosas protuberancias verdes envueltas, como con lana de astracán, entre la maleza joven que despuntaba de los árboles talados u, otras veces, incluso, con oscuros y frondosos bosques que, por algún milagro, habían escapado de las hachas. El río, ya fiel a sus orillas, las seguía en sus recodos y meandros, ora se escabullía hacia los prados para, después de describir una serie de eses, resplandecer como fuego al sol, internarse en un bosquecillo de abedules, de álamos temblones y de alisos, y salir de allí triunfante, en compañía de puentes, molinos y diques, que parecían perseguirlo detrás de cada vuelta.

En un punto determinado, el escarpado flanco de una colina se hundía en el profuso verde del follaje ondulante de los árboles. El norte y el sur del

reino vegetal se habían unido allí gracias a una hábil repoblación forestal y a las irregularidades del barranco montañoso. Robles, abetos, perales silvestres, arces, guindos, endrinos, acacias siberianas y serbales, en los que se enredaba el lúpulo, se encaramaban desde el pie hasta la cima de la montaña, ahora ayudándose unos a otros a crecer, ahora sofocándose entre sí. En lo alto, en la cima de la montaña, las copas verdes de los árboles se mezclaban con las techumbres rojas de las casas señoriales, ocultando los tejados de dos aguas y las cumbreras de las isbas, incluso escondiendo la planta superior de la mansión del señor con su balcón de madera tallada y su gran ventana de medio punto. Y, sobre este conjunto de árboles y tejados, se alzaba, por encima de todo, la antigua iglesia del pueblo, con sus cinco cúpulas doradas relumbrando al sol. Todas las cúpulas estaban coronadas por cruces afiligranadas de oro, sujetas a ellas con una cadena labrada, también de oro, de modo que, a lo lejos, parecía que un resplandor dorado, como rublos recién acuñados, estuviese suspendido en el aire. Y todo ello —copas de árboles, tejados y cruces— se reflejaba invertido graciosamente en el río, donde unos sauces agujereados de un modo monstruoso se erguían solitarios en las orillas, mientras que otros se adentraban de lleno en el agua, en la cual hundían ramas y hojas, como absortos en la contemplación de esa prodigiosa reproducción, excepto en los lugares en que se lo impedían las algas viscosas y las brillantes hojas flotantes de los nenúfares amarillos.

Las vistas eran espléndidas, pero, de arriba abajo, desde lo alto de la casa, aún eran mejores. Ningún huésped o visitante al asomarse al balcón podía permanecer impasible. Del asombro se le cortaba la respiración en el pecho y no podía sino exclamar: «¡Señor, qué panorama tan sublime!». Ante él se extendía un paisaje infinito, una amplitud ilimitada: más allá de los prados, salpicados de bosquecillos y molinos de agua, se veían las franjas verdes de los bosques; pasados los bosques, a través del aire ligeramente brumoso, surgía el amarillo de las arenas; y, de nuevo, en lontananza, más bosques, éstos ya azulados, como las aguas del mar o la niebla, que se explayaban a lo lejos; luego, otra vez, arena, más pálida que la anterior, pero aún amarilla. Irguiéndose como una cresta en el horizonte lejano, se extendía una serie de montañas de yeso cuya deslumbrante

blancura refulgía incluso si hacía mal tiempo, como iluminadas por un sol eterno. Al pie de las montañas, en algunos puntos, unas manchas de un azul nebuloso se recortaban contra esa blancura cegadora como bocanadas de humo. Eran pueblos lejanos, demasiado apartados para que el ojo humano pudiera distinguirlos. Únicamente la cúpula dorada de la iglesia, a la que el sol arrancaba chispas de oro, indicaba que allí había una gran concentración humana. Todo esto estaba envuelto en una quietud imperturbable que ni siquiera rompían las notas distantes del canto de los pájaros que se desvanecían en cielo abierto. El forastero que salía al balcón, después de pasarse unas dos horas contemplando aquel escenario, no podía sino exclamar: «¡Señor, qué panorama tan sublime!».

¿Quién era, uno podía preguntarse, el habitante y propietario de este pueblo, adonde, como si se tratara de una fortaleza inexpugnable, no se podía llegar directamente en vehículo, sino que había que acercarse por otro lado, donde el huésped era recibido por robles esparcidos pintorescamente por la pradera, con las ramas bien abiertas como para acogerlo con un abrazo amistoso, y lo acompañaban hasta la entrada de la casa, cuyo tejado ya observamos desde detrás? La casa ahora se mostraba toda entera, flanqueada a un lado por una hilera de isbas rematadas con tejados de dos aguas y cumbreras y, al otro, por una iglesia con sus relucientes cruces de oro y sus cadenas labradas, también de oro, suspendidas en el aire. ¿Quién era el afortunado al que pertenecía este rincón remoto?

Pertenecía a Andréi Ivánovich Tentétnikov, terrateniente del distrito de Tremalajansk[142], joven afortunado de treinta y tres años y todavía soltero.

¿Quién y cómo era, qué cualidades y virtudes atesoraba? Ah, mis queridas lectoras; a los vecinos, tenéis que preguntárselo a los vecinos. Uno de ellos, que pertenecía a la categoría ahora totalmente extinta de altos mandos a cargo de brulotes, se refería a él con la expresión: «¡Un auténtico cerdo!». Un general, que vivía a diez verstas de él, declaraba: «El joven es inteligente, pero tiene muchas ideas estúpidas metidas en la cabeza. Yo podría serle de utilidad, pues no me faltan los contactos en San Petersburgo e incluso en…». El general no terminaba la frase. El capitán de la policía del distrito daba su propia respuesta: «No vale la pena siquiera mencionar su rango, mañana mismo iré a verlo para reclamarle los atrasos tributarios».

Si se le preguntaba a un campesino de su pueblo cómo era el señor, no decía nada. Podemos concluir que no debían de tenerlo en gran estima.

Si juzgamos de manera imparcial, Andréi Ivánovich no era mala persona, sino simplemente lo que se suele llamar un holgazán redomado. Pero, dado que en el mundo no escasean las personas de esta índole, ¿por qué Tentétnikov no debería dedicarse a hacer el vago? Por lo demás, pongamos como ejemplo un día de su vida y que sea el lector quien juzgue por sí mismo qué carácter tenía Tentétnikov y cómo encajaba su vida con la belleza que lo rodeaba.

Por la mañana se despertaba muy tarde y, después de incorporarse un poco, se quedaba un buen rato sentado en la cama, frotándose los ojos. Y dado que sus ojos, por desgracia, eran pequeños, esta operación se prolongaba por un espacio de tiempo extraordinariamente largo. Durante todo ese rato, su criado Mijaílo, palangana y toalla en mano, permanecía de pie, junto a la puerta. Allí aguardaba de pie el pobre Mijaílo una hora, luego otra, después se dirigía a la cocina y, más tarde, cuando regresaba, veía que el señor continuaba frotándose los ojos sentado en la cama. Finalmente, se ponía en pie, se aseaba, se enfundaba la bata y entraba en el salón para tomar té, café, cacao e incluso leche recién ordeñada, probando un sorbo de cada cosa, llenándolo todo de migas sin piedad y esparciendo ceniza de pipa por doquier con gran descaro. Y así, mientras tomaba el desayuno, pasaban dos horas. Pero, por si fuera poco, aún se servía una taza de té frío y se arrimaba con ella a la ventana que daba al patio. Al pie de esta ventana, todos los días sucedía la siguiente escena.

Antes que nada, Grigori, el siervo que ejercía las funciones de despensero, berreaba a la gobernanta Perfílevna empleando más o menos estas expresiones:

—¡Despreciable criatura, eres una nulidad! ¡Alguien tan repugnante como tú lo que debería hacer es callarse!

—¿No quieres esto? —gritaba la nulidad, o sea, Perfílevna, enseñándole el dedo vulgar, pues era una vieja de maneras rudas, a pesar de su afición a las pasas, la pasta de fruta y toda suerte de golosinas que guardaba bajo llave.

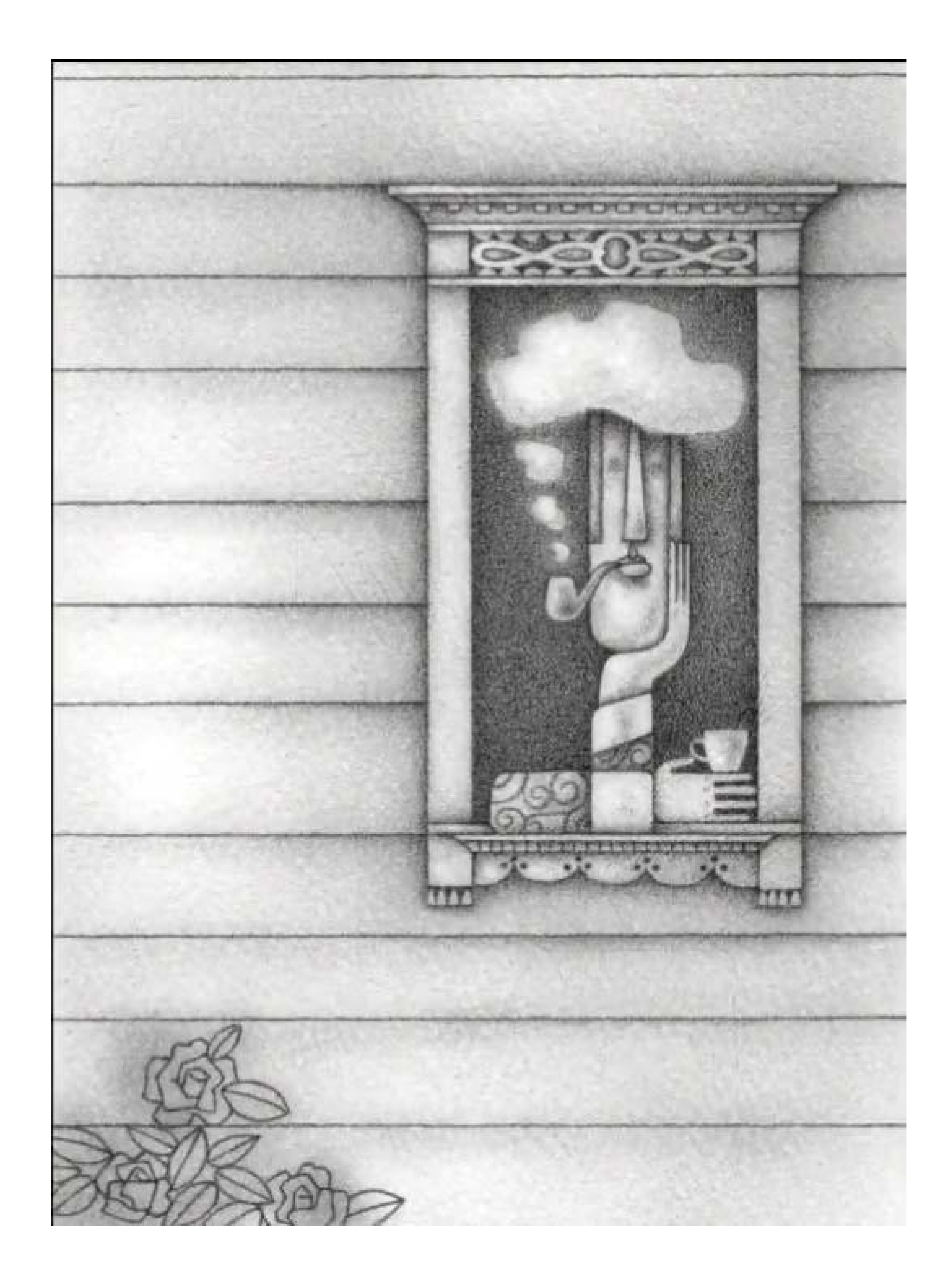
—¡Pero si hasta con el intendente tienes tus más y tus menos, piojo de granero! —bramaba Grigori.

—El intendente es igual de ladronzuelo que tú. ¿Crees que el señor no os conoce? Míralo, ahí está y lo oye todo.

—¿Dónde está el señor?

—Ahí, en la ventana; lo ve todo.

Y, en efecto, el señor estaba en la ventana y lo veía todo.



Para completar el barullo, el hijo de uno de los criados gritaba a voz en cuello, tras haber recibido un pescozón de su madre, y un lebrel, sentado sobre sus cuartos traseros, gañía lastimosamente después de que el cocinero lo hubiese escaldado con agua caliente de la cocina. En definitiva, todo

vociferaba y chillaba de un modo insoportable. El señor lo veía y lo oía todo. Y únicamente cuando el estruendo se volvía tan insufrible que incluso le impedía entregarse a la ociosidad, mandaba a decir que alborotasen con mayor comedimiento.

Dos horas antes de la comida, se retiraba a su despacho para ocuparse seriamente de una obra que debía abarcar Rusia entera, desde todos los puntos de vista —civil, político, religioso y filosófico—, así como ofrecer una solución a los complejos problemas y cuestiones planteados por los tiempos y determinar con claridad el gran futuro que aguardaba al imperio; en una palabra, una tarea presentada de la manera y con la forma que gusta al hombre moderno. Por lo demás, esta colosal empresa se limitaba más bien a una mera divagación: mordisqueaba la pluma, aparecían dibujitos en el papel y luego todo esto era dejado a un lado, tomaba un libro entre las manos y ya no lo soltaba hasta la hora de comer. El libro en cuestión era leído con la sopa, la salsa, el asado e incluso con el postre, de modo que la comida se enfriaba en algunos platos, mientras que otros eran retirados intactos. Después seguían la pipa, el café y una partida de ajedrez en solitario; en cuanto a lo que hacía luego hasta la hora de la cena, a decir verdad, resulta difícil también de explicar. Parece ser que simplemente no hacía nada.

Y así pasaba el tiempo un joven de treinta y dos años, sedentario empedernido, completamente solo en el mundo, siempre con batín y sin corbata anudada al cuello. No le apetecía pasear ni andar, ni siquiera deseaba subir a abrir la ventana para dejar que entrase aire fresco en la habitación, y las hermosas vistas del pueblo, que ningún visitante podía contemplar con indiferencia, era como si no existieran para el propietario.

A partir de todo lo dicho el lector constatará que Andréi Ivánovich Tentétnikov era un miembro de esa tribu que en Rusia son legión y a los que se solía dar el nombre de *haraganes, gandules* y *marmotas* y que ahora, la verdad sea dicha, no sé ni cómo calificar. ¿Nacen estos personajes ya así o se forman más adelante, como consecuencia de las tristes circunstancias con las que se encuentran en la vida? En lugar de dar una respuesta, creo que será mejor contar la historia de la infancia y de la educación de Andréi Ivánovich.

Todo parecía conjurarse para que hiciera carrera en la vida. Con doce años, siendo un muchacho ingenioso, algo dado a la meditación y un tanto enfermizo, ingresó en un centro de enseñanza cuyo director era entonces un hombre extraordinario. Ídolo de los jóvenes, un prodigio entre los pedagogos, el incomparable Aleksandr Petróvich estaba dotado del instinto para captar la naturaleza humana. ¡Qué bien conocía las cualidades del hombre ruso! ¡Qué bien entendía a los niños! ¡Cómo sabía espolearlos! No había ni uno solo de esos revoltosos que, después de cometer una de sus trastadas, no acudiese a él para reconocerse culpable de todo. Por si fuera poco, aunque recibiera una severa reprimenda, no salía de allí con la cabeza gacha, sino bien alta. Había algo de lo más alentador, algo que decía: «¡Adelante! Levántate enseguida, a pesar de que hayas caído». No les endosaba ningún discurso sobre la buena conducta. Solía decir: «Yo exijo inteligencia, nada más. Quien aspira a ser inteligente no tiene tiempo para hacer travesuras; las travesuras deben desaparecer por sí solas». Y así era: las travesuras desaparecían. Quien no se esforzaba en ser mejor se ganaba el desprecio de sus compañeros. Los asnos y los necios ya creciditos tenían que soportar los apodos más injuriosos de los alumnos más pequeños y no se atrevían a ponerles un dedo encima. «¡Esto es ir demasiado lejos! —decían muchos—. Los alumnos inteligentes se volverán unos engreídos». «No, no es así —replicaba él—. A los ineptos no los retengo demasiado tiempo: les basta con un curso, pero para los que tienen talento tengo otro». Y así era: todos los alumnos con talento frecuentaban ese otro curso suyo. Les consentía muchas chiquilladas, pues veía en ellas el germen del desarrollo de sus cualidades espirituales y decía que necesitaba observarlas, como el médico los sarpullidos, para saber con certeza lo que se encerraba en el interior del individuo.

¡Cómo lo querían todos los chicos! No, los niños nunca manifiestan tanto afecto por sus padres. Ni siquiera en los años de enamoramientos locos sentían una pasión que ardiera tan intensamente como el amor que le profesaban a él. Cuando ya hacía tiempo que yacía bajo tierra, sus alumnos, agradecidos incluso a una edad avanzada, al levantar la copa el día del cumpleaños de su estupendo profesor, permanecían en pie junto a su tumba, con los ojos cerrados, y lloraban al recordarlo. El más mínimo estímulo

suyo les hacía temblar y el ambicioso deseo de destacar sobre todos los demás los hacía estremecerse de alegría. A los ineptos no los retenía por mucho tiempo: para ellos, tenía un curso breve. Pero los dotados con talento debían someterse a un programa doble. Y la última clase, reservada sólo para la élite, no se parecía en absoluto a cómo era en otras instituciones. Sólo entonces requería de sus alumnos lo que otros insensatamente exigen a sus hijos: esa inteligencia superior de quien puede abstenerse de reír, pero que es capaz de soportar cualquier burla, tolerar a los idiotas sin irritarse, no dejar que le saquen de sus casillas ni vengarse en ningún caso y mantener la orgullosa calma de un alma imperturbable. Empleaba todos los medios para hacer de sus pupilos hombres inquebrantables y los empujaba constantemente al límite. ¡Oh, qué bien conocía la ciencia de la vida!

Tenía contratado poco personal docente: la mayor parte de las asignaturas las impartía él. Sin términos pedantes ni ideas u opiniones ampulosas, sabía transmitir la esencia misma de la materia, de tal modo que incluso el pupilo más joven veía claro por qué necesitaba esos conocimientos. De entre todas las ciencias sólo escogía aquellas útiles para hacer de una persona un ciudadano responsable de su país. La mayor parte de sus clases consistía en relatos acerca de qué les aguardaba en el futuro a los jóvenes y sabía perfilar el horizonte completo de sus carreras, de modo que el mozalbete, aún sentado en el pupitre, vivía ya en pensamiento y alma al servicio del Estado. No escondía nada: desplegaba frente a ellos, en toda su desnudez, sin ocultar nada, todas las amarguras y los obstáculos que se les presentarían en el camino, todas las tentaciones y seducciones que les esperaban. Estaba familiarizado con todo, como si él mismo hubiese pasado por todos los rangos y empleos. Bien porque se les desarrollaba intensamente la ambición, bien porque en los ojos del extraordinario preceptor había algo que decía: «¡Adelante!» —una palabra que conoce muy bien el hombre ruso y que obra tantas maravillas en su naturaleza sensible—, el caso es que el joven buscaba desde el principio sólo las dificultades y ardía en deseos de actuar únicamente allí donde era más difícil, donde había más obstáculos, donde era preciso demostrar una gran fuerza espiritual. No abundaban los que se graduaban de este curso, pero esos pocos eran hombres que habían pasado el bautismo de fuego. Ya en el

servicio, sabían mantenerse en los puestos más inestables, mientras que muchos otros, aun siendo más listos que ellos, no lo resistían y lo abandonaban todo por pequeños sinsabores personales, o bien, dejándose dominar por el sopor y la apatía, perdían la cabeza y caían en manos de sobornadores y granujas. Pero los alumnos de Aleksandr Petróvich, por el contrario, no flaqueaban y, con su conocimiento tanto de la vida como de la naturaleza humana, instruidos en la sabiduría, ejercían una poderosa influencia incluso sobre las malas personas.

El ardiente corazón del ambicioso joven palpitaba largo rato sólo con pensar que finalmente formaría parte de ese grupo. A primera vista, ¿qué podía haber mejor que este profesor para nuestro Tentétnikov? Pero he aquí que en el mismo momento en que lo transfirieron al curso de los elegidos —lo que deseaba con fervor— el extraordinario profesor murió súbitamente. ¡Oh, qué mazazo supuso para él, qué terrible primera pérdida! Todo cambió en el colegio. Sustituyó a Aleksandr Petróvich un tal Fiódor Ivánovich. Éste enseguida estableció una suerte de orden superficial y comenzó a exigir a los niños lo que sólo se puede exigir a los adultos. En la desenvoltura de los discípulos vio algo desenfrenado. Y, como si deseara llevar la contraria a su predecesor, declaró desde el primer día que, para él, la inteligencia y los progresos no valían nada, que él sólo tendría en cuenta la buena conducta. Curiosamente, buena conducta fue lo que no obtuvo Fiódor Ivánovich. Empezaron las travesuras a escondidas. Durante el día parecía reinar el orden y la armonía, pero por las noches era un guirigay.

Con las materias también sucedió algo extraño. Nombraron a nuevos profesores, con ideas, opiniones y puntos de vista nuevos. Inundaron a los alumnos con un aluvión de nueva terminología y palabras; sus exposiciones, con gran ilación lógica, demostraban que los profesores estaban al corriente de la materia y manifestaban su entusiasmo, pero, ¡ay!, era vida lo que faltaba a ese conocimiento. En sus labios, la ciencia sonaba a cadáver. En una palabra, todo se fue a pique. Se perdió el respeto por la autoridad y el poder: empezaron a burlarse tanto de los superiores como del personal docente. Al director pasaron a llamarlo Fedka[143], *Bollito* y con otra serie de nombres. La depravación adoptó un cariz que nada tenía ya de infantil: el desmadre llegó hasta tal punto que fue necesario dar de baja y

expulsar a muchos alumnos. Al cabo de dos años la escuela se había vuelto irreconocible.

Andréi Ivánovich era de carácter sosegado. No le tentaban las orgías nocturnas de sus compañeros, que se habían procurado los servicios de cierta señorita justo enfrente de las ventanas del director, ni sus blasfemias contra todo lo sagrado debido a que el capellán de la escuela no era demasiado inteligente. No, incluso cuando dormía, su alma era consciente de su origen celestial. Nada de eso podía tentarlo, aunque se desanimó. Su ambición se había despertado, pero ahora no tenía vocación ni carrera que perseguir. Mejor habría sido no haberla despertado. Escuchaba las disquisiciones excitadas de sus profesores en la cátedra y recordaba a su difunto preceptor que, sin exaltarse, había sido capaz de hablar de un modo comprensible. Se matriculó en cualquier asignatura imaginable y frecuentó todos los cursos: medicina, química, filosofía e incluso derecho, así como historia universal, pero en un formato tan excesivo que, en tres años, el profesor sólo tuvo tiempo de completar la introducción y el desarrollo de las comunidades en algunas ciudades alemanas. ¡Sólo Dios sabe a cuántas clases asistió! Pero, de todo esto, no quedaba en su cabeza más que un revoltillo informe. Gracias a su inteligencia natural, sabía que aquélla no era la manera adecuada de enseñar, pero tampoco sabía cuál sí lo era. A menudo se acordaba de Aleksandr Petróvich y se ponía tan triste que no sabía qué hacer por la nostalgia que le invadía.

Pero la juventud es feliz porque tiene futuro. A medida que se acercaba el momento de graduarse, el latido de su corazón se aceleró. Se decía: «Esto, después de todo, aún no es la vida; es sólo la preparación para ella; la vida real comienza con el servicio al Estado. Allí es donde se cumplen las hazañas». Y, sin echar un vistazo siquiera a las preciosas vistas que tanto impresionaban a todos y cada uno de los huéspedes y visitantes, sin presentar sus respetos a las tumbas de sus padres, siguió la costumbre de todos los hombres ambiciosos y partió a San Petersburgo, adonde, como de todos es sabido, se precipita nuestra ardiente juventud desde todos los rincones de Rusia: allí van en tropel a servir, a brillar, a buscar un ascenso o simplemente para rasguñar en la superficie de la sociedad una pizca de esa engañosa educación mundana, insulsa y fría como el hielo. El ambicioso

impulso de Andréi Ivánovich lo enfrió desde el principio su tío, el consejero civil actuante Onufri Ivánovich. Éste le hizo saber que lo principal era tener buena letra y que, antes que nada, convenía empezar por la caligrafía.

Finalmente, con grandes dificultades y gracias a los contactos del tío, fue designado para un puesto en un departamento del Gobierno. Cuando lo condujeron al reluciente salón con su suelo de parqué y sus escritorios lacados —un lugar que daba la impresión de que allí se reunían los más altos dignatarios del Estado para decidir el destino del imperio—, vio que legiones de apuestos señores hacían susurrar las plumas con la cabeza ladeada, lo hicieron sentarse a una mesa y le propusieron copiar un documento cuyo contenido, como buscado expresamente, era insignificante —una correspondencia relativa a la suma de tres rublos que ya hacía medio año que se prolongaba—, una sensación asombrosamente extraña se apoderó del joven inexperto, como si, por haber cometido una falta, lo hubiesen degradado del curso superior al inferior: ¡los señores sentados a su alrededor se parecían enormemente a escolares! Para completar la semejanza, algunos de ellos leían novelas extranjeras estúpidas que metían entre las grandes hojas de los expedientes en que supuestamente trabajaban, pero se estremecían cada vez que se presentaba el jefe. Todo esto se le antojó muy extraño a Tentétnikov: sus anteriores ocupaciones en la escuela le parecieron más relevantes que las actuales, la preparación para el servicio era mejor que el servicio mismo. Echaba muchísimo de menos la escuela. De pronto se le apareció Aleksandr Petróvich como si estuviera vivo y el joven casi rompió a llorar. La sala empezó a dar vueltas, los funcionarios se mezclaron con las mesas y, debido a ese mareo repentino, poco faltó para que se cayera de la silla. «No —se dijo al volver en sí—, me entregaré al trabajo por insignificante que pueda parecerme al principio». Así, haciendo de tripas corazón, decidió seguir el ejemplo de los otros.

¿Hay algún lugar donde no haya placeres? También los hay en San Petersburgo, pese a su aspecto severo y lúgubre. En las calles azota un frío rabioso de treinta grados bajo cero, aúlla el monstruo del gélido norte, la bruja de las tormentas barre las aceras, ciega los ojos de los transeúntes, espolvorea de nieve los cuellos de piel, los bigotes de los hombres y los hocicos de los animales peludos; pero, a través de esa mezcla confusa de

copos de nieve, una ventanita brilla de forma acogedora en lo alto de un edificio de tres plantas; en un pequeño cuarto confortable, a la luz de unas modestas velas de estearina y con el siseo del samovar, se mantiene una conversación, de esas que confortan el corazón y el alma, se recita una página radiante de un inspirado poeta ruso, uno de esos bardos con que Dios ha obsequiado a Rusia, y con un ardor exaltado palpita un joven corazón como no se encuentra ni bajo un sol meridional.

Tentétnikov no tardó en acostumbrarse al servicio, aunque éste no se convirtió en la actividad ni en el objetivo principal de su vida, como había supuesto al principio, sino en algo secundario. Le servía para distribuir el tiempo y le hacía apreciar mucho más los minutos que le quedaban libres. Su tío, el consejero civil actuante, empezaba ya a creer que el sobrino haría carrera, cuando de pronto éste lo echó a perder todo. Entre los amigos de Andréi Ivánovich, que no eran pocos, figuraban dos de ésos a los que se suele describir como *gente amargada*. Eran especímenes de ese género extraño e inquieto que no puede soportar con indiferencia, no sólo las injusticias, sino también todo aquello que a sus ojos parece una injusticia. Estos hombres, en esencia buenos pero desordenados en su conducta, exigían indulgencia para con ellos y, al mismo tiempo, rebosaban de intolerancia. Sus discursos acalorados influyeron enérgicamente en Tentétnikov, así como su noble indignación contra la sociedad. Convertido gracias a ellos en un manojo de nervios y de irritabilidad, le hicieron percatarse de todas esas nimiedades a las que antes no había hecho el menor caso. De pronto empezó a sentir aversión por Fiódor Fiódorovich Lenitsin, jefe de uno de los departamentos que alojaban aquellas magníficas salas; dejó de gustarle de sopetón. Descubrió en él un sinfín de defectos. Le parecía que Lenitsin, cuando hablaba con un superior, se convertía todo él en azúcar y empalago, pero que se volvía vinagre cuando se dirigía a él un subordinado; que, como todas las personas mezquinas, llevaba buena cuenta de quienes olvidaban felicitarle las fiestas y se vengaba de aquéllos cuyos nombres no figuraban en la lista del conserje[144]. A consecuencia de ello, Tentétnikov llegó a sentir una repulsión completamente irracional hacia él. Algún espíritu maligno le incitaba a hacer algo desagradable a Fiódor Fiódorovich. Y, con particular placer, buscó la oportunidad para ello. Una

vez le dijo palabras tan gruesas que los superiores le comunicaron que, o pedía disculpas, o presentaba su dimisión del servicio. Ofreció su dimisión. Su tío, el consejero civil actuante, fue a verlo despavorido y le suplicó:

—¡Por el amor de Dios! Haz el favor, Andréi Ivánovich, ¿qué estás haciendo? ¡Dejar una carrera iniciada de un modo tan provechoso sólo porque te ha tocado un superior que no es de tu agrado! ¡Por favor! ¿Qué haces? ¿Qué haces? ¿No ves que no quedaría nadie en el servicio si todo el mundo se tomara las cosas como tú? ¡Recapacita, deja de lado tu orgullo y tu vanidad, ve y haz las paces con él!

—No se trata de eso, tío —dijo el sobrino—. No me costaría nada pedirle disculpas. La culpa es mía: él es el jefe, y no debería haberle hablado así. Pero la cuestión es otra. Tengo otras obligaciones que atender: trescientas almas de campesinos, una hacienda abandonada, y el intendente es un imbécil. El Estado no perderá gran cosa si, en lugar de mí, en la oficina se sienta otro a copiar documentos, pero supondrá una gran pérdida si trescientas personas no pagan impuestos. Yo, ¿qué se cree?, soy un terrateniente, este título no es cosa de broma. Si me preocupo de conservar, guardar y mejorar la suerte de las personas que se me han confiado y presento al Estado trescientos súbditos honestos, sobrios y trabajadores, ¿en qué será menos digno mi servicio que el de cualquier jefe de departamento como Lenitsin?

El consejero civil actuante se quedó boquiabierto del asombro. No esperaba ese torrente de palabras. Después de reflexionar un rato, comenzó a decir cosas por este estilo:

—Pero… A pesar de todo… ¿Cómo te vas a enterrar en un pueblo? ¿Qué clase de sociedad puede haber entre campesinos? Aquí, al menos, por la calle te encuentras con un general o un príncipe. Si lo deseas, puedes pasear por delante de… Bueno, ya sabes… Y aquí hay alumbrado de gas, esto es la Europa industrial. Pero allí todo lo que encontrarás será a un campesino o a una mujerona. ¿Por qué, por qué te condenas a una vida de ignorancia y barbarie?

Pero los convincentes razonamientos del tío no surtieron efecto alguno en el sobrino. Ahora veía su pueblo como un refugio de libertad en el que podría desarrollar sus pensamientos e ideas, el único lugar donde

conseguiría llevar a cabo una actividad útil. Ya se había procurado los últimos libros sobre agricultura. En una palabra, un par de semanas después de esta conversación se encontraba cerca de los lugares donde había transcurrido su infancia, no lejos de aquel hermoso rincón que ningún huésped o visitante podía dejar de admirar. Nuevos sentimientos se despertaron en él. Impresiones hacía tiempo enterradas empezaron a emerger en su alma. Muchos lugares los había olvidado del todo y ahora los examinaba con curiosidad, como un forastero que contempla un hermoso paisaje por primera vez. Y he aquí que, sin motivo aparente, los latidos del corazón se le aceleraron. Y cuando el camino se adentró en un estrecho barranco, dentro de la espesura de un bosque enorme y tupido, vio encima y debajo, sobre él y a sus pies, unos robles tricentenarios con troncos de un grosor que, para abrazarlos, se precisarían tres hombres, entremezclados con pinos silvestres, olmos y chopos, que destacaban sobre los álamos, y cuando a la pregunta: «¿De quién es el bosque?» le respondieron: «De Tentétnikov»; o cuando, al salir del bosque, el camino pasó a través de prados, cerca de bosquecillos de álamos, de sauces y cepas, jóvenes y viejos, con vistas de colinas que se extendían a lo lejos, luego dos puentes que atravesaban en distintos puntos el mismo río, dejándolo ahora a la derecha, ahora a la izquierda, y cuando a la pregunta «¿De quién son estos prados y estas tierras pantanosas?», le respondían: «De Tentétnikov»; y cuando el camino ascendió cuesta arriba y discurrió por una elevada altiplanicie con campos sin recolectar de trigo, centeno y cebada, por un lado, y, por el otro, todos los lugares que había atravesado antes en coche y que ahora veía empequeñecidos en la distancia; y cuando el camino se oscureció gradualmente y entró bajo la sombra de árboles anchos, esparcidos aquí y allá sobre la alfombra verde hasta el mismo pueblo, y se vislumbraron las isbas labradas en madera de los campesinos y los techos rojos de las construcciones de piedra de los señores, la casa señorial grande y la iglesia antigua, y brillaron sus cúpulas doradas; y cuando su corazón, que latía ardientemente, sabía ya, sin necesidad de preguntarlo, adónde había llegado, las sensaciones que se habían ido acumulando en su pecho estallaron finalmente con estas palabras: «Pero, bueno, ¿acaso no he sido un estúpido hasta ahora? El destino me designó ser el propietario de un paraíso

terrenal y me esclavicé como un chupatintas copiando papeles muertos. Después de estudiar, ilustrarme, adquirir las reservas de conocimientos necesarios para difundir el bien entre mis subordinados, para mejorar una región entera, para realizar las variadas obligaciones de un terrateniente, que es al mismo tiempo juez, administrador y guardián del orden público, confié este papel a un intendente ignorante y preferí ejecutar a distancia asuntos ajenos de personas a las que nunca había visto, de quienes no conocía ni el carácter ni sus cualidades, preferí, antes que la administración de mi propia hacienda, la fantástica administración de papel, la de provincias situadas a miles de verstas, que yo nunca había pisado y donde sólo podía llevar a cabo un montón de disparates y sandeces».

Entretanto, otro espectáculo le aguardaba. Enterados de la llegada de su señor, los campesinos se reunieron en el porche. Lo rodearon con tocados de fiesta, pañuelos de cabeza, cintas para el pelo, camisas bordadas, caftanes y las pintorescas barbas pobladas de los hermosos habitantes. Cuando resonaron las palabras: «¡Nuestro benefactor! Se ha acordado de nosotros…» y los viejos y las viejas rompieron a llorar sin querer al recordar a su abuelo y a su bisabuelo, tampoco él pudo contener las lágrimas. Y pensó: «¡Cuánto amor! ¿Y por qué? ¡Después de todo, nunca los he visto, nunca me ocupé de ellos!», y se hizo a sí mismo la promesa de compartir con ellos trabajos y ocupaciones.

Y empezó a dirigir la hacienda y a tomar decisiones. Redujo la carga de trabajo de los campesinos, disminuyó las jornadas destinadas al terrateniente y les dio más tiempo libre. Despidió al imbécil del intendente. Empezó a intervenir en todo, se dejó ver en los campos, en la era, en las mosteleras, en los molinos, junto a los embarcaderos cuando se procedía a la carga y la salida de las barcazas y las gabarras, hasta que finalmente los gandules, inquietos, empezaron a rascarse. Pero esto no duró demasiado. Los campesinos son astutos y pronto se dieron cuenta de que el señor, aunque espabilado y con ganas de abarcar mucho, no sabía aún cómo hacerlo ni de qué manera, hablaba de forma culta pero sin tino. Resultó que el señor y los campesinos en cierto modo no eran capaces de entenderse, no cantaban al unísono, no acertaban a dar la misma nota. Tentétnikov se percató de que en las tierras señoriales todo crecía peor que en las de los

campesinos. Se sembraba antes, pero los brotes tardaban más en madurar, aunque parecía que los campesinos trabajaban bien. Él mismo supervisó en persona su trabajo e incluso ordenó que se les repartiera un trago de vodka para premiar su celo. Ya hacía tiempo que el centeno de los campesinos había echado espiga, que había granado su avena y que el mijo había crecido, mientras que en sus sembrados las mieses a duras penas empezaban a crecer y a espigar. En una palabra, el señor comenzó a notar que, a pesar de los nuevos privilegios que les había concedido, los campesinos le engañaban. Probó a recriminarles su conducta, pero recibió esta respuesta:

—¿Cómo sería posible, señor, que no nos preocupáramos de las ganancias de nuestro amo? Usted mismo vio cómo nos esforzamos al labrar y sembrar, y mandó que nos dieran un trago de vodka.

¿Qué podía replicar a eso?

—¿Y por qué ha salido tan mal? —preguntaba el señor.

—¿Quién sabe? Quizá el gusano se lo comiera por debajo. Además, mire el verano que hemos tenido: no ha caído ni una gota de lluvia.

Pero el señor veía que en la tierra de los campesinos el gusano no se comía nada por debajo e incluso daba la impresión de que la lluvia hubiese caído de una manera extraña, como a trechos: favorecía las tierras de los campesinos y no caía ni una gota en los campos del amo.

Más difícil le resultaba tratar con las mujeres. Le pedían sin cesar que las excusara del trabajo y se quejaban de que éste era oneroso. ¡Qué extraño! Había abolido por completo los tributos de lino, bayas, setas y nueces, así como reducido a la mitad el resto de trabajos, convencido de que las mujeres emplearían ese tiempo en las tareas domésticas, que coserían ropa para sus maridos y se multiplicarían los frutos de sus huertas. Pero ¡nada más lejos de la verdad! La pereza, las riñas, los chismes y toda clase de desavenencias camparon a sus anchas entre las integrantes del bello sexo, hasta el punto de que los maridos acudían a él para suplicarle: «Por favor, señor, haga entrar en razón a ese demonio de mi mujer. Es un diablo. ¡Así no hay quien pueda vivir!».

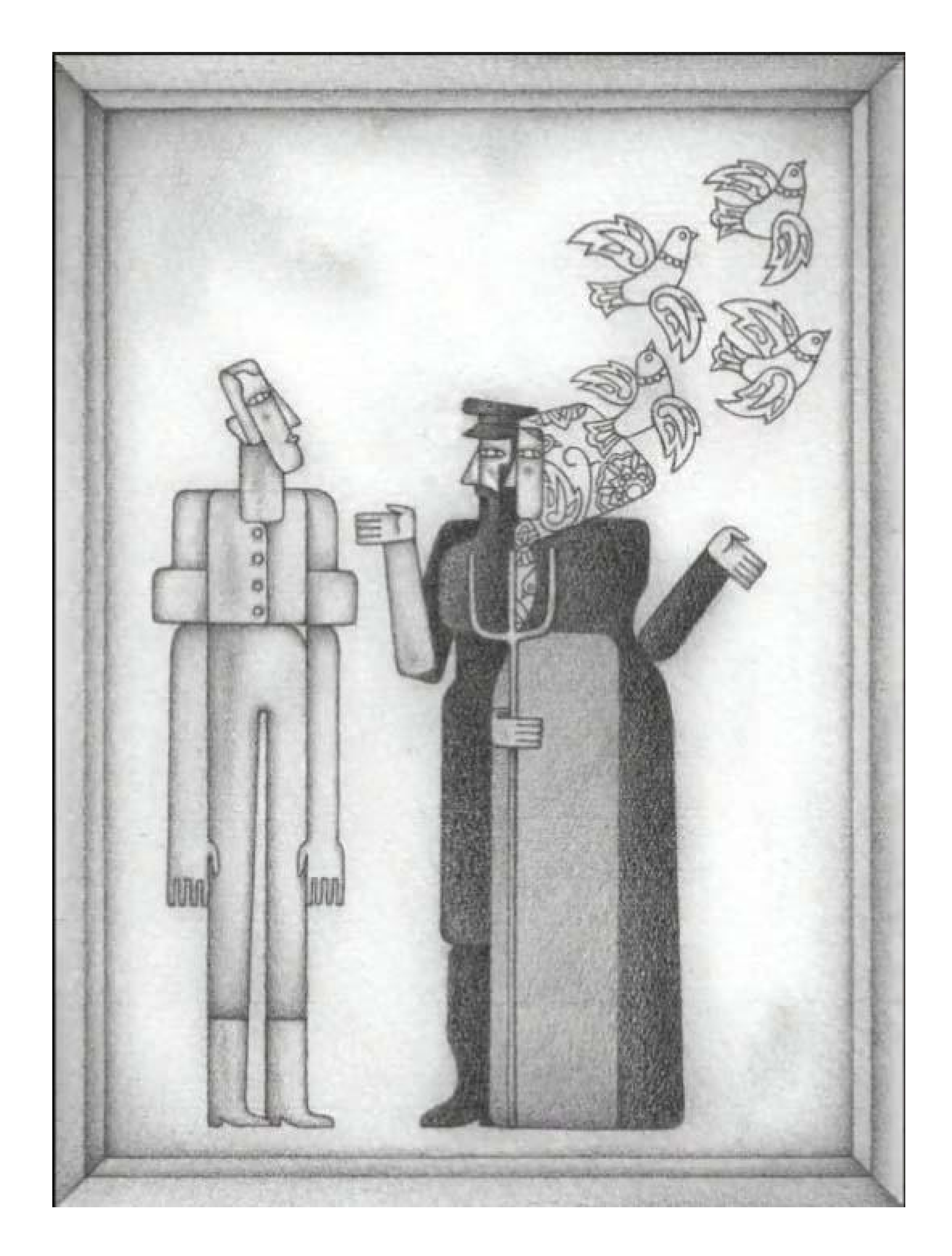
A veces, haciendo de tripas corazón, se proponía adoptar medidas severas. Pero ¿cómo ser severo? Se le presentaban las mujeres gimiendo,

enfermas, deshechas, vestidas con unos harapos tan viles y miserables que Dios sabe de dónde los habían sacado… «¡Vete, apártate de mi vista! ¡Que Dios te acompañe!», decía el pobre Tentétnikov y, a continuación, veía que la enferma, en cuanto salía por la puerta, se enzarzaba con una vecina a cuenta de un nabo cualquiera y le apaleaba los costados como no habría sabido hacerlo un campesino sano.

Se le ocurrió abrir una especie de escuela para los campesinos, pero resultó un disparate tan descomunal que acabó abrumado. Habría sido mejor no tener semejante ocurrencia. ¡Menuda escuela! Nadie tenía tiempo: el niño de diez años ayudaba ya en todas las faenas y era allí donde recibía su educación.

En los litigios y en los pleitos no le servían para nada las sutilezas jurídicas que le habían enseñado sus profesores de orientación filosófica. Una parte mentía, la otra también, y sólo el diablo era capaz de entender quién tenía razón y quién estaba equivocado. Veía que, más que los refinamientos de los libros de derecho y de filosofía, necesitaba el simple conocimiento de la naturaleza humana; veía que le faltaba algo, aunque sólo Dios sabía qué era. Y acabó por ocurrir lo que tan a menudo pasa: ni el campesino entendió al señor, ni el señor al campesino. El campesino manifestó su lado malo, y el señor también, y todo el entusiasmo del terrateniente se enfrió. A las tareas acudía ya sin interés. Aunque las guadañas zumbasen suavemente en la siega, aunque se hacinasen las mieses, aunque se apilaran las cargas, aunque a su lado se pusiera en orden algún asunto agrícola, sus ojos miraban más allá; y, si las tareas se realizaban a lo lejos, sus ojos buscaban objetos más cercanos o miraban hacia un lado, a un recodo del río por cuyas orillas paseaba un ave zancuda de patas y pico rojos (desde luego, nos referimos a un pájaro, no a un hombre). Escrutaba con curiosidad esta ave que pescaba un pez junto a la orilla y lo llevaba atravesado en el pico, como si cavilara si debía tragárselo o no, y al mismo tiempo miraba fijamente río abajo donde se veía, muy alejada, la mancha blanca de otra ave zancuda, aún sin presa, que clavaba los ojos, a su vez, en el ave zancuda que ya había pescado. O bien, con los ojos casi cerrados y la cabeza bien levantada hacia arriba, de cara a la bóveda celeste, dejaba que su olfato se impregnara del olor de los campos y

que el oído se inundara de las voces de la cantarina población aérea, cuando desde todas partes del cielo y la tierra estos sonidos se unían en un solo coro armónico en el que nadie molestaba al resto. En el centeno cantaba la codorniz, en la hierba alborotaba el rascón, por encima de ellos gorjeaban y piaban bandadas de pardillos, una becacina parecía balar al emprender el vuelo, trinaba la alondra mientras desaparecía hacia la luz y, como el sonido de una trompeta, se oía el canto de las grullas, formadas en triángulo en lo alto del cielo. Todo el entorno respondía, convertido en un único sonido. ¡Oh, Creador! ¡Qué sublime es tu mundo en los rincones más apartados, en un pueblecito, lejos de las infames carreteras y ciudades! Pero esto también empezó a hastiarle. Pronto dejó de ir al campo, se recluyó en las habitaciones y se negó incluso a recibir al intendente, aunque quisiera presentarle un informe.



Antes, entre los vecinos que solían acudir a visitarle, había un teniente de húsares retirado, un fumador de pipa empedernido, o un estudiante fracasado de tendencias radicales que adquiría sus conocimientos en folletos y periódicos. También esto, sin embargo, acabó por aburrirle. Sus

conversaciones empezaron a parecerle en cierto modo superficiales, y el trato a la europea, con palmaditas en las rodillas, igual que el servilismo y la desenvoltura de sus maneras, ahora le parecían demasiado francos y abiertos. Decidió romper su relación con todos y lo hizo de un modo bastante brusco. Y cuando Várvar Nikoláievich Vishnepokrómov, representante de ese cuerpo de coroneles retirados que ya va extinguiéndose, agradabilísimo en todas las conversaciones superficiales y vanguardista al mismo tiempo en las nuevas ideas que se iniciaban, fue a visitarlo para hablar por los codos y aludir tanto a la política como a la filosofía, a la literatura, a la moral e incluso al estado de las finanzas inglesas, Tentétnikov mandó decir que no estaba en casa y, a la vez, cometió la imprudencia de asomarse a la ventana. Las miradas del señor de la casa y del visitante se cruzaron. Éste, desde luego, rezongó: «¡Animal!», y el otro, asqueado, le lanzó a su vez algo parecido a «cerdo». Ahí terminó su relación. Desde entonces nadie más acudió a visitarle.

Él se alegró y se entregó a meditar acerca de una extensa obra sobre Rusia. El lector ya ha tenido ocasión de ver de qué manera reflexionaba sobre ella. Se estableció un orden extraño y desordenado. No se puede afirmar, sin embargo, que no hubiera momentos en que pareciera despertar de su sueño. Cuando recibía por correo periódicos y revistas y encontraba en la prensa el nombre de un antiguo compañero que ya había triunfado en el visible campo del servicio al Estado o que ya había hecho alguna aportación relevante a las ciencias y a la causa universal, una secreta y suave tristeza asaltaba su corazón; sin querer se le escapaba una queja silenciosa, triste y dolorosa contra su ociosidad. Entonces su vida le parecía repulsiva e indigna. Con inusitado brío resucitaba ante él su pasada época de escolar y Aleksandr Petróvich se le aparecía como si estuviese vivo… Las lágrimas manaban de sus ojos y los sollozos se prolongaban casi todo el día.

¿Qué significaban esos sollozos? ¿Desvelaba su alma enferma mediante las lágrimas el triste enigma de su malestar: que el elevado hombre interior que había comenzado a construirse en él no había logrado formarse ni consolidarse; que, poco acostumbrado desde niño a luchar contra los reveses, no había alcanzado ese estado superior que permite salvar

obstáculos y fortalecerse con toda clase de dificultades; que, calentado como un metal ardiente, su rica reserva de grandes sensaciones no se había atemperado; que su extraordinario preceptor había muerto demasiado pronto y que ahora no había nadie en el mundo capaz de enderezar unas fuerzas que oscilaban en medio de eternos titubeos y de una voluntad impotente, carente de flexibilidad, nadie que gritara a su alma aquel alentador *¡Adelante!* que el ruso ansía oír en todos los peldaños y capas sociales, sea cual sea su estamento, condición y oficio?

¿Dónde está la persona capaz de pronunciar, en la lengua materna del alma rusa, esta palabra todopoderosa: *¡adelante!*? ¿Quién hay que conozca todas las fuerzas y cualidades, toda la profundidad de nuestra naturaleza, y pueda, con un gesto mágico, hacer que aspiremos a una vida más elevada? ¡Con qué lágrimas, con qué amor se lo pagaría el agradecido hombre ruso! Los siglos van sucediéndose, medio millón de holgazanes, gandules e inútiles duermen un sueño profundo, pero Dios no nos da a un hombre capaz de pronunciarla.

Una circunstancia estuvo a punto de despertarlo y faltó poco para que no produjera un cambio repentino en su carácter. Fue algo parecido al amor. Pero en este caso, también, todo terminó en nada. Cerca, a diez verstas de su pueblo, vivía un general que, como ya hemos visto, no tenía una opinión demasiado favorable de Tentétnikov. El general vivía como viven los generales, era hospitalario, le gustaba que los vecinos fueran a presentarle sus respetos, no devolvía las visitas, hablaba con voz ronca, leía libros y tenía una hija, una criatura que era única, extraña. Era algo vivo como la vida misma. Se llamaba Úlinka. Tenía una instrucción un tanto extraña. La había educado una institutriz inglesa que no sabía una palabra de ruso. Había perdido a su madre siendo todavía una niña. Su padre no tenía tiempo para ella, pero, por otro lado, la quería con locura y no hacía más que mimarla. Como cualquier criatura crecida en libertad, era muy obstinada. Si alguien hubiese visto de qué manera la ira repentina surcaba de arrugas severas su hermosa frente y cómo discutía acaloradamente con su padre, habría pensado que era un ser de lo más caprichoso. Pero su ira sólo estallaba cuando oía hablar de cualquier injusticia o de una mala acción cometida contra alguien. Nunca se sulfuraba ni discutía para defenderse a sí

misma ni para justificarse. Y la ira se habría desvanecido en un instante si hubiera visto que caía una desgracia contra quien se había irritado. En cuanto alguien, fuera quien fuera, le pedía limosna, estaba dispuesta a lanzarle su monedero con todo su contenido, sin que ningún comentario ni cálculo la refrenara. Era impetuosa. Cuando hablaba, toda ella parecía precipitarse detrás del curso de sus ideas: la expresión de la cara, la entonación de las palabras, los movimientos de las manos; incluso los pliegues de su vestido parecían apuntar hacia el mismo lado y daba la impresión de que fuera a emprender el vuelo tras sus propias palabras. En ella no había nada secreto. No temía dejar al descubierto sus pensamientos delante de nadie, y no había fuerza capaz de silenciarla cuando quería hablar. Sus andares encantadores y especiales, propios sólo de ella, eran tan intrépidos y libres que todo el mundo le cedía involuntariamente el paso. Las personas malas se sentían avergonzadas en su presencia y enmudecían; la persona más resuelta y locuaz no encontraba palabras delante de ella y se desconcertaba; el tímido, por el contrario, podía hablar con ella como nunca lo había hecho con nadie y desde el primer momento tenía la impresión de que, en algún lugar y en otro tiempo, ya la había conocido, que había visto en alguna parte esos mismos rasgos de carácter, que debía de haber pasado en los días de una infancia olvidada, en una casa familiar, una alegre tarde en medio de los juegos entusiastas de la chiquillería; y después, durante largo rato, encontraba aburrida la edad madura del hombre.

Esto exactamente es lo que le pasó a Tentétnikov. Una sensación nueva, inexplicable, irrumpió en su alma. Su vida tediosa se iluminó por un instante.

Al principio el general recibía a Tentétnikov bastante bien y con hospitalidad, pero no llegaron a congeniar. Sus conversaciones acababan en discusiones y con una sensación mutua de desagrado, porque al general no le gustaban las contradicciones ni las réplicas. Tentétnikov, por su parte, también era susceptible. Como es natural, gracias a la hija, perdonaba mucho al padre y se mantuvo la paz entre ellos hasta que llegaron de visita a casa del general dos parientas: la condesa Boldiriova y la princesa Yuziákina, damas de honor ya jubiladas de la corte del zar anterior que conservaban, no obstante, algunas relaciones con palacio, por lo que el

general se rebajaba un poco en su presencia. Desde el día de su llegada, Tentétnikov tuvo la sensación de que el general lo trataba con más frialdad, que lo ignoraba o se dirigía a él como a un ser impersonal; que le hablaba en cierto modo con desdén: «Querido amigo», «escucha, hermano» e incluso llegó a tutearle. Esto último, al fin, le hizo estallar. Tratando de reprimirse, apretando los dientes, tuvo la suficiente presencia de ánimo como para decir en un tono inusualmente amable y suave, aunque su rostro se puso rojo como la grana y todo él bullía por dentro: «Le agradezco, general, su generosidad. Al tutearme me invita a una estrecha amistad y me obliga a hablarle también de *tú*. No obstante, la diferencia de nuestras edades impide ese trato familiar entre nosotros».

El general se turbó. Sopesó cuidadosamente palabras e ideas y empezó a decir, aunque de una forma un tanto enmarañada, que le había tuteado con una intención diferente y que, a veces, a un hombre viejo le está permitido dirigirse así a un joven. (De su rango militar no dijo ni media palabra).

Naturalmente, desde entonces cesó todo trato, y el amor de Tentétnikov acabó cuando sólo había comenzado. Se apagó la luz que había resplandecido por un instante y las tinieblas que siguieron fueron aún más lóbregas. Todo le hizo volver a la vida que el lector vio al principio de este capítulo: inercia supina. La suciedad y el desorden se apoderaron de la casa. La escoba permanecía todo el santo día en medio de la habitación junto con la basura. La ropa interior iba a parar, a veces, al salón. Sobre una mesa elegante, al lado del sofá, descansaban unos tirantes grasientos, como si fueran un obsequio para el visitante, y su vida se volvió tan trivial e indolente que no sólo le perdieron el respeto los criados, sino que poco faltó para que le arreasen picotazos las gallinas de la casa. Pertrechado de pluma y papel, se pasaba horas enteras dibujando, sin intención alguna, avenidas, casitas, isbas, carros y troikas. A veces, no obstante, se olvidaba de todo y la pluma dibujaba por sí sola, sin conocimiento del señor, una cabecita de finos rasgos, mirada rápida y perspicaz y un mechón de cabellos en el aire, y el señor veía, para su asombro, que emergía el retrato de una mujer que ningún artista famoso habría podido pintar. Y todavía se sentía más triste, convencido de que la felicidad no existía en esta tierra, y después se volvía aún más apático y callado.

Tal era el estado de ánimo de Andréi Ivánovich Tentétnikov. De pronto, un día, al acercarse a la ventana, fiel a su rutina, pipa y taza en mano, advirtió cierta agitación y movimiento en el patio. El pinche de cocina y la fregona corrían a abrir el portón. En la entrada aparecieron unos caballos idénticos a los que se esculpen o se pintan en los arcos de triunfo: morro hacia la derecha, morro hacia la izquierda, morro en el centro. Encima de ellos, en el pescante, iban cochero y lacayo, este último envuelto con una amplia levita ceñida a la cintura con un pañuelo. Detrás, un señor con gorra y capote arropado con una bufanda con todos los colores del arcoíris. Cuando el carruaje giró delante del porche, resultó ser, ni más ni menos, una calesa ligera de ballestas. Un señor, de aspecto extraordinariamente correcto, saltó al porche con la rapidez y la habilidad propias casi de un militar.

Andréi Ivánovich se amilanó. Lo tomó por un funcionario del Gobierno. Hay que decir que, en su juventud, se había visto involucrado en un caso imprudente. Dos húsares filósofos que se habían atiborrado de lectura de toda clase de folletos, un esteta que no había llegado a acabar sus estudios y un jugador arruinado habían organizado una suerte de sociedad filantrópica bajo el control supremo de un viejo estafador y francmasón, también jugador de cartas, pero orador elocuente. La sociedad en cuestión se fundó con unos objetivos muy amplios: proporcionar una felicidad duradera a toda la humanidad, desde las orillas del Támesis hasta Kamchatka. Se necesitaban unos recursos ingentes. Los donativos que recaudaron de miembros generosos fueron suculentos. Sólo el supervisor supremo sabía adónde iba a parar todo aquello. A esta sociedad lo arrastraron dos amigos pertenecientes a esa clase de gente amargada, buenas personas que se habían vuelto alcohólicas de tanto brindar por la ciencia, la cultura y las futuras contribuciones a la humanidad. Tentétnikov enseguida volvió en sí y abandonó ese círculo. Sin embargo, la sociedad, para entonces, ya se había enredado en otras actividades no demasiado dignas para un noble, de modo que más tarde los socios tuvieron que dar cuenta ante la policía… Por eso, no es de extrañar que, si bien había salido de la sociedad y había roto toda relación con ellos, Tentétnikov no pudiera sentirse seguro. No tenía la

conciencia demasiado tranquila. No sin cierto temor miraba ahora a la puerta, que acababa de abrirse.

El miedo, no obstante, lo abandonó en cuanto el visitante se inclinó con increíble habilidad manteniendo la respetuosa posición de la cabeza, un tanto ladeada, y con palabras breves pero claras explicó que llevaba mucho tiempo recorriendo Rusia impulsado tanto por la curiosidad como por la necesidad; que nuestro país es pródigo en cosas notables, sin mencionar ya la gran cantidad de industrias y la diversidad de sus tierras; que se había prendado del pintoresco paisaje de su pueblo y que, a pesar de ese paisaje, no habría osado molestarle con su inoportuna visita de no ser porque, debido a las inundaciones primaverales y el mal estado de los caminos, había sufrido una repentina avería en el coche; pero que, aun así, aunque no le hubiese pasado nada al coche, no habría podido privarse del placer de presentarle sus respetos en persona.

Acabado el discurso, el visitante, con un atractivo encantador, arrastró el pie, calzado con una elegante bota de charol abrochada con botones de nácar y, a pesar de su figura corpulenta, dio un saltito hacia atrás con la ligereza de una pelota de goma.

Tranquilizado, Andréi Ivánovich llegó a la conclusión de que debía de tratarse de un erudito profesor de mente curiosa que viajaba por Rusia quizá para recoger algunas plantas o incluso fósiles. Acto seguido, expresó su disposición a ayudarle con todo lo que estuviese en su mano: le ofreció los servicios de sus artesanos, carroceros y herreros; le rogó que se sintiera como en su propia casa, le hizo sentarse en una gran butaca Voltaire y se dispuso a escuchar sus historias sobre ciencias naturales.

El visitante, no obstante, aludió a cuestiones más bien de su mundo privado. Comparó su vida a un barco en mitad de los mares, impulsado aquí y allá por vientos traicioneros; mencionó que había tenido que cambiar numerosas veces de cargo, que había sufrido mucho por la verdad, que incluso su vida había corrido peligro por las amenazas de sus enemigos y aún muchas más cosas que demostraban que era, antes que nada, un hombre práctico. A modo de conclusión, se sonó con un pañuelo blanco de batista y lo hizo con un estruendo como nunca había oído Andréi Ivánovich. A veces se encuentra en una orquesta una trompeta grosera que, cuando suena,

parece como si no retumbase en la orquesta, sino dentro de nuestro propio oído. Un sonido parecido fue el que retumbó en las salas bruscamente despertadas de la casa durmiente y, acto seguido, se extendió una agradable fragancia de agua de Colonia invisiblemente propagada con una hábil sacudida del pañuelo de batista.

El lector seguramente ya habrá adivinado que el visitante no era otro que nuestro honorable Pável Ivánovich Chíchikov, al que teníamos abandonado hace mucho tiempo. Había envejecido un poco, se veía que no había pasado todo aquel tiempo sin tormentas ni angustias. Parecía incluso como si llevara el frac algo raído, y tanto la calesa como el cochero, el criado, los caballos y los arneses estuviesen más viejos y gastados. Daba la impresión de que ni siquiera sus finanzas se hallaban en un estado demasiado envidiable. La expresión de la cara, no obstante, el decoro de su persona y sus maneras encantadoras seguían siendo los mismos. Incluso parecía haberse vuelto aún más agradable en sus actos y maneras, como si cruzara con más gracia las piernas cuando se sentaba en un sillón. Había más delicadeza en la pronunciación de las palabras y expresiones, más habilidad para reprimirse y más tacto en todo. Su cuello y pechera eran más blancos y más limpios que la nieve y, a pesar de que llegaba de viaje, ni una brizna de hierba se había posado en su frac. En ese mismo momento habría podido asistir a una cena de cumpleaños. Sus mejillas y su mentón estaban tan bien afeitados que sólo un ciego dejaría de deleitarse con la agradable curvatura de sus redondeces.

En la casa se obró inmediatamente una transformación. La mitad de ésta, que hasta entonces había estado sumida en la ceguera, con las contraventanas cerradas con clavos, recobró la luz y se iluminó de repente. Empezaron a colocarse un sinfín de cosas en las habitaciones iluminadas de nuevo, que enseguida adoptaron el siguiente aspecto: la habitación destinada a dormitorio pasó a contener las cosas indispensables para el aseo nocturno; la habitación destinada a despacho… Pero antes es imprescindible saber que, en esta habitación, había tres mesas: un escritorio, delante del diván; otra de juego, entre las dos ventanas y frente a un espejo; y la tercera, esquinera, en un rincón entre la puerta del dormitorio y la puerta de un salón deshabitado con mobiliario desechado, que ahora hacía

las veces de vestíbulo, donde no entraba nadie desde hacía tiempo. Sobre esta mesa esquinera colocaron la ropa sacada de la maleta: los pantalones del frac, unos pantalones nuevos, unos pantalones grises, dos chalecos de terciopelo y dos de raso, una levita y dos fracs. Todas estas cosas se colocaron una sobre otra en pirámide y se cubrieron con un pañuelo de seda. En otro rincón, entre la puerta y la ventana, se puso el calzado alineado: un par de botas algo usadas, otro par completamente nuevo, unos zapatos de charol y unas pantuflas. También los cubrieron pudorosamente con un pañuelo de seda, como si no estuvieran allí. En el escritorio se colocaron de inmediato en orden el cofrecito, un frasco de agua de Colonia, un calendario y dos novelas, ambos segundos tomos. La ropa interior limpia se guardó en la cómoda, que ya se encontraba en el dormitorio; con la ropa destinada a la lavandería se había hecho un hatillo y se había metido disimuladamente debajo de la cama. La maleta, una vez vaciada, también se guardó debajo de la cama. El sable, que le había acompañado en el viaje para infundir miedo a los ladrones del camino, también se llevó al dormitorio, y allí se colgó en un clavo no lejos de la cama. Todo parecía ahora extraordinariamente limpio y ordenado. En ninguna parte había un papel, ni una pluma ni una mota de polvo. El mismo aire parecía, en cierto modo, haberse ennoblecido: se llenó del agradable perfume de un hombre sano y fresco que no lleva la misma ropa interior mucho tiempo, que visita las casas de baños con regularidad y que los domingos se frota con una esponja mojada. En el vestíbulo hizo amago de fijarse por un tiempo el olor del criado Petrushka. Pero Petrushka fue despachado rápidamente a la cocina, como era correcto y apropiado.

Los primeros días, Andréi Ivánovich temió por su independencia, que el invitado le pusiera alguna traba, de una manera u otra, o le impidiera hacer lo que deseaba introduciendo algún cambio en su modo de vida y que rompiera la feliz rutina de su jornada; pero sus miedos se revelaron infundados. Nuestro Pável Ivánovich mostró una flexibilidad extraordinaria en su capacidad de adaptarse a todo. Aprobó el ocio filosófico de su anfitrión, declarando que le garantizaría una vida muy longeva. Sobre el aislamiento se expresó con mucha fortuna y afirmó que alimenta grandes ideas en el hombre. Mientras echaba un vistazo a la biblioteca y daba una

opinión elogiosa sobre los libros en general, observó que éstos rescatan al hombre de la indolencia. Sus comentarios eran sucintos pero siempre acertados. Por lo que respecta a sus acciones, aún se comportó más pertinentemente. Sus apariciones eran oportunas, igual que sus salidas; no asediaba a su anfitrión con preguntas cuando éste estaba de un humor poco comunicativo; le daba el placer de jugar al ajedrez, le daba el placer de sentarse en silencio. Cuando el anfitrión se divertía soltando el humo de la pipa en nubes rizadas, el invitado, que no fumaba en pipa, ideaba para sí un pasatiempo correspondiente: sacaba del bolsillo, por ejemplo, su tabaquera en plata nielada y, sujetándola firmemente con el pulgar y un dedo de la mano izquierda, la hacía girar a toda velocidad sirviéndose de un dedo de la mano derecha, de forma semejante a como el globo terráqueo gira sobre su eje, o tamborileaba sobre ella con el dedo a la vez que silbaba. En definitiva…, no molestaba a su anfitrión. «Es la primera vez que encuentro a un hombre con el que se puede vivir —dijo para sí Tentétnikov—; es un arte que no abunda en nuestra tierra. Entre nosotros, hay gran cantidad de personas inteligentes, cultas, buenas; pero gente de carácter siempre agradable, gente con la que se pueda vivir una vida entera sin reñir…, dudo mucho que se encuentre entre nosotros mucha gente así. He aquí al primer hombre que yo he visto de esta clase». Ésta era la opinión que tenía Tentétnikov de su invitado.

Chíchikov, por su parte, estaba encantado de haberse establecido por un tiempo con un anfitrión tan pacífico y sereno. Se había cansado de la vida gitana. Descansar, aunque sólo fuera un mes, en aquel hermoso pueblo, con la visión de los campos y la primavera incipiente en el aire, incluso podía serle beneficioso desde el punto de vista hemorroidal.

Habría sido difícil encontrar un rincón mejor para descansar. La primavera, retrasada tanto tiempo por el frío severo, había estallado por fin en la tierra con toda su belleza y la vida bullía por doquier. Las flores azuleaban los campos y, sobre el fresco esmeralda del primer verdor, amarilleaba el diente de león, la anémona lila rosáceo ladeaba su tierna cabecita. Se cernieron sobre los pantanos enjambres de mosquitos y nubes de insectos: detrás de ellos corría la araña de agua; y, por detrás de ésta, toda clase de pájaros, llegados de todas partes, se reunían en los juncos

secos. Y todas esas criaturas se juntaban para verse unas a otras. De repente la tierra se llenó de vida, los bosques y los prados despertaron. Los aldeanos cantaron y bailaron en coros y dieron rienda suelta a la celebración. ¡En la vegetación, qué brillo! ¡En el aire, qué frescura! ¡Qué melodiosos cantos de pájaros en los jardines! ¡El paraíso, la alegría y el júbilo de todas las cosas! El campo reverberaba y cantaba como en un banquete de boda.

Chíchikov paseaba mucho. Por todas partes había caminatas, infinitas tierras por explorar. Unas veces dirigía sus pasos a lo largo de una altiplanicie que dominaba los valles, en los que quedaban grandes lagos a causa de la crecida de las aguas, entre los que surgían enigmáticamente, como islas, bosques todavía sin follaje; otras veces se adentraba en la espesura, se sumergía en los barrancos boscosos, donde los árboles estaban cargados de pesados nidos de pájaros, recipientes de cuervos graznadores que con sus vuelos entrecruzados ofuscaban el cielo. Una vez que la tierra se secaba, podía dirigirse al muelle, de donde zarpaban los primeros barcos cargados de guisantes, cebada y trigo, mientras que al mismo tiempo el agua se estrellaba contra las ruedas del molino con un ruido ensordecedor. Fue a los campos a observar los primeros trabajos de primavera, para ver cómo la tierra recién arada surcaba el verde en franjas negras y el sembrador, golpeando con la mano el tamiz que llevaba colgado al pecho, esparcía puñados de semillas uniformes sin tirar ni un solo granito a un lado o al otro.



Chíchikov visitó todos los lugares. Charló e intercambió pareceres tanto con el intendente como con los campesinos y el molinero. Preguntó por todo, sobre esto y aquello, cómo iba la explotación, cuánto grano se vendía, lo que les quitaban en primavera y en otoño por la molienda del grano,

cómo se llamaba cada campesino, quién era pariente de quién y dónde había comprado la vaca y con qué alimentaba al cerdo. En una palabra…, todo. También se enteró de cuántos campesinos habían muerto. Resultaron ser pocos.

Como persona perspicaz, enseguida se dio cuenta de que la hacienda de Andréi Ivánovich marchaba de un modo que dejaba mucho que desear. Por todas partes había desidias, negligencias, hurtos y no poco alcoholismo. Y todo el rato se decía para sus adentros: «¡Qué zoquete está hecho Tentétnikov! ¡Una propiedad como ésta y abandonarla de esta forma, cuando podría ganar al menos cincuenta mil al año!».

A menudo, durante esos paseos, se preguntaba si no podría convertirse él mismo un día —es decir, no ahora, por supuesto, sino más tarde, cuando se culminase su gran empresa y tuviera recursos— en un pacífico propietario de una hacienda parecida. Estos pensamientos, lo que es completamente comprensible, iban unidos a otros en que visualizaba a una esposa joven, fresca y de tez blanca, hija de una familia de comerciantes o de familia acaudalada, que incluso supiera música. Se imaginaba también a la joven descendencia destinada a perpetuar el apellido de los Chíchikov: un muchacho retozón y lleno de vida y una hija hermosa, o incluso dos muchachos y dos o tres niñas, de modo que todos supieran que él había vivido y había vivido de verdad, que no había pasado por la tierra como una sombra o un fantasma, para no tener que avergonzarse ante su patria. Entonces se le ocurría también que no le vendría mal un ascenso: que lo nombrasen, por ejemplo, consejero de Estado, un rango respetable e insigne… ¡Pocos pensamientos son los que no asaltan a un hombre cuando pasea, cosas que a menudo lo apartan de la aburrida realidad, que le estimulan y dan alas a su imaginación y le resultan agradables incluso cuando él mismo está convencido de que no se harán realidad!

A los criados de Pável Ivánovich también les gustó la aldea. Igual que él, se encontraban bien allí. Petrushka hizo buenas migas enseguida con Grigori el despensero, aunque al principio los dos se daban importancia y pavoneaban insoportablemente el uno ante el otro. Petrushka quiso impresionar a Grigori relatándole las diversiones a las que se había entregado en diversos lugares; Grigori le bajó los humos de golpe haciendo

referencia a San Petersburgo, donde Petrushka no había estado. Este último, en su afán de superarlo, le mencionó las grandes distancias que había recorrido para llegar a los sitios que había visitado, pero Grigori le nombró un lugar que ni siquiera figuraba en el mapa y que quedaba a más de treinta mil verstas, de modo que el criado de Pável Ivánovich se quedó aturdido y boquiabierto, en medio de las burlas de todos los sirvientes. No obstante, acabó surgiendo entre ellos la más estrecha amistad. A la salida del pueblo, Pimén el Calvo, a quien todos los campesinos llamaban tío, regentaba una taberna conocida con el nombre de Akulka. En ese establecimiento se los veía a todas las horas del día. Allí se hicieron amigos, convirtiéndose en lo que la gente del pueblo denomina buenos parroquianos.

Selifán tenía otros alicientes. En el pueblo, a la caída de la tarde, se reunían las mozas para cantar en corro canciones primaverales. Eran unas chicas esbeltas, de buena casta, de esas que ahora resulta difícil encontrar en las aldeas grandes, que le hacían quedarse allí mirando como un pasmarote durante horas enteras. Sería difícil señalar cuál era mejor: todas tenían senos y cuellos blancos, todas tenían ojos rasgados, lánguidos, andares de pavo real y una trenza que les llegaba hasta la cintura. Cuando entrelazaba sus manos con las manos blancas de las muchachas, cuando daba vueltas despacio con ellas en el corro o cuando avanzaba hacia ellas formando fila con los otros mozos, y ellas, haciendo lo propio, se reían y cantaban a voz en cuello: «¡Boyardos, enseñadnos al novio!», mientras en los campos de alrededor anochecía en silencio y desde el otro lado del río volvía, triste, el eco de la melodía, en esos momentos ni él mismo entendía lo que le pasaba. Luego, tanto en sueños como despierto, por la mañana y al atardecer, le daba la impresión de tener entre sus manos las manos blancas de ellas y que giraba en el corro. Entonces, agitando la mano con desdén, decía: «¡Malditas muchachas!».

A los caballos de Chíchikov también les gustó la nueva morada. El de varas, Asesor y el moteado no encontraron nada aburrida la estancia en casa de Tentétnikov; la avena era magnífica y la disposición de las caballerizas, excepcionalmente cómoda: aunque cada compartimento estaba separado por tabiques, podían ver por encima a los otros caballos, de forma que si a

alguno, incluso al que estaba más apartado, se le antojaba relinchar, se le podía responder acto seguido.

En definitiva, todos se habían acostumbrado y se sentían como en casa. En cuanto a la necesidad que impulsaba a Pável Ivánovich a recorrer la ancha Rusia —es decir, las almas muertas—, el hombre se había vuelto muy reservado y precavido, incluso cuando tenía que tratar con imbéciles redomados él no habría sacado el tema a colación de buenas a primeras. Tentétnikov, fuera como fuese, leía libros, filosofaba y se esforzaba por buscar la causa de todo, el porqué y el cómo. No, será mejor buscar si se puede enfocar el asunto desde otro ángulo. Así pensaba él. En sus frecuentes conversaciones con los criados, Chíchikov supo, entre otras cosas, que el señor antes frecuentaba a un vecino general, que el general tenía una hija, que el señor estaba por la señorita y que la señorita también estaba por el señor… Pero que luego, de pronto, discutieron por alguna razón y se distanciaron. Chíchikov observó también que Andréi Ivánovich dibujaba sin cesar, con lápiz y pluma, una especie de cabecitas que se parecían mucho entre sí.

Un día, después de comer, mientras giraba, como de costumbre, la tabaquera de plata con el dedo, dijo:

—Usted, Andréi Ivánovich, lo tiene todo, sólo le falta una cosa.

—¿Qué? —preguntó éste mientras dejaba soltar un humo rizado.

—Una compañera de vida —dijo Chíchikov.

Andréi Ivánovich no contestó nada. La conversación terminó así.

Chíchikov no se dio por vencido, eligió otro momento, esta vez antes de cenar y, hablando de esto y lo otro, dijo de pronto:

—De verdad, Andréi Ivánovich, no le vendría nada mal casarse.

Tentétnikov no dijo ni una palabra, como si la conversación sobre ese tema le resultase desagradable.

Chíchikov no se desalentó. Por tercera vez escogió un momento después de cenar y dijo:

—Es cierto, por más vueltas que le doy a sus circunstancias, veo que necesita casarse: de lo contrario, caerá en la hipocondría.

Ya fuera porque las palabras de Chíchikov resultaran esta vez más convincentes o porque el estado de ánimo de Tentétnikov ese día estaba de

algún modo especialmente proclive a la sinceridad, el caso es que lanzó un suspiro y dijo, soltando hacia arriba el humo de la pipa:

—Para todo se necesita nacer con buena suerte, Pável Ivánovich. —Y le contó todo lo que había ocurrido; toda la historia de su relación con el general y de la ruptura.

Cuando Chíchikov escuchó un informe pormenorizado de toda la cuestión y vio que toda la historia se había originado únicamente por la palabra *tú* se quedó atónito. Durante un instante miró fijamente a Tentétnikov a los ojos sin saber qué pensar, si era un imbécil de la cabeza a los pies o sólo un poco tonto, y finalmente dijo:

—¡Andréi Ivánovich! ¡Por favor! —dijo él, cogiéndolo con las dos manos—. ¿Qué ultraje es ése? ¿Qué hay de insultante en la palabra *tú*?

—La palabra en sí no tiene nada de insultante —dijo Tentétnikov—, sino el sentido de la palabra, la voz con que se pronuncia. ¡Tú! Eso quiere decir: «Recuerda que eres un don nadie, que te recibo sólo porque no hay nadie mejor, que cuando venga cualquier princesa Yuziákina has de saber cuál es tu lugar, quédate en la puerta». ¡He aquí lo que significa!

Al decir esto, los ojos del apacible y dulce Andréi Ivánovich refulgieron; su voz delataba la furia de quien ha visto heridos sus sentimientos.

—Pero, aunque fuese en ese sentido, ¿qué tiene de particular? —dijo Chíchikov.

—¡¿Cómo?! ¿Acaso pretende que continúe yendo a su casa después de un comportamiento como el suyo?

—No tiene nada de particular. Ni siquiera es un comportamiento reprobable —dijo Chíchikov sin perder los estribos.

—¿Cómo que no es un comportamiento reprobable? —preguntó Tentétnikov, asombrado.

—Es una costumbre propia de los generales, pero no una acción reprobable: siempre tutean. Por lo demás, ¿por qué no tolerar que lo haga un hombre distinguido y respetable…?

—Eso es otra cosa —dijo Tentétnikov—. Si se tratara de un viejo, pobre, modesto, sin petulancia, si no fuera general, entonces le permitiría que me tuteara e incluso lo consideraría un honor.

«Es un imbécil redomado —pensó Chíchikov—. ¡Mira que permitírselo a un andrajoso y no a un general…!».

—Está bien —dijo en voz alta—, admitamos que él le ultrajó; pero usted se desquitó: están en paz. No obstante, enemistarse y olvidarse de los intereses personales, de lo que concierne a uno…, esto, discúlpeme… Cuando uno se ha marcado un objetivo hay que tratar de alcanzarlo contra viento y marea. ¿Por qué fijarse en si alguien escupe? El hombre siempre escupe, tal es su naturaleza. No encontraría en todo el mundo a alguien que no escupa.

«¡Qué hombre tan extravagante es este Chíchikov!», pensó Tentétnikov, perplejo e intrigado por aquellas palabras.

«¡Qué hombre tan extravagante es este Tentétnikov!», pensó Chíchikov al mismo tiempo.

—¡Andréi Ivánovich! Le hablaré como a un hermano. Usted es un hombre sin experiencia, permítame arreglar este asunto. Iré a ver a Su Excelencia y le explicaré que se produjo un malentendido, que fue por culpa de su juventud y del desconocimiento de la gente y de la sociedad.

—No estoy dispuesto a rebajarme —dijo Tentétnikov, ofendido—, y tampoco puedo delegar en usted algo así.

—Soy incapaz de rebajarme —dijo Chíchikov, ofendido a su vez—. Disculparme por la falta de otro, por humanidad, sí que puedo, pero rebajarme jamás… Perdóneme por mis buenos deseos, Andréi Ivánovich, no esperaba que se tomara mis palabras de una manera tan injuriosa.

Todo esto fue dicho con un sentido de dignidad.

—¡La culpa es mía, perdóneme! —se apresuró a decir Tentétnikov, cogiéndolo de ambas manos, conmovido—. No tenía el propósito de ofenderle. ¡Le juro que aprecio mucho sus buenas intenciones! Pero dejemos esta conversación. ¡Nunca volveremos a hablar de ello!

—En ese caso, iré a hablar con el general.

—¿Para qué? —preguntó Tentétnikov, mirándolo a los ojos con desconcierto.

—Para presentarle mis respetos.

«¡Qué hombre tan extraño es este Chíchikov!», pensó Tentétnikov.

«¡Qué hombre tan extraño es este Tentétnikov!», pensó Chíchikov.

—Mañana mismo, Andréi Ivánovich, iré a visitarle hacia las diez. A mi modo de ver, cuanto antes se vaya a presentar los respetos a una persona, tanto mejor. Y como mi coche aún no está a punto, permítame que tome su calesa.

—¡Faltaría más! ¿Qué petición es ésa? Usted aquí es dueño y señor de todo: el coche y todo cuanto precise están a su disposición.

Después de esta charla se despidieron y se separaron para ir a dormir, no sin rumiar cada uno sobre las extravagancias del otro.

Pero ¡oh, prodigio! Al día siguiente, cuando llevaron a Chíchikov los caballos y éste subió de un salto al coche casi con la agilidad de un militar, vestido con frac nuevo, corbata blanca y chaleco, y se fue a presentar sus respetos al general, Tentétnikov sintió una angustia como hacía tiempo no experimentaba. Todo el curso de sus pensamientos, enmohecido y como aletargado, se transformó en un discurrir activo e inquieto. Una nerviosa agitación dominó de pronto todos los sentimientos de aquel holgazán que hasta entonces había estado sumido en una despreocupada ociosidad. Ahora se sentaba en el diván, ahora se acercaba a la ventana, ahora tomaba un libro entre las manos, ahora trataba de pensar (¡inútil deseo!: las ideas no acudían a su mente), ahora procuraba no pensar en nada, inútil esfuerzo: fragmentos de algo parecido a ideas, cabos y rabos de pensamientos lo asaltaban por todas partes y se le metían en la cabeza. «¡Qué estado de ánimo tan peculiar!», se dijo y se acercó a la ventana para contemplar el camino que atravesaba el robledal, en cuyo extremo aún humeaba el polvo, que no había tenido tiempo de posarse todavía. Pero dejemos a Tentétnikov y sigamos a Chíchikov.

Capítulo segundo

En poco más de media hora los buenos caballos de Chíchikov salvaron una distancia de diez verstas: primero por un robledal, luego por trigales en los que el cultivo empezaba a verdear entre la tierra recién arada, después por un terreno montañoso desde el cual, a cada instante, se abrían a lo lejos las vistas de bellos paisajes y, finalmente, por una avenida amplia de tilos que apenas empezaban a echar hoja hasta el centro mismo de la aldea. Allí, la avenida de tilos torcía a la derecha, convertida en una calle flanqueada de álamos ovalados, protegidos en la base con cajas de mimbre, y conducía a una verja de hierro fundido, a través de la cual se veía el frontispicio de la casa del general, con un trabajo de talla soberbio, sostenido por ocho columnas corintias. En todas partes flotaba el olor a pintura fresca que se aplicaba asiduamente para que nada presentara un aspecto envejecido. Por lo limpio que estaba el patio parecía de parqué. Con gran reverencia Chíchikov se apeó del carruaje, pidió que se anunciase su llegada al general y lo llevaron directamente a su despacho. El majestuoso aspecto del general lo impresionó: vestía una bata de raso acolchada de un púrpura magnífico. Mirada franca, rostro viril, bigote y patillas pobladas y encanecidas, el pelo cortado al cepillo por la nuca, un cuello grueso por detrás con tres pliegues, de esos que se suelen llamar de tres plantas, con una arruga de través; en una palabra, era uno de esos pintorescos generales que dio en abundancia el célebre año 1812. El general Betríschev, como muchos de nosotros, encerraba en sí multitud de virtudes y multitud de defectos. Lo uno y lo otro, como suele ocurrir con los rusos, se combinaban en él con curiosa arbitrariedad. En momentos cruciales manifestaba magnanimidad, valentía, generosidad sin límite, inteligencia tenaz y, sumado a esto, caprichos,

vanidad, ambición y otras debilidades personales de las que ningún ruso puede prescindir cuando lleva una vida ociosa. Detestaba a todos quienes le habían adelantado en el servicio y siempre se refería a ellos de forma incisiva, con epigramas mordaces. La peor parte recaía en un antiguo compañero al que consideraba de inteligencia y capacidades inferiores a las suyas, pero que le había aventajado y era ya gobernador general de dos provincias, las cuales, como hecho adrede, eran aquéllas donde se hallaban sus haciendas, de manera que se encontró en cierto modo subordinado a él. A modo de venganza, Betríschev lo vilipendiaba en cuanto se presentaba la ocasión, criticaba cualquier disposición suya y calificaba todas y cada una de sus medidas y acciones de colmo de la ineptitud. Todo en él era, en cierto modo, extraño, empezando por la educación, de la cual era un acérrimo defensor. Le gustaba brillar, le complacía también saber lo que otros no sabían y detestaba a las personas que sabían algo que él ignoraba. En una palabra, le gustaba jactarse un poco de su inteligencia. A pesar de su educación medio extranjera, le encantaba interpretar el papel de gran señor ruso. No es de extrañar, pues, que, con un carácter tan desequilibrado y con unas contradicciones tan grandes y evidentes, se topara con todo tipo de sinsabores en su carrera, a consecuencia de los cuales se precipitó su retiro, culpando de ello a cierto círculo de conspiradores y sin tener la magnanimidad de culparse a sí mismo de nada. Una vez retirado, conservó el mismo empaque majestuoso y atractivo. Tanto si vestía una levita como un frac o una bata, seguía siendo el mismo. Desde la voz hasta el más mínimo de sus gestos, todo en él emanaba autoritarismo, imperiosidad, e inspiraba a los de rango inferior, si no respeto, sí por lo menos timidez.

Chíchikov sintió lo uno y lo otro, respeto y timidez. Con la cabeza dignamente inclinada y extendiendo los brazos delante de él como si se dispusiera a levantar una bandeja con tazas, arqueó el torso entero con asombrosa destreza y dijo:

—He considerado mi deber presentarme a Su Excelencia. Dado que siento un profundo respeto por el valor de los hombres que salvaron a nuestra patria en el campo de batalla, he estimado una obligación presentarme personalmente a Su Excelencia.

Al general, a todas luces, le complació esta manera de abordar la visita. Después de hacer un movimiento con la cabeza de lo más benevolente, dijo:

—Mucho gusto en conocerle. Tenga la bondad de sentarse. ¿Dónde ha servido?

—Mi carrera en el servicio —dijo Chíchikov, sentándose no en el centro de la butaca, sino de través, y agarrándose al brazo del asiento con una mano— comenzó en una oficina pública, Su Excelencia. Luego pasé por los puestos más variados: serví en un juzgado de provincia, en una comisión de obras y en las aduanas. Mi vida se podría comparar a un barco a merced de las olas, Excelencia. He estado revestido y envuelto, por así decirlo, de paciencia, y se puede afirmar que soy la pura encarnación de esa virtud… Y en cuanto a los enemigos, que incluso han atentado contra mi vida, no se puede describir ni con palabras, ni con colores, ni con ningún tipo de pincel, de modo que en el ocaso de mi vida ya sólo busco un rincón donde pasar el resto de mis días. De momento me alojo en casa de un vecino de Su Excelencia…

—¿De quién se trata?

—De Tentétnikov, Su Excelencia.

El general frunció el ceño.

—Oh, Su Excelencia, él lamenta enormemente no haber mostrado el debido respeto…

—¿Por qué?

—Por los méritos de Su Excelencia. No encuentra palabras. Dice: «Si pudiera de alguna manera…, porque sé apreciar en su justa medida a los hombres que han salvado a nuestra patria».

—Por todos los cielos, ¿a qué se refiere? ¡Si no estoy enfadado con él! —dijo el general, ablandándose—. Llegué a encariñarme de él con todo mi corazón y estoy seguro de que, con el tiempo, llegará a ser un hombre de gran provecho.

—Se ha permitido unas expresiones del todo justas, Su Excelencia: no cabe duda, es un hombre utilísimo; puede conquistar con su don de la palabra y sabe manejar la pluma.

—Pero escribe, al parecer, sandeces, versos y cosas por el estilo, ¿verdad?

—No, Su Excelencia, no son sandeces… Es algo práctico… Está escribiendo… una historia, Su Excelencia.

—¿Una historia? ¿Una historia de qué?

—Una historia… —Chíchikov se detuvo, y ya fuera porque tenía delante a un general, o bien para dar más enjundia al tema, añadió—: Una historia de los generales, Su Excelencia.

—¿De los generales? ¿De qué generales?

—De los generales en general, Su Excelencia, en su conjunto. Es decir, hablando con propiedad, de los generales de nuestra patria.

Chíchikov se había embrollado del todo y, estupefacto, faltó poco para que se maldijera a sí mismo y pensó: «¡Dios mío, qué patochadas estoy diciendo!».

—Perdóneme, pero no lo acabo de entender… ¿Se refiere a una historia de una época concreta o a distintas biografías? ¿La de todos los generales o sólo la de los que participaron en la campaña de 1812?

—Eso es, Su Excelencia, de los que participaron en la campaña de 1812. —Y, dicho esto, pensó: «¡Ni aunque me maten entendería algo!».

—¿Y por qué no viene a verme? Le podría surtir de una gran cantidad de documentos muy interesantes.

—No se atreve, Excelencia.

—¡Qué disparate! Y todo por unas palabras de nada… No soy el tipo de hombre que se figura. Incluso estoy dispuesto a ir yo mismo a visitarlo a su casa.

—No permitirá que se tome la molestia, vendrá él —dijo Chíchikov, que ya se había rehecho, animado, y pensaba: «¡En buena hora! ¡Los generales aparecieron cuando más se los esperaba! ¡Y eso que la lengua lo soltó sin venir a cuento!».

En el despacho se oyó un crujido. Se abrió la puerta tallada en madera de nogal del armario y, al otro lado, apareció una figura que asía el tirador de latón. Si en el cuarto oscuro se hubiera encendido de pronto un cuadro transparente, fuertemente iluminado por detrás con lámparas, no habría causado tanta impresión como la aparición de aquella figurita que se presentaba como si viniera a iluminar la estancia. Pareció como si entrara volando con ella un rayo de sol, como si el enfurruñado despacho del

general estallara en una carcajada. En el primer momento, Chíchikov no supo determinar qué era eso que estaba enfrente de él. Habría sido difícil decir de qué tierra era hija. Un perfil de rostro tan puro y noble no se podría encontrar en ningún sitio, a excepción, tal vez, de en los antiguos camafeos. Erguida y ligera como una flecha, parecía elevarse por encima de todos dada su estatura. Esto, sin embargo, era una ilusión. No era ni mucho menos alta. El efecto se debía a la extraordinaria y armónica correlación entre todas y cada una de las partes de su cuerpo. El vestido le sentaba tan bien que parecía como si las mejores costureras se hubiesen puesto de acuerdo para prepararle el mejor atuendo. Pero esto también se debía a una ilusión. La chica se vestía con lo primero que tenía a mano: en dos o tres puntos la aguja cogía de cualquier manera el trozo de tela lisa y ésta formaba unos fruncidos y unos pliegues alrededor de la doncella de una manera tan encantadora que, de haberse trasladado a un lienzo, todas las damiselas vestidas a la última moda habrían parecido muñecas ramplonas cubiertas con una serie de retales. Y si se hubieran trasladado al mármol todos los pliegues de su encantador vestido, se habría considerado una genial obra de arte.

—¡Le presento a mi mimada hija! —dijo el general dirigiéndose a Chíchikov—. Sin embargo, no conozco todavía su apellido, ni su nombre y patronímico.

—¿Es necesario conocer el nombre y patronímico de un hombre que todavía no se ha distinguido por sus méritos? —dijo pudorosamente Chíchikov, ladeando la cabeza.

—Con todo, por otro lado, es preciso saber…

—Pável Ivánovich, Su Excelencia —dijo Chíchikov, inclinándose casi con la gracia de un militar y dando un salto hacia atrás con la ligereza de una pelota de goma.

—¡Úlinka! —dijo el general a su hija—. Pável Ivánovich me acaba de comunicar una noticia interesantísima. Nuestro vecino Tentétnikov no es tan estúpido como suponíamos. Trabaja en un proyecto bastante importante: la historia de los generales de 1812.

—¿Y quién creía que era estúpido? —replicó apresuradamente la chica —. ¿Acaso ese Vishnepokrómov, en quien tanto confías, aunque sea una

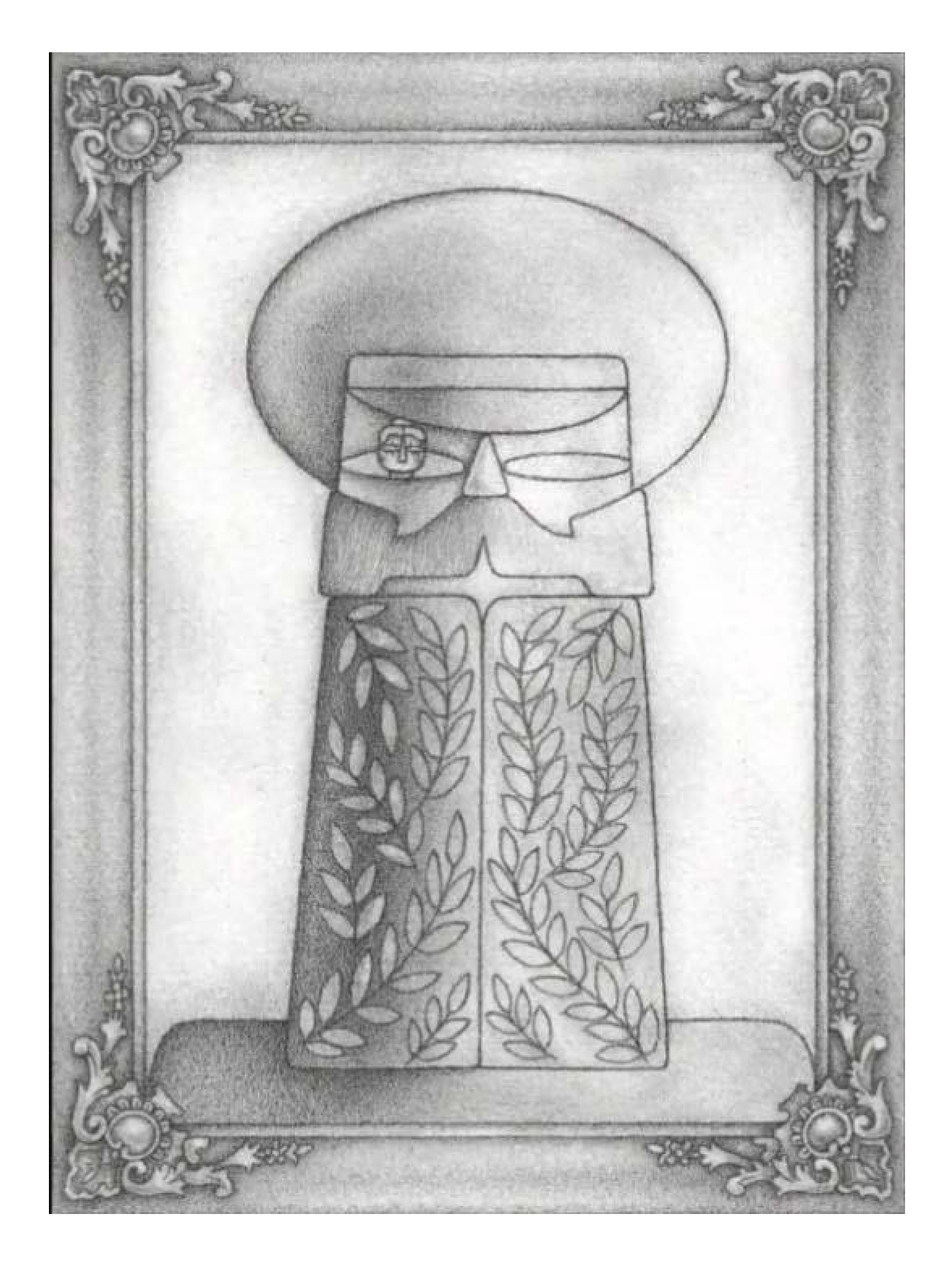
persona vacía y abyecta?

—¿Por qué abyecta? Un poco vacío sí que es, la verdad —dijo el general.

—Un poco mezquino y un poco ruin, no sólo un poco vacío. Quien ofende de ese modo a sus propios hermanos y echa de casa a su propia hermana es un ser repugnante.

—De hecho, son habladurías.

—De estas cosas no se habla porque sí. No entiendo, padre, que, teniendo como tienes un alma piadosísima y un corazón tan grande como pocos, aún recibas a ese hombre, que es tan diferente a ti como el cielo de la tierra y que bien sabes que es un canalla.



—Fíjese, ya lo ve —dijo el general a Chíchikov con una sonrisita—. Ella y yo siempre estamos discutiendo de esta manera. —Y, girándose hacia su interlocutora, añadió—: ¡Alma mía! ¿No querrás que lo eche de casa?

—¿Por qué echarlo? Pero ¿por qué tienes que mostrarle tantas atenciones? ¿Por qué le has de tener estima?

En este punto, Chíchikov se creyó en el deber de hacer una pequeña intervención.

—Todo el mundo exige que lo aprecien, señorita —dijo—. ¿Qué le vamos a hacer? Al animal también le gusta que lo acaricien; pone el hocico entre los barrotes del establo con esta intención: ¡ven, acaríciame!

El general soltó una risotada.

—Exacto, saca el hocico: ¡acaríciame, acaríciame! ¡Ja, ja, ja! Acaba de meter el hocico, todo el hocico, en el hollín, y todavía exige, por así decirlo, que le estimulen… ¡Ja, ja, ja!

Y el torso del general comenzó a estremecerse con las risas. Los hombros, que en otro tiempo llevaban charreteras macizas, bailaban como si en ese momento todavía las llevase.

Chíchikov se permitió también una interjección de hilaridad, aunque, por respeto al general, la soltó con la letra e: ¡je, je, je, je, je! Y su cuerpo también se zarandeó por las risas, aunque sus hombros no se agitaron, pues nunca habían llevado unas charreteras macizas.

—¡Roba, estafa al erario y todavía espera recompensa, el muy canalla! «No se puede trabajar sin un estímulo…», dice. ¡Ja, ja, ja, ja!

Una expresión dolorosa asomó en el rostro noble y gracioso de la muchacha.

—¡Ay, papá! ¡No entiendo cómo puedes reírte! A mí, estos actos indignos lo único que me inspiran es melancolía y nada más. Cuando veo que alguien engaña a la vista de todos y que no es castigado con el desprecio general, no sé qué me pasa, en ese momento me enojo, incluso me vuelvo mala: pienso y pienso… —Y estuvo a punto de echarse a llorar.

—Por favor, mujer, no te enfades con nosotros —dijo el general—. No tenemos ninguna culpa. ¿No es cierto? —preguntó dirigiéndose a Chíchikov—. Dame un beso y vete a tu habitación. Yo ahora me vestiré para la comida. Porque tú —añadió, mirando fijamente a Chíchikov— comerás aquí, en casa, ¿no?

—Sólo si Su Excelencia…

—Sin ceremonias, ¿a santo de qué? Gracias a Dios, todavía puedo ofrecerte un plato en la mesa. Hay sopa de col.

Chíchikov lanzó ambas manos hacia delante, al vuelo, e inclinó la cabeza en señal de respeto y agradecimiento, de tal modo que por un instante todos los objetos que había en el cuarto desaparecieron de su vista y sólo acertó a ver las puntas de sus botas de caña baja. Y cuando después de haberse quedado un rato en esa postura respetuosa levantó la cabeza otra vez, ya no vio a Úlinka. Había desaparecido. En su lugar había un ayuda de cámara, con poblados bigotes y patillas, un gigantón que sostenía una jofaina de plata y una jarra en las manos.

—¿Me permites que me vista en tu presencia?

—No sólo vestirse, sino todo lo que plazca a Su Excelencia.

Después de sacar los brazos de la bata y de arremangarse la camisa, dejando al descubierto sus brazos robustos, el general empezó a lavarse, salpicando y resoplando en el agua como un pato. El agua jabonosa volaba en todas direcciones.

—Les gustan, les gustan, a todos les gustan los estímulos —dijo mientras se frotaba el cuello por todas partes—. ¡Míralos, míralos! ¡Sin estímulos ni siquiera robarían! ¡Ja, ja, ja!

Chíchikov estaba de un buen humor indescriptible. De pronto tuvo un arrebato de inspiración.

«El general es un hombre jovial y bondadoso, ¿por qué no probar?», pensó y, al ver que el ayuda de cámara se había retirado con la jofaina, exclamó:

—Su Excelencia, ya que es usted tan bueno y tan atento con todos, debo hacerle una última petición.

—¿De qué se trata?

Chíchikov miró a su alrededor.

—Tengo un tío, Su Excelencia, un viejo chocho, que posee trescientas almas y dos mil desiatinas[145]…, y yo soy su único heredero. Su vejez le impide dirigir la hacienda, pero tampoco me la quiere ceder. Y la razón que arguye no puede ser más extraña. «No conozco a mi sobrino —dice—, quizá sea un papanatas. Que me demuestre que es un hombre de fiar: que

adquiera por sus propios medios trescientas almas; entonces le cederé mis trescientas».

—¿Qué pasa, es imbécil? —preguntó el general.

—Si sólo fuera imbécil, sería algo únicamente de su incumbencia… ¡Pero, y mi situación, Su Excelencia! El viejo se ha liado con una ama de llaves y ésta tiene hijos. A ver si se lo deja todo a ellos…

—El viejo estúpido ha perdido el juicio, eso es todo —dijo el general—. Pero no veo en qué le puedo ayudar —añadió, mirando con asombro a Chíchikov.

—He pensado algo, Su Excelencia; si me cediera todas las almas muertas de su pueblo como si estuvieran vivas, mediante una escritura de compraventa, yo se la presentaría al viejo y él me dejaría su herencia.

En esto, el general estalló en una carcajada como difícilmente haya soltado antes algún hombre. Tal como estaba, se desplomó en el sillón.

Echó la cabeza hacia atrás y faltó poco para que se atragantara. Toda la casa se alarmó. Apareció el ayuda de cámara. Asustada, la hija acudió a toda prisa.

—¿Qué te pasa, padre? —preguntó despavorida, examinándolo con desconcierto.

Pero el general tardó un buen rato en poder articular palabra.

—No es nada, querida mía, no te preocupes. Ve a tu cuarto. Enseguida iremos a comer. Estate tranquila. ¡Ja, ja, ja!

Después de atragantarse unas cuantas veces, la risa del general arrancó de nuevo y resonó desde el vestíbulo hasta la última de las estancias.

Chíchikov estaba inquieto.

—¡El tío, vaya con el tío! ¡Menuda cara de tonto se le va a quedar al viejo! ¡Ja, ja, ja! ¡Recibirá muertos en lugar de vivos! ¡Ja, ja!

«¡Otra vez! —pensó Chíchikov—. Pues sí que le hace gracia. ¡Esperemos que no reviente de la risa!».

—¡Ja, ja! —seguía el general—. ¡Qué zoquete! ¡¿Cómo se le ha podido ocurrir una exigencia tan estúpida?! «Que primero consiga trescientas almas, y entonces le daré mis trescientas». ¡Es un burro de tomo y lomo!

—¡Es un burro, Su Excelencia!

—Sí, ¡y mira que tu broma de obsequiar con muertos al viejo…! ¡Ja, ja, ja! Daría cualquier cosa por ver la cara que pone cuando le enseñes la escritura de compra. Bueno, ¿y cómo es? ¿Qué tipo de hombre es? ¿Es muy viejo?

—De unos ochenta años.

—Pero ¿se mueve, tiene brío? Porque debe de ser fuerte si vive con el ama de llaves, ¿no?

—¡Ni mucho menos! Se desmorona como la arena, Su Excelencia.

—¡Qué estúpido! Porque es un estúpido, ¿verdad?

—En efecto, Su Excelencia, un estúpido.

—¿Viaja? ¿Hace vida social? ¿Todavía se aguanta sobre sus piernas?

—Se aguanta, pero a duras penas.

—¡Qué imbécil! Pero es fuerte, no obstante, ¿verdad? ¿Conserva los dientes?

—Sólo dos, Su Excelencia.

—¡Qué asno! Amigo, no te lo tomes a mal… Aunque sea tu tío, es un asno.

—Un asno, Su Excelencia. Aunque sea mi pariente y me resulte doloroso admitirlo, pero ¿qué quiere que haga?

Chíchikov mentía: no le resultaba doloroso admitirlo y más aún porque es dudoso que tuviera un tío.

—Así, pues, Su Excelencia, ¿me cedería…?

—¿Que te ceda las almas muertas? ¡Por esta ocurrencia te las daría con tierras y casas! ¡Llévate todo el cementerio! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡El viejo, ay, pero menudo viejo! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Menuda cara se le va a quedar al tío! ¡Ja, ja, ja, ja!

Y la risa del general volvió a resonar por todas las habitaciones generalicias[146].

Capítulo tercero

—Si el coronel Koshkariov está realmente loco, mucho mejor —decía Chíchikov al encontrarse de nuevo entre campos y espacios abiertos, cuando todo signo de vida había desaparecido y no quedaba más que la bóveda celestial y dos nubes a un lado—. Selifán, ¿te enteraste como es debido de cuál es el camino para ir a casa del coronel Koshkariov?

—Pável Ivánovich, tenga la bondad de ver que estuve ocupado en preparar el coche y que no tuve tiempo de eso, pero Petrushka se lo preguntó al cochero del general.

—¡Qué idiota! Te tengo dicho que no se puede confiar en Petrushka: Petrushka es un zopenco, Petrushka es un mentecato. Petrushka, seguramente, ahora mismo ya va borracho.

—Pero ¡si para eso no se necesita ser un lumbrera! —intervino Petrushka, volviéndose a medias y mirando con el rabillo del ojo—. Al bajar la cuesta, hay que continuar por el prado, eso es todo.

—Y tú, además de aguardiente, ¿no te has echado nada más al coleto? ¡Buena pieza estás hecho, buena pieza! ¡No hay duda de que, por tu prestancia, eres la admiración de Europa! —Dicho esto, Chíchikov se acarició la barbilla y pensó: «¡Hay que ver, qué diferencia hay entre un ciudadano culto y un rudo lacayo de cara fea!».

Entretanto, la calesa empezó a bajar una cuesta. De nuevo se abrieron ante ellos prados y campos abiertos con bosquecillos de álamos dispersos.

Sacudiéndose levemente sobre sus elásticas ballestas, el cómodo carruaje siguió descendiendo con cautela la suave pendiente, continuó por los prados, pasó por delante de molinos, cruzó los puentes con estrépito y avanzó con ligeros zarandeos por el suelo reblandecido de las tierras bajas.

¡Ni el más pequeño bache se dejaba sentir en sus costados! Era un bálsamo para los sentidos, no un coche. A lo lejos refulgían los arenales. Desfilaban raudos a su paso unos matojos, finos olmos y álamos plateados, cuyas ramas azotaban a Selifán y Petrushka, que iban sentados en el pescante. A este último, las ramas le tiraban la gorra a cada instante. El rudo criado se apeaba de un salto, despotricando contra el estúpido árbol y el propietario que lo había plantado, pero se resistía a atarse la gorra e incluso a sujetársela con la mano, esperando que fuera la última vez y que no volviera a pasar. Al cabo de poco aparecieron los abedules y los abetos. En el suelo, la vegetación era tupida: crecían la hierba, el lirio azul y el tulipán amarillo silvestre. Las impenetrables tinieblas del bosque infinito se adensaban y parecía que fueran a convertirse en noche. Pero, de repente, aquí y allá destellaron unos resplandores de luz, como relucientes espejos. Los árboles se fueron haciendo más escasos, los centelleos aumentaron y ante ellos apareció un lago, una llanura de agua de unas cuatro verstas de diámetro. En la orilla opuesta, sobre el lago, se vislumbraban las grises isbas de troncos de una aldea. En el agua resonaban unos gritos. Una veintena de hombres, algunos con el agua hasta la cintura, otros hasta los hombros y algunos hasta el cuello, arrastraban una red hacia la otra orilla. Había sucedido un curioso percance: en la red, junto con el pescado, se había enredado cierto individuo redondo, que medía igual de ancho que de alto, igual que una sandía o un tonel. Éste, que no lograba soltarse de ninguna manera, gritaba a voz en cuello: «¡Tú, Denís, cabeza de chorlito, dáselo a Kozmá! ¡Y tú, Kozmá, cógele a Denís el extremo del hilo! ¡Eh, Fomá el Grande, no estires así! ¡Vete a ayudar a Fomá el Pequeño! ¡Demonios! ¡Os digo que vais a romper la red!». La sandía, al parecer, no temía por su propia persona: debido a su corpulencia, no podía ahogarse y, por mucho que hubiera querido dar una voltereta y sumergirse, el agua lo habría expulsado a la superficie; y, aunque se le hubieran subido dos hombres a la espalda, él, como una obstinada burbuja, se habría mantenido a flote en la superficie del agua; como mucho, se habría quejado un poco y echado burbujeos por la nariz. Pero lo que sí temía es que se rompiera la red y se escaparan los peces capturados y, por eso, tiraban de él desde la orilla varias personas, que le habían lanzado unas cuerdas.

—Debe de ser el señor, el coronel Koshkariov —dijo Selifán.

—¿Por qué?

—Porque su cuerpo, tenga la bondad de verlo usted mismo, es más blanco que el de los demás y tiene una corpulencia respetable, como corresponde a un señor.

Entretanto, ya habían acercado a la orilla al señor, atrapado en la red. Entendiendo que podía tocar suelo con el pie, se levantó y en ese momento vio el coche que bajaba de la presa y a Chíchikov sentado en él.

—¡¿Ha comido?! —gritó el señor, acercándose a la orilla con un pez capturado; el hombre estaba envuelto por completo en la red, como la manita de una damisela en verano enfundada en un guante largo, y se protegía los ojos del sol con una mano, a mano de visera, mientras que la otra la mantenía un poco más abajo, a la manera de la Venus de Médici al salir del baño.

—No —dijo Chíchikov, descubriéndose y saludando desde el coche.

—Entonces puede dar gracias a Dios.

—¿Por qué? —preguntó Chíchikov, curioso, con la gorra aún en la cabeza.

—Verá… ¡Fomá el Pequeño, deja la red y saca el esturión de la tina! Y tú, Kozmá, zopenco, acércate a echar una mano.

Los dos pescadores sacaron de la tina la cabeza de un auténtico monstruo.

—¡Pero, bueno, si es todo un príncipe! ¡Ha salido del río! —gritó el señor redondo—. ¡Vaya a casa! ¡Cochero, toma el camino de abajo, el que pasa por el huerto! ¡Fomá el Grande, zopenco, corre a quitar la barrera! Él le acompañará, yo voy ahora mismo.

Zancudo y descalzo, Fomá el Grande, tal como iba, sin más ropa que una camisa, corrió delante del coche a través de todo el pueblo, donde en cada isba colgaban redes, aparejos y nasas: todos los campesinos eran pescadores; luego retiraron la barrera de un huerto y el coche avanzó a través de los huertos hasta la plaza, cerca de una iglesia de madera. Detrás de ésta, más allá, se veían los tejados de las construcciones señoriales.

«Este Koshkariov es un tipo estrafalario», pensó Chíchikov.

—¡Ya estoy aquí! —resonó una voz a su lado.

Chíchikov miró alrededor. El señor ya estaba junto a él, vestido con una levita de nanquín color verde hierba, pantalones amarillos y una camisa de cuello abierto sin corbata. ¡Como un auténtico Cupido! Aunque iba sentado de lado en un *drozhki*, ocupaba todo el asiento. Chíchikov quería decirle algo, pero el gordo ya se había evaporado. El *drozhki* apareció otra vez en el lugar donde arrastraban el pescado. Resonaron voces de nuevo: «¡Fomá el Grande y Fomá el Pequeño! ¡Kozmá, Denís!». Pero cuando Chíchikov llegó a la entrada de la casa, para gran asombro suyo, el señor gordo ya estaba allí y lo acogía con abrazos. Era incomprensible cómo había podido llegar volando de esa manera. Se besaron tres veces, según la vieja costumbre rusa: el señor estaba chapado a la antigua.

—Le traigo un saludo de Su Excelencia —dijo Chíchikov.

—¿De qué Excelencia?

—De su pariente, el general Aleksandr Dmítrevich.

—¿Quién es Aleksandr Dmítrevich?

—El general Betríschev —respondió Chíchikov, un tanto sorprendido.

—No lo conozco —dijo, también perplejo, el anfitrión.

Chíchikov se quedó todavía más perplejo.

—¿Cómo es eso…? Espero, al menos, tener el honor de hablar con el coronel Koshkariov…

—No, no lo espere. No ha llegado a su casa, sino a la mía. ¡Soy Piotr Petróvich Petuj[147]! ¡Petuj, Piotr Petróvich! —repitió el señor.

Chíchikov se quedó de una pieza.

—¿Cómo es posible? —se giró hacia Selifán y Petrushka, que también estaban boquiabiertos y con los ojos desorbitados, uno sentado en el pescante, el otro junto a la portezuela del coche—. ¿Qué habéis hecho, majaderos? Os lo había dejado muy claro: a casa del coronel Koshkariov… Y este señor es Piotr Petróvich Petuj…

—¡Los chicos lo han hecho magníficamente bien! Id a la cocina: allí os darán un trago de vodka —dijo Piotr Petróvich Petuj—. ¡Desenganchad los caballos y luego retiraos a las habitaciones de la servidumbre!

—Estoy avergonzado. Ha sido un error tan inesperado… —dijo Chíchikov.

—No ha sido ningún error. Primero pruebe la comida de aquí y después diga si ha sido un error o no. Tenga la bondad —dijo Petuj, tomando a Chíchikov del brazo y haciéndole pasar a las habitaciones interiores. De las habitaciones salieron a su encuentro dos muchachos vestidos con levitas de verano, ambos delgados como juncos; le sacaban un *arshín*[148] de estatura al padre.

—Son mis hijos, estudiantes de instituto, han venido a pasar las vacaciones… Nikolasha, quédate con el señor; y tú, Aleksasha, ven conmigo. —Dicho esto, el anfitrión desapareció.

Chíchikov se entretuvo con Nikolasha. Éste, al parecer, apuntaba ya maneras de inepto. De buenas a primeras le explicó a Chíchikov que no valía la pena estudiar en el instituto provincial, que su hermano y él querían ir a San Petersburgo, porque en las provincias no valía la pena vivir…

«Entiendo —pensó Chíchikov—, ese camino los llevará a pastelerías y bulevares…».

—¿Y qué? —preguntó en voz alta—. ¿En qué estado se encuentra la hacienda de su padre?

—Está hipotecada —respondió el padre en persona, que de nuevo estaba en la sala—. Hipotecada.

«Mal asunto —pensó Chíchikov—. A este paso, pronto no quedará ni una hacienda: hay que darse prisa».

—Mal hecho —dijo con cara de circunstancias—, se ha precipitado en hipotecarla.

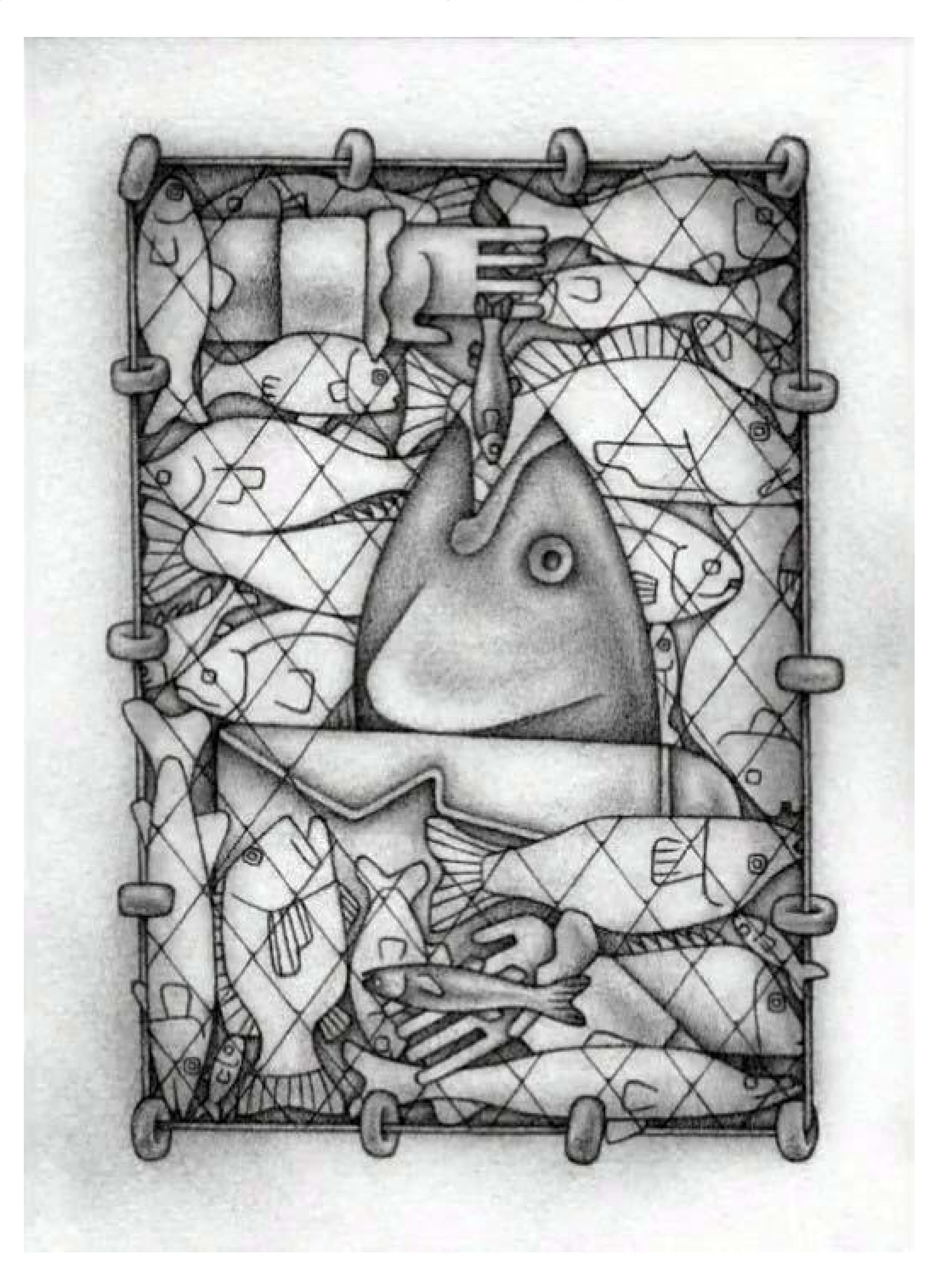
—No importa —dijo Petuj—. Dicen que es ventajoso. Todo el mundo lo hace: ¿cómo voy a ser yo menos? Por lo demás, siempre he vivido aquí: a ver, ahora desearía probar qué tal se vive en Moscú. Mis hijos también tratan de convencerme, quieren la cultura de la capital.

«Estúpido, estúpido —pensó Chíchikov—. Lo malvenderá todo y convertirá a los hijos en unos derrochadores. La haciendita es de las buenas. Si uno se fija, se ve que los campesinos están satisfechos y no lo pasan mal. Pero, en cuanto busquen la ilustración en restaurantes y en teatros, todo se irá al diablo. Mejor harías en vivir en el campo, mentecato».

—Ya sé en qué está pensando —dijo Petuj.

—¿En qué? —replicó Chíchikov, turbado.

—Está pensando: «Imbécil, qué imbécil es este Petuj: me ha invitado a comer, y la comida aún no aparece por ninguna parte». Enseguida estará lista, respetabilísimo amigo. Antes de que una muchacha de cabello corto tenga tiempo de hacerse las trenzas, ya estará preparada.



—¡Padre, viene Platón Mijálich[149]! —dijo Aleksasha, mirando por la ventana.

—Monta un caballo bayo —corroboró Nikolasha, que se había asomado a la ventana.

—¿Dónde, dónde? —gritó Petuj, acercándose a la ventana.

—¿Quién es este Platón Mijáilovich? —preguntó Chíchikov a Aleksasha.

—Es un vecino nuestro, Platón Mijáilovich Platónov, un hombre extraordinario, un hombre maravilloso —dijo el propio Petuj.

Entretanto, el mismo Platónov entró en la habitación; era un tipo apuesto, esbelto, pelo castaño claro, rizos brillantes y ojos oscuros. Detrás de él, haciendo tintinear su collar de cobre, entró un perro hocicudo que daba miedo y atendía al nombre de *Yarb*.

—¿Ha comido? —preguntó el anfitrión.

—Sí.

—¿Cómo es eso, es que ha venido a burlarse de mí? ¿Para qué lo necesito si ya ha comido?

El visitante, soltando una risilla, dijo:

—Cálmese, no he probado bocado, pero no tengo nada de apetito.

—¡Si viera lo que hemos pescado…! ¡Qué esturión nos ha caído! ¡Qué truchas y qué carpas!

—Me angustia incluso escucharlo. ¿Por qué está siempre tan contento?

—¿Y por qué tendría que estar aburrido? ¡Por favor! —dijo el anfitrión.

—¿Que por qué debería estar aburrido? Pues porque la vida es aburrida.

—Lo que pasa es que come como un pajarito. Pruebe a llenarse el estómago como es debido. El tedio se inventó hace poco, antes nadie se aburría.

—¡Bueno, basta ya de presumir! ¿Acaso nunca se aburre?

—¡Nunca! No sé lo que es, ni me queda tiempo para aburrirme. Por la mañana, cuando me despierto, viene de inmediato el cocinero, hay que encargarle la comida. Luego el té, el intendente, la pesca y la comida. Después de la comida, apenas hay tiempo para dar una cabezada, otra vez viene el cocinero: hay que encargarle la cena. ¿Cuándo tendría tiempo de aburrirme?

Durante toda esta conversación, Chíchikov estuvo contemplando al visitante, que le impresionaba por su extraordinaria belleza, por su figura esbelta, por su estatura digna de un retrato, por la frescura de su juventud bien conservada, por su pureza virginal, por su rostro que ningún grano deshonraba. Ni las pasiones, ni las tristezas, ni nada que se pareciese a desasosiegos e inquietudes habían osado dejar su huella en aquel rostro virginal ni depositar en él una arruga, aunque tampoco le infundían vida. Era un rostro que parecía en cierto modo aletargado, a pesar de la sonrisa irónica que de vez en cuando lo animaba.

—Del mismo modo, si me permite la observación —dijo Chíchikov—, no puedo comprender cómo se aburre con un aspecto como el suyo. Por supuesto, si falta el dinero o hay enemigos a veces dispuestos a atentar contra la propia vida de uno…

—Créame —le interrumpió el apuesto invitado— si le digo que, para variar, a veces desearía tener algún desvelo. ¡Si al menos alguien me sacara de mis casillas…! Pero ni eso. Me aburro y basta.

—¿Acaso no tiene suficientes tierras en su hacienda, o es que dispone de poca cantidad de almas?

—Nada de eso. Entre mi hermano y yo poseemos diez mil desiatinas, donde hay más de mil campesinos.

—Es extraño, no lo entiendo. ¿Acaso ha habido malas cosechas, enfermedades? ¿Se les han muerto muchos campesinos?

—Al contrario, todo va como la seda, y mi hermano es inmejorable a la hora de manejar los asuntos de la finca.

—¡Y se aburre! No lo entiendo —dijo Chíchikov, a la vez que se encogía de hombros.

—Ahora ahuyentaremos el aburrimiento —dijo el anfitrión—. Aleksasha, corre, ve deprisa a la cocina y dile al cocinero que nos traiga cuanto antes unas empanadillas. ¿Dónde están el papanatas de Yemelián y el ladrón de Antoshka? ¿Por qué no sirven aperitivos?

Pero la puerta se abrió. El papanatas de Yemelián y el ladrón de Antoshka aparecieron con las servilletas, pusieron la mesa y dejaron una bandeja con seis garrafas de licores multicolores. Enseguida, alrededor de las bandejas y de las garrafas, se formó un collar de platos con toda clase de

manjares suculentos. Los criados se movían con agilidad, no dejaban de traer comida en platos cubiertos a través de los cuales se oía el chisporroteo del aceite.

El papanatas de Yemelián y el ladrón de Antoshka se desenvolvían perfectamente. Si les habían puesto esos sobrenombres, había sido sólo a modo de estímulo. El señor era poco amigo de los insultos, era un buen amo. Pero al ruso le gustan las palabras sazonadas. Las necesita, tanto como la copa de vodka para hacer la digestión. ¿Qué se le va a hacer? Tal es su naturaleza: no le gusta lo insípido.

A los aperitivos siguió la comida. Aquí el bondadoso anfitrión se transformó en un auténtico bandido. Apenas veía que en el plato de alguien quedaba sólo un trozo, le servía otro de inmediato, diciendo:

—Ni el hombre ni el pájaro pueden vivir en este mundo sin pareja.

Al que tenía dos, le ponía un tercero y añadía:

—¿Qué número es el dos? Dios quiere la trinidad.

Si el invitado comía tres, insistía:

—¿Dónde se ha visto un carro con tres ruedas? ¿Quién construye una isba con tres esquinas?

Para el cuatro también tenía un proverbio, y otro para el cinco. Chíchikov había engullido casi una docena de rodajas y pensaba: «Bueno, ahora sí que el señor ya no me pondrá más». Pero nada de eso: sin decir una palabra, Petuj le puso en el plato una espalda de ternera, con los riñones, asada… ¡y qué ternera!

—La he criado dos años con leche —dijo el anfitrión—. La he cuidado como a un hijo.

—No puedo —dijo Chíchikov.

—Primero pruebe y luego diga: «¡No puedo!».

—No me cabe, no tengo sitio.

—Tampoco había en la iglesia, pero llegó el alcalde y se encontró sitio. Y había tal apretura que si hubiera caído una manzana no habría tocado el suelo. Pruébelo: este trozo es ese mismo alcalde.

Chíchikov lo probó y, en efecto, resultó ser como el alcalde. Le encontró sitio y eso que parecía imposible acomodarlo.

«Pero ¿cómo va a ir una persona así a San Petersburgo o a Moscú? ¡Con semejante hospitalidad, al cabo de tres años estará arruinado!».

Ignoraba Chíchikov que todo se había perfeccionado. Incluso sin hospitalidad, uno se arruinaba, y no al cabo de tres años, sino en tres meses.

No hacía más que rellenarle la copa una y otra vez; y lo que no se acababan de beber los invitados se lo daba a Aleksasha y Nikolasha, que se atizaban copa tras copa; estaba claro a qué parte del conocimiento humano destinarían su atención cuando llegasen a la capital. Los invitados no podían más: a duras penas se arrastraron hasta el balcón y, también a duras penas, se acomodaron en unas butacas. El anfitrión se sentó en la suya, una que era para cuatro, y se quedó dormido al instante. Sus bienes adiposos, convertidos en un fuelle de fragua, empezaron a emitir por la boca abierta y por los orificios nasales unos sonidos como difícilmente se le ocurrirían a un compositor moderno: tambor, flauta y una suerte de zumbido ronco parecido a los ladridos de un perro.

—¡Vaya, qué manera de silbar! —dijo Platónov.

Chíchikov se echó a reír.

—Se entiende que comiendo así no haya tiempo de aburrirse. Lo que le entra a uno es sueño, ¿verdad?

—Sí, pero, sin embargo, perdóneme, no llego a entender cómo es posible aburrirse. Hay tantos medios contra el aburrimiento…

—¿Cuáles?

—¿Acaso hay pocos para un joven? Bailar, tocar algún instrumento… Y, si no, casarse.

—¿Con quién?

—Como si en los alrededores no hubiese chicas ricas y bonitas…

—Pues no.

—Bueno, pues se pueden buscar en otras partes, hay que viajar… —Y un pensamiento lucrativo relampagueó de pronto en la cabeza de Chíchikov —. ¡He ahí un medio excelente! —dijo, mirando a Platónov a los ojos.

—¿Cuál?

—Viajar.

—¿Y adónde voy a ir?

—Si está libre, venga conmigo —dijo Chíchikov y, mientras miraba a Platónov, pensó: «Me iría muy bien. Así le haría correr con la mitad de los gastos y la reparación del coche la cargaría a su cuenta».

—¿Adónde se dirige?

—De momento, más que por necesidad propia, viajo por conveniencia de otro. El general Betríschev, buen amigo mío y puede decirse que mi benefactor, me rogó que visitara a sus parientes… Por supuesto, los parientes son los parientes; pero, en parte, por así decirlo, también viajo por mí mismo: para ver mundo y el torbellino de la gente que, se diga lo que se diga, es como un libro vivo, una segunda ciencia.

Y, dicho esto, Chíchikov se dijo para sus adentros: «De veras me iría muy bien. Podría incluso cargarle todos los gastos y hasta hacer el viaje con sus caballos, mientras los míos se quedan en su pueblo alimentándose».

«¿Y por qué no viajar? —pensaba mientras tanto Platónov—. En casa no tengo nada que hacer, la hacienda está en manos de mi hermano; por tanto, mi ausencia no acarrearía desbarajuste alguno. ¿Por qué no ir a ver mundo?».

—¿Estaría dispuesto —dijo en voz alta— a alojarse un par de días en casa de mi hermano? De lo contrario, no dará su consentimiento.

—Con mucho gusto, aunque sean tres.

—¡Entonces, hecho! ¡En camino! —dijo Platónov, animándose.

Se dieron un apretón de manos: «¡En camino!».

—¿Adónde, adónde? —gritó el anfitrión, que se había despertado y los miraba con los ojos muy abiertos—. ¡No, señores míos! He dado orden de que quitasen las ruedas de su coche, y a su caballo, Platón Mijálich, se lo han llevado a quince verstas de aquí. No, hoy pasarán la noche aquí, mañana comeremos temprano y se irán.

¿Qué podían hacer con Petuj? No hubo más remedio que quedarse. A cambio, fueron obsequiados con una asombrosa tarde de primavera. El anfitrión organizó un paseo por el río. Doce remeros, con sus veinticuatro remos, los llevaron cantando por la lisa superficie del lago que parecía un espejo. Del lago desembocaron en el río, que corría, anchuroso, entre orillas de suave pendiente a ambos lados, acercándose sin cesar a las cuerdas que cruzaban el río, dispuestas para la pesca. En el agua no se movía la menor

corriente; ante ellos, aparecían mudos los paisajes, uno tras otro; bosquecillo tras bosquecillo, embelesaban la vista con la variada distribución de los árboles. Los remeros agarraron los veinticuatro remos simultáneamente y de repente los levantaron del agua, de modo que la barca, como un pájaro ligero, surcó a toda prisa la inmóvil superficie cristalina. El joven solista, un muchacho de espalda grande, el tercero a partir del timón, comenzó a cantar con voz sonora y pura, y resonaron, como de la garganta de un ruiseñor, las estrofas iniciales de una canción; otros cinco lo acompañaron y luego los seis restantes se sumaron, y la canción se fue extendiendo, inmensa como Rusia. Petuj también se unía y añadía un punto de apoyo cuando la fuerza del coro se debilitaba, de modo que incluso Chíchikov sentía que era ruso. Sólo Platónov pensaba: «¿Qué tiene de bueno esta canción triste? Hace que a uno le invada aún más la melancolía».

Cuando volvieron ya anochecía. Los remos batían el agua en la oscuridad, un agua que ya no reflejaba el cielo. A oscuras atracaron en la orilla, donde se habían encendido algunas hogueras; sobre unas trébedes los pescadores cocinaban una sopa con gobios que aún palpitaban. Todo el mundo había vuelto ya a casa. El ganado y las aves de corral se habían recogido hacía rato, y el polvo que habían levantado ya se había depositado en el suelo. Los pastores que los habían llevado a cubierto estaban plantados junto a las puertas, esperando las jarras de leche y la invitación a probar la sopa de pescado. En las tinieblas se oía un leve rumor de voces y el ladrido de perros, que llegaba desde las aldeas vecinas. La luna se había elevado y empezó a iluminar los alrededores sumidos en la penumbra, hasta que finalmente todo se llenó de luz. ¡Era un cuadro magnífico! Pero no había nadie para admirarlo. Nikolasha y Aleksasha, en lugar de pasar por delante de esa estampa a lomos de dos potros fogosos, compitiendo por ver quién era más veloz, pensaban en Moscú, en las pastelerías y en los teatros de los que les había hablado un cadete de la capital. Su padre pensaba con qué iba a alimentar a los invitados. Platónov bostezaba. El más animado de todos era Chíchikov. «¡Sí, no cabe duda! Algún día me compraré una pequeña aldea». Y se puso a imaginar a su futura mujercita y a los pequeños Chíchikov.

Para la cena otra vez se atiborraron. Cuando Pável Ivánovich entró en la habitación que le habían asignado y se estiró en la cama, se palpó el vientre y pensó: «¡Un tambor! —dijo—. Ningún alcalde entraría aquí». Daba la casualidad de que, pared con pared, se encontraba el despacho del anfitrión. El muro era delgado y se oía todo lo que se hablaba al otro lado. El anfitrión hablaba con el cocinero y le encargaba una comida en toda regla a fin de que se sirviera al día siguiente para lo que él llamaba desayuno temprano. ¡Y de qué manera la encargaba! A un muerto le habría despertado el apetito.

—La empanada hazla cuadrada —decía, relamiéndose y masticando el aire—. En una esquina pon las cocochas y el lomo seco de esturión; en la otra, gachas de alforfón, setas con cebolla, requesón dulce y sesos; y un poco de esto y de aquello, ya sabes… Procura que la empanada se tueste bien por un lado y que por el otro esté menos hecha. Y hornea la parte de debajo, de manera que se empape bien la masa y se impregne de sabor, ya sabes, que no se rompa y que se derrita en la boca como nieve, sin que uno se dé cuenta.

Mientras decía esto, Petuj chascaba la lengua y masticaba.

«¡Demonios, no me dejará dormir!», pensó Chíchikov y se envolvió la cabeza con la manta para no oír nada. Pero, a través de la manta, siguió oyéndolo todo:

—Para decorar el esturión, corta remolacha en forma de estrella, con eperlanos, setas, y añade, ya sabes, nabos, zanahorias, judías y algunas cosas más, para que haya guarnición, una guarnición bien abundante, variada. Y en la tripa del cerdo, pon hielo, para que se infle bien.

Petuj encargó muchos platos más. No se oía más que: «A fuego lento, bien cocido, doradito». Cuando por fin Chíchikov se quedó dormido, la conversación versaba sobre un pavo.

Al día siguiente, los invitados se dieron tal atracón que Platónov se veía incapaz de montar a caballo. Enviaron a su garañón a casa con un mozo de cuadra de Petuj, y los dos se acomodaron en el coche. El perro hocicudo seguía perezosamente la calesa: él también se había empachado.

—Esto ya es demasiado —dijo Chíchikov cuando salieron del patio.

—¡Y además no se aburre, eso sí que me asquea! —exclamó Platónov.

«Si yo tuviera una renta anual de setenta mil rublos como tú —pensó Chíchikov— no dejaría que el aburrimiento se me acercara. Y el contratista Murázov, se dice pronto, con diez millones… ¡Qué fortuna!».

—¿No le importaría que hiciéramos una parada? Me gustaría despedirme de mi hermana y de mi cuñado.

—Con mucho gusto —respondió Chíchikov.

—Si le interesa la buena administración, le gustará conocerlo —dijo Platónov—. No hay un administrador mejor que él. En diez años ha conseguido que una finca que rentaba treinta mil rublos al año ahora dé doscientos mil.

—¡Oh, ya veo, por supuesto, será un hombre respetabilísimo! Será interesante conocer a alguien así. ¿Cómo no? Porque… ¿Cómo se llama?

—Kostanzhoglo.

—¿Puedo saber su nombre y patronímico?

—Konstantín Fiódorovich.

—Konstantín Fiódorovich Kostanzhoglo. Será muy interesante que me lo presente. Se aprende mucho cuando se conoce a gente así.

Platónov se impuso la tarea de guiar a Selifán; era necesario porque a duras penas se mantenía en el pescante. Petrushka se cayó dos veces del coche y al final tuvieron que atarlo al asiento exterior.

—¡Qué animal! —repetía sin cesar Chíchikov.

—Mire, aquí empiezan sus tierras —dijo Platónov—. Tienen un aspecto totalmente diferente.

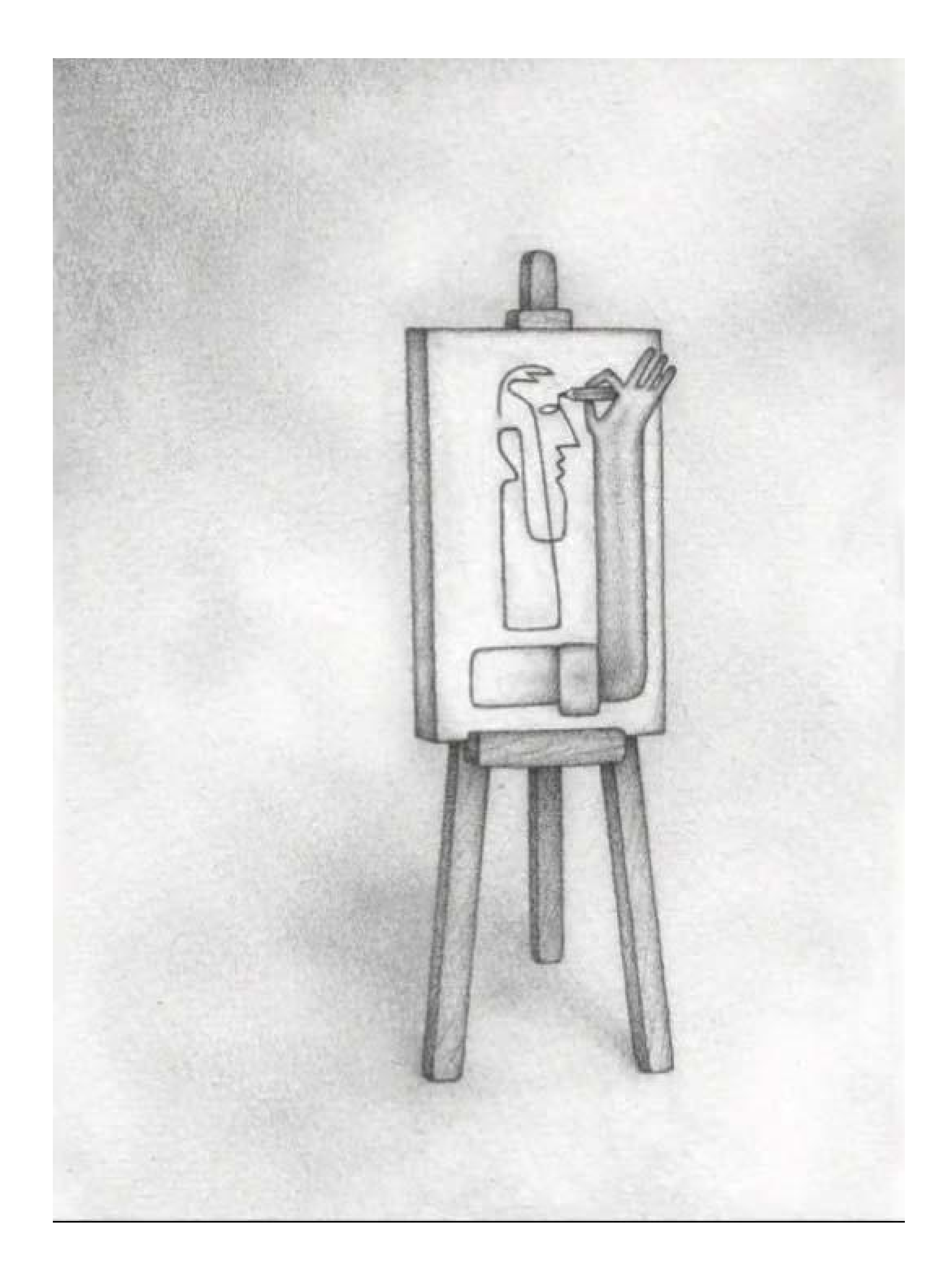
En efecto, más allá del campo se había efectuado una repoblación forestal: los árboles, idénticos, se erguían como flechas; detrás había otros, ya crecidos, aunque también jóvenes; después, un bosque viejo, con árboles a cuál más alto. Luego venía otra franja de campo cubierta de bosque frondoso, y otra vez, de la misma manera, un bosque joven y otra vez uno viejo. Tres veces atravesaron, como si fueran las puertas de una muralla, aquellas zonas boscosas.

—Todo esto ha crecido en unos ocho o diez años, mientras que otro ni en veinte años lo conseguiría.

—¿Cómo lo hizo?

—Pregúnteselo a él. Es un buen agrónomo, no hace nada en balde. Además de conocer el suelo, sabe lo que conviene en cada sitio, qué cereal hay que sembrar al lado de cada árbol. Cada uno de sus hombres tiene que atender tres o cuatro trabajos a la vez. Sus bosques, además de dar leña, sirven, dependiendo del sitio en que crezcan, para proporcionar humedad, enriquecer el suelo con las hojas caídas o dar sombra. Cuando alrededor azota la sequía, sus tierras ni se enteran; cuando alrededor se pierden las cosechas, él no sufre pérdida alguna. Es una pena que yo no sepa mucho de esta materia, no sé explicarlo, pero hace cada cosa… Lo consideran un mago.

«En efecto, es un hombre admirable —pensó Chíchikov—. Es muy triste que este joven sea tan superficial y no sepa explicarlo».



Finalmente apareció el pueblo. Como una ciudad, una multitud de isbas se extendía sobre tres colinas, coronadas por tres iglesias, y rodeada por doquier de hacinas y almiares enormes. «Sí —pensó Chíchikov—, es evidente que aquí vive un amo de primera». Las isbas eran todas muy

sólidas; las calles estaban bien cuidadas; si en algún lugar había un carro, el carro era sólido y nuevo; si aparecía un campesino, tenía cierta expresión de inteligencia en el rostro; las reses eran selectas; incluso los cerdos de los campesinos presentaban un aspecto noble. Era evidente que allí, como dice la canción, vivían unos campesinos que apaleaban oro. No había parques a la inglesa, ni césped, ni ningún tipo de fantasía, sino que se explayaba, al viejo estilo, una avenida de cobertizos y de casas de trabajadores hasta la misma mansión del dueño, de modo que éste podía ver lo que acontecía a su alrededor; y, como colofón, en lo alto de la casa, había una linterna desde la que se divisaba todo el entorno en un radio de quince verstas a la redonda. Salieron a recibirlo al porche unos criados espabilados, nada que ver con el borrachín de Petrushka, aunque no llevaban frac, sino unas casacas de paño rústico azul.

La dueña de la casa también salió corriendo al porche. Era una mujer fresca como una rosa; sublime como un día claro; Platónov y ella se parecían como dos gotas de agua, con la diferencia de que ella no era apática como él, sino alegre y locuaz.

—¡Buenos días, hermano! ¡No sabes cuánto me alegro de que hayas venido! Konstantín no está en casa, pero no tardará en llegar.

—¿Dónde está?

—Tenía trabajo en el pueblo, con unos compradores —respondió mientras hacía pasar a los visitantes a la sala.

Chíchikov examinó con curiosidad la vivienda de aquel hombre portentoso que tenía una renta anual de doscientos mil rublos, con la expectativa de encontrar en la vivienda las cualidades mismas del amo, de igual manera que, a partir de una concha, uno se forma la idea de la ostra o el caracol que antes la habitó y dejó en ella su huella. Era imposible, sin embargo, sacar conclusión alguna. Las habitaciones eran todas sencillas, incluso estaban vacías: ni pinturas murales, ni cuadros, ni bronces, ni flores, ni repisas con piezas de porcelana, ni siquiera libros. En definitiva, todo indicaba que la vida principal del ser que allí habitaba no transcurría en absoluto dentro de sus cuatro paredes, sino en el campo, y las ideas no se meditaban previamente, de forma sibarita, al lado del fuego, frente a la chimenea, en un cómodo sillón, sino que allí mismo, donde se le ocurrían,

las ponía en práctica. En las habitaciones lo único que pudo advertir Chíchikov fue la impronta de la gestión doméstica femenina: en las mesas y las sillas se habían colocado unos tableros de tilo sobre los que descansaban pétalos de flores puestos a secar.

—¿Qué es, hermana, esta porquería que tienes aquí? —preguntó Platónov.

—¡¿Cómo que porquería?! —dijo la anfitriona—. Es el mejor remedio contra la fiebre. El año pasado curamos con esto a todos los campesinos. Y esto es para hacer licores. Y esto, para confitura. Vosotros os reís siempre de la confitura y las salazones, pero después, cuando dais buena cuenta de ello, no dejáis de elogiarlos.

Platónov se acercó al piano y revisó las partituras.

—¡Señor! ¡Qué antiguallas! —dijo—. ¿No te da vergüenza, hermana?

—Ay, hermano, disculpa, pero ya hace mucho que no me queda tiempo para dedicarme a la música. Tengo una hija de ocho años a la que educar. Ponerla en manos de una institutriz extranjera con el único objetivo de disponer de tiempo libre para la música es algo que, discúlpame, hermano, no pienso hacer.

—¡Pero, bueno, hermana, qué aburrida te has vuelto! —exclamó Platónov y se acercó a la ventana—. ¡Ah, mira! ¡Ya viene, ya viene!

Chíchikov se apresuró a mirar también por la ventana. Un hombre de unos cuarenta años, de aspecto vivaracho, moreno, con una levita de paño de lana de camello, se acercaba al porche. Saltaba a la vista que no se preocupaba de su vestimenta. Llevaba una gorra de lana. A ambos lados del amo caminaban dos personas de estrato social inferior, con la gorra en la mano, y se les veía interesados en la conversación que mantenían. Uno era un simple campesino; el otro, vestido con un caftán azul, al parecer, era un comerciante de paso. Se detuvieron en el portal, de modo que su charla se oía en la habitación.

—Esto es lo mejor que podría hacer usted: pague por su libertad al amo. Yo le prestaría el dinero, luego me lo pagaría con su trabajo.

—No, Konstantín Fiódorovich, ¿por qué deberíamos pagar por nuestra libertad? Acójanos. En su casa se aprende de todo. Un hombre tan inteligente como usted no se encuentra en el mundo entero. Por desgracia,

hoy es muy difícil cuidar de uno mismo. Los taberneros fabrican una clase de licores que, con una sola copa que te atices, se te revuelven las tripas y necesitas beber un cubo lleno de agua. Antes de que te des cuenta ya te has gastado hasta el último kopek. ¡Abundan las tentaciones! ¡Debe de ser que el diablo lo gobierna todo en este mundo, por Dios! Todo está pensado para que el campesino pierda el juicio: el tabaco y todas esas cosas… ¿Qué se puede hacer, Konstantín Fiódorovich? Somos hombres, no nos podemos resistir.

—Escucha, te explicaré cómo son las cosas. En mi casa, a pesar de todo, hay cierta esclavitud. Es cierto que al principio lo recibes todo, tanto la vaca como el caballo, pero el hecho es que soy exigente con los campesinos como nadie lo es. En mi hacienda, lo primero de todo es el trabajo; tanto si trabajas para mí como si trabajas para ti, no permito que nadie se duerma en los laureles. Trabajo como una mula y exijo lo mismo a mi gente, porque, amigo mío, lo sé por propia experiencia: si en la cabeza se te mete toda clase de porquería, es sólo porque no trabajas. De modo que pensad todo esto con calma y discutidlo entre vosotros.

—Ya lo hemos hablado, Konstantín Fiódorovich. Incluso los viejos lo dicen. ¡Para qué hablar más! En su casa todos los campesinos son ricos, por algo será. Incluso los sacerdotes aquí se preocupan por el prójimo. En nuestro pueblo ni siquiera nos quedan sacerdotes y no tenemos quien oficie los entierros de los difuntos.

—De todas maneras, vete y háblalo.

—Como usted mande.

—Oiga, Konstantín Fiódorovich, tenga la bondad… Hágame una rebaja —dijo el comerciante del caftán azul, que iba al otro lado del amo.

—Ya le he dicho el precio: no me gusta regatear. No soy como esos terratenientes que vas a visitar cuando les vence el plazo del préstamo. Os conozco muy bien a todos vosotros: lleváis una lista de los vencimientos de cada uno. Es sencillo: el hombre tiene prisa por conseguir dinero en efectivo y te lo da todo a mitad de precio. Yo, en cambio, ¿qué necesidad tengo de tu dinero? Puedo guardar el género en mi hacienda aunque sea tres años: no le debo nada a los bancos.

—Tiene toda la razón, Konstantín Fiódorovich. De hecho, yo lo hacía sólo porque me gustaría tener relación con usted en el futuro, no por codicia. Tenga la bondad de aceptar tres mil rublos de paga y señal.

El comerciante se sacó de debajo de la chaqueta un fajo de billetes grasientos. Kostanzhoglo los tomó con indiferencia y, sin contarlos, se los metió en el bolsillo trasero de la levita.

«¡Hum! —pensó Chíchikov—. Como si fuera un pañuelo de bolsillo».

Kostanzhoglo apareció en la puerta de la sala. A Chíchikov le impresionó aún más por el bronceado de su rostro, por su cabello hirsuto y negro, encanecido prematuramente en algunas partes, por la viva expresión de sus ojos y por una especie de causticidad que le confería su procedencia del ardiente sur. No era un ruso de pura cepa. Ni él mismo sabía de dónde eran sus antepasados. No le interesaba la genealogía, pues la consideraba irrelevante y superflua por lo que respecta a la administración de una hacienda. Incluso estaba totalmente convencido de ser ruso y, además, no conocía otra lengua que la rusa.

Platónov le presentó a Chíchikov. Los dos hombres se besaron.

—He decidido viajar por diferentes provincias —dijo Platónov—, así me libraré de la melancolía. Y Pável, aquí presente, me propuso viajar con él.

—Magnífico —dijo Kostanzhoglo—. ¿A qué lugares —prosiguió, dirigiéndose ahora acogedoramente a Chíchikov— tienen previsto ir?

—Confieso —dijo Chíchikov, inclinando con respeto la cabeza hacia un lado y acariciando al mismo tiempo el brazo de la butaca con la mano— que de momento, más que por necesidad propia, viajo por conveniencia de otro. El general Betríschev, buen amigo mío y puede decirse que mi benefactor, me rogó que visitara a sus parientes. Por supuesto, los parientes son los parientes; pero, en parte, por así decirlo, también viajo por mí mismo, porque, al margen del beneficio que me pueda reportar desde el punto de vista hemorroidal, veré mundo, cómo vive la gente…, lo que es, se diga lo que se diga, como un libro vivo, una segunda ciencia.

—Sí, ver otros lugares nunca está de más.

—Lo ha expresado de una manera soberbia: es la pura verdad, en efecto, no está de más. Ves cosas que no habrías visto, encuentras personas

que no habrías encontrado. Las conversaciones con algunos hombres son como una moneda de oro, como, por ejemplo, ahora, con la ocasión que se ha presentado… Acudo a usted, respetabilísimo Konstantín Fiódorovich, instrúyame, instrúyame, sacie mi sed y hágame comprender la verdad. Espero sus dulces palabras como maná.

—Pero ¿qué…? ¿Qué le puedo enseñar? —preguntó Kostanzhoglo, turbado—. Lo que he aprendido es calderilla.

—¡Sabiduría, respetabilísimo, sabiduría! La sabiduría para dirigir el difícil timón que es la agricultura, la sabiduría para conseguir beneficios seguros, para adquirir unos bienes no quiméricos, sino efectivos, cumpliendo al mismo tiempo con el deber de ciudadano y ganándome el respeto de nuestros compatriotas.

—¿Sabe qué? —dijo Kostanzhoglo, mirándolo con aire meditabundo—. Quédese un día en mi casa. Le mostraré toda la administración y se lo explicaré todo. Podrá ver que aquí no hay ninguna sabiduría.

—Claro, quédese —dijo la señora de la casa y, dirigiéndose a su hermano, añadió—: Quédate, hermano, ¿qué prisa tienes?

—A mí me da lo mismo. ¿Qué le parece, Pável Ivánovich?

—A mí también, con mucho gusto… Pero se da una circunstancia: un pariente del general Betríschev, cierto coronel Koshkariov…

—Pero si está loco.

—Está loco, así es. Yo no iría, pero el general Betríschev, buen amigo mío y puede decirse que mi benefactor…

—Si es así, ¿sabe qué? —dijo Kostanzhoglo—, vaya allí, no hay más de diez verstas hasta su casa. Tengo un coche preparado. Vaya ahora mismo a verlo. Le dará tiempo a volver para la hora del té.

—¡Espléndida idea! —exclamó Chíchikov y cogió el sombrero.

Pusieron a su disposición la calesa y, al cabo de media hora, lo había llevado volando a casa del coronel. Toda la aldea parecía desordenada: construcciones, remodelaciones, montones de cal, ladrillos y vigas por todas las calles. Algunos edificios se habían levantado al estilo de los palacios de justicia; en uno de ellos, estaba escrito con letras de oro: «Almacén de aperos»; en otro: «Oficina principal de cuentas»; más allá:

«Comité de Asuntos Agrarios» y «Escuela de enseñanza normal para los vecinos de la aldea». En pocas palabras, ¡el diablo sabrá qué no había allí!

Encontró al coronel plantado detrás del pupitre de su oficina, con la pluma en la boca. El coronel acogió a Chíchikov con gran amabilidad. Aparentemente, era un hombre buenísimo y muy cortés: se puso a explicarle el trabajo que le había costado levantar la finca hasta alcanzar el estado de prosperidad actual. Se lamentó, compungido, de lo difícil que era hacer comprender al campesino la existencia de los estímulos superiores que el lujo de la instrucción, el arte y la pintura proporcionan al hombre; que hasta la fecha no había conseguido que las mujeres se pusieran corsé, cuando en Alemania, donde había estado acantonado con su regimiento en 1814, hasta la hija de un molinero sabía tocar el piano; que, no obstante, a pesar de la tozudez de la ignorancia, conseguiría sin falta que los campesinos de su pueblo fueran detrás del arado y leyeran al mismo tiempo un libro sobre los pararrayos de Franklin, las *Geórgicas* de Virgilio o *La investigación química del suelo*.

«¡Sí, no faltaba más! —pensó Chíchikov—. ¡Y yo que aún no he leído *La duchesse de La Vallière*!».

El coronel habló todavía largo y tendido sobre la manera de llevar a la gente a la prosperidad. Según él, la indumentaria tenía una gran importancia. Se jugaba la cabeza a que bastaría con hacer llevar pantalones alemanes a la mitad de los campesinos rusos para que las ciencias prosperasen, aumentase el comercio y en Rusia se iniciara un siglo de oro.

Después de mirarlo fijamente, Chíchikov pensó: «Con éste parece que no hay que andarse con ceremonias». Al instante, le comunicó que necesitaba tantas almas, mediante la formalización de tales contratos de compraventa y tales procedimientos.

—Entiendo por sus palabras —dijo el coronel, sin alterarse lo más mínimo— que se trata de una petición, ¿no es así?

—Exacto.

—En ese caso, expóngala por escrito. La instancia irá al departamento de Recepción de Informes y Denuncias. El departamento, después de registrarla, me la pasará a mí; de mí, irá a parar al Comité de Asuntos

Agrarios; de allí, con las enmiendas oportunas, llegará a manos del intendente. El intendente, de conformidad con el secretario…

—¡Por favor! —exclamó Chíchikov—. ¡No ve que de esta manera se alargará hasta Dios sabe cuándo! ¿Y cómo quiere tratar este asunto por escrito? No ve que se trata de una cuestión… Que las almas, en cierto modo, están… muertas.

—Muy bien, escríbalo así, que las almas están muertas, en cierto modo.

—Pero ¿cómo quiere que ponga que están muertas? ¿No ve que eso no se puede escribir? Aunque estén muertas, conviene que parezca que están vivas.

—Muy bien. Escríbalo de esta manera: «Que es preciso, o que se exige, se desea, se busca que parezca que estén vivas». Sin papeleo de por medio no se puede hacer nada. El ejemplo es Inglaterra e incluso Napoleón. Le asignaré un comisario que lo acompañará a todas partes.

Hizo sonar una campanilla. Apareció un individuo.

—¡Secretario, haga venir a un comisario!

Apareció el comisario, por su aspecto parecía mitad campesino mitad funcionario.

—Él le acompañará por los lugares que sea menester.

Por curiosidad, Chíchikov decidió ir con el comisario a ver aquellos lugares que era menester. La oficina de recepción de informes sólo existía en el rótulo y sus puertas estaban cerradas con llave. El jefe de negociado, Jruliov, había sido trasladado de nuevo al recién constituido Comité de Construcciones Agrarias. Su lugar lo ocupaba ahora el ayuda de cámara Berezovski; pero a éste, a su vez, también lo habían destinado a cierta comisión de obras. Llamaron al Comité de Asuntos Agrarios y allí estaban de reformas; despertaron a cierto borracho, pero no sacaron nada en claro. «Esto es un barullo —dijo finalmente el comisario a Chíchikov—. Todos engañan al señor. Quien dispone de todo aquí es la Comisión de Obras: arranca a todos los hombres del trabajo que están haciendo y los envía allí donde se le antoja. Lo único que importa aquí es lo que hace la Comisión de Obras». Evidentemente, estaba descontento con la Comisión de Obras. Chíchikov no quiso ver nada más y, ya de vuelta, le explicó al coronel que si esto y que si aquello, que todo era un completo desorden, que no había

podido conseguir nada y que el departamento de Recepción de Informes ni siquiera existía.

El coronel se enardeció de noble indignación y estrechó con fuerza la mano de Chíchikov en señal de agradecimiento. Acto seguido, tomó papel y pluma y escribió ocho severísimas demandas: ¿con qué derecho la Comisión de Obras había dispuesto arbitrariamente de funcionarios que no pertenecían a su departamento? ¿Cómo había podido permitir el director general que un delegado, sin haber entregado su cargo, se ausentase en viaje de inspección? ¿Cómo podía el Comité de Asuntos Agrarios permanecer indiferente ante el hecho de que ni siquiera existiera un departamento de Recepción de Informes y Denuncias?

«¡Vaya jaleo!», pensó Chíchikov, que ya se quería ir.

—No, no dejaré que se marche. Ahora mi amor propio está herido. Le demostraré qué significa la dirección orgánica y correcta de una hacienda. Encomendaré su caso a una persona que vale por todas las demás: ha terminado un curso universitario. Ya ve qué clase de siervos tengo yo… Y para no perder un tiempo valiosísimo, le ruego encarecidamente que visite mi biblioteca —dijo el coronel, abriendo una puerta lateral—. Aquí hay libros, papel, plumas, lápices, de todo. Utilícelo, utilícelo todo: aquí usted es el amo. La educación debe estar al alcance de todos.

Así hablaba Koshkariov mientras lo introducía en el almacén de libros. Era una enorme sala atestada de volúmenes, desde el suelo hasta el techo. Había incluso animales disecados. Libros de toda clase: de arboricultura, ganadería, cría de cerdos, jardinería; revistas especializadas en todas las materias, de las que se distribuyen por suscripción, pero que nadie lee. Al ver que todo eran libros de esos que no sirven para pasar un rato agradable, Chíchikov se dirigió a otra estantería y del fuego cayó en las brasas: todo eran libros de filosofía. Ante sus ojos aparecieron seis volúmenes enormes con títulos del tipo: *Introducción preparatoria al campo del pensamiento: Teoría de la comunidad, del conjunto y de la esencia, y su aplicación a la comprensión de los principios orgánicos de la dicotomía de la productividad social*. Hojease el libro que hojeara, Chíchikov encontraba en cualquier página palabras como *manifestación, desarrollo, abstracto, hermetismo, hermenéutica* y el diablo sabe qué más. «Esto no es para mí»,

se dijo Chíchikov y se dirigió a una tercera estantería que contenía los libros de arte. Sacó un volumen enorme con unas indiscretas estampas mitológicas y se puso a examinarlo. Era la clase de cuadros que gustan a los solteros de mediana edad y a veces incluso también a esos vejestorios que se excitan viendo *ballets* y otros espectáculos picantes. Cuando acabó de mirar este libro, Chíchikov se disponía a sacar otro por el estilo y en ese momento se presentó el coronel Koshkariov, con un aspecto radiante y un papel en la mano.

—¡Ya está todo hecho, y magníficamente hecho! La persona de la que le hablé es decididamente un genio. Por este motivo lo pondré por encima de todos los demás y crearé un departamento para él. Eche un vistazo y verá qué mente más lúcida y cómo lo ha resuelto todo en cuestión de minutos.

«¡Gracias a Dios, señor!», pensó Chíchikov y se dispuso a escuchar.

El coronel empezó a leer en voz alta:

«Tras proceder a considerar la tarea que me encomendó Su Señoría, tengo el honor de exponer lo siguiente:

»I.— Hay un malentendido en la petición misma del caballero y asesor colegiado Pável Ivánovich Chíchikov, pues incurre en el error de calificar irreflexivamente de muertas las almas del censo. Con este nombre seguramente quería decir “cercanas a la muerte”, pero no muertas. Además, tal denominación indica un estudio de la ciencia más bien empírico y probablemente restringido a un currículo de escuela parroquial, ya que el alma es inmortal».

—¡Qué astuto! —dijo Koshkariov, complacido—. Aquí le lanza una pullita. Confiéselo, maneja bien la pluma, ¿verdad?

«II.— En la hacienda no hay ninguna alma que no esté hipotecada, no sólo ya las que se hallan cercanas a la muerte, sino todas las demás, pues todos los recursos humanos no sólo están hipotecados, sino rehipotecados, con un recargo adicional de ciento cincuenta rublos por alma, excepto el pequeño pueblo de Gurmáilovka, cuyo estado es controvertido debido a un pleito con el terrateniente Predíschev y, por tanto, es un activo congelado, como se anunció en el número 42 de *Moskóvskie Viédomosti*[150]».

—¿Por qué no me dijo esto antes? ¿Por qué me ha hecho perder el tiempo con tonterías? —dijo Chíchikov, enojado.

—Era necesario que lo viera con la documentación necesaria. No es cosa de broma. Hasta un tonto podría verlo con un examen precipitado, pero es preciso tomarlo en consideración concienzudamente.

Furioso, Chíchikov tomó la gorra y salió corriendo de la casa, directamente hacia la puerta, en contravención de todas las normas del decoro. El cochero esperaba y el *drozhki* estaba listo: sabía que no tenía sentido desenganchar los caballos, ya que si quería pienso tendría que haber presentado una instancia por escrito y la autorización de dar avena a los caballos no se firmaría hasta el día siguiente. A pesar de la grosería y los malos modales de Chíchikov, Koshkariov, no obstante, se mostró extraordinariamente cortés y delicado. Le dio un fuerte apretón de manos, lo estrechó contra su corazón y le dio las gracias por brindarle una visión real de cómo funcionaban los procedimientos administrativos en su hacienda; dijo que era necesario amonestar a su gente y reprenderlos severamente, ya que, de lo contrario, todo era susceptible de caer en la ociosidad y que los resortes del poder se oxidaran y debilitaran; que, como resultado de los acontecimientos de aquel día, se le había ocurrido una idea afortunada: organizar una nueva comisión que llevaría el nombre de Comisión de Seguimiento de la Comisión de Obras, para que nadie se atreviera nunca más a robar nada.

Chíchikov llegó muy tarde a casa de Kostanzhoglo, irritado y descontento. Ya hacía tiempo que estaban encendidas las velas.

—¿Cómo es que se ha retrasado tanto? —preguntó Kostanzhoglo cuando Chíchikov apareció en la puerta.

—¿De qué han hablado tanto rato? —quiso saber Platónov.

—¡En mi vida había visto a un imbécil como ése! —dijo Chíchikov.

—Los hay peores —afirmó Kostanzhoglo—. Koshkariov es un consuelo. Necesitamos gente como él, porque refleja de manera caricaturesca y visible todas las estupideces en las que incurren nuestros sabelotodos, esos que antes de conocer las ideas de su país se llenan la cabeza con ideas estúpidas del extranjero. Ya ve qué clase de terratenientes tenemos ahora: montan oficinas, fábricas, escuelas, comisiones y el diablo sabe qué más. ¡He aquí las lumbreras que tenemos! Justo cuando todo se estaba recuperando después de los franceses en 1812, van y lo ponen todo

patas arriba. De hecho, han causado más daño que los franceses, de modo que hoy alguien como Piotr Petróvich Petuj está considerado un buen propietario.

—Pero si incluso ha hipotecado su hacienda… —dijo Chíchikov.

—Por supuesto, todo el mundo acude al banco, todo acaba hipotecado. —Dicho esto, Kostanzhoglo empezó a irritarse un poco—. Por ejemplo, ahora hay fábricas de sombreros, fábricas de velas: se contratan artesanos de Londres y los terratenientes se convierten en comerciantes. Ser terrateniente era un título muy respetable, y ahora todos son productores, dueños de fábricas. Máquinas hiladoras… que confeccionan muselinas para las fulanas de la ciudad, para las prostitutas…

—Pero usted también tiene fábricas —observó Platónov.

—¿Y quién las creó? ¡Surgieron por sí solas! Se acumulaba el excedente de lana, no había a quién vendérsela, así que empecé a tejer tela y paño fuerte, sencillo, que se compra a un precio módico en los mercados locales; es lo que conviene al campesino, a mis campesinos. Durante seis años tiraron escamas de pescado a mis orillas: ¿y bien, qué iba a hacer con todo eso? Preparé cola con ello y gané cuarenta mil rublos. En mi casa todo funciona así.

«¡Qué diablo astuto! —pensó Chíchikov, mirándolo fijamente con los dos ojos—. ¡Éste sí sabe lo que es barrer para casa!».

—Y la verdadera razón por la que lo hice fue porque tenía una multitud de trabajadores que, de lo contrario, se habrían muerto de hambre. Había hambruna debido a la mala cosecha, gracias a los dueños de las fábricas que descuidaron los cultivos. De ese tipo de fábricas, hermano, tengo muchas. Cada año una nueva, dependiendo de las sobras y de los residuos que se hayan acumulado. Si mira atentamente su hacienda, verá que todo lo que se desecha puede generar beneficios, pero se rechaza y se dice: «¡No lo necesito!». Y no necesito construir palacios con columnas y frontispicios para hacerlo.

—Es sorprendente… Lo más sorprendente de todo es que de cualquier desperdicio obtenga beneficios —dijo Chíchikov.

—Sí, ¡por supuesto! Así es mientras las cosas se lleven con sencillez y se tomen tal como son. Pero hoy todo el mundo se cree que es mecánico y

que tiene que abrir el arca del dinero con herramientas, en lugar de no complicar las cosas. Y la gente viaja expresamente a Inglaterra, ése es el problema. ¡Qué estúpidos! —Al decir esto, Kostanzhoglo escupió—. Sin embargo, cuando vuelven del extranjero son cien veces más estúpidos.

—¡Ay, Konstantín! Ya te has vuelto a enfadar —dijo la mujer, inquieta—. Ya sabes que te perjudica.

—Pero ¿cómo no voy a enfadarme? Si se tratara de algo que no tuviera que ver con nosotros, aún… Pero me toca muy de cerca. Lo preocupante es que el carácter ruso se está echando a perder. ¡Y es que ahora el carácter ruso tiene un quijotismo que nunca había tenido! ¡Si se le mete entre ceja y ceja la instrucción, se convierte en el Don Quijote de la instrucción: funda escuelas que no se le ocurrirían ni a un imbécil! De estas escuelas saldrán personas que no servirán para nada ni en el pueblo ni en la ciudad, serán, como mucho, borrachos con una visión inflada de su valía. Si se le mete en la cabeza la filantropía, se convierte en un Don Quijote de la filantropía: gastará un millón de rublos para construir hospitales totalmente inútiles y otras instituciones con columnas, se arruinará y todos acabarán en la calle. ¡Ésa es su filantropía!

Chíchikov no estaba interesado en la educación. Quería interrogar a Kostanzhoglo en detalle acerca de eso de que todo desperdicio da beneficios: pero Kostanzhoglo, sin embargo, no le daba oportunidad de hablar. De su boca manaban discursos biliosos y Chíchikov no los podía contener.

—Piensan en cómo educar al campesino… Pero lo primero que hay que lograr es que sea un agricultor próspero, y él mismo ya se ilustrará. No se imagina hasta qué punto se ha vuelto estúpido el mundo. ¡Hay que ver las tonterías que garabatean ahora los escritorzuelos! Un mocoso publica un librito y todos se desviven por leerlo. Fíjese en lo que dicen: «El campesino lleva una vida demasiado primitiva; hay que darle a conocer los objetos de lujo, inculcarle necesidades que estén más allá de sus posibilidades…». Porque ellos mismos se han convertido en petimetres, no en seres humanos, debido a esos lujos y han contraído el diablo sabe cuántas enfermedades; no hay muchacho de dieciocho años que no lo haya probado ya todo: está desdentado y calvo como una bola de billar. Y ahora quieren contagiar a los

campesinos. Aún podemos dar gracias a Dios de que en nuestro país todavía quede una capa social sana que no ha descubierto esos caprichos. De eso tenemos que dar gracias a Dios. Los que labran la tierra son la gente que más respeto. ¿Por qué no los dejan en paz? Ojalá todo el mundo labrara la tierra.

—¿Así que cree que lo más rentable es labrar la tierra? —preguntó Chíchikov.

—Es lo más legítimo, no lo más productivo. Ganarás el pan con el sudor de tu frente, se nos dijo. Es muy sencillo. La experiencia de siglos ha demostrado que, cuando cultiva la tierra, el hombre es más moral, más puro, más noble, más elevado. No digo que no deba tener ningún otro oficio, pero la base de todo ha de ser el cultivo de la tierra. De eso se trata. Las fábricas aparecerán por sí mismas. Y serán fábricas legítimas, las que el hombre necesita aquí, las que convengan a los rusos, y no esas fábricas destinadas a proporcionar artículos de consumo que han debilitado al hombre de hoy. No son esas fábricas que, para sostenerse y mantener la demanda, tienen que recurrir a medios viles, que corrompen y depravan al pueblo infortunado. Así que no estableceré aquí, por mucho que esgrima razones a favor de ellas, cualquier producción que estimule un mayor consumo, como el tabaco o el azúcar, aunque suponga perder un millón de rublos. ¡Si la corrupción ha de golpear a la comunidad, por lo menos que no sea de mi mano! Que por lo menos yo pueda mantener la cabeza alta delante de Dios… Llevo veinte años viviendo entre el pueblo llano: sé las consecuencias que comportará.

—A mí lo que más me sorprende es cómo una buena gestión hace que se obtengan ingresos a partir de desperdicios y de todo tipo de basura.

—Hum… ¡Economistas políticos! —dijo Kostanzhoglo con una expresión de sarcasmo amargo, sin prestar atención a Chíchikov—. ¡Buenas piezas están hechos, los economistas! Si uno es burro, el otro todavía lo es más, y los dos van detrás de otro burro. No ven más allá de su estúpida nariz. Son unos burros y encima se suben a una cátedra y se calan las gafas… ¡Pura idiotez! —Y escupió, fuera de sí.

—Todo lo que dices es verdad, pero, haz el favor, no te enfades —dijo la esposa de Kostanzhoglo—. ¡Como si no se pudiera hablar de este tema

sin perder los nervios…!

—Oyéndole hablar, respetabilísimo Konstantín Fiódorovich, uno entiende, por así decirlo, el sentido de la vida, toca el meollo de la cuestión. Pero, dejando de lado el aspecto humano, permítame que nos concentremos en lo particular. Supongamos que me convierto en propietario y tengo como objetivo enriquecerme en poco tiempo para, por así decirlo, cumplir mi obligación esencial como ciudadano, entonces, ¿de qué manera, cómo lo he de hacer?

—¿Qué hay que hacer para enriquecerse? —repitió Kostanzhoglo—. Pues lo siguiente…

—Vamos a cenar —dijo la señora de la casa. La mujer se levantó del sofá y caminó hasta el centro de la sala, a la vez que envolvía sus hombros jóvenes y ateridos con un chal.

Chíchikov se levantó de la silla casi con la destreza de un militar, le ofreció el brazo estirado y la condujo solemnemente a través de las dos habitaciones hasta el comedor; en la mesa había ya una sopera destapada de la que emanaba un agradable olor a sopa, impregnada del aroma de hierbas frescas y de los primeros brotes de primavera. Todos se sentaron a la mesa. Con mucha presteza, los criados llevaron todos los platos de una vez en unos recipientes cerrados, así como todo lo que era preciso. A Kostanzhoglo no le gustaba que los lacayos escuchasen las conversaciones del señor, y menos aún que mirasen su boca mientras comía.

Después de saciarse de sopa y de beber una copita de una excelente bebida que parecía vino de Hungría, Chíchikov dijo al anfitrión:

—Permítame, respetabilísimo amigo, volver al tema de la conversación que antes quedó interrumpida. Yo le preguntaba qué he de hacer, cómo tengo que actuar, cuál es la mejor manera de emprender […][151]

—[…] es una finca tan buena que si me pidieran cuarenta mil rublos por ella se los daría al instante.

—Hum… —Chíchikov se quedó pensativo—. ¿Y por qué no la compra usted mismo? —preguntó con cierta timidez.

—Bueno, hay que conocer los límites de uno, después de todo. Mis fincas ya me dan demasiados quebraderos de cabeza. Además, los nobles ya se quejan de lo mucho que me aprovecho de la situación extrema en la que

se encuentran y de su situación ruinosa para comprar tierra barata. Al final, me he hartado de todo eso, al diablo con ellos.

—¡Qué aficionada es la gente, en general, a la maledicencia! —dijo Chíchikov.

—Pero no se puede imaginar hasta qué punto lo es en nuestra provincia. A mí no hacen más que llamarme roñoso y ruin. Ellos nunca tienen culpa de nada. Dicen: «Por supuesto, he malgastado, pero ha sido porque he vivido para satisfacer las necesidades supremas de la vida, he alentado a los industriales, es decir, a unos estafadores que… […] De lo contrario, sin embargo, se puede vivir como un cerdo, como Kostanzhoglo».

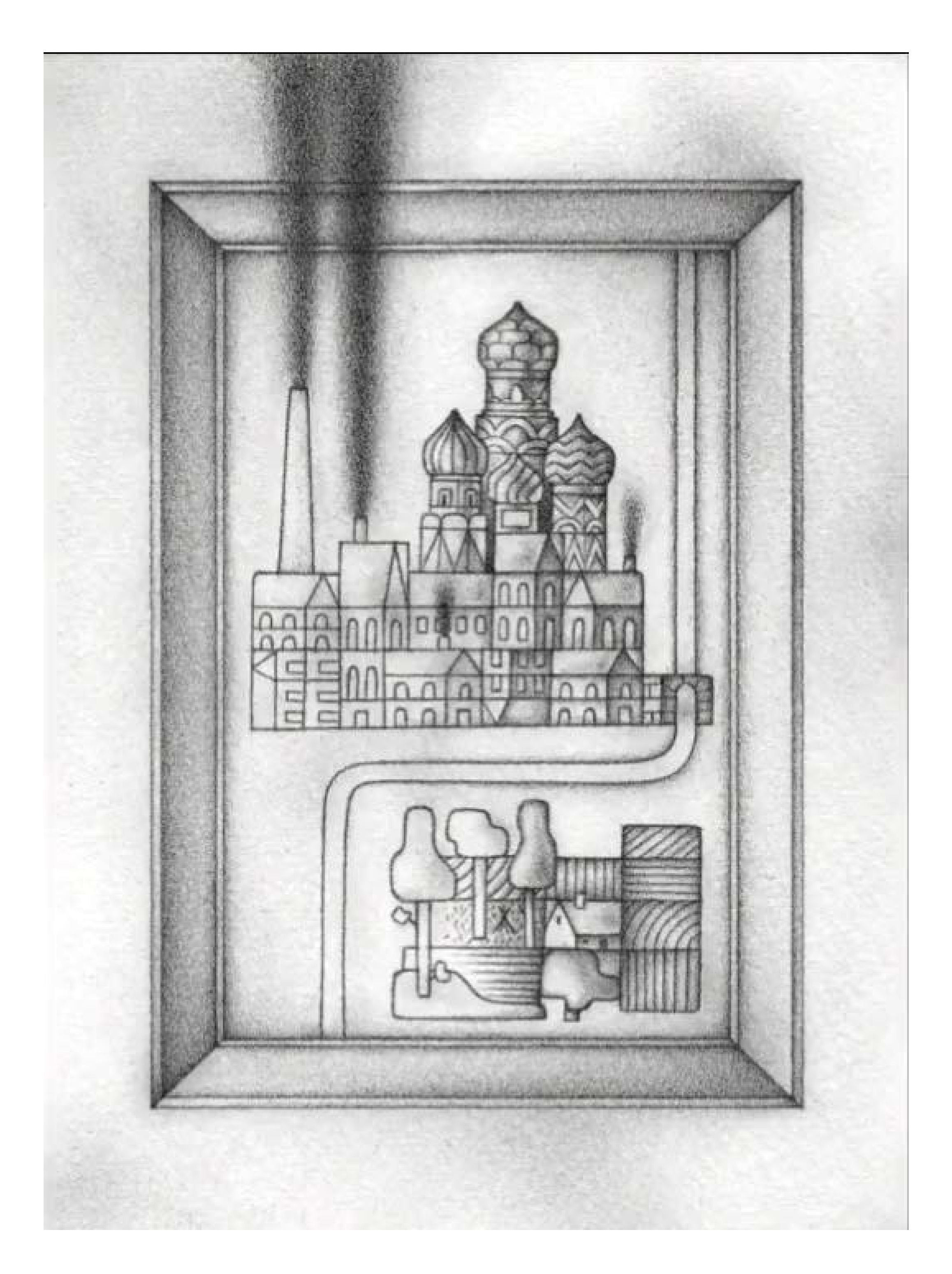
—¡No me importaría ser un cerdo así! —dijo Chíchikov.

—Y todo son mentiras y disparates. ¿Cuáles son esas necesidades supremas de la vida? ¿A quién quieren engañar? Aunque compren libros, no los leen. Todo acaba en partidas de cartas y borracheras. Y despotrican contra mí porque no ofrezco banquetes ni les presto dinero. Si no ofrezco banquetes, es porque me fatigan: no estoy acostumbrado. Pero si vienen a visitarme y comen lo que yo como, bienvenidos sean. En cuanto al dinero, no lo presto, es una tontería. Sin embargo, si alguien acude a mí con una necesidad real, si me cuenta en detalle cómo gastará mi dinero y me convence con sus palabras que lo utilizará con cordura y que le proporcionará beneficios, no le negaré el dinero y ni siquiera le pediré intereses.

«Es algo que hay que tomar en cuenta», pensó Chíchikov.

—Nunca se lo negaré —continuó Kostanzhoglo—. Lo que no haré, no obstante, es tirar el dinero al aire. ¡Por más que me lo reprochen! ¡Al diablo con ellos! Hay quien quiere dar un banquete para su amante o mueblar su casa con objetos caros, o bien acudir con una prostituta a un baile de máscaras u organizar una fiesta para celebrar que vive en este mundo sin dar un palo al agua, ¡y se supone que tengo que prestarle dinero!

En esto, Kostanzhoglo escupió y estuvo a punto de pronunciar algunas palabras indecorosas e inconvenientes delante de su mujer. La sombra severa de una oscura hipocondría enturbió su rostro. Unas arrugas le surcaron la frente, a lo largo y de través, que delataban la ira que perturbaba su bilis.



—Permítame, respetabilísimo amigo, que retome el tema de la conversación antes interrumpida —dijo Chíchikov, tomando otra copa de licor de frambuesa, que resultó ser una exquisitez—. Supongamos que yo

adquiera la hacienda que ha tenido a bien mencionar. ¿En cuánto tiempo y con qué rapidez sería posible hacerme lo suficientemente rico para…?

—Si quiere hacerse rico deprisa —le cortó Kostanzhoglo, que ya estaba de mal humor, con voz severa e impetuosa—, nunca lo conseguirá, pero si quiere hacerse rico y no pregunta cuánto tiempo le llevará, lo logrará rápidamente.

—¡De modo que así es! —exclamó Chíchikov.

—Sí —afirmó Kostanzhoglo bruscamente, como si estuviera enfadado con Chíchikov—. Hay que amar el trabajo. Sin eso, no se consigue nada. Hay que amar la hacienda. Sí, créame, no es nada aburrido. Alguien se ha inventado que en los pueblos la vida es triste… Yo ya me habría muerto, colgado del aburrimiento, si hubiera pasado aunque sólo fuera un día en la ciudad de la manera en que la gente lo hace en esos estúpidos clubs, tabernas y teatros. ¡Imbéciles, una generación de burros! Un amo no puede aburrirse, no tiene tiempo para eso. Su vida no tiene ni un centímetro de vacuidad, todo es plenitud. Basta con pensar en la variedad de tareas que hay que hacer, y además ¡qué tareas! Tareas que elevan verdaderamente el espíritu. Digan lo que digan, el hombre aquí vive en armonía con la naturaleza, con las estaciones, es participante e interlocutor de todo lo que acontece en la creación. Basta con fijarse en el ciclo anual del trabajo: incluso antes de empezar la primavera, todo está alerta y a la espera; se preparan las semillas, se escoge, se pesa el grano en los cobertizos y se seca; se deciden los cupos y los diezmos de los campesinos. Se piensa todo el año por anticipado y todo se calcula de antemano. Y en cuanto llega el deshielo y los ríos vuelven a correr, tan pronto todo se seca y la tierra empieza a abrirse, las palas trabajan en huertos y jardines, el arado y los rastrillos remueven los campos. Se planta y se siembra. ¿Entiende lo que eso significa? ¡Nada es trivial! ¡Se siembra la futura cosecha! ¡Se planta la bendición de toda la tierra! ¡El alimento para millones de personas! Luego llega el verano… Y entonces siega que te siega… La cosecha se pone en marcha: un lote de centeno detrás de otro, luego trigo, cebada y avena. Todo es un hervidero; no se pierde ni un minuto: incluso si tuvieras veinte ojos, deberías emplearlos todos en el trabajo. Y en cuanto se acaban las celebraciones, es el momento de llevarlo todo a cubierto, amontonarlo en

pilas, empiezan los trabajos invernales, la reparación de los graneros para el invierno, de los cobertizos, de los establos para el ganado y, al mismo tiempo, se debe llevar a cabo el trabajo de las mujeres y, al hacer balance, ves todo lo que se ha hecho, es sencillo… ¡Y el invierno! Se trilla en los graneros y se transporta el grano trillado de las eras a los almacenes. Visitas el molino, las fábricas, vas a echar un vistazo a los talleres, pasas a ver al campesino para comprobar cómo trabajan. Para mí, es un motivo de júbilo ver a un carpintero manejando bien el hacha, puedo pasarme incluso dos horas mirándolo trabajar. Y, más aún, si comprendes que todo esto se hace con un propósito, que a tu alrededor todo crece y se multiplica, aportando frutos y beneficios. No, no tengo palabras para explicar lo que se siente. Y no porque el dinero crezca —el dinero sólo es dinero—, sino porque todo es producto del trabajo de tus manos, porque ves que eres la causa de ello, el creador, y que cae sobre todo el mundo una lluvia de abundancia y prosperidad gracias a ti, como si fueras un mago. ¿Dónde encontraría un placer semejante? —dijo Kostanzhoglo, a la vez que levantaba el rostro y desaparecían sus arrugas. Como un zar en el día de su solemne coronación, lucía radiante y unos rayos parecían emanar de su cara—. ¡Sí, no encontrará en el mundo entero un placer igual! Es ahí, justamente ahí, cuando el hombre trabaja a imagen y semejanza de Dios. Dios se reservó para sí mismo la tarea de la creación como placer supremo y exige del hombre, también, que sea creador de bienestar a su alrededor. ¡Y pensar que dicen que es una ocupación aburrida…!

Chíchikov escuchaba, embelesado, las dulces palabras de su anfitrión, como quien escucha el canto de las aves del paraíso. La boca se le hacía agua. Sus ojos, humedecidos, eran todo dulzura y habría seguido escuchando eternamente el discurso de Kostanzhoglo.

—Konstantín, ya es hora de que nos retiremos de la mesa —dijo la dueña de la casa y se levantó de la silla. Todos hicieron lo propio. Chíchikov alargó el brazo, se lo ofreció a la anfitriona y la condujo hasta el salón. Pero sus movimientos carecían de destreza, pues su mente estaba ocupada en reflexionar sobre asuntos realmente esenciales.

—Digas lo que digas, todo esto es aburrido —dijo Platónov, que los seguía.

«El invitado no es estúpido —rumió el amo de la casa—. Sopesa sus palabras y no es un escritorzuelo». Después de pensar en esto, aun se puso más alegre, como reconfortado por su propio discurso, jubiloso de haber encontrado a un hombre que supiera escuchar consejos sabios.

Cuando se instalaron todos en una acogedora sala iluminada con velas, frente a la puerta de la veranda acristalada que daba al jardín, desde donde las estrellas, titilantes encima de las copas de los árboles del jardín dormido, los contemplaban, Chíchikov se sintió muy a gusto, como no lo había estado hacía mucho tiempo. Como si después de largos peregrinajes lo hubiese acogido un techo familiar y, con el trabajo hecho y todos los deseos cumplidos, hubiese declarado, tirando su bastón de peregrino: «¡Ya basta!». Esta encantadora disposición de ánimo había embargado su espíritu gracias a las inteligentes palabras del hospitalario dueño. Para cada persona hay palabras que son más íntimas y familiares que otras. A menudo, en algún remoto lugar abandonado, de pronto encontrarás a alguien cuya cálida conversación te hará olvidar el mal estado de los caminos, los lechos inhóspitos, el sinsentido del bullicio moderno, la falsedad de los señuelos que engañan al hombre. Y la velada pasada así se grabará hondamente y para siempre en tu memoria con todas sus circunstancias: quién estaba presente, el lugar que cada uno ocupaba y qué sostenía en la mano, así como las paredes, los rincones y cualquier trivialidad.

Del mismo modo, Chíchikov grabó todo en su memoria aquella tarde: la agradable salita amueblada sin pretensiones, la expresión bondadosa inmutable en la cara del perspicaz anfitrión, pero incluso también el dibujo del empapelado, la pipa con boquilla de ámbar ofrecida a Platónov, el humo que lanzaba al hocico prominente de Yarb, los resoplidos del perro, la risa de la atractiva señora de la casa, interrumpida por las palabras: «Basta, no lo atormentes», y asimismo las velas alegres, el grillo en un rincón, la puerta acristalada, la noche primaveral que los contemplaba desde fuera, cuajada de estrellas, descansando en las copas de los árboles, e invadida por la música de los ruiseñores que gorjeaban a pleno pulmón dentro del frondoso follaje.

—Lo que dice es miel para mis oídos, querido Konstantín Fiódorovich —declaró Chíchikov—. Puedo afirmar que en toda Rusia no he encontrado

una persona que le iguale en inteligencia.

Kostanzhoglo sonrió. Sentía que sus palabras encerraban no poca verdad.

—De todos modos, si quiere conocer a un hombre de veras inteligente, aquí hay uno que es merecedor, con toda justicia, de ese calificativo: es un sabio al que no le llego ni a la suela de los zapatos.

—¿Y quién es ese hombre? —preguntó Chíchikov, atónito.

—Murázov, nuestro contratista, el concesionario de alcohol.

—¡Es la segunda vez que oigo hablar de él! —exclamó Chíchikov.

—Es un hombre capaz de gobernar todo un imperio, no sólo la hacienda de un terrateniente. Si yo estuviera al frente del Estado, lo primero que haría sería nombrarlo ministro de Finanzas.

—Y, según dicen, ha hecho posible lo imposible: ha amasado una fortuna de diez millones de rublos.

—¿Cómo que diez? Más de cuarenta. Pronto la mitad de Rusia estará en sus manos.

—¡No me diga! —exclamó Chíchikov con los ojos desorbitados y boquiabierto.

—No le quepa la menor duda. Está claro. Alguien que posee cientos de miles se enriquece lentamente; un hombre con un millón tiene unas perspectivas más amplias. Y no tiene competidores. Nadie puede rivalizar con él. Fije el precio que fije, éste no se alterará: nadie podrá superarlo.

—¡Dios mío! —exclamó Chíchikov, persignándose. Se quedó mirando fijamente a Kostanzhoglo a los ojos y sintió que se le cortaba la respiración —. ¡Es inconcebible! ¡Se queda uno helado de espanto! Hay quienes se asombran ante la sabiduría de la Providencia cuando contemplan un insecto: a mí me sorprende mucho más que sumas tan enormes puedan caer en manos de un mortal. Permítame que le pregunte un detalle. Dígame, el capital inicial que adquirió no sería por medios del todo honestos, ¿no?

—Lo adquirió de la manera más irreprochable y por los métodos más legítimos.

—¡Increíble! Si se tratase de miles, pero millones…

—Al contrario, lo difícil es conseguir miles honestamente, pero los millones se acumulan sin esfuerzo. El millonario no tiene que recurrir a

caminos tortuosos: sólo debe tomar el camino recto y apresar todo cuanto encuentre a su paso. Otros hombres no lo cogerán, no todo el mundo tiene fuerzas para ello, y no encuentra competidores. Ya se lo dije, su campo de acción es muy amplio: todo lo que tome lo multiplicará por dos o por tres. Pero ¿qué puede sacar de unos miles? El diez o el veinte por ciento.

—Lo que me resulta más difícil de entender es que toda su empresa comenzara con algunos kopeks.

—Siempre ocurre así. Es el orden legítimo de las cosas —dijo Kostanzhoglo—. Quien nació y se crió con miles no conseguirá más: ya está habituado a sus antojos y Dios sabe a qué más. Hay que empezar desde cero, no por el medio; con un kopek, no con un rublo, desde abajo, no desde arriba. Sólo así se puede conocer realmente a la gente y el medio en que luego uno tendrá que desenvolverse. Cuando uno lo sufre todo en sus carnes y se da cuenta del esfuerzo que cuesta ganar un kopek, si las ha pasado moradas, se vuelve tan sabio y tan curtido que no fallará en empresa alguna, sea cual sea. Créame, es verdad. Tienes que empezar desde cero, no por el medio. Si alguien me dice: «Deme cien mil rublos y me haré rico al instante», no lo creeré; eso es que obra al azar, no sobre seguro. Tienes que empezar con unas pocas monedas.

—En ese caso, me haré rico —dijo Chíchikov, que no podía dejar de pensar en las almas muertas—, porque realmente empiezo de la nada.

—Konstantín, ya es hora de dejar descansar a Pável Ivánovich y de que se vaya a dormir —dijo la señora—, pero no haces más que hablar.

—Estoy seguro de que se hará rico —dijo Kostanzhoglo, sin escuchar a su mujer—. Ríos, ríos de oro fluirán hacia usted. No sabrá qué hacer con sus ingresos.

Pável Ivánovich lo escuchaba encandilado, sus pensamientos revoloteaban en un mundo de sueños y fantasías. Su imaginación desenfrenada bordaba un tapiz de oro con motivos de ganancias dorados, y las palabras «ríos, ríos de oro fluirán» resonaban en sus oídos.

—De verdad, Konstantín, ya es hora de que Pável Ivánovich se vaya a dormir.

—¿Qué tienes? Vete tú, si quieres —dijo el amo de la casa e hizo una pausa, porque los sonoros ronquidos de Platónov retumbaron en toda la

habitación, seguidos de los ronquidos de Yarb, todavía más fuertes. Kostanzhoglo se dio cuenta de que, en efecto, era hora de acostarse y zarandeó a Platónov, a la vez que le decía: «Basta de roncar», y deseó buenas noches a Chíchikov. Todos se fueron a la cama y enseguida se quedaron dormidos. El difícil trabajo de gobernar una hacienda se había vuelto ahora sencillo y comprensible y parecía encajar de maravilla con su naturaleza. Tenía que hipotecar esas almas muertas y adquirir una finca real y verdadera. Se veía a sí mismo actuando y dirigiendo como le había enseñado Kostanzhoglo: enérgicamente, tomándolo todo en consideración, sin introducir ninguna novedad antes de conocer perfectamente lo viejo, supervisándolo todo con sus propios ojos, conociendo a los campesinos, prescindiendo de todos los elementos superfluos, dedicándose en cuerpo y alma a los trabajos de la hacienda. Saboreaba ya por adelantado el placer que sentiría cuando se estableciera un orden armonioso, y todos los engranajes de la maquinaria económica se pusieran en marcha con un movimiento sostenido. Bulliría el trabajo y, del mismo modo que el molino transforma rápidamente el grano en harina, en su hacienda hasta el último desperdicio se convertiría en dinero… La imagen del prodigioso propietario no se le iba de la cabeza. Era la primera persona de toda Rusia por la que sentía respeto personal. Hasta entonces habían merecido su consideración los individuos de altos rangos y sus inmensas fortunas. Nunca había reverenciado a nadie por su inteligencia. Kostanzhoglo era el primero. Chíchikov se dio cuenta de que con ese hombre no podría recurrir a triquiñuelas. Ocupaba su mente otro proyecto: la compra de la hacienda de Jlobúev. Él disponía de diez mil rublos; quince mil pensaba pedírselos prestados a Kostanzhoglo, pues había declarado que estaba dispuesto a ayudar a cualquiera que desease hacer fortuna; el resto del dinero ya lo lograría de alguna manera: bien recurriendo a una hipoteca, bien retrasando el pago. Ésa también era una posibilidad: ¿quién se molestaría en acudir a los tribunales para procesarlo? Aún estuvo largo rato dándole vueltas a todo esto. Finalmente, el sueño, que hacía cuatro horas ya que, como se suele decir, había acogido en sus brazos a toda la casa, abrazó también a Chíchikov. Cayó profundamente dormido.

Capítulo cuarto

Al día siguiente todo salió de la mejor manera posible. Kostanzhoglo le entregó diez mil rublos de buena gana, sin intereses ni avales, y se limitó a pedirle que firmara un recibo. Estaba dispuesto a ayudar de este modo a todo aquel que persiguiera el camino de la prosperidad. Enseñó a Chíchikov su hacienda. Todo era sencillo y estaba dispuesto con inteligencia. Todo se había organizado de manera que funcionara por sí solo. No se desperdiciaba ni un minuto, los campesinos no cometían la más mínima negligencia. El terrateniente, como si tuviera un ojo que todo lo viera, hacía que los hombres se pusieran inmediatamente manos a la obra. En ningún lugar había holgazanes. Ni siquiera Chíchikov podía dejar de impresionarse por lo mucho que había hecho ese hombre en silencio, sin hacer ruido, sin redactar proyectos o tratados acerca de cómo proporcionar el bienestar a toda la humanidad. Asimismo, le impresionaba la esterilidad de la vida del habitante de la capital, ese que araña con sus pies los suelos de parqué, ese adulador de los salones, ese arquitecto de grandes proyectos que, en su torre de marfil, dicta instrucciones para los remotos confines del imperio. Chíchikov estaba completamente extasiado, y la idea de convertirse en terrateniente arraigó en él aún más hondo. Kostanzhoglo no sólo le enseñó todo alrededor, sino que se ofreció a acompañarlo a casa de Jlobúev para examinar la finca juntos. Chíchikov estaba de buen humor. Después de un desayuno copioso, se pusieron en camino los tres, que se montaron en el coche de Pável Ivánovich, mientras que el *drozhki* del anfitrión los seguía, vacío. Yarb corría delante y ahuyentaba los pájaros de la carretera. A lo largo de quince verstas los bosques y las tierras de cultivo de Kostanzhoglo se extendieron a ambos lados del camino. Los bosques y los prados se

alternaban sin cesar. Ni una sola brizna de hierba estaba fuera de lugar: todo, como en una creación divina, parecía formar parte de un jardín. Pero enmudecieron sin querer en cuanto empezaron las tierras de Jlobúev: en lugar de bosques, vieron arbustos mordisqueados por el ganado y centeno cubierto de maleza, que apenas había crecido, ahogado por la neguilla y la cizaña. Finalmente surgieron unas chozas vetustas, sin cercado, y, en el medio, una casa de piedra deshabitada, sin terminar. Al parecer, no habían tenido material con el que hacer el tejado, así que por arriba se había quedado cubierta de paja, ahora ennegrecida. El dueño vivía en otra casa, de una sola planta. Salió corriendo a recibirlos, enfundado en su vieja levita, greñudo y con unas botas agujereadas, soñoliento y desaliñado, pero se percibía algo de bondad en su rostro.

Se alegró de verlos de un modo indescriptible. Como si de pronto se reencontrara con unos hermanos de quienes llevara mucho tiempo separado.

—¡Konstantín Fiódorovich! ¡Platón Mijáilovich! ¡Cómo les agradezco su visita! ¡Déjenme que me frote los ojos! La verdad, pensaba que ya nadie se dignaría venir a verme. Todos huyen de mí como de la peste: se creen que les pediré prestado dinero. ¡Oh, la vida es dura, muy dura, Konstantín Fiódorovich! Sé que la culpa es toda mía. ¿Qué le voy a hacer? Vivo como un cerdo. Perdonen, señores, que los reciba con estas pintas: las botas, como ven, están llenas de agujeros. ¿Qué les puedo ofrecer?

—No se ande con ceremonias. Venimos por negocios. Aquí tiene un comprador: Pável Ivánovich Chíchikov —dijo Kostanzhoglo.

—Estoy muy contento de conocerlo. Permítame que le estreche la mano.

Chíchikov le ofreció ambas.

—Me habría gustado, respetabilísimo Pável Ivánovich, enseñarle una finca que mereciera su atención. Y bien, señores, díganme: ¿han comido?

—Hemos comido, sí, hemos comido —dijo Kostanzhoglo, ansioso de despacharlo enseguida—. No perdamos más tiempo, vamos ahora mismo a verla.

—Vamos. —Jlobúev cogió su gorra.

Los visitantes se cubrieron la cabeza y enfilaron por la calle del pueblo.

A ambos lados se erguían unas casuchas cerradas, con sus diminutas ventanas tapadas con paños.

—Vamos a ver mi desorden y abandono —dijo Jlobúev—. Por supuesto, han hecho muy bien en comer antes de venir. ¿Puede creerlo, Konstantín Fiódorovich? En casa no hay ni una gallina, ¡a ese extremo hemos llegado!

Suspiró y, como si presintiera que obtendría poca compasión de Konstantín Fiódorovich, cogió a Platónov del brazo y caminó adelante con él, apretujándolo fuerte contra su pecho. Kostanzhoglo y Chíchikov se quedaron rezagados y, cogidos del brazo, los siguieron a cierta distancia.

—¡La vida es dura, Platón Mijáilovich, muy dura! —dijo Jlobúev a Platónov—. ¡No se imagina lo dura que es! Sin dinero, sin pan, sin botas. Para usted, lo sé, es como si le hablaran en un idioma extranjero. Si yo fuera joven y estuviera solo, por mí ni fu ni fa. Pero cuando todas estas calamidades se abaten sobre uno en la senectud, con una mujer y cinco hijos a los que mantener, te sientes un miserable, un auténtico miserable…

—Bueno, si vende el pueblo, se arreglaría su situación, ¿no? —preguntó Platónov.

—¡Qué arreglo ni qué ocho cuartos! —dijo Jlobúev con un gesto de desdén—. Todo se irá en pagar deudas, a mí no me quedarán ni mil rublos.

—¿Y qué hará, pues?

—Sólo Dios lo sabe.

—¿Es que no tratará de hacer nada para salir de esta situación?

—¿Qué quiere que haga?

—Bueno, supongo que podría conseguir algún tipo de trabajo.

—Pero si sólo soy secretario provincial… ¿Qué puesto de trabajo podrían darme? Sería uno insignificante. ¿Cuánto ganaría, a lo sumo? ¿Quinientos rublos? Tengo mujer y cinco hijos.

—Hágase administrador.

—¿Y quién me confiaría una hacienda, si he echado a perder la mía?

—Bueno, uno no puede quedarse de brazos cruzados cuando se enfrenta al hambre y la muerte. Le preguntaré a mi hermano si tiene algún conocido en la ciudad que pueda convencer a alguien para que le dé trabajo.

—No, Platón Mijáilovich —dijo Jlobúev, suspirando y estrechándole la mano con fuerza—. Estoy para el arrastre. Me ajé antes de la vejez, me duelen los riñones por los pecados que cometí en el pasado y sufro de reumatismo en el hombro. ¿Qué quiere que haga? ¿Por qué dilapidar el dinero del Gobierno? En cualquier caso, ya hay montones de gente que se han metido en la administración pública para llenarse los bolsillos. ¡Dios no quiera que suban los impuestos a las clases bajas para pagarme un salario!

«¡He aquí los frutos de una conducta disipada! —pensó Platónov—. Esto es peor que mi letargo».

Y mientras hablaban de este modo, Kostanzhoglo, que iba con Chíchikov detrás, perdía los estribos.

—¡Fíjese —dijo Kostanzhoglo, señalando con el dedo— hasta qué nivel de miseria ha arrastrado a sus campesinos! No tienen ni carros ni caballos. Si azota una epidemia a tu ganado, no hay motivo para mirar por tus posesiones: no queda más remedio que venderlo todo y proporcionar reses al campesino para que no se quede ni un día sin medios para hacer su trabajo. Ahora se precisarán años para arreglar el desaguisado. Y los campesinos se habrán vuelto unos vagos, se dedicarán a parrandear y se entregarán a la bebida. Por el mero hecho de haberlos tenido un año sin dar un palo al agua, los ha corrompido para siempre: se han acostumbrado a vestir harapos y a deambular como vagabundos. ¿Y la tierra? ¡Fíjese en qué tierra! —decía, señalando los prados que aparecieron justo después de las isbas—. ¡Todas son tierras de regadío! Aquí plantaría lino y, sólo con eso, ganaría unos cinco mil rublos; si sembrara nabos, conseguiría otros cuatro mil. Y mire allí: el centeno crece en la ladera; es silvestre. No ha sembrado grano alguno, estoy seguro. Y mire los barrancos…, allí plantaría unos bosques que ni los cuervos podrían volar hasta la copa de sus árboles. ¡Descuidar así una tierra tan fecunda! Y si no tenía con qué arar, al menos habría podido coger una pala y cultivar verduras. Habría obtenido un huerto. Tendría que haber cogido él mismo la pala y obligar a su mujer e hijos, así como a los criados, a hacer lo propio: no le habría costado nada. Si has de morir, cerdo, al menos hazlo trabajando. ¡Si mueres, por lo menos que sea mientras cumples con tu deber, no atiborrándote como un cerdo en

la cena! —Dicho esto, Kostanzhoglo escupió, y un humor bilioso le cubrió la frente como una nube sombría.

Se acercaron y se detuvieron al borde de un acantilado, cuyas laderas estaban cubiertas de arbustos puntiagudos, el recodo del río relumbraba y el contrafuerte de la montaña se recortaba oscuro en lontananza, mientras en un punto intermedio se entreveía parte de la casa del general Betríschev, oculta entre boscaje, y, más allá, también una montaña tupida, con bosques de ramas combadas, que a lo lejos parecía sembrada de un polvillo azulado, lo que hizo que Chíchikov cayera en la cuenta de que debían de ser las tierras de Tentétnikov. Entonces Chíchikov dijo:

—Si aquí se plantara un bosque, el paisaje podría ser más bello que…

—¿Acaso es amante de los paisajes? —preguntó Kostanzhoglo, que se lo quedó mirando con aire severo—. Cuidado, si va en busca de paisajes bellos, acabará sin grano y sin vistas. Fíjese en la utilidad, no en la belleza. La belleza llega por sí misma. Tome las ciudades, por ejemplo: las mejores y las más hermosas son las que se construyeron por sí solas, donde cada cual edificó conforme a sus necesidades y a sus gustos. Pero las que se construyeron siguiendo una fina hilera no son mejores que los cuarteles del ejército… Deje a un lado la belleza y fíjese en las cosas esenciales…

—Es una lástima que haya que esperar tanto. Me gustaría mucho verlo todo tal y como desearía que fuese.

—¡Hay que ver, habla como un jovenzuelo de veinticinco años! Alguien con la cabeza llena de pájaros, un funcionario de San Petersburgo… ¡Absurdo! ¡Paciencia! Trabaje seis años del tirón: plante, siembre, labre la tierra, no descanse ni un minuto. Es duro, es duro. Pero luego, cuando haya removido la tierra como es debido, ella le empezará a ayudar, y ya no hablará de tener un millón de rublos; no, amigo, tendrá, además de sus setenta siervos, otros setecientos que no verá. Todo se multiplica por diez. No tengo que mover ni un dedo: todo ocurre por sí solo. Sí, la naturaleza ama la paciencia: es una ley dada por Dios, que bendice a quien es paciente.

—Al escucharle, siento un estallido de fuerza. Y mi espíritu también se eleva.

—¡Pero mire cómo está labrada la tierra! —exclamó Kostanzhoglo con un sentimiento de amargura corrosiva a la vez que señalaba la pendiente—.

No puedo quedarme más tiempo aquí, me mata ver este desorden y abandono. Ahora ya puede cerrar el trato sin mí. Aprópiese de la valiosa posesión de este imbécil cuanto antes. No hace sino deshonrar este don de Dios. —Dicho esto, a Kostanzhoglo le invadió un estado de ánimo sombrío, bilioso, turbulento; se despidió de Chíchikov y, después de alcanzar al amo de la hacienda, se despidió también de él.

—Por favor, Konstantín Fiódorovich —dijo el amo, sorprendido—, acaba de llegar y ya se quiere ir.

—No puedo quedarme. Tengo que volver a casa urgentemente —dijo Kostanzhoglo, que se despidió, subió a su carruaje y se fue.

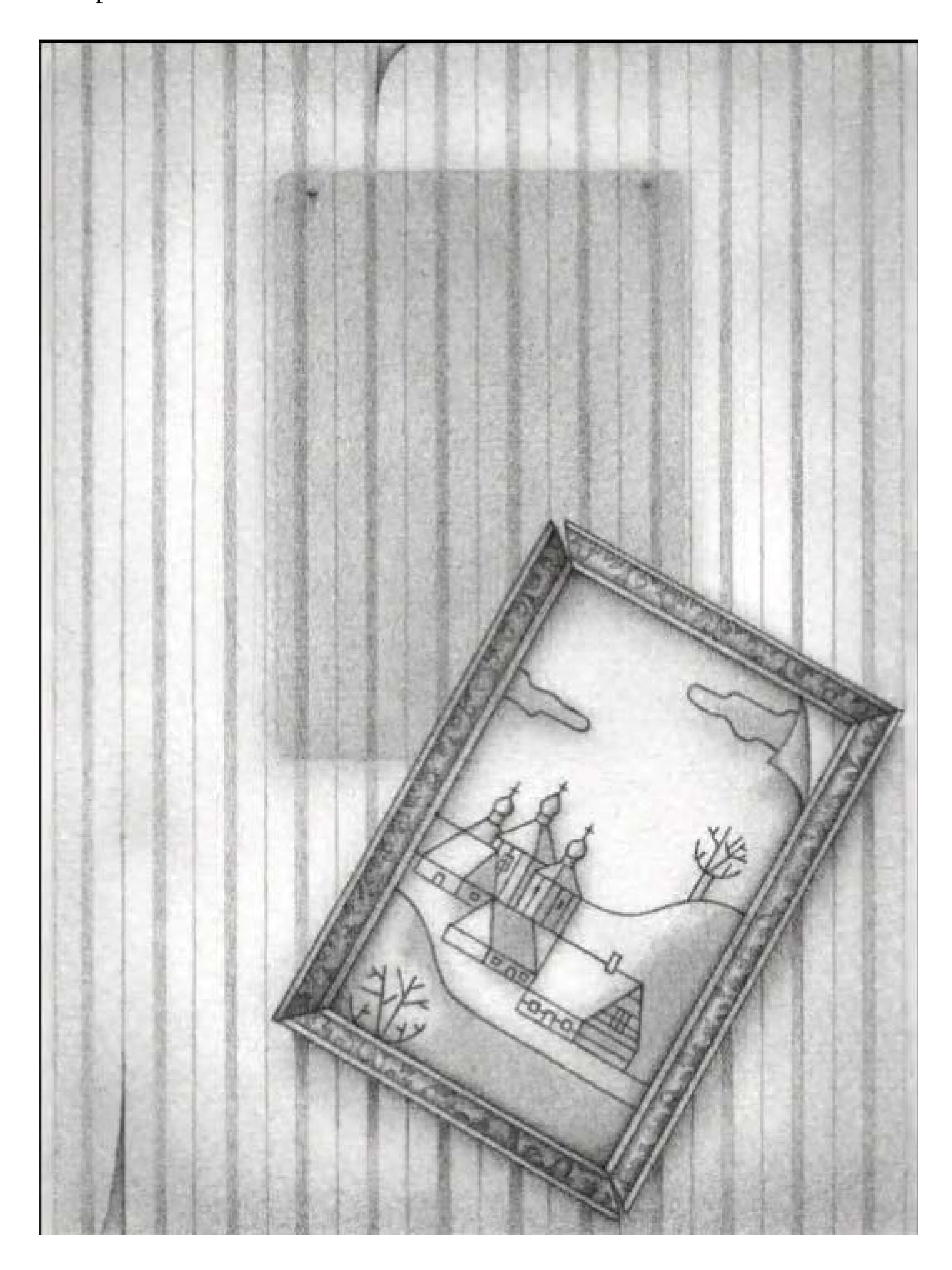
Jlobúev pareció entender el motivo de su partida.

—Konstantín Fiódorovich no ha podido soportarlo —dijo—. No es plato de buen gusto para un propietario como él ser testigo de una gestión desordenada como ésta. Créame, Pável Ivánovich, este año ni siquiera sembré trigo. ¡Palabra de honor! No me quedaban semillas, además de que no tenía nada con que sembrar. Dicen que su hermano, Platón Mijáilovich, es un administrador excelente; y, en cuanto a Konstantín Fiódorovich, ¡qué se puede decir! Es una suerte de Napoleón. La verdad, a menudo pienso: «¿Por qué a una sola cabeza le toca en suerte tanta inteligencia? Al menos podría haber caído una gota en mi cabeza de chorlito». Miren aquí, señores, tengan cuidado al cruzar el puente, si no quieren caer al agua. Mandé arreglar los tablones esta primavera. Por quienes más lo siento es por los campesinos pobres; necesitan buenos ejemplos, pero ¿qué clase de ejemplo soy yo? ¿Qué quiere que haga? Tómelos, Pável Ivánovich, están a su disposición. ¿Cómo voy a enseñarles qué es el orden, si yo mismo soy desordenado? Ya hace tiempo que los habría emancipado, pero no habría tenido ningún sentido. Veo que primero hay que ponerlos en condición de saber valerse por sí mismos. Se necesita a alguien estricto pero justo para que viva con ellos un tiempo y que les influya dándoles ejemplo con su incansable actividad… El hombre ruso, por mi propia experiencia, no puede prescindir de que alguien lo espolee: de lo contrario, o se amodorra o se desmoraliza.

—Es extraño —observó Platónov—. ¿Por qué los rusos están tan dotados para amodorrarse y echarse a perder, de modo que, si no se vigila al

pueblo llano, acaban convertidos en borrachos y canallas?

—Es por la falta de educación —señaló Chíchikov.



—Sólo Dios sabe por qué. Nosotros somos personas ilustradas, fuimos a la universidad, pero ¿para qué valemos? Bueno, ¿qué conocimientos adquirí

yo? No sólo no aprendí a llevar una vida ordenada; peor, asimilé el arte de derrochar dinero en refinamientos nuevos de toda clase y me habitué a esos objetos que requieren gastar un dineral. Lo único que aprendí es a dilapidar mi capital en todo tipo de comodidades. ¿Acaso se debe a que estudié de un modo desordenado? No, pues lo mismo hizo el resto de mis compañeros. Dos o tres sí que obtuvieron beneficios, y eso, quizá, porque de todos modos ya eran inteligentes, mientras que los demás sólo se esforzaron en aprender aquello que perjudica la salud y te empuja a gastar. ¡Por Dios! ¿Sabe qué pienso? A veces me da la impresión de que los rusos son seres condenados. Quieren hacerlo todo y no pueden hacer nada. Siempre piensan: «Mañana empezaré una nueva vida, mañana me pondré a dieta…», pero eso nunca llega. Ese mismo día por la tarde, se dan tal atracón que sólo atinan a parpadear y ni siquiera pueden mover la lengua para articular una palabra. Se quedan solos como mochuelos mirando a todos los demás, a fe mía. Así son todos.

—Sí —dijo Chíchikov, esbozando una sonrisa irónica—. Eso es lo que pasa.

—No hemos nacido para el buen juicio. No creo que entre nosotros haya nadie juicioso. Incluso si veo a alguien que lleva una vida ordenada, que guarda y acumula dinero, no me lo creo. Cuando sea viejo, el diablo lo tentará: luego se lo gastará todo de un tirón. Y todos sin excepción son así, de verdad: tanto los ilustrados como los que no lo son. No, hay algo más que nos falta, pero no sé decir qué es.

Mientras conversaban, dieron una vuelta alrededor de las isbas y luego el carruaje pasó a través de los prados. De no ser porque habían talado los árboles, el lugar habría sido precioso. Surgió una vista panorámica: a un lado, se divisaba la neblina azul de las colinas en las que Chíchikov había estado hacía poco. No obstante, no se veían el pueblo de Tentétnikov ni el del general Betríschev. Quedaban ocultos entre las montañas. Después de bajar a los prados, donde sólo crecían sauces y bosquecillos de álamos, pues habían talado los árboles altos, visitaron un destartalado molino de agua y vieron un río que, de haber habido algo que transportar, se habría podido utilizar para el transporte fluvial. Aquí y allá pastaba un ganado escuálido. Después de echar un vistazo, pero sin bajar del coche, volvieron al pueblo,

donde se encontraron con un campesino en la calle: el campesino se rascaba las lumbares y bostezaba haciendo un ruido tan estentóreo que incluso provocó que cundiera el pánico entre los pavos del campesino más veterano. Se veían los mismos bostezos en todas las construcciones. Los tejados también bostezaban. Platónov los miró y bostezó. «Remiendo sobre remiendo», pensó Chíchikov cuando vio que en una isba habían colocado una serie de puertas a modo de techumbre. La economía del pueblo se basaba en el sistema de Trishkin, que cortó las bocamangas y los faldones de su caftán para remendar los codos.

—Ya ve cómo son las cosas en mi hacienda —dijo Jlobúev—. Ahora echaremos un vistazo a la casa. —Y los condujo al interior.

Chíchikov esperaba encontrar también allí harapos y objetos que inspiraran bostezos, pero, para su sorpresa, constató que en las habitaciones reinaba el orden. Al entrar, les impresionó la mezcla de miseria y de los últimos caprichos en materia de objetos de lujo. Había un busto de Shakespeare sobre el tintero; en la mesa descansaba un elegante rascador de espaldas de marfil. La señora de la casa, vestida con buen gusto, a la última moda, los recibió, junto con cuatro niños, también elegantemente vestidos, e incluso una institutriz; todos tenían buena presencia, pero habría sido mejor si hubieran ido vestidos con faldas de lino y camisas sencillas, si hubiesen estado correteando por el patio y no se distinguiesen en nada de los hijos de los campesinos. Enseguida la señora recibió una visita, una mujer parlanchina y cabeza hueca. Y las damas se retiraron a sus aposentos. Los niños corrieron detrás de ellas. Los hombres se quedaron solos.

—¿Cuál es, pues, su precio? —inquirió Chíchikov—. Se lo pregunto, lo confieso, esperando oír cuál es su último precio, el más bajo, ya que la hacienda está en un estado peor del que me imaginaba.

—No podía ser peor, Pável Ivánovich —dijo Jlobúev—. Y eso aún no es todo. Seré sincero: de las cien almas que constan en el censo sólo cincuenta están vivas: el cólera causó estragos aquí. Otros, sin más, se fugaron sin documentos, de modo que puede darlos por muertos. Pues si se les tuviera que reclamar que volvieran por vía judicial, habría que vender toda la finca para pagar las costas procesales. Por eso, sólo pido treinta y cinco mil rublos.

Chíchikov, por supuesto, empezó a regatear.

—Por Dios, ¿cómo podría pagar alguien treinta y cinco mil? ¿Treinta y cinco mil, por esto? Venga, acepte veinticinco mil.

Platónov se sintió avergonzado.

—Cómprela, Pável Ivánovich —dijo—. Cualquiera pagaría ese precio por la hacienda. Si no le da los treinta y cinco mil, mi hermano y yo juntaremos el dinero y la compraremos.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Chíchikov asustado—. Está bien, pero con la condición de que la mitad de la suma se pague el próximo año.

—¡No, Pável Ivánovich! Eso sí que de ninguna manera. Deme la mitad ahora y el resto dentro de quince días. De hecho, el banco me ofrecería esa misma cantidad, si la hipotecara. Sólo me alcanzaría para alimentar a las sanguijuelas de mis acreedores.

—¿Y cómo lo hago? De verdad, no lo sé; sólo llevo encima diez mil rublos —dijo Chíchikov, pero mentía, pues tenía veinte mil en total, contando el dinero que le había prestado Kostanzhoglo. En cierto modo, se resistía a entregar tanto dinero de golpe.

—No, se lo ruego, Pável Ivánovich. Ya le he dicho que necesito sin falta quince mil.

—Le prestaré cinco mil —se ofreció Platónov.

—Bueno, en ese caso… —dijo Chíchikov y pensó: «Me viene muy bien, la verdad, que me preste dinero».

Trajeron el cofrecillo del carruaje y al instante se sacaron del interior diez mil rublos para Jlobúev. En cuanto a los cinco mil restantes, Chíchikov prometió llevárselos al día siguiente; es decir, ésa era la promesa, pero su intención era entregarle tres mil, y el resto después, dos o tres días más tarde quizás, y, de ser posible, aplazar el pago todavía más. En cierto modo, a Pável Ivánovich le disgustaba desprenderse del dinero. Incluso cuando se veía obligado a pagar, siempre le parecía mejor hacerlo al día siguiente que el mismo día. Es decir, se comportaba igual que todos nosotros. De hecho, encontramos placer en dar largas a alguien que nos reclama dinero: ¡que se le desgaste el abrigo de tanto frotarlo mientras espera sentado en la sala! Como si no pudiera esperarse un poco. Qué nos importa a nosotros si cada

hora es valiosa para él y que sus asuntos se resientan por la demora: «Vuelve mañana, hermano, hoy no tengo tiempo».

—Pero ¿dónde vivirá a partir de ahora? —preguntó Platónov a Jlobúev—. ¿Acaso tiene otro pueblo?

—Bueno, tendremos que trasladarnos a la ciudad: allí tengo una casucha. Es por el bien de mis hijos: necesitan profesores. Aquí probablemente se encuentre un profesor de catecismo, pero nada de profesores de música o de danza, ni siquiera pagando.

«No tiene ni un mendrugo de pan, pero da a sus hijos clases de danza», pensó Chíchikov.

«¡Extraño!», pensó Platónov.

—En cualquier caso, tenemos que regar el trato de alguna manera —dijo Jlobúev—. ¡Eh, Kiriushka! Trae una botella de champán, hermano.

«No tiene ni un mendrugo de pan, pero sí champán», pensó Chíchikov.

Platónov simplemente no sabía ni qué pensar.

Jlobúev había comprado el champán por necesidad. Había enviado a alguien a la ciudad a buscarlo: ¿qué más podía hacer? En la tienda no le fiaban *kvas* y le apetecía beber. Pero el francés que había llegado recientemente de San Petersburgo con algunos vinos daba crédito a todo el mundo. No había tenido elección: había tenido que comprar una botella de champán.

Trajeron el champán. Bebieron tres copas cada uno y se achisparon considerablemente. Jlobúev se relajó y se volvió más inteligente y encantador, prodigando bromas y anécdotas. ¡Qué conocimiento tan profundo de los hombres y del mundo revelaba su discurso! Apreciaba muchas cosas bien y con perspicacia, retrataba en pocas palabras a los terratenientes vecinos con todo lujo de detalles y pericia, veía claramente los errores y defectos de cada cual, conocía a la perfección la historia de los hacendados que se habían arruinado, el porqué, el cómo y las causas de su ruina; sabía transmitir hasta la más mínima de sus costumbres con tanta gracia y originalidad que sus oyentes quedaron cautivados y estaban dispuestos a admitir que era un hombre de gran sabiduría.

—Me sorprende —dijo Chíchikov— que con su inteligencia no haya encontrado medios ni recursos.

—Los medios los tengo —afirmó Jlobúev y acto seguido procedió a verter sobre ellos un montón de proyectos. Todos eran tan absurdos, tan extraños, tan ajenos al conocimiento de la gente y del mundo que sus interlocutores no podían sino encogerse de hombros y decir: «¡Dios mío! ¡Qué abismo hay entre el conocimiento del mundo y la capacidad de hacer uso de ese conocimiento!». Todo se basaba en la necesidad de obtener de un lugar u otro, inmediatamente, cien o doscientos mil rublos. Entonces, le parecía, todo funcionaría como es debido: su hacienda iría como la seda, se harían todas las reformas, se cuadriplicarían los ingresos y él tendría la posibilidad de saldar todas sus deudas. Y cada discurso acababa con las siguientes palabras: «Pero ¿qué quieren que haga? No hay en ningún sitio un benefactor dispuesto a prestarme doscientos mil rublos o simplemente cien mil. Es obvio que no es la voluntad de Dios».

«¡Sólo faltaría —pensó Chíchikov— que Dios mandara doscientos mil rublos a un imbécil como éste!».

—Bueno, una tía mía tiene tres millones —afirmó Jlobúev—, una anciana devota: dona dinero a iglesias y monasterios, pero es una roñosa cuando se trata de ayudar a un pariente. Es una mujer chapada a la antigua, digna de ver. Debe de tener unos cuatrocientos canarios, así como perros falderos, chupópteros y criados de esos que ya no se ven en ninguna parte. El sirviente más joven rondará los sesenta años, pero ella todavía lo llama diciendo: «¡Eh, chico!». Si un invitado no se comporta como es debido, ordena que no le sirvan el plato a la hora de comer. Y se queda en ayuno. ¡Esa clase de mujer es!

Platónov esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿Y cómo se llama? ¿Dónde vive? —preguntó Chíchikov.

—Vive aquí, en la ciudad; se llama Aleksandra Ivánovna Janasarova.

—¿Por qué no le pide ayuda a ella, entonces? —dijo Platónov, compadeciéndose—. Me parece que, si entendiera la situación en que se encuentra su familia, no podría negarle su ayuda.

—Huy, sí que podría. La tía es dura de roer. ¡Es una vieja hecha de piedra, Platón Mijáilovich! Además, sin mí, tiene ya a un montón de aduladores pululando a su alrededor. Uno de ellos aspira a ser gobernador y se hace pasar por pariente suyo. Hágame un favor —dijo de repente

dirigiéndose a Platónov—. La semana que viene daré una cena para todos los dignatarios de la ciudad…

Platónov abrió mucho los ojos de la sorpresa. Aún ignoraba que en Rusia, en sus ciudades y capitales, se encuentra una raza de sabios cuyas vidas son un enigma rematadamente inexplicable. Parece que se lo han gastado todo, les acucian las deudas, no tienen recursos en ninguna parte, pero ofrecen banquetes: todos los invitados presentes aseguran que aquél será su último banquete y que al día siguiente el anfitrión será llevado a rastras a la cárcel. Pasan diez años, y el sabio todavía se tiene en el mundo, acumula más deudas que antes y, aun así, da banquetes en los que todos los presentes piensan que aquél será el último que ofrezca y que al día siguiente el anfitrión será llevado a rastras a la cárcel.

La casa de Jlobúev era un fenómeno insólito en la ciudad. Un día, el sacerdote ataviado con su sotana oficiaba allí una misa; al día siguiente, algunos actores franceses iban a ensayar. Algunos días era imposible encontrar un mendrugo de pan; otros, se daba una espléndida recepción a todos los actores y artistas y se les otorgaba una generosa donación. A veces, había épocas tan difíciles que cualquier otro en su situación ya se habría colgado o disparado un tiro; pero lo salvaba su índole religiosa que coexistía en extraña combinación con su vida licenciosa. En esos momentos amargos leía acerca de la vida de mártires y de aquellos que habían entrenado sus mentes para afrontar las desventuras. En esos momentos toda su alma se sosegaba, su espíritu se conmovía profundamente y los ojos se le llenaban de lágrimas. Rezaba y —¡cosa extraña!— casi siempre le llegaba ayuda inesperada de alguna parte. Bien uno de sus viejos amigos se acordaba de él y le enviaba dinero; bien una mujer desconocida, de paso por el pueblo, después de oír a la gente hablar por casualidad de su historia, con la impetuosa generosidad del corazón femenino, le hacía un obsequio caro; bien se fallaba una sentencia a su favor en una causa de la que nunca había tenido noticia. Entonces reconocía la misericordia infinita de la Providencia, mandaba oficiar una misa de agradecimiento y volvía a su vida licenciosa.

—¡Lo encuentro patético, realmente patético! —dijo Platónov a Chíchikov cuando, después de despedirse de él, abandonaron el pueblo.

—¡El hijo pródigo! —dijo Chíchikov—. No tiene sentido compadecerse de gente así.

Pero pronto dejaron de pensar en él: Platónov porque consideraba las situaciones de la gente de manera apática y soñolienta, como hacía con todas las cosas del mundo. Cuando asistía al sufrimiento ajeno, su corazón sufría y se encogía, pero, en cierto modo, las impresiones no dejaban una huella profunda en su alma. Si no pensaba en Jlobúev era porque tampoco pensaba en sí mismo. Por su parte, si Chíchikov no pensaba en Jlobúev era porque todos sus pensamientos estaban ocupados en su compra recién hecha, que no era cosa de broma. Se quedó pensativo, y las conjeturas e ideas se volvieron más serias y confirieron involuntariamente a su rostro una expresión de gravedad. «¡Paciencia! ¡Trabajo! Es pan comido: son cosas que conozco, por así decirlo, desde que llevaba pañales. Para mí, no constituyen ninguna novedad. Pero ¿tendré a mi edad tanta paciencia como en la juventud?». Como quiera que fuese, desde cualquier punto de vista que examinara la compra, veía que se trataba de una adquisición ventajosa. Podía, por ejemplo, hipotecar la hacienda después de vender las mejores tierras por parcelas. Podía ocuparse él mismo de la administración de la hacienda y convertirse en un terrateniente al estilo de Kostanzhoglo, valiéndose de sus consejos como vecino y benefactor. Incluso podía revender las tierras (si no quería explotarlas él mismo, desde luego) y quedarse con los fugitivos y los muertos. Entonces se le presentaba otra ventaja: podía desaparecer de aquellos lugares sin más, sin devolverle a Kostanzhoglo el dinero que le había prestado. ¡Idea curiosa! No la había concebido el propio Chíchikov, sino que había surgido así, por las buenas, burlona y sonriente, y le hacía guiños. ¡Qué traviesa! ¡Impúdica! ¿Quién es el creador de esas ideas que acuden súbitamente a la mente? Le embargaba el placer de sentirse propietario de una hacienda real y no imaginaria; propietario de tierras, parcelas y personas; personas que no eran seres imaginarios que sólo existían en sus sueños, sino individuos de carne y hueso. Y empezó a dar saltitos poco a poco y a frotarse las manos, y a hacerse guiños a sí mismo, y trompeteó una marcha con el puño, llevándoselo a la boca en forma de tubo, e incluso pronunció en voz alta algunas palabras estimulantes dirigidas a sí mismo, por el estilo de «guapo»

y «gallito». Pero luego, dándose cuenta de que no estaba solo, trataba de contener su ímpetu y frenesí. Y cuando Platónov, que había tomado alguno de aquellos sonidos por frases dirigidas a él, le preguntaba: «¿Qué dice?», él respondía: «Nada». Pero, en uno de esos instantes, al mirar alrededor, vio que hacía tiempo que atravesaban una arboleda magnífica: una encantadora hilera de abedules se extendía a derecha e izquierda. Los blancos troncos de los abedules y de los álamos, relumbrando como una empalizada de nieve, se erguían esbeltos y ligeros sobre el tierno verdor de las hojas recién abiertas. Los ruiseñores rivalizaban entre sí por ver quién era el que cantaba más alto. Los tulipanes silvestres se recortaban como manchas amarillas en la hierba. Chíchikov no podía explicarse cómo había ido a parar a aquel lugar hermoso, cuando poco antes habían pasado por campos abiertos. Entre los arboles surgió una iglesia de piedra blanca y, al otro lado, entre el boscaje, apareció una reja. Al final de la calle salió a su encuentro un señor cubierto con una gorra y un bastón nudoso en la mano.

Un perro de raza inglesa, de patas finas y largas, corría delante de él.

—Aquí está mi hermano —dijo Platónov—. ¡Alto, cochero! —Y se apeó del coche. Chíchikov hizo lo propio. Los perros ya habían tenido tiempo de besarse. El ágil Azor, de patas finas, lameteó el hocico de Yarb con su lengua rauda, después lamió la mano de Platónov y luego saltó sobre Chíchikov y le lamió la oreja.

Los hermanos se abrazaron.

—Por favor, Platón, ¿te das cuenta de lo que me haces? —dijo el hermano, que se llamaba Vasili.

—¿A qué te refieres? —respondió Platónov, con aire de indiferencia.

—Pero ¿cómo es eso? ¡Hace tres días que no das señales de vida! Un mozo de Petuj trajo tu caballo. «Se ha ido —dijo— no sé con qué señor». Bueno, si al menos me hubieras dicho adónde ibas, para qué, por cuánto tiempo. Por favor, hermano, ¿cómo puedes comportarte así? ¡Dios sabe la cantidad de cosas que se me han pasado por la cabeza estos días!

—¿Qué quieres que haga? Me olvidé —dijo Platónov—. Fuimos a visitar a Konstantín Fiódorovich: te envía saludos y nuestra hermana también. Pável Ivánovich, le presento a mi hermano Vasili. Vasili, hermano, éste es Pável Ivánovich Chíchikov.

Los recién presentados se dieron un apretón de manos, se quitaron las gorras y se dieron los besos de rigor.

«¿Quién será este Chíchikov? —pensaba Vasili—. En materia de amistades, mi hermano Platón no es demasiado exigente». Examinó a Chíchikov tanto como lo permitía el decoro y vio que era un hombre con buenas intenciones, a juzgar por las apariencias.

Por su parte, Chíchikov también examinó a Vasili tanto como lo permitía el decoro y vio que el hermano era más bajo de estatura que Platón, de cabello más oscuro y no tan guapo de cara, pero que los rasgos de su cara reflejaban mucha más vida y animación, más bondad de espíritu. Se veía que no era tan dado a la ensoñación.

—He decidido, Vasia, viajar con Pável Ivánovich por la santa Rusia. ¿Quién sabe? Tal vez así se disipe mi melancolía.

—¿Y cómo lo decidiste así, de repente? —preguntó Vasili, desconcertado, y le faltó poco para añadir: «Y, además, irte con alguien a quien acabas de conocer, que quizá sea un indeseable y el demonio sabe qué más». Lleno de desconfianza, miró de reojo a Chíchikov y vio que su corrección era impecable.

Doblaron a la derecha y cruzaron la entrada. Era un viejo patio, así como la casa, de ésas de las que hoy ya no se construyen, con aleros bajo un tejado alto. Dos enormes tilos crecían en medio del patio, cuya mitad casi cubrían con su sombra. Al pie de ellos, había muchos bancos de madera. Lilas y cerezos en flor rodeaban como una gargantilla de abalorios el patio junto a la cerca, oculta del todo bajo las flores y las hojas. La casa señorial estaba completamente cerrada, sólo las puertas y las ventanas se entreveían graciosamente a través de las ramas. Entre los troncos de los árboles, rectos como flechas, se veían las cocinas, las despensas y las bodegas. Todo estaba inmerso en el follaje. Los ruiseñores trinaban con fuerza, inundando la espesura con su canto. Sin querer, se apoderaba del alma una sensación de agradable quietud. Todo evocaba esos tiempos de indolente despreocupación en que la vida era apacible y todo era sencillo y sin complicaciones. Vasili invitó a Chíchikov a que tomara asiento. Se sentaron en los bancos bajo los tilos.

Un muchacho de unos diecisiete años, vestido con una bonita camisa rosa, trajo y dejó delante de ellos jarras con *kvas* de frutas de diferentes colores y de toda clase: densos como el aceite, espumosos como la limonada con gas. Hecho esto, tomó una azada apoyada contra un árbol y se fue al huerto. Los hermanos Platónov, lo mismo que su cuñado Kostanzhoglo, no tenían lo que se dice propiamente criados: todos trabajaban la tierra y se ocupaban por turnos de las tareas de la casa. Vasili siempre afirmaba que los criados no eran un estrato social: cualquiera podía atender las necesidades del servicio sin que para ello hubiese personal específico; que el ruso es bueno y diligente hasta el momento en que deja de vestir la indumentaria de campesino, pero en cuanto se enfunda una levita alemana se vuelve torpe, ineficiente y perezoso, no se muda de camisa, deja de ir a las casas de baños, duerme con la levita puesta debajo de la cual pululan chinches y una multitud incalculable de pulgas. En este punto, tal vez, tenía toda la razón. En su aldea el pueblo llano se vestía con particular elegancia: los tocados de las mujeres estaban bordados en oro y las mangas de sus camisas recordaban los flecos de los chales turcos.

—Estos son los *kvas* por los que nuestra casa es famosa desde hace tiempo —dijo Vasili.

Chíchikov se sirvió un vaso de la primera jarra: era como la miel de tilo que una vez había bebido en Polonia; cosquilleaba como el champán, el gas le estallaba de la boca a la nariz con un hormigueo agradable.

—¡Es néctar! —dijo Chíchikov. Tomó un vaso de otra jarra y aún era mejor.

—¡La bebida de las bebidas! —exclamó Chíchikov—. Puedo decir que en casa de su estimado cuñado, Konstantín Fiódorovich, bebí un licor de primerísima calidad, y aquí, en su casa, el más delicioso de los *kvas*.

—Pues el licor también viene de nuestra casa. Fue nuestra hermana quien empezó a prepararlo. Mi madre era de la Pequeña Rusia, de cerca de Poltava. Ahora todo el mundo se ha olvidado de cómo dirigir una hacienda. ¿Hacia qué parte y a qué lugares piensan viajar? —preguntó Vasili.

—Viajo —dijo Chíchikov, balanceándose ligeramente en el banco y acariciándose la rodilla con la mano—, no tanto por necesidad propia, como por conveniencia de otro. El general Betríschev, buen amigo mío y puede

decirse que mi benefactor, me rogó que visitara a sus parientes… Por supuesto, los parientes son los parientes; pero, en parte, por así decirlo, también viajo por mí mismo: pues, al margen del beneficio que me pueda reportar desde el punto de vista hemorroidal, ver mundo y el torbellino de la gente es, por sí mismo, por así decirlo, como un libro vivo, una segunda ciencia.

El hermano Vasili se quedó pensativo.

«Este hombre habla de una manera un tanto alambicada, pero sus palabras, no obstante, contienen verdad», pensó. Después de estar un rato callado, se dirigió a Platónov:

—Empiezo a pensar, Platón, que un viaje puede, en efecto, espabilarte. Lo que te pasa es que tienes el alma dormida. Simplemente te has dormido… Y si te has dormido no ha sido por saturación o cansancio, sino por falta de sensaciones e impresiones vivas. Yo, en cambio, soy todo lo contrario. Desearía no sentir las cosas con tanta intensidad y no tomarme tan a pecho todo lo que pasa.

—Si te lo tomas tan a pecho es porque quieres —dijo Platón—. Tú mismo te buscas las preocupaciones y te inventas las angustias.

—¿Cómo me las voy a inventar, cuando a cada paso surgen contrariedades? —dijo Vasili—. ¿Te has enterado de la mala pasada que nos ha jugado Lenitsin en tu ausencia? Se ha apoderado de un erial. En primer lugar, yo no habría cedido ese erial a ningún precio. Allí es donde, en primavera, nuestros campesinos celebran la primera semana después de Pascua. Los recuerdos del pueblo están unidos a ese terreno; y, para mí, las costumbres son sagradas, estoy dispuesto a sacrificarme por ellas.

—No lo sabe, por eso se apoderó del terreno —dijo Platón—. Es nuevo aquí, acaba de llegar de San Petersburgo. Hay que explicárselo, hacérselo entender.

—Lo sabe, lo sabe perfectamente. Envié a alguien para que se lo dijera, pero él contestó con una grosería.

—Tendrías que haber ido tú en persona a aclarárselo. Ve y háblalo con él.

—No, no. Ya ha empezado a darse una importancia excesiva. No iré a verlo. Ve tú, si quieres.

—Iría, pero no voy a inmiscuirme… Podría tomarme el pelo, engañarme.

—Si le parece bien, podría ir yo —se ofreció Chíchikov—. Dígame de qué se trata.

Vasili lo miró y pensó: «¡A este tipo de veras le gusta viajar!».

—Sólo hábleme de él para que me haga una idea de qué tipo de hombre es —dijo Chíchikov— y de qué va el asunto.

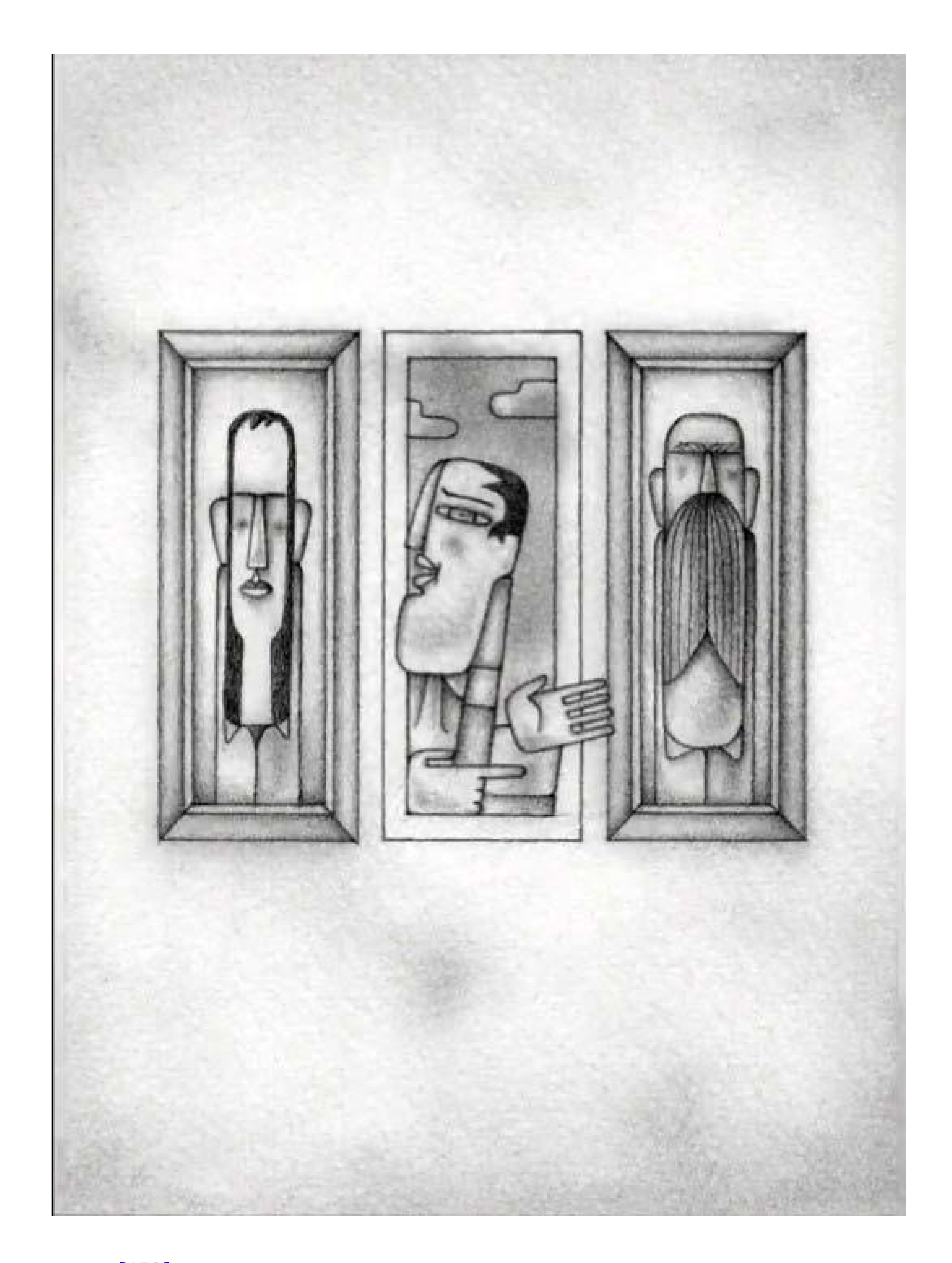
—Me resulta violento endosarle un quehacer tan desagradable. Ese hombre, para mí, es un don nadie. Procede de una familia de la pequeña nobleza de nuestra provincia, hizo carrera en San Petersburgo, se casó con la hija ilegítima de no sé quién y se jacta de lo lindo. Quiere dar la nota. Pero nuestra gente no es estúpida: no acepta la moda como ley ni cree que San Petersburgo sea la Iglesia.

—Por supuesto —dijo Chíchikov—; ¿pero de qué se trata?

—Verá, él necesita la tierra. Si no hubiese obrado de esta manera, con mucho gusto le habría dado tierras en alguna parte, y no un erial. Pero ahora… es tan cascarrabias que pensará…

—En mi opinión, lo mejor es hablar con él: tal vez el asunto pueda arreglarse satisfactoriamente… Me han confiado asuntos y no se han arrepentido… Por ejemplo, también el general Betríschev …

—Pero me resulta violento que tenga que hablar con un hombre así[152].



—[…][153] y procurando en todo momento que se mantenga en secreto —dijo Chíchikov—, pues la posibilidad de un escándalo es tan dañina como el crimen mismo.

—Ah, sí, así es, así es —dijo Lenitsin, inclinando la cabeza por completo a un lado.

—¡Qué agradable es encontrar a alguien que piensa igual que uno! —dijo Chíchikov—. Yo también tengo un asunto que es legal e ilegal al mismo tiempo; en apariencia, es ilegal; pero, en esencia, es legal. Necesito obtener un préstamo, pero no quiero que nadie corra el riesgo de pagar dos rublos por alma viva. Bueno, si se diera el caso de que quebrara, Dios no lo quiera, sería desagradable para el propietario, así que he decidido recurrir a los muertos y fugitivos aún no dados de baja en el censo; de esta manera, al mismo tiempo, llevaré a cabo una obra cristiana y liberaré al pobre propietario de la carga de pagar por ellos los impuestos correspondientes. Formalizaremos un contrato de compraventa entre nosotros, como si estuvieran vivos.

«Con todo, hay algo muy extraño en esto…», pensó Lenitsin a la vez que retiraba un poco la silla.

—Sí, pero, por otra parte, el asunto es de una naturaleza… —empezó a decir.

—Y no habrá ningún escándalo, porque se mantendrá en secreto —respondió Chíchikov—, y además, entre personas bienintencionadas.

—No obstante, pese a todo…

—No habrá ningún escándalo —contestó tajantemente Chíchikov—. Es el tipo de asunto del que acabamos de hablar: entre personas bienintencionadas, de cierta edad y creo que de buena condición; además, será en secreto. —Y, mientras decía esto, lo miraba fijamente a los ojos con expresión franca y noble.

Por muy astuto que fuese Lenitsin, por muy amplia que fuese su experiencia en cuanto a manejar negocios, en cierto modo se quedó atónito, ya que, extrañamente, había caído preso en sus propias redes. No era capaz de cometer una injusticia y no quería hacer nada injusto, ni siquiera en secreto.

«¡Qué caso más sorprendente! —pensaba—. ¡Para que uno entable amistad con gente de bien! ¡Es todo un problema!».

Pero el destino y las circunstancias parecían conspirar a favor de Chíchikov. Como para ayudarle en aquel asunto embarazoso, entró en la

habitación la joven señora, la esposa de Lenitsin, pálida, delgaducha, baja, pero vestida a la moda de San Petersburgo y aficionada a la gente *comme il faut*. Detrás de ella, en brazos de la niñera, entró el primogénito, fruto del tierno amor de los recién casados. Con el ágil salto con que se acercó a ella y su cabeza ladeada, Chíchikov encandiló por completo a la dama petersburguesa, así como al niño.

Al principio el niño hizo amago de echarse a llorar, pero las palabras: «Hola, hola, chiquitín» y el chasqueo de los dedos, así como la belleza del reloj de bolsillo de Chíchikov, consiguieron atraerlo a sus brazos. Luego empezó a levantarlo hasta el techo y, al hacerlo, arrancó una agradable sonrisa al bebé que complació extraordinariamente a sus progenitores. Pero, ya fuera por efecto de la inesperada satisfacción o por cualquier otra razón, el niño de pronto no se comportó bien.

—¡Ay, Dios mío! —gritó la esposa de Lenitsin—. ¡Le ha arruinado el frac!

Chíchikov echó un vistazo: la manga de su flamante frac estaba completamente sucia. «Ojalá te raptara el hombre del saco, diablillo», pensó enojado.

El señor, la señora y la niñera corrieron a buscar agua de Colonia: por todas partes empezaron a limpiarlo.

—¡No es nada, no es nada! —decía Chíchikov esforzándose por conferir a su rostro, en la medida de lo posible, una expresión alegre—. ¿Acaso puede una criatura a esta tierna edad arruinar algo? —repetía a la vez que pensaba: «¡Vaya, tiene buena puntería, el muy bestia, ojalá se lo coman los lobos, maldito pequeño canalla!».

Esta circunstancia aparentemente insignificante inclinó definitivamente al señor a favor del asunto que Chíchikov le había expuesto. ¿Cómo iba a negarle nada a un invitado que había mostrado un afecto tan inocente a un bebé y que había pagado por ello tan generosamente, con su propio frac? Para no dar mal ejemplo, decidieron resolver el asunto en secreto, pues la posibilidad de un escándalo era tan dañina como el asunto mismo.

—Permítame que, como recompensa por sus servicios, le pague también con un favor. Quiero actuar como intermediario suyo en el asunto con los hermanos Platónov. Usted necesita tierra, ¿no es así[154]?

Capítulo final[155]

En este mundo cada cual encuentra siempre la manera de hacer lo que quiere. «El que la sigue la consigue», dice el refrán. La expedición por diversos baúles[156] resultó fructífera, de modo que algunas cosas acabaron por pasar a su cofrecillo personal. En pocas palabras, todo salió de una manera satisfactoria. No es que Chíchikov robase algo, sino que más bien se aprovechó de las circunstancias. Cualquiera de nosotros, al fin y al cabo, de vez en cuando se aprovecha de algo: uno de la madera del Estado; otro de los presupuestos de mantenimiento; otro incluso roba a sus hijos para pagar a una actriz de paso; otro robará a los campesinos para adquirir unos muebles de Hambs[157] o un coche. ¿Qué se le va a hacer si hay tantas tentaciones en el mundo? Restaurantes caros con precios desorbitados, bailes de máscaras, fiestas, bailes con zíngaros. De hecho, es difícil contenerse cuando todo el mundo a tu alrededor hace lo mismo y la moda lo impone: ¡intenta reprimirte! El hombre no es Dios. Así que Chíchikov, como el número creciente de personas amantes de todo tipo de confort, orientaba las cosas en su propio beneficio. Por supuesto, debería haber abandonado la ciudad, pero los caminos eran intransitables. Allí, entretanto, estaba a punto de celebrarse otra feria, una destinada a la nobleza. La anterior había sido principalmente una feria de caballos, con comercio de ganado, materias primas y un surtido de artículos campesinos que habían comprado tratantes y especuladores. Esta vez, sin embargo, todo lo que los proveedores de artículos de lujo habían adquirido en la feria de Nizhni Nóvgorod para la nobleza se había llevado allí. Habían invadido la ciudad esos desvalijadores de bolsillos rusos: franceses con pomadas y francesas con sombreros, aniquiladores de dinero conseguido con sangre y trabajo,

esa plaga de langostas egipcias, como decía Kostanzhoglo, que, no contenta con arrasar todo a su paso, deja sus huevos enterrados en el suelo.

Pero muchos propietarios se quedaron en casa, en sus pueblos, por las malas cosechas y un año particularmente malo. Por otra parte, los funcionarios, que nunca habían sufrido malas cosechas, se dejaron ver, y sus esposas, por desgracia, también. Después de devorar varios libros publicados en fecha reciente cuyo objetivo era despertar nuevos anhelos en la humanidad, sentían una sed extraordinaria de experimentar toda suerte de nuevos placeres. Un francés había abierto un nuevo local de entretenimiento, hasta el momento sin precedentes en la provincia: un jardín de esparcimiento en el que se ofrecían cenas a un precio supuestamente muy bajo, la mitad de cuyo importe se daba a crédito. Esto bastó para que no sólo los jefes de departamento, sino también los empleados, con la esperanza de obtener futuros sobornos de los solicitantes, se relajaran. Sentían un deseo nuevo de eclipsarse mutuamente con sus caballos y choferes. ¡Ay, ese conflicto entre las diferentes capas sociales como fuente de diversión…! A pesar del mal tiempo y de los lodazales, coches elegantes no dejaban de ir de aquí para allá. Dios sabe de dónde habían salido todos, pero no habrían desentonado en San Petersburgo. Comerciantes y vendedores se levantaban con gracia el sombrero e invitaban a pasar a las señoras. Se veían pocos hombres barbudos tocados con gorros de piel. Todos parecían europeos, con el mentón afeitado; de aspecto decrépito y dientes podridos.

—¡Por favor, señor, por favor! ¡Tengan la bondad de entrar en la tienda! ¡Caballero, caballero! —gritaban aquí y allá los aprendices.

Pero con desprecio los miraban los intermediarios que habían conocido Europa: sólo de vez en cuando, pero con gran sentido de dignidad decían «telas de rayas» o «telas de *ziber, clair* y negras[158]».

—¿Tienen tela color frambuesa moteada? —preguntó Chíchikov.

—Tenemos un género excelente —dijo el comerciante, descubriéndose con una mano y señalando con la otra su tienda.

Chíchikov entró. El comerciante levantó con aire eficiente el tablón del mostrador y apareció en el otro lado, de espaldas a las mercancías, que se apilaban desde el suelo hasta el techo, artículo sobre artículo, de cara al

comprador. Apoyándose hábilmente sobre las dos manos y balanceando su cuerpo suavemente sobre ellas, dijo:

—¿Qué tela desea?

—Una con la trama moteada, de color aceituna o de color verde botella, tirando, si sabe a lo que me refiero, a frambuesa —dijo Chíchikov.

—Puedo asegurarle que le ofreceré una tela de primerísima calidad, mejor de la que únicamente se encuentra en las capitales ilustradas. ¡Eh, chico! Tráeme la tela de arriba, la número treinta y cuatro. ¡No, ésa no, hermanito! ¡Siempre aspiras a algo por encima de lo que te corresponde, como un proletario cualquiera! Lánzala aquí. ¡Esto sí que es una tela! —Y, desenrollándola desde el otro extremo, el comerciante la acercó hasta la mismísima nariz de Chíchikov, de modo que no sólo pudo apreciar su brillo sedoso con la mano, sino incluso olerla.

—Está bien, pero no es lo que busco —dijo Chíchikov—. He servido en las aduanas, de modo que deme la que tenga de mejor calidad, y que tire más a rojo, más a frambuesa, no a verde botella.

—Entiendo, señor, desea el tipo de tono que se ha puesto de moda en San Petersburgo. Tengo una tela de calidad suprema. Le advierto de antemano que el precio es elevado, pero sus cualidades también lo son.

El europeo se encaramó a la estantería. Cayó una pieza de tela. La desenvolvió con la elegancia de antaño, olvidándose por un momento de que pertenecía ya a una generación posterior, luego acercó la tela a la luz, incluso salió de la tienda y, entornando los ojos, dijo:

—¡Es un color excelente! Tela color llama y humo de Navarino.

La tela fue del agrado del cliente. Convinieron el precio, aunque el género, según decía el comerciante, venía con *prix fixe*. En eso, dio un golpe seco con ambas manos y la tela quedó envuelta a la manera rusa, con una rapidez increíble. El paquete empezó a girar debajo del ligero cordel, atado con un trémulo nudo. La cuerda fue cortada con unas tijeras y pronto todo estuvo instalado en el coche.

—Enséñeme tela negra —ordenó una voz.

«¡Demonios, es Jlobúev!», pensó Chíchikov y se giró para no verlo, pues consideraba imprudente por su parte entablar cualquier discusión sobre la herencia. Pero él ya lo había visto.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí: Pável Ivánovich, ¿es que me rehúye? No he podido encontrarle en ningún sitio y tenemos que hablar urgentemente de un asunto.

—Estimado, estimadísimo amigo —dijo Chíchikov, estrechándole las manos—, créame, yo también quería hablar con usted, pero no tuve tiempo.

Entretanto, pensaba: «¡Ojalá se te lleve el diablo!».

De pronto vio que Murázov entraba en la tienda.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó—. ¡Afanasi Vasílevich! ¿Qué tal está?

—¿Y usted? —dijo Murázov, descubriéndose.

El comerciante y Jlobúev se quitaron los sombreros.

—Bueno, los riñones y el sueño no van del todo como deberían. Quizá se deba a que no hago suficiente ejercicio…

Pero Murázov, en lugar de ahondar en los achaques de Chíchikov, se dirigió a Jlobúev.

—Semión Semiónovich, al ver que entraba en la tienda, le he seguido. Necesito hablar con usted. ¿Le importaría venir un momento a mi casa?

—Claro, claro —se apresuró a decir Jlobúev y salió con él.

«¿De qué tendrán que hablar?», pensó Chíchikov.

—Afanasi Vasílevich es un hombre respetable e inteligente —dijo el comerciante—, conoce su negocio, pero carece de cultura. Después de todo, un comerciante tiene que saber llegar a un acuerdo; de lo contrario, no es un buen comerciante. Tiene que ver con el presupuesto y la reacción de los clientes y, si no presta atención a ello, acabará siendo un indigente.

Chíchikov se encogió de hombros.

—Ah, Pável Ivánovich, le he estado buscando por todas partes —dijo una voz a su espalda: era Lenitsin.

El comerciante se descubrió con respeto.

—¡Ah, Fiódor Fiódorovich!

—Por Dios, venga a mi casa, tengo que hablar con usted —dijo.

Chíchikov lo miró y vio que estaba muy alterado. Después de saldar la cuenta con el comerciante, salió de la tienda.

—Le estaba esperando, Semión Semiónovich —dijo Murázov, al ver entrar a Jlobúev—. Pase a mi habitación.

Condujo a Jlobúev al cuartito que ya conoce el lector y que no podría haber sido menos pretencioso que el de un empleado que gana un salario de setecientos rublos al año.

—Dígame, imagino que ahora su situación ha mejorado, ¿no es así? Después de la muerte de su tía, le debe de haber tocado algo.

—¿Qué quiere que le diga, Afanasi Vasílevich? No sé si mi situación es ahora mejor. Heredé un total de cincuenta almas de campesinos y treinta mil rublos que tuve que emplear en saldar parte de mis deudas, y ahora me he vuelto a quedar sin nada. Pero lo más importante es que todo lo del testamento aún dista mucho de estar claro. Hay unos chanchullos por aquí, Afanasi Vasílevich. Se lo contaré y se sorprenderá de lo que pasa. Este Chíchikov…

—Un momento, Semión Semiónovich, antes de hablar del tal Chíchikov, hablemos en concreto de usted. Dígame, según sus cálculos, ¿qué cantidad estimaría del todo suficiente para salir de su difícil situación?

—Mi situación es muy delicada —dijo Jlobúev—. Para salir de apuros, pagar todas mis deudas y hallarme en condiciones de vivir de la manera más modesta, necesitaría por lo menos cien mil rublos, si no más. En una palabra, mi situación es imposible.

—Supongamos que tiene esa suma, ¿qué vida llevaría, entonces?

—Bueno, alquilaría un pequeño apartamento y me ocuparía de la educación de mis hijos. Pero no tiene sentido siquiera pensar en qué haría, mi carrera está acabada, no sirvo para nada.

—Pero así su vida será ociosa, y el ocio permite que entren todas las tentaciones que nunca se le pasarían por la cabeza a un hombre ocupado en su trabajo.

—No puedo, no sirvo para nada; estoy como entumecido, padezco lumbago.

—Pero ¿cómo puede vivir alguien sin trabajar? ¿Cómo se puede estar en este mundo sin un trabajo, sin una posición? ¡Por favor! Fíjese en cualquier criatura de Dios: cada una presta algún servicio, cada una tiene su misión. Incluso una piedra humilde se puede utilizar para algún fin provechoso, y el hombre, la criatura más sabia, ¿acaso puede estar sin trabajar en nada? ¿Cómo va a ser eso posible?

—Bueno, en cualquier caso, no estoy desocupado. Puedo dedicarme a la educación de mis hijos.

—No, Semión Semiónovich, eso es lo más difícil de todo. ¿Cómo va a enseñar a sus hijos algo que usted mismo no ha aprendido? Después de todo, los niños sólo se pueden educar con el ejemplo de la propia vida. ¿Y acaso su vida es un ejemplo conveniente para ellos? ¿Su propósito es enseñarles cómo pasar el tiempo ociosos y jugando a las cartas? No, Semión Semiónovich, confíeme sus hijos a mí: usted los estropeará. Piense en ello seriamente: a usted le ha perdido la ociosidad. Necesita huir de ella. ¿Cómo puede vivir en este mundo alguien sin apego a nada? Tiene que cumplir un deber, el que sea. El jornalero, de hecho, también presta un servicio. Quizá coma pan barato, pero se lo ha ganado él mismo y siente la utilidad de su trabajo.

—¡De verdad, me esforcé, Afanasi Vasílevich, intenté superarme! Pero ¿qué voy a hacer? Me he hecho viejo, me he vuelto un incompetente. Bueno, ¿cómo debo actuar ahora? ¿Espera que encuentre un trabajo al servicio del Estado, quizá? ¿Cómo quiere que yo, a los cuarenta y cinco años, me siente a la misma mesa que los empleados de oficina que dan sus primeros pasos? Además, soy incapaz de aceptar sobornos, me perjudicaré a mí mismo y a los demás. En esos lugares tienen su propio sistema de castas. No, Afanasi Vasílevich, lo he pensado, me he esforzado, he pasado revista mentalmente a todos los cargos: sería un incompetente en cualquier parte. Excepto, tal vez, en el asilo…

—El asilo es para los que han trabajado durante su vida; a quienes se han pasado toda la juventud divirtiéndose, se les responde como la hormiga a la cigarra: «¡Ve y baila!». Además, incluso en el asilo, la gente trabaja y se esfuerza, no se dedica a jugar al *whist*. Semión Semiónovich —dijo Murázov, mirándole fijamente a la cara—, se engaña a usted mismo y me engaña a mí.

Murázov lo miraba de hito en hito, pero el pobre Jlobúev no sabía qué contestar. Murázov sintió pena por él.

—Escuche, Semión Semiónovich, de hecho, usted reza, va a la iglesia; no se pierde maitines ni vísperas, lo sé. A pesar de que no le gusta

madrugar, se levanta y va a la iglesia a las cuatro de la madrugada, cuando nadie más lo hace.

—Eso es diferente, Afanasi Vasílevich. Sé que lo hago no por un ser humano, sino por Él, que nos ordenó a todos vivir en este mundo. ¿Qué voy a hacer? Creo que será misericordioso conmigo; que, por muy vil y canalla que yo sea, es capaz de perdonarme y aceptarme, mientras que la gente me apartará de una patada y el mejor de mis amigos me traicionará e incluso dirá que me traicionó con una finalidad noble.

Un sentimiento de amargura se reflejó en el rostro de Jlobúev. Las lágrimas le anegaron los ojos, pero no se desdijo de nada.

—Sirva, pues, a Aquel que es tan misericordioso. A Él le satisface tanto el trabajo como las oraciones. Acepte cualquier ocupación, pero tómela como si la hiciera por Él y no por la gente. Aunque no haga más que llevar agua en una cesta, piense únicamente que lo hace por Él. Al menos tendrá la ventaja de que no le quedará tiempo para hacer nada malo, ni para perder dinero a las cartas, ni para darse atracones en banquetes, ni para la vida social. ¡Ay, Semión Semiónovich! ¿Conoce a Iván Potápich?

—Sí, y lo respeto mucho.

—De hecho, era un buen comerciante, tenía medio millón de rublos. Cuando le comenzaron a llover los beneficios se desmadró. Hizo que su hijo aprendiera francés y casó a su hija con un general. Ya no aparecía por la tienda ni tampoco por la Bolsa, sino que siempre que podía quedaba con amigos y los arrastraba a un restaurante a tomar té. Así se pasaba el santo día: al final se arruinó. Y entonces Dios le mandó una desgracia: la muerte de su hijo. Ahora, ya lo ve, trabaja para mí como encargado. Ha empezado la vida de cero. Sus negocios se han recuperado. Podría ganar otra vez con ellos quinientos mil rublos. Pero dice: «Encargado he sido y como encargado quiero morir. Ahora tengo salud y ánimo, antes tenía una panza enorme y ataques de gota. ¡No!». Y ahora el té ni lo prueba. Sopa de col, gachas y nada más. Y reza como nadie de nosotros lo hace. Y también ayuda a los pobres como nadie de nosotros. Otros querrían ayudarles, pero dilapidaron su dinero.

El pobre Jlobúev se quedó pensativo.

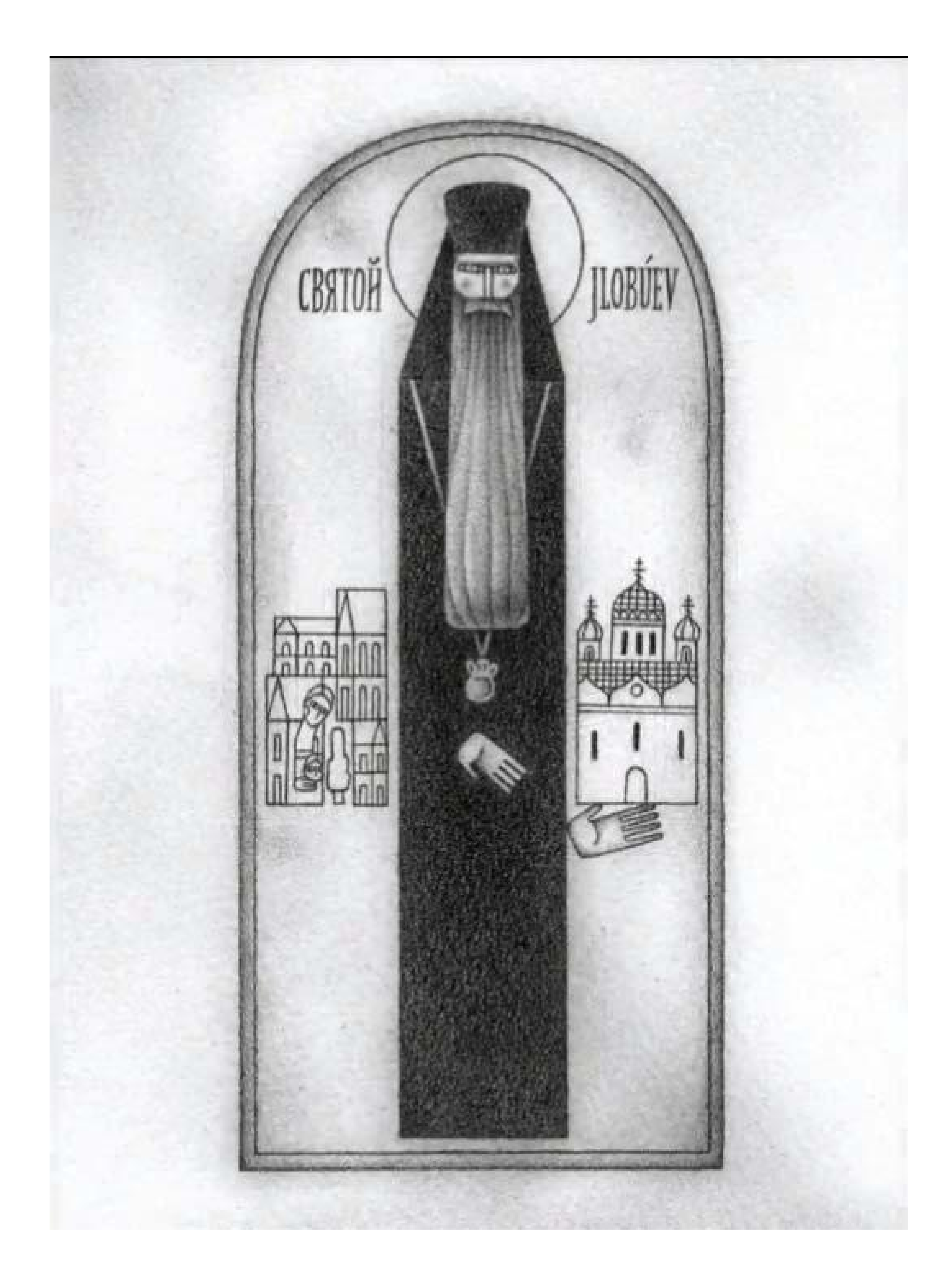
El viejo le cogió ambas manos.

—¡Semión Semiónovich! ¡Si supiera lo mucho que lo siento! No dejo de pensar en usted. Escúcheme. Ya sabe que en el monasterio hay un ermitaño que no ve a nadie. Es un hombre de gran inteligencia, de una inteligencia como no he conocido otra igual. Empecé a contarle que tengo un amigo, aunque sin mencionar su nombre, que estaba sufriendo y por qué. Se puso a escucharme, pero de pronto me interrumpió con estas palabras: «Antes van los problemas de Dios que los nuestros. Estamos construyendo una iglesia, pero falta dinero: hay que hacer una colecta para la iglesia». Y cerró bruscamente la puerta. Pensé: ¿qué significa esto? Es evidente que no quería darme un consejo. Y pasé a ver a nuestro archimandrita. En cuanto abrí la puerta, lo primero que me dijo fue si conocía a alguien a quien se pudiera confiar la colecta para la iglesia, un hombre que fuera de familia noble o de comerciantes, más instruido que la media, y que viera ese trabajo como su salvación. Enseguida caí: «¡Ay, Dios mío! Caramba, el monje está designando a Semión Semiónovich para este trabajo. Viajar le vendrá bien para su enfermedad. Cuando pase con el libro de colectas de un terrateniente a un campesino, y de un campesino a un burgués, aprenderá cómo vive cada uno y sus necesidades, de modo que cuando vuelva de haber recorrido varias provincias de punta a punta, conocerá la zona y la región mejor que cualquiera que viva en las ciudades… Y personas así ahora son necesarias». Hace poco, el príncipe me dijo que daría mucho por encontrar a un funcionario que conociese mundo, no por los papeles, sino por cómo es en realidad, porque los papeles, dice, no aclaran nada: así se ha enredado todo.

—Me deja completamente atónito, confuso, Afanasi Vasílevich —dijo Jlobúev, mirándolo perplejo—. Me resulta imposible creer que sea a mí a quien le dice todo esto: para un trabajo así, se necesita a un hombre infatigable, activo. Por otra parte, ¿cómo voy a abandonar a mi esposa y a mis hijos, que no tienen nada que llevarse a la boca?

—Por su esposa y por sus hijos no se preocupe. Cuidaré de ellos y sus hijos tendrán profesores. Antes de ir por ahí con un zurrón a mendigar limosna, es mucho más noble y mejor pedir por Dios. Le daré un coche sencillo. No tema por las sacudidas, son buenas para la salud. Le proporcionaré dinero para el viaje con el fin de que, de paso, se lo entregue

a otros que todavía lo necesitan más. De esta manera podrá hacer muchas buenas obras: no correrá el riesgo de equivocarse, se lo dará a quien realmente lo merezca. Al viajar de esta forma, aprenderá a conocer a la gente y todas sus circunstancias. Dista mucho de ser como ciertos funcionarios a los que todo el mundo teme y de quien se esconden; cuando sepan que pide para la iglesia, hablarán con usted de buena gana.



—Veo que es una idea espléndida y me gustaría mucho llevarla a la práctica, por lo menos en parte; pero, de verdad, creo que excede mis fuerzas.

—Bueno, ¿y qué no excede nuestras fuerzas? —dijo Murázov—. Todo las excede. Todo es superior a nuestras fuerzas. Sin la ayuda de arriba no se puede hacer nada. Pero las oraciones nos infunden fortaleza. Al santiguarse, la persona dice: «¡Señor, apiádate de mí!», rema y llega a tierra firme. No hace falta pensarlo demasiado. Sólo hay que aceptarlo como una orden de Dios. El coche estará preparado para usted ahora mismo; vaya a ver al padre archimandrita, que le dé el libro y su bendición, y póngase en camino.

—Le obedezco y lo acepto nada menos que como una orden de Dios. —«¡Bendíceme, Señor!», dijo en su fuero interno; sintió que el vigor y el ánimo penetraban en su alma. En su mente pareció despertarse la esperanza de encontrar una salida a su triste e inevitable situación.

Una luz empezó a centellear a lo lejos…

Pero dejemos a Jlobúev y volvamos a Chíchikov.

Entretanto, en efecto, demanda tras demanda llegaba a los tribunales. Salieron parientes de quienes nadie había oído hablar. Como aves que se lanzan sobre la carroña, todos se abalanzaron sobre el incontable patrimonio que había dejado la vieja. Se presentaron denuncias contra Chíchikov, contra la falsedad del último testamento y también contra el primero, pruebas de robo y de la ocultación de fondos. Aparecieron incluso pruebas contra Chíchikov relativas a la adquisición de almas muertas y a su contrabando en la época en que había servido en las aduanas. Todo lo desenterraron, se averiguó su historia anterior. Dios sabe dónde debían haber olfateado y haberse enterado de todo eso. El caso es que había pruebas incluso de negocios que, según pensaba Chíchikov, sólo conocía él y las cuatro paredes de su habitación. De momento, era secreto sumarial y no había llegado a sus oídos, aunque una nota confidencial de su abogado, que había recibido hacía poco, le dio a entender que se avecinaban problemas. El contenido de la nota era breve: «Me apresuro a comunicarle que la causa levantará mucho ruido, pero recuerde que no hay motivo de alarma. Lo principal es mantener la calma. Nos encargaremos de todo». La nota lo tranquilizó por completo.

«Este hombre es un genio», se dijo Chíchikov.

Para acabar de ponerlo de buen humor, en ese instante el sastre le llevó el traje. Chíchikov sintió un fuerte deseo de verse con el nuevo frac color

llama y humo de Navarino. Se puso los pantalones, que se ceñían a su cuerpo tan perfectamente que sólo faltaba hacerle un retrato. Le moldeaban los muslos de maravilla, las pantorrillas también; la tela se adaptaba a los más pequeños detalles y le confería una mayor elasticidad. Cuando se ató la trabilla por la espalda, el vientre se tensó como un tambor. Se lo golpeó con el cepillo y comentó: «¡Qué absurdo! ¡Aunque en conjunto queda bien!».

El frac parecía mejor confeccionado todavía que los pantalones: ni una sola arruga, se le ajustaba bien a los costados y a la cintura, cuya línea marcaba. Cuando Chíchikov observó que la sisa derecha le iba un poco estrecha, el sastre se limitó a sonreír: así le ceñía mejor la cintura.

—Quédese tranquilo, quédese tranquilo por lo que respecta al trabajo —repetía con un aire triunfal poco disimulado—. Excepto en San Petersburgo, en ningún lugar le harían un traje como éste.

El sastre era de San Petersburgo, pero en el rótulo de su establecimiento se leía: «Extranjero de Londres y París». Era poco amigo de bromas e indicando las dos ciudades a la vez en el letrero había querido tapar la boca a los otros sastres para que en adelante nadie osara presentarse con esas dos ciudades y tuvieran que contentarse con indicar que procedían de «Karlsruhe» o «Copenhague».

Chíchikov pagó generosamente al sastre y, cuando se quedó a solas, se contempló con calma en el espejo, como un artista con sensibilidad estética y *con amore*. Todo en él parecía haber mejorado; las mejillas se veían más agradables, el mentón más sugerente; el cuello, con su blancura, hacía que le resaltaran las mejillas; la corbata de raso azul destacaba el cuello; los elegantes pliegues de la pechera enfatizaban la corbata; el rico chaleco de raso hacía resaltar la pechera y el frac color llama y humo de Navarino, brillante como la seda, realzaba todo el conjunto. Se volvió hacia la derecha, ¡perfecto! Se volvió hacia la izquierda, ¡mejor todavía! Tenía la apariencia de un gentilhombre de cámara o de un señor que, de tanto rascarse en francés, cuando se enfadaba ya no sabía rezongar en ruso, sino que despotricaba en dialecto francés: ¡el colmo del refinamiento! Inclinando la cabeza hacia un lado, trató de adoptar la pose que correspondería, si se dirigiera a una dama de mediana edad y a la última en materia de cultura: el resultado era lo que se dice un auténtico cuadro. ¡Artista, toma tu pincel y

manos a la obra! Lleno de satisfacción, dio inmediatamente un ligero saltito, como un *entrechat*. Tembló la cómoda y cayó al suelo un frasco de agua de Colonia, pero aquello no le trastornó lo más mínimo. Tildó de imbécil al estúpido frasco, como correspondía, y pensó: «¿A quién visitaré antes que a nadie? Lo mejor será…». De pronto se oyó en el vestíbulo un tintineo de botas con espuelas, y un gendarme armado hasta los dientes, que parecía la personificación de todo un ejército, dijo:

—¡Tengo orden de conducirlo inmediatamente ante el gobernador general!

Chíchikov se quedó de una pieza. Ante él se erguía un espantoso ogro con mostacho, una cola de caballo en la cabeza, doble tahalí y un enorme sable colgado a un lado. Le pareció que también llevaba un fusil colgado en el otro costado y el diablo sabe qué más. ¡Un conjunto de tropas en un solo hombre! Empezó a objetar, pero el ogro dijo con grosería:

—¡Tengo orden de conducirlo de inmediato!

A través de la puerta, vio que en el vestíbulo había otro ogro. Se asomó por la ventana y se percató de que esperaba un coche en la puerta. ¿Qué iba a hacer ahora? Tal como estaba, con el frac color llama y humo de Navarino, tuvo que subir al coche y, todo él sacudido por un temblor, se dirigió a la residencia del gobernador general acompañado del gendarme.

En la antesala no le dieron tiempo siquiera para volver en sí.

—¡Entre! El príncipe le está esperando —dijo el funcionario de guardia.

Ante él, como entre la niebla, destelló la antesala donde unos correos recibían paquetes y luego una sala que atravesó mientras pensaba: «¡Éste sí que me va a meter preso y directamente me enviará a Siberia!». El corazón comenzó a latirle con más fuerza que como palpita en el pecho del enamorado más fogoso. Por último, se abrió la puerta fatídica: apareció el despacho con sus carpetas, armarios y libros, y el príncipe airado como la ira misma.

«¡Verdugo, más que verdugo! —pensó Chíchikov—. Destruirá mi alma. Me degollará como un lobo a un cordero».

—Le perdoné y le permití quedarse en la ciudad cuando debería haberlo enviado a la cárcel. ¡Y de nuevo se ha ensuciado con la estafa más deshonrosa que jamás haya cometido alguien!

Los labios del príncipe temblaban de ira.

—¿Cuál es, Su Alteza, el infame delito que he cometido? —preguntó Chíchikov, temblando de los pies a la cabeza.

—La mujer —dijo el príncipe, acercándose a Chíchikov y mirándolo directamente a los ojos—, la mujer que firmó el testamento a petición suya ha sido detenida y la someteremos a un careo con usted.

Todo se oscureció ante los ojos de Chíchikov.

—¡Su Alteza! Le diré toda la verdad. Soy culpable, es verdad, soy culpable, pero no tanto: me han calumniado mis enemigos.

—Nadie le puede calumniar, pues en usted hay mucha más bajeza de la que podría inventar el mayor de los embusteros. Creo que en toda su vida no ha llevado a cabo ninguna acción que no fuera deshonrosa. ¡Cada kopek que ha ganado usted lo ha conseguido de manera denigrante! ¡Es un robo, un acto indecoroso que se castiga con el látigo y con el destierro a Siberia! ¡No, basta ya! Ahora mismo serás conducido a la cárcel, y allí, al lado de los peores canallas y bandidos, tendrás que esperar a que se decida tu suerte. Y todavía tienes que estar agradecido, pues tú eres mucho peor que ellos: ellos llevan abrigos y capotes de tela burda, mientras que tú… —Echó un vistazo al frac color llama y humo de Navarino y tiró del cordel de la campanilla.

—¡Su Alteza! —gritó Chíchikov—. ¡Apiádese de mí! Usted es padre de familia. ¡Compadézcase de mí, tengo una madre anciana!

—¡Mientes! —gritó el príncipe, enfurecido—. La otra vez me suplicaste en nombre de tus hijos y de una familia que nunca has tenido y ahora me hablas de tu madre.

—¡Su Alteza! Soy un miserable, el peor de los canallas —dijo Chíchikov con una voz […]—. En efecto, mentí, no tengo hijos ni familia, pero Dios es testigo de que siempre he querido tener una esposa y cumplir mi deber de hombre y de ciudadano para luego merecer el respeto de los ciudadanos y de las autoridades. Pero ¡qué desgraciada sucesión de circunstancias! Con sangre, Su Alteza, con sangre tuve que ganarme el pan de cada día. A cada paso uno se topa con trampas y tentaciones… Con enemigos, verdugos y ladrones. Toda mi vida ha sido como un furioso

torbellino, como un barco a merced de las olas, zarandeado por los vientos. ¡Soy humano, Su Alteza!

De pronto las lágrimas manaron de sus ojos. Se arrojó a los pies del príncipe, tal como iba, con el frac color llama y humo de Navarino, el chaleco de terciopelo, la corbata de raso, los pantalones magníficamente cortados y su cabeza peinada que desprendía los dulces efluvios de un agua de Colonia de primera y se golpeó la frente contra el suelo.

—¡Apártate de mí! ¡Llamad a los soldados para que se lo lleven! —gritó el príncipe a quienes acudieron a su llamada.

—¡Su Alteza! —gritó Chíchikov y se abrazó con las dos manos a la bota del príncipe.

El príncipe sintió que un temblor recorría todas las fibras de su ser.

—¡Que se aparte, le digo! —exclamó, afanándose por liberar su pie del abrazo de Chíchikov.

—¡Su Alteza! ¡No me iré de aquí hasta que me conceda su perdón! —decía Chíchikov sin soltar la bota del príncipe, sino apretándola contra su pecho y arrastrándose a la vez que ella por el suelo, enfundado en su frac color llama y humo de Navarino.

—¡Fuera, le digo! —exclamó el príncipe con la indescriptible sensación de repugnancia que se experimenta ante la visión de un insecto monstruoso que no se tiene valor para aplastar con el pie. Dio tal sacudida con el pie que Chíchikov sintió el golpe de la bota en la nariz, en los labios y en la redondeada barbilla, aunque no soltó la bota, sino que la abrazó con más fuerza si cabe. Dos corpulentos gendarmes lo arrastraron a la fuerza de allí y, cogiéndolo por los brazos, se lo llevaron a través de todas las habitaciones. Chíchikov estaba pálido, abatido, en ese estado de terrible embotamiento que se adueña de quien ve ante sí la muerte negra e ineludible, ese espantajo horrible que tanto repugna a nuestra naturaleza…

Al lado mismo de las puertas, en el rellano de la escalera, Murázov vino a su encuentro. De repente destelló un rayo de esperanza. En un instante, con una fuerza sobrenatural, se liberó de los brazos de los dos gendarmes y se arrojó a los pies del asombrado viejo.

—¡Querido amigo, Pável Ivánovich! ¿Qué sucede?

—¡Sálveme! ¡Me llevan a la cárcel, a la muerte…!

Los gendarmes lo agarraron y se lo llevaron, sin dejarle oír respuesta alguna.

Un cuchitril húmedo e infecto, con hedor a las botas y los peales de los soldados de la guarnición, una mesa de madera sin pintar, dos sillas cojas, una ventana con reja de hierro, una estufa desvencijada por cuyas grietas sólo salía humo pero nada de calor: así era la morada donde alojaron a nuestro héroe cuando ya había comenzado a saborear las mieles de la vida y a atraer la atención de sus compatriotas con su flamante frac color llama y humo de Navarino. Ni siquiera le permitieron procurarse los enseres más indispensables, coger el cofrecillo donde guardaba el dinero, tal vez el suficiente para… Los documentos, los contratos de compraventa de las almas muertas: todo estaba ahora en manos de los funcionarios. Cayó desplomado al suelo, y una triste desesperanza, como un gusano carnívoro, se enroscó alrededor de su corazón. Con una avidez creciente empezó a devorar aquel corazón, que estaba completamente indefenso. Un día más de semejante tristeza y Chíchikov habría desaparecido del mundo. Pero una mano salvadora velaba por nuestro héroe. Una hora después se abrieron las puertas de la prisión y entró el viejo Murázov.

Si a un caminante martirizado por una sed abrasadora, cubierto del polvo y la ceniza del camino, extenuado y deshecho, le vertieran en la garganta reseca un chorro de agua de manantial, eso no lo refrescaría ni lo animaría tanto como se animó el pobre Chíchikov.

—¡Mi salvador! —dijo Chíchikov, levantándose del suelo y, asiendo a toda prisa su mano, la besuqueó y la apretó contra su pecho—. ¡Dios le recompensará por visitar a un hombre desgraciado!

Y se deshizo en lágrimas.

El viejo lo contempló con una mirada entre triste y compasiva y se limitó a decir:

—¡Ay, Pável Ivánovich, Pável Ivánovich! ¿Qué ha hecho?

—¡Qué voy a hacer ahora! ¡Esa maldita mujer ha sido mi ruina! Perdí la noción de todo comedimiento; no supe detenerme a tiempo. El maldito Satanás me sedujo, me llevó más allá de los límites de la razón y de la prudencia humana. ¡He delinquido, he delinquido! Pero, de todos modos, ¿cómo han podido obrar así? ¡Meter en la cárcel a un noble, a un hombre

distinguido, sin juicio ni instrucción! ¡A un noble, Afanasi Vasílevich! ¿Por qué no me permitieron que pasara por mi casa para arreglar mis cosas? Ahora todo ha quedado desprotegido. El cofrecillo, Afanasi Vasílevich, el cofrecillo. En él guardo todas mis posesiones. Las gané con sudor, con sangre, con años de trabajo y privaciones… ¡El cofrecillo, Afanasi Vasílevich! ¡Me lo robarán todo, se lo llevarán…! ¡Oh, Dios mío!

Y, sin fuerzas para contener aquella explosión de tristeza que de nuevo se apoderaba de su corazón, comenzó a sollozar estruendosamente con una voz que traspasó los gruesos muros de la cárcel y resonó con un eco sordo a lo lejos. Se arrancó la corbata de raso y, agarrando el frac color llama y humo de Navarino por el cuello, lo rasgó de un tirón.

—¡Ay, Pável Ivánovich! ¡Cómo lo han cegado esas posesiones! Por su culpa no vio lo terrible que era su situación.

—¡Sálveme, mi benefactor, sálveme! —gritó desesperadamente el pobre Pável Ivánovich, echándose a los pies de Murázov—. El príncipe lo aprecia, hará todo lo que usted le pida.

—No, Pável Ivánovich, no puedo, por mucho que lo desee. Ha caído bajo el implacable poder de la ley, no bajo el poder de un hombre.

—¡Me tentó Satanás, el maldito, el azote del género humano!

Se golpeó la cabeza contra la pared y descargó un puñetazo tan fuerte contra la mesa que se le ensangrentó la mano, pero no sintió dolor en la cabeza ni por la brutalidad del golpe con el puño.

—Pável Ivánovich, tranquilícese, reflexione acerca de cómo tiene que hacer las paces con Dios, y no con la gente; procure algo de calma a su pobre alma.

—Pero ¡piense en mi destino, Afanasi Vasílevich! ¿Le habrá tocado a otro hombre una suerte como la mía? Pues con una paciencia que podríamos calificar de sangrante, conseguí cada kopek, con trabajo, con trabajo constante, no saqueé ni robé al fisco, como otros hacen. ¿Para qué acumulaba kopeks? Para vivir desahogadamente el resto de mis días, para dejar algo a los hijos que tenía intención de tener, para el bien y el servicio a la patria. ¡Para eso quería hacerme rico! Me extravié en el camino, no lo niego, me extravié… Pero ¿qué podía hacer? Sólo me extravié cuando me percaté de que no conseguiría nada por el camino recto y que el camino

indirecto era el más directo. Pero he trabajado duro, de veras, me he perfeccionado. Si tomé algo, fue de los ricos. Fíjese, en cambio, en esos sinvergüenzas que se valen de los tribunales para apropiarse de miles de rublos de los fondos públicos, expolian a los pobres, quitan hasta el último kopek a quien no tiene nada. Fíjese en mi desgracia: cada vez que estaba a punto de recoger los frutos y, por así decirlo, tocarlos con la mano… De repente, una tormenta, una roca bajo el agua, y todo el barco se hace astillas. Ahora tenía un capital de unos treinta mil. Poseía una casa de tres plantas. Compré un pueblo en dos ocasiones. ¡Ay, Afanasi Vasílevich! ¿Por qué este destino? ¿Por qué estos golpes? ¿Acaso no era mi vida, ya sin eso, un barco a merced de las olas? ¿Dónde está la justicia celestial? ¿Dónde está la recompensa a la paciencia, a una constancia ejemplar? Imagíneselo, empecé tres veces de la nada: después de perderlo todo, volví a comenzar con un kopek, mientras que otro hombre en mi situación ya hace tiempo que se habría entregado a la bebida y se pudriría en una taberna. ¡Cuánto he luchado, cuánto he soportado! Porque cada kopek fue ganado, por así decirlo, con todas las fuerzas de mi alma… Quizá a otros no les cueste tanto hacer dinero, pero, en mi caso, como dice el proverbio, cada kopek está clavado con un clavo de tres kopeks, y este kopek lo conseguía, Dios lo sabe, con una constancia de hierro…

No terminó de decir lo que estaba diciendo y comenzó a sollozar ruidosamente por el insoportable dolor de su corazón; se desplomó sobre la silla, desgarró el faldón del frac que colgaba roto hasta el suelo y lo lanzó lejos. Hundió las manos en el pelo, que tanto se había esforzado en fortalecer con tratamientos, y se lo arrancó despiadadamente, recreándose con aquella congoja con la que quería ahogar el dolor de su corazón, que nada podía calmar.

Murázov estuvo largo rato en silencio delante de él y contempló ese extraordinario sufrimiento que veía por primera vez. El hombre desgraciado y obstinado, que hasta hacía poco se pavoneaba con la gracia pizpireta de una persona de la alta sociedad o de un militar, iba ahora de un lado para otro con un aspecto harapiento e indecente, con el frac roto, los pantalones desabrochados, el puño ensangrentado y herido, echando pestes de las fuerzas hostiles que se interponen en el camino del hombre.

—¡Ay, Pável Ivánovich, Pável Ivánovich! ¡Pienso en hasta dónde habría llegado si sus energías y su paciencia hubieran sido empleadas en una buena obra, si hubiese perseguido un objetivo mejor! ¡Dios mío, cuánto bien habría hecho! Si alguna de esas personas que aman el bien empleasen tantos esfuerzos en lograrlo como usted para procurarse kopeks y supiera sacrificar su amor propio y su ambición, sin escatimar esfuerzos, lo mismo que usted para conseguir sus kopeks, ¡Dios mío, cómo prosperaría nuestro país! ¡Pável Ivánovich, Pável Ivánovich! La pena no es que sea culpable ante los otros; la pena es que es culpable ante sí mismo, ante la gran fuerza y los dones que le tocaron en gracia. Estaba destinado a ser un gran hombre, pero usted mismo fue la causa de su destrucción y de su ruina.

El alma tiene sus misterios. Por mucho que un hombre se desvíe de la senda recta, por mucho que los sentimientos de un criminal incorregible se hayan endurecido, por mucho que se haya asentado firmemente en su vida de depravación, si se le hacen reproches por ello, por las cualidades que ha deshonrado, todo en él flaqueará, a pesar de sí mismo, y todo su ser se verá conmovido.

—¡Afanasi Vasílevich! —dijo el pobre Chíchikov y tomó a Murázov por las dos manos—. ¡Oh, si consiguiera recobrar la libertad y me devolvieran mis posesiones! ¡Le juro que llevaría una vida completamente diferente! ¡Sálveme, bienhechor, sálveme!

—Pero ¿qué puedo hacer yo? Tendría que luchar contra la ley. Incluso suponiendo que me decidiera a dar ese paso, el príncipe es un hombre justo, no se echará atrás por nada del mundo.

—¡Mi bienhechor, usted puede hacerlo todo! No es la ley lo que me asusta, encontraría los medios de tratar con la ley, sino que me hayan metido en la cárcel aun siendo inocente, que voy a morir aquí como un perro y que mis posesiones, mis documentos, el cofrecillo… ¡Sálveme!

Abrazó las piernas del viejo, que regó con sus lágrimas.

—¡Ay, Pável Ivánovich, Pável Ivánovich! —dijo el viejo Murázov, moviendo la cabeza—. ¡Cómo le cegaron esas posesiones! Por culpa de ellas, no oye la voz de su pobre alma.

—¡Pensaré también en mi alma, pero sálveme!

—Pável Ivánovich… —empezó a decir el viejo Murázov y se detuvo—. Salvarle no está en mi mano, usted mismo lo ve. Pero haré cuanto pueda para aliviar su suerte y para que lo pongan en libertad. No sé si lo conseguiré, pero trataré de ayudarle. Si, contrariamente a mis expectativas, lo logro, le pediré, Pável Ivánovich, que en recompensa a mis esfuerzos renuncie a toda intención de hacer fortuna. Le digo honestamente que, si perdiese todos mis bienes, y tengo más posesiones que usted, no vertería ni una lágrima. Lo principal no son las posesiones, que me pueden confiscar, sino lo que nadie me puede robar ni quitar. Ya ha vivido bastante en el mundo. Dice que su vida es un barco a merced de las olas. Ya tiene lo suficiente para vivir el resto de sus días. Establézcase en un rinconcito tranquilo, cerca de una iglesia y de gente sencilla y buena; o bien, si siente el fuerte deseo de dejar descendencia, cásese con una buena muchacha de condición humilde, acostumbrada a la mesura y a la vida modesta. Olvídese de este mundo ruidoso y de todos sus caprichos tentadores; y deje que él también lo olvide a usted: en él no hay paz. Ya lo ve: todo en él es un enemigo, un tentador o un traidor.

—¡Así es, así es! Ya hace tiempo que mi deseo y mi intención eran llevar una vida como es debido. Quería dedicarme a dirigir mi hacienda, a llevar una vida de moderación. El demonio tentador me sedujo, me apartó del camino, ¡Satanás, el demonio, el diablo!

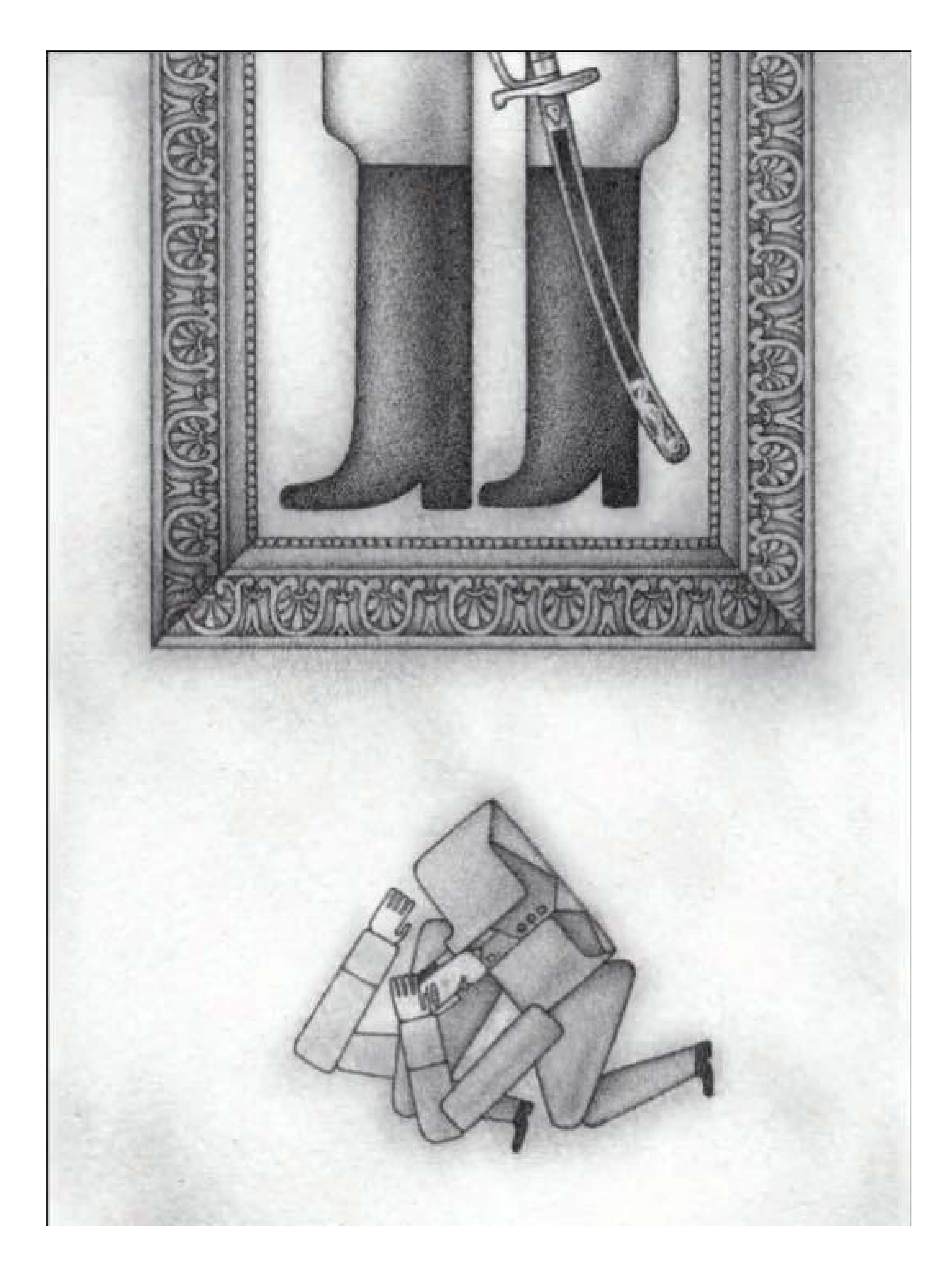
Le asaltaron sentimientos hasta el momento ignotos, desconocidos, inexplicables. Como si algo quisiera despertar dentro de él, algo remoto, algo que en la infancia hubiese sido prematuramente aplastado antes de que se pudiera desarrollar, debido a una educación rígida y muerta, por la desolación de una infancia triste, por el vacío de la casa familiar, por la soledad de una vida sin familia, por la miseria y la pobreza de las primeras impresiones; como si aquello que había sido aplastado por la severa mirada del destino lo mirase hoscamente, a través de una ventana turbia, cubierta por una tormenta de nieve, y pugnase por conquistar la libertad. Un gemido escapó de sus labios y, cubriéndose la cara con las palmas de las manos, dijo con voz dolida:

—¡Es verdad, es verdad!

—Y su conocimiento de la gente y su experiencia no le han servido para nada, puesto que se basaba en premisas contra la ley. Si hubiese obrado conforme a la ley… ¡Ay, Pável Ivánovich! ¿Por qué se ha destruido a sí mismo? Despierte, todavía no es demasiado tarde, aún hay tiempo.

—¡No! ¡Es tarde, es tarde! —dijo entre gemidos con una voz que a Murázov casi le partió el corazón—. Empiezo a sentir y entiendo que he ido por un camino muy alejado del correcto, ¡pero ya no puedo hacer nada! No, no me educaron del modo correcto. Mi padre me machacaba con las reglas de la moral, me pegaba y me obligaba a copiar los preceptos morales, pero él mismo robaba madera a los vecinos delante de mí e incluso me hacía ayudarle. Delante de mí entabló un pleito injusto, corrompió a una huerfanita de la que era tutor. El ejemplo es más poderoso que los preceptos. Veo y siento, Afanasi Vasílevich, que no llevo la vida que debería llevar, pero no siento una gran aversión por el vicio: mi naturaleza se ha embrutecido; no siento amor por el bien, esa bella inclinación a hacer obras que resulten del agrado de Dios, que se convierten en una segunda naturaleza, en un hábito. No siento tanto deseo de hacer el bien como de adquirir posesiones. Le digo la verdad: ¿qué debo hacer?

El viejo lanzó un hondo suspiro.



—Pável Ivánovich, tiene tanta voluntad, tanta paciencia… La medicina es amarga, pero, aun así, el enfermo la toma, a sabiendas de que, de lo contrario, no recobrará la salud. Aunque no sienta amor por el bien, esfuércese en hacerlo, sin amor. Se le computará como un mérito mayor que

el de quien hace el bien por amor a Él. Simplemente oblíguese a hacerlo varias veces, luego el amor llegará. Créame, todo se puede hacer. «El reino de los cielos sufre violencia[159]», se nos ha dicho. Sólo se abre camino a él por la fuerza… Tienes que abrirte camino a él por la fuerza, tomarlo a la fuerza. Eh, Pável Ivánovich, posee una fuerza de la que otros carecen; tiene una paciencia férrea: ¿por qué no habría de conseguirlo? Me parece que usted podría ser, si se lo propusiera, un titán. Pues la gente de hoy es débil, no tiene voluntad.

A todas luces, estas palabras golpearon el alma de Chíchikov y tocaron en algún punto la sed de gloria que había en su interior. Si no era determinación, algo muy fuerte y parecido a ella relampagueó en sus ojos.

—Afanasi Vasílevich —dijo con voz firme—, si consigue a base de ruegos que me concedan el perdón y encuentra los medios para que yo salga de aquí con algunas de mis posesiones, le doy mi palabra de que empezaré una nueva vida: compraré un pequeño pueblo, me convertiré en un terrateniente, ahorraré dinero, pero no para mí, sino para ayudar al prójimo, haré el bien en la medida de mis fuerzas; me olvidaré de mí mismo, así como de los manjares y festines de la ciudad, llevaré una vida sencilla y sobria.

—¡Que Dios le dé fuerzas para este cometido! —dijo el viejo, rebosante de alegría—. Haré cuanto pueda para persuadir al príncipe de que lo libere. Si seré capaz de conseguirlo o no, sólo Dios lo sabe. En cualquier caso, su destino se le hará, sin duda, menos penoso. ¡Ay, Dios mío! Abráceme, permita que le estreche entre mis brazos. ¡Qué alegría me ha dado, de veras! Bueno, quédese con Dios. Iré a ver al príncipe ahora mismo.

Chíchikov se quedó solo.

Todo su ser se conmovió y amansó. Incluso el platino, el metal de mayor dureza, el más resistente al fuego, acaba por fundirse: cuando el fuego se intensifica en el crisol, cuando los fuelles soplan y asciende el calor insoportable de las llamas, el obstinado metal se blanquea y se transforma en líquido; del mismo modo, el más fuerte de los hombres sucumbe en el crisol de las desgracias cuando, al hacerse éstas más intensas, abrasan su endurecida naturaleza con su fuego insoportable.

«Yo mismo soy incapaz de hacer o sentir nada, pero emplearé todas mis fuerzas para permitir que otros sientan; soy un hombre malo y no sé hacer nada, pero emplearé todas mis fuerzas para llevar a mis semejantes por el buen camino; soy un mal cristiano, pero emplearé todas mis fuerzas para no caer en la tentación. Me esforzaré, trabajaré en el campo sin escatimar el sudor de mi frente, y lo haré con honradez, a fin de ser una buena influencia para los demás. ¿Acaso no sirvo para nada? Tengo capacidad para administrar una hacienda; poseo las cualidades del ahorro, la eficiencia, el sentido común e incluso la perseverancia. Sólo falta decidirse».

Así pensaba Chíchikov, y las fuerzas semidespiertas de su alma parecían tocar algo. Parecía que su naturaleza, por medio de alguna vaga intuición, hubiese empezado a sentir que el hombre tiene que cumplir un deber en la tierra, un deber que se puede cumplir en cualquier parte, en cualquier rincón, al margen de las circunstancias, las inquietudes y los movimientos que giran a su alrededor. Y una vida laboriosa, alejada del ruido de las ciudades y de las tentaciones inventadas por el hombre ocioso ajeno al trabajo, empezó a dibujarse ante él tan vivamente que casi se olvidó de todo lo desagradable de su situación y hasta puede que se dispusiera a dar gracias a la Providencia por esa dura lección, siempre que lo pusieran en libertad y le dieran, aunque fuera, una parte… Pero… La única puerta de su celda inmunda se abrió de par en par y entró un personaje oficial, Samosvístov, un epicúreo, la estampa viva de un temerario, ancho de espaldas, piernas esbeltas, un camarada espléndido, un juerguista y pillo redomado, según decían de él sus propios compañeros. En tiempos de guerra un hombre así habría hecho milagros: habrían podido mandarle a través de pasajes impracticables y peligrosos para robar, delante de las narices del enemigo, un cañón; ése habría sido su trabajo. Pero, a falta de una carrera militar, mediante la cual acaso se habría convertido en un hombre honesto, dedicaba todas sus energías a cometer vilezas. ¡Algo incomprensible! Tenía convicciones y reglas extrañas: con los compañeros era bueno, no traicionaba a nadie y, si daba su palabra, la mantenía; pero a quienes estaban por encima de él los consideraba algo así como una batería enemiga a través de la cual tenía que abrirse paso, aprovechando algún punto débil, una brecha o un descuido.

—Lo sabemos todo acerca de la situación en que se encuentra, nos lo han contado todo —dijo cuando vio que la puerta estaba bien cerrada—. ¡No es nada, no es nada! No tenga miedo: todo se arreglará. Todos nos pondremos a trabajar para usted y seremos sus servidores. Treinta mil para todos y listo.

—¡¿De veras?! —exclamó Chíchikov—. ¿Y seré absuelto de todos los cargos?

—¡De todos! Y aun recibirá una indemnización por los perjuicios causados.

—¿Y por el trabajo…?

—Treinta mil. Ahí está todo incluido: tanto lo nuestro como lo del gobernador general y lo del secretario.

—Pero, permítame, ¿cómo podría dárselo? Todos mis bienes, mi cofrecillo, todo está precintado y bajo custodia.

—Dentro de una hora lo tendrá todo aquí. ¿Trato hecho?

Sellaron el acuerdo con un apretón de manos. El corazón le latía con fuerza y no acababa de creer que aquello fuera posible.

—¡Ahora adiós! Nuestro amigo común me ha encargado que le diga que lo principal es que mantenga la calma y la presencia de ánimo.

«¡Hum! —pensó Chíchikov—. Comprendo, es el abogado».

Samosvístov desapareció. Chíchikov, otra vez solo, seguía sin tener mucha fe en sus palabras, pero aún no había pasado una hora de aquella conversación cuando le llevaron el cofrecillo: documentos, dinero… Todo estaba en un orden impecable. Samosvístov se había presentado en calidad de mandamás: reprendió a los centinelas por no vigilar lo suficiente, exigió más soldados para reforzar la vigilancia y, no sólo cogió el cofrecillo, sino que incluso se agenció los documentos que pudieran comprometer de algún modo a Chíchikov, hizo un hatillo con todo esto, lo selló y ordenó a uno de los soldados que se lo llevara de inmediato a Chíchikov, como si se tratara de enseres imprescindibles para la noche y el reposo. De modo que Chíchikov, junto con los documentos, recibió incluso mantas para cubrir su cuerpo mortal. Esa rápida entrega de sus bienes lo alegró de un modo indecible. Sintió una oleada de esperanza y una vez más comenzó a soñar con ciertos alicientes: una tarde en el teatro, una bailarina a la que

galanteaba. El pueblo y su calma empezaron a parecerle más pálidos; la ciudad y su bullicio se le presentaron de nuevo más radiantes y claros. ¡Oh, vida!

Entretanto, un caso de dimensiones inconmensurables había seguido su curso en los tribunales y cancillerías. Trabajaban las plumas de los escribientes y, aspirando pulgaradas de rapé, se afanaban sus hábiles cabezas, admirando, como auténticos artistas, las líneas alambicadas de su caligrafía. El abogado, como un mago escondido entre bambalinas, manipulaba todo el mecanismo: antes de que pudieran darse cuenta de lo que estaba pasando, envolvió a todos en sus redes. La confusión fue en aumento. Samosvístov se superó en audacia y valentía. Al enterarse de dónde estaba la mujer detenida, se presentó allí directamente; entró con tanta bravura y autoridad que el centinela lo saludó y se quedó en posición de firmes.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Desde buena mañana, Su Señoría.

—¿Falta mucho para el relevo?

—Tres horas, Su Señoría.

—Te voy a necesitar. Le diré al oficial que envíe a alguien a relevarte.

—¡A sus órdenes, Su Señoría!

Y, de vuelta a casa, para evitar comprometer a nadie y borrar cualquier rastro, se vistió de gendarme, con bigotes y patillas; ni el diablo lo habría reconocido. Se presentó en el lugar donde estaba arrestado Chíchikov, detuvo a la primera campesina con la que se cruzó y la entregó a dos jóvenes funcionarios, dos tipos de su misma calaña, y luego, equipado como es debido, con sus bigotes y fusil en ristre, fue directamente hasta donde estaba el centinela.

—Vete, el comandante me manda a relevarte.

Hicieron el relevo y se quedó de guardia con el fusil.

Era lo que necesitaba. El lugar de la mujer detenida en primer lugar fue ocupado enseguida por la segunda, que no sabía ni entendía nada. A la primera la escondieron tan bien en alguna parte que luego nadie averiguó qué había sido de ella. Y mientras Samosvístov bregaba como un auténtico guerrero, el abogado había obrado milagros en el ámbito civil: al

gobernador le hizo saber indirectamente que el procurador había presentado una denuncia contra él; al jefe de la gendarmería lo puso al corriente de que un funcionario que vivía de tapadillo en la ciudad estaba escribiendo denuncias contra él; aseguró al funcionario que vivía de tapadillo en la ciudad que había otro funcionario que vivía aún más de tapadillo que lo estaba denunciando; y los llevó a todos a tal estado de nerviosismo que ninguno se abstuvo de recurrir a él en busca de consejo. Se armó un barullo de enormes proporciones: las denuncias se acumularon y empezaron a salir a la luz casos que nunca se habían visto bajo el sol e incluso cosas que nunca existieron. No se hizo ascos a nada y todo pasó a engrosar la causa: quién era hijo bastardo, de qué familia procedía y qué actividad desempeñaba, quién tenía una amante y la mujer de quién era cortejada. Escándalos, tentaciones y todo lo demás se entremezcló hasta tal punto con la historia de Chíchikov, con las almas muertas, que no hubo modo de comprender cuál de aquellos asuntos era el más disparatado: todos parecían de la misma estofa. Cuando empezaron a llegar esos documentos al escritorio del gobernador general, el pobre príncipe fue incapaz de entender algo. El inteligentísimo y eficiente funcionario al que se le encargó la tarea de hacer un resumen a punto estuvo de perder el juicio: era imposible seguir el hilo del caso. En aquel momento el príncipe estaba preocupado por un sinfín de cosas, a cuál más desagradable. En una parte de la provincia se había declarado una hambruna. Los funcionarios encargados de distribuir el grano, al parecer, no habían hecho el trabajo correctamente. En otra parte de la provincia, los cismáticos[160] se habían sublevado. Alguien había propagado el rumor de que se había aparecido el Anticristo, que no dejaba descansar en paz siquiera a los que ya criaban malvas y se dedicaba a adquirir almas muertas. Se arrepentían y pecaban y, con el pretexto de capturar al Anticristo, se llevaban por delante a algunos que nada tenían que ver el asunto. En otro lugar, los campesinos se habían amotinado contra los terratenientes y los capitanes de la policía del distrito. Ciertos vagabundos habían extendido el runrún de que se avecinaban tiempos en que los campesinos se convertirían en terratenientes y se vestirían con fracs, mientras que los terratenientes se cubrirían con tabardos y se convertirían en campesinos; y el distrito entero, sin pensar en que entonces habría

demasiados terratenientes y capitanes de la policía del distrito, se negó a pagar cualquier impuesto. Hubo que recurrir a medidas coercitivas. El pobre príncipe estaba de lo más apesadumbrado. En ese momento le anunciaron la llegada del contratista.

—Que pase —dijo.

El viejo Murázov entró.

—¡Ahí tiene a su Chíchikov! ¡Usted salió en su defensa y dio la cara por él! Ahora está involucrado en un asunto en el que ni siquiera el ladrón más temerario se habría implicado.

—Permítame que le diga, Su Alteza, que no entiendo demasiado de qué asunto habla.

—¡Falsificación de testamento! ¡Y qué falsificación…! ¡Debería ser azotado públicamente por ello!

—No es que quiera defender a Chíchikov, Su Alteza, pero el delito, al fin y al cabo, no se ha probado. Todavía no se ha efectuado ninguna investigación.

—Hay pruebas. La mujer que se disfrazó para suplantar a la difunta está detenida. Quiero que usted esté presente cuando la interrogue.

El príncipe llamó y ordenó que trajeran a la mujer.

Murázov permaneció callado.

—¡Un asunto de lo más indecoroso! Y, para mayor vergüenza, los funcionarios de mayor rango de la ciudad están implicados, incluido el gobernador. ¡No debería haberse mezclado con ladrones y maleantes! —dijo el príncipe, acalorado.

—Pero el gobernador es uno de los herederos; sus pretensiones son legítimas; el hecho de que otras personas de diferente estofa, Su Alteza, hayan intentado sacar provecho es propio de la naturaleza humana. La difunta, señor, era una mujer rica, que no dispuso de manera justa e inteligente sus posesiones; gente deseosa de beneficiarse acudió de todos los rincones, es la naturaleza humana…

—Pero ¿por qué cometer actos tan abominables? ¡Villanos! —dijo el príncipe, indignado—. Ni uno de mis oficiales es un buen hombre; todos son escoria.

—Su Alteza, ¿quién de nosotros es verdaderamente bueno? Todos los funcionarios de nuestra ciudad son seres humanos, tienen buenas cualidades y muchos conocen su profesión al dedillo, pero ninguno está lejos de pecar.

—Escúcheme, Afanasi Vasílevich; dígame, usted que es la única persona honesta que conozco, ¿por qué ese afán suyo de defender a toda clase de sinvergüenzas?

—Su Alteza —dijo Murázov—, quienquiera que sea la persona a la que usted califica de sinvergüenza, es una persona, al fin y al cabo. ¿Cómo no la voy a defender cuando uno sabe que la mitad de las malas acciones que comete son fruto de la zafiedad y de la ignorancia? A cada paso cometemos injusticias, incluso sin mala intención, y a cada momento somos la causa de desgracias ajenas. Incluso Su Alteza ha cometido una gran injusticia.

—¡¿Qué?! —gritó el príncipe, atónito, desconcertado por el giro inesperado que adoptaba la conversación.

Murázov hizo una pausa, guardó silencio como si estuviera concentrado en sus propios pensamientos y finalmente dijo:

—Bueno, tome el ejemplo de Tentétnikov.

—Afanasi Vasílevich, un crimen contra las leyes fundamentales del Estado equivale a un acto de traición a la patria.

—No trato de justificarlo. Pero ¿es justo que a un joven que, debido a su inexperiencia, fue tentado y desviado por el mal camino, se le juzgue como a uno de los cabecillas? Porque Tentétnikov ha corrido la misma suerte que un Voronói-Driannói[161] cualquiera, pero sus delitos no eran de la misma naturaleza.

—Por Dios… —dijo el príncipe, visiblemente agitado—, ¿sabe algo al respecto? Dígamelo. Hace poco envié una carta directamente a San Petersburgo para que le rebajasen la pena.

—No, Su Alteza, la razón por la que lo menciono no es porque yo sepa algo que usted ignora. Aunque, a decir verdad, hay una circunstancia que se podría esgrimir a su favor, pero él se niega a hacerla valer, porque perjudicaría a un tercero. Sólo me pregunto si quizá usted no se apresuraría demasiado. Perdóneme, Su Alteza, yo juzgo según los débiles poderes de mi razón. En varias ocasiones me ha pedido que le hable con franqueza. Pues bien, cuando todavía estaba al frente de un departamento, tenía a

subordinados de toda clase, buenos y malos, por supuesto. Se debería tener en cuenta también la vida pasada de una persona, porque si no se examina todo con sangre fría y, en su lugar, se empieza por gritar, sólo se conseguirá asustarla y no se obtendrá de ella una declaración auténtica. Pero cuando se interroga con simpatía, como de hermano a hermano, él mismo te lo contará todo por propia iniciativa y ni siquiera pedirá clemencia, tampoco sentirá odio contra nadie, porque verá claramente que quien lo condena no soy yo, sino la ley.

El príncipe se quedó pensativo. Justo en ese momento entró un joven funcionario que se detuvo respetuosamente, con un portafolios en la mano. La preocupación y el esfuerzo se reflejaban en su cara joven y aún fresca. A todas luces, era la persona correcta para encomendarle misiones especiales. Era una de ese escaso número de personas que se aplicaban a los asuntos de la cancillería *con amore*. No le quemaban la ambición ni el deseo de ganancias, tampoco las ganas de imitar a los demás, hacía su trabajo sólo porque estaba convencido de que su lugar era aquél y no otro, que la vida le había sido concedida para aquello. Su trabajo era investigar los asuntos más embrollados, analizarlos por partes y, una vez hubiese tirado de todos los hilos, aclararlos. Y todos los trabajos, los esfuerzos y las noches en vela quedaban recompensados con creces si, al final, el caso empezaba a esclarecerse ante sus ojos, si sus causas ocultas emergían a la superficie y si sentía que era capaz de transmitirlo de manera inteligible y clara, en pocas palabras, de modo que fuera obvio y comprensible para todos. Se puede afirmar que un alumno no se regocija tanto cuando es capaz de desentrañar una frase muy difícil y se le revela el verdadero significado del pensamiento de un gran escritor como él se regocijaba cuando un caso muy enmarañado se dilucidaba ante sus ojos. Sin embargo, […].

—[…] con grano en los lugares donde hay hambre; conozco esa zona un poco mejor que los funcionarios: supervisaré en persona lo que necesita cada cual. Y, si Su Alteza lo permite, hablaré con los cismáticos. Ellos están más dispuestos a hablar con un hombre como ellos, un hombre sencillo. Así que, si Dios lo quiere, tal vez pueda hacer que las cosas vuelvan a su cauce de forma pacífica. Los funcionarios no lo arreglarían: entablarían una correspondencia al respecto y, además, ya están tan saturados de

documentos que han perdido de vista el asunto. En cuanto al dinero, no aceptaré ninguno de usted, pues en un momento como éste, cuando hay gente que se muere de hambre, da vergüenza pensar en el beneficio propio. Tengo reservas de grano; de hecho, ya he mandado a Siberia a por más y el próximo verano me lo entregarán.

—Sólo Dios puede recompensarle por este servicio, Afanasi Vasílevich. Pero no voy a decir ni una palabra, pues, como usted mismo puede percibir, cualquier palabra es impotente aquí… Pero permítame que le diga sólo una cosa respecto a esta petición. Dígame, ¿tengo derecho a dejar este asunto sin atender? ¿Es honesto, por mi parte, perdonar a unos canallas?

—Su Alteza, no se les puede llamar así, pues entre ellos hay personas muy dignas. Las situaciones en que las personas se encuentran están plagadas de dificultades, Su Alteza, de dificultades muy grandes. Hay veces en las que un hombre parece del todo culpable, pero, en cuanto rascas un poco, resulta que no lo es.

—Pero ¿qué dirán si abandono el asunto? Hay quienes se engreirán todavía más e incluso dirán que me han asustado. Serán los primeros en no respetar…

—Permítame, Su Alteza, que le diga mi opinión: reúnalos, infórmelos de que usted está al corriente de todo, presénteles su situación precisamente del mismo modo en que acaba de exponérmela a mí y pídales consejo: ¿qué haría cada uno de ellos en su situación?

—¿Cree usted que estarán a su alcance los impulsos más nobles que las tretas y el afán de enriquecerse? Créame, se burlarán de mí.

—No lo creo, Su Alteza. El ruso, incluso el peor de ellos, tiene sentido de la justicia. Quizá un judío no lo tenga, pero sí el ruso. No, Su Alteza, no tiene por qué ocultar nada. Dígales lo que usted tuvo a bien decirme. Después de todo, a usted lo tachan de hombre ambicioso y petulante que no quiere escuchar a nadie y está muy seguro de sí mismo; por tanto, deje que vean cómo son las cosas en realidad. ¿Qué más le da? Al fin y al cabo, su causa es justa. Hábleles como si no se confesara ante ellos, sino ante Dios.

—Lo pensaré, Afanasi Vasílevich —dijo el príncipe, absorto—; entretanto, le agradezco mucho el consejo.

—En cuanto a Chíchikov, Su Alteza, dé orden de que lo pongan en libertad.

—Dígale a ese Chíchikov que se vaya de aquí lo antes posible y cuanto más lejos, mejor. A él sí que nunca lo habría perdonado.

Murázov se inclinó a modo de despedida y directamente desde allí se dirigió hasta donde Chíchikov. Lo encontró animado, de lo más tranquilo, ocupado con una comida bastante decente que le habían llevado en recipientes de porcelana de alguna cocina más que aceptable. Desde las primeras frases de la conversación, el viejo se percató de que Chíchikov había tenido tiempo de hablar con alguno de los funcionarios trapisondistas. Incluso detectó la mano oculta de algún experto picapleitos.

—Escuche, Pável Ivánovich —dijo—, le traigo la libertad, con la condición de que se vaya de la ciudad ahora mismo. Recoja sus cosas y váyase con Dios sin perder un minuto, pues su caso está aún peor que antes. Sé que hay alguien que simpatiza con usted; pues bien, le diré en confianza que está a punto de descubrirse otro caso de tal naturaleza que nada en el mundo podrá salvarlo. Por supuesto, él quiere arrastrar a otros con él, para no sentirse tan solo, pero se acerca el desenlace. Lo dejé en un buen estado de ánimo, mejor que en el que se encuentra ahora. Le aconsejo que no se lo tome a broma. De verdad, lo principal no está en esos bienes por los que la gente anda a la greña y se degüella. Como si el bienestar se pudiese adquirir en esta vida, sin pensar en la otra. Créame, Pável Ivánovich, hasta que la gente no renuncie a todo aquello por lo que se muerden y comen unos a otros, sin pensar en el bienestar de sus bienes espirituales, el malestar se arraigará también en sus bienes terrenales. Vendrán tiempos de hambre y de miseria, para el pueblo en su conjunto y para cada uno por separado… Eso está claro… Se diga lo que se diga, el cuerpo depende del alma. ¿Cómo espera que todo vaya como debería ir? Piense no en las almas muertas, sino en su propia alma viva y, con la ayuda de Dios, emprenda otro camino. Yo también me voy mañana. ¡Dese prisa! De lo contrario, la desgracia puede visitarle cuando yo ya no esté aquí.

Dicho esto, el viejo se retiró. Chíchikov se quedó meditabundo. Otra vez el sentido de la vida ganó amplitud; le pareció no de poca importancia. «Murázov tiene razón —se dijo—. ¡Es hora de tomar otro camino!». Dicho

esto, salió de la cárcel. Un centinela le sacó el cofrecillo y otro, el colchón y la ropa. Selifán y Petrushka se alegraron, Dios sabe cuánto, de la liberación de su amo.

—Bueno, amigos —les dijo Chíchikov, dirigiéndose a ellos afablemente —, hay que hacer el equipaje y ponerse en camino.

—Vámonos, Pável Ivánovich —contestó Selifán—. El camino debe de estar firme: ha caído bastante nieve. De veras, es hora de salir de la ciudad. Estoy tan harto que no quiero ni verla.

—Ve al carrocero para que coloque patines en el coche —dijo Chíchikov y se dirigió a la ciudad a pie, aunque no quería despedirse de nadie. Después de todo lo ocurrido, le resultaba muy violento, más aún habida cuenta de que circulaban por la ciudad las historias más desagradables acerca de él. Evitó encontrarse con cualquiera y únicamente se acercó con disimulo hasta el puesto del comerciante que le había vendido la tela color llama y humo de Navarino, compró otros cuatro *arshini* para un frac y pantalones y luego fue a ver al mismo sastre. Por el doble del precio, el artesano se comprometió a redoblar su celo y puso a trabajar durante toda la noche a los empleados de la sastrería, a la luz de las velas, que recurrieron a agujas, planchas y dientes, y el frac estuvo listo al día siguiente, aunque un poco tarde. Los caballos ya estaban enganchados. Chíchikov, no obstante, se probó el frac. Le sentaba de maravilla, tan bien como el anterior. Pero, ¡ay!, notó que en su cabeza brillaba algo liso y blanco y comentó con tristeza: «¿Por qué me dejé llevar hasta tal punto por la desesperación? De ninguna manera debería haberme arrancado el pelo». Después de pagar al sastre, se fue finalmente de la ciudad preso de un estado de ánimo extraño. No era el Chíchikov de antes. Era una ruina del anterior Chíchikov. Se podía comparar el estado interior de su alma con un edificio demolido que se había echado abajo para, con sus restos, levantar uno nuevo; pero el nuevo edificio aún no se había comenzado, pues los planos definitivos del arquitecto todavía no habían llegado, y los trabajadores se habían encontrado con el dilema de qué hacer. Una hora antes, el viejo Murázov había partido, en compañía de Potápich, en un modesto carruaje; y, una hora después de la partida de Chíchikov, se emitió

la orden de que el príncipe, con motivo de su marcha a San Petersburgo, deseaba ver a todos los funcionarios sin excepción.

En la gran sala de la casa del gobernador general, se reunió todo el cuerpo de funcionarios de la ciudad, desde el gobernador hasta el consejero titular: jefes de cancillerías y de departamentos, consejeros, asesores; los Kisloiédov, los Krasnonósov, los Samosvístov; aquellos que se habían dejado sobornar y aquellos que no; los que obraban en contra de lo que les dictaba su conciencia, los que hacían lo propio a medias y los que no… Todos aguardaban, no sin agitación y desasosiego, que apareciera el gobernador general. El príncipe apareció ni sombrío ni radiante; su mirada era tan resuelta como su paso. Todo el cuerpo de funcionarios allí congregados se inclinó, muchos de ellos hasta doblar la cintura. Después de responder con una leve inclinación, el príncipe empezó a decir:

—Dado que me preparo a partir a San Petersburgo, he considerado adecuado verles a todos ustedes e incluso explicarles, en parte, la razón. Se ha producido un asunto de lo más escandaloso. Supongo que muchos de los presentes saben a qué me refiero. Ese asunto ha llevado al descubrimiento de otros no menos vergonzosos, en los que están implicados incluso personas a quienes, hasta la fecha, tenía por íntegras. Conozco también la secreta intención de embrollarlo todo de tal forma que resultara imposible resolverlo conforme a los procedimientos legales. Sé incluso la identidad del principal instigador y cuyo secreto […], aunque él ha disimulado con gran habilidad su implicación. Pero el hecho es que estoy dispuesto a investigarlo, no mediante una instrucción formal basada en pruebas documentales, sino mediante el juicio sumario de una corte marcial, como en tiempos de guerra, y espero que el Soberano me otorgue este derecho cuando le exponga en persona el asunto. En un caso como éste, cuando no es posible obrar conforme a los procedimientos del derecho civil, cuando se prende fuego a los armarios llenos de expedientes y, por último, cuando se manejan toda clase de falsas declaraciones y denuncias y se trata de ensombrecer un asunto ya de por sí bastante oscuro, considero que el tribunal militar es el único medio posible, y desearía conocer qué opinión les merece.

El príncipe hizo una pausa, como si esperara una respuesta. Todos se quedaron parados, con los ojos clavados en el suelo. Muchos estaban pálidos.

—También me he enterado de otro asunto, aunque sus perpetradores están plenamente convencidos de que nadie sabe nada. La investigación no se llevará a cabo por el procedimiento ordinario, pues yo mismo seré tanto demandante como parte acusadora, y presentaré pruebas irrefutables.

Algunos de los funcionarios allí reunidos se estremecieron, otros pusilánimes se turbaron.

—Es evidente que la consecuencia para los principales instigadores será la privación de sus rangos y bienes; a los demás se les destituirá de sus puestos. Huelga decir que a un gran número de inocentes también le tocará sufrir. ¿Qué se le va a hacer? El asunto es demasiado indecoroso y clama justicia. Aunque sé que esto ni siquiera servirá de lección para los demás, pues, en el lugar de los expulsados, aparecerán otros, y los que hasta ahora eran honestos dejarán de serlo, y los que son considerados dignos de confianza engañarán y traicionarán; a pesar de todo, debo proceder con severidad, porque clama justicia. Sé que me acusarán de actuar con crueldad, pero sé que ésos serán […]. Ahora he de recurrir únicamente al instrumento insensible de la justicia, al hacha que debe caer sobre la cabeza de los culpables.

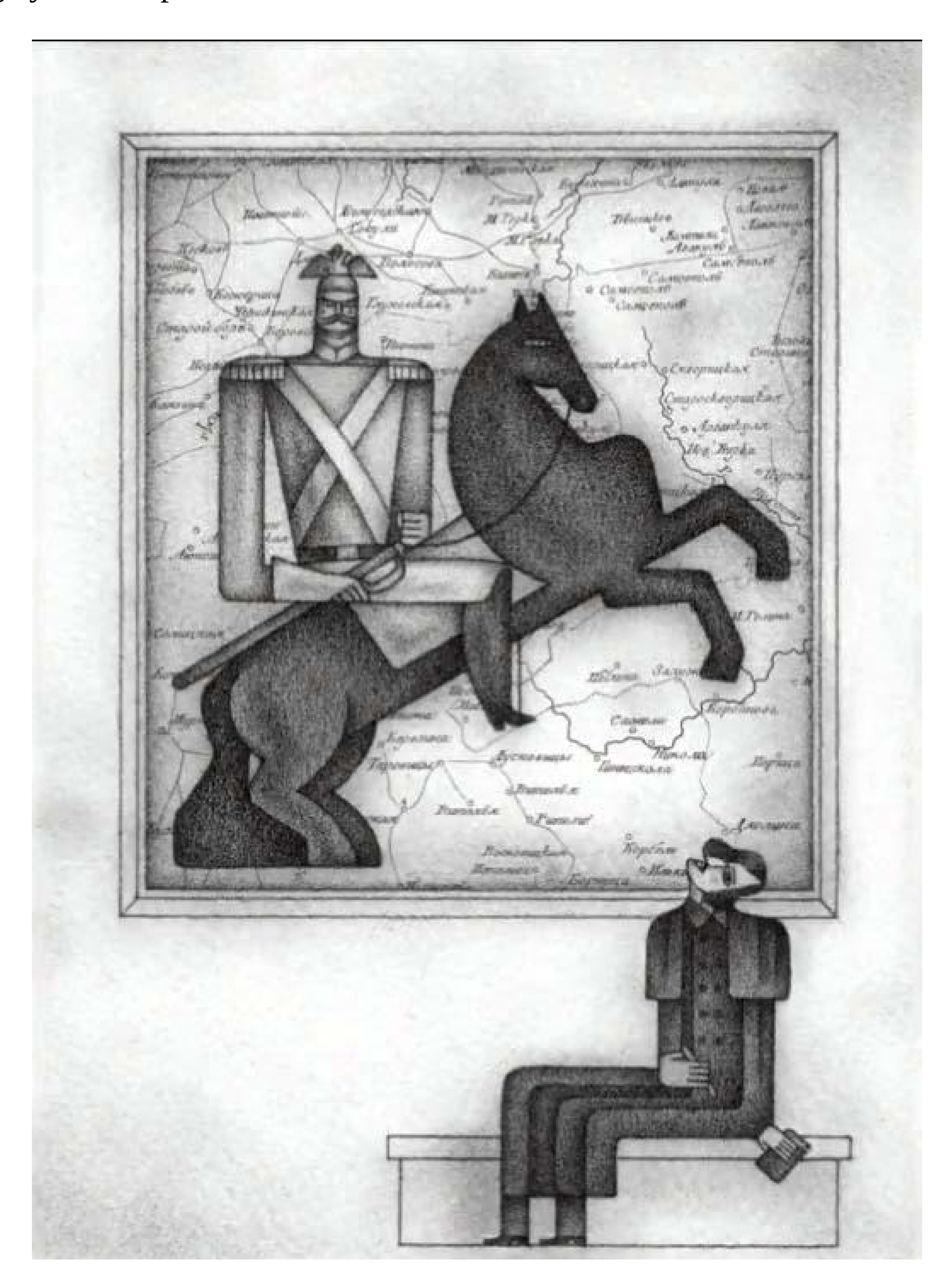
Un estremecimiento involuntario recorrió todos los rostros.

El príncipe estaba tranquilo. Su rostro no expresaba ni indignación ni ira:

—Y ahora esa misma persona en cuyas manos está la suerte de muchos y de quien no se conseguirá nada a base de ruegos, esa persona se arroja ahora a sus pies y los perdona a todos. Todo será olvidado, borrado, perdonado; yo mismo intercederé por todos, si cumplen mi ruego. He aquí mi petición. Sé que no hay medios, amenazas ni castigos que basten para erradicar la injusticia; sus raíces son demasiado hondas. El acto deshonesto de aceptar sobornos se ha convertido en una necesidad y en una exigencia incluso para aquellos que no nacieron para ser deshonestos. Sé que ahora es casi imposible para muchos nadar contra corriente. Pero ahora debo, en el momento decisivo y sagrado en que está en juego la salvación de nuestra

patria, cuando cualquier ciudadano soporta y lo sacrifica todo, debo hacer un llamamiento por lo menos a aquéllos en cuyo pecho late todavía un corazón ruso y para quien la palabra *nobleza* es aún comprensible en cierto modo. ¿De qué sirve ahora hablar de quién de nosotros es más culpable? Quizá sea yo el más culpable de todos; acaso les mostrase en un principio demasiada severidad; puede que, con un exceso de suspicacia, apartara a aquéllos de ustedes que quisieran sinceramente serme útiles, aunque yo, por mi parte, también podría hacerles un reproche. Si de veras amaban la justicia y el bien de su país, no deberían haberse sentido ofendidos por la altanería de mi comportamiento, deberían haber reprimido su ambición personal y sacrificado su individualidad. Habría sido imposible que yo no hubiese advertido su abnegación, su amor exaltado hacia el bien, y que no hubiese aceptado finalmente sus consejos sabios y útiles. En cualquier caso, es el subordinado el que debe adaptarse a las formas de su superior más que el superior a las formas del subordinado. Es lo más lógico, por lo menos, lo más sencillo, porque los subordinados tienen un superior, mientras que el superior tiene cientos de subordinados. Pero dejemos a un lado la cuestión de quién de nosotros es más culpable. De lo que se trata es de salvar nuestro país: nuestro país está pereciendo, no por la invasión de veinte tribus extranjeras[162], sino por culpa nuestra. Al margen del Gobierno legítimo, se ha formado otro, y es infinitamente más fuerte que el legítimo. Ha establecido sus condiciones, ha asignado un precio a todo e incluso esos precios se han dado a conocer públicamente. Y ningún gobernante, ni siquiera el más sabio de todos los legisladores y gobernantes, es lo bastante fuerte para corregir este mal, por mucho que traten de restringir las actividades de los malos funcionarios mediante el nombramiento de otros funcionarios para que los supervisen. Todo será inútil hasta que cada uno de nosotros no comprenda que, al igual que en la época en que el pueblo se alzó y empuñó las armas contra los enemigos, también ahora hay que sublevarse contra la injusticia. Como ruso, como persona unida a ustedes por lazos de parentesco, por consanguinidad, me dirijo a ustedes. Me dirijo a aquellos de ustedes que tengan cierta noción de lo que constituye la nobleza de pensamiento. Les invito a recordar el deber que le corresponde a cada cual en cualquier lugar. Les invito a examinar su deber y las

obligaciones de su cargo en la tierra, porque todos tenemos una concepción vaga y a duras penas […][163].





Nikolái Gógol (Soróchintsi, Ucrania, 1809 - Moscú, 1852).Escritor ucraniano en lengua rusa. Hijo de un pequeño terrateniente, a los diecinueve años se trasladó a San Petersburgo para intentar, sin éxito, labrarse un futuro como burócrata de la administración zarista. Entre sus primeras obras destacan *Las veladas de Dikanka*, *Mirgorod* y *Arabescos*.

En 1836 publicó la comedia *El inspector*, una sátira de la corrupción de la burocracia que obligó al escritor a abandonar temporalmente el país. Instalado en Roma, en 1842 escribió buena parte de su obra más importante, *Almas muertas*, donde describía sarcásticamente la Rusia feudal. También en ese año publicó *El capote*, obra que ejercería una enorme influencia en la literatura rusa.

Notas

[1] Gógol empezó a redactar la primera parte (o volumen primero) del libro a mediados de 1835 y la acabó a finales de 1841. Se publicó en mayo de 1842, con el título *Las aventuras de Chíchikov o las almas muertas. (Poema de N. Gógol)*. El cambio del título y algunas modificaciones (sobre todo con respecto a «La historia del capitán Kopeikin») fueron impuestos por el comité de censura de San Petersburgo. *(Todas las notas de la presente edición pertenecen a F. M.)*. <<

[2] En ruso, la letra ene equivale a la equis en español para ocultar o sustituir el nombre de una persona, localidad u objeto. Al denominar así el lugar donde transcurre la acción, Gógol enfatizaba el carácter genérico e intercambiable de las ciudades que no eran ni San Petersburgo ni Moscú y que se definían por todo de lo que carecían. En sus notas para *Las almas muertas*, Gógol define *N*. como un lugar que encarna «el más alto grado de vacuidad». Para él y sus epígonos —Leskov, Turguénev, Dostoievski o Chéjov—, las ciudades N o NN eran la quintaesencia de la mezquindad en la sociedad zarista. <<

[3] Centro administrativo de una de las más de cuarenta y cinco provincias (o *guberni*) en que Rusia estaba dividida a principios del siglo XIX. <<

[4] Nombre de procedencia polaca. Carruaje ligero semicubierto con capota abatible y asiento reclinable, por lo general de piel. <<

[5] Capitán asistente (*shtabs-kapitán*, en ruso) es un rango militar, entre teniente y capitán, que se utilizó en los ejércitos ruso y prusiano, entre otros. Se introdujo en el Ejército ruso en 1798, sustituyendo el rango de *shtabs-porúchik* que, a su vez, había reemplazado, en 1705, al de *shtabsleitenant*, establecido por Pedro I. Hasta 1884 ocupó el grupo X en la Tabla de Rangos. <<

[6] Hasta la abolición de la servidumbre en 1861, decretada por el zar Alejandro II, las vidas de los campesinos estuvieron supeditadas a la voluntad de los terratenientes o del Estado. Desde el siglo XV, para evitar la despoblación en las regiones centrales y la depreciación de las tierras de cultivo, se estableció la obligación de que los campesinos y sus descendientes vivieran en las propiedades para las que trabajaban. Los terratenientes medían su fortuna en número de siervos o almas, y no en extensión de tierras. <<

[7] Bebida tradicional rusa, muy popular hasta el siglo XIX, mezcla de miel, agua, especias, fermentos cereales y una variedad de hierbas, que se tomaba caliente. <<

[8] *Para chaya* (literalmente «un par de té») consistía en dos teteras: una grande con agua caliente y otra pequeña con la infusión de hojas de té, dispuestas la segunda encima de la primera. Este objeto de menaje era un atributo imprescindible en la vida cotidiana de los comerciantes de la Rusia prerrevolucionaria; en el cuadro *Taberna de Moscú* (1916), de Borís Kustódiev, aparece uno en el centro de la mesa. <<

[9] El cargo de gobernador era designado directamente por el zar y residía en la ciudad más importante de la provincia. En cuanto al presidente de la Cámara (*palata*, en ruso), es un término genérico que engloba varios organismos administrativos. El procurador era un oficial que gozaba de amplios poderes, pues ejercía sus funciones al margen del gobernador y, como se lee en los cuadernos de Gógol, era «los ojos de la ley». <<

[10] En la Tabla de Rangos del Imperio ruso, el asesor colegiado ocupaba el octavo nivel de los catorce existentes entre los funcionarios civiles. Establecida por Pedro I (1672-1725) en 1722, permitió reorganizar todo el escalafón del funcionariado y del Ejército rusos, vinculando la obtención del rango, y de los privilegios asociados a él, al servicio que desempeñaban para el emperador, y no al nacimiento, como sucedía hasta entonces. Existían tres categorías diferentes: cortesano, militar y civil. Las tres estaban divididas en catorce rangos. Hasta 1856, la obtención del rango más bajo dentro de la categoría del funcionariado civil otorgaba derecho a la condición de noble a título personal de modo que únicamente cuando conseguía ascenderse hasta el octavo rango se lograba que el título pasara a ser hereditario. <<

[11] Es probable que Chíchikov derive del verbo ruso *chijat* («estornudar»). El nombre también evoca el gorjeo de los pájaros o el ruido de las tijeras al cortar. <<

[12] Se refiere a Varsovia, cuya inicial se ha borrado. <<

[13] Gógol no pierde ocasión de subrayar todos y cada uno de los tics esnobs de sus contemporáneos quienes, por regla, preferían los productos confeccionados en Occidente. Por eso, los artesanos autóctonos, como en el caso de este Vasili Fiódorov, de nombre genuinamente ruso, se hacían pasar por extranjeros, con el fin de atraer más clientela. <<

[14] Paso de danza clásica en el que, durante el salto, se cruzan las piernas extendidas por delante y por detrás, alternativamente. <<

[15] En virtud de una ley aprobada en 1765, Catalina la Grande (1729-1796) permitió vender vodka a la nobleza. Dado que el Estado no tenía funcionarios suficientes para recaudar los impuestos derivados de las ventas, a los comerciantes se les permitió adquirir concesiones que les otorgaba el monopolio de venta de esta bebida alcohólica en una zona determinada por un periodo específico de tiempo. Por esta concesión, los comerciantes pagaban al Estado un importe fijo basado en las ventas anticipadas previstas. Estos contratistas o concesionarios (*otkupschiki*) aseguraban al Estado un flujo de ingresos constante. Para frenar la galopante corrupción, este sistema se abolió en 1817, y las tabernas pasaron a ser propiedad del Estado; de ahí, el símbolo del águila bicéfala del escudo zarista. En 1827, se abolió este monopolio y, con el paso a la venta libre de bebidas alcohólicas, las tabernas pasaron a llamarse *casas de bebidas*. <<

[16] August Friedrich Ferdinand von Kotzebue (1761-1819), dramaturgo alemán que residió varios años en Rusia y ostentó cargos en el servicio diplomático ruso. Escribió un gran número de obras sentimentales que gozaron de gran éxito en la época. Señalado por ser un espía del zar, Kotzebue fue asesinado por un estudiante alemán durante una función. El drama que se anuncia es *Die Spanier in Peru oder Rollas Tod* [*Los españoles en Perú o la muerte de Rolla*, 1796]. <<

[17] El *kvas* es una bebida de muy baja graduación alcohólica y de sabor ácido que se prepara a base de harina de centeno, malta y pan negro, cuya mezcla se deja fermentar en agua. El tipo particular de *kvas* al que hace referencia se hacía con harina de trigo y de cebada y se envasaba en botellas de champán. <<

[18] La Cruz de Santa Ana, una de las numerosas distinciones que se otorgaban al mérito civil y por servicios al Estado, se llevaba colgada al cuello o prendida en la solapa, según el grado. La Estrella alude a la Orden de San Estanislao, distinción civil polaca que empezó a concederse en 1765 y, a partir de 1831, en todo el Imperio ruso. <<

[19] La práctica del bordado estaba muy extendida entre los hombres de la sociedad noble rusa a principios del siglo XIX. El propio Gógol sabía bordar.
<<

[20] El contratista, o concesionario de alcohol (*otkupschik*), tenía un gran poder entre la ciudadanía local debido a su posición privilegiada como monopolista en el comercio de este producto. Para más información, véase la nota al pie n.º 15, en la pág. 13. <<

[21] Según la Tabla de Rangos, este tratamiento correspondía a los escalafones tercero y cuarto, por encima de los consejeros del Estado. <<

[22] Señor, noble. <<

[23] La inmensa mayoría de los apellidos que Gógol asigna a sus personajes tiene un significado temático: Manílov se construye a partir del verbo ruso *manit*, que significa «atraer», «seducir», «encantar». Por su parte, Sobakévich deriva de *sobaka*, «perro». <<

[24] La versta (en ruso, *verstá*) es una antigua medida de longitud rusa que se empleaba para medir los itinerarios, equivalente a 1,067 km. <<

[25] Héroes de las leyendas medievales eslavas (*bilini*, «cosas que pasaron») o de las canciones épicas tradicionales que se remontan, cuando menos, al siglo XI. Los atributos de los *bogatires*, inspirados en personajes reales o míticos, eran gran valor, fuerza y resistencia. <<

[26] Nozdriov deriva de *nozdria*, «fosa nasal». <<

[27] Manílovka es el nombre del pueblo y de la finca de Manílov, también llamados Zamanílovka erróneamente en este pasaje. El prefijo *za-* indica «más allá». Ambos nombres se repiten muchas veces en el breve diálogo, un recurso cómico muy frecuente en la prosa gogoliana. Este error obedece a lo siguiente: los atributos físicos de Manílov dejan al descubierto su naturaleza interior. De ojos azules y cabello rubio, la excesiva dulzura de los rasgos de este personaje, aunque no desprovista de encanto, es almibarada. Se produce un juego de palabras entre *manit* y *zamanit* («seducir, tentar») que revela cierta confusión en la cabeza de Chíchikov. Al incurrir en este *lapsus linguae*, se adivina que algo chirría en este encanto seductor. <<

[28] *Sin Otéchestva [El hijo de la patria]* fue una revista de temática literaria, histórica y política editada en San Petersburgo y fundada en 1812. Muy influenciada por la ideología de los decembristas que, entre otras cosas, apoyaba la abolición de la servidumbre, entre sus colaboradores figuraron Aleksandr Pushkin e Iván Krilov. <<

[29] Los censos se actualizaban cada siete o diez años, con el fin de calcular la cuantía del impuesto de capitación. <<

[30] El tiro de caballos ruso denominado *troika* (en ruso, «trío» o el número 3) consiste en un caballo de varas, enganchado en el centro, y otros dos de refuerzo a ambos lados. Es el único tiro de caballos del mundo en que el caballo de varas va al trote y los caballos de refuerzo corren al galope. Llegan a alcanzar una velocidad de 45-50 km/h. <<

[31] Bobrov deriva de *bobr* («castor»), Svinin de *sviniá* («cerdo»), Kanapátiev alude a «calafatear», Jarpakin a «roncar», Trépakin, a una danza y una música popular rusa (*trepak*) y Pleshákov a «calva». <<

[32] Mijaíl Kutúzov (1745-1813), general famoso por su victoria sobre Napoleón. <<

[33] *Koróbochka* significa «cajita». <<

[34] En ruso es habitual la alternancia entre el tratamiento de tú y de usted, en función de los estados de ánimo de los interlocutores. <<

[35] El *pud* es una antigua medida de peso rusa que equivale a 16,38 kg. <<

[36] Dignidad eclesiástica en la Iglesia ortodoxa y en la Iglesia católica de rito oriental, equivalente a la de arcipreste entre el clero católico. <<

[37] Billete de cinco rublos. <<

[38] Tipo especial de papel en blanco, con el membrete imperial del águila bicéfala, que se utilizaba para los trámites oficiales. <<

[39] Karlsbad era una ciudad balneario de Bohemia (actual Karlovy Bary) famosa por sus fuentes termales. Gógol se sometió a tratamientos en esas aguas en julio de 1945. Tradicionalmente, el Cáucaso ha sido un destino vacacional de la élite rusa. <<

[40] Blojin deriva de *bloja*, «pulga»; Pochitáiev de *pochitat*, «respeto, honor»; Milnoi (*milni*) es «jabonoso»; y Cheprákov deriva de *cheprak*, «gualdrapa». <<

[41] Potselúiev deriva de «beso». <<

[42] Kuvshínnikov deriva de «jarra». <<

[43] Apellido real, deriva de *ponomar*, «sacristán». <<

[44] Con este galimatías Nozdriov revela su carácter inclinado a fantasear. La *matradura* es el nombre de una antigua danza rusa y, en su incoherente intervención, se refiere a ella como si se tratara de un vino selecto, mientras que emplea la denominación del champán francés Clicquot como si fuera un adjetivo. <<

[45] Nozdriov se mofa de Chíchikov llamándolo *Opodeldok* Ivánovich. Es un juego de palabras entre «opodeldoc», un bálsamo medicinal inventado por el alquimista y médico suizo Paracelso, y *delo*, que en ruso significa «trato, negocio». <<

[46] Apellido derivado de *jvost*, «cola». <<

[47] Conocido artista de circo de la década de 1820. <<

[48] A juzgar por el nombre genuinamente ruso del orfebre, los puñales poco tenían de turcos. <<

[49] Variedad inventada del vino dulce francés de la región de Burdeos cuyo nombre correcto es Sauternes. <<

[50] La palabra ofensiva que utiliza el autor es *fetiuk*, cuya inicial era considerada ofensiva en relación con los hombres, pues la letra «f», antes de la reforma ortográfica que siguió a la Revolución, se tomaba del griego (θ), cuya forma recuerda los órganos genitales femeninos. El propio autor añadió como nota al pie a la palabra *fetiuk* lo siguiente: «Ultraje especialmente grosero para referirse a un hombre, porque la letra θ es tenida por indecorosa». <<

[51] Las alusiones negativas a los judíos que recoge Gógol eran moneda corriente entre todas las clases sociales rusas, especialmente a partir de que una numerosa comunidad judía pasara a integrarse en el Imperio ruso, con la anexión de territorios durante las Particiones de Polonia (1772-1795). <<

[52] Aleksandr Suvórov (1729-1800), eminente general ruso, célebre por no haber perdido nunca una batalla. Está considerado uno de los fundadores de la escuela rusa de arte militar. <<

[53] En ruso, *kapitán-isprávnik*. Elegido por la nobleza, era responsable de todos los asuntos de orden público, instrucciones judiciales, recaudación de impuestos, etc. <<

[54] Esta ciudad, en la actualidad una de las más grandes de Rusia, estuvo asociada tradicionalmente en el imaginario ruso con la idea de atraso provincial. <<

[55] El *koramora* es un mosquito grande, largo y torpe; a veces entra en la habitación y se posa solitario en la pared. Deja que se le acerquen con facilidad y que le cojan por una pata; a modo de respuesta, no hace sino revolverse y retorcerse. *(N. del A.)*. <<

[56] Los asentamientos o poblados militares eran organizaciones particulares de las fuerzas militares rusas creadas por Alejandro I (1777-1825) y abolidas en 1857. En ellas se combinaba el servicio militar con la explotación de la tierra. Por otra parte, un gran número de alemanes se trasladó a Rusia y se asentó principalmente en la región del Volga a finales del siglo XVIII y a principios del XIX. La emperatriz Catalina II los invitó con el fin de dinamizar amplios territorios sin cultivar, servir como modelo a los campesinos rusos y ejercer de elemento disuasorio en cuanto a la expansión de tribus nómadas asiáticas. Los alemanes vivieron en colonias en las que mantuvieron su idioma natal, así como su religión, arquitectura y cultura. <<

[57] Nombre tradicionalmente dado a los osos en los cuentos rusos. Se les llama Misha o Mishka, formas hipocorísticas de Mijaíl. <<

[58] Aléxandros Mavrokordatos (1791-1865), Andreas Miaoulis (1799-1835) y Konstantinos Kanaris (1790-1877): héroes de la Guerra de independencia griega, librada durante la primera mitad del siglo XIX, en la que Rusia, junto con Francia y el Reino Unido, participó al lado de los revolucionarios griegos en su lucha contra el Imperio Otomano. <<

[59] General ruso (1765-1812) que se distinguió en las guerras napoleónicas, sobre todo en la de Borodinó. Murió a consecuencia de las heridas recibidas en esta última batalla. <<

[60] Esta heroína griega —cuyo nombre es Laskarina Bouboulina (1771-1825)— desempeñó un papel crucial en la guerra contra los turcos. Se hizo popular en Rusia a principios del siglo XIX gracias a la novela de Christian August Vulpius (1722-1827): *Bouboulina, una heroína griega de nuestros tiempos*. A la sazón única mujer con el rango de almirante en el mundo, pasó a representar la fuerza femenina y la corpulencia. <<

[61] El tipo de tocado denota el origen humilde de la mujer. <<

[62] Este nombre, que en Rusia ha pasado a designar a las personas que se distinguen por su tacañería y la acumulación de objetos inservibles (en ruso, el síndrome de Diógenes se conoce como síndrome de Pliushkin), deriva de *pliusch* («hiedra») y quizá de *plesen* («moho, verdín, roña»). La alusión a la hiedra puede indicar la metamorfosis que este personaje, que protagonizará el capítulo siguiente, sufre de hombre a ser que vegeta. <<

[63] La *vatrushka* es una especie de pastel con requesón. <<

[64] Superstición rusa según la cual, después de un bostezo, uno debe hacer la señal de la cruz sobre la boca, para que no se cuelen por ella espíritus malignos. <<

[65] Koschéi el Inmortal es un personaje de la mitología eslava. Rico y avaro, este viejo de aspecto esquelético posee el secreto de la longevidad, siempre y cuando su alma, desgajada del cuerpo y oculta en una aguja, esté a salvo. Esta aguja, a su vez, se halla dentro de un huevo en el interior de un pato que, a su vez, está dentro de una liebre guardada en un baúl, y así sucesivamente en una larga serie de receptáculos escondidos en un lugar remoto que difieren según la versión. <<

[66] Teliátnikov deriva de *teliatina* («ternera»). <<

[67] Este nombre deriva de *soroka* («urraca», en su connotación de persona parlanchina, de conversación hueca) y, posiblemente, también de *sorok* («cuarenta»), en combinación con *opleuja* («guantazo, bofetón»). <<

[68] Algunos terratenientes consentían que sus siervos ejercieran un oficio en las ciudades, a condición de que les pagaran un tributo. <<

[69] Theódoros Kolokotrónis (1770-1843), caudillo militar de la guerra de Independencia de Grecia. <<

[70] Se refiere al calendario-directorio (*adreskalendar*), publicado anualmente, que contenía los nombres de los dignatarios y principales funcionarios del Imperio ruso, así como sus correspondientes cargos. <<

[71] La invasión napoleónica del Imperio ruso se produjo en 1812, tres décadas antes de la publicación de la primera parte de esta novela. <<

[72] Véase nota al pie n.º 51. <<

[73] En las haciendas rusas, era habitual que los guardias hicieran regularmente señales acústicas —por ejemplo, golpeando una chapa de hierro colgada— para dar cuenta de que estaban por la labor. <<

[74] Animada y céntrica plaza de San Petersburgo donde en aquella época se llevaban a cabo ejecuciones públicas. Esta plaza y sus alrededores son el escenario de la novela *Crimen y castigo*. <<

[75] Según la crítica especializada, Gógol responde aquí a los juicios negativos que se vertieron contra sus escritos precedentes, es especial contra el humor que destilaba *El inspector general*. <<

[76] Antigua ciudad rusa en la provincia de Tver famosa por la alta calidad de sus artículos de piel. <<

[77] Administración rural autónoma. <<

[78] *Volokita* es «mujeriego», «faldero». <<

[79] Se refiere al pasaporte interior, que los siervos no poseían, sin el cual estaba prohibido desplazarse por el territorio del Imperio. <<

[80] Prisma triangular con los *ukases* (decretos) de Pedro I inscritos en sus caras; figuraba en un sitio visible en las oficinas públicas como símbolo de justicia. <<

[81] Provincia en el sur de Ucrania. <<

[82] La publicación en la *Gaceta del Senado* de las transferencias de propiedad, incluidas las de siervos, se gravaban con un impuesto de timbre. <<

[83] El valor del papel moneda sufría tantas fluctuaciones que no se aceptaban como modo de pago en muchas regiones del interior. <<

[84] Danza y canción tradicionales rusas. Glinka utilizó su melodía en «Kamárinskaia: Fantasía para orquesta». <<

[85] Alusión al poema del poeta Vasili Tumanski (1800-1960), inspirado en los personajes de Goethe. <<

[86] Los capotes (*shineli*) eran parte del uniforme de todo aquel que trabajara en el servicio militar o civil, incluso también en el servicio doméstico. La calidad del tejido empleado estaba en consonancia con el cargo; en este caso, es evidente que se trata de los escalafones más bajos. Gógol construyó su famosa obra *El capote* basándose en la simbología que esta prenda de vestir tenía en la sociedad rusa. <<

[87] Nombre con el que se conocía a partes del actual territorio de Ucrania en la Rusia zarista. <<

[88] Método de educación primaria del pedagogo Joseph Lancaster (۱۸۳۸-۱۷۷۸) para niños desfavorecidos desarrollado en su obra *Mejoras en educación* (1803). En su sistema de aprendizaje mutuo, el profesor enseña los contenidos a los alumnos más aventajados, quienes, a su vez, hacían lo propio con el resto de pupilos. El método de Lancaster perseguía maximizar los recursos: llegar al máximo número de alumnos con el mínimo de profesores. Las principales críticas que recibió fueron los resultados mediocres y la excesiva disciplina de este método. <<

[89] «¿Habla alemán, Iván Andréich?». Los rusos pronuncian *Deutsch* como «deich», de manera que rima con «Andréich». <<

[90] Balada de Vasili Zhukovski (1783-1852), publicada en 1808, variación de la balada *Lenore* (1773) del poeta alemán Gottfried August Bürger. Este poeta y traductor ruso, amigo de Gógol, introdujo en Rusia obras de poetas ingleses, franceses y alemanes. Fue tutor del futuro zar Alejandro II, a quien influenció con sus ideas liberales. <<

[91] *Night Thoughts* («Pensamientos nocturnos», ١٧٤٥-١٧٤٢, poema dividido en nueve noches) de Edward Young (١٧٦٥-١٦٨٣), poeta y dramaturgo inglés. Después de una carrera política decepcionante, tomó los hábitos en torno a ١٧٢٤ y fue nombrado rector de Welwyn en 1730. Consolidó su renombre en su momento, tanto en Inglaterra como en el resto de Europa, con su largo poema elegíaco *Lamentos, o pensamientos nocturnos sobre la vida, la muerte y la inmortalidad*, inspirado por las muertes de su esposa, su hijastra y el marido de ésta. *De las fuerzas mágicas de la naturaleza* es una de las obras principales de Karl von Eckartshausen, escritor alemán (1752-1803): tratado en que se plasma la armonía entre lo espiritual y lo físico. <<

[92] Nikolái Karamzín (1766-1826), historiador, traductor y escritor, máximo exponente del sentimentalismo ruso. En 1789 emprendió un viaje por toda Europa cuya exitosa crónica, escrita a la vuelta a Rusia bajo el título *Cartas de un viajero ruso*, fue fundamental en la configuración de la imagen de Occidente en el imaginario ruso. Asimismo, los cuentos que escribió en la década de 1790 ejercieron una gran influencia en la literatura rusa del siglo XIX. Como historiador oficial del zar Alejandro I, escribió su monumental *Historia del Estado ruso* en doce volúmenes, para la cual tuvo acceso a todos los archivos gubernamentales, algunos de ellos hoy desaparecidos. <<

[93] Periódico más antiguo de Rusia, de corte conservador, cuya publicación, sufragada por el Estado, fue ininterrumpida entre 1756 y 1917. <<

[94] Signo de hospitalidad eslavo. <<

[95] El poema es una reproducción exacta de la última estrofa de una composición de Karamzín, «Acepto mi destino», de 1794. La autora anónima de la carta introduce una modificación en el último verso y rompe así la métrica. <<

[96] Nombres con connotaciones cómicas. Chipjaijilidzev es un nombre georgiano rusificado que suena ridículo; Monsieur Coucou no precisa explicación para el lector español; Perjunovski deriva de *perjota* («cosquilleo en la garganta»); Berebendovski, de *beliberdá* («bobadas»). <<

[97] Típicos nombres —o variaciones de los mismos— de la literatura de aquella época, en especial de la romántica (*svetskie póvesti*). <<

[98] La mazurca era un baile que, por su ritmo y velocidad, era más característico de las provincias, mientras que en los salones de la capital se bailaban otras danzas más refinadas. En la descripción, Gógol toma prestada una línea del *Eugenio Oneguin* de Pushkin: «Antes, cuando el son de la mazurca retumbaba en la enorme sala, todo temblaba; el parqué crujía bajo los tacones, y los cristales de las ventanas trepidaban». <<

[99] La mayoría de esos nombres tienen un efecto cómico: *Bespechni* es «descuidado»; Perekróiev tiene ecos de *perekroit* («rehacer» algo laborioso); Pobedonosni deriva de *pobedonósets*, «vencedor» y de *nos*, «nariz»; Maklatura hace pensar en *makulatura* («desechos de papel y de cartón»). <<

[100] Referirse a alguien únicamente por su patronímico tiene un efecto cómico o denota condescendencia. <<

[101] La imitación de los gustos y comportamientos occidentales —especialmente de la cultura francesa, inglesa o alemana— fue y ha sido motivo de uno de los más encendidos y profundos debates en el seno de la intelectualidad rusa, dividida entre occidentalistas, partidarios de seguir los pasos sociopolíticos de los países del oeste, y eslavófilos, preocupados por no perder la especificidad eslava. <<

[102] Carruaje cerrado de cuatro ruedas tirado por caballos que se utilizaba para realizar trayectos largos en Rusia sobre todo en la primera mitad del siglo XIX. <<

[103] Nombre topográfico ficticio que probablemente derive de *nedotika*, «lerdo, torpón». <<

[104] Bandolero protagonista de una novela homónima (1800) del escritor alemán, y cuñado de Goethe, Christian August Vulpius (1762-1827), muy popular a principios del siglo XIX. <<

[105] Precio desorbitado para una sopa. <<

[106] Un *arshín* (*arshini*, en plural) es una antigua medida de longitud rusa equivalente a 0,71 metros. <<

[107] Combinación de nombres cómica: Sisói y Pafnuti. Aunque son nombres rusos auténticos, son poco frecuentes y menos todavía en esa combinación; Macdonald y Karl, nombres escocés y alemán respectivamente, también son una combinación improbable. <<

[108] Los siervos estatales eran campesinos con libertad individual que vivían en tierras del Estado y trabajaban para él. <<

[109] Arrogancia piojosa. <<

[110] Deriva de *zadira* («pendenciero»), de lo que se intuye que sus habitantes son camorristas, aficionados a buscar pelea. <<

[111] Referencia a los famosos jardines en la ribera meridional del Támesis, uno de los lugares de ocio más populares en Londres desde mediados del siglo XVII. En ruso se adoptó este nombre para referirse a un espacio al aire libre donde se celebraban conciertos y se organizaban otros entretenimientos. <<

[112] Esta versión de «Historia del capitán Kopeikin» no pasó originalmente la censura. La versión modificada era más corta y no cita al emperador ni a altos cargos. Kopeikin, cuyo nombre deriva de *kopek*, se inscribe dentro de un nutrido y colorido grupo de bandidos y salteadores que pueblan las canciones populares rusas de principios del siglo XIX. La historia pertenece al género del folclore ruso del *skaz*, un relato en prosa sobre un acontecimiento o héroe contado desde el punto de vista de un testimonio y que, a partir del siglo XIX, fue integrado en la literatura culta. <<

[113] Alusión a la invasión napoleónica de Rusia de 1812. <<

[114] En Krasnoi (Krasni), cerca de Smolensk, en la Rusia Occidental, se produjeron enfrentamientos durante cuatro días sangrientos entre los ejércitos francés y ruso durante la retirada del primero de Moscú, a principios de noviembre de 1812. En Leipzig se libró la batalla de las Naciones, el mayor enfrentamiento armado de las guerras napoleónicas, en la que el ejército de la Sexta Coalición (1812-1814) —formado por Rusia, el Reino Unido, Austria, Prusia y Suecia, entre otras— cosechó una victoria decisiva contra las tropas francesas en octubre de 1813. Representó la estocada final a la expansión napoleónica después del desastre de la campaña rusa. <<

[115] Céntricas e importantes calles de San Petersburgo que aparecen también en *Relatos de San Petersburgo* del mismo autor. <<

[116] Reina legendaria de Asiria, de gran belleza y coraje militar, a quien incluso se le atribuyó la fundación de Babilonia. En las *Metamorfosis* de Ovidio, en el libro IV, aparece como la reina que «ciñó con murallas de ladrillo su ilustre ciudad [Babilonia]». La comparación tanto con Semíramis como con la princesa Sherezade, dos personajes femeninos de la tradición oriental, contrasta con las raíces occidentales de San Petersburgo, la «ventana a Europa». Los puentes suspendidos de San Petersburgo fueron soluciones de ingeniería importadas de Occidente que hicieron su aparición a principios del siglo XIX. <<

[117] De cinco rublos. <<

[118] Antiguo nombre germánico de Tallin. Posada presumiblemente regentada por un estonio. <<

[119] Con motivo de la guerra contra el ejército francés y el periodo posterior de negociaciones y firmas de tratados —como el Tratado de París o el Congreso de Viena—, el ejército y parte de la corte se encontraba fuera de Rusia. <<

[120] En la Tabla de Rangos. <<

[121] Restaurante de alto copete situado en la avenida Nevski, uno de los más antiguos de San Petersburgo, hoy todavía en funcionamiento. <<

[122] Restaurante del hotel homónimo situado en la avenida Nevski. <<

[123] Emporio de productos alimenticios de la familia homónima, situado en la avenida Nevski. <<

[124] Moscú cedió la capitalidad a San Petersburgo con la entronización de Pedro el Grande, que luego recuperaría tras la Revolución rusa. Durante ese periodo, Rusia vivió en una suerte de bicefalia, con una capital administrativa y otra emocional. <<

[125] *Moskóvskie Viédomosti [La Gaceta de Moscú]*: uno de los primeros periódicos rusos, publicado ininterrumpidamente desde 1756 hasta 1917 por la Universidad de Moscú. Apoyado por el Estado, que lo utilizaba como portavoz de sus anuncios oficiales, fue clausurado por los bolcheviques después de la Revolución de Octubre de 1917. En cuanto a *Sin Otéchestva [El hijo de la patria]*, véase nota al pie n.º 28 en el «Capítulo segundo», en la pág. 32. <<

[126] A principios del siglo XIX, varios autores atribuyeron a Napoleón la cifra 666, esto es, el número de la Bestia según el Libro de las Revelaciones. <<

[127] El matrimonio entre padrinos de un mismo niño estaba prohibido según los preceptos de la Iglesia rusa ortodoxa. <<

[128] El *drozhki* era un carruaje ligero de cuatro ruedas. <<

[129] Gógol compuso el final de *Las almas muertas* durante su estancia en Roma. <<

[130] Véase la nota al pie n.º 30. <<

[131] Inicio de una conocida canción rusa de reclutamiento que se cantaba en las marchas triunfales. <<

[132] Solón (638-558 a. C.), poeta y estadista ateniense, considerado uno de los siete sabios de Grecia y célebre por su moderación. <<

[133] Iván Andréievich Krilov (1769-1844), fabulista por excelencia de la literatura rusa, dramaturgo y escritor satírico. <<

[134] Durante la celebración de la Cuaresma, la Iglesia Ortodoxa no oficia matrimonios. <<

[135] El príncipe Aleksandr N. Jovanski (1771-1857) fue director del Banco Estatal desde 1818 hasta su muerte. Su firma aparecía en todos los billetes emitidos por el Estado. Irónicamente, el apellido Jovanski deriva de la palabra ucraniana *jovat*, «esconder». <<

[136] En ruso, *kantonisti*. Eran los hijos de los soldados destinados a los asentamientos. Desde su nacimiento estaban tutelados por las autoridades militares y se educaban en escuelas especiales (*kantonístskie shkoli*), después de lo cual pasaban a servir en el ejército. Fue otra de las instituciones que instauró Pedro I. <<

[137] Nombres que suenan extravagantes incluso en ruso. <<

[138] Véase nota al pie n.º 25. <<

[139] Véase nota al pie n.º 30. <<

[140] La segunda parte de *Las almas muertas* se publicó en 1855. Consiste en lo que quedó de la obra después de que Gógol quemara, diez días antes de morir, en la noche del 11 al 12 de febrero de 1852, los cuadernos que contenían la última redacción. Los capítulos conservados son cuatro que, al parecer, fueron reelaborados por Gógol entre 1848 y 1849, además de otro, conocido como «Capítulo final», cuya redacción parece anterior, pero que fue objeto también, en parte, de una reelaboración posterior. En estos capítulos conservados faltan numerosos pasajes; no obstante, es posible reconstruir buena parte de la trama gracias a los testimonios escritos de los contemporáneos a quienes Gógol leyó este material. <<

[141] Los estudiosos han distinguido tradicionalmente entre una redacción «temprana» y otra «posterior». Hay diferencias considerables entre las dos versiones, así como pasajes incompletos en ambas. En esta edición se ofrece traducida la «posterior», considerada la más madura. En la edición rusa algunas palabras y fragmentos de frase aparecen entre escuadras y corchetes con la finalidad de indicar palabras dudosas o lagunas. Para aligerar la lectura, estos símbolos se han suprimido en nuestro texto. <<

[142] Presumiblemente deriva del francés *très mal*. <<

[143] Forma hipocorística de Fiódor. En ruso, referirse a un adulto empleando esta forma tiene un matiz despectivo. <<

[144] Se refiere a la costumbre de los departamentos gubernamentales según la cual los funcionarios más jóvenes, en las fechas señaladas, registraban en un libro las felicitaciones a su superior junto con su nombre. <<

[145] La desiatina es una antigua unidad de superficie rusa equivalente a 1,10 hectáreas. <<

[146] Falta el final del capítulo. En la primera edición de la segunda parte de la obra, publicada en 1855, el editor S. P. Sheviriov, comentó: «Falta la reconciliación entre Betríschev y Tentétnikov; la comida en casa del general y la conversación sobre la campaña de 1812; el compromiso matrimonial entre Úlinka y Tentétnikov; los rezos y lloros de la chica ante la tumba de su madre; los prometidos conversan en el jardín. Por petición de Betríschev, Chíchikov visita a los familiares del general para comunicarles la noticia de la inminente boda. Llega a casa de uno de los parientes, el coronel Koshkariov». <<

[147] El nombre Petuj significa «gallo» y tiene las mismas connotaciones que en castellano. <<

[148] Véase la nota al pie n.º 106. <<

[149] El patronímico Mijálich es la forma contraída de Mijáilovich, que los personajes emplean indistintamente. <<

[150] Véase nota al pie n.º 125. <<

[151] Faltan dos hojas del manuscrito. En el pasaje extraviado Kostanzhoglo le dice a Chíchikov que debe comprar una finca perteneciente a un vecino suyo, el terrateniente Jlobúev. <<

[152] Faltan páginas del manuscrito. Probablemente el fragmento perdido contuviera el relato de la partida de Chíchikov a casa del terrateniente Lenitsin. <<

[153] El principio de la frase se ha perdido. <<

[154] Aquí se interrumpe el manuscrito de los primeros cuatro capítulos de la segunda parte de *Las almas muertas*. <<

[155] Gógol no numeró este capítulo. «Final» es una denominación editorial posterior. La crítica considera que pertenece a una versión anterior, pero tradicionalmente se ha publicado junto con la versión «posterior» con el fin de redondear el conjunto. <<

[156] No queda claro a qué se refiere en este contexto. Quizá la clave se halle en el inicio del capítulo final de una versión temprana, en que Chíchikov aparece repantingado en un sofá con una bata persa mientras comercia con un mercader itinerante de artículos de contrabando. <<

[157] Ernst Hambs, o Heinrich Gambs (1805-1849), fabricante de muebles de origen alemán y propietario de una famosa tienda en San Petersburgo que abastecía de muebles de lujo a toda la élite rusa. <<

[158] *Ziber* es una distorsión, que suena graciosa, del *silber* alemán («plata»); *clair*, en francés, «claro». <<

[159] Mateo 11:12: «Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan». <<

[160] El término «cismáticos» (*raskólniki*) se aplicó a aquellos que abandonaron la Iglesia ortodoxa en el siglo XVII, cuando el patriarca Nikon empezó a introducir cambios en los rituales y en los textos litúrgicos para seguir de manera más fidedigna los modelos griegos. Los oponentes, en cambio, consideraban inviolable la ortodoxia de la Tercera Roma y, a su juicio, cualquier cambio era equivalente a la apostasía. Como resultado, se produjo una ruptura entre la Iglesia oficial, apoyada por el Estado, y un clero clandestino y disconforme, tildado peyorativamente de «cismáticos» por los primeros. <<

[161] En este pasaje Tentétnikov recibe el nombre de Derpennikov, que es una versión anterior del nombre de este personaje. Voronói-Driannói es un nombre creado a partir de la unión de dos adjetivos, que significan, respectivamente, «negro azabache» e «inútil». <<

[162] Alusión al ejército plurinacional de la invasión napoleónica de 1812. <<

[163] Aquí se interrumpe el manuscrito. <<

Document Outline